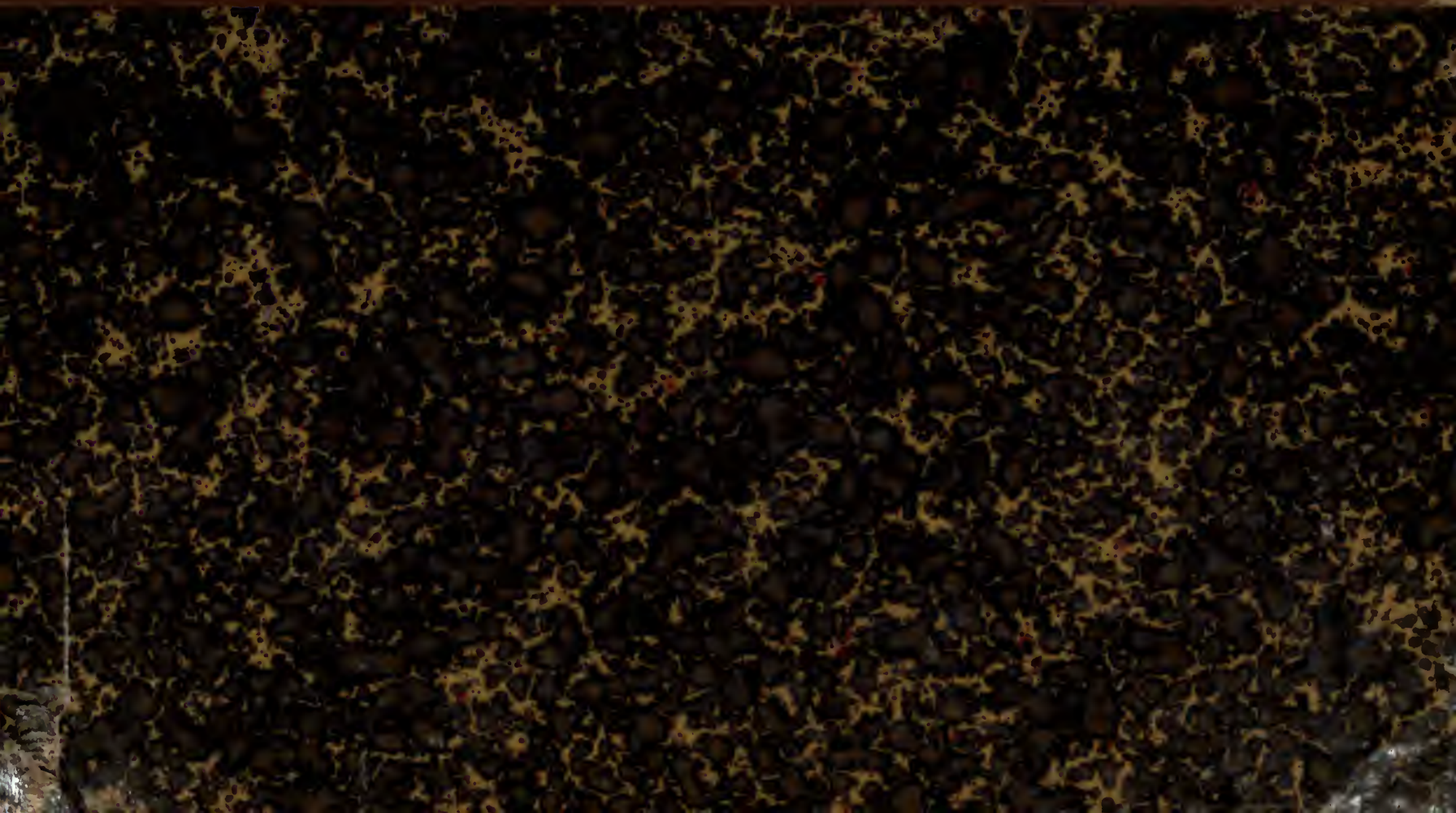
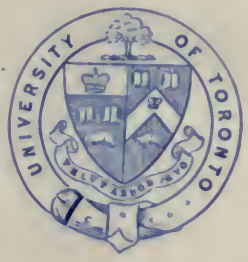
3 1761 08158684 4



ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AÑO 21. NUM. 247.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

JULIO 1909

MADRID
IMP. Y ENCUAD. DE V. TORDESILLAS
Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

AP
60
E8
año 21
no. 247-49

EL PODER NAVAL EN ESPAÑA

SENTIDO DE NUESTRA POLÍTICA HISTÓRICA EN EL DESENVOLVIMIENTO DE LA MARINA MERCANTE

Refiere López de Ayala en su crónica de D. Pedro I, que «luego que llegó el Rey á Sevilla, los Barqueros de esta capital le hicieron este notable recurso». «Señor: Pedro Sánchez de Orozco, Juan Martin é Alonso Díaz, Barqueros vecinos de la cibdad de Sevilla, que tenemos por oficio subir fasta la cibdad de Córdova con nuestros barcos de carga, parecemos ante la V. A. é decimos que los señoríos de las azudes é presas de los molinos del río Guadalquivir, que son de la cibdad de Sevilla á la de Córdova, han aferrado las bocas de las canales de las azudes, por donde suben é bajan los barcos cargados que nosotros traemos para el abastanza de esta cibdad, de trigo é de farina, de lo qual nos ha recrescido gran daño: para remedio de lo tal parecemos ante V. A. á le pedir é demandar justicia.» Para mejor proveer—continúa la crónica—el Rey, «fizo parecer ante sí cartas de su abuelo el Rey D. Sancho, é cartas de su padre el Rey D. Alfonso: é considerando el mal fecho á su corona por les aver aferrado las bocas de las canales por donde suben é bajan estos buenos homes Barqueros; é considerando también, que á las vegadas non tenemos trigo nin farina que yantar», mandó que de allí en adelante no se hiciesen obras que embargasen el libre paso del río ó que aumentasen el peligro de perderse las personas y las hacien-

das (1). Todo esto prueba que poco después de la conquista de Sevilla, los nuevos pobladores empezaron á sacar partido del Guadalquivir, y que en 1360, en que los Barqueros hacen esa petición, constituía ya una industria muy importante y adelantada.

En la costa del Mediterráneo, el Ebro era arteria principal del comercio de Aragón. Según Asso, el Consulado de Zaragoza cobraba dos sueldos por cahíz de trigo, y tres por derechos de carga sobre las demás mercancías que por este puerto se embarcaran, destinándose sus productos á la ejecución y y reparación de las obras necesarias para mantener expedita y segura la navegación por dicho río (2).

Sin embargo, nunca la navegación interior revistió en nuestro país gran importancia; porque nuestros ríos son escasos, en general torrenciales, y costosísimas las obras que requieren para hacerlos económicamente navegables. Además, el gran camino del comercio del mundo es el mar, y el poder naval de los pueblos antiguos y modernos se mide por su navegación exterior, por la fuerza de su marina militar y mercante, que juntas progresan y juntas se les ve aniquilar y decaer durante todo el curso de nuestra historia.

Ya en el siglo XIII las naves catalanas frecuentaban los puertos de Levante, Egipto y Berbería, y por esta misma época se concedió á la ciudad de Barcelona la preferencia en los fletes, hasta el punto de prohibir que ninguna nave extranjera pudiera cargar allí mercancías mientras hubiese una sola de aquella matrícula que se ofreciese á ello. Mas para no alejar las naves extranjeras del puerto de Barcelona en perjuicio del comercio de los naturales, dice Jovellanos que hubo de exceptuarse el caso de cargarlas los patronos por su cuenta (3). Del gran poderío naval de Barcelona da sobrado testimonio su ac-

(1) Ayala: *Crón. D. Pedro I*, cap. XIII, año XI.
(2) *Historia Economía pol. Aragón*, cap. IV.
(3) Jovellanos: *Consulta sobre el fomento de la Marina mercante.*

tiva navegación por las costas de Andalucía, Italia, Francia Inglaterra, Países Bajos y Berberías; por las islas de Cerdeña, Malta, Sicilia, etc., y por los puertos de Egipto, Siria y la Armenia, rivalizando y compitiendo con Pisa, Génova y Venecia. La prosperidad mercantil de Barcelona, en esta época, produjo el famoso *Libro del consulado*, código de las costumbres marítimas que llegó á ser el derecho común de casi todas las naciones mercantes durante mucho tiempo, alcanzando tanta autoridad como la que tuvieron en los pueblos antiguos las leyes Rhodias.

Castilla, por su situación geográfica, no podía tener en la navegación florecimiento tan temprano. Su origen tiene lugar en Galicia, y se debe al arzobispo de Santiago, D. Diego Gelmírez, que á mediados del siglo XII hizo traer de Italia maestros y oficiales, peritos en el arte de la construcción naval, armándose dos galeras para defender la costa de los desembarcos y correrías de los moros principalmente. Y de este origen tan modesto y pobre se deriva todo el poderío naval que después tuvo Castilla.

«Consideró el Rey—dice Salazar y Mendoza—cuando se determinó de hacer la conquista de Sevilla, la necesidad que tenía de cercarla por mar y tierra. Él y sus antecesores no tuvieron armada, porque las empresas no la hubieron menester, y resolvióse agora en la tener y ejercitar. Hallábase en Jaén por este tiempo, que fué el año 1246, y estando allí dió el cuidado de aprestarla y prevenirla en las marinas de Vizcaya y Guipúzcoa á un caballero natural de Burgos... persona mui práctica y ejercitada en las cosas navales» (1). Y entonces—sigue diciendo—se creó la dignidad de almirante de Castilla.

La política naval que iniciara en Castilla Fernando III, fué continuada por sus sucesores. Alfonso XI venció á los moros en una batalla naval, y en otra á los portugueses. Una flota de treinta y tres galeras, mandada por el almirante Alonso Jufre

(1) *Dignidades seglares de Castilla y León*, Lib. II. Cap. XVI.

Tenorio, peleó contra doscientas setenta del rey de Marruecos, con tan poca fortuna para los cristianos, que todas fueron tomadas y destruídas, menos cinco que lograron ponerse á salvo. Pero no por esto desmayó el esforzado corazón de Alfonso XI; antes al contrario, en el mismo año se le ve en Sevilla dando calor al armamento de quince galeras y doce naves, que envió al socorro de Tarifa, y después, con nueva flota, venga el desastre pasado, poniendo cerco á Algeciras, hasta rendir la plaza, en presencia de una numerosa armada enemiga (1). Don Pedro I llegó á penetrar con toda su flota en el puerto de Barcelona, y no se atrevieron los catalanes, tan soberbios con su prosperidad y su riqueza, á aceptar la batalla y pelear al descubierto con el rey de Castilla (2). Don Juan I subió con veinte galeras por el Támesis hasta cerca de la ciudad de Londres. «A do galeas de enemigos nunca entraron.» A mediados del siglo XIII se despertó en el pecho de los castellanos el amor á la navegación, y se arraigó y difundió durante todo el XIV.

En punto á medidas de protección y fomento á la marina mercante é industrias navales, nos anticipamos á todos los Estados marítimos en este orden de previsiones. Nuestra legislación marítima de la Edad Media constituía un modelo de acabada perfección imitado por los demás pueblos. Y aun hoy mismo—como dice el Sr. Sánchez de Toca,—los Estados más adelantados en las artes de gobierno no han acertado en definitiva á discurrir en la materia otros procedimientos de legislación que los de la Pragmática de los Reyes Católicos y de Don Carlos y Doña Juana en Valladolid «sobre acostamiento y preeminencias para los navíos que se construyan de más de 600 toneladas». Es decir, la legislación que hoy se denomina de primas á la construcción naval y á la navegación, preferencia de fletes, etc., tiene tan antiguos precedentes entre nosotros, que la encontramos en Castilla á fines del siglo XIII.

(1) *Crónica de Alfonso XI*, capítulos CCXLV y siguientes.
(2) *Idem de Don Pedro I.*

Estando Enrique III en Sevilla el año 1398, se le quejaron los vecinos de esta ciudad y la de Cádiz, de que los extranjeros no querían hacer uso en el comercio de las naves que allí se fabricaban, sino de las pertenecientes á su nación. El Rey prestó oído á esta queja, y mandó que los mercaderes extranjeros que cargasen en Sevilla ó Cádiz ú otro cualquier puerto de sus reinos, hubiesen de emplear las naves propias de los naturales con preferencia á las extrañas.

Los Reyes Católicos acentuaron esta política de protección, promoviendo la construcción de navíos y galeras, y otorgando privilegios á la bandera nacional. En 1495 concedieron un acortamiento de 10.000 maravedís por cada 100 toneladas á todos los dueños constructores de buques de cabida de 600 y de ahí arriba, de forma que por cada bajel de 600 toneladas recibía el naviero una prima de 60.000 maravedís; si era de 700, 70.000, y en esta proporción los restantes. También dieron preferencia en los fletes y cargamentos á los buques nacionales de 600 ó más toneladas respecto á todos los extranjeros, aunque fuesen de mayor porte; y por último, expidieron la famosa pragmática de Granada, que forman las leyes 4 y 5, título VIII, lib. IX, de la Nov. Recop., en la cual se mandó que nadie pudiese cargar frutos ni mercaderías para los puertos del reino ni para fuera de él en navíos extranjeros, sopena de perdimiento del buque y carga con otros vigores. Y véase cómo España precedió cerca de dos siglos á Inglaterra en plantear el pensamiento exclusivo que encierra el acta de navegación promulgada por Cromwell en 1651, y renovada y extendida por Carlos II en 1660. Y decimos cerca de dos siglos, porque la protección á la marina mercante aragonesa data de 1454, y la pragmática de Granada, bien que menos antigua, lleva la fecha de 1500.

II

En el siglo XVI era España la primera potencia mercantil del mundo. Más de mil naves de comercio constituían la flota de nuestra marina mercante, y no había nación cuyo poder marítimo igualase al nuestro. La República de Holanda no existía, ni la navegación inglesa soñó en el imperio de sus mares hasta el reinado de Isabel. Francia descuidó la marina militar y mercante que había creado el gran ministro Colbert. La liga anseática carecía de organización fuerte y vigorosa para salir de los mares del Norte de Europa, y las Repúblicas Italianas, divididas y debilitadas por sus discordias intestinas, no tuvieron ánimo para seguir nuevos rumbos y doblar, siguieron el Cabo de Buena Esperanza. Sólo Portugal podía disputar á España la primacía en la navegación.

Castilla iba adquiriendo prosperidad marítima á costa de la decadencia de la antigua navegación de Barcelona. Natural era que así sucediera, porque los catalanes, aunque súbditos de los reyes de Castilla, formaban Estado aparte, con sus leyes, usos y costumbres á que mostraban grande apego, y puesto que rehusaban someterse á las cargas comunes á los reinos menos privilegiados, quedaron y debían quedar excluídos de sus beneficios. Acentuó más la decadencia de la marina catalana el descubrimiento de Vasco de Gama en 1498 y la Conquista del Egipto, por Selim I, que ahuyentaron el comercio del Mediterráneo. Y aunque Barcelona hubiera podido procurarse una amplia compensación en el tráfico de América, no lo consentía la política exclusiva de aquel tiempo.

El poder naval de España duró todo el siglo XVI. Sin duda era grande el de una nación que, además de derramar su marina mercante y de guerra por las dilatadas costas del nuevo continente, sacó de sus arsenales y puestos 164 bajeles bien equipados y tripulados para combatir con los turcos de Lepan-

to, y poco después juntó 130 velas con más de 10.000 hombres entre remeros y gente de mar contra Inglaterra, en aquella famosa ocasión de la armada invencible.

Poco después, empieza nuestra marina á declinar á toda prisa. Todavía Felipe III hizo un esfuerzo por restaurarla, pero en vano. Cruzaban ya los mares navíos ingleses y holandeses, que de continuo molestaban nuestro comercio, apresando los galeones que venían de América, asaltando las costas de la Península, invadiendo las islas Azores ó las Canarias y amenazando constantemente nuestros dominios de las Indias orientales y occidentales. En 1656, toda la escuadra española estaba reducida á 6 galeras en mal estado, resto miserable de las 60 que, según Martínnez de la Mata, había en 1535. Y Carlos II se vió obligado á tomar á sueldo cierto número de galeras particulares de genoveses para hacer nuestro comercio.

Los reyes de la casa de Borbón se aplicaron á restaurar el poder naval de España con el auxilio de ministros tan celosos como Albesoni, Patiño y Ensenada, más dignos de alabanza por su buen deseo de imitación que por su prudencia y tino.

España disponía de excelentes astilleros y arsenales; abundaba la madera, hierro, cáñamo y resina para la fabricación y aparejo de las naves; pero multitud de causas atajaban el vuelo de nuestra marina mercante.

El camino trazado por los Reyes Católicos, que llevaron á España á ser la primera potencia marítima del mundo, se había abandonado por completo; sus leyes protectoras de la marina mercante nacional, otorgando primas á la construcción y preferencia en los fletes, no se cumplían cuando los procuradores á las cortes de Valladolid de 1523 suplicaron su observancia, y Carlos V respondió que se cumpliesen, «excepto cuanto á nuestros vasallos y los del rey de Inglaterra, con quien tenemos confederación». Dejaron de pagarse entonces también los salarios á los maestros de naves gruesas, y en Vizcaya y Guipúzcoa, que se construían naves de gran porte, usando de ciertos rodeos, se vendían al extranjero.

Fué también obstáculo grande al desenvolvimiento de nuestra nación los reglamentos tan prolijos y severos de la navegación á las Indias con sus armadas y flotas cada año, sus privilegios y repartimiento de carga, sus condiciones de porte y pertrechos de guerra, sus visitas y registros. Las demás naciones surcaban los mares con entera libertad, y ahorrando tiempo y dinero, nos aventajaron en la baratura de los fletes, cual podíamos nosotros competir en baratura, cuando todas las naves españolas de la carrera de las Indias debían ir y venir armadas en guerra.

En general, las causas de la decadencia de España en el siglo XVII, son asimismo causas de su retroceso en la navegación; porque sin agricultura y sin industria floreciente no hay comercio posible, y sin comercio no hay marina mercante ni militar.

A principios del siglo XVIII, más de 1.000 naves de Inglaterra, Holanda y otras naciones acudían todos los años á nuestros puertos con sus drogas y géneros, llevándose la plata y frutos de España y las Indias. Casi todo el comercio marítimo de España estaba en manos de extranjeros, y aunque por las leyes del reino se les prohibía mezclarse en el trato de las Indias, negociaban entre las islas Canarias y la América, y se habían apoderado de la mayor parte del ramo del cacao que la metrópoli pedía á sus colonias, á causa de los derechos excesivos que pagaba, cuando en flotas y galeones lo traían los españoles por su cuenta sin disfrutar ninguna gracia.

Políticos y economistas clamaban por el fomento de nuestra marina mercante, proponiendo al Gobierno por modelo el acta de navegación de Cromwel. Solicitaban una protección eficaz por medio de nuevos reglamentos que asegurasen á las naves españolas la preferencia en los fletes; se adoptara los derechos diferenciales de banderas y se gravara con pesados tributos la compra de bajeles fabricados en el extranjero, de que solían servirse los navieros españoles por la mayor comodidad de los precios, de la obra de mano y materiales de construcción.

El Gobierno se había anticipado ya á la satisfacción de algunos de estos deseos. En 1720 se dispuso que todos los navíos de la carrera de las Indias hubiesen de en adelante ser fabricados en los astilleros españoles; permitiendo, sin embargo, el uso de los extranjeros poseídos por nacionales, aunque sujetándolos al pago de un crecido derecho de habilitación para cada viaje. Todavía se otorgaron mayores privilegios á nuestra marina mercante al año siguiente, ordenando que en el transporte de granos ú otras cosas que se ofreciesen, gozasen de preferencia las embarcaciones de los naturales, y se les pagase una quinta parte más de flete que á los extranjeros. Estas disposiciones de Felipe V, así como las que del mismo señor le siguieron en tiempos de Carlos II, no eran más sino la confirmación de la pragmática de Granada de 1500.

Pero, por desgracia, escaso fué el fruto que recogió nuestra marina mercante de la protección que la dispensaban los Gobiernos de esta época. Porque mientras que franceses é ingleses tenían paz con los moros, y en la confianza de no ser acometidos, tripulaban sus naves con poca gente, los españoles estábamos en guerra continua con ellos, y necesitábamos mayor aparejo para defendernos de los corsarios enemigos, ú ofenderlos, según el caso; de modo que perdíamos la utilidad de los fletes y la ocasión de reconstruir nuestra marina mercante.

Dueños del Mediterráneo los turcos, tomaban nuestras naves mercantes, combatían de poder á poder las galeras del rey, bajaban á tierra y robaban y talaban los pueblos y campos de la costa, quedando en estas entradas y rebatos muchos cristianos cautivos.

Los mares de los reinos de Andalucía y los otros de Castilla —decían los Procuradores de corte (1)—estaban cubiertos de piratas moros, turcos y franceses, y por el temor de caer en sus manos, apenas osaba salir nadie de los puertos. Aflojó la con-

(1) De Valladolid, 1.523 ptas., 73; Toledo, 1.525 ptas., 12.

tratación, porque apresaron muchas naves con mercaderías de gran valor; y las tomaban sin peligros, porque nuestras costas se hallaban sin defensa. El comercio aparejó sus naves para la guerra, pero en tan malas condiciones, que casi todas se veían forzadas á entregarse al enemigo.

Alberoni sorprendió á la Europa con poderosos armamentos, que nos valieron la conquista y posesión momentánea de Cerdeña y Sicilia; mas como faltaba á la marina de guerra la base de la mercante, los reveses y desastres de nuestras armas causaban á la España heridas muy profundas.

Patiño y Ensenada crearon una marina militar tan poderosa «como jamás tuvo y ha vuelto á tener España» (1). A fines del siglo XVIII, los buques de guerra de nuestra armada llegaban á 304; pero persistiendo en el mismo error, sin atender á la par al desarrollo de la marina mercante, su asiento firme y sólido, ese resurgimiento de poder naval fué, como el anterior, una brisa pasajera. En el siglo XIX empieza el ocaso de nuestra marina, y los restos de nuestra tradición y poderío en los mares quedaron sepultados el 98 en las aguas de Cavite y de Santiago de Cuba.

FRANCISCO ESPINOSA Y GONZÁLEZ-PÉREZ

(1) *Marina Real Española:* D. José March. Madrid 1854, tomo II, páginas 787, 809.

GOYA

POR

VALERIANO DE LOGA

(CONTINUACIÓN)

De este período fecundo en producciones datan sus primeros ensayos de aguas fuertes. Estimulado quizás por José del Castillo que, juntamente con él, bosquejaba para la Fábrica de Tapices, y cuyas más importantes obras están fechadas en esta época, influído por el estilo de Ribera y José García, creóse pronto una técnica independiente. La Huída á Egipto, seca y sedienta (1), hoy una verdadera rareza, es sin duda su primer ensayo, al cual hay que añadir la Cabeza de San Francisco de Paula, viejo, con los ojos al cielo, popularizado por la calcografía; así como el San Isidro Labrador, del cual sólo se conoce un ejemplar. El Santo Patrón de Madrid está de rodillas en oración, iluminado por un amplio haz de luz que cae de arriba. Tiene la azada en la mano derecha, y en el fondo se ve la pareja de bueyes conducida por un ángel. En estas grandes planchas, que no pueden negar su calidad de primeros trabajos, no es posible desconocer algún progreso. Todavía no ha llegado á conseguir, ni en esta ni en las siguientes hojas, un poderoso efecto técnico, por la manera de tratar el perfil, desdeñando el contorno, expresando la forma y el modelado con

(1) Lefort, núm. 227, copiado por V. V. Loga, de Goya, Berlín, 1907.

meros golpes de pincel, pero ya se anuncian sus extraordinarias dotes.

Sus aguas fuertes, copias de Velázquez, que por iniciativa de Godoy compró el Estado, llevan, en su mayor parte, la fecha de 1778, en su técnica primitiva no responden en modo alguno á las exigencias de hoy en una reproducción de cuadros; pero, no obstante la valoración de los colores, la luz brillante, que de un verde frío sube hasta un cálido azul, están notablemente tratados. En el dibujo y hasta en la expresión de las cabeza, hácese Goya reo de frecuentes y muy esenciales discrepancias del original.

A los grandes retratos ecuestres de los dos Felipes y de sus esposas, del Príncipe Baltasar Carlos y del Conde Duque, únense Los Borrachos, que, tratados á una luz muy clara, apenas dejan sospechar los delicados detalles del cutis ni los cálidos y fuertes sombreados del original. En los filósofos Esopo y Menipo está Goya mucho más cerca del modelo. Lo mismo puede decirse en más grande medida de los dos enanos Sebastián de Morra y el Primo. Una copia sin fecha, pero indudablemente posterior, de Velázquez, es la de las Meninas. Se cuenta que, desesperanzado el artista de acercarse á Velázquez, rompió su obra; esto explicaría el escaso número de reproducciones conservadas (1). También sus copias sin fecha, como el Príncipe Fernando Barbarroja, D. Juan de Austria y el Alcalde Ronquillo, de un original perdido de Velázquez (2), deben ser colocados en un período ulterior. En estos tres sobrevino en las reproducciones posteriores un tono de aguatinta. Para las anteriores empleaba Goya, como para sus dibujos, con preferencia, el color rojo. Cean Bermúdez, y luego Lefort, poseye-

(1) *El Berliner Kupferstich Kabinett* posee una prueba, que antes perteneció á Cean Bermúdez, por ambos lados impresa en negro y rojo. Según noticia del hijo de Goya, que se lee en el dorso del retrato de Wellington, en British Museum, se pidió por un ejemplar 1.300 reales.

(2) Cean Bermúdez numera, entre los retratos grabados por Goya, el del Rey y el del Príncipe Baltasar.

ron dibujos de este grabado (1), algunos de los cuales llegaron á Hamburgo en su camino para Inglaterra.

Goya llamó sus maestros á Velázquez, á Rembrandt y á la Naturaleza. De los cuadros de Rembrandt sólo pudo haber visto, á lo sumo, el rudo retrato de Artemisa (Museo del Prado, núm. 1.544), en el caso de que se encontrase ya en poder del Rey. Otra cosa puede decirse de los grabados; sin embargo, llama la atención que precisamente la técnica de aquellas pequeñas cabezas de estudio y anteriores auto-retratos, fué lo que imitó antes que nada, y, naturalmente, ante sus ojos se agitaban en los caprichos y en ulteriores trabajos el espiritual dibujo de los holandeses, así como sus extraños efectos de luz.

En vano buscaremos reales y positivos préstamos, y sólo conozco un caso de esta especie. Entre los dibujos de la Biblioteca Nacional de Madrid se encuentra una aguada, copia del último trabajo de Rembrandt, la *Femme á la fléche*. Lo que ninguno, que yo sepa, de los comentaristas eruditos echó de ver antes de la aparición de este libro, lo vió el ojo del artista: que la raya de detrás de la mano de la mujer, considerada como dardo, no es más que una raja de la cortina, por la cual entra indiscreta la luz matinal, interrumpiendo el sueño de la durmiente que se dispone á taparla.

De Velázquez ha tomado Goya, indudablemente, mucho más. Ya hemos visto que grabó sus principales retratos, pero copió también otros con el pincel. Zapater, y después que él, Madrazo, poseyeron los dos filósofos, que no hace mucho reaparecieron en el mercado de París. Una interesante copia del grupo principal de Las Meninas apareció en Colonia. Más tarde copió Goya, como pintor de Cámara, la tela real (2), antes de

(1) No se han conservado reproducciones del supuesto Aguador de Sevilla.

(2) Prado, núm. 1.116.

que Fernando VII la enviase á Sir Henry Wellesley, después Lord Cowley (1).

En la manera de concebir los retratos, y más aún en la manera de tratar la luz, muéstrase Goya influído por Velázquez. Sin embargo, no debe olvidarse que esta manera de ver no es ajena en su origen y uso tradicional á causas climatológicas. El que haya estado siquiera algunas horas en los lagos y en los valles alpinos de Terra ferma, comprenderá por qué los venecianos pintan la carne dorada, y por qué Tiziano sumerge sus montañas en un azul intenso. La nieve del Guadarrama, los peñascos grises de las altas mesetas con el verde pálido de los olivos, hayas y pinos, los polvorientos álamos de las riberas, dan á esa tranquila y fuerte luz que envuelve la meseta de Castilla, un tono fundamental gris claro. Tampoco el hombre se siente inclinado á vestir allí de colores vivos. El traje de la gente principal es allí negro, y lo ha sido durante siglos el de las mujeres. Allí fué donde el discípulo de Tiziano, el extraño griego, primer *pleinairista* consciente, y Velázquez (2), que en sus cuadros de juventud no desdeñaba pintar colores vivos, pintó siempre claro y transparente cuando vivió en Madrid. Pintaban así porque veían así el ambiente, y también Goya tuvo que seguir este camino.

*
* *

En el verano de 1780 volvemos á encontrar á Goya en su segunda patria, Zaragoza.

Durante su ausencia en el año 1772, la Junta de la Virgen del Pilar había contraído compromisos con Bayeu, que ya en Abril de 1774 se disponía á pintar las cúpulas, puesto que no

(1) Justi: *Velázquez y su siglo*. 2.ª edición. Bonn, 1888, II, pág. 383, Véanse anteriores números de esta revista.

(2) Una espiritual dama que desde hace años copia en el Museo del Prado, me decía, ante el cuadro de un célebre pintor extranjero: «Ninguno de ellos sabe ver la luz como la vemos nosotros.»

esperaba obtener antes el permiso de la Corte. En Marzo de 1775 estaba todo dispuesto para su trabajo; las bóvedas fueron cubiertas de una capa de cal. Finalmente, en Mayo de 1775 puso Bayeu manos á la obra. La Coronación de María y La Virgen Reina de todos los Santos, fueron admiradas por todo el mundo, cuando á fines de Febrero de 1776 estuvieron terminadas. Pero antes de que el pintor de cámara volviese á Madrid, en 20 de Marzo, comprometióse á dirigir la pintura de las bóvedas planas, según los bocetos revisados por él, y originales de sus parientes Ramón y Goya. Por cada obra se dió 5.500 reales (1), obligando á adelantar los gastos de andamiaje y albañiles.

De nuevo se suspendieron las obras por algunos años. Mediaron muchas cartas, y siempre disculpábase con grandes obligaciones y encargos que le retenían en Madrid y Toledo, y también había que cuidar de los jóvenes.

Goya anunció á sus amigos, el 10 de Mayo de 1780, su llegada (2). Para su instalación no nesitaba más, según sus propias palabras, que «una mesa, cinco sillas, una sartén, una bota y un tiple y asador y candil; todo lo demás es superfluo». Sin embargo, parece que esperó aún el parto de su mujer, y cuando ésta, en 23 de Agosto, le obsequió con un «*muy guapo* muchacho», escribió: «*Conque nos veremos más presto de lo que pensaba*» (3).

Pero sólo estuvo dispuesto para trabajar con Ramón Bayeu (*con ánimo de comenzar luego la obra*) en Octubre del mismo año, y presentó á la Inspección sus bocetos hechos en Madrid para la cúpula de enfrente de la Capilla de San Joaquín (4).

Cuando al poco tiempo llegó Francisco Bayeu á Zaragoza,

(1) Araujo Sanchez: o. c., pág. 89.
(2) Viñaza: o. c., pág. 161.
(3) Zapater: pág. 18.
(4) Idem: pág. 19.

para pintar la cúpula entre el altar y la capilla de Santa Ana, hubo de poner algunos reparos á las obra de su cuñado. Mas como éste no quisiese sufrir tal censura, Bayeu tuvo que rogar á la Junta que se le dispensase de su obligación de vigilar los trabajos. Se trató primero de mediar en la cuestión, y se decidió que el Administrador inspeccionase en adelante los trabajos de Goya y recordar á éste cuanto debía á su cuñado. El fresco terminado el 11 de Febrero gustó poco al público, y la Junta, preocupada por la crítica desfavorable, no ocultó sus pensamientos, con motivo de los bocetos presentados algo después. La Caridad pareció poco decente; los colores demasiado oscuros; también se pusieron algunas objeciones á los ropajes, y, en general, tampoco gustó el conjunto. Como se temiese un nuevo escándalo, se comisionó á Allué para hacer notar al pintor dichos reparos, y comunicarle la resolución de la Junta de que presentase sus estudios á su cuñado para que los corrigiera. Con este motivo, la cólera de Goya no reconoció límites. En un largo escrito de 17 de Marzo, el cual, á causa de su hábil redacción, difícilmente pudo ser escrito por el irritado artista, sino más bien por Zapater ó Goicoechea, trató de justificarse. En él decía: «pero el honor de un profesor es cosa muy delicada, depende de la reputación toda su subsistencia, y en el día que se oscurece con alguna ligera sombra, pereció toda su fortuna» (1). Por estas razones, no se le podía á él, que gracias al Rey trabajaba, y á quien la Academia contaba entre sus miembros, exigir tan vergonzosa subordinación que le igualaba á un *mercenario dependiente* (2). Bayeu no había procedido imparcialmente, sino completamente excitado contra él y estimulado por los envidiosos para minarle el terreno. Él mismo nada había sabido del expediente en que se le aseguraba al cuñado la inspección de los trabajos de la iglesia; *por un efecto de la armonía que deseaba mante-*

(1) Viñaza: o. c., pág. 169. En castellano en el original.
(2) Idem, íd.

ner (1), cedió al principio. También creía que era injusto poner reparos á los frescos de la cúpula, precisamente después que la Junta había concedido gustosa que se ampliasen los bocetos. El *vulgo ignorante* había excitado á sus rivales. Finalmente, rogaba que se trabajase para que actuasen como árbitros á su costa los prestigiosos pintores de la Academia de Madrid, Maella y Velázquez.

A pesar de que la Junta perseveraba en su resolución, de diferentes lados se hicieron tentativas de arreglo. Una larga carta del amable Prelado de Aula Dei, D. Félix Salcedo, de 30 de Marzo de 1781, en la cual se trataba de calmar con palabras cordiales las excitadas pasiones, exhortándole á someterse á sus deberes de cristiano, consiguió que Goya, en 6 de Abril, pidiese perdón al Arcipreste Allué. Hizo nuevos bocetos, que hallaron la aprobación de Bayeu y de la Junta en 17 de Abril. Mas todos estos buenos propósitos fueron de corta duración. El 28 de Mayo declaró Goya, en desatada cólera, que puesto que allí su reputación artística padecía, quería volver á Madrid tan pronto como le fuera posible. La Junta contestó con un acuerdo que no revelaba menos excitación: Goya debía presentar su dimisión, y no atreverse á volver á trabajar en la Iglesia. Pareció una segunda ofensa que la administración de la Iglesia no quisiese privar á su esposa, la hermana de Bayeu, que merecía toda clase de atenciones, del usual regalo de medallas.

¿Hemos de colegir de esta circunstancia que los dos esposos vivían, según refiere la crónica escandalosa, disgustados á causa de las costumbres galantes de Goya? ¿Qué significa y cómo explicar esta actitud enemiga y poco natural de Bayeu? ¿Tomaría parte el hermano en la contienda, á favor de la hermana ofendida, trasladando dicho conflicto de familia al dominio del arte? Apenas podemos creer que el ilustrado pintor de corte, que tan manifiesta simpatía sentía por todo lo bueno y nuevo

(1) En castellano en el original.

en arte, tratase de hundir en este caso el naciente genio de Goya. Nada de esto. Tratábase solamente de dos tozudos, ninguno de los cuales quería ceder. Esta es la clave de tal incidente.

Sin duda, estos dos meses fueron los peores en la vida de ambos artistas. Una carta, desgraciadamente sin fecha, dirigida por Jovellanos al Padre Fray Manuel Bayeu, el tercero de los tres hermanos, hace alusión también á estas ingratas cuestiones de familia. Contémplense los frescos y fíjese la mirada observadora en los grupos de figuras en las diferentes cúpulas, y se descubrirá entre la pintura de Francisco ó de Ramón Bayeu y la de su cuñado una diferencia que salta á la vista. Nada de nuevo se ve allí, nada de Titán que se revele contra los dominadores y derribe por el polvo las viejas tradiciones. Sus santos reposan en nubes. ¿No les parecieron á los admiradores de Mengs bastante modernos, porque en ellos hay un soplo de aquellos preciosos tiempos en que se poblaba el cielo cristiano con figuras olímpicas? ¡Nada de esto! También allí sus cuñados revelaban sus escasos lazos con el nuevo clasicismo, y en sus glorias se ven los mismos escorzos y descoyuntamiento que desde Correggio había costumbre de ver en los techos de las iglesias. El mayor delito, á los ojos de los discípulos de Mengs, era que Goya se confesaba allí admirador de Tiépolo.

Con relación á los frescos del Coreto, estas pinturas significan un progreso en el colorido. Están muy coloreadas, y una luz blanca y brillante reúne armoniosamente las masas. Los estudios de la cúpula, pintados sobre lienzo rojo, se conservan hoy, con los dos bocetos del mismo tamaño de los Bayeu, en la Biblioteca del Pilar, en el piso alto sobre la sacristía.

En Junio de 1781, ya de regreso en la capital, escribía Goya poco después á su amigo (1): «No me acuerdes esos sujetos, que tantos disgustos me han causado; que aunque me ha dado mucha risa tu aprensión, no quiero acordarme.» Y en otra

(1) Zapater: o. c.

carta (1): «Porque en acordarme de Zaragoza y pintura me quemo bibo.» Constantemente le roía la vergüenza.

Este hondo mal humor, que sin duda estaba relacionado con perturbaciones en su salud, se extiende hasta los ochenta años. «Estoy malo y no trabajo mucho» (2), decía el 2 de Julio de 1784 á su íntimo. «Pídele á la Vírgen—escribía en otra ocasión—que me dé más gana de trabajar» (3).

Por todas partes presentía enemigos y veía envidiosos y perseguidores, á medida que sus éxitos artísticos crecían y aumentaban sus relaciones con la corte y la nobleza. Su hermano Camilo, que por la intercesión de Goya había sido nombrado capellán del Infante D. Luis en Chinchón, nos pinta con imágenes elocuentes la situación en que entonces se encontraba nuestro pintor. «Francisco, escribía en 18 de Octubre de 1783 á Zapater (4), aunque Dios le ha dado fortuna y habilidad... le quitan la paciencia si ha dicho, si no ha dicho, y revolviendo con sus mentiras todo lo que pueden, pues en la hora que escribo tengo el corazón muy sobresaltado, siendo así que no diré lo que podría decir; lo peor es que logran, de este modo, el que aborrezca la pintura; y no pudiendo quitarle la habilidad, logran el que no continúe.» Más abajo cita á Bayeu como su principal adversario.

En estos difíciles tiempos recibió también Goya la noticia de la enfermedad y muerte de su padre; tanto le impresionó, que no podía hacérsele tomar alimento alguno.

En Septiembre de 1783 (5) hizo venir á Madrid á la viuda, su madre; sin embargo, como no se hallase bien en la capital, hubo de volver en los años siguientes á Zaragoza, adonde su hijo le pasaba una renta.

(1) Zapater: o. c., pág. 21.
(2) Idem: o. c., pág. 27.
(3) Idem: o. c., pág. 24.
(4) Idem: o. c., pág. 26.
(5) Su padre murió el 17 de Diciembre de 1781, y fué enterrado en San Miguel, de Zaragoza. Zapater: o. c., pág. 25. De las relaciones con su madre, habla una carta que posee D. José Lázaro y Galdiano, en Madrid.

Cuando Rita, la hermana de Zapater, murió, á principios de Noviembre de 1782 (1), escribió Goya: «Pero me ha consolado el juicio que tengo hecho de que era muy buena, y se abrá allado buen pedazo de gloria; lo que nosotros, que emos sido tan tunantes, necesitamos enmendar en el tiempo que nos queda.»

Sólo en su favorita ocupación de la caza hallaba el maestro sosiego y calma para sus excitados nervios.

Consideró como una satisfacción el no ser olvidado en la distribución de trabajos de San Francisco el Grande, iglesia empezada á construir con arreglo á los planos de Ventura Rodríguez, en 1760. «He estado muy apretado, escribía en 3 de Agosto de 1781 (2). Dios ha querido aliviarme.» Los siete altares de la iglesia preferida por la corte, y que aun hoy se utiliza interinamente como catedral, fueron encargados á los más prestigiosos pintores; y tanta parte tomó el pueblo de Madrid en las obras, que parecía llegada la ocasión de un concurso de arte. Como sus colegas, el que más y el que menos, pertenecía al bando de Mengs, Goya pudo, especialmente después de los ingratos sucesos de Zaragoza, considerarse satisfecho con el encargo del Rey.

Tocóle pintar la predicación de San Bernardino. En el otoño de 1781 pudo presentar sus bocetos, pero la pintura del lienzo demoróse bastante. Por fin, el 2 de Julio de 1784 se efectuó el descubrimiento de los altares, que tenía con la mayor ansiedad á los artistas desde hacía algunas semanas.

«Abrá mucha bulla, porque ya empieza desde aora; allá se berá cómo salimos» (3), escribía lleno de confianza. Tampoco á Francisco Bayeu, á quien, como era natural, le había tocado en el botín la parte del león, el altar mayor, le arredró el viaje de Toledo con motivo del descubrimiento. Cuando llegó el

(1) Zapater: o., págs. 21 y 68.
(2) Idem: o. c., pág. 21.
(3) Idem: pág. 28.

gran día, se discutió vivísimamente cuál de los lienzos era el mejor, y Goya no se vió defraudado en sus esperanzas. «Es cierto, escribía el 11 de Diciembre de 1784, con modestia, que he tenido fortuna para el concepto de inteligentes y para todo el público con el cuadro de San Francisco, pues todos están por mí, sin ninguna disputa» (1). Si bien el Rey no ocultó en manera alguna su aplauso ante la Corte, hubo un fin de fiesta nada agradable. En 25 de Abril de 1785, viéronse obligados Ferro, Castillo y Goya á hacer un corte de cuentas, de que fué portavoz el célebre Ponz (2). Cuando, por fin, les fueron asignados 4.000 reales (antes se habían pagado 6.000), encontróse al margen la nota, poco aduladora, de Floridablanca: «Aunque los Quadros no han sido gran cosa, bien que los de éstos son los menos malos» (3).

La figura de un fraile extenuado, San Bernardino de Siena, con el Crucifijo en la mano izquierda y con la derecha extendida en vivo ademán, está sobre un cerro, en cuya falda se apiñan los oyentes, entre ellos el Rey Alfonso de Aragón, el cuarto de este nombre, al cual se reconoce en la corona, y, como su séquito, con ropajes arcaicos. De los nobles del otro lado, uno de ellos ostenta los rasgos de Goya. Este autorretrato es indudablemente una añadidura posterior, que falta en el boceto que posee el Marqués de Torrecilla. También este ingenioso croquis pintado con flotante pincel muestra esenciales diferencias con el cuadro, que indican el deseo de simplificar la composición. Un estudio del autorretrato que Federico Madrazo poseía, está copiado en Yriarte (4). La frente y las órbitas denotan fuerza de voluntad; los gruesos labios, sensualidad; el hermoso cabello le cae en ondas por la espalda.

(1) Zapater: o. c., pág. 27.

(2) El facsímil del escrito, en *La Ilustración Española y Americana*, XLIV, 1900, núm. 18, pág. 282. Véase también Viñaza: o. c., págs. 44 y 179.

(3) Viñaza: pág. 181, o. c.

(4) Iricoste: o. c., pág. 27.

El ardiente Goya tenía fundadas, á lo que parece, muchas esperanzas en este cuadro. A la muerte de Calleja, creyó poder pretender la plaza de pintor de cámara (ya recordamos que anteriormente había hecho trabajos en este sentido). Indudablemente, á esta cuestión se refieren las algo oscuras insinuaciones de 14 de Enero de 1785 (1). «De mis cosas, no hay nada por arriba, ni creo que habrá, aunque yo no he podido desear más de lo que ha pasado en este certamen... Aquí ya es público, en Palacio. Amigo, lo que querían acer conmigo, les sucede.» El 14 de Mayo pudo comunicar, bajo el sello del silencio, la noticia de que la Academia, á la cual pertenecía desde el 7 de Mayo de 1870, le había nombrado teniente director. «Poco provecho y mucho onor.» Tenía 25 doblones de paga. Mas era modesto por naturaleza, y en el siguiente año escribía (11 Marzo de 1786): «pues en todos mis trabajos no tengo más, con acciones de Banco y Academia, que doce ó trece mil reales anuales, y con todo, estoy tan contento como el más feliz».

***

Por este mismo tiempo empieza á despertarse y á crecer de día en día la vocación de retratista de Goya. Sin duda, antes había pintado ya retratos. El del Papa, es verdad, pertenece al reino de la fábula. Pero la desigualdad de su trabajo, que más bien procede de inconstancia y versatilidad que de falta de facultades, dificulta determinar la fecha de los cuadros que no la tienen. El núm. 1777 se encuentra como primera fecha en el retrato del Conde de Miranda, tan superior á otros posteriores, que hace pensar en error de fecha (2). Los retratos sin indicación de fecha de la primera mital del año 80, son,

(1) Zapater: o. c., pág. 33.

(2) De uniforme blanco, con las insignias de la Orden de Carlos III. Se lee la inscripción: «El Sr. Conde de Miranda. Año de 1777. Pertenece á la Colección Lázaro, de Madrid.

en su mayor parte, trozos decorativos, para los que parecía bastarle el colorido amplio, fino y á menudo débil, á que se había acostumbrado en la Fábrica de Tapices. Que, sin embargo, también sabía cuidar esmeradamente sus retratos, lo demuestra la característica cabeza del director de la Fábrica de Santa Bárbara, Cornelio van der Goten (1), de 1782, y el gracioso muchacho, vestido de encarnado, con el juego del pájaro, que posee Madame Bernstein en París.

Su antiguo protector de Zaragoza, el célebre arquitecto Ventura Rodríguez, le proporcionó á Goya una relación influyente, que le valió de mucho (2).

D. Luis Antón, segundo hijo de Felipe V é Isabel de Farnesio, había sido dedicado á la iglesia. A los ocho años recibió el capelo rojo, tocándole las más ricas prebendas españolas: los Arzobispados de Sevilla y Toledo. Con razón, alcanzó gran prestigio cuando joven, y á la muerte de su padre renunció libremente á tan altas dignidades y beneficios. Lejos de la corte, en su Tusculum de las cercanías de Avila, pero en la mejor armonía con su real hermano, de cuyo corazón estaba muy cercano, distribuía su tiempo entre estimulantes tertulias de amigos y el estudio de la botánica. Jovellanos pudo decir de él que su nombre estaba destinado á la inmortalidad como protector del arte y de los artistas (3). Como por razones dinásticas se le dificultase un casamiento adecuado á su calidad, pudo conducir al altar, siguiendo á su corazón, á D.ª María Teresa de Villa-

(1) Catálogo de la Exposición nacional de retratos. Madrid, 1902. Número 66. No Jacobo, como dice el catálogo, pues ya había muerto entonces, sino Cornelio.

(2) Jovellanos: o. c., III, pág. 248. «Para señalar más bien este linaje de aprecio, mandó S. A. retratar á Rodríguez, significando que gustaba de tenerle siempre á la vista, y fió este encargo al diestro y vigoroso pincel de D. Francisco Goya, pintor de cámara de S. M. (llegó á serlo después) y uno de los artífices con quienes señaló también su augusta protección.»

(3) Jovellanos: l. c., III, pág. 248. «Cuyo nombre ha colocado ya la gratitud en la lista de los protectores de los artistas y las artes.»

briga, en 1776. Esta dama, extraordinariamente bella, de noble familia aragonesa, pues su árbol genealógico se remontaba hasta los Albrets, reyes de Navarra, compartía las aficiones artísticas de su esposo.

De los hijos de este feliz matrimonio, á quienes no se reconoció el título y rango de infantes, pero á quienes en la corte se estimaba como parientes cercanos, Luis María, nacido en 1777, fué dedicado al estado eclesiástico. Desde 1799, en la Silla de San Ildefonso, desempeñó un sobresaliente papel en la historia ulterior de su patria como hombre de sentimientos nacionales. Al caer la dinastía se declaró, como otros muchos patriotas, por José Bonaparte, y luego, cuando se vió defraudado en sus esperanzas, tomó parte en la insurrección y firmó como Presidente de las Cortes de Cádiz la Constitución. Más tarde tomo parte en la Revolución de 1820. La hija mayor, María Teresa, fué inmolada por la Reina en el ignominioso enlace con Godoy. La segunda contrajo matrimonio con el primer duque de San Fernando.

Se recibió á Goya, en otoño del año 1783, en Arenas de San Pedro, de la manera más agasajadora. «Estos señores (los príncipes), escribía, son unos ángeles.» Pudo acompañar á caza al infante que le trataba con noble confianza, que ensalzó Jovellanos admirando, como inteligente que era, al excelente tirador. Decidió pintar un conejo cazado por él. Halló Goya mucho aplauso por su empeño artístico, pues antes que él otros pintores habían fracasado en su empresa. Cuando después de una residencia de más de un mes partió, con gran sentimiento, recibió, además de los crecidos honorarios de 1.000 duros, una muy preciosa bata de brocado para su esposa como regalo. Se lamentó su partida, y se trató de arrancarle la promesa de volver todos los años. Finalmente, el príncipe le proveyó de una silla de posta para su regreso á Madrid (1).

En este mes fué prodigiosa la actividad de Goya; pero tal

(1) Zapater: o. c., pág. 17. Carta de 20 de Sept. de 1782.

vez no suscribiera, sino muy condicionalmente, su comitente el juicio favorable que nos merecen sus creaciones.

Los cuadros de San Pedro fueron después conducidos al palacio de Boadilla del Monte, situado á unos 15 kilómetros de la Puerta de Segovia, y construído también por Rodríguez, donde ocuparon una sala de piso superior (1). El gran cuadro de familia, en el testero principal, composición muy inquieta, de catorce figuras, pobre y seco de color, carece de unión. Los dos príncipes están sentados, jugando á las cartas, á una mesita ovalada en el centro. De sus dos cabezas de perfil se han conservado bocetos que, según la inscripción, el uno se hizo en tres horas y el otro en una. Los dos niños mayores apóyanse sobre su padre. A la izquierda se ve á Goya, de espalda, en escorzo muy poco afortunado, agazapado sobre una banqueta ante el caballete. Un peluquero peina á la hermosa señora mientras dos emperifolladas doncellas, á la izquierda, sirven el almuerzo en vajilla de plata. La mitad de la derecha, del cuadro la ocupan cinco figuras rígidas: una nodriza chata muy adornada, con el niño de pecho, y cuatro hombres de diferente edad y condición. Entre ellos, el jardinero, de tipo manifiestamente morisco.

Habituado á trabajar de prisa, ejecutó en este espacio de tiempo, pasmosamente breve, los dos retratos de los hijos mayores en tamaño natural. El retrato del que luego fué cardenal, un caballero fino, vestido de seda azul pálida con peluca empolvada, reviste un interés científico. La hermana, que no llegará á los treinta años, que más tarde fué una belleza, está desfigurada por un monótono velo y oprimida por un estrecho corsé, juega con un perro boloñés.

La crecida paga de 1.000 duros hace creer que los dos retratos de los príncipes habían sido acabados ya. En el encargo

(1) Debo á la bondad de mi estimado amigo D. Aureliano de Beruete, como otros muchos, el haberlos podido estudiar bajo su estimulante dirección.

del infante, que le valió á Goya el siguiente año 30.000 reales (1), se pueden incluir los dos retratos. D. Luis, en traje blanco de corte, se parece á su hermano Carlos III con elocuente semejanza. En su sencilla y elegante *toilette*, de seda oscura, parece expresar á su bella esposa, apoyado sobre el respaldo de un sillón, la rectitud de su vida. El retrato ecuestre de la Señora del Infante, á que se hace referencia en una carta de 2 de Julio de 1784 (2), debe considerarse como perdido.

Las buenas relaciones de Goya con la familia de su alto protector, sobrevivieron á la muerte del bondadoso caballero á quien por última vez, en Mayo de 1785, besó la mano (3). Volveremos á encontrar á los dos encantadores niños, ya desarrollados, á fines del año nueve, en sus retratos.

Como ya hemos dicho, fué Rodríguez quien presentó á Goya al príncipe. En el retrato que Goya pintó de este precitado, en una larga inscripción la esposa del infante como comitente del artista arquitecto del príncipe (4). Que el infante quiso levantar un monumento entre sus obras al «Restaurador de la arquitectura española» (5), lo demuestra un boceto que existe en la hermosa colección del malogrado J. Stchoukine en París. Se ha elegido el momento en que Rodríguez presenta sus planos.

El proyectado retrato, que por causa de la muerte del príncipe y de Rodríguez (ambos murieron en 1785) no llegó á ejecutarse, estaba destinado al vestíbulo del palacio de Boadilla, y probablemente, para ser colocado en el sitio en que ahora está colgado el de Amiconi, que representa á Ventura en traje de caza.

También encontramos en Boadilla retratos de Carlos IV y María Luisa, ejemplares del vulgarizado tipo de ejecución

(1) Zapater: o. c., pág. 29.
(2) Idem: o. c., pág. 27.
(3) Idem: o. c., pág. 33.
(4) Idem: o. c., pág. 29.
(5) Idem: o. c., pág. 27.

rutinesca que se ve en los Ministerios é Institutos de Madrid.

En el palacio se encontraba, hasta hace poco tiempo, retratos de algunos hombres célebres amigos de la casa. El general Ricardos, que después de recoger en Méjico sus primeros laureles, demostró en Argelia y Gibraltar sus dotes estratégicas. Un valiente espadón, de sencillo, pero indomable carácter, que sabía moverse mejor en campaña que en los salones de la corte.

En el círculo de hombres cultos de que se rodeaba el príncipe y en la soledad de la vida del campo, sentíase más á su gusto. Sus brillantes campañas del Rosellón le atrajeron la envidia de sus compañeros cortesanos, y por su victoria de Mas Den fué nombrado capitán general por Godoy (1). Descorazonado por no hallar la ayuda necesaria para sus planes de conquista en territorio francés, pero activo hasta el último momento, murió en 1794, según se dice, á consecuencia de una taza de chocolate.

Yriarte vió en Boadilla un retrato del organizador de la armada, D. José Mazarredo. «En la creencia de que sólo la mano poderosa de Napoleón podía salvar á su patria de espantosa miseria» (2); el significado almirante hallábase ya dispuesto en 1808 á entrar en el ministerio de José Bonaparte. El retrato de figura hasta la rodilla, en su disposición ante la cortina con la vista al mar y la fragata, diferénciase poco del modelo usual de la época.

También el gran Jovellanos era en el Tusculum castellano un prestigioso huésped. Algunos años más joven que Goya, y acostumbrado á hacer partícipes de su gran ciencia á los demás, influyó de modo provechoso y estimulante sobre el desarrollo espiritual del maestro. El retrato que Goya pintó de él en el

(1) Baumgarten: Geschichte Spaniens zur Zeit der französischen Revolution. Berlín 1861, pág. 498.

(2) Baumgarten: Geschichte Spaniens zur Zeit der französischen Revolution bis auf nusere Tage. Leipzig: I, pág. 255. Memoires du Roi Joseph: IV, pág. 380, 391.

año 80, no se echaría de menos si se hubiese perdido. Pensativo, y apoyando la cabeza en la mano, está sentado ante su escritorio sombreado por una estatua de Atenea. También el sabio estimaba al artista como amigo, y no titubeó en proporcionarle algún importante encargo oficial.

En 12 de Enero de 1783 escribió Goya triunfante á Zaragoza (1), en calidad de secreto, que sólo quería comunicar al amigo y á su esposa que el primer ministro le había encargado su retrato, recibiéndole con extraordinaria amabilidad. Floridablanca, sobre cuya vida sin tacha arrojó una ligera sombra la actitud de sus últimos años, era entonces sin disputa la más importante personalidad política española. Provisto del fuego del meridional, mas perseverante, enérgico, discreto y perspicaz, aplicó sus energías, ayudado por la confianza del Rey, á curar con oportunas reformas las heridas causadas en el país por un desgobierno de siglos. Nació en Murcia en 1730, de padres pobres. El marqués de Esquilache reconoció las grandes aptitudes del hábil abogado, y le dió ocasión para una excelente preparación diplomática en la corte de Clemente XIV. A su diestra energía debieron sin duda los Estados católicos la disolución de los jesuítas. Primer ministro desde 1777, mostró, por su serenidad y conocimientos de la materia, una absoluta superioridad, y supo también encontrar colaboradores para sus planes de reforma tan apropiados como Campomanes, el noble Jovellanos y Cabarrús, «que mostraba iguales dotes para los asuntos científicos y prácticos» (2). Su comercio y correspondencia con su adversario político y futuro sucesor en el poder, muestra á ambos hombres como excelentes figuras del próspero reinado de Carlos III. Aranda, aragonés, aristócrata y soldado apasionado y violento; Floridablanca, de pequeñas proporciones, abogado, medio maestro de escuela, comprendiéndolo todo con su perspicaz instinto, y una vez com-

(1) Zapater: ob. cit., pág. 17.
(2) Baumgarten: ob. cit., pág. 24.

prendido, realizándolo con indomable voluntad, se encontraban á menudo frente á frente, pero siempre con caballerosidad, á la antigua española.

Hasta el 26 de Abril (1) no encontró ocasión el atareadísimo ministro para ser retratado por Goya. Gustaba de hablar con el artista largas horas, y prometió hacer valer su influjo en favor suyo antes que el éxito atrajese sobre él la envidia de sus compañeros. Cuando en Enero de 1784 estuvo terminado el retrato, escuchó Goya, sí, muchos elogios; pero el ministro, cuya situación pecuniaria no estaba muy en orden, contestó al pintor con las palabras: «Para más tarde» (2).

Hasta nuestros días han llegado dos grandes retratos de Floridablanca. Su aspecto exterior era como su carácter (3); su figura delgada y nerviosa, sus movimientos angulosos, pero seguros; en su semblante reinaba cierta serenidad; sus grandes ojos miraban con inteligencia. Los cuadros, dispuestos como de ceremonia, y que no muestran al artista por su lado mejor, están pintados con colores raramente delgados. En el más grande, en que Goya se incluyó á sí mismo, como á la sombra de un tan poderoso personaje, en actitud de entregarle un retrato, falta calor. La composición recuerda á un tapiz. La actitud del ministro es igual á la del Caballero del Mercado (1778-79), que conduce á una dama del brazo por la plaza de la Cebada. También es evidente la semejanza del tratante en cuadros con el perfil medio perdido de Goya. Sin duda esta coincidencia se debe á algo más que á un acaso. En el segundo retrato, Moñino tiene un papel en la mano con un rótulo que hace referencia á la fundación del Banco de San Carlos.

Esta fundación, de utilidad general, de la que salió después el Banco de España, fué creada en el año 1782, á excitación de un extranjero, después conde de Cabarrús (4), del que dijo

(1) Zapater: ob. cit., pag. 25.
(2) Ibidem.
(3) Véase también el grabado de Joaquín Ballester, según Angelbueno.
(4) Padre de Madame Tallien.

Jovellanos: «que en él luchaban talento y debilidad, las más nobles cualidades y los más chocantes defectos» (1). Hijo de un comerciante de Bayona, después director de una fábrica de jabón en las inmediaciones de Madrid, supo hacerse indispensable á Campomanes como consejero de Hacienda durante la guerra de la Independencia de América. También tomó gran parte en la fundación de la Compañía de Filipinas (2), y después consiguió la del Banco de San Carlos. A esta institución, fecunda para España, que en su principio fué honrada con los ataques de un Mirabeau, tuvo que agradecer Goya varios encargos bien retribuídos. El conocido historiador de arte, Cean Bermúdez, entonces empleado en dicho establecimiento, fué mediador. Por el retrato del primer accionista, el chileno don José Toro y Zembrano, recibió el pintor, en 13 de Abril de 1785, 2.000 reales (3). Forman pareja los retratos de D. Francisco Larrumbes y del marqués de Tolosa, acabados á fines de Enero de 1787. El primer director, conde de Altamira, aparece de figura entera al lado de una mesa, sentado y con las piernas cruzadas (4). Sólo en Cabarrús pagó el Banco en el año siguiente su deuda de honor. Una disposición (5) artística poco agradable: la de este hombre rechoncho, vestido de levita verde canario guarnecida de piel.

La figura (en pie) del anciano conde de Gausa, pintada en el mismo estilo chato, distínguese por una característica más fina de los antes citados lienzos, pintados poco después. Se ve, por decirlo así, la pesada figura, con su informe cabeza, descender á la tumba sobre unas piernas maltratadas por la gota y la hidropesía. Cuando Gausa murió, en 1785, todo el mundo

(1) Beaumgarten: I, pág. 255.

(2) Lafuente, XXV, pág. 83.

(3) Catálogo de la Exposición Nacional de retratos. Madrid, 1902. Número 418.

(4) Los tres retratos últimamente citados fueron adquiridos en 10.000 reales.

(5) Pagado hasta 4.500 reales. Catálogo, núm. 429.

hizo honor á su carácter honrado. Cabarrús pronunció su oración fúnebre. El desdichado Lerena le sucedió en el alto puesto de ministro de Hacienda.

De las cartas se deduce (1) que hubo un retrato del conde de Campomanes en unión de Floridablanca, el porta-estandarte de las reformas, y que, como director de la Academia durante largos años, tuvo trato con el artista.

Su aspecto exterior puede sernos conocido por el grabado copiado de Mengs, de Fernando Selina. También retrató al duque de Fernán Núñez, el perspicaz embajador de Carlos III en París.

Las primeras relaciones personales de Goya con Carlos III datan del año 1779, con ocasión de tener que presentar á la Corte algunos bocetos de tapices. El encargo de San Francisco el Grande le proporcionó á menudo ocasión de presentarse á S. M. Con orgullo solía tomar en cuenta el no escaso elogio que de él se hacía. Parece ser que le fué de mucha utilidad una recomendación del infante D. Luis á su real hermano. En la misma carta en que contaba su última despedida con el príncipe, decía además: «He visto estos días que parece tenía gusto de verme á menudo y observado no escape de esta, y lo mismo opinan otros (2).» Por fin llegó el deseado momento de que el Rey le concediese el honor de ser retratado por él. Esto dió lugar á una obra maestra. Carlos quiso ser pintado de cazador, su afición favorita, como era tradición en los reyes españoles. No es extraño, pues, que Goya se atuviese á Velázquez, así en la disposición como en los detalles. Las colinas, escasamente verdeantes, con la perspectiva del Guadarrama, indican la situación. La clara luz que envuelve la figura, hasta el perro que duerme á los pies de su señor, todo está visto en Velázquez.

Las facciones del Rey están aviejadas, pero la edad no ha podido destruir su esbelta y nerviosa figura. Es el amanecer,

(1) Viñaza: ob. cit., pág. 269.
(2) Zapater: ob. cit., pág. 34.

y en esta fría y penetrante luz, en que todas las cosas aparecen blancas, el Rey solo, en la intimidad de la naturaleza, al declive de una vida consagrada al bien de su pueblo, sumido en la meditación de un impenetrable y amenazador porvenir.

***

Entre este gran número de retratos, pintó Goya el año 80 numerosos bocetos de cuadros religiosos. A ellos pertenece la Ascensión de María para la parroquia de Chinchón (1), donde su hermano Camilo había sido colocado de párroco por el infante D. Luis.

Cuando, en 1784, Jovellanos reformó la Universidad de Salamanca, así como el ricamente dotado Colegio de Calatrava, con arreglo á los sistemas modernos, encargó á su amigo, para coronar su obra, cuatro altares con destino á la iglesia del Instituto. El comitente manifestóse altamente satisfecho del trabajo, y elogió en 11 de Octubre la aplicación del artista, así como el valor de los cuadros (2). Estos representaban la Inmaculada y los Santos Benedicto, Bernardo y Romualdo.

Hoy día, en el Colegio de detrás de San Esteban, no se ve ya nada de estos cuadros. También se han perdido tres altares que pintó para la iglesia de Monte de Torrero (3), en Zaragoza, que tanto sufrió en el sitio de 1808, así como San Juan y San Francisco, destinados á América (4). El Pedro despertando á los muertos de la catedral de Valladolid no es auténtico (5).

Cuando á principios de Enero de 1787 murió el padre de Zapater, prometióle Goya á su amigo pintar una Virgen del Carmen, tan pronto como los trabajos para el Rey le dejasen un momento de respiro. Como en 4 de Mayo escribiese: «Vir-

(1) Viñaza: o. c., pág. 210.
(2) Zapater: o. c., pág. 30.
(3) Mencionado en la introdución á la edición de los Desastres.
(4) Viñaza: o. c., págs. 208 y 209.
(5) Matías Sangrados: Historia de Valladolid. 1851.

gen del Carmen, te he de pintar tan hermosa. Dios nos deje para su santo servicio, á quien ruega te la guarde muchos años tu Paco del alma.» Disculpábase el 31 de Mayo de 1788, esto es, un año más tarde (1), de no haber pintado aún el cuadro, pues había tenido que trabajar «por orden superior» en un tapiz para la alcoba del infante; no podía descansar ni una hora para que sus enemigos no ganasen la batalla, y hasta el arzobispo de Toledo tenía que esperar. Desgraciadamente, no nos dice Zapater si el cuadro se llegó á pintar.

Goya recibió del Rey, en Junio de 1787, el encargo de ejecutar, para el día de Santa Ana, es decir, en menos de dos meses, tres cuadros de altar: «Aún no tengo empezado nada para tal obra, escribía el 6 de Junio á Zaragoza, y se ha de hacer porque lo ha mandado el Rey; conque mira si estaré contento» (2).

Estos cuadros, que no pueden negar que están hechos de prisa, adornan hoy los altares del lado del Evangelio de la iglesia de Santa Ana, de Valladolid (3). Sobrios y desabridos en el color, y en una especie de moho de polvo é incienso, apenas se diferencian del cuadro situado enfrente, original de Ramón Bayeu. También en los detalles hay mucho que reparar: las manos son pesadas y sin expresión; los pliegues de las ropas son grandemente inhábiles y pesados. Sólo el lienzo del centro, la Muerte de San José, en su aspecto iconográfico completamente original, es de un sentimiento piadoso y verdadero, y tan moderno, que se piensa involuntariamente en Uhde.

El moribundo, extendido en blancos almohadones, está vestido de hábito pardo y cubierto con un manto amarillo. Cristo, una figura juvenil y esbelta, envuelta en largo ropaje gris que resbala por la espalda hasta caer en el suelo, aparece

(1) Zapater: o. c., pág. 45.

(2) Idem: o. c., pág. 45.

(3) No se sabe cuándo llegaron á dicha iglesia. José Martí y Monsó: Estudios histórico-artísticos relativos principalmente á Valladolid. Valladolid, 1898-901, pág. 474.

dulce y amorosamente ante el lecho del moribundo, cuya mirada busca sosiego en sus ojos. María, al otro lado, mira á su hijo, que desde entonces ha de ser su apoyo. Desprovisto de todo misticismo, es un sencillo cuadro de familia en que tres corazones se compenetran.

En las dos tablas de igual tamaño de los otros dos altares se ve á San Bernardo, asistido de su cofrade Roberto, bautizando á un peregrino, y á Santa Ludgarda, orar con dulce sonrisa ante un crucifijo.

En el Beso de Judas, de la catedral de Toledo, que no fué terminado hasta el año de 1788, muestra el arte de Goya gran progreso. Desembarazado de todo esquema de composición, que tan bravamente observaba en los tapices de la misma fecha, se lanza á un verismo verdaderamente brutal; mas aquellos tipos vulgares, con sus movimientos arrebatados, están observados admirablemente. Un nocturno al estilo de Honthorst, cuyo incrédulo Tomás pudo ver en palacio! Por la asombrosa seguridad y el estudio de la luz, que anuncia un cambio de estilo que hasta mucho después no consumó, se pudiera creer que le había inspirado el cuadro del Greco que existe en la misma sacristía.

La duquesa de Osuna, además de varios lienzos para su quinta de la Alameda, le encargó, por aquel mismo tiempo, dos cuadros con historias de su Santo antepasado, el tercer general de la orden de los jesuítas, para colocarlos en su panteón de familia de la catedral de Valencia.

Doña María Josefa remontaba su origen, por el lado materno, á los Borgias, pues su abuelo, D. Antonio Francisco, casó en 1695 con doña Ignacia Borgia, la más rica heredera del país. Francisco, cuarto duque de Gandía, nieto de Fernando el Católico, tuvo en el arzobispo de Zaragoza el infante D. Juan un magnífico preceptor. Para desviar al joven, espléndidamente dotado de los estudios serios y de su inusitadamente poderosa inclinación á los asuntos religiosos, fué destinado, á los quince años, á paje de la reina Catalina, hermana de Carlos V. Á

la temprana muerte de ésta vino á la corte del Emperador, y supo granjearse el afecto de Leonor de Portugal por su honrado carácter, en tal medida, que le casó con su compañera Leonor de Castro. La herida mortal de su amigo el poeta Garcilaso de la Vega, y más aún la muerte de su señora, conmovieron profundamente su alma. Cuando, en la conducción del cadáver á Granada, abrieron el féretro para comprobar la identidad de la Emperatriz, hizo, en vista de la nada de las cosas, el voto de consagrar su existencia á Dios. Entró como virrey de Cataluña en viva correspondencia con Loyola. Mas no pudo llevar á cabo su resolución de renunciar al mundo sino á la muerte de su padre y de su esposa.

Goya pintó el momento en que se despide de sus subordinados, á los sesenta y tres años, desde la escalera de su palacio de familia.

El grupo, compuesto con admirable desembarazo, concentra en sí un profundo y grave sentimiento. El cuadro de enfrente muestra al Santo, vestido de jesuíta, á la cabecera de un moribundo, combatiendo á los demonios que acechan el alma de éste. Parece oirse la agónica respiración del enfermo, y el pie, en aquel momento crispado por un calambre, y se apodera de nosotros el mismo terror que parece agitar al Santo.

En medio de esta concepción profunda y enérgica, debe notarse con qué deficiencia pueril están pintados los ropajes; pero también en otros cuadros suyos se advierte esta chocante imperfección, que quizá significaba una protesta contra la escuela dominante.

VALERIANO DE LOGA

(Continuará.)

UN LIBRO APÓCRIFO DE CERVANTES

A mediados del siglo XIX apareció en el campo de las letras, y cuando habían transcurrido algunos años sin hablarse del *Buscapié,* un librillo que llevaba este título, libro que originó, reciente aún su publicación, una serie de controversias á cual más empeñadas y violentas.

Lo presentaba su editor, D. Adolfo de Castro y Rossi, que aseguraba haberlo encontrado M. S. entre un *mare mágnum* de libros destinados á la venta pública, en la ciudad de Cádiz. Está editado en esta misma población, en la imprenta de la *Revista Médica*, situada entonces en la plaza de la Constitución, y corría á la sazón el año de 1848.

Consta el libro de un prólogo del editor, del contenido del M. S. íntegro y de un extenso catálogo de notas de los más variados matices, pues las hay históricas, críticas y bibliográficas. El M. S. lo componen á su vez dos aprobaciones, un prólogo al lector y el *Buscapié* propiamente dicho. Intercalada entre éste y las anotaciones se halla una carta inédita de Mateo Alemán, dirigida al insigne Cervantes, no diciendo el editor si esta epístola la encontró con el *Buscapié* ó si fué un hallazgo independiente.

El libro se anuncia de la siguiente extensa manera: «El »*Buscapié*, opúsculo inédito que en defensa de la primera parte »del *Quijote*, escribió Miguel de Cervantes Saavedra, publicado »con notas históricas, críticas y bibliográficas por D. Adolfo

»de Castro.» Haré notar, antes de proseguir, que desde la primera página del libro se atribuye éste á Cervantes. En la página siguiente aparece una Real orden sobre la propiedad literaria del *Buscapié*, firmada por D. Juan Bravo Murillo, que era ministro de Comercio, Instrucción y Obras públicas aquel año (de 1847). En esta Real orden se confiere á D. Adolfo Castro la propiedad literaria del opúsculo de Cervantes, y se vuelve á asegurar que éste era su verdadero autor, como supo niendo que, al volver la página, se olvidó lo que en la precedente se anunciaba.

Después de las dos páginas dedicadas al título y á la Real orden, encontramos el prólogo de D. Adolfo de Castro, el cual, compendiadamente expuesto, dice que el M. S. del *Buscapié* tiene el siguiente epígrafe: «El muy donoso librillo llamado »el *Buscapié*, donde, además de su mucha y excelente doctrina, »van declaradas todas aquellas cosas escondidas y no declara»das en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que compuso un tal de Cervantes Saavedra»; que debajo del título hay escritas estas palabras: «copióse de otra copia en el año de »1605 en Madrid, 27 de Febrero año dicho. Para el Señor Agus»tín de Argote, hijo del muy noble señor (que sancta gloria haya) »Gonzalo Zotieco de Molina, un caballero de Sevilla». Cuenta además, que estas líneas y el epígrafe son de letra de fines del siglo XVI ó principios del XVII. Después de las palabras alusivas á la copia, dice que se lee lo siguiente: «Da livrería do Senhor duque de Sofões», pero ya con letra de comienzos del siglo XVIII.

Si no interrumpimos la lectura del prólogo, leeremos en él que en M. S. se ignora cómo pasó de Portugal á España, saliendo previamente de la rica biblioteca que poseía en aquel reino D. Juan de Braganza, duque de Sofões. El prologuista, después, da una sucinta explicación de cómo cayó en su poder el manuscrito del *Buscapié*, y dice haberlo encontrado entre los libros que pertenecieron á D. Pascual de la Gándara, abogado en la ciudad de San Fernando, libros que se trajeron á

Cádiz para ser públicamente vendidos. Copia luego el párrafo de D. Vicente de los Ríos que yo he insertado en otro lugar, y que, como dijo muy juiciosamente León Máynez, «*abrió campo á »los ingenios sutiles para ejercitar sus travesuras...*»; pero combate algunos extremos del documento que cita, entre otros, que Cervantes satirizaba en el *Buscapié* á Carlos V y al duque de Lerma, aduciendo como pruebas el que Cervantes, *con pequeñas excepciones,* nunca señaló en sus sátiras á persona alguna, y que tampoco fué como el conde de Villamediana ni como Quevedo, que pagaron ambos sus acerbas críticas: el primero, con la muerte (?), y el segundo, con la prisión en San Marcos de León. Continúa más tarde asegurando que «esta es una de »aquellas noticias que no tienen más fundamento que la opi»nión del vulgo», y que Cervantes no necesitó excitar al público para que leyese su obra inmortal, porque ésta era de todos conocida, como lo prueba, dice, el haberse hecho de ésta varias ediciones en el mismo año, y luego exclama: «Pero no »es el *Buscapié* lo que nos han dicho. *El* Buscapié *es una de»fensa del* Quijote *contra las censuras que dirigían á éste otras »muchas personas que tenían reputación de doctas.*» Poco después dice: que el *Quijote* tuvo *muchos* murmuradores, entrando seguidamente en consideraciones que no están muy acordes con las que acaba de exponer; pues si antes afirmaba que Cervantes nunca censuró á persona determinada, ahora dice lo contrario, atestiguando que satirizó á un eclesiástico, religioso que pudo ser, insinúa el prologuista, Fray Luis de Aliaga, haciendo en este lugar una ligera disertación sobre este punto. Luego dice: «Ofendido Cervantes con las injustas reprensiones »de su libro, escribió... el *Buscapié...*, que pensó imprimir, »según se ve por las aprobaciones del Dr. Gutierre de Cetina »y de Tomás Gracián Dantisco. Pero no logró los honores de »la estampa, porque si no en el año 1606 no se hubiera sacado »de otra copia una copia para el señor Agustín Argote, hijo »primogénito del célebre Gonzalo Zotieco (ó Argote) de Mo»lina.» Hace en seguida un ligero encomio de la obra, y dice:

«Yo, pues, deseoso de sacar del olvido esta preciosísima obra, »tan buscada de los eruditos, y creyendo que es una de las que »más honor hacen al nombre de Miguel de Cervantes Saave»dra y aun á la literatura española, he determinado publicarla.»

En las siguientes líneas da cuenta de las anotaciones que ha puesto á la obra, á la que ha dividido en varios párrafos por estar en uno solo. El editor y prologuista, para dar más visos de autenticidad al *Buscapié*, dice que D. Bartolomé José Gallardo admitió como de Cervantes, sin oponer reparos de ningún género, una obra publicada en el siglo XIX (alude á *La tía fingida*, novela póstuma de Cervantes publicada en 1814 por Agustín G. Arrieta, bibliotecario de los estudios reales). He aquí las palabras del orientalista sevillano: «Basta tener »ojos en la cara para reconocer la mano de ese gran pintor de »la naturaleza en el rasgo más descuidado de su pincel vivaz. »¿Con cuáles podrán confundirse las líneas de Apeles?» Y á manera de complemento de estas líneas, agrega Castro: «Lo »mismo podemos decir del *Buscapié*. A más de la común opi»nión de que Cervantes fué su autor, él mismo se declara por »tal en toda la obra, y aunque nada de esto hubiera, su inge»nio, su invención, su estilo y su gracejo están aquí declarados »tan al vivo, que á nadie pueden ser encubiertos.» Termina su autor el prólogo comparando *La adjunta al Parnaso* con el *Buscapié*, y diciendo profundamente, á guisa de sentencioso epifonema, que este opúsculo es á su vez una *Adjunta al Don Quijote*.

Después del prólogo aparece el *Buscapié*, precedido de dos aprobaciones: una de Gutierre de Cetina, fechada en Madrid á 27 de Junio de 1605, y otra de Tomás Gracián Dastisco, en Valladolid á 6 de Agosto del mismo año. Luego viene el prólogo, que se atribuye á Cervantes juntamente con el pretenso *Buscapié*, y que por curioso y notable me permito transcribir: «Lector amantísimo: si por tu mala fortuna eres de rudo en»tendimiento (hablando con perdón) y no has desentrañado

»las cosas escondidas en mi ingenioso manchego, flor y espejo »de toda la andante caballería, lee este *Buscapié*, y si no lo »eres, léelo también, que no es libro tan desabrido ni de tan »ruin provecho que te dé pesadumbre y enojo; antes bien, fía »en mí que recibirás de su lectura todo placer y contentamien»to. Y con esto quédate á Dios, y Él te guarde de tantos prólo»gos como te acometen cada día, y á mí me dé paciencia para »escribirte más.—*Vale.*»

Tras el prólogo va el *Buscapié*, «donde se cuenta lo que le »sucedió al autor cuando caminaba á Toledo con un señor Ba»chiller, con quien topó». En este presunto opúsculo aparece Cervantes caballero en una mula, y camino de Toledo; cuando ya había pasado el puente de este nombre, cuenta que vió venir hacia él á un Bachiller cabalgando en un cuartago, que era físicamente tan ruin como el jinete. Véase la pintura que hace de uno y otro: Del rocín dice «que era un cuartago, muy »villano de talle, ciego de un ojo y no muy sano del otro, y »aun de los pies, según que se colegía de las muchas reveren»cias que iba haciendo para caminar». He aquí ahora el donosísimo retrato que hace del Bachiller: «Era la más extraña vi»sión del mundo... era pequeño de cuerpo, aunque esta falta »suplía con una muy gentil corcoba que llevaba en las espal»das, como si fuera soneto con estrambote, la cual le hacía »mirar más bajo de lo que él quisiera... Sus piernas, por lo »estevadas, á dos tajadas de melón eran asemejadas, y sus pies »muy desembarazadamente calzaban sus doce puntos (con »perdón sea dicho), y aun pienso que les hago muy grande »agravio en quedarme tan corto en la medida, donde se echa »de ver la largueza con que natura suele dar las cosas á los »mortales.» Eran, pues, dignos uno de otro, caballero y cabalgadura.

Sucedióles á entrambos un caso inesperado, y fué que habiéndosele antojado al Bachiller que su rocín anduviese con más furia, y careciendo éste de ímpetus para ello, no atendía á los desaforados gritos y denuestos de aquél, que al fin se vió

obligado, para conseguirlo, á propinarle sendos golpes con una vara, que á prevención llevaba. El cuartago, que no pensaba verse tratado de aquella manera, y menos por aquél de quien había dispuesto á su antojo tirándole al suelo varias veces, comenzó á protestar furiosamente de tamaño desafuero, y con varios corcobos y coces, dió con el Bachiller en tierra. Cervantes acudió al lugar del desastre, atraído por los lastimeros reniegos del lacerado jinete; le ayudó á levantar, y habiéndole preguntado su molido interlocutor si era médico (por haberlo visto caminar en mula), respondióle Cervantes que aunque no lo era, opinaba que debía descansar un buen rato, y para ello le brindó con su compañía y con la sombra de unos frondosos árboles que en paraje cercano había. Accedió gustosísimo el Bachiller, y dijo que para no estar ociosos traía consigo dos libros, *ambos de apacible entretenimiento:* el uno era de Fray Pedro de Enzinas, titulado *Versos espirituales para la conversión del pecador y para el menosprecio del mundo*; y el otro, de muy llana prosa, aunque de poca propiedad y entendimiento, era *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

El Bachiller comenzó á impugnar los versos de Enzinas, y Cervantes á defenderlos hasta donde se lo permitían las digresiones de aquél, que eran muchas y muy importunas. Cuando se cansó de tachar este libro, comenzó de nuevo con sus censuras; pero éstas iban ya dirigidas contra el *Quijote*, del cual dijo que era un libro no estimado en dos ardites, «y es porque »solamente encierra necedades y locuras y otras cosas de razón »desviadas y de tino, y es una cifra de todas las liviandades »y menos inverosímiles de que están llenos otros, tan dañosos »como él á la república». Cervantes, á estas razones, ó mejor diré, sinrazones, contestó con la siguiente réplica: «Por cierto »que este libro, que vuestra merced llama de necedades y lo»curas, es libro de dulce entretenimiento, y sin perjuicio de »tercero, y de muy lindo estilo y de muy donosas aventuras, y »que debiera su autor ser premiado y ensalzado, por querer, »con discreto artificio, desterrar de la república la lectura de

»los vanísimos libros de caballería, que con su artificioso rodeo »de palabras ponen á sus lectores melancólicos y tristes; cuan- »to más que su autor está más cargado de desdichas que de »años, y aunque alienta con la esperanza del premio que espe- »rar puede de sus merecimientos, con todo eso desconfía al »contemplar al mundo tan preñado de vanidades y mentiras, »y que la envidia suele ofrecerle mil inconvenientes para no »dejar de oprimir á los ingenios, y que anda en los siglos pre- »sentes muy válida por los palacios y las cortes y entre los »grandes señores.»

A esto contesta el Bachiller con una ampulosa digresión, á trechos donosa, á trechos monótona, y en la que ya se lamenta de sus defectos físicos, ya narra las aventuras de su padre en Alemania; ora cuenta la manera cómo éste fué capitán, ora cita las palabras pronunciadas por el Emperador después de obte- nida la victoria.

Cervantes intenta detener la impetuosa verbosidad del Ba- chiller, y se expresa de este modo: «¿Podré saber á la fin qué »imagináis de este libro de *Don Quijote*, que vuestra merced »llama preñado de vanidades y disparates? Y dígolo, porque »muchos que lo hilan aún más delgado que vos, lo llaman el »primero de los que de apacible entretenimiento se han com- »puesto en España, y dicen que está lleno de delicadezas y ver- »dades. Es cierto que el libro va corriendo, con no muy prós- »pero viento, por el mar adelante de los que critiquizan, y á »buena verdad, esta es una de las muchas desventuras que han »asaetado á su autor; pero esta tardanza en ser estimado su li- »bro de los doctos redundará en resolución, en aumento de su »gloria y fama; y donde no, si no se la dieren, él los deja para »quien son.» Esta respuesta de Cervantes da margen á esta otra de su interlocutor: «Este libro, que vos queréis que sea »tan cuerdo, tan donairoso y tan estimado, está lleno de vani- »dades; porque, ¿no lo es, y grande, que bajo el presupuesto »de desterrar del mundo la vana lección de los embusteros li- »bros de caballería, por ser todo pura falsedad y embeleco,

»nos pinte otro mayor, como ver á un hombre desvanecido con »las cosas que por tales libros se suelen topar, y salga de su »casa en busca de negras aventuras, figurándose hecho y dere»cho un andante caballero, sin que sean parte á librarlo de tan »livianos pensamientos los muchos palos que recibe para mere»cido castigo de su nunca oída sandez? ¿Cuándo ha visto su in»felice autor que anden tales locos por la república?» A esta pregunta sigue una nueva y más monótona digresión del Bachiller, á quien el *autor* del *Buscapié* se la obliga á hacer, con el único fin de dar fácil cabida á varias notas que tenía preparadas de antemano. Por tal motivo, hay en la respuesta de que me ocupo locuciones violentas y forzadísimas, giros traídos por los cabellos, y algunas expresiones incongruentes, reñidas con el pensamiento capital de la otra.

Después se hace defender á Cervantes que en aquella época existían por el mundo caballeros andantes, que nada desmerecían de los Amadises y Esplandianes, y se cita, en apoyo de esta verdad, el caso de D. Suero de Quiñones, que defendió el paso del puente de Órbigo con Lope de Estúñiga, Diego de Bazán, Pedro de Nava y otros cinco más, contra más de setenta aventureros, cuya hazaña se escribió en un libro por un fraile llamado Juan de Pineda, de la Orden de San Francisco. Cita igualmente la aventura del canónigo Almela, con el curioso hecho de la espada del Cid, Ruy Díaz, y de su ininteligible inscripción. El Bachiller, quizás la única vez que estuvo atinado y juicioso, combate estas afirmaciones de Cervantes, diciendo que tales sucesos acontecieron en tiempos antiguos, pero que en los presentes nadié pensó en acometer aventuras andantescas, pues hasta el Emperador Carlos V, al ser citado á personal combate por el Rey de Francia, le contestó, aconsejado por su primo D. Diego, Duque del Infantado, que una deuda de esa magnitud no debía ser resuelta de ese modo, porque podía ser origen de que todas las deudas pendientes en aquella época fueran solventadas con el rigor de las armas, *cosa contra la razón y la justicia.*

Pero el Bachiller estuvo poco tiempo acorde y comedido, pues en seguida comienza una narración llena de despropósitos, y que sólo es un alarde de inventiva y de gracejo por parte del autor. Cervantes consiente sufridamente que el corcobado dé suelta á su fantasía y hasta que ataque segunda vez á la Universidad de Alcalá de Henares, y cuando da por concluído su discurso, torna Cervantes á defender la existencia de la andantesca caballería, aportando como pruebas los hechos de armas de Micer Oliver de la Marcha, el combate sostenido por Mario de Abenante con D. Francisco Pandón, en el que éste quedó traidoramente vencido por su enemigo. Cita también el desafío entre Martín López y Seres, en el que ocurrió cosa análoga, pues el de Seres fué vencido por una vileza de su contrario, y, por último, menciona Cervantes un libro, escrito por Juan Calvete de Estrella, en el que se relatan todos los pormenores del viaje hecho por Felipe II, cuando aún era príncipe, á los Estados de Flandes y de Brabante.

A estas razones cedió la incredulidad del Bachiller, quien prorrumpe de este modo: «Calvo me vea yo sobre lo de la cor»coba, y á más á más estrellado por mi cuartago... en lo que »me resta de camino... si el tal libro no es de los más entrete»nidos que yo he visto desde que el mundo es mundo y hay »quien estampe.» Ya se disponía el verboso compañero de Cervantes á digredir de nuevo, cuando, atajándolo éste como buenamente pudo, le comenzó á relatar el suceso del encantador de Bius y de las fiestas que se celebraron por consentimiento del mismo Felipe II para su regocijo y deleite, de las que saca, en conclusión, que había en aquella edad gran afición á las aventuras de la caballería y que existían verdaderos caballeros andantes en el mundo.

De aquí pasa á defender de nuevo su *Don Quijote,* desagraviándolo de las censuras que vertieran sobre él los que no lo entendían, y proclamándolo por libro *provechoso* y *bien ordenado*. Cuando más absorto estaba Cervantes haciendo la apología de su obra, se vió interrumpido por un gracioso suceso

que tuvo por protagonistas á las dos cabalgaduras, suceso que, por la gallardía y chispeante colorido con que está narrado, voy á copiar: «Al hético cuartago, cuyas riendas, mal prendi»das por mi trágico Bachiller, se habían soltado, le asaltó de »súbito una fantasía y mal pensamiento, que en voluntad le »era venido, el cual era refocilar con la mula, que cabe él es»taba asida por las riendas al viejo tronco de una encina. Y »como ella se sintiese de los malos deseos del cuartago, y era »al fin doncella de toda honestidad y recato, como criada en »casa de padres honrados y con buenos y castos ejemplos, re»sistió, muy zahareña y esquiva, los enfermos y dolientes tra»bajos de la cabalgadura de mi negrísimo Bachiller, y como »virtuosa Lucrecia, aunque con mejor suceso (que tan destruí»do anda el mundo, que á las mulas es ya sólo reservado ser Lu»crecias), defendióse muy bizarramente, disparando sendas co»ces contra su injusto forzador; pero con tanto acierto despe»didas, que una de ellas fué á dar en el ojo que medio sano te»nía, con que acabó de rematarlo, y otra en el pecho, con que »derribóle por tierra, que, á segundarle, hubieran fenecido allí »las calamidades del cuartago y las caídas de mi Bachiller.»

Este comienza á lamentarse de los resultados de aquella lucha, en la que el vencido y perdidoso era su rocín, y Cervantes, al intentar consolarlo, recibió por todo agradecimiento estas palabras: «Lléveme el Diablo, que no querría que me lle»vase..., si no os vais en este punto con vuestro *Don Quijote* »cien leguas más allá del infierno; que desde que os saludé to»das las malas venturas que hay en la tierra han comenzado »de llover sobre mí, ni más ni menos que si fuérades cédula de »excomunión.» Cervantes, oyendo estas poco corteses palabras, y viendo que el Bachiller estaba preocupado en levantar su rocín, se despidió cortésmente de su desatento é improvisado amigo, dándose fin con esto á la aventura y al *Buscapié*.

***

Prescindiendo por ahora del nombre de su autor, recopilaremos los juicios, generalmente favorables, á que se ha hecho acreedor, por las muchas bellezas que encierra y por lo fluido y fácil de su estilo.

Nada más natural que abrir este catálogo, dando la prioridad á las opiniones que acerca del mérito de la obra emite su editor, D. Adolfo de Castro y Rossi. De propósito dejé de insertar las pocas líneas que le dedica en el prólogo, por estimar más oportuno reservarlas para este lugar.

Así habla del *Buscapié* su prologuista: «Toda la obra está »llena de chistes, y es una de las que más honran el gracejo es»pañol.» Después, insistiendo tenazmente en que es obra de Cervantes, sin columbrar que esto pudiera ser gérmen de sospechas acerca de su autenticidad, dice así: «Es una de las me»jores (obras) que han salido de la pluma de Cervantes. El diá»logo es excelente, y no sé si diga que aún mejor del que usó »Cervantes en otros de sus escritos.» Poco antes había dicho: »La obra es de Cervantes, porque así lo dice su estilo y el in»genio con que está escrita.» La escasez de elogios que Castro tributó al *Buscapié*, como quien con instintiva delicadeza no puede vencer la repugnancia de ensalzar una obra propia, dió auge á la idea de que Cervantes no era el autor del opúsculo de que tratamos. Al mismo tiempo, esta y otras circunstancias vinieron á dar incremento á la opinión de que el editor, el prologuista, el anotador y el autor de la obra eran el mismo sujeto. Anticipo esta noticia, porque en algunos de los juicios que he de tomar de varios autores, se da ya como verdad inconcusa que el *Buscapié* es apócrifo y que su verdadero autor es don Adolfo de Castro.

He aquí la opinión autorizadísima y competente de Ticknor, que entresaco de la nota D, añadida á la traducción española de su obra *History of Spanish literature:* «El libro publica»do por D. Adolfo de Castro, excepto dos ó tres pasajes, algún »tanto verdes (aquí alude Ticknor á la aventura de las cabalgaduras y á la otra aventvra de la princesa Macalambruna, que

forja en su mente el Bachiller en sus fantásticas aberraciones), »es un juquete literario muy agradable é ingenioso. Manifiesta »en muchos trozos viveza, imaginación y talento, así como »mucha familiaridad con el estilo de Cervantes y conocimien»to de la literatura de aquel tiempo.»

Paso ahora á copiar las líneas que á juzgar el *Buscapié* dedicó, hacia el año de 1876 al 78, el ilustre cervantista D. Ramón León Máynez: «El Sr. Castro maneja de un modo gallardísimo »el habla castellana; ha leído y estudiado profundamente los »clásicos españoles, y su elocución siempre tiene un sabor de »viril elegancia que recrea el ánimo. Por eso, su obrita el *Bus»capié* se acerca tanto al estilo fácil, galano y amenísimo, del »príncipe de nuestros ingenios... que no añadiría ningún nue»vo mérito á los que contraídos tiene Cervantes en la litera»tura nacional, suponiendo que fuese efectivamente escrito »suyo»; y termina diciendo: «Es un precioso juguete de entre»tenimiento y sin objeto determinado.»

Poco he de añadir á lo que, con su reconocida competencia y claridez de juicio, han dicho los autores precitados acerca del *Buscapié*. Todos ellos reputan á la obra como ingeniosa, amena y de indiscutible mérito. Reconocen asimismo que encierra bellezas de gran valía, y pasajes que pasarían por modelos entre los escritos de aquella época, caso de haberse publicado realmente en los comienzos del siglo XVII. Pero escrita en edad muy posterior, su precio sube de punto considerablemente, pues aparte de su valor intrínseco, se han tenido que vencer grandes dificultades de lenguaje, sintaxis, dicción, etc., y todo ello con eruditísimo artificio y con trabajo arduo y perseverante. Pruébalo la exquisita y amena desenvoltura con que hace la narración de la caída del Bachiller. «Pasó á lo largo, »picando á su malhadado rocín, con propósito de hacerlo an»dar con más furia, si alguna pudiera ya tener, siendo tan car»gado de años y de mataduras, que ponía grima de solo mira»llo. Porfiaba mi Bachiller en aflojarle las riendas, y él, sin re»parar en ellas, no salía de su templanza, porque era muy re-

»cio de quijadas y no menos duro de asiento, y aun imagino »que debiera ser sordo, según las voces que daba su dueño »para ayudarle en el trote, y él proseguía sin tener respeto de »ellas, como si fueran echadas al pozo Airón, ó bien en la »sima de Cabra. Con estos trabajos caminaba el Bachiller, »castigando á su cuartago, unos trechos con la espuela y otros »queriendo con la voz avivarlo, y esto con no pequeña risa »mía; pero como el nieto de Babieca, con ser taimadísimo, se »ofendiese de tantas y tales porfías, se resolvió en no querer »caminar adelante, sino que cuando más era molestado, tanto »más se iba retirando atrás. Con esto el bachillerejo salió fue»ra de sí, y dejando caer el fieltro con que caminaba, quiso »mostrarse ferocísimo con el llagado animal, y tener en poco »la soberbia y fantasía y mal pensamiento que tan contra su »natural condición, de suyo mansísima, había tomado, y así co»menzó de herirlo de furiosa manera, pero no tan sin prove»cho como él imaginaba, porque el cuartago, sintiéndose (que »no debiera) de los golpes de la vara... comenzó á cocear, y no »bien dió dos ó tres coces en el aire y otros tantos corcobos, »cuando dió con él en tierra.»

¿Puede darse más vigor en la expresión, mayor gallardía y desembarazo en la frase y locuciones más felices? ¿Qué escritor de aquella época superaría las pinturas que hace del contristado Bachiller y de su escuálido y macilento rocín? Citar los mejores fragmentos fuera prolijo, porque sería preciso hacerlo con muchos; pero creo que ninguno aventaja, con haberlos muy bellos, á la fantástica y minuciosa enumeración que hace el demente Bachiller de las lindezas de su cuartago, siquiera el final sea algo monótono; monotonía que hubiera podido evitarse no repitiendo ciertos epítetos y huyendo de algunas consonancias que dañan el oído. Dice así: «Es de buen pelo, por »lo cual muestra bien su complexión gallarda y buena voluu»tad; son justos y formados con debida proporción sus miem»bros; tiene lisos, negros y redondos los cascos ó vasos, y á »más, anchos, secos y huecos por debajo; la corona del vaso es

»ceñida y pelosa; las cuartillas cortas, y ni muy derechas ni »muy *caídas;* y así, es fortísimo de bajos y muy seguro para »las *caídas*. Gruesas son las juntas, y por sus cernejas tiene »grandes señales de fuerza. Las piernas son *anchas* y derechas; »los brazos nervosos, con las canillas cortas, iguales y justas »y muy bien hechas, y las rodillas *descarnadas*, llanas y grue»sas; las espaldas son *anchas*, largas y fornidas de carne; el pe»cho redondo y *ancho;* la frente *ancha* y *descarnada;* los ojos »negros y saltados; las cuencas de encima llenas y salidas »hacia fuera; las mejillas *delgadas* y *descarnadas;* las narices »tan abiertas é *hinchadas*, que casi se mira en ellas lo colorado »de dentro; la boca grande, y toda la cabeza seca y carneru»na, descubriendo las dilatadas venas en cualquiera parte de »ella.»

Sin estos defectos, de los cuales no debe decirse (por ser obvio) que hubieran podido evitarse, la precedente descripción sería magistral. Salvo esto y los pasajes algo libres y arrebatados de color, mencionados por Tichnor, el *Buscapié* está escrito escrupulosamente. Huelga decir que son ajenos á toda censura esos olvidos *voluntarios* y *estudiados*, errores diseminados en la fábula, que se hacían indispensables para garantizar la autenticidad de ésta. Entre ellas está llamar á Villalobos Francisco en vez de Juan; suprimir con advertimiento la *n* de *Enzinas*, diciendo *Ezinas*; decir *respuso* en vez de *repuso*, por ser Cervantes aficionado á este género de voces. Todas estas equivocaciones caen fuera del terreno de la crítica.

No me decido á proseguir, sin llamar la atención sobre dos sabrosísimos donaires que se hallan en la obra. El primero de ellos es el siguiente: «¿Luego fuisteis otra vez... (habla Cer»vantes) derribado por la cólera impaciente de ese cuartago, »viva espuerta de huesos andando? Aquí dió un gran suspiro »el Bachiller, que pareció haberle sido arrancado de lo último »del alma, y repuso: pues monta que son seis las ya sufridas, »sino una y aun esa fué al pasar la fuente de Toledo, que si »no tenerme de las crines, no pudiera dejar de venir á tierra,

»aceleradamente, donde hubiera fenecido conmigo mi viaje, »aun antes de ser comenzado.» El segundo donaire á que antes hice alusión, es éste: «Vuestra merced mire y advierta y »considere con toda la doctrina que en sí puede encerrar un »señor Bachiller en Leyes.» Sobre él llamaba la atención el mismo Castro en la nota H. H. de la primera edición del *Buscapié*, y no me explico la razón que le indujo á suprimirla en las restantes ediciones.

Refiriéndose á la citada cláusula, dice: «Es uno de los más lindos donaires que puso Cervantes en el *Buscapié*.» No pasaron de aquí sus elogios, pues con su natural circunspección, no quiso ser pródigo en ellos por si algún día se pudiera decir que se alababa á sí propio.

Se le han señalado á la obra como defectos de orden moral, el que el mismo Bachiller tenga á gala sus defectos físicos, haciendo lastimosa ostentación de ellos; que se burle de las aventuras de su padre, publicándolas á un desconocido, y atropellando inicuamente los más elementales deberes filiales; que se menosprecie con reincidencia y obstinación la Universidad de Alcalá de Henares, de donde han salido los sabios más ilustres y famosos; pero más bien se citan estas debilidades del autor como argumentos contra la autenticidad del *Buscapié* que como verdaderos lunares de la obra.

Para concluir este somero estudio crítico del ruidoso opúsculo de 1848, diré de él que con algunas, aunque muy ligeras correcciones, no hubiera sido repudiado por el insigne autor del Pérsiles, y que el mismo Cervantes no hubiera acaso oscilado para estampar su ilustre firma al frente del *Buscapié*. Es este acaso el más grande elogio que puede tributarse en honor del tan discutido y asendereado librejo.

ALBERTO BLANCO

EL ARTE FRANCES

EN LA EXPOSICIÓN DE ZARAGOZA

España tuvo la caballeresca idea de invitar á Francia á celebrar con ella el heroico y sangriento centenario del Sitio de Zaragoza con una obra de trabajo y de paz. Abrióse una Exposición en el mismo emplazamiento del convento de Santa Engracia y del barrio próximo en el que las bombas y los incendios produjeron, hace un siglo, un caos de muros ennegrecidos. Francia tuvo su puesto señalado y su nombre comprometido en la empresa; pero fué desviada de aquella manifestación de fraternidad latina por las coqueterías de otra *entente cordiale*.

En el mezquino pabellón que Francia se construyó en Zaragoza, las industrias más modernas estaban representadas por irrisorias muestras. Los artistas vivientes de nuestro país no hubiesen brillado sino por su ausencia, si el Museo de Barcelona no hubiera enviado un único retrato: *Colett Willey*, por Santiago Blanche. También ese Museo es el que, despoblando sus salas, hizo en Zaragoza todos los gastos de una pequeña exposición de pintores y escultores españoles. No habría tenido importancia, á no ser por un retrato de Casas, el pintor de Barcelona, un retrato regio, tan diferente de las efigies oficiales, que fué comprado—y con esto se dice todo—por un municipio republicano y separatista.

El arte tuvo, sin embargo, en medio de los pabellones efímeros, un palacio sólido, que permanecerá en pie y será un museo. Inauguróse con una Exposición retrospectiva, tal como España puede hacerla cuando un arzobispo poderoso, como el de Zaragoza, y un canónigo erudito y celoso, como D. Francisco Moreno, hacen que salgan de los tesoros y de las sacristías las maravillas que en ellos se ocultan. Los visitantes franceses de la Exposición de Zaragoza, que fueron harto raros, pudieron ver una reunión de obras y de objetos de arte que recordaba, sin igualarla, la prodigiosa Exposición Colombina de Madrid en 1892. Ahora bien; entre las obras más preciosas y menos conocidas, eran numerosas las obras francesas de la Edad Media y del Renacimiento. Solamente la serie de esmaltes de Limoges encontrados en las iglesias de España, hubiera merecido el viaje. Estos trabajos de los antiguos artífices franceses, recuerdos de los tiempos de las Cruzadas ó de los buenos días del rey galante que estuvo prisionero en Madrid, festejaron á su manera el aniversario napoleónico. La Francia de otra época se encargó de compensar las negligencias de la Francia de hoy. La retrospectiva ha sido la verdadera, la admirable «Exposición hispano-francesa».

Los *baturros,* los fornidos montañeses de Aragón, que visitaban la Exposición, con un pañuelo de cuadros á la cabeza y sus anchas fajas azules, seguidos de mujeres cargadas de cestos y de chicos, no dejaban de ir á contemplar la vitrina en donde brillaba la *Virgen de los siete millones.*

Era la «Virgen de la Vega», sacada por primera vez del nicho elevado y oscuro en el que estaba casi invisible en la catedral de Salamanca. Un bruñido, que la estatua de metal soportó perfectamente, había hecho resaltar el oro, oculto largo tiempo bajo una venerable pátina. Y apenas se hubo abierto en Zaragoza el precioso fardo, cuando, á través de las mesetas y montañas de Aragón, corrió el rumor de que la imagen era de oro macizo ó incrustada de enormes esmeraldas.

Los historiadores de la obra de Limoges sabían, desde hacía

mucho tiempo, que la Virgen de Salamanca era una obra lemosina, y la creían de cobre dorado. Engañábanse ellos también. La «Virgen de la Vega» es una estatua pequeña de madera, que mide setenta centímetros de altura; está por completo recubierta de placas de metal. El rostro de la Virgen y el del Niño son unas caretas tan sólidamente doradas, que es preciso acercarse mucho para apreciar el cobre. Los ojos son de esmalte blanco con el iris negro. Los ropajes de las dos estatuillas y el velo de la Virgen son de plata sobredorada; están salpicados de rosetones pequeñísimos, impresos con punzón. Un grueso capitolino de cristal de roca sirve de broche al manto de la Virgen.

El adorno de este manto está constituído, sin duda desde el principio, por piedras falsas, que son simples pedazos de vidrio. Los pies de la Virgen, de cobre dorado, están encerrados en placas de cobre dorado también, que están, como el cojín del escabel, decorados con esmaltes de fondo azul, con rosetones de azul turquí. Igualmente el trono es de cobre dorado y esmaltado (1). Las superficies metálicas que quedan al descubierto están adornadas, como el escabel, por un sembrado de rosetones hechos á punzón, mucho más grueso que el que sirvió para la plata de los paños.

En la decoración del mueble de cobre se han empleado dos técnicas diferentes para el esmalte. En los montantes se recortan sobre fondos azul turquí, unas siluetas de ángeles grabados y dorados. Un friso esmaltado corre á lo alto de los otros lados del trono. Las arcadas, que dividen el mueble en cinco cuadros, y las figurillas de Apóstoles que se alzan bajo esas arcadas, son aplicaciones de cobre esmaltadas en relieve. Solamente las cabezas de los Apóstoles son doradas; sus vestiduras son de un azul puro, de un azul gris con tonos blanquecinos ó de un verde vivo; sus libros son rojos.

(1) Sería fácil y conveniente suprimir las notas de plata dorada, que son del siglo XVIII, y las recortaduras pseudo-góticas, que son del siglo XIX.

El empleo simultáneo de la plata y del cobre, así como el de los esmaltes en relieve y esmaltes lisos, es excepcional en las estatuas lemosinas, y bastaría para dar á la «Virgen de la Vega» el valor de un monumento único. Sin embargo, las observaciones de detalle no bastan para hacer que se olvide la repentina y fuerte impresión que la estatuilla resplandeciente producía en todos los visitantes de la Exposición de Zaragoza, y particularmente en los que se acordaban del *Petit Palais* de 1900. Para estos, la Virgen de Salamanca evocaba á primera vista las más famosas de las estatuas de metal que nos haya legado la Edad Media. Los gruesos ojos de esmalte, incrustados en la máscara dorada, tenían la mirada fija de la *Sainte Foy,* de Cunques. La Virgen de Salamanca es de la misma índole que el ídolo de oro que, á principios del siglo XI, escandalizaba y aterraba á un viajero del Norte, Bernardo, maestrescuela de Chartreus. Recuerda, hasta por los galones y capitolinos de su manto, las estatuas chapeadas de metal, que eran numerosas, á principios del siglo XII, en el Mediodía de Francia, y en las que se inspiraron visiblemente los primeros escultores en piedra, en Tolosa ó en Moissac. Por lo demás, no hay que atribuir á esta imagen arcaica una antigüedad demasiado grande. Yo no la creo anterior sino en cosa de medio siglo á otra obra de Limoges que se vió de cerca en la Exposición Colombina de 1892: la pequeña *Virgen-relicario,* del palacio episcopal de Palencia, procedente de Husillos, y que debe ser contemporánea de San Luis. Puesta en su fecha probable, no lejos de 1200, la «Virgen de la Vega» sólo es, de entre la multitud de obras lemosinas, como una obra capital por sus dimensiones extraordinarias, tanto como por su irreprochable conservación.

A los pies de la Virgen de Salamanca estaba colocada en Zaragoza la estatua yacente de un obispo de Burgos. Ofrecía un nuevo ejemplo del mismo trabajo lemosino: madera chapeada de cobre, cobre en parte esmaltado. Esta estatua es muy conocida. Burgos es la etapa en donde se detienen los turistas

y los artistas que van á Madrid y á Andalucía; el mismo obispo es un viajero al que se tiene costumbre de encontrar, desde 1892, en todas las Exposiciones. Recientemente, Dieulafoy ha descrito con minuciosidad la estatua de cobre esmaltada (1).

El obispo yacente es D. Mauricio, que, en el séptimo año de su episcopado, puso la primera piedra de la catedral de Burgos, el 20 de Julio de 1221. Los trabajos se llevaron rápidamente con el concurso del rey Fernando, al que la Iglesia venera como santo. Cuando D. Mauricio murió en 1238, fué inhumado bajo las bóvedas, apenas cerradas, de su catedral, en medio de la nave, y ante el claustro de coro de los canónigos. De igual suerte, Everardo de Fouilloy, el obispo que fundó la catedral de Amiens, fué enterrado, en 1222, á la entrada de la nave de su iglesia. Geoffroy de Eu, su sucesor, que continuó la construcción, fué á descansar en 1236 en una de las naves. Las dos tumbas de Amiens llevan dos estatuas yacentes, fundidas en bronce (2). Estas dos estatuas son los únicos restos en Francia de los grandes trabajos franceses del siglo XIII, muchos de los cuales fueron destruídos por la Revolución, y son exactamente contemporáneas de la estatua chapeada de cobre que se conserva en Burgos, y que es también un trabajo francés (3).

Los objetos del culto fabricados en Limoges eran bastante numerosos en la Exposición. El «Crucifijo del Cid», que el capítulo de Salamanca prestó como una reliquia histórica, hacía

---

(1) *La Statuaire polychrome en Espagne*, 1908, págs. 52 y 54. No sé por qué los historiadores franceses de la industria lemosina citan esta estatua como la de un obispo desconocido. (Rupín, *L'Œuvre de Limoges*, pág. 48; *Histoire de l'Art*, publicada bajo la dirección de M. André Michel, t. II, 2.ª parte (1906), pág. 253. Mazerolle dió el nombre de D. Mauricio en un artículo de la *Gazette*, 1893, tomo I, pág. 305.

(2) G. Durand: *Monographie de l'église. Notre-Dame cathédrale d'Amiens*, 1903, t. II, págs. 510 á 513, figs. 244 y 245.

(3) Las otras estatuas yacentes, chapeadas de cobre, y probablemente lemosinas, que existen todavía, son posteriores en más de medio siglo. (*Conde de Pembroque*, en Westminster, 1300; *Blanca de Champagne*, en el Louvre, posterior á 1306.)

una figura pobre y negra al lado de la resplandeciente «Virgen de la Vega». Esa figura, simplemente clavada en una cruz de madera, no acompañó en sus correrías al héroe que acometía con el mismo ánimo á musulmanes y cristianos. Con sus ojos de esmalte negro y en enagüillas azules, el crucifijo legendario es una obra lemosina de principios del siglo XIII, y un objeto de pacotilla.

Otros objetos de fabricación análoga eran obras de gran valor, completamente desconocidas hasta aquí. El Capítulo de Orense, en Galicia, sacó de algún armario una preciosa placa de forma cintrada (de 32 centímetros de alto por 13 de ancho), cuyo fondo, esmaltado de azul, está surcado por estrías de un dibujo muy firme. La figura aplicada, de cobre cincelado y dorado, representa un apóstol en pie, cuyo nombre se halla inscrito en la placa en letras de esmalte, y que no es otro que el santo patrón de Limoges, San Marcial (S. C. S. MARCALIS). Esta placa es exactamente comparable, por los detalles mismos del esmalte y del cincelado, á una placa del Louvre, procedente de una caja (1).

Tres pequeños relicarios lemosinos, los tres prestados por la catedral de Huesca, formaban por sí solos una pequeña vitrina, modelo de esmaltes ahuecados, en donde ejemplares de conservación perfecta representaban tres técnicas diferentes: figurillas demarcadas y esmaltadas de colores diversos sobre un fondo dorado y grabado de estrías «vermículas»; figurillas grabadas y doradas, con cabezas en relieve y cobre, un fondo de esmaltes azules; figurillas de aplicación esmaltadas en relieve y puestas en un campo esmaltado liso. La obra «vermiculada» es la más notable de este grupito, tanto por lo

(1) J. J. Marquet de Vasselot (*Historie de l'art*, publicada bajo la dirección de M. A. Michel, t. II, 2.ª parte, pág. 951, fig. 569). Creo que esta chapa, como la de Orense, es aproximadamente contemporánea de la chapa procedente de una caja de Grandmont, y en la que está representado M. Guillermo, prior en la Abadía (Rupin: ob. cit., pág. 133, fig. 203), que parece ser Guillermo de Ongres (1245-1258).

raro de la técnica como por lo fino de la ejecución. Deberá añadirse á la serie que Marquet de Vasselot reformó tan cuidadosamente; tomará un puesto hacia fines del siglo XII, tal como la caja conservada en Malvat (Creuse) y la caja de San Marcial, perteneciente á M. Martin le Roy (1).

Esas cajas fueron llevadas en otro tiempo á España por los peregrinos ó los mercaderes. Orense, que conserva la chapa con la efigie de San Marcial, resto de una caja lemosina, era una de las últimas etapas del gran viaje á Santiago de Compostela. Huesca está en el camino que va de Francia á Aragón, después de haber pasado por Jaca y el Comport, en donde acaban de inaugurarse, durante la Exposición de Zaragoza, los trabajos de un ferrocarril traspirenaico.

* * *

Uno de los reinos que componían la España en la Edad Media conoció el arte francés, no solamente por el comercio, las fundaciones monásticas ó los artífices viajeros. Navarra pasó á ser en 1234 la herencia de un conde de Champagne, y en la familia de éste permaneció exacta cincuenta años. De allí pasó á la casa de Francia, por el matrimonio de una princesa de Navarra con el hijo de Felipe el Atrevido, que luego fué Felipe el Hermoso. De 1284 á 1328, los últimos descendientes directos de San Luis fueron, en toda realidad, «reyes de Francia y de Navarra». El advenimiento de Felipe de Valois al trono de Francia separó los dos reinos; pero la corona de Navarra fué atribuída á un príncipe francés, Felipe, conde de Evreux, casado con una hija de Francia; murió en 1343, á los quince años de reinado.

La civilización francesa, que desde el siglo XII había penetrado en Navarra por los pasajes de los Pirineos, acabó de imponerse á este reino cuando éste se convirtió en una prolon-

(1) *Revue Archéologique*, t. II, págs. 244 y 245.

gación del reino de Francia en España. El arte francés fué en Pamplona, durante un siglo, el arte oficial. Desde París enviáronse á aquella ciudad obras preciosas, como el pequeño *Santo Sepulcro,* de plata, lleno de reliquias y de recuerdos de Tierra Santa, al que rodean tan delicadas figuras; el Angel, las Santas mujeres, los guerreros con capuchón de mallas. Es, á lo que se dice, un regalo de San Luis. Artistas franceses fueron á trabajar á Pamplona; construyeron y decoraron el claustro de la catedral, bajo el reinado de Felipe de Evreux y el pontificado de un obispo oriundo del Mediodía de Francia, Arnoldo de Barbazán. Uno de ellos dejó su firma al pie de un grupo de la Adoración de los Magos: *Jacques Pérut fit eas estoire* (1).

La catedral de Pamplona posee una obra francesa de una insigne rareza: un cuadro de altar pintado en 1300. Hasta aquí había sido imposible estudiarle, en la sala sombría en que estaba escondido y el grueso cristal que le cubría. Afortunadamente, el capítulo envió ese cuadro á Zaragoza, al mismo tiempo que el famoso cofrecillo de marfil procedente del monasterio pirenaico de Leyre, y que fué cincelado en Córdoba el año 1005 de Jesucristo, para Abd-el-Malek, el Modaffer, hijo de Almanzor.

El cuadro tiene $1^{m},285$ de alto por $0^{m},82$ de ancho. Está formado por dos pesadas tablas de roble, que tienen más de dos centímetros de espesor, y que está en un marco de la misma madera. El estuco preparado para recibir el color se halla aplicado directamente sobre las tablas.

Las siluetas trazadas en el estuco son dibujos lavados más bien que figuras pintadas. Cércalas un contorno negro trazado con una finura de miniaturista. Los colores de la pintura al temple tienen tonos de aguada fina y mate. Los rostros son grises más bien que rosados; las facciones están acentuadas en

(1) *Histoire de l'art*, publicada bajo la dirección de M. A. Michel, t. II, 2.ª parte, págs. 654-655, fig. 404.

rosa violada; los paños, teñidos ligeramente, de rosa pálida, de gris verduzco, de azul ceniza. Estos fantasmas, tan delgados como figuras de vidriero y como transparentes, se destacaban más netamente, en otro tiempo, sobre el fondo de oro punteado y con guirnaldas de hojas de higuera, grabadas con un buril muy fino. La delgada película de oro fué puesta sobre una capa de color amarillo claro, en la que no ha dejado sino algunas hojas.

Necesítase hoy un esfuerzo de atención para distinguir las figuras. Cuando se ha logrado, en conjunto aparece como una contonación teológica, tan rica de pensamiento como una puerta de catedral. La Crucifixión ocupa el centro del cuadro, pero el pintor no se contentó con representar la escena capital de la Pasión. Comentó su sentido doloroso y redentor por medio de figuras y atributos simbólicos; hizo de la cruz el centro de un edificio místico, colocado fuera del espacio y en medio de los tiempos.

La Virgen, al caer desvanecida en brazos de las Santas Mujeres, está atravesada por una espada visible, que parece caer como una flecha, de la cruz (1). La cruz es un árbol de ramas desnudas; su cabeza echa todavía hojas, entre las que se encuentra el pelícano. El *titulos* de la cruz, en vez de la inscripción de Pilato, dada como histórica, lleva el versículo simbólico, en el que el Salmista parece comparar al Cristo futuro con el ave de las soledades, que alimenta á los suyos con su carne y con su sangre. Símbolos y profecías continúan á derecha é izquierda de la cruz en el marco pintado. Cada una de las cuatro hojas contiene una figurilla, que lleva una banderola. Letreros escritos en finas minúsculas de color azul, y que se han hecho muy difíciles de descifrar, dan la palabra á la Iglesia,

(1) El motivo aparece á principios del siglo XIV, en los marfiles franceses. Ejemplo: en la antigua colección Bardac; en Victoria and Albert Museum, núm. 237-67; en el Museo de Cluny; en la colección Wasset, sin número (lanza en lugar de espada). Debo estos datos á la benévola amistad de los Sres. Kœchlin y E. Male.

que invoca á su amado con el audaz lenguaje del Cantar de los Cantares, al ángel del Apocalipsis, á los profetas de la ley antigua, á los Apóstoles del Evangelio, á los doctores de la Iglesia, todos los cuales vienen á decir sus misteriosas palabras sobre la Víctima y el Sacrificio.

Al pie del cuadro, que resume toda una doctrina, se halla dispuesta, á manera de predela, una asamblea de numerosos personajes que parecen ser contemporáneos del pintor; unos laicos, con trajes diversos y de distintas condiciones, están alineados en un edificio, á derecha é izquierda de un obispo, á quien un clérigo presenta un pergamino. ¿Se trata también de un símbolo — una representación de la Iglesia y su enseñanza,—ó de una escena real: un obispo de Pamplona entre sus administrados? En todo caso, el obispo pintado en el cuadro no debe de ser el donante. Quedan legibles en el marco sus escudos: el escudo flordelisado de Francia alterna con un escudo de gules que parece sembrado de oro. Es la forma primitiva del escudo de Navarra, unas bolas de oro empiladas sobre hilos de oro cruzados para dibujar la estrella de ocho puntas que dibujarán más adelante unas cadenas de oro.

Este cuadro lleva las armas de los reyes de Francia, quienes, á principios del siglo XIV, eran igualmente amos en Pamplona y en París. Es probable que fuese pintado en Pamplona mismo. Las cintas doradas que acompañan á sus escudos en el marco, se entrelazan para dibujar unas estrellas de estilo morisco. Encuéntranse marcos completamente semejantes en el libro de las *Cantigas*, compuesto por el rey Alfonso el Sabio, é iluminado en Sevilla, á fines del siglo XIII, por miniaturistas que no olvidaron el arte musulmán, aun imitando con acierto los manuscritos parisienses (1).

El cuadro de Pamplona es de un interés excepcional para la iconografía religiosa de fines de la época de las catedrales.

(1) El crucifijo del Cuadro de Pamplona es casi idéntico al que está representado por uno de los miniaturistas de las *Cantigas*, en la tienda misma de un pintor. (*Cant.* X, tomo 17.)

Este cuadro teológico debe ser puesto junto á las grandes vidrieras teológicas, como la de Burgos. No es copia de ninguno. Las figuritas y los versículos parecen agrupados de manera original, por lo que se puede juzgar sin haber agotado las comparaciones que convendría hacer, sobre todo en los manuscritos con miniaturas. Los Profetas vienen á anunciar, no ya como en las primeras representaciones de los *Misterios* la *Encarnación,* sino la Pasión. Los Apóstoles son citados, no como testigos de los sufrimientos del Redentor, sino como autores de las *Epístolas,* en las que se forma el dogma. En fin, la presencia de un doctor tal como San Ambrosio, parece excepcional.

El conjunto de las figuras forma una construcción lógica y clara, cuyo plan pudo ser hecho por un clérigo expresamente para el retablo. Esta representación del Arbol de Redención no es, seguramente, una simple ilustración de un texto místico. Difiere por completo de los cuadros de asunto análogo que fueron pintados en Toscana exactamente por la misma época, es decir, en los primeros años del siglo XIV. Uno de estos cuadros, destinados á conventos de franciscanos, se conserva en la galería de la Academia de Florencia (1). El árbol en el que Cristo está clavado lleva encima al Pelícano, como en Pamplona; pero lanza de todos lados ramas, sobre las que hay alineados unos medallones que figuran los acontecimientos que prepararon y siguieron el drama en la Redención; misterios de gozo, de dolor y de gloria. Es una traducción demasiado literal de una página de San Buenaventura en las *Meditaciones.* El cuadro de Pamplona es más sencillo y más comprensible. El pensamiento que expresa está elaborado, no en los claustros de Italia, sino en las escuelas y las Universidades de Francia.

Como obra de arte, este cuadro en ruina es tan precioso como venerable.

---

(1) Atribuido á Pacinodi Buonoguida. Reproducido por Venturi. (*Storia dell'Arte ital.*, tomo V, pág. 506.)

El pintor era, seguramente, un francés. Su trabajo, de un arte discreto y casi incoloro, tiene toda la delicadeza de las pinturas grises hechas en Francia á principios del siglo XIV, miniaturas parisienses ó cristales de San Urbano de Troyes. Ya no queda en Francia ningún cuadro de ese tiempo; el retablo de Pamplona dejó muy detrás de él las tablas pintadas que todavía se pueden ver en muebles de iglesia en Bayeux y Noyan. El dibujo es de un maestro, ya anguloso y nervioso en los paños de San Juan, ya ligero y fluido en los pliegues de trajes femeninos. Este cuadro, única muestra, tambien como en los bajorrelieves de Nuestra Señora, las singulares afinidades del arte francés de la Edad Media, eran el arte griego; sus siluetas claras tienen la pureza de los dibujos trazados con blancos de Atenas.

Una obra del mismo tiempo y del mismo arte, una pequeña Virgen de madera, revestida de plata, fué enviada á Zaragoza por otra iglesia de Navarra, la de Roncesvalles (1). El Capítulo de esta iglesia guardaba la Virgen, igualmente esculpida en madera y chapeada de plata, pero mucho mayor, que Marquet de Vasselot estudió en Roncesvalles y analizó en la *Gazette* (2). Hubiera figurado dignamente con su seria sonrisa al lado de la Virgen romana de Salamanca y de la *Reina*, grave y dulce, sencilla estatua de madera completamente francesa que envió el Museo Episcopal de Lérida. Su hermana menor enamoró á más de uno en Zaragoza. Una imágen, aunque sin color, conserva un poco del encanto de esa niña que tiene en sus rodillas, como una hermana mayor, á un pequeñuelo tan curioso. Era de ver aquella carita simplemente modelada en el estuco aplicado sobre la madera, y pintada con un tono rosado que el tiempo ha amarilleado; se la hubiera tomado por un barro cocido, Tanagra francesa ó plodión virginal.

La célebre Virgen, de plata repujada y dorada, que la reina

(1) 33 centímetros de altura.
(2) 1897, tomo II, pág. 212 y siguientes.

Juana de Evreux dió á San Dionisio, en 1339, es más elegante y más señora; es también más amanerada. La Virgencita de Roncesvalles, con su sonrisa á la vez maliciosa y cándida, es de un arte franco y juvenil; debió de ser esculpida y chapeada de plata por los alrededores de 1300. ¿Por quién? ¿En qué taller? La Virgen grande de Roncesvalles fué encargada á Tolosa de Francia, como lo prueba la inscripción que Marquet de Vasselot leyó en el trono (1). La Virgencita pudo ejecutarla un francés en Navarra mismo. El cojín sobre el que está sentada está adornado con entrelazados de gusto morisco, como el marco del cuadro de Pamplona. Unos cojines completamente iguales están representados en el gran manuscrito sevillano de las *Cantigas* (2); uno de ellos sirve de almohada al *novio*, que duerme al lado de su *novia*, cuando la Virgen en persona viene á arrebatar del lecho conyugal y llevarle al claustro al joven olvidadizo que le había consagrado su vida.

El Capítulo de Roncesvalles envió también á la Exposición de Zaragoza una obra de orfebrería, tan preciosa como curiosa: el cuadro-relicario con departamentos, todo lleno de esmaltes traslúcidos, y que, á causa de su forma rara y de las leyendas que rodean al épico lugar, es conocido con el nombre de «Tablero de Carlomagno». Es, en realidad, una obra menos antigua, en cosa de medio siglo, que la Virgencita. Marquet de Vasselot ha descrito y reproducido en la *Gazette* muy completamente este *filachero* (3). Ha admitido para el famoso «Tablero» la posibilidad de una procedencia francesa; recordó que Montpellier fué, en el siglo XIV, un centro importante para la industria y el comercio de orfebrería (4). La indicación fué de las más afortunadas; ha sido confirmada en Zaragoza, en donde la obra pudo ser estudiada en mejores condiciones que en

(1) Art. cit., pág. 215.

(2) *Cantigas*, XLII, f. 61, V. «unos cojines semejantes»; fs. 143, v. 190, etcétera.

(3) 1897, t. II, págs. 322-323.

(4) Art. cit., pág. 327 y nota 3

Roncesvalles. La marca de Montpellier (M O P) ha aparecido en el filo del cuadro chapeado de plata. Ahora el estudio de la orfebrería y de la esmaltería en el Mediodía de Francia, se encuentra en posesión de un documento fundamental.

Otra obra de orfebrería esmaltada que la Exposición de Zaragoza dió á conocer, va á servir de punto de partida al estudio de un taller francés del Mediodía, que tuvo su historia aparte, como la ciudad en donde trabajó: Avignon. El buril de un orfebre de la ciudad papal (1) fué leído en un cáliz que estaba acompañado de su patena, y cuya fecha se conoce con bastante exactitud. Este cáliz pertenece á la iglesia de Caspe, la pequeña población aragonesa, célebre por haber sido elegida, en 1412, á causa de su proximidad á las fronteras de Cataluña y del antiguo reino de Valencia, como el lugar del Congreso que dió, sin batalla, un nuevo soberano al reino de Aragón (2). La población pertenecía entonces casi por completo á los Hospitalarios de San Juan de Jerusalem. El cáliz de Caspe lleva las armas esmaltadas de un gran Maestre de la Orden, Juan Fernández de Heredia. Este personaje pasó gran parte de su vida en la corte de los Papas—ó de los antipapas—Clemente VIII y Benito XIII. Fué nombrado gobernador de Avignon en 1369; á partir de 1382, no volvió á salir de la ciudad hasta su muerte, en 1496. Su cuerpo fué transportado á Caspe; la iglesia destartalada conserva todavía la tumba del Gran Maestre, con bajorrelieves esmaltados que representan la escena de la absolución.

Juan Fernández de Heredia fué, á lo que parece, uno de los habitantes más ricos de la opulenta Avignon; prestó sumas enormes á Clemente VII, quien le entregó en prenda hasta su tiara (3). El cáliz, que fué sin duda llevado á Caspe con el fére-

(1). «AVIN»; encima las dos llaves cruzadas; debajo: «× B»; sin duda el sello personal del orfebre.

(2) *El compromiso de Caspe.*—(N. del T.)

(3) E. Müntz: *Revue Archeologique*, 1889, t. I, pág. 9.

tro del Gran Maestre, es uno de los rarísimos restos de los tesoros que se amontonaron, en tiempos del esplendor de Avignon, en las tiendas y en los palacios.

Los maestros vieneses continuaban dominando en el grupo de los artífices pontificales hasta fines del siglo XIV, como sobresalieron, á mediados del siglo, en el grupo de los pintores. Giovanni di Bartolo sucedió á Pimone Martini. La única obra de Giovanni que ha llegado hasta nuestros días es el magnífico busto-relicario de Santa Agueda, que se conserva en la catedral de Catania, y que se ejecutó en Avignon por encargo de los obispos de la ciudad vecina del Etna, ambos lemosinos de origen. En comparación de semejante monumento, el cáliz de Caspe es poca cosa. Tiene, no obstante, su interés.

El Cristo grabado en medio de la patena, y pintado de esmaltes traslúcidos, es evidentemente copia de un modelo vienés; pero, en cuanto al trabajo del metal y el gálibo del vaso, el cáliz de Juan Fernández de Heredia difiere todo lo completamente posible de los cálices ejecutados en el transcurso del siglo XIV por orfebres vieneses, y varios de los cuales están firmados. Es de forma mucho más esbelta, con aristas más vivas y sin ninguno de los adornos repujados, follajes y entrelazados que enriquecen los cálices vieneses, no sin recargarlos. Este cáliz no es ciertamente la obra de un italiano establecido en Avignon: es francés.

Un cáliz del mismo tipo, y en algunos años más reciente, expuso en Zaragoza el pueblo aragonés de Longares. Llevaba también un punzón: no el de Avignon, sino el de Zaragoza. La comparación entre estos dos cálices deja adivinar un hecho que sería fácil establecer mediante el estudio de obras más ricas y más dignas de honor.

Durante los treinta años que un prelado aragonés, Pedro de Luna, fué antipapa, con el nombre de Benito XIII, la catedral de Zaragoza recibió como regalo obras de la orfebrería de Avignon. El busto-relicario de San Valerio, enviado en 1397 por Benito XIII, como lo indican la inscripción y las armas del

zócalo (1), y un juego, el busto del diácono San Vicente, cuyo pedestal lleva las mismas armas pontificias, son maravillosas obras de un mismo artífice, que era un francés, si no un flamenco. Los grandes medallones que hay en el cuello de los ornamentos de iglesia, en uno y otro busto, fueron cincelados y esmaltados por un mismo artista. Un maestro Fuigón, orfebre de Benito XIII, recibió en 1406 una cantidad por siete grandes esmaltes, destinados al pie de la imagen de San Vicente. Si el pie de que se trata era el del busto de Zaragoza, ha desaparecido con sus esmaltes: estos dos bustos están hoy montados sobre soportes de plata del siglo XVII (2).

Estos dos bustos, que eran más difíciles de copiar que un simple cáliz, han sido imitados durante más de un siglo por los orfebres de Zaragoza. Varias de estas imitaciones, que eran obras de maestro, encontrábanse reunidas en la Exposición, en la que desgraciadamente no figuraban los bustos regalados por el antipapa (3).

***

La serie de objetos de arte francés de la Edad y Media y del Renacimiento, que se abría en Zaragoza con los esmaltes cóncavos, y que continuaba con los esmaltes traslúcidos, terminaba con una serie notable de esmaltes pintados.

El tríptico de la Seo de Zaragoza, muy majestuosamente

(1) Descrito y reproducido por Marcel Dieulafoy: *La Statuaire polichrome en Espagne*, 1908, pág. 58, pl. XII.

(2) Documento citado por E. Muntz, en *Bulletin de la Société des Antiquaires de France*, 1886, pág. 114. El orfebre que colabora á principios del siglo XV con este esmaltista, Jehan ó Hennequin Alpot, cuyo nombre indica un origen flamenco. Puede uno sentirse inclinado á atribuirle los dos bustos de Zaragoza; pero es prudente esperar á un registro más completo de los Archivos pontificios.

(3) Faltaba también la más antigua y la más notable de las copias aragonesas del busto de San Vicente: el busto del mismo santo, de plata dodorada y sin esmaltes, que se conserva en la iglesia de San Pedro de Huesca.

presentado en su marco español de madera dorada, fué reproducido en el álbum de la Exposición de 1892 (1). En medio, la *Adoración de los Magos;* á la izquierda, la *Natividad;* á la derecha, la *Presentación en el Templo*. Este último cuadro está reproducido, casi rasgo por rasgo y tono por tono, en una plancha de un importante tríptico de la colección Spitcer, atribuído á Nardon Penicaud. Al viejo maestro lemosino hay que atribuir el tríptico de la catedral de Zaragoza.

Otro tríptico, de esmalte pintado, que podría figurar en el Louvre al lado de los más célebres cuadros esmaltados de Limoges, fué enviado por la iglesia de Linares, un pueblecillo perdido de la provincia de Teruel. Los asuntos, representados con limpieza de rasgos, fuerza en los desnudos, belleza y pureza de algunos rostros de mujeres, con el Camino del Calvario, la Crucifixión y la Piedad. Si el camino del Calvario repite un grabado de Schangauer, la Crucifixión y la Piedad son composiciones completamente francesas. El esmaltista parece haberse inspirado en algunas miniaturas suranguezas y se asemeja á Bordichon. El negro y el blanco no pueden dejar adivinar el brillo de los amarillos y la intensidad de los azules, á los que el contacto del oro, presente en todo, da una riqueza regia. El nombre en el que parecerá lo más natural pensar ante una tal obra, es el del tipo mismo del viejo Nardon y Jean Penicaud. Sin embargo, no conozco, ni en Cluny ni en la antigua colección Spitzer, una obra de ese maestro que tenga el esplendor del tríptico de Linares.

Léese, en la pierna derecha del verdugo que marcha delante de Cristo, las cuatro letras M A R E, pintadas en grandes capiteles de oro, y seguidas de una letra cuya parte superior es solamente visible. ¿Es un nombre, como el nombre francés de *Madeleine,* bordado en el borde del manto de la santa que abraza la cruz? ¿Ese marco era un verdugo que figuraba en el misterio? Lo cierto es que esas mismas letras se encuentran en

(1) Pl. LVIII.

las mangas del traje de un soldado, en otras obras del taller de los Penicaud (1).

Un coleccionador de Zaragoza, D. Mariano Vicente, presentó una plancha en grisalla, á la manera de los Courteys, con pastores y pastoras en traje de Enrique IV, y una inscripción extrañamente brutal.—

La iglesia de Nuestra Señora del Pilar prestó un juego de vinajeras con su bandeja, pintado á mediados del siglo XVII por Laudin, esmaltista en Limoges. Las iniciales J. L., pintadas al lado del *exvoto*, son las de Juan Laudin. El donante fué un peregrino francés, que hizo pintar sus armas en la bandeja, y que se hizo representar á sí mismo de rodillas ante el Pilar y la imagen milagrosa.

Esta obra muy rara, ejecutada en Limoges por encargo para la basílica que se alza á orillas del Ebro, pone un término bastante feliz á la serie de los objetos de arte francés antiguo reunidos en Zaragoza, y que me había propuesto estudiar. Ya está anunciada otra Exposición retrospectiva en España. Se celebrará mucho más lejos de los caminos trillados, en Santiago de Compostela. Allí encontraremos exvotos franceses, como la estatuilla de plata que fué llevada de París en el siglo XV, por un peregrino llamado Juan, en nombre del caballero francés Juan Ronul y de su mujer Juana (2).

Descubriremos seguramente esmaltes y marfiles franceses, procedentes de las iglesias gallegas y asturianas. Preparémonos, pues, á emprender el camino de Santiago.

EMILIO BERTAUX.

---

(1) M. André Demaltial, á quien he comunicado la fotografía del esmalte de Linares, se sirve decirme que el nombre de *Marcus* ó *Marcos* se encontraba en tres esmaltes pintados de Limoges, prestados á la Exposición de South Kensigton Museum en 1862, núms. 1.652 (colecc. Samuel Addinglou); 1.653 (colecc. H. H. Hope); 1.657 (colecc. J. H. Marland). Sería interesante buscar estas obras y compararlas con el esmalte de Linares.

(2) J. Mazerolle (*Gacette des Beaux Arts*, 1893, tomo II, pág. 298).

RECUERDOS

Luchar contra el fuerte es lucha peligrosa, pero es lucha digna; da gloria si se vence, y aun siendo vencido da honra.

Pero la lucha contra el débil es mucho peor, porque no siempre la victoria es fácil, y aun venciendo, aun la victoria toma forma de crueldad.

Por eso, para los gobernantes son tan difíciles las rebeliones de las mujeres y de los chicos.

En su debilidad tienen su fortaleza, y su debilidad embota las armas de la autoridad.

Crueles son los que al fin y al cabo restablecen la calma empleando medios violentos, y si no la restablecen quedan en ridículo.

En este caso se encuentran los motines, algaradas y violencias de los estudiantes.

Y ante esta dificultad me encontraba, según refería en la crónica anterior, por el motín de los estudiantes madrileños con motivo de la elección de D. Amadeo para el trono de España.

Claro es, que la actitud de los estudiantes no era tan espontánea como parecía; que elementos ajenos á la clase escolar provocaban el escándalo y atizaban el fuego de la rebelión estudiantil.

Pero fueren laš que fueren las causas, el hecho es que va-

rios profesores habían sido escarnecidos en las calles próximas á los centros escolares, entre otros, D. Pedro Mata; que las clases no podían darse, porque el escándalo ahogaba la voz de los catedráticos, y que el claustro y el rector D. Fernando de Castro, me aconsejaban con insistencia que cerrase la Universidad.

Pero tanto empeño como mostraban en llegar á este caso extremo, sobre todo las personas de ideas republicanas, mostraba yo en que la Universidad no se cerrase.

D. Fernando de Castro y algunos otros profesores, cediendo á mis instancias, quisieron hacer un último esfuerzo, rogándome que no empleara medios de fuerza, que no se presentaran en la Universizad ni los agentes de orden público ni la Guardia civil, como en otras ocasiones, y prometiéndome que emplearían toda su fuerza moral y toda su autoridad para calmar los ánimos y restablecer el orden.

De buen grado accedí, porque los medios de fuerza siempre me han repugnado, aunque comprendo que hay casos extremos en que son ineludibles; y en el cumplimiento de mi deber, nunca he temido nada, ni siquiera la impopularidad, que es de las cosas que más espantan á los hombres políticos, sobre todo cuando pertenecen á los partidos avanzados.

Los cortesanos temen al monarca y, á veces, por adulación y por terrores palaciegos, faltan á deberes sagrados.

Pues hay cortesanos de varias clases, y también los hay que, temblando ante el enojo de la masas, sacrifican su conciencia ante la violencia de las multitudes.

Ante los tronos y ante las plazuelas no hay más que una línea de conducta: cumplir con el deber, y vengan rayos de arriba ó motines de abajo.

Así les dije yo á los profesores de la Universidad: que, gustosísimo, les dejaba esta última apelación á la prudencia; pero que si la prudencia no bastaba, entraría yo en campaña, dispuesto á imponer la autoridad universitaria por los medios que creyera convenientes.

***

Los profesores, casi todos amigos míos, cumplieron su palabra, se portaron leal y honradamente; pero el resultado fué poco satisfactorio, por no decir que fué lastimosísimo.

Amaneció Dios; el rector y los profesores acudieron á la Universidad, y acudió gran masa de alumnos, y entre ellos muchos que no lo eran, y empezaron, como los días anteriores, los gritos, la violencia, las protestas y el escándalo.

Cumpliendo las órdenes del rector, ó del decano, ó de quien fuese, entre porteros y bedeles, según se me contó después, porque es claro que esta escena no la presencié, se apoderaron de tres ó cuatro de los más alborotadores, ó sea de los que capitaneaban el motín escolar, y á la rectoral los llevaron en calidad de prisioneros, encerrándolos en un cuarto inmediato al salón de actos.

Tras los detenidos subió la gran masa de los estudiantes, armando un enorme escándalo y pidiendo la libertad de sus compañeros.

En el salón se sentaron los profesores, y quisieron hacer un esfuerzo para vencer el motín sin emplear otros medios que su autoridad moral.

Para ello mandaron abrir la puerta del encierro, y ante el improvisado claustro salieron los delincuentes, encontrándose cara á cara con sus profesores en la actitud solemne que el caso requería.

Repito que yo no presencié la escena; pero me la refirió, como yo la voy refiriendo, mi amigo muy cariñoso D. Manuel Merelo, á quien yo había nombrado director de Instrucción pública, y el cual se había enterado minuciosamente de cuanto en la Universidad había ocurrido.

Y lo que ocurrió fué lo siguiente: algo muy natural, muy humano y muy estudiantil; pero poco edificante, si la palabra vale, para los que tienen en mucho la autoridad universitaria.

La escena era ésta: en el salón los profesores, cada uno en su sillón.

Ante ellos, y en pie, los tres ó cuatro estudiantes rebeldes, encogidos y temerosos.

La puerta que daba á los pasillos ó galerías, abierta de par en par, para excluir toda idea de medios materiales de represión; y del otro lado, los estudiantes y los que no eran estudiantes, gritando desaforadamente y pidiendo que se les entregara á sus compañeros para continuar todos juntos el escándalo, al cual le habían tomado cariño y afición en los días anteriores, aparte de toda opinión política.

En toda masa humana, mujeres, chicos, obreros ó burgueses, el escándalo, la gritería, tienen vida propia, prescindiendo de las causas. Es casi un efecto fisiológico, gritar cuando se grita, alborotar cuando se alborota.

En este punto, no sé si el rector, ó uno de los decanos, ó alguno de los profesores, dirigió la palabra á los reos, diciéndoles, poco más ó menos, según Merelo me explicaba, lo siguiente.

No había taquígrafo; por lo tanto, de las palabras no respondo; pero las ideas eran éstas:

En la Universidad, en los centros docentes, la ley de la razón es la que debe imperar.

La represión material queda excluída.

Los alumnos obedecen, no por la fuerza material, sino por la autoridad moral que sobre ellos ejercen sus profesores.

—Ante nosotros estáis—les decían—oyendo nuestro consejo y esperando la corrección que habéis merecido.

Y nada os retiene aquí, más que la idea de vuestro deber.

Esa puerta la tenéis abierta de par en par; podéis desatender nuestra voz y nuestro mandato; más allá de esa puerta, vuestros compañeros os llaman, pero vuestros profesores os dicen que debéis quedaros.

Podéis salir; ningún obstáculo material os lo impide; pero al salir, saldréis pisoteando el respeto que debéis á la Universidad, el que debéis á vuestros profesores, y saldréis escarneciendo vuestro propio deber.

Conque sois libres. ¡Escoged!

Los chicos se miraron unos á otros, procuraron disculparse, se empujaron suavemente, acercándose poco á poco á la puerta, tras de la cual veían á sus compañeros, y tímidos y acobardados y vacilantes entre dos tendencias opuestas, iban llegando, sin embargo, á la puerta de salida, que se comprende que fuese para ellos una tentación formidable.

Y cuando estuvieron cerca, por instinto natural, por atracción invencible, volvieron la espalda á sus profesores, y de golpe se escaparon, siendo recibidos por sus compañeros, con escandalosos gritos de regocijo y de triunfo.

Y la puerta quedó abierta de par en par, y los profesores se quedaron solos.

En estos términos, ó en términos parecidos, me refería la escena Merelo, que era hombre muy enérgico, con grandes muestras de contrariedad.

***

Aquella misma tarde me presentaba su dimisión D. Fernando de Castro, y una comisión de profesores me rogaba, por tercera ó cuarta vez, que cerrase la Universidad, para evitar nuevos y lastimosos conflictos.

Y yo, por tercera ó cuarta vez, me negué á seguir este consejo, que me hubiera dejado en una situación humillante, y que hubiera tenido las consecuencias políticas que ya en otro artículo he explicado.

Yo apreciaba verdaderamente á D. Fernando de Castro, que era persona de grandes merecimientos y que había prestado grandes servicios á la cultura española.

Yo era amigo particular suyo, como era amigo de la mayor parte de los krausistas, empezando por D. Francisco Canalejas.

Me dolía en el alma, y consideraba como una desgracia te-

ner que prescindir en aquella ocasión de hombre de tanto valer.

Pero, así y todo, le admití la dimisión. Claro es, tras muchas súplicas, y muchos ruegos, y muchas reflexiones, y mucho discutir.

Pero él ponía como condición ineludible, para continuar en su cargo, el que se cerrase la Universidad, á fin de evitar escándalos como los pasados, y yo estaba resuelto á que la Universidad no se cerrase, ni por aquellos escándalos ni por otros muchos. Era una cuestión política en que yo no podía ceder.

En suma, que, como antes dije, le admití la dimisión, y me quedé sin rector, y sin un rector de tanto prestigio y de tantas simpatías.

Además, la mayor parte de los profesores opinaban como el rector dimisionario.

El único voto en contra era el mío.

A todo esto, era la caída de la tarde, y había que resolver el conflicto para el día siguiente.

Mi primera providencia fué marcharme á comer. En aquella época yo no tenía nervios. Nada me alteraba.

Cumplía mi deber como lo entendía, teniéndome sin cuidado lo que sucediese.

Comí con toda tranquilidad, y volví al ministerio á las nueve de la noche, y en el ministerio encontré á Merelo, que me estaba esperando.

—¿Qué hacemos?—me preguntó con cierta ansiedad, porque él también consideraba la cuestión gravísima.

—Por lo pronto—le dije,—nombrar rector.

—Pero ¿á quién?

—Ahora lo veremos. Ahora pasaremos lista á los profesores.

—Ninguno aceptará.

—¡Quién sabe! Empecemos por pasar lista.

Y empezamos nuestra tarea.

Y repasando nombres, le dije de pronto:

—Ya creo que encontré uno.

—¿Quién?

—D. Lázaro Bardón.

El Sr. Bardón era un profesor de griego, de mucha ciencia, y de mucho prestigio, y de mucho carácter. Hombre un poco extraño, pero al que todos concedían dotes especiales para imponerse. Energías físicas y energías morales, y cuando llegaba el caso, muy mal genio.

De él se contaban anécdotas muy curiosas.

Riñó una vez con un compañero, y la emprendió á puñetazos, obligándole á meterse bajo una mesa.

Y la víctima asomaba de cuando en cuando la cabeza, como el galápago saca la suya de la concha, y gritaba con voz dolorida:—¡Hombre brutal, mal clérigo!—Pero veía enarbolado el puño de D. Lázaro, y el galápago se encogía y metía la cabeza bajo la concha, quiero decir, bajo la mesa.

Con D. Lázaro estaba yo en excelentes relaciones, porque meses antes le había nombrado en comisión para la apertura del Canal de Suez.

Con ese motivo escribió un libro, que todavía andará por el mundo. Libro curiosísimo, en que pinta las sensaciones que experimentó al sentarse en el mismo sillón en que momentos antes se había sentado la emperatriz Eugenia.

Mi elección estaba hecha; el nuevo rector había de ser D. Lázaro Bardón.

É inmediatamente le llamé al ministerio; tuve una conferencia con él, le expuse mi programa, y estuvo conforme conmigo en que no debía cerrarse la Universidad. En resumen: aceptó incondicionalmente el cargo, y me aseguró que desde el día siguiente, á las siete de la mañana, estaría en la Universidad.

Aquella misma noche se hizo el nombramiento; á las doce tenía yo la firma del Regente, y á las doce y cuarto fueron á la *Gaceta* la dimisión aceptada del antiguo rector y el nombramiento de D. Lázaro.

Al otro día muy temprano estábamos en el ministerio Merelo y yo, y de media en media hora me traían noticias del estado de la Universidad; en ella estaba D. Lázaro Bardón, paseando tranquila y majestuosamente por todas las galerías, cruzando por entre los grupos de los estudiantes, que le saludaban con el mayor respeto, y ni un tumulto, ni un grito, ni una voz.

Él había dirigido á los estudiantes una alocución, que se fijó en los sitios de costumbre, y que era curiosísima.

Su estilo era bíblico, y la mayor parte de los estudiantes es probable que no la entendiesen.

Se hablaba de la sal de la tierra, y de que si la sal se acababa, quién salaría, y de otra porción de cosas que él creyó pertinentes, que lo eran en efecto, pero que eran de difícil interpretación.

Circunstancia importantísima y feliz oscuridad para aquellos momentos.

Ello es que por encanto se restableció la calma; que ni aquel día ni en los días siguientes hubo el menor alboroto, y que D. Lázaro Bardón siguió siendo rector de la Universidad hasta mucho tiempo después.

La Universidad continuó abierta en paz y en gracia de Dios.

Este que acabo de referir es el segundo suceso de los que recuerdo en los meses que precedieron á la venida de Don Amadeo.

*
* *

Otro recuerdo más.

Algo así como el preludio de aquel crimen de la calle del Turco.

A medida que se aproximaba la llegada de D. Amadeo, ciertos periódicos republicanos arreciaban en sus ataques contra el general Prim.

Ataques infames, brutales, groseros: eran el preludio del asesinato.

Un día en Consejo, leyendo uno de aquellos papeluchos, en cuya lectura yo creo que había ya reflejos de sangre, el general no pudo contenerse, y estalló su ira.

En un arranque de pasión, bien natural y bien justificada, se levantó estrujando el periódico.

—¡Oh! ¡Esto no lo sufro, esto es ya demasiado: de mí que digan lo que quieran; que me insulten, que me escarnezan; pero que con mi familia no se atreva esa canalla, porque les haré pedazos!

¡Se acabó, ea, se acabó todo!

Gran trabajo nos costó calmarle, porque es lo cierto que tenía razón de sobra, y que, en un hombre de sus energías, lo que más hubo que admirar en aquel período fué la prudencia y la fuerza de voluntad.

Faltaba poco, muy poco: unos cuantos días. D. Amadeo llegaba á Cartagena, y era de creer que todo entrase en cierta normalidad.

Pero antes de asesinarle materialmente, sus enemigos le hostigaban de una manera cruel y despiadada.

Sus enemigos, los que habían de asesinarle en la calle del Turco, y los que eran incapaces del asesinato, pero que, cegados por la pasión política, llegaban á las mayores violencias de palabras.

Yo recuerdo una sesión que precedió á la noche del asesinato, y que fué la última prueba á que se vió sometido en el Parlamento el ilustre general.

Fué una prueba ruda, y que demostró hasta qué punto había llegado la voluntad de hierro de aquel hombre excepcional.

No sé con qué motivo, un diputado republicano de los de más prestigio, de los de más autoridad, pronunció un discurso contra el general Prim, verdaderamente feroz: un discurso feroz, no encuentro otro adjetivo más propio.

Y así es la política, y por eso huyo de ella siempre que puedo.

El diputado republicano á que me refiero era un hombre

de gran mérito intelectual, un pensador profundo, un orador severo y correcto, y, además de todo esto, hombre de conciencia intachable.

No era de aquellos á quienes arrastra la pasión.

Y, sin embargo, en el discurso á que me refiero, la injusticia rebosaba, y rebosaba la pasión, tanto más cruel, cuanto la forma era más fría.

Si se me permite la imagen, diré que era el ramalazo de un volcán corriendo entre hielo.

Dijo cosas tremendas, caldeadas por el encono político; aguzó frases envenenadas, descargó insultos en forma clásica, una de esas catilinarias que es imposible oirlas con paciencia, por mucha que la paciencia sea.

Prim no era paciente; pero su voluntad era de acero, y procuró contenerse.

Y sin embargo, poco á poco, los que estábamos á su lado le vimos ponerse más pálido que de costumbre, y oprimir y retorcer entre sus manos crispadas el puño de su bastón.

Y es que el orador republicano no cesaba.

Recuerdo, no la frase, pero sí la idea de una de sus frases.

Comparó al general con una de esas desdichadas mujeres que desde jóvenes pierden todo pudor y que ya no hay, en el resto de su existencia, ni valla ni límite para sus deshonestidades, de las cuales ni siquiera se dan cuenta.

Imagen insolente, y aun, desde el punto de vista del arte, de mal gusto y sin aplicación á la política.

Pero era un insulto, y de insultos estaba cuajada la peroración.

D. Juan Prim necesitó en aquel momento de toda su fuerza de voluntad; los que le rodeábamos, adivinando las tempestades que se desataban en su interior, procurábamos calmarle.—No haga usted caso, general—decíamos,—esas son palabras, desahogos de la impotencia. El rey va á llegar dentro de poco; las Constituyentes acaban; es el último sacrificio; ¡calma, general, mucha calma!

Y Prim se levantó á contestar al diputado republicano.

Con voz un tanto conmovida, pero digna y severa, pronunció unas cuantas frases; pero ¡qué dignas, qué bien dichas!

No contestó á ningún insulto, no rechazó ningún ataque; se limitó á expresar esta idea:

—Lo que no se le puede decir á ningún hombre, ¿se me puede decir á mí, sólo porque soy Presidente del Consejo de ministros?

Y por ser Presidente del Consejo de ministros, ¿tengo obligación de sufrir lo que no sufriría si no ocupara este puesto?

Yo no lo sé; lo dudo; pero no me encuentro en estado de resolver esta duda, porque si obedeciese á los impulsos de mi dignidad, ya sé cómo la resolvería.

Pero acaso me equivoque; quizá tenga obligación sagrada de oir todo eso, y lo he oído con calma, y no contesto, y es el mayor sacrificio que puedo hacer á mi partido, á la libertad parlamentaria y á mi deber.

No dijo estas palabras; pero dijo otras parecidas, y el concepto es el que acabo de expresar.

La Cámara le aplaudió; todas las personas imparciales le dieron la razón; la catilinaria quedó deshecha; la arrojó de sí, como de un manotazo se separa algo molesto, y el incidente terminó, demostrando una vez más el general Prim sus dotes de parlamentario y el inmenso dominio que sobre sus pasiones había logrado adquirir aquel hombre.

Y nos íbamos acercando, sin saberlo, al desenlace y á la catástrofe.

Había no sé qué en la atmósfera de triste y de pesado.

El frío, el viento, la nieve, el cielo gris, un ambiente de tristeza.

Y no es que ahora me ocurra esto; es que en aquellos días éramos muchos los que sentíamos estas impresiones desconsoladoras, y algo así como el presagio de sucesos trágicos.

José Echegaray

PARNASO INTERNACIONAL

LA VISIÓN DE EVA

(De León Dierx.)

I

Pasados eran ya trescientos años
Desde el funesto día
En que perdió el Edén la estirpe humana.
En las incultas selvas primitivas
Adán cazaba intrépido y bizarro;
Luchaba con el tigre y en pos iba
Del ágil gamo. Plácido aspiraba
Los efluvios del campo. Eva, tranquila
Y serena también, bella y radiante,
A la sombra de un árbol, á la orilla
De rumoroso manantial, dos niños
Juguetones miraba, y atendía
A los lejanos ecos de la caza.
Adán, bajo las bóvedas sombrías
Del bosque, hablando á las canoras aves,
Les dijo así, con voz enternecida:
—«¡Cantad: es muy hermosa, y yo la adoro!»
Eva dijo á su vez:—«¡Oh, fuente límpida!
Tus aguas vierte. En él alienta mi alma;
Mas late en ellos dos mi sangre misma!»

II

Y pensaba:—«Señor, del Paraíso
Nos arrojaste. Aún á mis ojos brilla
La espada del arcángel. Del trabajo
Y el dolor tristes víctimas,
Por el hambre acosados, nuestra suerte,
De la aurora al ocaso, es la fatiga.
Solos y errantes en aquestos cerros,
Nos faltan ya el candor y las delicias
De los éxtasis santos, ni logramos
Escuchar otra vez en las divinas
Zarzas del monte, de los blancos ángeles,
El himno que tu nombre glorifica.
Mas ¿qué importan las sombras, si una antorcha
Tú nos has dado? Si el amor nos guía,
¡Sé bendito, Dios grande, Dios piadoso,
Dios protector! Viriles energías
Tiene Adán, y yo tengo la hermosura;
Ese contraste nos consuela y liga.
Prendado él de mi gracia, yo prendada
De su vigor, la carga, compartida,
Ligera es á los dos. Y á nuestro lado
Veo dos seres crecer, que nuestra dicha,
Nuestra esperanza son y nuestro orgullo.
Cuando forman un grupo en mis rodillas,
Dentro del alma siento
Resplandecer un sol que la ilumina.
Viviendo aún en nosotros, que logramos
En ellos otra vida,
Son, aún llenos de sombra y de misterio,
La nueva ley. Sus tiernas manecitas
Más el vínculo aprietan que nos une,

Y en nuestro corazón brota y germina
Otro amor. En sus ojos, cual los astros
Del cielo claros, hay extraño enigma,
Poderosa atracción, y á sus fulgores
Nuestro anhelante espíritu se anima,
El secreto buscando
De una ignorada infancia, en sus pupilas.
El amor, que fecundo los creara,
En su pecho dormita.
Truene el cielo irritado; cual nosotros,
En las borrascas más embrevecidas
Las manos se darán. Ni el mismo rayo
Que tu Azrael fulmina,
Abatirá sus brios. ¡Prez y gloria
A ti, Señor, y gratitud! No priva
De todo bien al hombre tu anatema.
En esta tierra, por su Dios maldita,
El beso del Edén se perpetúa.
¡Supremo juez, castiga!
A tus pies, castigada,
Crecer la raza que te adora, mira.

III

Así, bañada su serena frente
En los aromas de la aurora tibia,
Radiante el seno hermoso con el fuego
Del calor maternal, Eva sentía,
En Abel y Caín fijos los ojos,
Brillar algo del cielo ante su vista.

IV

Y los niños jugaban. De repente,
Caín, los ojos abrasados de ira
Y amargo el labio, enarbolando el puño,
Cayó sobre su hermano, que, extendidas
Las manos, en su madre buscó amparo.
Eva, de espanto pálida, solícita
Corrió á los dos; sobre su amante pecho
Los estrechó; con besos y caricias
Logró calmarlos. Pronto pasó todo,
Furores, quejas y ósculos. Dormían
Los dos hermanos abrazados, y ella
Con las manos cruzadas, pensativa,
Vió en el alma surgir la aterradora
Fatal visión de los futuros días.

V

¡Sol del casto jardín! ¡Eva, la hermosa
De los rizos que al oro dan envidia!
¡Tú, el pecado de ayer, gloria mañana!
Suspiro que exhalamos todavía!
¡Inagotable cáliz, en que beben
Los dolores! ¡Mujer! ¡Tú, que podías
Un cielo dar á quien perdió otro cielo,
Y todo se lo diste, tu exquisita
Dulzura, tu belleza y tus amores;
Tú, mucho más hermosa, perseguida
Por la candente espada del arcángel!
¡Madre infeliz, ¿qué horrenda pesadilla
Te perturbó? ¿Qué lúcido relámpago
Fué el precursor siniestro? Las pupilas
Arrasadas en llanto, ¿en qué pensabas?

La mano que aún cerraba convulsiva
El dormido Caín, ¿daba respuesta
A tu sueño sublime? ¿Ya veías
Contra el mísero Abel, flojo y desnudo,
su crimen preparar el fratricida?
¿El terrible Azrael te señalaba
En la visión del porvenir fatídica,
Al hijo tuyo, que el designio humano
Cumplido ya, la diestra en sangre tinta,
Lanzábase á la fuga, y en el campo
El cadáver dejaba de su víctima?
¿Le veías morir pausadamente
En el austero Enoc, la torre invicta
Opuesta á los embates de la raza
Que la blasfemia á Dios lanza sacrílega,
Y graba el reto en los peñascos duros,
Alarde haciendo de su audacia impía?
¿Veías tú, como chacal hambriento,
En todas partes penetrar la envidia
Y atizar la discordía; el hierro infame
Buscar feroz, en manos vengativas,
Las entrañas humanas, y la tierra
De abominable púrpura teñida?
¿Y los pueblos-Caínes, despiadados,
Acometer, con criminal perfidia,
A los pueblos-Abeles; y escuchabas
Los fúnebres sollozos, que salían
De cien torres-Babel, y en las riberas
Del mar el estertor de la agonía,
Por las rugientes olas sofocado?
Bajo la eterna bruma en que se agitan
Los inmundos rebaños de los hombres,
Horrorizados de su herencia mísera,
Escuchabas los lúgubres aullidos
De las turbas, y siempre repetidas,

De siglo en siglo, sus atroces quejas?
¿Comprendiste que el mal nació á la vida,
Y que será inmortal; que es ley el odio
De nuestro sér, y entrega á la codicia
De Satanás sus hijos, y él ensancha
Para ellos, más y más la infernal sima;
Que dón fatal es la existencia humana;
Que con la rubia Abuela moriría
El amor; que un raudal inagotable
De llanto y hiel, de la primer sonrisa
Nacido, ha de inundar el universo?

VI

¡Súpolo Dios! Hasta morir el día
Estuviste callada, contemplando
Las dos frentes serenas y tranquilas
De tus hijos, que el sol acariciaba;
Y mientras ellos sin afán dormían,
Largos ríos de lágrimas ardientes
Bajaban, escaldando tus mejillas.

TEODORO LLORENTE

APUNTES PARA LA HISTORIA DEL TEATRO

LOS ASOMBROS

Aceptación general tuvieron en el siglo XVIII las comedias que hoy llamamos de magia, por la intervención que en el desarrollo de su argumento tienen ciertos espíritus de supuesto poder sobrenatural, incluyendo al mismísimo diablo, que suele tomar parte activa y ostensible en los hechos que en la comedia se realizan. Algunas de estas comedias desígnanse con el calificativo de *Asombros,* porque la palabra figura en el título de ellas, y son las que caracterizan el género tosco, burdo, chabacano, impropio de un público culto; pero que obtenía aplausos y producía entradas, aspiración constante de los empresarios en todas las épocas.

Una de las principales obras de esta laya es la titulada *El asombro de Francia, Marta la Romorantina*, cuyo argumento, por lo disparatado y absurdo, merece conocerse.

Marta vive con su padre, Jácome Broserio, en un pueblo que el autor denomina Aurelia, situado en la circunscripción de Romorantin, en Francia, por lo que se da á la protagonista el sobrenombre de la *Romorantina,* y no Romarantina, cambiando en *a* la *o* de la segunda sílaba, como aparece en algunos impresos antiguos.

Marta es huérfana de madre: viene el padre de la guerra,

y extraña que su hija no haya salido á recibirle, por lo que una joven, parienta de la familia, le hace la siguiente revelación:

Desde que del Piamonte,
señor, fuisteis á la guerra,
en su cuarto retirada
Marta, á ninguno franquea
la entrada; encerrada y sola
ni aun del sustento se acuerda
muchas veces; no sé yo
si lo causa vuestra ausencia;
pero para no creer
que esto solamente sea,
hay muchos indicios, porque
sin haber más que ella mesma,
no ha menester quien la sirva,
pues la acompañan, la obsequian
no conocidas personas
que se ignora cómo entran,
pues viniendo yo en la casa
en lo bajo, sin que vea
más que ventanas cerradas
y con custodia las puertas,
se le oye hablar, y se escucha
voz que delicada suena,
respondiéndola, aunque nada
de las palabras se entiendan.
Apacibles instrumentos
y dulcísimas cadencias
la dan música de noche,
y apenas el sol despierta,
de bandas de ruiseñores
y jilgueros se rodea
su habitación, siendo Marta
la aurora para ellos nueva.

De luces y de esplendores
bajan de noche centellas
que de su cuarto iluminan
la no penetrada esfera;
y, en fin, con tales asombros,
toda la ciudad de Aurelia,
dividida en opiniones,
hace que algunos la tengan
por pasmo de virtud, otros
ó por ilusa ó por necia,
sin dar en lo que es; de forma
que, con rara diferencia,
muchos la aplauden, y muchos
la infaman y menosprecian.

El padre queda un poco sorprendido con la revelación; pero no pasa á darla crédito del todo sin hablar antes con Marta y oir sus descargos. Pronto se ve obligado á reconocer la certeza de lo que le han contado.

Alzándose la cortina—dice el ejemplar de la comedia,—*se descubren las dos fachadas de los lados, con dos hermosos escritorios, cuatro bichas á los lados, medio hombres y medio pirámides, y sus cornucopias en las barandas de arriba, como que está entre los paños de la colgadura, clavadas en la pared; y la boca de en medio hará como un gabinete, con su media naranja, donde estará Marta tocándose á un tocador, y en su regazo estará Garzón; y cinco estatuas, una con una toalla, otra con un aguamanil, otra con una palangana, otra con un azafate, y la que la toca, que es la quinta estatua, ha de ser vestida uniforme con las cuatro, que ha de ser de blanco, y también las caras de lo mismo, todo en perspectiva, y á su tiempo cantan.*

Este Garzón de que se ha hecho referencia, es el espíritu del mal, quien anda tras de conquistar y perder el alma de la hermosa Marta, habiendo tomado oportunamente para lograr su objeto la forma de un joven bello, simpático y elegante,

sistema más práctico que el de presentarse, como ha sucedido otras veces, con feo rostro, garras de cernícalo, alas de murciélago, cuernos y otros accesorios repulsivos y espantables. Marta, inocentemente y sin malicia, según afirma ella misma más adelante, se deja festejar de Garzón con asombrosa é incomprensible candidez; habla con él de amor y pasa el gran rato oyendo cómo cantan las estatuas, hasta que se presenta de improviso el padre y la sorprende (por un descuido imperdonable en el diablo, que alardea de listo) en aquel éxtasis de felicidad, viéndose obligado el infernal amante á echar mano de esos recursos tan comunes en las comedias de magia: todo desaparece por encanto, y queda la habitación como si nada hubiera sucedido. El buen Jácome Broserio incomódase lo puramente indispensable, y exclama dirigiéndose á su hija:

Siempre dije yo que era
delirio de tu razón
el estudio en que te empeñas;
las extravagancias que obras
hacen que peligre nuestra
opinión, pues los que saben
que te escondes, que te encierras,
que te acompañan visiones,
dicen que estas apariencias
no pueden ser por buen medio:
supongo que ha sido ésta
como todas; desde hoy, Marta,
no quiero que libros tengas.

No tendría paciencia el lector para sufrir la descripción del sinnúmero de inverosimilitudes y absurdos de que está plagada la comedia, como todas las de este linaje de literatura; bástele saber que Marta, disfrazada de hombre, toma parte en la guerra á que su padre asiste; que por su intervención, ó mejor dicho, por la de su genio protector, se conquista una

ciudad; que recluída por Jácome en una prisión, se escapa de ella, vestida de gitana, para asistir á una fiesta; y entre otros dislates de menor cuantía, desaparece por los aires á la vista de todos, conducida de la mano por Garzón, llevándosela á París. Absurdos son éstos, comunes á este género de comedias; pero admitido el género, hay que pasar por ello, concretándonos á censurar el mal gusto que presidía en la elección de los argumentos y de los incidentes escogidos para desarrollar la trama.

Lo que es digno de estudio es la influencia que la religión ejercía en todo el organismo de la sociedad de aquel tiempo, llevando su predominio hasta figurar como elemento no secundario en las comedias de magia. Jácome Broserio solicita y consigue que un obispo consienta gustoso en examinar á Marta para averiguar si ha tenido pacto con el diablo; y en la segunda mitad del acto segundo se entabla entre el prelado y la protagonista el diálogo siguiente:

—Marta, ¿qué fe profesas?
—La que confiesa un Dios trino
en personas, y en esencia
un solo Sér sin principio
ni fin.
—Y para que á este
Sumo Señor Infinito
gocemos, ¿qué es necesario
hacer?
—Es lo más preciso
los Preceptos que dejó
su dedo en la Tabla escritos,
Artículos, Oraciones
y Sacramentos divinos.
—¿Y tal vez en algo de eso
habéis duda padecido?
—¿Qué es duda? Mil veces diera

mi corazón al cuchillo
de su verdad en defensa.
—¿Sabéis qué es magia ó prestigio?
—Arte vedada, al que adora
la Fe que tengo y estimo.
—¿Os remuerde la conciencia
de algún pecado escondido?
—De cuanto escrúpulo he hecho
se ha acusado mi contrito
corazón.

Marta era una solemne embustera, y mentía en esta ocasión con el mayor cinismo del mundo, como lo demostraremos más adelante; pero el autor puso en boca de la protagonista estas declaraciones para conquistar la benevolencia de los censores eclesiásticos y la del público, que, en mayor ó menor grado, participaba ó afectaba participar de estas ideas.

El tercer acto se desarrolla en París, adonde ha ido Jácome Broserio en busca de su hija; y decidido el autor á desatar el nudo de la acción, no sólo por medios sobrenaturales, como la índole de la comedia lo exigía, sino haciendo intervenir á la religión como recurso de efecto seguro en el auditorio, pone la siguiente relación en boca del atribulado padre de Marta:

Ya sabes que es mi costumbre,
como vecina tenemos
de Notre Dame la iglesia,
oir en su abreviado cielo
todos los días dos misas,
aplicando á muchos deudos
que en ella tengo enterrados,
de este sufragio el obsequio.
Hoy, con más alto motivo,
pues es el día en que espero
ver á mi Marta en estado,

considerando no tengo
á mi esposa, que amé tanto,
presente al gozo, al consuelo
de este día, no la quise
dejar sin el más supremo,
que con más crecido logro,
fuese de este el suplimiento.
Hícela decir seis misas,
y la última estando oyendo,
yo y mucha gente notamos
(del susto pasma el aliento,
y cuajándose les voces,
es cada palabra un hielo)
que, estremecida la tierra,
batían golpes alternos
la lápida del sepulcro
donde es nuestro monumento.
Dudó el oído, hasta que,
como quien lejano un eco
forma dilatado y triste,
oímos que con claro acento
pronunciaban dentro de él:
«Marta, de ambas el remedio
pende de ti.» Esto tres veces
se oyó, y de una yo no acierto
á referirlo, pues paran
en desmayos mis esfuerzos.
La gente que lo escuchaba,
en torbellinos inquietos
de fuga y aplauso, como
se tiene con error ciego
por virtuosa, y notó
este tan gran movimiento
empezó á clamar: «Pues Marta
puede aliviar á los muertos,

venerémosla los vivos»;
y á varias partes corriendo,
¡viva Marta!, repetían,
cuando, confuso entre ellos,
sin saber qué hacer, tomé
por asilo pronto y cuerdo
mi casa: mira tú ahora
si con razón me estremezco,
si con motivo me asombro,
pues á cada paso encuentro
más prodigiosa tu vida;
aunque si tú eres el medio
de aliviar á quien te dió
la mitad del sér, ya adquiero
el consuelo de que seas
con penitencias, con ruegos,
con lágrimas, quien la alivie.

Marta, á quien va dirigida esta relación, contesta conmovida por el momento:

Yo, señor, se lo prometo,
y felice yo, si pende
tanto bien de mis deseos.

El enemigo malo consigue con trapacerías y engaños conducirla á un palacio fantástico, donde la dice que vivirá muy feliz; pero ella entonces, comprendiendo toda la maldad que encubren las halagüeñas promesas de Garzón, le desprecia; impetra el auxilio de la Virgen María, se precipita en un abismo y viene á caer en la iglesia de *Notre Dame,* junto al sepulcro de su madre, donde se encuentran Jácome Broserio, el rey de Francia, el obispo, un noble caballero que andaba loco de amores por la muchacha, y otra porción de personas. Allí, Marta hace una especie de confesión solemne de lo que ha pasado, en estos términos:

Padre,
gran señor, atended todos
á la más rara noticia,
al caso más espantoso,
la historia más peregrina,
que en las láminas del tiempo
la antigüedad dejó escrita.
Nací, y hasta nueve años
de mi edad fueron primicias
las santas inclinaciones
que de mi madre aprendía,
cuya virtud admiraba
la ciudad romorantina.
Dime á libros estudiosos,
y de la nigromancía
á los vedados, gustando
de lecciones exquisitas,
curiosidad de mujer,
que es en lo que ellas peligran,
porque desde los cinco años
tan descubierta tenía
mi razón, que ya á los siete
fuí retórica y latina.
Un día, por cierta causa,
bastante para reñirla
mi madre, nos encontramos,
y yo, de impulso movida,
colérica (¡qué locura!)
alcé la mano (¡que indigna
temeridad!) y en su rostro...
Delitos ¡ay! que se pintan
con horror, y al expresarlos,
con sólo apuntar se explican.
Quedó mi madre asombrada
de la acción, tan sorprendida,

que sin darme aquel castigo
que tal hecho requería,
jamás pronunció «el demonio
de ti se aparte». ¡Oh, qué impía
es la madre que maldice
sus hijos cuando se irrita!
¡Y cuántas desgracias causa
la imprudencia permitida
de usar de una voz que aterre,
cuando hay castigo que oprima!
Murió mi madre, después
de aquel caso, á pocos días,
sin hacer de ello mención;
y estando yo recogida
la noche de este accidente,
noté que el brazo me asían:
abrí los ojos y vi
un joven que, de mi misma
edad, y con traje alegre,
me empezaba á hacer caricias;
extrañele, pero luego
con su asistencia continua
he obrado tantos asombros
como la Francia publica,
estando tan ciega yo,
tan ilusa, tan perdida,
que siempre esto lo he callado
porque no creí malicia
en ello, ni al confesarme
tampoco lo refería.
Hoy ya, descubierto ¡ay, cielos!
aquel espíritu, á vista
de todos me arrebató,
y en el aire suspendida
llevarme al abismo quiso;

pero las fuerzas activas
de exorcismos y oraciones
á restituir le obligan
mi persona, desde el aire
precipitada, y caída
en este templo, y aun en él
me asiste, acecha y fatiga.
Y así, sagrado varón,
vuestras piedades me asistan,
vuestro socorro me ampare
para que feliz consiga
en tanta tormenta el puesto,
en tanta pena mi dicha.

Luego, de rodillas ante el sepulcro de su madre, exclama:

Señora, á quien fuí
ingrata y desconocida,
madre de mi corazón,
á quien expresiones finas
pagué con ingratitudes,
á tus pies yace rendida
la víbora que dió muerte
á la propia que la cría.

REY. Tened, ¿no veis una mano
que por la lápida fría
penetra?

TODOS. ¡Ya la notamos.

OBISPO. Prosigue, prosigue, hija;
que ya hay visibles señales
de la clemencia divina.

MARTA. Perdón te pido, señora,
de aquel error, y en vertidas
inundaciones de llanto
mi dolor te lo suplica.

(Sube del sepulcro una llama resplandeciente.)

UNA VOZ. Muchas gracias te doy, Marta,
pues á descansar me envías.

Ya se ve que la madre de Marta, como buena parisiense, era *très polie*, y no se olvida de dar las gracias al subir á la región celeste.

Perdón general. Se casa Marta con el galán que la pretendía, y así acaba

El asombro de la Francia,
Marta la Romorantina.

Es la comedia un ejemplo notable del mal gusto literario de la época, y señala de una manera indiscutible la decadencia de nuestro teatro en el siglo XVIII, teniendo en cuenta que la obra resultó tan del agrado del público, que quedó de repertorio de las compañías dramáticas durante un período de más de cincuenta años. Los ejemplares que se conservan en la Biblioteca Municipal de Madrid nos lo atestiguan por el deterioro que sus hojas presentan; señal inequívoca de que se puso en escena muchas veces, pues habiendo fallecido el autor, D. José de Cañizares, en 1745, consta que en 1796 hizo el papel de Marta la Andrea, acompañándola en la ejecución Pepa Luna, la Montéis, Vicente Camas, Huerta, Robles, Paco Ramos y el famosísimo Garrido, renombrado *gracioso* de aquellos tiempos.

Visto el éxito que indudablemente obtuvo *Marta la Romorantina,* un autor novel quiso aprovechar las buenas disposiciones que el público demostraba en favor del género y del asunto, y escribió una segunda parte, que resulta inferior á la primera, aprovechando los mismos personajes, ó personas, como se decía entonces.

El barón de Heseing, esposo de Marta, recapacita sobre el acto realizado de casarse con una mujer acusada de nigromántica, y se encuentra pesaroso de su matrimonio, determinando requerir de amores á una prima de Marta, llamada Federica, viuda, joven y hermosa, circunstancias apetecibles para cual-

quier cristiano que se hallase en estado de merecer. Lo peor del caso es que Federica, mujer de conciencia poco escrupulosa, dió en corresponder al barón, y como el amor y el dinero no pueden estar ocultos, hubo de percatarse de ello la esposa ofendida, quien deseando tomar la natural venganza, evoca otra vez el espíritu del mal, representado por Garzón, que solícito y amante la favorece con los asombros y tramoyas de antes, causando el espanto del padre, parientes, amigos, coro, pueblo y acompañamiento. Marta no se arrepiente: la persiguen, la encarcelan, la sentencian á muerte. Sube al patíbulo, rueda su cabeza por el suelo á presencia de mucha gente, y de pronto aparece viva y sana con Garzón en un templete de jaspe, oro y flores, con lo que acaba la comedia.

Parecíanos que la versificación de ésta, su lenguaje, su estructura y demás condiciones literarias era no sólo inferior, sino de distinta pluma, á pesar de que el erudito investigador D. Cayetano Alberto de la Barrera afirma que son de Cañizares las dos primeras partes de *Marta la Romorantina;* pero al final de la obra el mismo autor declara que es su primera producción dramática, con lo que viene á confirmar nuestras sospechas. Dice el gracioso, para terminar la obra, dirigiéndose al público:

Y aquí acaba la comedia
primera que hizo á las tablas
la humilde pluma, pidiendo
el perdón á tantas faltas,
en esta *segunda parte*
que hizo osado publicara
(por deseos de serviros)
del *asombro de la Francia*
Marta la Romorantina,
á vuestras augustas plantas.

No parece que tuvo buen éxito la segunda parte de *El asombro de Francia*, porque los ejemplares que se custodian en la Biblioteca Municipal, procedentes del servicio de los tea-

tros de la Cruz y del Príncipe, se hallan en buen estado de conservación y están poco manoseados. Desde luego, la comedia es, en efecto, mala é infinitamente peor que la de Cañizares.

Otro ingenio mediocre, de pocos vuelos, pero de atrevidas pretensiones, D. Domingo María de Ripoll, se aventuró á escribir la tercera parte de *Marta la Romorantina*, sin que la suerte quisiera acompañarle en su empresa.

Comienza la acción al día siguiente de la frustrada decapitación de Marta, quien desea sacar á su padre de la cárcel, donde le ha encerrado el rey por suponerle cómplice de los encantamientos y magia de su hija. La protagonista, con el poder que le presta el genio Garzón, da libertad á todos los presos, y dice á Jácome, que aparece detrás de una reja:

Señor, las cadenas
que oprimen tu anciano cuerpo
y mi corazón contristan,
ya son despojo del suelo,
y en esa reja en que yaces
suspirando y padeciendo,
ven á abrazar á tu hija,
si es que tal dicha merezco.

La reja se separa del muro, y Jácome, asido á ella, se aproxima á su hija; pero, arrepentido, se vuelve atrás, la coloca en su sitio, quedándose dentro, y dice á Marta:

Ni aun oirte quiero;
y pues voluntad del rey
fué aprisionarme, ya vuelvo,
como vasallo leal,
á obedecer sus decretos.

Ya comprenderá el lector que el rey, convencido de la inculpabilidad de Jácome Broserio, pone á su disposición toda

la policía de París para perseguir á Marta, que con astucias y magias logra burlarse de todos.

En esta tercera parte se introduce un mago *con barba larga, melena, vestido de pieles y un cayado en la mano,* maestro en la magia blanca y negra, el cual, noticioso de los asombros que Marta produce, se ofrece gratuitamente á descubrirlos y realizar la prisión de la que con tanto descaro se burla de su padre, del rey y de los ministros de justicia. Se aceptan sus desinteresados servicios, y pónense á prueba las dos magias contrarias, saliendo vencedora Marta, quien, para evitar nuevos disgustos y escándalos, se ausenta de Francia con Garzón, desapareciendo por los aires en un caballo volátil, con lo que acaba la comedia.

Esta fué aprobada por la censura de teatros en 22 de Enero de 1772, y en ella se hace constar que es la tercera parte de *Marta la Romarantina (sic),* y que el autor es el citado D. Domingo María de Ripoll, vecino de Madrid.

Escribió la cuarta parte de *Marta la Romorantina* D. Manuel Hidalgo, con no mejor fortuna que las dos anteriores. Hace el autor que Jácome Broserio, navegando de Francia á Inglaterra con una misión secreta de su rey, sea apresado por unos piratas que le conducen á Constantinopla, adonde acude su hija, movida por el deseo de libertarle, como lo realiza, llevándoselo por los aires después de haber ejecutado varios *asombros* ó transformaciones de comedia de magia. Las peripecias que acontecen á Marta en la corte de Solimán son tan desatinadas, por lo menos, como las que ya conoce el lector, y carecen, no de verosimilitud, porque esto no puede pedirse en una comedia de magia, pero sí de gracia y de ingenio, que es lo único que se exige en esta laya de producciones.

El autor de la que podríamos llamar quinta parte, parece que quiere pasar por alto los sucesos acaecidos después del arrepentimiento de Marta al final de la obra de Cañizares, y hace que la protagonista muera santamente en el Señor, con lo que comienza el argumento. Garzón, el espíritu del mal,

baja apesadumbrado, más apesadumbrado que lo está de continuo, al infierno, y refiere á la Culpa los esfuerzos infructuosos que ha hecho para conquistar el alma de Marta. Al ver la desesperación del diablo, la Culpa concibe un proyecto, que se lo expone en los términos siguientes:

Dispón que desaparezca
de Marta el helado cuerpo,
que yo, tomando su forma,
me levantaré del féretro,
y atribuyendo á un desmayo
la suspensión del aliento,
haré que su nueva vida
sea un escándalo nuevo:
tú, figurando otra vez
el agradable mancebo
Garzón, saldrás á mi lado
reiterando los extremos
de cariño con que á Marta
obsequiaste tanto tiempo;
pues correspondiendo yo
estos fingidos esmeros,
y dándome á toda clase
de gustos y de festejos,
se abrasará el corazón
de su esposo en vivos celos,
el de su padre en venganzas,
en inquietudes el pueblo
y en escándalos el mundo;
y cuando por tanto éxceso
me persiga la justicia,
ó me arrojaré en el fuego,
ó será el mar mi sepulcro,
ó me beberé un veneno,
porque esta fingida muerte

borre aquel cristiano ejemplo
de la verdadera Marta.

El diablo acepta la proposición, y ambos suben á la tierra á realizar el proyecto, disponiendo el autor, para que la acción se haga á lo vivo, que aparezca *una sala enlutada, con un féretro en medio, y en él la Culpa, que representa á Marta, y cuatro hacheros grandes*. El efecto que esto produjera en el espectador debería ser espantoso; gracias que, *con toda la prontitud posible, se convierte la fúnebre estancia en un magnífico salón iluminado; del féretro se hace un vistoso canapé, y sentada en él la Culpa, que representa á Marta, y á los cuatro hacheros sustituyen las cuatro partes del mundo*. La fingida Marta les suelta á su padre y á su esposo un par de groserías; ellos ponen el grito en el cielo, y cuatro ninfas cantan:

Marta y Garzón vivan,
y amor en sus pechos
afectos vincule
y eternice incendios.

Con lo que acaba el acto.

En el segundo, la Marta aparente, dando á su *soi disant* esposo unos poquitos celos con Garzón, intenta convencerle de que también debe dedicarse á la nigromancia; pero no lo consigue, y eso que le endilga una relación de 88 versos, provocando las iras del otro interlocutor que, excitado por tanto cinismo, saca un puñal y la mata á los ojos del público. Vuelve á resucitar y se burla de todos con caprichosas transformaciones, que constituirían sin duda alguna el aliciente principal de la función.

Visto el buen resultado que la exaltación del sentimiento religioso produjo en el éxito de la comedia de Cañizares, acude aquí el autor á este medio, y hace que Jácome Broserio acuda al obispo de Andegavia en demanda de conjuros y exorcismos para ahuyentar al demonio, que es quien, según todos los in-

dicios, arma tan extraños y portentosos asombros. La traza produce el resultado apetecido, y cuando están todos los personajes de la comedia en un fantástico y ameno jardín, transportados á él por arte de encantamiento, la Marta aparente se arroja entre las aguas de un estanque buscando la muerte, y Garzón canta la palinodia, diciendo:

No es Marta la que habéis visto
que desesperadamente
se precipitó á ese estanque;
un espíritu es rebelde
que con su forma ha querido
hacer que se oscureciese
el ejemplo que dejó
Marta con su buena muerte.
Yo que, padre del engaño
y de la discordia, siempre
estoy buscando á los hombres
peligros en que tropiecen,
dispuse estas apariencias;
pero el que todo lo puede
no solamente me manda
que de perseguiros deje,
sino es también que declare
mis inventivas crueles.
Y pues ya está obedecido,
por más que á mi rabia pese,
vuelvo al caos del olvido
á penar eternamente;
y supuesto que los cuerpos
fingidos desaparecen,
el verdadero de Marta
es el que os queda presente.

Húndese Garzón, y la decoración de jardín se transforma en la sala enlutada, con el féretro que apareció en el primer acto.

Corre impresa una comedia titulada *Astucias del enemigo contra la naturaleza, Marta imaginaria;* su autor, José Concha, cómico antiguo y poeta. El diálogo de esta obra es completamente distinto de la anterior; pero conserva las mismas escenas y su distribución, salvo algunas variantes que no alteran en lo sustancial el argumento; indudablemente, una de estas dos comedias se escribió con presencia de la otra.

Consta en la Biblioteca Municipal de Madrid otra segunda parte, titulada *Marta abandonada* y *Carnaval de París,* atribuída por el erudito escritor D. Emilio Cotarelo á D. Ramón de la Cruz. La obra vale bien poca cosa, y se ve que es indudablemente alguno de los primeros ensayos del gran sainetero, donde no pudo dar expansión á su festiva y característica musa. Comienza el acto primero con un monólogo de Garzón, ó sea el demonio, que aparece entre un nubarrón arrojando fuego, y dice, para ponerle al público en antecedentes:

Vapor caliginoso,
del humo del Averno condensado
á quien sér horroroso,
los impulsos ardientes han prestado
del fuego, que el paciente más inflama
con el inútil llanto que derrama;
rasga el horrible seno
y haga tu aborto del honor ensayo;
saldrá después del trueno
no á luz, á sombras, de tu seno el rayo,
que pensando arruinar lo más sublime,
su propia ruina mal contrito gime.

. . . . . .

Ea, Astucia, ya estamos
á vista de la empresa; si en el lance
primero nos quedamos
desairados de Marta en el alcance,

no desmayes; pues más difícil siento
que otra caída, otro arrepentimiento.
.....
Por su padre difunto
lamenta; de su esposo abandonada
en el crítico punto
de celosa se mira, y ultrajada
de todos; ¿qué prudencia habrá que sobre
á una mujer celosa, vana y pobre?

Esta es la base del argumento. Cruz entreteje unas escenas de sabor calderoniano, mezcladas con transformaciones y efectos como los que puso Cañizares en la primera parte, y termina la obra retirándose el demonio á su casa propia del Infierno, por disposición del Todopoderoso, y quedando por lo tanto Marta libre de la persecución de que era objeto por el genio del mal. Entonces ella, para dar una satisfacción á los espectadores y al censor de comedias, dice, dirigiéndose á su esposo el barón de Seing:

Correspondiendo
á cuanto debo y estimo,
Barón, á vuestra fineza,
sólo vuestro patrocinio
y el de todos apetezco
para que juzgue benigno
el parlamento mi causa,
dándome después permiso
para ir á Roma á implorar
el perdón de mis delitos,
y acabar pobre mis dias,
solicitando el alivio
de las enfermas mujeres,
en un hospital antiguo
de los de aquella ciudad.

La comedia está inspirada en el gusto de la de Cañizares, que era indudablemente el del público, y carece, por lo tanto, del humorismo, de la fina sátira, de la gracia zumbona que caracteriza á D. Ramón de la Cruz; sin embargo, se halla versificada con la espontaneidad y frescura que son el distintivo de aquel fecundo sainetero, como se ve por la siguiente seguidilla copiada al acaso:

Quien tuviera fortuna
no la desprecie,
porque fortuna y tiempo
van y no vuelven.
¡Ay, suerte amarga!
Que si me diste dichas,
fueron soñadas.

Otra comedia de este género es *El asombro de Palermo*, también conocida con el título de *Si toda la vida es sueño, en el sueño está la muerte*, y aunque corresponde por el epígrafe á las de *asombros*, tiene gran analogía y semejanza con las de *guapezas*, porque el protagonista, Ludovico, es un carácter díscolo, bravucón, pendenciero, descreído, que nada respeta, que maltrata á su mismo padre, y que sirve, no de asombro, sino de escándalo en Palermo. El demonio, bajo la forma del segundo galán de la comedia, le instiga de continuo para perder su alma, y Ludovico, dócil instrumento de las maquinaciones de Luzbel, se deja conducir por el mal camino, hasta el final del acto tercero en que vuelve sobre sí, se arrepiente de su perversa conducta, pide perdón de sus pecados y muere en gracia de Dios.

Dominado por un sueño profundo, durante el cual pasa de esta vida á la eternidad, se disputan la posesión de su alma el ángel del bien y el del mal, sosteniendo ante el espectador el siguiente curioso diálogo:

ANGEL. Dragón fiero,
triunfar en vano procuras
de quien mi brazo defiende.
DEMONIO. ¿La gracia ampara la culpa?
ANGEL. No hay culpa donde la gracia
asiste.
DEMONIO. Aquí no hay ninguna;
que en gracia no puede estar
quien no confiesa sus culpas.
ANGEL. Con la contrición que ha hecho
la ha alcanzado (1).
DEMONIO. ¡Suerte dura!
¿No duerme?
ANGEL. No, que es efecto
de sus mortales angustias,
y con ellas revalida
su dolor. Atiende, escucha.
LUDOVICO. *(Dormido.)*
Es verdad, yo he dado muerte
á muchos, sin causa alguna.
ANGEL. Lo que publica la voz,
el corazón lo pronuncia.
DEMONIO. Este no siente, y así
no siente lo que articula.
ANGEL. Lo que siente el corazón
dice la voz, ¿pues, quien duda
que cuanto su voz publica
es sentido?
LUDOVICO. Las injurias
que hice á mi padre y al mundo
confieso que han sido muchas.
¡Piedad!

(1) En efecto; momentos antes ha reconocido todos sus pecados en un monólogo de más de cien versos.

DEMONIO. En vano la esperas.
ANGEL. Verásla, pues la procuras.
LUDOVICO. Venga el verdugo y yo muera,
porque mi muerte es ya justa.
DEMONIO. Y justa también tu pena,
porque un alma tan inmunda
no es digna de alcanzar gloria.
ANGEL. Antes la tiene segura,
pues con su llantò la lava
y con su pesar la apura.
LUDOVICO. Excusado es el tormento,
en vano el cordel me anuda,
pues ya mis culpas confieso.
DEMONIO. Ten; no confieses tus culpas,
que así facilitas cuanto
mi sentido dificulta.
ANGEL. Eso sí; á la confesión
tu arrepentimiento acuda,
que á su aldaba se ha de asir
el que la gloria procura.
LUDOVICO. ¡Pequé, mi Dios!
DEMONIO. ¡Pese á mi!
LUDOVICO. No se iguala á las criaturas
tu sentencia, pues aquí,
el que confiesa se indulta.
ANGEL. Dios es misericordioso.
DEMONIO. Justiciero le atributan.
LUDOVICO. ¡Misericordia! ¡Ay de mí!
¡Creo en Dios!
ANGEL. Su gloria es mucha.
LUDOVICO. ¡Todopoderoso!...
DEMONIO. ¡Oh sabia!
LUDOVICO. ¡Misericordia!
DEMONIO. Mi industria
no me ha valido.

LUDOVICO. ¡Jesús!

DEMONIO. Aquesa voz que pronuncias
me ha vencido; ya no puedo
instar en tan fuerte lucha.
(*Ludovico cae muerto: el demonio vase en un vuelo, haciendo estruendo.*)

ANGEL. Huye, pues, horrible monstruo,
á la cavernosa gruta,
donde para siempre el cielo
tu ardiente saña sepulta.

El autor es D. Jerónimo Guedeja y Quiroga, según se declara en los últimos versos de la comedia y en la portada del manuscrito, que se custodia en la Biblioteca Municipal, ya citada. Esta obra fué aprobada por la censura de teatros en Septiembre de 1755.

Con tener escaso mérito literario, es una de las más correctas en su género la comedia titulada *Juana la Rabicortona ó El asombro de Jerez,* que ya se representaba en 1741.

Parece que el apodo de Rabicortona se le pusieron á la protagonista por llevar faldas cortas, relativamente, de las que usaban las mujeres de su clase, pues dice en la primera escena:

Juana, la que en Jerez,
por su traje extraordinario,
llaman la Rabicortona.

Añadiendo poco después, para poner al público en antecedentes, en un diálogo que sostiene con Enrique, su hijo:

Nací, y al punto
mi crianza le encargaron
mis padres á una gitana
que se avecindó en el barrio,
llamada la Conejera,

moza de chiste y de garbo,
y docta en la facultad
de sus mañas y sus tratos:
eran mis padres tan pobres,
que no pudiendo el salario
pagarla de mi crianza,
en su poder me dejaron
hasta los doce años míos,
yéndome ella doctrinando,
y enseñándome oraciones
cuyo sonido era santo
y bueno; pero debían
de tener oculto el pacto,
á que jamás asentí,
luego que me declararon
no ser seguro usar de ellas,
varones justos y sabios.
Es verdad que obré antes de esto
prodigios extraordinarios;
mas luego que lo he sabido
tan del todo, lo he dejado;
que las deseo olvidar,
aunque hasta aquí no lo alcanzo.
Muertos mis padres, casé
(por haberse enamorado
de mí) con un caballero
de los primeros hidalgos
de Jerez, que pretendiente
de un ilustre mayorazgo,
murió acosado de pleitos,
quedándome en ti un traslado
(como yo sé) de un objeto
que amé y serví, para cuando
se gane el pleito, tener
con qué vivir descansados.

El hijo de la Rabicortona, que es maestro de guitarra, vive

enseñando
á damas y caballeros
el nuevo estilo italiano
de cantar y de tañer;

pero le persigue la justicia, porque en Italia, donde había estado anteriormente, dió muerte en desafío á un caballero, que resulta ser hermano de Margarita, una joven que cautivó su corazón dándola lecciones de guitarra. Enrique es correspondido; pero el padre se opone al tener conocimiento de quién es el mozo amante de su hija, á la que quiere casar con un mayorazgo rico, favorecido por la amistad del Corregidor, que, amparado por los autos de la causa que contra el galán se sigue, desea su encarcelamiento. Para evitarlo y burlar la acción de la justicia, Juana echa mano de la ciencia mágica que le enseñó la gitana, y merced á transformaciones, no tan ingeniosas como oportunas, consigue causar el asombro de Jerez, hasta que se averigua que el caballero muerto en Italia por Enrique no era el hermano de Margarita, y que el supuesto hijo de Juana, por coincidencias que suelen ocurrrir al final de las obras dramáticas, lo era del Corregidor, habiéndolo hecho pasar por suyo la Rabicortona, á fin de conseguir aquel mayorazgo que menciona en el acto primero.

Esta obra no tiene relación alguna con la linda comedia de D. Juan Bautista Diamante, *Juanilla la de Jerez ó Industrias de amor logradas.*

«Nunca segundas partes fueron buenas», decía Cervantes, y, por lo que toca á la de *Juana la Rabicortona,* tuvo en decirlo razón sobrada, porque aun dentro del mal gusto del género, es de argumento desatinado y absurdo, como que pone á la protagonista enamorada y correspondida por un amigo y compañero de su hijo, y después de transformaciones é incidentes insulsos, queda al final del tercer acto la obra sin ter-

minar, pues Juana, á quien se sigue persiguiendo como hechicera, huye por los aires con su amante en un carro triunfal tirado por dos cisnes. El título de esta segunda parte es *El asombro de Jerez y Marta de Andalucía, Juana la Rabicortona.*

Salamanca tiene tres *asombros,* ó sea uno dividido en tres partes, por más que la primera es conocida con el título de *A falta de hechiceros lo quieren ser los gallegos,* renunciando á hacer su descripción, que había de diferenciarse poco en mérito literario de los asombros que ya conoce el lector.

Otras muchas comedias hay de magia escritas en el siglo XVIII, sobresaliendo notablemente, dentro del círculo de sus desatinados asuntos, *Pedro Vayalarde, el mágico de Salerno,* por D. Juan Salvo y Vela, con cinco partes, y que se representaba hacia 1740, y *El anillo de Giges*, primera y segunda parte, por D. José de Cañizares, con una tercera, titulada *La piedad vence al destino ó La sortija de Venus*, y una cuartas *Amor y constancia vencen en amor las inconstancias,* ambas producciones de D. Manuel Guerrero, según los manuscritos que se conservan en la Biblioteca Municipal de Madrid, advirtiendo que D. Cayetano Alberto de la Barrera atribuye la tercera parte á un tal Herrero y Barrionuevo. No era, pues, privativo del género la denominación de *asombros;* pero, como ya hemos dicho, éstos forman tipo especial de comedias que es conveniente conocer. Falta todavía formar el catálogo de las comedias de magia de aquella época, examinar el concepto, gusto y espíritu á que obedecían, y determinar la manera como se hacían las transformaciones, dada la insuficiencia de medios que entonces existía en el mecanismo interior del teatro; antecedentes que es preciso tener en cuenta en el estudio de la literatura dramática del siglo XVIII.

CARLOS CAMBRONERO

UN VEREDICTO INJUSTO

(TROENS MAGT)

NOVELA

PRIMERA PARTE

V

Ocúrresenos, en la corriente igual de los días, encontrar de repente un obstáculo que nos obliga á detenernos y á reflexionar. Para Enrique Wangen, aquella quiebra constituía un tal obstáculo. Al volver de Cristianía, en el coche, con la inevitable ruina ante los ojos, estuvo á punto de pronunciar su propia sentencia de muerte. Comprendió que aquella quiebra que causaba la desgracia de tantas personas, era debida á su propia incapacidad y negligencia. Esto era terrible, pero cierto.

«Y todo esto es la consecuencia de mi poco ardor en adquirir nociones prácticas y sólidas, pensaba. Si no me hubiera quedado tan á menudo en casa del cónsul, bebiendo hasta altas horas de la noche, hubiera sabido mejor, al día siguente, tomar las decisiones necesarias.»

Ahora, le parecía que cada minuto de somnolencia y de pereza, en los momentos decisivos en que se necesitaba obrar, había tomado forma y vida, bajo el aspecto de una familia hambrienta y desesperada. «¿Ves bien? ¿ves bien?...» En esos instantes de tranquila buena fe ante sí mismo, veíase obliga-

do á reconocer una cosa que le afectaba más profundamente que todo lo demás. Debía confesárselo: su buen corazón había sido para él más peligroso todavía que el aguardiente. Siempre, en efecto, se había tranquilizado, diciéndose que sus intenciones eran buenas; porque tenía, en realidad, las mejores intenciones del mundo. Confiando en sus arranques generosos, había acumulado los actos más imprevisores, y siempre con una excelente conciencia: la buena intención estaba siempre dispuesta á excusar las más negras mentiras y á rodearlas como de una aureola de verdad.

¿Y ahora?... La realidad no se preocupaba de la buena voluntad. Exigía más.

Mientras que el tren rodaba, representábase á su espíritu una de sus más gratas ideas: el establecimiento de la jornada de trabajo de ocho horas, con el designio de mejorar la condición de los obreros. Esta innovación también había tenido su parte en la ruina. Es que no se trataba solamente en este mundo de tener buenas ideas; necesitábase también que estas ideas no acarreasen la desgracia sobre los mismos á quienes se quería socorrer, como ocurría hoy. Le asaltó una sorda cólera contre sí mismo. Hizo el juramento de no descansar hasta que no hubiese desinteresado á todos aquellos cuyo dinero había derrochado; juró que no volvería á tocar un vaso de aguardiente. Y comprendía perfectamente que no bastaba todo esto. ¿Podría rescatar nunca los sufrimientos de tanta gente, de los que él era la causa?... ¡Y su mujer que le había mostrado tanta confiancia!... Veníanle las tentaciones de echarse mano á la garganta y de tratarse de incapaz y de imposible para nada.

Pero he aquí que iba á su casa después de haber salido de la del cónsul, enterado de la «noticia». Cosa sorprendente, ahora estaba más tranquilo. No bajaba ya la cabeza; marchaba más fácilmente. No se daba cuenta exacta de las razones que así la modificaban. Pero ya no tenía tanto miedo de verse al lado de su mujer y confesarle toda la verdad.

Cuando dió frente á su casa, que estaba situada un poco á

la izquierda de la sombría masa de los edificios de la tejería, no vió luz sino en una sola ventana. Se acordó de la visita del alcalde y del estado de su mujer.

«¡Pobre mujer!, pensó. Tal vez está sola en la casa, sin alma viviente para tranquilizarla un poco...»

Y le invadió un furor sombrío, no ya contra él, sino contra Norby.

«Debe de estar loco de remate. ¿Cuál puede ser su intención en este asunto?»

Y sentía un verdadero alivio al poder volver su cólera contra alguien que no fuese él mismo.

Entró en el comedor, en donde había visto luz; allí estaba su mujer, sentada al lado de una lámpara pequeña. Vió con una mirada que los pequeños estaban acostados, y que le esperaba puesta la mesa. ¡Qué grato calor hacía aquí! ¡qué tranquilo estaba todo! Y, en medio de aquella paz, estaba ella, en pie y anhelante, y le miraba como para gritarle: «Dime pronto: ¿es verdad eso?»

Era una mujer alta y bella, que aún no tenía treinta años. Llevaba un traje gris no ajustado, y su pelo rubio formaba una corona en su cabeza. Tenía las pestañas largas, lo que hacía que parecieran más dulces sus ojos grandes y claros. Pero su rostro estaba en la penumbra de la pantalla, mientras permanecía allí, apoyada en el respaldo de una silla, inmóvil, impaciente, ansiosa.

—Lo sé todo—dijo él en tono breve al dejar la maleta.

Y antes de enderezarse, la oyó caer en la silla deshecha en llanto.

—He creído volverme loca—decía ella sollozando.

Él permanecía en pie mirándola. Ella no le había abrazado; ¿tendría verdaderamente alguna sospecha?

Y su protesta, su dolor ante esta idea, le fueron también un alivio. Porque, en este asunto por lo menos, era bien inocente. Podía defenderse de esto, en buena conciencia.

Puso una mano en el hombro de su mujer, y le dijo:

—Karen, dime, ¿crees todo esto?

Hubo un silencio, un silencio lleno para él de una punzante angustia. Por fin, ella levantó una mano y se la dió. La tomó él. ¡Qué grácil era, y qué ardorosa estaba aquella mano, que parecía, en aquel momento, tenderle toda la confianza de su mujer! Karen pudo en los últimos años censurarle muchas y muchas cosas, exigir implacablemente que le devolviese su dinero. Pero ahora, hé aquí que había ocurrido algo nuevo, de cuyo lado todas las antiguas historias eran despreciables, insignificantes, algo que la hacía agarrarse á su marido con toda su confianza.

Pasó un minuto; después Karen hizo un movimiento hacia la tabla servida, y dijo en voz muy baja:

—¿No vas á comer?

Y ella se levantó con alguna dificultad para ir á coger la tetera de la estufa.

—¿Quieres que encienda la lámpara grande?—añadió dulcemente.

—No, querida mía, no vale la pena.

Se puso á la mesa, más bien para hacer desaparecer el olor de aguardiente que para calmar el hambre. Y he aquí que, mientras comía, vió en la mesa una botella de cerveza, y casi experimentó una verdadera emoción. Ya no tenían bastante dinero para seguir bebiendo cerveza; pero ella había descubierto, sin duda, en el fondo de una caja aquella última botella, y, á pesar de la desgracia que la abrumaba, no se había olvidado de ponerla en la mesa aquella noche, puesto que él iba á venir.

—¿Has comido tú?—preguntó él, viendo que ella no se sentaba.

—Gracias—dijo ella;—pero no creo que pudiese tragar un solo bocado.

—Vamos, Karen, siéntate y come. ¿Crees que Soren no quiere comer hoy?

Esta broma sonó extrañamente en la triste atmósfera moral que los envolvía. Porque Soren era el nombre que habían

dado en secreto al niño que todavía llevaba ella en su seno. Y sin embargo, cuando Wangen hubo pronunciado esas palabras, les pareció á ambos que un invisible hilo de oro se tejía entre los dos, y ella no pudo menos de mirarle con una sonrisa radiante. Aquella sonrisa pareció iluminar la habitación; sintieron los dos menos peso en el corazón, y pudieron empezar á hablar tranquilamente de aquel asunto de Norby.

—¿Comprendes cómo ha podido forjarse una historia semejante?—dijo, sirviéndose una taza de té.

Sintió que los ojos de su mujer estaban fijos en los suyos, y esta vez pudo Wangen alzar la cabeza y encontrar su mirada.

—Preciso será, en fin, que te explique esta historia; ó hay aquí un error, ó...

—¿O qué?—preguntó ella.

Mientras que buscaba algunas razones plausibles para aquella absurda acusación, había al mismo tiempo en él como un temor lejano de que no fuese sencillamente un error. Era su afecto, como si allí arriba, en su conciencia, se encendiese una estrella que le hiciese signos; entreveía estas palabras: interrogatorio, sentencia absolutoria, rehabilitación. Y sentía, aun de una manera oscura, que había allí una salvación, no solamente por lo que se refería á la terrible acusación, sino para todo lo demás también.

—Norby es de esas personas á quienes nunca se llega á conocer bien—dijo al fin.—Es posible que las dos mil coronas de que se trata le hayan hecho perder completamente la cabeza.

Ella alzó los ojos, y sus miradas decían: «¡También aquí dos mil!» Y movió la cabeza con un movimiento casi insensible.

Pero él continuó, con el medio inconsciente de que ella no se parase ahora en ese aspecto material de la cuestión.

—De todos modos, es un perfecto imbécil. Preciso es que se diga que hay un testigo, y que no le es posible zafarse así de la cuestión.

Y á medida que hablaba, podía cada vez más ocuparse de su inocencia en este asunto; cada vez se sentía más tranquilo,

y tanto menos graves y tristes le parecían las circunstancias presentes.

También su mujer le seguía por ese camino. Hasta entonces se había olvidado por completo de interrogarle sobre el resultado de sus gestiones en Cristianía y sobre la suerte del dinero de ella. Un acontecimiento había caído en la casa como el rayo, un acontecimiento tan importante, tan considerable, que relegaba todo lo demás al segundo término.

—¿Y cómo te ha ido en Cristianía?—dijo ella al fin.

Él tuvo entonces la sinceridad de contestarla netamente:

—Mi querida Karen... lo peor es que tu herencia...

No dijo más, porque su voz se velaba. No sentía ya ni temor ni desesperación, y estaba tan seguro ahora de su perdón, que podía permitirse tener tristeza con toda seguridad.

Estaba en lo cierto; su mujer no se alteró; no le pidió cuenta de todas las ficticias esperanzas que él la diera. Inclinó la cabeza, porque aún veía al alcalde delante de ella, y contestó con un suspiro:

—¡Dios mío! Con tal de que seas inocente de esa falsificación, me doy por satisfecha y...

—No digas eso, Karen—replicó él con los ojos húmedos.—Me parece que he asumido una gran responsabilidad para contigo, y que...

—Todo, todo puede acabar por arreglarse—dijo ella, volviéndose hacia la lámpara.—Todo, con tal de que la honra quede á salvo.

La cosa estaba terminada; ya no había que temer aquella confesión. ¿Pero hubiera pensado nunca que las cosas se arreglarían tan bien?

«¿Qué hay pues?», pensaba al levantarse de la mesa.

Parecíale que era como de su deber el sentirse desgraciado, y no podía ya conseguirlo. Era inocente en aquel asunto particular; era lo único quo veía, y este sentimiento de inocencia era como una luz que de repente se hubiese encendido en él, iluminándolo todo, tranquilizándolo todo.

El remordimiento y la desesperación que le habían abrumado en el tren, todo lo que le había atormentado durante largas horas, todo se desvanecía, desaparecía ahora como una bruma indecisa y lejana. Entró en la alcoba en donde dormían los niños, y se sentó en el borde de la cama al lado de las dos niñitas, que dormían juntas. En el tren, habíase sentido indignado de haber tenido hijos; pero ahora sentíase de nuevo feliz y orgulloso de tener hijos.

—¿Cuánto tiempo crees que podremos estar todavía?—le preguntó Karen.—¿Piensas que tendremos que mudarnos antes de que dé á luz?

La voz tenía un tono de resignación desacostumbrado.

—No—contestó;—no se trata de eso.

Dieron una vuelta por la habitación, él con la lámpara en la mano. Sentíanse impulsados como por un sentimiento común de que todo aquello les sería pronto arrebatado, y se quedarían solos, sin fuego ni hogar, con las manos vacías. Parábanse ante un espejo, un tapiz, un cuadro, y él, con su brazo libre, la rodeaba el talle como para sostenerla.

—¿Sabes?—dijo ella suspirando un poco,—en cuanto dé á luz, trataré de arreglármelas sin criada.

—No, eso no sería razonable.

—Pero, Enrique, ¿sabes bien lo que nos quedará para vivir?

Él recordó una promesa que se había hecho en el tren. Había decidido emprender cualquiera cosa, con tal de que ella pudiese al menos vivir sin cuidados, ella, á quien lo debía todo. Pero no habló de la resolución que había tomado. El sentimiento de su inocencia le daba un orgullo involuntario, y se aventuró á decir:

—Hay que esperar, que todavía es posible un arreglo con los acreedores.

La estrechó más el talle como para llevarla con él á aquella quimérica esperanza. Y ella se apoyaba en él, inclinaba su rubia cabeza sobre el hombro de su marido, porque ahora es-

taba bien segura de que era inocente de aquel delito, á cuyo lado todo lo demás perdía su importancia, se reducía á las proporciones mínimas de las cosas de las que es fácil triunfar.

La criada había salido. Estaban solos en la casa, y el silencio hacía que hablase bajo. Ella se sintió cansada de estar de pie y se sentó en un sofá. Él se sentó á su lado, después de poner la lámpara en una mesa, junto á ella.

—Permanecieron en silencio, mirando hacia el piano. La lámpara proyectaba sobre ellos un débil resplandor, mientras que en rededor los muebles de la habitación estaban sumidos en la oscuridad.

—Papá vino cuando el alcalde estaba aquí—dijo al fin ella.

—¿Cuál es su impresión?

—Opina que en el pueblo le creerán culpable. Y Norby es un hombre poderoso. Papá volverá mañana, porque le prometiste, ¿verdad?, traerle de la ciudad las últimas diez mil coronas que te procuró.

Wangen bajó la cabeza. Vió á su suegro con sus cabellos blancos y sus ojos penetrantes de enrojecidos párpados. ¿Qué diría mañana el anciano, ahora que todo estaba perdido?

—Y también ha venido la viuda, ya sabes, la de Thorstad. Le prometiste devolverle la mitad de su dinero á su regreso de Cristianía.

Pero Wargen no cesaba de mirar hacia las sombras que bañaban el piano. Temía que ella le preguntase:

—«¿Tienes dinero?»

Ella añadió:

—Pero lo peor es lo que ocurre á los obreros; están ahí privados de todo, y nadie quiere abrirles crédito. ¡En pleno invierno!

Tal vez vendrían ellos también mañana, impacientes por saber lo que era de todo lo que se les había prometido.

Wangen, en la penumbre, los veía á todos: al viejo de ojos penetrantes con enrojecidos párpados; á la viuda, cuya fortuna había él perdido, á los obreros; todos, todos vendrían mañana á pedirle cuentas.

Un estremecimiento le corrió á lo largo de la espalda. Las acusaciones que él mismo se había formulado en el tren, reaparecían ahora, caían sobre él como una densa sombra, mientras que la claridad de su inocencia, la certidumbre de no haber cometido la falsificación de que le acusaban, parecía perder toda virtud, debilitarse como una linterna que se apaga. Y he aquí que iba á permanecer solo en la oscuridad, en donde le abrumaría la desesperación de sus terribles responsabilidades, en donde las numerosas manos de su remordimiento le atenazarían para siempre, sin piedad, presa de todos los tormentos del infierno.

De repente se levantó:

—Vamos—dijo;—hace frío aquí.

En el comedor puso la lámpara en la mesa, y se quedó un instante mirando la llama.

—Pensándolo bien—dijo al fin,—me es posible comprender por qué ha hecho Norby eso.

—¿Cómo?—dijo ella muy interesada.

Él permaneció de pie sin moverse, en la misma actitud.

—Sí, ese hombre es á la vez ambicioso y rencoroso. No fué reelegido presidente del consejo municipal en las últimas elecciones, y cree sin duda que fué culpa mía.

—¡Dios mío!—suspiró ella.

Wangen trataba de representarse mentalmente á Norby y su antiguo rencor; veíale allá abajo, en su finca, como un feo gusano, hasta tal punto deseoso de vengarse, que casi deliraba de deseo.

Pero esta imagen parcial reforzó en Wangen la sensación de su inocencia: era ahora para él como un hilo, al que estaba suspendido y que no debía romper.

Oyó que su mujer le daba las buenas noches; pero no se movió todavía. Cuando por fin entró en la alcoba, ella estaba ante el espejo, medio desnuda, haciéndose para la noche una larga trenza con el pelo.

—¿Sabes?—dijo él en voz baja, como si hubiese puestos los

ojos en algún punto de salvación,—ahora comprendo por qué Norby hizo fracasar el proyecto de construir la iglesia de piedra. La tejería no había de tener ese beneficio; Norby quería proporcionar la madera..

Empezó á andar por la habitación; al poco rato se paró.

—Y comprendo también ahora por qué me dejaron tantos clientes en estos últimos tiempos. Era preciso que la tejería desapareciese para dejar el puesto á los grandes propietarios de los bosques.

—¿Lo crees así?

Ella se apartó del espejo y miró á su marido, á la vez asustada de la maldad de las gentes y alegre de que la quiebra de la fábrica no fuese debida á la incapacidad de su marido.

Afuera el viento empezaba á gemir en las grandes chimeneas de la fábrica. Una puerta del granero golpeaba, golpeaba tanto, que la casa retemblaba.

—Perdona—dijo ella.—Esa puerta no ha cesado de hacer ruido desde que se marchó la criada. Pero yo no me he atrevida á ir á la escalera. ¿Quieres ir tú?

Fué; y cuando volvió, dijo:

—Hay además lo de la jornada de ocho horas, que ha asustado á todos los burgueses del país. Sí, empiezo á comprender...

Y cada vez que daba con una nueva probabilidad de que hubiese una maquinación tramada contra él, descargaba sus hombros de un nuevo peso. Así seguía pensando, con el temor confuso de no encontrar bastante.

Karen, en pie junto á la cama, en camisa de dormir, daba cuerda á su reloj; Wangen fué á ella y puso su brazo en la espalda de su mujer:

—Y ahora, Karen—dijo con emoción,—me es fácil comprender por qué se empieza á perder la confianza en mí, en Cristianía, y por qué es tan poco probable un arreglo. Se encargan de impedirlo, haciendo sonar el rumor de un delito que no he cometido.

—¡Pobre Enrique!

Puso ella el reloj en su sitio, se volvió hacia su marido, y rodeándole el cuello con los brazos, añadió:

—¿No he dudado yo también, Enrique? ¿Puedes perdonármelo?

Él se conmovió, la atrajo hacia sí, y sintió, á traves de la tela, el calor del cuerpo. Y permanecieron así, en silencio. Veíanse perseguidos por la misma injusticia, sentíanse reunidos en una misma inocencia, experimentaban la misma necesidad de estar juntos continuamente.

Y ahora pensaba él en la herencia de su mujer, dilapidada, y era como si no tuviese él la culpa; la culpa era de los que no querían la tejería. Pensaba en su anciano suegro, arruinado, y ya no tenía miedo de verle al día siguiente. La viuda y las familias de los obreros pasaban también ante su espíritu, pero ya no eran acusadores. Compadecíalos, compartía su cólera; pero esta cólera recaía en otros.

—¿No te acuestas?—preguntó ella.

—Espera un instante.

No se movía.

—Empiezo á tener frío, Enrique.

El temía soltarla, como si ella fuese la que había tranquilizado su conciencia, la que le salvaba, le libraba ahora de una espantosa desesperación.

—Creo que me voy á dar una vuelta pequeña—dijo él al fin:—no podría dormir ahora.

—No estés mucho tiempo fuera; ya sabes que me quedo sola aquí.

—Puedes estar tranquila.

Pero ella se quedó inquieta. Siempre se trataba de dar una vueltecita, y siempre terminaba el paseo en casa de cónsul, de donde volvía tarde y con las piernas poco sólidas.

Wangen marchaba con las manos hundidas en los bolsillos de su gabán. El piso, endurecido por la nieve, crujía bajo sus pies; un vasto cielo, resplandeciente de estrellas, desplegaba

su bóveda por encima de las colinas nevadas y de los montes sombríos.

«¡Alabado sea Dios!, se dijo Wangen; es probable que la jornada de ocho horas no haya contribuído en nada á la quiebra.»

Y sin que se diese bien cuenta de ello, le parecía que volvía á encontrar un ideal perdido; de suerte que le quedaba la fe en una idea de porvenir grato y luminoso. De aquí, sus pensamientos pasaron, naturalmente, á Norby y á los otros burgueses acaudalados, acurrucados sobre sus sacos de dinero como incubadoras, desconfiando de toda innovación, venenosamente predispuestos contra el menor ensayo aventurado para mejorar la suerte de las clases inferiores.

«Han ahogado mi tentativa esta vez, pensaba, pero aún no han terminado.»

Anduvo, hasta que llegó ante la casa del cónsul. Había luz en el cuartucho. Un genio bueno le cogió por las solapas y le murmuró: «Acuérdate de la promesa que le has hecho en el tren.» Pero hay momentos en que no hacemos caso de nada. Wangen necesitaba alguien á quien hablar, á quien decir todo lo que tenía aún sobre el corazón; además, se juraba no permanecer más que un cuarto de hora.

—¡Ah!... ¡Cómo! ¿Todavía no te han detenido?—exclamó el cónsul.

Estaba con bata y removía un grog.

Sentáronse, con la botella entre los dos, para examinar detenidamente todo el asunto. Wangen, al hablar, se puso á hacer nuevas hipótesis; sospechó de un número más ó menos considerable de personas como metidas en la conjura; las trataba sin contemplaciones. El cónsul le excitaba con observaciones venenosas, y no perdía sílaba; pensaba en repetir al día siguiente cuanto hubiera oído. Entre ellos, la botella se vaciaba poco á poco. Y cuando Wangen, algo después de media noche, volvió á su casa, vacilaba un poco más de lo que hubiera sido preciso.

«¡Ese pobre cónsul!, pensaba, entre el miedo que le daba la idea de entrar en su casa. La vida no le ha tratado bien. Necesita un poco de simpatía y de conmiseración.»

Cuando entró ruidosamente en la alcoba, su mujer se despertó con un grito de susto.

Al día siguiente tenía un poco de dolor de cabeza; sentíase avergonzado delante de su mujer, y empezó á temer de nuevo la visita de los que iban á venir.

Pero aferrándose al asunto Norby, á la falsa acusación lanzada contra él, no tardó en recobrar la confianza en sí mismo.

A medio día tuvo que hacer un encargo en la estación, pero ya no tenía miedo de mostrarse. Empezaba á entrever vagamente el proyecto de una conferencia que daría á sus obreros para explicarles las verdaderas causas de su común ruina.

Cuando volvió á su casa, el sol brillaba sobre los campos blancos de nieve, deslumbrando los ojos. Los edificios de la fábrica, muertos, estaban allí, con sus altas chimeneas, y parecían gritar hacia el cielo. Pero no era contra Wangen. Cuando volvió de Cristianía, el día anterior, se dijo que su casa era demasiado elegante, los edificios de la fábrica demasiado vastos y costosos. Ahora lo veía todo con otros ojos. Sabía bien que construyó aquel establecimiento con una sincera creencia en el porvenir de aquella industria en la comarca; y tanto sobre la fábrica como sobre la casa, parecía flotar una bandera de inocencia.

VI

Pasaban los días, y Norby seguía sin retirar la denuncia. Ya en un periódico había aparecido un suelto respecto al asunto; y cuanto más crecía y se extendía la historia, tanto más abrumador encontraba Norby el pensamiento de deshacer aquel enredo.

Cuanto más lo aplazaba, tanta mayor importancia adqui-

ría la cosa y tanto menos se sentía capaz de aceptar todas las consecuencias y bajar la cabeza.

Hubiera sido el ir voluntariamente á deshonrarse á sí mismo. ¿Necesitábase también esto, á guisa de premio, por haber acudido un día en ayuda de Wangen por pura bondad de alma?

¿Sus enemigos? ¡Ah! Tendrían para reir, á costa de él, toda la vida. ¿Y el pueblo? Cascadas de risas caerían sobre él, y siempre se sentiría como puesto en la picota para la diversión de todos.

¡El pueblo! Le parecía á Norby una cosa infinitamente grande, que no tenía ojos sino para lo que él hacía. Era su pueblo; lo veía, sobre todo, cuando estaba acostado con los ojos cerrados. En toda su extensión eran los mismos bosques, las mismas fincas, las mismas colinas, los mismos ríos. Pero en cuanto á las personas, las había de dos especies: las que le alababan y las que hablaban mal de él. No había otras en el pueblo. Tenía á las primeras por honradas; á las segundas, por enemigas, y sabía recordarlo en las ocasiones. ¿Y ahora? Todo el mundo no hacía más que hablar de aquel asunto; no lo ignoraba él. Las cabezas se asomaban por las puertas; unas voces gritaban de un extremo á otro de los patios:

—¿Conoces la historia?

Norby veía gentes trepando por los senderos, volando sobre patines, á través del espacio, escribiendo cartas, enviadas, por montes y por valles, á todo el país. Y siempre era la misma frase:

—¿Conoces la historia?

Pero he aquí que empezó á venir gente á ver al viejo para hablarle del escándalo. ¿Qué debía decir? Preciso era responder algo. En los primeros días trataba de sustraerse á las preguntas; pero en seguida temía descubrirse de esta manera.

«Soy un imbécil, pensaba; las cosas no se pondrán peor de lo que están porque yo hable hasta el momento de encontrar algo que me saque de este asunto.»

Y llegó el día en que dijo la cosa con toda claridad, tanto por impaciencia como para que le dejasen en paz. Pero cuando se iba el visitante, el viejo se asomaba á la ventana y le miraba alejarse con miradas parecidas á las que dirigió al hombre de los patines el primer día. Aquel visitante iba á contar la historia á otras personas; Norby había pronunciado palabras que no podría nunca recoger.

Ahora comprendía que le estaba cerrado el camino de la alcaldía. Había que dejar correr las cosas.

En adelante, cada vez que repetía la amarga mentira, la veía tomar cuerpo y alejarse, para irse multiplicando, paseándose por el lugar, creciendo de día en día como un espectro que algún día se volvería contra él. Y, sin embargo, preciso era que ayudase á crecer al espectro; no había que vacilar, no había que mostrar miedo; había que obrar como el domador que no se atreve á volver la espalda á la fiera. Era lo único que había que hacer ahora.

Durante los sombríos días de invierno, rasgados de nieve, el viejo iba de un lado á otro del patio, desaparecía por la puerta de alguna dependencia y salía por otra, sermoneando un poco á las gentes á derecha é izquierda, y creyendo que hacía algo útil, cuando en realidad no hacía tal cosa. Cuando sabía que no le observaba nadie, solía permanecer en pie largo rato, contemplándose fijamente las botas. Después meneaba la cabeza.

—Si siquiera no hubiera estado allí aquel Herlupen...

Pero Herlupen estaba siempre allí, como un gnomo cuya cabeza tocase en el cielo. Y como siempre, cada vez que Norby estaba en desgracia, el gnomo, irritante y burlón, le gritaba por encima del valle:

—¿Cómo va, Norby? Mal, ¿eh?...

—¡Pobre papá!—dijo un día Ingeborg á su madre en la cocina.—Empieza á tener tan mala cara, á estar tan pálido. Es imposible que se encuentre bien.

—Sí—contestó la madre.—Sin duda lo que le hace daño es

el asunto ése. No es nada agradable, lo sé; pero, en fin, no es culpa nuestra; Wangen puede echársela á sí mismo de lo que le ocurra.

Ingeborg redobló los cuidados con que rodeaba á su padre, porque le parecía observar que declinaba. ¡Y cómo la conmovió ver lo que le apenaba aquel asunto! ¡Ah! Ahora podrán ver las gentes lo bueno que era su padre. Siempre había sabido ella que era el mejor hombre del mundo.

¿Pero cómo pensar el espanto de la pobre muchacha el día en que la contaron que Wangen había dicho: «No seré yo el que vaya á la cárcel, sino Norby»?

Hasta entonces había sentido por Wangen cierta piedad, por ser culpable; desde aquel momento fué á sus ojos un hombre atroz. ¿Y si lograba perder á su padre? No se atrevía á hablar de sus temores á su madre; y, como no tenía nadie á quien confiarse, su angustia crecía; creció tanto, que acabo por no poder dormir. Entonces pidió á Dios que la consolara; todas las noches rezaba largas y fervientes oraciones. Sabía que, para que su oración fuese oída, tenía ella que hacerse digna de ser atendida. Y, en efecto, á medida que lograba vencer en sí los instintos inferiores, parecíala también notar que sus oraciones obtenían respuestas más consoladoras y más eficaces.

Pero poco á poco, llegó á imaginarse á su padre rodeado de santas potencias que le protegían. ¡Qué feliz se sentía ella! Ahora, Wangen era inofensivo. Que intentase lo que quisiera, no ocurriría nada.

El período de tensión entre Norby y su mujer había terminado. Pero nunca había sido más imposible que ahora explicar la verdad á Marit.

Algunos días después, el viejo, en el trineo grande, llevaba á Laura á la estación. Volvía á la ciudad para ir á su colegio. Era un día claro y helado; cielo puro, campos deslumbrantes de nieve. Los patines del trineo rugían sobre la nieve endurecida. El viejo, metido en sus pieles, dirigía de cuando en cuando una mirada de soslayo á su hija. Nunca la había visto tan

bella como hoy. Y cuando, hablando y riendo, le miraba ella con sus ojos vivos y azules, sentía él la vergüenza de no merecer ya la confianza de aquella niña.

—Deberás escribirnos más á menudo que antes—dijo él sin volver la cabeza, como si hubiera hablado con su caballo.—Quisiéramos saber si haces algunos progresos.

En la estación, en el momento de la despedida, mientras que el tren se preparaba para marchar, tuvo deseos de besarla en la frente. Pero Norby no acostumbraba á prodigar las caricias, y se contentó con deslizar en la mano de su hija un billete de Banco suplementario.

—Cómprate algo con esto—dijo.

He aquí lo que reemplazaba al beso. Cuando se sentó de nuevo en el trineo para volverse, se sintió como completamente solo en el mundo. ¿Quién podría saber los males que le esperaban ahora en su casa?

Cuando llegó, Marit salió á su encuentro:

—También te has olvidado hoy de esta declaración—dijo ella.

Aludía á una declaración escrita para el comerciante, en quien depositó Waugen el documento de garantía.

—¿Corre tanta prisa?—murmuró el viejo, saliendo de sus pieles.

—Hace ocho días que está aquí. Ayer han telefoneado preguntando lo que era de ella.

Norby entró lentamente en su despacho. La declaración estaba preparada sobre la mesa. Había hablado ya á toda clase de persona de la falsificación cometida por Waugen, pero le parecía que el hecho de firmar aquel papel con su nombre era mucho más penoso. Marit le había seguido. Se quedó en la puerta esperando.

—¿Hay que hacerlo en seguida?

El viejo la miró mientras que su mano temblaba buscando el estuche de las gafas.

—Tengo que ir al correo, voy á llevar el pliego con las otras cartas.

Marit experimentaba la necesidad de ser en aquel asunto la fuerza activa; porque temía que su marido, á espaldas de ella, se dejase llevar á deshacer lo que ella había hecho.

Norby mojó la pluma en la tinta, pero se quedó mirando el retrato de Johan Sverdrup.

—Es un asunto feo éste—dijo, como si se dirigiera al retrato.

Marit se encogió de hombros.

—Preciso es cuidar de uno mismo y de lo que á uno le pertenece. Si no, ¿para qué son las leyes y los tribunales?

—Cierto, cierto—dijo el viejo suspirando.

De nuevo vió el espectro, que seguía creciendo para caer sobre él el día en que le volviera la cabeza.

Y lentamente firmó: «Kunt O. Norby.»

Pero cuando su mujer salió de la casa, siguió con la imaginación aquel documento que se ponía en marcha y que ya no podía recoger. Ya estaba hecho. Había puesto su firma al pie de una declaración falsa. En adelante, el nombre Kunt O. Norby no tendría ya el buen aroma que tenía antes.

«Vamos á hacer algo—pensó.—Tal vez me pondré de mejor humor.»

Pero en el fondo se sentía cansado; no había dormido bien la noche última; se tumbó en el sofá y cerró los ojos un instante.

Tenía como la sensación de que nunca tendría ya el valor de levantarse.

Lo que le inquietaba sobre todo, era que siempre tenía ante los ojos á Wangen. Desde el momento en que, para no ir á ver al alcalde, recurrió al artificio de representarse á Vangen bajo un aspecto desfavorable, la imagen de aquel hombre estaba grabada en su conciencia como con un hierro rojo. Empezaba á encontrarla en todas partes, á verla en todos aquellos con quienes hablaba.

Y ahora, he aquí que lo vuelve á ver... se levanta, sale, hace ensillar su caballo y se marcha al bosque. A lo lejos, en-

tre las pendientes del bosque, oye el ruido de la madera que se descarga, y llega pronto. Las maderas están allí, en grandes pilas, á lo largo del camino, y allá arriba, en la colina de pendiente rápida, aparece una carretera. Pero ¿qué ocurre? El caballo se dobla sobre las patas traseras y deja caer todo; el caballo, el trineo, todo desaparece en una humareda de nieve.

El viejo se encoleriza. Pero la carreta llega al camino y el caballo aparece en pie completamente ileso, y he aquí que, con gran estuperfacción de Norby, el hombre sentado sobre la madera es Wangen.

Norby se acerca con su látigo. No encuentra una palabra que decir. Y Wangen habla al empezar á descargar la madera.

—¡Ah! ¿Querías acusarme de falsificador, Norby? Y tus papeles, ¿están en orden?

Norby levanta el látigo y quiere arrojarse sobre él...

Pero he aquí que luego aparece otra carreta, y otra después, y á todas ellas les ocurre lo que á la primera, y en todas aparece Wangen, que sigue hablando:

—¡Oh, Norby! ¿tienes la conciencia tranquila? Sin duda murió el testigo, pero espera un poco.

El viejo da un grito, se levanta sobresaltado del sofá; se frota los ojos... ¡Alabado sea Dios!...

—Decididamente tengo que hacer algo.

Se viste, sale. Hoy es demasiado tarde para ir á ver los leñadores. Va á dar una vuelta al establo de los puercos. Pero á los doce animales gordos y lustrosos que hasta ahora constituían su orgullo, los encuentra desmedrados.

«Todo empieza á ponerse mal—pensó.—Y por añadidura, esa maldita historia. Esto es lo que recibo por haber consentido por pura bondad...»

Suspiró y quiso marcharse. Pero un cerdo pasó el hocico por entre los barrotes; quería que le rascasen. El viejo extendió la mano, pero, bruscamente, retrocedió un paso.

—¿No tiene también este cerdo cierto parecido con...?

Se estremeció y se apresuró á salir. Por una especie de curiosidad, quiso también atravesar los otros establos. Las vacas empezaron á mugir. Norby, medio intrigado, medio espantado, mira atentamente cada una de las cabezas que se tendían hacia él, la primera, la segunda, la tercera...

—¿Pero qué es esto?

Salió á escape; he aquí que empezaba á ver hasta en los animales el maldito rostro que le perseguía. Cerró violentamente la puerta del establo; al mismo tiempo oyó mugir á algunas vacas, y esto le contrarió más.

«Soy un imbécil—se dijo.—¡Qué tonterías!»

Quiso volver al establo, pero no se atrevió.

Le pareció que los campesinos no tenían ya para él el mismo respeto que antes; así se encolerizaba con ellos más á menudo que de costumbre. Cuando guiaba le parecía que los caballos no se entregaban como antes; diríase que habían concebido alguna sospecha. Y se servía de su látigo más que antes.

En cambio, el furor del pueblo contra Wangen constituía una aureola para Norby. Por uno que tomase el partido de Wangen, veinte se declaraban á favor de Norby. Cuando el viejo pasaba en su trineo de un asiento, envuelto en sus pieles, las gentes le saludaban con más respeto que nunca, y los que no le saludaban antes, le saludaban ahora... Ocurría que el viejo se iluminaba con una sonrisa interior y muda:

«Las bestias me desprecian, pero los hombres se me quitan el sombrero. ¿Y si será que se burlan de mí?—se dijo un día.—Si no fuera más que por burla por lo que le demuestran tanto respeto...»

No podía soportar esta duda; era preciso salir de ella.

Un día, en el presbiterio, se tuvo la sorpresa de ver detenerse ante la puerta el trineo de Norby, y al mismo Norby entrar ruidosamente con sus gruesas botas. Estaba muy animado; sentado, con el cuerpo echado hacia adelante, se frotaba las rodillas y contaba que había decidido con su mujer

asar, el sábado, un cochinillo entero, al estilo de Inglaterra. Si alguien fuese á verles ese día, pudiera ser que le diesen un hueso para roer.

Como lo había deseado, el pastor y su mujer se echaron á reir. ¡Tenía siempre un modo tan original de invitar á las gentes! Y el viejo se dijo:

«Puesto que se ríen de tan buena gana, es seguro de que no sospechan de mí.»

Los dos le agradecieron la invitación y la aceptaron, con gran satisfacción de Norby. Fué después á casa del doctor, y y obtuvo el mismo buen resultado. Fué también á ver al alcalde, al escribano, al juez, y cuando, por fin, tomó el camino de su casa, sonreía gratamente en su trineo.

Como de costumbre, fué una gran comida la de Norby. Lo que sobre todo halagaba al viejo, era poder sacar su vajilla de plata y dar á saborear su vino, vino y vajilla que ninguna de las autoridades podía ostentar. La comida y el buen vino pusieron á todo el mundo de buen humor. No se habló del gran asunto. Pero, mientras que Norby estaba allí, en el extremo de la mesa, bebiendo unas veces á la salud de uno de sus invitados, otras á la salud de todos, en su mirada y en su sonrisa leía lo que quería ver:

«Tu eres un amigo alegre y un excelente hombre.»

Cuando se dispersaron por los dos vastos salones para tomar el café, el juez se acercó á Norby y le llevó un poco aparte. El alcalde le contó que había llegado al juzgado el documento de garantía. Él lo había visto, y había que confesar que el nombre de Norby estaba perfectamente imitado. Pero, en cuanto al de Haarstad, la imitación era demasiado cándida á la verdad. Cierto que Haarstad no era un calígrafo, pero su letra no era tan ilegible y tan mala como aquélla; él, el alcalde, podía testimoniarlo.

«¡Qué bestia!, pensó Norby, mientras bebía su copita de licor. No sabe que las personas como Haarstad escriben su nombre de doce maneras distintas. ¡Valiente genio era el alcalde!»

Pero en alta voz, preguntó:

—¿Has hablado con Wangen?

El alcalde se echó á reir.

—Ya lo creo. Afirma que el documento se firmó en el Gran Café.

«No es cierto, se dijo Norby; fué en el hotel de Carl-Johan.»

El alcalde vació su copa, y añadió:

—Lo malo para él es que el testigo ha muerto y que nadie más le vió firmar. Además, son muchas las personas que están recibiendo ahora, del almacén que fundó, cuentas que están pagadas hace mucho tiempo; esto produce también una mala impresión. No es un hombre cuya firma valga lo que el oro en barras.

Cuando, pasada media noche, se hizo oir, á la salida del patio, la última campanilla del último trineo, Norby se puso á pasear por las habitaciones vacías, frotándose las manos. Ahora sabía con certeza que las gentes le tenían siempre por el Knut Norby de antes, y le respetaban.

«¿En el gran café?... Pero es una mentira evidente. Yo no firmé el papel en ese sitio. ¡Qué mentiroso tan descarado es ese Wangen!»

Experimentaba como un consuelo el pensar que una fracción, por lo menos, de aquella historia no era cierta. Nadie en el mundo podría probarle que hubiese firmado nada en el Gran Café.

«Ganarás todos los procesos, se dijo. Puedes estar tranquilo...»

Y luego añadió:

«¿Pero tienes verdaderamente la intención de ganarlos, Norby?»

Dejóse caer en un sofá junto á una mesita, en la que había una botella de licor.

Cuando Marit fué á buscarle para que subiese á acostarse, le encontró, con gran estupefacción de ella, completamente borracho, y no fué posible hacerle mover de allí.

VII

Hay, á orillas del lago, una casita de un piso, oculta casi por los grandes árboles que se elevan en el jardín. Allí vive la señora Thora Skard, la viuda del inspector de bosques. Desde la muerte de su marido, ha dejado de frecuentar los salones de las personas á las que acostumbraba á ver, y, desde entonces vive, apaciblemente, al amparo de sus flores, en las lindas habitaciones de su casa. De vez en cuando se la encuentra yendo á visitar á algún enfermo pobre, con un libro y con un cesto. Aunque tiene más de cuarenta años, se ha conservado joven; así fué ella la primera que puso en el lugar las bases de la Asociación de la juventud.

Da lecciones gratuitas de costura y de tejido á las campesinas que lo solicitan. Tiene un niño, Guzmán.

Y como gusta sinceramente de todo lo que es racional, ha obtenido que su casa fuese registrada de nuevo con el nombre de Liderande; desde entonces, le agrada que la llamen Thora de Liderande.

Cuando se enteró de la historia de Wangen, penso: «¡Pobre hombre! ¡Pobres niños!»

Conocía mucho á la señora de Wangen, y la impresionó tanto aquel asunto, que no cesaba de pensar en él. Aunque su pensión fuese modesta, y aun cuando procuraba además ahorrar un poco para su Gunnar, su buen corazón le decía:

«Es preciso ayudarles: tres niños; los padres sin recurso alguno, y, por añadidura, el débito que pesa sobre ellos. No es posible abandonarlos.»

Las opiniones estaban muy divididas por lo que se refería á la culpabilidad ó á la inocencia de Wangen.

Thora conocía bastante á los hombres para saber que la mayor parte creía á Wangen culpable, porque ya le veían caído. Sintió deseos de formarse por sí misma una opinión en el

asunto sin ser influído, y se puso á reflexionar fundándose en el conocimiento que tenía de Norby y de Wangen. Preciso era que uno de los dos fuese el culpable.

Ahora bien; el carácter de Norby se adaptaba á sus buenos sentimientos, que preexistían en el corazón de la señora Thora de Lidarende.

Siempre le había parecido que había en Norby algo particularmente racional. Aquel hombre robusto y fuerte, que desde su finca reinaba sobre los campesinos que poblaban el dominio, era como un retoño directo de los antiguos reyes del país. Sabía también que en los graneros de Norby había toda una colección de antiguos arneses, de jarros de cerveza, de trineos, de antiguos utensilios en madera esculpida, y proyectaba construir con todo ello un museo municipal. Sin que pudiera evitarlo, estos diversos sentimientos entraron también en el peso para hacer que la balanza se inclinase á favor de Norby.

¿Y Wangen? Era el hijo de aquel recaudador conocido por su odio al campesino, y á quien la distinción de sus modales no impidió que se hiciera reo de malversación de caudales. Cada vez que Thora pensaba en el hijo, lo que sobre todo veía en él, era la tacha paterna.

Ahora, ¿podía existir la menor duda en una cuestión entre Norby y Wangen? ¡Harto fácil era elegir entre ellos!

Así fué como Thora se formó una opinión sobre el asunto; una vez formada, se creyó segura de ella, sin examinar de qué manera se había formado su convicción.

Sin embargo, no se puso á detestar ó despreciar á Wangen, á causa del débito que le atribuía. Al contrario; puesto que había pecado, tenía necesidad de ayuda.

«No puedo sustraerme á este deber,» se repetía todos los días.

Y no estuvo tranquila hasta que decidió que iría á buscar á uno de los niños de Wangen, para llevárselo á su casa.

Pensaba también dar un buen ejemplo al pueblo, enseñándole á no juzgar muy severamente al que había sucumbido á

la tentación. Y por la tarde, al dirigirse á lo largo del fuerte, á través de una tempestad de nieve, hacia la casa de Wangen, para poner su proyecto en ejecución, sentía su corazón alegre, á pesar del viento y del frío, puesto que hasta estas mismas circunstancias le daban ocasión para hacer el bien.

Cuando llegó á casa de Wangen, supo, por la criada, que la señora estaba todavía en cama á causa del parto. Pero, como era ya el día quinto, le dejaron, sin embargo, entrar á ver á la doliente.

Cuando Thora vió á aquella desgraciada mujer, víctima del amor á su marido, apenas si pudo contener las lágrimas. Y cuando la señora de Wangen la estrechó entre sus brazos, ambas se pusieron á sollozar desesperadamente.

Las dos mujeres hablaron largo tiempo, antes de que Thora formulase la proposición que tenía proyectada; pero, á pesar del cuidado con que dirigió sus palabras, la señora de Wangen se negó en redondo. Y cuando Thora se fué, experimentaba el penoso sentimiento de haber hecho una gestión absolutamente vana.

Al salir Thora, Wangen entró en la alcoba de su mujer; y al enterarse del motivo de la visita, se puso á sonreir irónicamente, y dijo:

—¡Ya, ya! Parece que ahora empiezan á querer quitarnos á los pequeños... ¡También eso!

—Pero, Enrique, ¿no crees que su intención era buena en el fondo?

Él se echó á reir.

—Sí, sí, todos sus actos están llenos de buenas intenciones.

Luego, tras un corto silencio, añadió:

—Comprenden perfectamente que mi familia es, á mi alrededor, como un tutor, un sostén físico y moral.

Y siguió, yendo hacia lo ventana:

—Pero no hubiese creído que ella también...

Permaneció junto á las cristales, viendo á aquella mujer

enérgica que avanzaba penosamente por el camino, luchando con la tempestad.

Y al verla creyó comprender claramente que se había encargado de una comisión que á ella misma la avergonzaba. Pero se dijo que aquella mujer salía de su casa, que había querido arrebatarle uno de sus hijos, mientras que él estaba ausente y su mujer en cama, débil y sin defensa. Y de pronto, apretó los puños, presa de una cólera sombría. La miró luchando con el viento, y notó que se parecía, con su chal que revoloteaba, á un murciélago; viniéronle á la memoria leyendas de brujas.

—¡Enrique!

La voz venía de la cama. Se volvió; su mujer le tendía los brazos.

Él se inclinó, y cuando sintió los brazos de Kasen en torno de su cuello, se dejó caer de rodillas.

—Enrique—dijo ella acariciándole,—no pienses que ninguno de nosotros quiere abandonarte.

Él no pudo contestar; se limitó á cogerle la cabeza entre las manos y la besó en la frente.

—¡Pobre Enrique!—añadió ella;—nunca hubiera creído que los hombres pudiesen ser tan malos.

Pero cuando se levantó Wangen, exclamó en un viril arranque de indignación:

—¡Ya les devolveré todo esto!

JOHAN BOJER

(Continuará.)

LA CIENCIA Y LOS FENÓMENOS ESPIRÍTICOS CONTEMPORÁNEOS

La enorme impresión producida en toda la Italia por las actas de las sesiones que algunos sabios de aquel país han tenido estos últimos años con la famosa Eusapia Paladino, es una nueva confirmación de lo que vengo sosteniendo; es, á saber: que las experiencias de los sabios son las únicas que tienen el dón de mover la opinión pública y de modificarla acerca de los *fenómenos espiríticos,* llamàdos *metapsíquicos* por los investigadores italianos.

No es fácil imaginarse el efecto producido en todas las clases sociales en la referida nación por las conversiones de hombres de ciencia. Los grandes diarios de Italia han declarado abiertamente ofrecer sus columnas para las publicaciones que se relacionan con el *medianismo,* cuya importancia científica y social no dejan de reconocer.

Dicho esto, iremos reseñando, por el orden que nos ha sido posible, las principales prácticas llevadas á cabo por una porción de observadores insignes, para proceder á una crítica severa é imparcial de las mismas. Pero antes hemos de prevenir al lector que la palabra *medium* la empleamos aquí—ya que no disponemos de otro vocablo—para significar al *sujeto* que posee esa notable potencialidad necesaria en la producción de determinados hechos, poco comunes, extraordinarios, que vamos

á referir, y no en el sentido que le dan los fanáticos espiritistas en sus interpretaciones erróneas.

Comencemos por las singulares experiencias del eximio profesor Lombroso.

***

Escribía el celebrado Lombroso, en 3 de Febrero de 1892, un artículo en el periódico romano *La Fanfulla de la Domenicha*, al conocido jurisconsulto de Nápoles Ercole Chaia, acerca de los *fenómenos espiríticos*, en los que jamás había creído. «Pocos hombres de ciencia ha habido más incrédulos que yo—decía el profesor de Turín—para admitir dichos fenómenos. Basta para convencerse de ello leer mi obra *Pazzy ed Anormali*, como también mis *Studi sull Ipnotismo*, en los que me había dejado llevar hasta insultar á los espiritistas, negando los hechos y tratándolos de locos. Pero después de haber oído negar á algunos sabios ciertos fenómenos de *hipnotismo*, que por ser tales hechos muy raros ó extraños, no dejan por eso de ser reales ó positivos, me vi obligado á preguntarme si mi escepticismo respecto de los citados hechos sería de idéntica naturaleza que el de otros científicos para con los *fenómenos hipnóticos*. Habiéndoseme hecho el ofrecimiento de examinar las prácticas realizadas con un *medium* extraordinario, la Eusapia Paladino, acepté, con tanto más placer, cuanto que podía estudiarlos con el concurso de profesores distinguidos, como lo eran mis particulares amigos los doctores Tamburini, Ermarcora, Vizioli, Chaia, Verdinois, etc., y en estas condiciones, pude comprobar *de visu* los hechos.»

»Emprendimos las experiencias, y vimos *subir sola* una silla del suelo á la mesa y *volver á bajar*. Había hecho yo—dice Lombroso—tener á la *medium* dos dinamómetros, marcando éstos 36 y 38 kilos respectivamente. Ninguno de los hechos que no tenemos más remedio que admitir, porque *es imposible negar aquello que se ve*, es de tal índole que haga suponer para explicarlos un distinto mundo admitido por los neurólogos.»

«No debemos perder de vista, ante todo, que la *medium* es neurópata; que en su infancia sufrió un traumatismo sobre el parietal izquierdo, que le dejó una cavidad permanente recubierta por la piel, en la que pueden introducirse el extremo de tres dedos; que quedó sujeta, en su consecuencia, á accesos de histero-epilepsia; que presenta zonas anestésicas de las piernas; que sufre constricción de la faringe; que su Yo se disgrega y aparece una personalidad subconsciente; que ofrece una acuidad visual extraordinaria, y que, finalmente, se afecta de una notable *obtusidad del tacto*. Me consta que eran también neurópatas esos *mediums* admirables Daniell Douglass Home, Heinreich Slade, Joan Thomma Eglington y el reverendo Merl Stainton Moses.»

«Veo en estos fenómenos—repite Lombroso—cómo en los hipnóticos y aun en los histéricos, la excitación de determinados centros nerviosos que se han hecho potentes á consecuencia de la parálisis de todos los demás centros, provocando una *transposición sensitiva* y de *energía néurica*, ó una *transmisión de fuerza psíquica*, que puede transformarse en energía luminosa, motriz ó de otra índole.»

«Así se comprende—agrega el médico turinés—que tal fuerza, por las leyes generales de la energía, sea capaz de producir los hechos acabados de citar. Durante la *transposición sensitiva* apreciada en algunos histéricos, como quiera que ciertos centros sensitivos se hallan parésicos, el centro cortical de la visión, por ejemplo, adquiere tal agudeza, que realmente sustituye al ojo del paciente. Esto lo hemos comprobado Otolenghi y yo en cinco hipnotizados.»

«Pero es más: cuando un individuo ve un objeto sugerido—es decir, cree verlo—ó cuando no ve á una persona ó cosa colocadas ante él, pero que se le ha sugerido no verlas—sugestión negativa,—se observa entonces que el *centro visual* de su cerebro, el *sentido psíquico* de la visión, viene á reemplazar al ojo, y ve cuando el ojo no ve lo que debía ver, hallándose la persona en su condición ó estado normal.»

«Las imágenes procedentes—prosigue el doctor italiano—de excitaciones internas, como las alucinaciones sugeridas, el hacer ver, por ejemplo, una mosca imaginaria al sujeto sobre un papel blanco, se conducen en ciertos hipnotizados como si fueran verdaderas, reales, dichas imágenes. Luego es preciso admitir que proceden éstas del cerebro á la periferia, ó sea en contrario sentido del de las imágenes reales que van de la periferia al centro.»

«En una persona hipnotizada—afirma el sabio aludido—cuyo *centro psíquico visual*, cuyo cerebro veía como ve el ojo, hicimos avanzar y retroceder en el espacio la imaginaria mosca, y variaban las dimensiones de la pupila como si se tratara de una imagen verdadera. Todavía más: con ayuda de una lente, parecía que aumentaba ó disminuía para dicho sujeto la mosca fantástica. Experiencia realizada asimismo por el profesor Bernheim, y por una porción de observadores distinguidos.»

«El movimiento vibratorio del cerebro—continúa el eximio neuro-patólogo — en la transmisión mental, movimiento que llamamos idea ó pensamiento, se propaga á una pequeña ó considerable distancia, según los casos. Ahora bien; esta fuerza puede transformarse, según hemos dicho, si los *movimientos medianímicos* no tienen por intermediario al músculo como en el epiléptico acontece (al provocar esos núcleos de la sustancia nerviosa, tan violentas convulsiones en los órganos motores hallándose irritados), ó como sucede también con nuestros movimientos propios en los casos de *transmisión mental* y de *telequinesia*, en que los centros preceptivos ó motores del cerebro no se sirven de sus ordinarias vías.»

«Por tanto, en estos especiales casos, es idéntico—termina el citado neurólogo — el medio de comunicación, el mismo que sirve á todas las modalidades de la energía, el éter por el cual se transmiten la luz, el calórico, el magnetismo y las demás fuerzas de la naturaleza. ¿No vemos al imán mover el hierro sin ningún intermedio visible? Toma una forma en

los *fenómenos metapsíquicos*, una modalidad, el movimiento vibratorio cerebral, forma supeditada á la voluntad del *medium*, que no es otra cosa que un potente motor, al mismo tiempo que un *centro psíquico*: la corteza del cerebro. La gran dificultad está en admitir que el órgano cerebral sea el centro del pensamiento, y que fuera el pensamiento otro modo de vibración, otra forma de movimiento. Por lo demás, no hay dificultad alguna en adoptar la idea de que las fuerzas en el universo se transforman. No quiero ya hacer más aseveraciones sobre este punto; todo llegará á su tiempo y sazón. La humanidad, por ahora, no está todavía preparada para oir, para recibir ciertas verdades.»

***

En vista de las anteriores declaraciones del profesor Lombroso, nos preguntamos: ¿Es, por ventura, dicho hombre de ciencia un alucinado?

No nos es posible dar, en el presente momento, una contestación categórica á la citada pregunta, sin antes examinar minuciosamente los relatos de las experiencias realizadas por una porción de observadores eximios acerca de los fenómenos que nos ocupan, y escuchar la autorizada opinión de otros esclarecidos profesores.

Para alejar Lombroso y sus amigos de sí, toda sospecha de fraude ó superchería, eligieron en Nápoles, en 1893 (1), un salón que previamente habían arrendado en el Hotel Inglés. En él no habitaba nadie, y no tenía otro objeto que servir para las *prácticas medianímicas*. Después de registrar, antes de la primera sesión, con toda minuciosidad los seis compañeros asistentes, á la *medium* Eusapia, procedieron á las experiencias. Constituída la *cadena magnética* por los Dres. Gigli, Ascensi, Vizioli, Chaia, Lupi y el médico turinés, se obtuvieron varios fenómenos trascendentes. Vizioli, en su reseña sobre éstos en

(1) Banner of Light. Dec. 1893. Boston.

una revista, sostenía que, bajo su manera de ver (1) la hipótesis de la *corriente magnética,* no bastaba para esplicar ciertos hechos que había presenciado. Visto el éxito obtenido con la Paladino, se agregaron en ulteriores sesiones los distinguidos profesores Penta, Scharpi y Limoncelli, y hubo en varias de ellas *alzamiento* de una mesa sin contacto con la *medium,* habiéndose obtenido fotografías del mueble en el *aire, golpes* en las paredes y techo, hallándose todos los concurrentes en el centro del recinto y la Eusapia atada en medio de ellos, *aparición de puntos fosforescentes* y *levitación* de la sujeto á 40 centímetros del suelo. Las fotografías del mueble y de la *medium* que se sacaron en todas posiciones, fueron expuestas el invierno de aquel año en los escaparates del gran establecimiento de los S. S. Pessi y Damascheno, visitado por todo el que quiso verlas, calle de Castell di Sangro, núm. 24. Vuelto Lombroso á Turín, escribió desde allí á su amigo Chaia, interesándose por el resultado final de las sesiones, y entre otras cosas le decía: «Mi distinguido amigo Chaia: Las actas que ha tenido á bien enviarme son exactas, las he firmado y envío certificadas. Estoy realmente confundido por haber, con tanta insistencia, combatido la posibilidad de esos hechos que hoy á todas luces proclamo, y digo hechos porque todavía me opongo á la hipótesis y filosofía espiritistas. Os ruego saludéis en mi nombre á todos los asistentes al Hotel Inglés, sin olvidar al insigne Vizioli, y haced que examine, si posible fuere, el especialista M. Albini, el campo visual y fondo del ojo de nuestra amiga la incansable Eusapia, agradeciéndoos me comuniquéis el resultado de las sesiones. Vuestro dedicado, *Cesare Lombroso* (2).»

Le fueron al poco tiempo remitidas las demás actas firmadas por los otros colegas, actas que vinieron reseñadas en un periódico romano (3).

(1) *La Nuova Antologia.* Fev. 1894. Roma.
(2) *Revue Scientifique.* Mai. 1894.
(3) *Campana dei Mattino.* Mag. Caluccio. 1894. Roma.

En Agosto de 1894, en Milán, los renombrados profesores Finzi, catedrático de Química biológica; Schaparelli, astrónomo, director del Museo Astronómico; Ermarcora, profesor de Zoología; Gerosa, de Física; Charles Richet, de Fisiología, de París; Karl du Prel, de Filosofía, de Munich, y Aksacof, embajador ruso en Italia, en unión de otros experimentadores, entre ellos el médico antropólogo, comprobaron algunos trascendentes fenómenos—según sostienen los profesores referidos,—como movimientos de un velador sin contacto de la Eusapia, oscilaciones de objetos y otra vez la *elevación paulatina* de ésta en su propia silla (1).

En Agnelas, en Septiembre de 1894, en la quinta que posee el entonces director de la Escuela Politécnica de París, M. Albert de Rochas, con el concurso del profesor Dariex, del especialista en enfermedades nerviosas M. Grammont, del barón de Watenville y de los celebrados doctores Mangin, Maxwell y Sabatier, que iban unos y otros alternándose en las sesiones, se firmó un documento relativo á las mismas. Sacáronse fotografías, como en otras experiencias, de la *medium* en el momento de su *levitación*. Prácticas que fueron reseñadas en el *Bulletin de la Société d'Etudes Psychiques de Nancy*, de Octubre de 1894, y en varias revistas científicas.

En Diciembre del mismo año, en Milán también, y con la susodicha *medium*, los expresados á continuación consiguieron *golpes* y reproducción de sonidos en la mesa, aparición de *lucecitas* que duraban breves momentos, *transporte* de objetos sobre esa que pesaban varios kilos; por ejemplo, un velador, sin contacto con las personas presentes, y ciertos resplandores por las inmediaciones de Eusapia, que con frecuencia se desdoblaban (2). Firmaban en acta los profesores Angelo Bofiero, catedrático de Matemáticas; José Gerosa, de Química orgánica; Charles Richet, Karl du Prel, Chaia y Lombroso. El preámbulo

(1) *Annales des Sciences Psychiques* Agosto. 1894. Dolbaul. París.
(2) *Scienza é Mistero*, pág. 207, Enero de 1895. A. Sachi. Milano.

del acta estaba concebido (1) en estos términos: «Reconocemos que nuestras investigaciones no satisfagan quizás á quien las juzgue *á priori* ó no se quiera tomar la molestia de observarlas; pero, cuando menos, probarán una vez más que son dignas de la atención de los sabios. Consideramos un deber expresar públicamente nuestra convicción respecto de la existencia de los *fenómenos metapsíquicos*, como nuestro eterno agradecimiento hacia el profesor Ercole Chaia, quien ha estudiado una porción de años con infatigable celo esos hechos, á pesar del general clamoreo y denigración levantada contra él y contra los que aseguran la realidad de los mismos.»

El eminente zoólogo Wagner, catedrático de la Universidad de San Petersburgo, quiso estudiar á la Paladino, á cuyo efecto hizo un viaje de incógnito á Nápoles—por temor sin duda á las befas á que se exponen los precursores de las nuevas ideas,—el año 1896 (2). «Uno de los motivos que me indujo, refiere este profesor en una revista alemana (3), á presenciar las sesiones que tenían lugar con la *medium* napolitana, fué saber si un *medium* de efectos físicos podía servir para la condensación del *fluido vital*, *energía cortical del cerebro* ó como se le quiera llamar. Conocía en San Petersburgo y en Lemberg, capital de la Polonia, á otra *medium*, la célebre Ilda Liebendizeff, una verdadera especialidad en *materializaciones*; pero la pobre ha muerto, y nos quedamos sin más experiencias de este género. Otro motivo de mi vivo deseo de ver operar á la napolitana, era poder convencer á mi colega M. Konstant Masslov, catedrático de Antropología de Moscou, de los *fenómenos medianímicos*. Antes de pasar adelante, debo manifestar,

(1) *Il Corriere de la Sera*. Mai. 1895, Roma. *Il Vexilo*, Jul. 1895. Franchi. Torino.

(2) Las sesiones á que había asistido el profesor Wagner, al objeto de estudiar á la *medium* Ilda, vienen minuciosamente reseñadas en el periódico polonés *Vietnik Wostpitania*, 15 de Marzo 1895. Lemberg.

(3) *Psychique Studien*. October. Liebel 1896. Leipsig.

como me ha enseñado la práctica, que la creencia en el hombre es, por regla general, independiente de su pensamiento.»

La sesión de mayor importancia tuvo lugar el 2 de Marzo, en un espacioso salón. Seis éramos los concurrentes: el profesor Maslov, el Dr. Ciolfi, Penta, la Sra. Pardini, la Eusapia y yo.

«Presenciamos, entre otros hechos de no menos trascendencia, la *aparición* de azuladas nubes en el aire, una vez apagada la lámpara, algún tanto luminosas, y en cuanto se hubo encendido ésta, la *elevación* de un velador, contactando con él la *medium* por la cara palmar tan sólo de tres de sus dedos de la mano derecha; dos impresiones sobre harina de una mano, estando formando los asistentes cadena con la Eusapia, y ciertas manifestaciones de *teleplastia tangible con plasmaciones visibles*. Fenómenos que dejaron plenamente convencidos á los asistentes. En el preciso instante de la obtención de tan singulares hechos, la conciencia de la sujeto se desdoblaba, y caía en ese especial estado que los observadores ingleses llaman *transse.*»—*J. Wagner*.

***

En los estudios experimentales realizados en Roma en 1898 por el profesor alemán Schereng-Notgiz, hubo una porción de fenómenos muy dignos de tener en cuenta, como sostienen los profesores Richet, Donibroski, Dobritzki, de la Facultad de Medicina de San Petersburgo; Fioska, director de la *Gaceta Médica* de dicha capital; Lombroso, que asistió á siete sesiones, y varios de los doctores italianos anteriormente indicados.

He aquí algunos hechos que merecen consignarse: «Al objeto de hacer mover — dice el doctor aleman — un cuerpo sin contacto con la *medium*, se colocó un trocito de papel aislado encima de la mesa y plegado en forma de cabaña, como en la figura adjunta ⋀; debajo de esta figura se puso un trozo de cartulina cortado, procedente de una tarjeta del profesor Donibroski. Entonces, nos agrupamos todos en torno de un vela-

dor. La Eusapia, previamente atada de pies y manos al sillón donde estaba sentada, y distante dos metros y medio de la mesa, comenzó á gemir. Una vez cerradas con llave las puertas de la sala, rogó Richet á Dobritzki que guardara en su bolsillo las llaves, á fin — dijo el catedrático de París — de que no pudiera acusársenos de poco previsor. En un instante, la figura y la cartulina desaparecieron. Cuantas pesquisas se hicieron para averiguar el paradero de estos dos objetos, resultaron inútiles. Abrió Richet la puerta de entrada, que se cerró por dentro á la vista de todos, viéndonos sobremanera sorprendidos al encontrar fuera de la habitación, en el rellano de la escalera, el trozo de tarjeta con el papel en la forma indicada. Hubo también en estas sesiones *desplazamiento* de otros objetos y *levitación* de la Eusapia.»

Dos meses después se reanudaron las sesiones en Roma, con asistencia de los catedráticos Sokrates Staringkiewitz, Glowaski-Prous, el ingeniero Bronislass Reichmaan y el conde de Galateiri, quienes ya conocían á la Paladino desde que estuvo en Polonia. A última hora concurrieron los catedráticos romanos Bozzano y Fioca-Novi. Se colocó sobre la mesa el consabido plato, lleno de negro de humo, y una mano misteriosa dejó la impresión de sus dedos—según aseguraban aquellos.— Reconocidas todas las manos de los asistentes, incluso las de Eusapia, se encontraron con el color normal. Invita á ésta á reproducir con su mano una impresión idéntica en otro plato lleno de igual sustancia, quedó con los dedos ennegrecidos.

Comparando detenidamente ambas impresiones, se observó una notable semejanza, ó, por mejor decir, una completa identidad en la disposición de las espirales epidérmicas, que, como es sabido, varían en cada persona. La mencionada particularidad habla de una manera elocuente en favor de la hipótesis del *desdoblamiento de la medium*, como opina la mayoría de los citados profesores (1). Se obtuvo en una última sesión el

(1) *Rivista di Studi psichichi*, núm. 72, 1898. F. Servi. Milano.

moldaje de la *mano fluídica* de la Eusapia—á juicio de los mismos—en arcilla, y como si estuviera envuelta en un velo. He aquí las particularidades del fenómeno: Estaban las manos de la Paladino atadas, y envueltos sus dedos en una gasa fina, y parte también de su mano derecha. La bandeja de arcilla se hallaba fuera de su alcance. En un determinado momento empezó á gemir la *medium*; parecía sufrir mucho; es que se afectaba dolorosamente—decía Reichmaan—por la gran resistencia ofrecida por la greda húmeda á la *mano fluídica proyectada* á dos metros y medio de distancia de la Eusapia. Interpretación que después fué aceptada por todos los concurrentes. Vieron éstos, finalmente, de una manera clara, precisa, evidente, una *mano fluídica* en el aire. Esta misteriosa mano era para los investigadores blanquecina, mal contorneada, con un tinte azul, semitransparente, y sin proyectar sombra en la pared; por el contrario, emitía un cierto resplandor. *Mano fantásmica*, observada por dos veces por aquéllos—como así sostenían—y de la misma naturaleza que los miembros, en otras sesiones comprobados, por una porción de sabios, y apreciados en circunstancias todavía no bien determinadas.

Las deducciones principales ideadas por los precitados investigadores respecto de los fenómenos que nos ocupan, son las mismas que sacó el eximio Lombroso, y pueden reducirse á las siguientes:

1.ª En estos singulares hechos desempeña la sugestión un importante papel. El *medium* viene á ser como un espejo que refleja las energías é ideas de los asistentes, poseyendo la facultad igualmente de realizar, por medio de la exteriorización, sus propios conceptos sonambúlicos ó las sugestiones de los concurrentes.

2.ª La *fenomenología medianímica* confirma el *magnetismo animal*, en contra del *hipnotismo*, é implica, además, la existencia de una *acción fluídica*, aparte de la sugestión, acción, de una especial naturaleza, ya sospechada por los antiguos.

3.ª La personalidad segunda de Eusapia, que dice llamar-

se John King, es ficticia, meramente subjetiva; es esta personalidad un desdoblamiento psíquico de la *medium*, una disgregación de su Yo, un caso de doble conciencia, tan frecuente en la *histeria*, y estudiado hoy de un modo cabal por los médicos psicólogos. Por tanto, no encontramos pruebas suficientes en favor de la *doctrina espiritista*.

Y 4.ª Existe una *mediunidad inferior*—automatismo inconsciente—y una *mediunidad superior*—exteriorización del *fluido vital*. Ambas mediunidades son de naturaleza psico-física, cuyo centro activo es el que preside las facultades de la más elevada jerarquía del *medium:* sus energías superiores.

En Agosto de 1899, después de haber recorrido la Eusapia toda la Europa, llegó á Cambridge, donde permaneció más de dos meses en el domicilio del sabio filósofo M. Friedrich Myers, que deseaba vivamente estudiarla (1).

Estuvo esa al principio enferma de grippe, por lo cual las experiencias no dieron el resultado que se esperaba. Después hubo alguno que otro fenómeno trascendente, particularmente durante el mes de Octubre. Tuvo lugar el hecho extraño de *aportes,* varias veces seguidas, de monedas de cinco francos de un punto á otro. Hubo varias *suspensiones* de la mesa en el aire, sin contacto con la Eusapia, puestas sus manos por encima del mueble y á la distancia de 40 centímetros.

El profesor Reichmaan, una vez terminadas las últimas experiencias de Roma de 1898, hace las afirmaciones expresadas á continuación (2):

1.ª No es otra cosa la *mediunidad* que una creación psícofísica.

2.ª Las fases diversas del desdoblamiento fisiológico que constituyen el singular proceso de la *mediunidad*, son de tres clases. A. Disgregación entre el cerebro y los actos automáticos. B. Disociación entre la conciencia y las representaciones

(1) *The Fortnigtly Review*. Nov. Helvy. 1899.
(2) *Revue Philosophique*. Janvier. Marathon. 1898, París.

ó auto-sugestiones sonambúlicas; y C. Desagregación entre los miembros y su correspondiente dinamismo.

En la sesión del 23 de Septiembre del Congreso Espiritualista de París de 1900, el eminente profesor Bayol expuso con toda claridad, en la nota segunda, los fómenos de aparición de *fantasmas fluídicos.* Las experiencias tuvieron lugar en la Granja de Aliscamps (Arlés) (1).

El doctor Bayol se preguntaba:—¿Estábamos alucinados? —No, me decía yo.—Eso pensarán la mayoría de los hombres de ciencia, pero hay que tener en cuenta que presenciamos en distintos días, 19 personas, las prácticas *medianímicas,* y me parece no sea cosa muy fácil dejarnos engañar ó fascinar todos, incluso un viejo escéptico, un materialista *enragé* como yo. Además, la *condensación fluídica* de la sustancia que emanaba del *medium* era tan considerable, que se hizo visible y fué fotografiada. Y ahora me pregunto yo (2): Que nos alucináramos todos nosotros, es posible, está bien. Pero, ¿cómo se explica que se alucinasen las placas fotográficas?

***

Toda la prensa italiana se ocupó en 1901 y 1902, con gran extensión, de la serie de experiencias que tuvieron lugar en Parma, Torino, Milán, Nápoles, Roma, y en particular en Génova. Una parte de esa prensa se burlaba de los *fenómenos metapsíquicos*, mientras que la otra proclamaba su positiva existencia. El insigne catedrático de esta última capital, Dr. Eurico Morselli, hoy director de la Clínica de enfermedades nerviosas y mentales, que desde 1893 á 1902 se había consagrado á tan singulares prácticas, acompañado de varios colegas, asistió al Círculo intitulado *Minerva*, esos años, y allí pudo apreciar una porción de *fenómenos físicos.*

(1) *Compte rendu du Congress Spiritualiste. Cinq.*° seance. Dec. 1900, Paris.

(2) *Review of Modern Spiritualism.* List. Dec. 1900. London.

En una de las discusiones ruidosas, en contestación á la burlas y polémicas contra él entabladas en varios periódicos, se expresaba Morselli de este modo: *Declaro solemnemente, á pesar de la tenaz oposición de los hombres de ciencia y de los sarcasmos de los ignorantes, que estos fenómenos merecen que se ocupen de ellos los sabios* (1).

En un periódico de Génova vienen copiados algunos párrafos que tan eximio especialista escribía al final de un artículo publicado en *Les Annales des Sciences Psychiques,* en Julio de 1906 en París. Así decía dicho profesor: «Desde que se hizo público que estudiaba yo á la Eusapia, no ha pasado un solo día sin que haya sido detenido en la calle por mis amigos ó conocidos, pidiéndome que les expusiera, no los *hechos* que he visto y examinado, sino la *explicación que calentita* debía tener preparada para servirles (2). Y como he declarado á los tales que no tenía ninguna *explicación* en el bolsillo—pues que mi tarea de momento se limitaba á hacer la crítica de las hipótesis emitidas hasta ahora, — he visto siempre pintarse la desilusión en el rostro de mis interlocutores. Muchos me han dicho: ¿De qué sirve la ciencia si se contenta con *investigar* y no es capaz de *explicar*? Y menos mal, si esta estulta pregunta fuera formulada solamente por los humildes ignorantes ó por las personas instruídas, pero incompetentes; lo peor es que también es repetida, con la repetición de la inconsciencia, por los ignorantes presuntuosos, y, sobre todo, por esos terribles semi-ignorantes ó semi-instruídos que se hacen *especialistas* en una ú otra materia. En fin, diré con Richet, á este respecto: Los hechos son reales; de la teoría de los mismos no sabemos nada por ahora, como de la inmensa mayoría de los fenómenos naturales.»

El profesor Vassallo dió, unos días después de las sesiones

(1) *Il Secolo XX.* 25 Mag. Bresci, 1901. Roma. *Il Vessilo,* núm. 124. Zambetti. 1901. Roma, etc.

(2) *Raseyna Nazionale,* núm. 10 de 1906. Gédova M. Cappri.

celebradas en el círculo Minerva, una serie de conferencias alusivas á aquellas prácticas que él había presenciado, en el local de la Asociación de la Prensa, ante un público escogido y bajo la presidencia del exministro de Instrucción pública, M. Luzzati. Expuso en aquella reunión su libre creencia acerca de los *fenómenos espiríticos*, abogando por la necesidad de incluirlos en la ciencia positiva.

El sabio sueco M. Jorge Larsen, en sus artículos publicados en el *Eko,* de Estokolmo, y en el *Ronnchau,* de Berlín, en Junio de 1903 y en Enero de 1904 respectivamente, describía con todos los detalles el hecho de la *materialización del doble fluídico* que él mismo sostenía haber comprobado su existencia con la famosa *medium* Mad. Mary Abend, y en presencia de una porción de profesores de Medicina, del ingeniero Müttel, de la señora viuda de Moltke y de la princesa sueca Emma Eric Karadja. Reseñaba tan ilustre observador la especial facultad de exteriorizar la *medium su fluido vital*, obrando más allá de los límites ordinarios y dando lugar á los siguientes fenómenos: A. Transmisión de impresiones á distancia, ó *thelestesia.* B. Acciones diversas á distancia sobre la materia, ó *thelekinesia.* C. Proyección del *fluido vital* fuera del organismo en estado de condensación, ó *thelefanía;* y D. Objetivación de su sustancialidad, ó *theleplastia* (1).

En los locales de la *Societá di Studi Psichichi* de Milán de 1905, varios profesores, entre ellos M. Emilio Claricetti, Francesco Ferrari, Angelo Bacigaluppi, catedráticos de Medicina; Ugo Sironi, de Derecho, y el secretario Eugenio Griffini, con la intervención del conocido *medium* Charl Bayley, obtuvieron semejantes fenómenos, como todos ellos afirman (2).

El docto catedrático de la Facultad de Medicina de Bourdeaux, M. Joseph Maxwell, sostiene que las acerbas críticas formuladas en la prensa contra las experiencias realizadas por

(1) *Spiritische phenomene.* E. Brau. September 1904. Berlín.
(2) *Rasegna Nazionale.* Oct. Giullio Gualteri. 1905. Roma.

los observadores eximios Gabriell Delanne y Charles Richet, en Argel, carecen de fundamento, porque, según afirman estos distinguidos profesores, los fenómenos fueron ciertos (1).

Este último profesor, en una revista francesa, hace las declaraciones siguientes: «Obtuvimos fotografías á la luz producida por la súbita conflagración de una mezcla de clorato potásico y magnesio; fueron éstas tomadas simultáneamente por Madame Benerice, con un aparato Kodac; por G. Delanne, con otro estereoscópico, y por mí, con un estereóscopo-veráscopo Richard; de manera que se consiguieron *tres clichés* á la vez en una sola deflagración de los dos referidos cuerpos (2). Las pruebas, además, fueron reveladas por los Sres. Rivere-Fiat y Melcome, constructores de aparatos de óptica en Argel, que ignoraban en absoluto la índole de los negativos que yo les entregaba» (3).

El Dr. Encause, al objeto de ilustrar al *gran público* acerca del estado actual de la cuestión relativa á los fenómenos sedicentes de *materialización*—como los que tuvieron lugar á juicio de una porción de observadores distinguidos, merced á los muy conocidos *mediums* Madame Piper y M. M. Miller y Robert en varias capitales,—da su opinión particular, desprovisto, se supone, de todo prejuicio de escuela ó secta, y así dice: «El sér humano es productor de *fuerza nerviosa;* fisiológicamente está considerado todo *medium* por el predominio del *gran simpático* sobre el *sistema nervioso consciente;* el estudio anatomo-fisiológico de ese sistema, es la clave de los *fenómenos espiríticos,* como de ciertos estados morbosos. A medida que toma el *gran simpático* para sí una parte de la fuerza, de la energía, destinada al *sistema consciente*, la tensión de los centros ó plexos de la vida orgánica aumenta, y la intensidad de las fun-

(1) *Phenomenes des Materialisations de la Ville Carmen d'Argel.* Maxvell, 1906. París.

(2) *Le Mouvement Psychique.* Mars, 1907. Richet, París.

(3) *L'Iniciation*. Seances de la Ville Carmen. Avril, Le Vesme, 1907.

ciones cerebrales disminuye; por eso entra el *medium* en *transse*, en la inconsciencia, en el *éxtasis*. Posee el *medium*, en su estado *automático*, el máximum de exteriorización de su *energía néurica*, de su *fluido vital*, y es el caso en que se verifican ciertos hechos de índole trascendente (1).

Desde las celebradas experiencias del profesor Morselli, en Milán, de 1901 á las de 1907, un considerable número de sabios se consagra al estudio experimental de los aludidos fenómenos. En Italia, país que marcha á la cabeza del progreso en lo que respecta á éstos, figuran actualmente los catedráticos Amadeo Herlizca, Carlos Foa, Alberto Agazotti y otros muchos, y el ilustre Marconi, inventor de la telegrafía sin hilos, que acompañó al gran Curié á presenciarlos, y que tanto á aquél como al renombrado físico, llamaron en extremo la atención. El profesor Barcini publicó en el año último su libro *Nel mondo dei Misteri;* Primitivo Anselmi dió á luz su meritísima obra *Il Fakirismo Occidentale;* Lucatello, profesor de Clínica médica de dicha capital, escribió en la misma época su *Simbolismo* ó *phenomeni metapsichichi;* algo después, Enrico Botazzi dió á la publicidad su opúsculo, que acaba de ser traducido al francés, *Dans les regions inexplorèes de la Biologie humaine,* y Paola Lombroso, hermana del citado antropólogo, trazó la *Biographie de l'Eusapia Paladino.* Los insignes profesores Venzano, Murani, Patrizi y el eminente físico Tesla se hallan en la actualidad ocupados en el estudio experimental del *medianismo* con el sujeto Zuccarini. Bianchi, catedrático de Física de Padova; Lori, de Anatomía comparada, de Bolonia; Levi-Civita, de Geodesia, de Milán; Zingaropi, de Geometría proyectiva, de la misma; Vulpi, de Antropología, de Firenze, y Foterbi, que ha publicado su *Psichologie supernormale*, insisten en sus pacientes investigaciones sobre los consabidos fenómenos.

ANTONIO GOTA CASAS
Médico.

(Concluirá.)

(1) *Le Mouvement Psichique*, Janvier. Fortey, 1906. Paris.

CRÓNICA LITERARIA

Sud Exprés (cuentos).—*Teatro*, por la condesa de Pardo Bazán.

La extensa colección de las *Obras completas* de la condesa de Pardo Bazán acaba de aumentarse con dos nuevos volúmenes: *Teatro* y *Sud Exprés* (cuentos), que son los tomos XXXV y XXXVI de esta verdadera Biblioteca, testimonio de la extraordinaria fecundidad del ingenio de esa escritora excepcional, que tan brillantemente acrecienta en nuestros días la tradición de las mujeres letradas españoles.

De dichos dos tomos, el uno, el *Teatro,* es nuevo en la Colección, y ofrece, por lo mismo, especial interés. El otro pertenece á un genero ya abundantemente representado en ella. Entre los tomos publicados figuran doce volúmenes de novela y nueve de cuentos. Los demás pertenecen á la literatura de viajes y á los estudios de historia y crítica literaria y religiosa.

Esa cifra de nueve tomos de cuentos permite afirmar que la señora Pardo Bazán es el más fecundo de los cuentistas españoles. La perfección de estos cuadritos literarios hace que pueda tener iguales, pero no superiores, en el género. Leyendo los relatos de *Sud Exprés*, como los de los anteriores volúmenes de cuentos, se aprecia la evolución de esta rama de la novelística, que ha producido un tipo, mucho más diferente de lo que la apariencia muestra, de la primitiva traza y disposición que

adoptaron los primitivos narradores de estas breves historias, hijas de la observación y la fantasía.

El cuento moderno no es ya lo que fué en los relatos de los antiguos cuentistas y *novellieri*. Aun tomando como término de comparación una de esas obras de larga vida, que se salen del marco de su tiempo, como el Decamerón de *Bocaccio*, ¡qué profunda diferencia se observa con los cuentos modernos! No es que los antiguos cuentistas ignorasen la psicología ni el arte descriptivo, pero veían de otro modo este arte particular. El cambio operado en los géneros historiales ha sido semejante; la novela y la historia se han transformado, siguiendo parecidos pasos, sin que la diferente naturaleza de su asunto, real ó fantástico, influyera grandemente en esta transformación. Primitivamente, el narrador atiende á los hechos, y no á todos los que se le ofrecen, sino á los que presentan algo de extraordinario, á aquellos en que hay algo que se sale de lo común, algo peregrino, algo que brinda una lección moral ó que es digno de grabarse en el espíritu. La noción de lo memorable está presente en el ánimo del historiador y del novelista. Hay una ingenua admiración hacia los sucesos que se salen de lo corriente, y una clara tendencia á aprovecharlos como ejemplos de conducta. La historia, fantástica ó real, es narrativa y moralista, y como para esta impresión que pretende grabar en el ánimo del lector es útil el *pathos* de la elocuencia, es también retórica y oratoria. Poco á poco se va verificando una mudanza; al interés de los hechos sucede el interés de los motivos y el juego de las causas y efectos, nacen la causalidad histórica y la causalidad psicológica; la novela no desdeña ya nada en el campo de la vida individual, ni la historia en el de la vida colectiva. Los hechos no necesitan ya ser extraordinarios para merecer ser contados. La historia aspira, no ya á narrarnos en patético y levantado estilo lo que hicieron de extraordinario en tal época algunos hombres excepcionales, príncipes, sacerdotes, sabios, capitanes, artistas, sino á ofrecernos la imagen más exacta y completa posible de lo que fué la vida social en

todas sus manifestaciones en cierta época y cierto país determinados. A su vez, la novela no tiene que inventar lances peregrinos; le basta reflejar algún aspecto de la inmensa complejidad de la vida humana. Por eso, historias, cuentos y novelas narran menos y describen y dramatizan más. Unas y otras necesitan una documentación y un conocimiento del hombre que antes no era indispensable. Pocos hechos dan hoy materia para extensas historias y largas novelas, porque no es la materia, sino su examen, y análisis lo que nutre la obra del historiador y del novelista. En el cuento, por su más reducida extensión, ese cambio aparece más claro, condensado de una manera más visible; porque en ese pequeño espacio, la mirada del observador abarca fácilmente el conjunto, y todo ocurre cerca, en vez de diseminarse en un dilatado campo. Así, el cuento moderno, en vez de ser una abreviada historia, como era el antiguo, es muchas veces una escena, un rasgo de carácter, un hecho representativo, que es como el compendio de una acción apenas bosquejada.

La señora Pardo Bazán es maestra en el arte de dar á los asuntos ese breve escorzo del cuento. Pocos la igualan en esta selección del rasgo característico, que es el secreto de todos los bocetos, de todas las representaciones artísticas que no pueden ser detalladas y minuciosas, y han de fiar la expresión á la elocuencia de unas pocas pinceladas escogidas. Los cuentos de esta gran escritora forman una riquísima galería psicológica y un inagotable vivero de novelas. Son, generalmente, cortos, muy sobrios y expresivos; modelos, en fin, de la condensación del asunto que pide el cuento moderno. En casi todos hay un pensamiento trascendental, un problema de almas, una visión profunda de algún aspecto ó situación de la vida. Los más vulgares hechos se ennoblecen á la luz de esta interpretación artística y muestran una ignorada complejidad. Por eso digo que en muchos de estos cuentos hay una novela en potencia. Los de *Sud Exprés* prolongan la vastísima colección de que forman parte, mostrando la misma lozanía que sus hermanos, pues á

la señora Pardo Bazán, como en general á los grandes ingenios, les ocurre que, lejos de agotarse en el continuado ejercicio de la invención artística, parece que adquieren cada día mayor facilidad y fuerza plástica, haciendo de la creación un hábito.

***

Más interesante todavía que *Sud Exprés* es el tomo del *Teatro,* en que, á más de las obras que sometió la señora Pardo Bazán á la prueba de la escena, hay otras tres inéditas: las tres comedias dramáticas: *Juventud, Las raíces* y *El Becerro de metal.* Las otras obras son el drama *Verdad,* estrenado en el teatro Español en 1906; la comedia dramática *Cuesta abajo,* estrenada el mismo año en el Gran Teatro; el monólogo *El vestido de boda,* estrenado en Lara, y el diálogo dramático *La suerte,* estrenado en el teatro de la Princesa.

La labor recopilada en este tomo representa mucho más que un ensayo, más que la pasajera excursión á un género nuevo realizada por un ingenio que en otra esfera literaria ha conseguido un glorioso nombre. Cinco obras extensas y dos cuadritos dramáticos forman una tarea ya considerable. Para apreciar las comedias de la señora Pardo Bazán, me falta esa perspectiva especial de la escena, que da muchas veces la clave del juicio presente de los públicos, que no es siempre un juicio definitivo, especialmente cuando se trata de obras de sobresalientes ingenios, que á veces son al principio mal comprendidas y mal juzgadas, y pueden fiar en las frecuentes rectificaciones de la opinión literaria. La lectura no puede suplir por completo á la representación, á la visión de las tablas, pero basta para aquilatar muchas de las condiciones literarias de una creación dramática. Respetando las opiniones ajenas, creo que el teatro de la señora Pardo, en aquella parte que era ya conocida y pública, no ha sido bastante estudiado ni juzgado con entera equidad. Cierto celoso acotamiento de los géneros mantiene el prejuicio adverso á los novelistas que pasan al tea-

tro, cuando es tan notoria la semejanza y relación entre ambos géneros, que ha dado lugar á obras mixtas, participantes de las dos naturalezas, dramática y novelesca, y no sólo en los actuales tiempos, en que las barreras literarias son muy movedizas y en que la novela y el teatro son géneros imperantes y conquistadores que van invadiendo todos los dominios literarios, haciendo suyos todos los asuntos y asimilándose casi todos los problemas humanos, sino aun en los remotos tiempos en que se escribió *La Celestina,* que es á la vez tragicomedia y novela dialogada. Llevaba, además, la señora Pardo Bazán, al penetrar en el teatro, el peso de su fama, una aureola que puede ser favorable ó adversa en las empresas humanas, según el variable juego de las circunstancias. Un gran nombre es un pasaporte para ir á todas partes, pero á veces lleva detrás una estela de emulaciones, una envidiosa expectación que anhela la caída ó el demérito.

Las obras dramáticas de la señora Pardo Bazán tienen una elevada idealidad; los conflictos están presentados de un modo noble, con visión de moralista y psicólogo que levanta los asuntos á la región de las causas, y que hasta en las mismas caídas de la humana naturaleza nos presenta una causalidad operante, que pone un sello grave sobre los actos individuales, y á veces procede con el rigor augusto é implacable del Fatum (v. gr., en *La suerte* y en *Verdad* antiguo). El interés brota, intenso y fuerte, en estas comedias, y hay en el planteamiento de sus conflictos un espíritu esencialmente moderno. Van estas obras, por el pensamiento, en las avanzadas de la dramática moderna. Si á esto se une lo primoroso de su estilo, habrá que reconocer al *Teatro* de la señora Pardo Bazán muchas de las condiciones que avaloran la buena literatura dramática.

***

Bien quisiera yo, y el asunto lo merece sin duda, tratar de todas las obras recopiladas en este tomo de *Teatro;* pero el to-

mor á extender más de lo prudente la reseña, me disuade y me inclina á fijarme sólo en las comedias hasta ahora inéditas, que son las que mayor curiosidad han de despertar en el público.

Las raíces, comedia dramática en tres actos, es una obra en que está planteado con atrevimiento y valentía un nuevo aspecto del drama tipo, de ese eterno drama de la infidelidad conyugal. Susana ama á su marido. Sin embargo, ha faltado á sus deberes conyugales. Ha querido luchar por el bienestar y la abundancia del hogar, y ha combatido con las armas y con los riesgos que á la mujer ofrece la sociedad contemporánea: con la seducción femenina. En el amor que aquella mujer siente hacia su marido debe de haber un vago matiz de desdén. No es que le considere un hombre capaz de consentir y aprovechar el deshonor; lejos de eso, oculta cuidadosamente la falta, comprendiendo que su felicidad depende de que no se descubra aquel triste secreto, pero le juzga débil, incapaz de luchar por la vida y la riqueza, como ella secretamente ha luchado á costa de lágrimas y torturas. La heroína de la señora Pardo Bazán no carece enteramente de moral sexual, si bien la tiene muy atenuada, y su caída ha conocido las amarguras del remordimiento.

El drama surge del descubrimiento de aquel infamante secreto. ¿Qué hará el esposo? Su primer movimiento, el impulso de la dignidad ultrajada, es romper, separarse de la infiel. Pero la casa, los hijos, los hábitos del hogar, aquella mujer que llora, que niega, que le ama, han echado muy hondas raíces en su espíritu, y esas raíces, que son las que dan título á esa obra, le retienen. En la parte episódica de esta comedia, no debemos olvidar la figura tiernísima de Fifí, la niña enfermita, hija de la falta, que adora al padre... que no es su padre y es adorada por él. Esta figura tiene un aura suave de poesía, poesía sublime del dolor y de la inocencia en que la autora ha puesto todas las delicadezas del alma femenina. También Sofía, la amiga, enamorada en secreto del marido enga-

ñado, que sorprende la falta y la calla durante años, es otro personaje dramático interesante. La escena entre las dos mujeres, Susana y Sofía, que aman de distinta manera al mismo hombre, la una, la esposa infiel, á pesar de haberle traicionado; la otra, manteniendo el afecto en el secreto de su honestidad, es fuerte y patética. ¿Cómo resultaría representada? Aunque nuestra escena se muestra ahora poco hospitalaria para las situaciones romanticas que tantas veces triunfaron en ella, creo que, interpretada por dos buenas actrices, sería de penetrante efecto esa escena.

El asunto de *Las raíces* ofrece semejanza con el de una reciente obra francesa, estrenada, según creo, en este mismo año ó en 1908, *Qui perd gagne,* sacada por Pierre Veber de la novela del mismo título de Capus. Al hablar de semejanza, no quiero decir que haya habido influencia entre ambas obras. Probablemente la de la señora Pardo Bazán ha sido escrita con anterioridad. El medio y casi todos los caracteres son diferentes. La coincidencia está en el tipo de la esposa que es infiel amando al marido, por un cálculo de interés, por una triste y vergonzosa capitulación con la prosa de la vida. Como Susana á Aurelio en *Las raíces,* la Emma de *Qui perd gagne* ama á Farjolle. A mi juicio, la obra de Veber y Capus es superior en el movimiento escénico y en la observación de la realidad, de la particular realidad de las costumbres parisienses; pero la de la señora Pardo Bazán la aventaja en la intensidad del conflicto y en la elevación con que está tratado este asunto escabroso y triste. En la comedia francesa, el asunto está observado; en la española está ennoblecido é idealizado. La comedia de Capus se desarrolla en un medio de bohemios, de vividores, de mujeres fáciles, de personas, en fin, para las cuales la moral sexual tiene cortísima ó ninguna importancia. Por eso el conflicto tiene allí menor intensidad. Falta el motivo noble é ideal, por excelencia del honor, y queda reducida la materia del drama al sentimiento del amor ofendido, del amor que, hasta en un medio corrompido, tiene en su ex-

clusivismo natural una fuerza ennoblecedora que le hace resistirse á ser compartido. La frase final de esta obra: *Ce qui Paris me degôute...* es la expresiva protesta contra aquel ambiente de corrupción, y envuelve la crítica moral de la comedia.

En cambio, la de la señora Pardo está colocada en un medio social diferente, donde la moral y el honor son, por lo menos, imperativos sociales externos, que conservan una considerable influencia. De ahí que el conflicto tenga una fuerza trágica y una gravedad que no alcanza en la obra de Capus, que es una comedia naturalista y de observación, mientras la de nuestra ilustre compatriota tiene el vuelo romántico de una conmovedora poesía.

Confieso, sin embargo, que yo soy tradicionalista en este eterno asunto dramático de adulterio, aunque de sobra comprendo que tal género de tradicionalismo anda hoy de capa caía en los escenarios, donde ha reinado largo tiempo. Encuentro mucha más belleza moral y estética en aquellos desenlaces calderonianos, tachados hoy de bárbaros, por la blandura de nuestras costumbres y el reblandecimiento de nuestra ética, que en las resignaciones doloridas y en los perdones que privan en la dramática moderna, si bien no tan en absoluto ni con tan indisputado dominio como algunos presumen. La carrera escénica del amor vengador no ha terminado probablemente, y mucho ha de variar la naturaleza humana para que termine. Podrá el sentimiento del honor quedar arrinconado y vencido por otros motivos de conducta; pero el amor, que mata á menudo en la calle, en las tragedias que nutren los *faits divers* y las crónicas de los tribunales, seguirá matando tambien en escena, ó volverá á matar, cuando pase esta moda dramática de la conformidad de los ofendidos.

En *El becerro de metal* presenta la señora Pardo Bazán uno de los aspectos del problema judío, del anhelo de Israel, que después de haber vivido oscuramente en los ghettos y juderías, como en otra cautividad de Babilonia, renace triunfante en las sociedades modernas sobre su pedestal de oro y

sueña con un mesianismo de dominación. Una familia de opulentos judíos, los Leyva, de origen español, se traslada á la tierra donde duermen los huesos de sus abuelos, y de donde otros abuelos más próximos en la historia, fueron lanzados en éxodo forzoso. España ejerce una gran atracción sobre los judíos, atracción de amor y de horror, de la tierra añorada donde vivieron largos siglos, y que todavía da una ejecutoria de distinción de raza á los sefardíes y de tierra cruel, lugar de persecuciones y suplicios que ven todavía los hebreos iluminada por el cárdeno resplandor de las hogueras inquisitoriales. Los judíos que presenta la señora Pardo, son Israel preparándose al desquite de los agravios históricos: quieren imponerse con el poder de su oro en la tierra de donde fueron proscritos, y quieren también, siguiendo el ávido instinto de su casta, hallar aquí un campo casi inexplorado de negocios; juntar la utilidad con la venganza de los agravios ancestrales.

En esta familia de judíos donde vemos el tipo del hebreo moderno, hombre de mundo, elevado por la riqueza á las cimas sociales, en torno á las cuales ruge el antisemitismo, como el león bíblico buscando á quien devorar, ha florecido la poética figura de Susana, rosa de Jericó, llena de gracia y de bondad. Sus parientes quieren enlazarla con el heredero de una de las grandes familias españolas. Ella se resiste á abjurar de su fe y llama en su auxilio al gran rabino Ismael de Leyva. Mas lo que no habían podido hacer la vanidad y la ambición, lo hace el amor. Susana se enamora de un noble pobre, Pedro de Torrellas, que la ama en silencio, alejado por el brillo insolente del oro, y se convierte para para unirse con el amado. La escena entre Susana y el gran rabino es de gran intensidad dramática, tierna y fuerte, y el desenlace baña con una onda de tolerancia y reconciliación aquel conflicto de razas y religiones.

Podrá decirse que el asunto de la comedia de la señora Pardo Bazán está un tanto fuera del ambiente español. España, el pueblo perseguidor y cruel, es el pueblo donde no existe cuestión judía, acaso porque los judíos son pocos y no tienen

visibles comunidades. Pero entra ese asunto en el reino de los posibles dramáticos, y la manera de tratarlo es bella y levantada. Si recordamos alguna de las obras modernas inspiradas en el problema judío, por ejemplo *Israel,* de Bernstein, á la que da tanta fuerza dramática la situación del orgulloso príncipe de Clar, que descubre ser hijo del banquero judío Gutlieb, á quien ha ultrajado y provocado á duelo, hallaremos que la comedia de la señora Pardo Bazán tiene más generalidad, está menos ligada á las circunstancias de lugar y de momento, que en esa obra de Berustein son reflejo del movimiento antisemita y nacionalista francés.

Evidentemente, la señora Pardo Bazán no simpatiza con los judíos, pero eso no impide que en su obra estén retratados con imparcialidad. Junto á las figuras petulantes ó ávidas del viejo Simón y de sus hijos Benjamín y Ezequiel, se alza la noble figura del rabino Ismael de Leyva, un personaje de la antigua ley, duro como ella, pero recto y lleno de la idea de la misión de su raza. Quien verdaderamente poetiza el cuadro y vierte sobre el espectáculo de sus luchas, de sus ambiciones, de sus rencores, un bálsamo suave de paz y de dulzura, es la bella imagen de Susana. El amor, que tantas discordias ha engendrado y otras tantas ha apaciguado entre los hombres, aparece aquí en su papel de conciliador, de domador de odios, y dicta un desenlace feliz y desapasionado, en que las dos razas se reconcilian en las dos más nobles figuras que las representan en la comedia. No puede decirse que el asunto esté tratado por la señora Bazán con prejuicios cristianos y aristocráticos. Si las figuras de los judíos son, en general, poco atractivas, los cristianos que se rinden ante la opulencia semita no hacen mejor papel. En esta comedia hay una parte de observación de costumbres del mundo, de la sociedad distinguida, que la da alguna semejanza de ambiente y de tono con *Cuesta abajo,* otra de las obras de la autora.

Juventud nos muestra un personaje de estirpe ibseniana, un pariente lejano de los Brand, los Juan Gabriel Borkmann,

los Enemigos del Pueblo y los Solness, que tan relevante papel desempeñan en el moderno teatro noruego. Bernardo de Salvora es un visionario, un soñador, que desdeña la realidad y no quiere amoldarse á sus mezquinas exigencias. Es el ensueño, el ideal, despreciando los caminos ordinarios de la acción. Estudiante, pierde la carrera, y con ella un legado, por no amoldarse á la rutina de la enseñanza oficial; desdeña luego el puesto de caudillo de una juventud animosa que le ofrecen sus amigos y compañeros de las aulas; renuncia al amor de la hermosa y opulenta Inés de Montemra, antes que doblegarse á ser un hombre como los demás, á buscar una posición en la vida, uno de los fines prácticos y mediocres que persiguen ordinariamente los hombres. Lo que le distingue de los personajes ibsenianos, y nos hace ver en él una figura meridional, es su desprecio de la acción. Su idealismo no se desahoga en una acción extraviada y reñida con la prudencia humana; se complace en el quietismo, en una especie de orgulloso nirvana. Es el hombre ensueño del Mediodía, no el hombre acción del Norte.

El desengaño amatorio hace caer á este personaje de las alturas de su idealismo. Comprende que hay que capitular con la vida. Cuando Inés vuelve á ofrecerle su amor, admitiéndole ya tal como fué: soñador, loco, divorciado de la realidad, un último destello de idealismo le mueve á rechazarla. En una escena muy bella, la dice: Respeto en ti á aquel Bernardo Salvora que fué... ¡Canto mío, juventud mía, locura mía, no te sé acuñar!... Ella, enamorada, le deja la llave de la puerta que pone en comunicación los dos huertos vecinos, de Inés y del soñador; mas él se la entrega á una muchacha humilde que le adora en secreto, y cuyo amor ha adivinado al cabo, la cual, en un movimiento de mujer triunfante y celosa, tira la llave por encima del muro. Parece que con aquella llave se va el pasado quimérico de Bernardo de Salvora, y se le abre una vida nueva, una vida de lucha y de transacción con la realidad, en que ha de sostenerle aquel amor fuerte y sencillo de una

mujer que tiene fe en él como en un dios, pero por donde alguna vez cruzara, con la suprema nostalgia del bien perdido, sin haberle gozado, la imagen de Inés de Montemar.

El carácter del protagonista es algo oscuro; tiene una vanidad infantil, una fe jactanciosa en su superioridad, en aquella superioridad potencial que no se aplica á ninguna misión clara y determinada. Esta fe, este concepto de su superioridad y este apego á ella, se quiebran de repente al recibir el choque del desengaño amatorio, y hay un rápido acomodamiento á las circunstancias y exigencias de la vida. Es achaque del personaje, más que del dramaturgo. Estos espíritus que han nacido llevando en la frente el signo del ensueño, son contradictorios y fantásticos. Por eso el público, que se compone de un nivel medio de sentidos comunes, no suele comprenderlos bien.

La lucha entre los dos amores que rodean y asedian á Bernardo de Salvora, el amor que siente y el amor que inspira, es quizás lo más bello de la comedia y uno de sus aciertos psicológicos. Al hacer triunfar al amor sumiso, entregado, fiel en la adversidad, de la pobre hospiciana Socorro, la condesa de Pardo Bazán ha otorgado una hermosa victoria al ideal. Este triunfo de la humildad, de la dación y entrega de sí mismo, vale más que valdría el triunfo del altivo y vago ensueño de Salvora. ¡Ah, si el amor rendido, el amor de renunciación, de entrega y sacrificio de sí mismo, alcanzara frecuentemente estas dulces victorias, cuán embellecida resultaría la vida humana!

Leído, el *Teatro* de la señora Pardo Bazán nos eleva á esas esferas de ensueño, de meditación moral, de sublimación de las potencias humanas, que indica la breve exposición de los asuntos que queda bosquejada. ¿Ha de ser incompatible con estas nobles emociones la perspectiva de la escena? Por mi parte, no lo creo. Podrá haber lucha; pero al final se adivina, como una aparición radiante, como un fantasma de luz, la victoria.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: LITERATURA: Barbey d'Aurevilly.=HISTORIA: ¿Estaba Napoleón enfermo en Waterloó?=CRÍTICA: ¿Verosímil ó verisímil?—Otra vez Rubén Darío.=CIENCIAS NATURALES: Los matrimonios entre los animales.—COSTUMBRES: Amores de teatro.=FEMINISMO: La fuerza moral de la mujer.=IMPRESIONES Y NOTAS: La curación de la arterio-esclerosis.—Los *camelots du roi*.—Un museo de feísmo.—Impresiones de un jurado.—Cirano-Bergerac.

LITERATURA

BARBEY D'AUREVILLY.—Es interesante la conferencia que ha dedicado Pablo Bourget á Barbey d'Aurevilly, «el ilustre caballero de Molossard», como le llamaba Pontmartin; «burgués equilibrista», como le llamaba Zola; «bicho raro», como le apellidaba Sainte-Beuve, y «vieja paradoja ambulante», como le decía Brunetière, en todo caso escritor estimado, cuyas obras se agotan y se reimprimen, y que si fué condenado por un Sainte-Beuve, fué también exaltado por un Baudelaire y un Saint-Victor, un Teófilo Gautier y un J. J. Weiss. Y no es que sus obras sean numerosas, pues aparte de sus artículos de crítica, se reducen á cuatro ensayos de juventud: *Lo que no muere, La sortija de Aníbal, El amor ó Imposible;* otras cuatro novelas de la edad madura: *Alma vieja querida, El caballero Destouches, La Hechizada* y *El cura casado*; un cuento

muy largo, *Historia sin nombre,* y una colección de seis *nouvelles, Las diabólicas.*

Barbey llamaba ante todo la atención por su caprichosa vestimenta: los puños de su camisa volvían sobre la manga de su levita, cuyas solapas se adornaban con ancha cenefa de seda; sus corbatas llevaban siempre una ancha y larga puntilla de encaje; su sombrero de copa tenía alas forradas de terciopelo; su pantalón de lana blanco, con trabillas y banda de seda amarilla ó malva, y sus guantes, de piel negra, iban cubiertos con gruesos anillos de oro; llevaba por bastón un látigo, y con esto y un rostro devastado, que no tenía ya edad, de penetrante mirada, boca altiva y nariz aguileña, se presentaba de modo que excitaba el asombro, y frecuentemente la antipatía, en los teatros y en los círculos, en las exposiciones y en las visitas. El asombro se cambiaba en entusiasmo ó en mayor antipatía cuando se le oía hablar. Bourget dice que no ha oído conversación comparable á la de Barbey d'Aurevilly, prosa inaudita de verbo y de color, que brotaba como un surtidor, acarreando revueltas, anécdotas truculentas y epigramas crueles, imágenes sorprendentes ó ideas geniales. Vivía en el Faubourg Saint-Germain, y los que no le conocían más que por sus libros y sus trajes, se lo imaginaban instalado á lo gran señor en las magnificencias de algún vetusto, pero grandioso palacio. La realidad era otra cosa: su casa se componía de una pieza cuadrada pequeña, en la que apenas cabían un armario de espejo, una cómoda-tocador, una cama, unas sillas y dos mesas; en la una estaba dispuesto el arsenal de sus plumas de ave y de sus frascos de tinta (pues Barbey no escribía el menor billete sin iluminarlo de rojo, azul y verde, oro y plata) y sus papeles, pruebas y libros; la otra le servía para comer lo que le llevaban de un restaurant vecino. Otro cuartito contiguo le servía de ropero.

Si para salir á la calle Barbey se equipaba del modo extravagante que hemos dicho, en su cuarto la extravagancia era todavía más atrevida, soliendo llevar una blusa de paño rojo

con cruces de paño verde ó negro, bordadas en aplicación sobre los hombros y las mangas, con una especie de gorra de cuartel, de la que colgaba, á modo de esclavina, una especie de capa de paño rojo; pantalones de la misma tela, bien tirantes, con trabillas sobre zapatos de cuero verde adornados con hebillas de cristal. Lo raro del caso es que, al verle con este disfraz, nadie pensaba en reirse ¡tan atractiva era la palabra de Barbey! No se veía ya más que aquella llama de talento y de poesía que brotaba de sus ojos ardientes y de su elocuente boca. Era Midas cambiando en oro todo lo que tocaba, ó mejor aún, Don Quijote transformando en castillo la primera venta en que entraba.

Mientras los alemanes bombardeaban á París, él escribía un volumen sobre Gœthe y contra Gœthe; no necesitaba Barbey aquel motivo patriótico para odiar al autor de *Werter*; eran dos espíritus completamente opuestos. Para Gœthe, toda la ética se resumía en la *adaptación;* para Barbey, en la *resistencia*. Realizaba el tipo observado por Cervantes en sí mismo, sin duda el del hombre cuyo ideal íntimo está en desacuerdo irreductible con la realidad circundante. Lo patético de la hermosa creación cervantina está en el trágico dilema que ha de resolver su héroe: renegar de su alma ó batirse con una realidad inevitable, que á cada momento toma su desquite. El desquite en el caso de Don Quijote era el apaleamiento de los unos, las burlas de los otros y las guasas de Sancho Panza; para Barbey era el cuarto amueblado de 50 francos, la ironía ó el silencio de la crítica, la necesidad de escribir para vivir sobre todas las necedades publicadas, la vejez, en fin, con todo su horrible séquito de impotencias y alifafes. Y eso que á los ochenta años Barbey no aceptaba todavía el envejecimiento, afirmando que «si el sentimiento de la guardia que muere y no se rinde es heroico en Waterloó, no lo es menos enfrente de la vejez, que no tiene la poesía de las bayonetas para herirnos».

Barbey d'Aurevilly pertenecía á una antigua y muy buena familia del Cotentin. Su abuelo era hijo natural de Luis XV y

fué ennoblecido en 1756 por un cargo que confería la nobleza. Barbey era un hidalgo intransigente, que se avergonzaba de ser primo de un pretendiente (el conde de Chambord), que no había montado á caballo para reconquistar su reino. Nada le indignaba tanto como un rey que no fuese militar. Cuando Amadeo dejó el trono de España, Barbey envió al *Fígaro* un artículo comentando aquella abdicación en términos tan violentos, que Villemessant le devolvió la prueba con estas palabras: «No admito que se insulte á los reyes que caen.» Barbey devolvió á su vez la prueba con este comentario, escrito con su tinta más roja: «Sea; pero ¿y los que se...?» Y es que Barbey se había educado en un medio ambiente de aristocratismo exasperado tan intransigente, que su padre, Teófilo, no sólo no aceptó jamás el imperio, sino que no quiso ejercer ningún cargo bajo Luis XVIII ni bajo Carlos X, porque habían reconocido la Carta. Así se comprende que con esta preparación no era fácil que se acomodara á una atmósfera tan distinta como la del París de Luis Felipe.

Poeta á los quince años, enviando una oda dedicada á los héroes delas Termópilas, á Casimiro Delavigne; entusiasta de Byron y Alfieri, que envenenaron diez años de su juventud exaltando su dandysmo; prosaico estudiante de derecho después en Caen, donde tropieza con el hermoso Brummel, el rival en elegancia de Byron, que envidiaba sus chalecos; establecido luego en París hacia 1836, sin que se sepa lo que hizo en diez ó doce años, como no fuera comerse con sus aspiraciones al cetro de la elegancia los pocos billetes de 1.000 francos que le legó su pariente el caballero de Montressel, novelista oscuro más tarde y hasta agente electoral y lanzador de negocios desastrosos en algún momento; pensando tan pronto en hacerse militar como en meterse en un convento, se resuelve al fin en 1849 á dedicarse á la literatura, impulsado por la necesidad de ganar la vida de algún modo.

Las características de sus novelas están perfectamente señaladas por Pablo Bourget. La novela de Barbey es, ante

todo, histórica; pero refiriéndose á un período histórico, y reproduciendo su espíritu, sentimientos y costumbres, se abstiene de tomar como protagonistas personajes demasiado conocidos de aquella época; mientras Balzac trata la novela histórica, como la novela contemporánea, por reconstrucción directa, Barbey la trata, y esa es su originalidad, en la perspectiva del recuerdo y de la tradición. Su novela no es solamente histórica, sino regional; el movimiento es escaso; en cambio, sus procedimientos se adaptan perfectamente al retrato, y eso sobre todo es la novela de Barbey: una novela retrato. La impresión de conjunto de un libro como *La hechizada*, su obra maestra acaso, es una figura, la del cura La Croix-Jugón, admirable tipo de cura vendeano.

Para Bourget, la explicación de que algunos grandes literatos hayan desconocido el valer de Barbey d'Aureville, está en la crítica. Barbey crítico tenía la pluma muy dura, y Barbey hablador, la lengua muy punzante. Un día que Bourget defendía á Zola ante Barbey, diciendole: «Es lo que queráis, pero es muy fuerte», Barbey le respondió: «Sí, es un Hércules que entra en las cuadras de Augias para aumentar su suciedad.»

HISTORIA

¿Estaba Napoleón enfermo en Waterlóo? — Interesantísimo es el artículo que con este mismo título ha publicado en *La Revue* el Dr. Cabanés, y que ha servido también de tesis para una apasionada polémica á la Sociedad Médico-Histórica de París.

Para el general Bonnal, desde 1809, «la visión de Napoleón no es tan clara como antes; una nube de orgullo se interpone entre él y los objetos, haciéndole ver sus propias fuerzas desmesuradamente grandes, y las del enemigo excesivamente pequeñas; este defecto de óptica, exagerándose, es una de las

causas de su ruina definitiva». De ahí que la derrota de Waterloó la atribuya á la faltas poco numerosas, pero graves, cometidas por Napoleón en la campaña de 1815, faltas debidas «á cierto cansancio acompañado de disminución de la energía objetiva y de menor cuidado de los detalles, á la falta absoluta de severidad para con los indisciplinados y á la falta de confianza en el éxito final». También el general Grouard deduce de su estudio de la campaña que Napoleón se mostró «mediano estrategista en la preparación de la batalla, y mediano táctico al darla», añadiendo que sus facultades intelectuales habían bajado hacía unos años.

¿Es verdad todo esto? ¿Es cierto que en la batalla de Waterloó, Napoleón estaba enfermo? Según el Dr. Ravarit, «Napoleón jamás tuvo su memoria más clara, su inteligencia más despierta ni su cuerpo más resistente á la fatiga que en aquel famoso día; la derrota no fué debida al jefe, que nunca estuvo más en posesión de su poderoso genio militar». Esa es también la opinión del historiador Enrique Houssaye, que ha llegado á comprobar que Napoleón, á quien se representa abatido y deprimido por la enfermedad, sin resistencia al sueño é incapaz de tenerse á caballo, estuvo montado más de treinta y siete horas en menos de cuatro días. «Jamás, dice, ejerció el mando más efectivamente; jamás su acción fué más directa; pero obligado precisamente al papel de *sargento de batalla*, que condenó Mauricio de Sajonia, se dedicó por completo á reparar los errores, los olvidos, las faltas de sus lugartenientes.»

Los que han atribuído la pérdida de la batalla de Waterloó al mal estado de salud del emperador, son historiadores y críticos militares que han vivido mucho después de los sucesos. Para el mariscal Wolseley, Napoleón estaba bajo un velo de letargia semejante al que el coronel Baudus atribuye al que tuvo en Moscou. Hoy está fuera de duda que lo que padeció Napoleón en Moscou fué disuria, es decir, dolores vesicales que le dificultaban, cuando no le imposibilitaban, el orinar.

Así lo afirma Segur, que lo sabía por los secretarios del emperador y por su cirujano, según el cual, Napoleón estaba sujeto á este mal desde su juventud. El Dr. Ivan, que siguió al emperador en todas sus campañas, y el Dr. Mestivier, que estaba á su servicio la víspera de la Moscova, confirman lo dicho por Segur, como puede verse en las notas siguientes, conservadas en los Archivos:

1.ª «El emperador era muy accesible á la influencia atmosférica. Se necesitaba en él, para conservar el equilibrio, que la piel cumpliese siempre sus funciones. En cuanto se oprimía su tejido por una causa moral ó atmosférica, el aparato de irritación se manifestaba con influencia más ó menos grave, y de ahí la tos y la ischuria (*sic*) se manifestaban con violencia. En la jornada del 5 al 6 (Septiembre 1812) fué atormentado por los vientos del equinoccio, las nieblas, las lluvias y el vivaqueo. Los accidentes fueron bastante graves, para tenerlos que calmar con una poción que fueron á buscar por la noche á una legua del campo de batalla. La perturbación fué bastante grande para producir fiebre; y sólo después de algunos días de reposo en Mojaïsk y en Moscou, cesaron la tos y la ischuria.»—(*Del Dr. Ivan.*)

2.ª «La constitución del emperador era eminentemente nerviosa. Estaba sometido á influencias morales, y el espasmo se compartía ordinariamente entre el estómago y la vejiga. Cuando la irritación pesaba sobre el estómago, sufría toses nerviosas que agotaban sus fuerzas morales y físicas, hasta el punto de que la inteligencia no era ya la misma en él. La vejiga compartía ordinariamente este espasmo, y entonces se encontraba bajo la influencia de una posición molesta y fatigosa; la marcha á caballo aumentaba sus sufrimientos. En el momento de la batalla de Mojaïsk (Moscova ó Borodino) experimentaba todos estos accidentes, hasta el punto de verse obligado en la noche del 6 al 7 á mandar preparar una poción á su boticario, que estaba con el grueso de la impedimenta á una legua de distancia.» (*Del mismo doctor.*)—Un testigo ocular,

el general Fantin des Odoars, confirma esta nota, diciendo que el día de la Moscova permaneció el emperador, contra su costumbre, todo el día en el mismo sitio, dando órdenes y recibiendo informes, ya de pie, ya más frecuentemente echado en tierra en un foso del reducto conquistado la antevíspera; sólo por la tarde montó á caballo.

3.ª «5 de Setiembre de 1812. El emperador me ha hecho llamar esta tarde.—Y bien, doctor, me ha dicho, ya lo veis, me hago viejo; mis piernas se hinchan, y apenas orino; es, sin duda, la humedad de estos vivacs, porque no vivo más que por la piel.»

«Noche del 6 al 7 de Septiembre.—El emperador se halla en el estado siguiente: tos continua y seca, respiración difícil y entrecortada. La orina, no saliendo más que gota á gota, y con dolor, es barrosa y sedimentosa. La parte baja de las piernas y de los pies, extremadamente edematosos. El pulso duro, febril é irregular. Estos síntomas graves hacen temer una disposición á una enfermedad orgánica.»—(*Del Dr. Mestivier.*)

4.ª «Debo añadir que la disuria que experimentaba Napoleón no cesó completamente sino al segundo día de su entrada en Moscou. Aquel día me hizo venir, hacia las siete de la mañana; acababa de despertarse, y enseñándome un orinal lleno, me dijo que creía estar fuera del paso después de haber orinado tan abundantemente y á pleno canal; pero me manifestó alguna inquietud por el sedimento, que llenaba un tercio del orinal. Yo le respondí que era el efecto de una crisis favorable al recobro próximo de su salud.»—(*Del Dr. Mestivier.*)

¿Sufrió Napoleón en la noche de la batalla de Ligny alguna de esas crisis de ischuria que había padecido en la Moscova? Grouchy dice que el emperador estaba fatigado al dejar en la mañana del 17 el castillo de Flourens; el general Le Sénecal y el coronel de Blocqueville, ambos á las órdenes de Grouchy, dicen que Napoleón había estado enfermo por la noche, sin decir de qué; y Thiers escribe que Napoleón sufrió el

día de la batalla de Waterloó una indisposición bastante incómoda, pero sin designarla. ¿Qué indisposición era ésta?

Vaulabelle, con referencia al general Gourgaud, dice que «el emperador era presa, hacía algún tiempo, de crueles dolores físicos, que le hacían muy penoso el ejercicio á caballo; sufría «una afección hemorroidal». El gran mariscal Bertrand añade que «estos dolores fueron causa de que Napoleón estuviera casi siempre á pie el día de Waterloó hasta cuando hubiera sido necesario que acudiese á caballo á tal ó cual punto». El rey Jerónimo, hermano de Napoleón, confirmó en 1849, hablando con Santiago Barral, que el emperador había sufrido hemorroides en Fleurus, en Ligny, y más todavía en Waterloó; su primera aparición ocurrió en la campaña de Sajonia, en 1813. El malestar cedía generalmente á lociones de agua hirviendo con extracto de saturno; el día de Waterloó, Napoleón tuvo que aislarse un instante en la granja del Caillou para practicar su cura. Sólo el hermano de Napoleón, su sobrino el príncipe Jerónimo y el conde Marchand, eran los únicos que estaban en el secreto de aquel padecimiento.

Nada se hubiera traslucido de él, si el rey Jerónimo, consultado por Thiers, no hubiera indicado que el emperador sufría un mal en la vejiga, y si no se hubieran recogido con este motivo testimonios concluyentes, que demuestran que el hermano de Napoleón no quiso decir la verdad más que á medias. Barral, oficial de la antigua guardia, ha contado á su nieto que Ney, al día siguiente de la batalla, hablaba en Mezières de lo sucedido, y exaltado por su relato, arrojó el sombrero al suelo, gritando: «¡La cabeza de Grouchy! ¡La cabeza de Grouchy! ¡Francia la necesita! ¡No ha marchado, no ha querido marchar al cañón! Gérard me lo ha dicho. ¡El emperador ha sido valiente, sagrado nombre de Dios, pero tenía sus hemorroides, y ha tenido que visitar en coche las avanzadas!»

El propietario de la granja del Caillou, que habló un momento con el emperador, en la mañana del 18 de Junió, notó que su andar era dificultoso y que separaba las piernas al an-

dar. Los libelistas explotaron esta observación, atribuyéndola á causa muy distinta de la verdadera, llegando el conde de Waldbourg á afirmar que Napoleón sufría una enfermedad galante, calumnia recogida por Charras al decir que Napoleón, «á su vuelta de la isla de Elba, había contraído la enfermedad de que murió Francisco I», y repetida después por Michaud y atenuado por Lamartine.

El padecimiento de Napoleón, sea hemorroidal ó vesical, ¿fué bastante fuerte para impedirle el uso del caballo durante la mayor parte de la jornada del 18 de Junio? Los hechos demuestran lo contrario. Walter Scott, que unos meses después de la batalla habló con el guía de Coster, dice que Napoleón estuvo toda la tarde, no lejos de la Bella Alianza, á caballo la mayor parte del tiempo. Barral ha echado la cuenta del tiempo que el emperador estuvo á caballo durante la campaña de Bélgica, y, de ciento nueve horas, estuvo en cada día diez y ocho horas, trece horas y veintiséis horas, de un solo tirón. En Waterloó, los oficiales y soldados le vieron, no lejos de la granja del Caillou, recostado á horcajadas con los brazos cruzados, en la actitud que tomaba cuando quería descansar. La víspera de Waterloó, Napoleón se había acostado después de las diez de la noche, y se había levantado á las dos de la mañana; nada de extraño era que á las once sintiera necesidad de dormir. En Wagram se durmió ante su estado mayor, y cuando se despertó, el ejército austriaco estaba derrotado; en Bautzen se durmió sobre la pendiente de un barranco, en medio de las baterías del general Marmont, y al despertar, supo que estaba ganada la batalla; en Italia se quedó muchas noches sin dormir hasta que, agotado de fatiga, durmió diez y ocho horas seguidas. Como él mismo decía, cuando daba batallas que duraban tres días, la naturaleza cobraba también sus derechos. En Waterloó, unos dicen que se echó en un lecho de campaña, y otros le vieron dormitando en una silla; su sueño, en todo caso, fué de corta duración.

Estas somnolencias, sin embargo, se repetían hacía tiempo

con demasiada frecuencia, é iban acompañadas de pesadez de cuerpo y de pereza de espíritu, que mostraban lo gastado de su organismo. El duque de Cres, que vivió en la intimidad de Napoleón durante los Cien Días, decía al duque de Ragusa, que lo refiere en sus Memorias: «Hay siempre en él un espíritu prodigioso, y en este sentido se conserva tal como lo habéis conocido; pero nada de resolución, nada de voluntad, nada de carácter: esta cualidad, en otro tiempo tan notable en él, ha desaparecido. No eran, pues, sus cualidades intelectuales las que se habían debilitado, como algunos han pretendido, aunque hubiera sufrido desde la campaña de Rusia algo de amnesia progresiva, sino su energía, su espíritu de decisión.» Sin negar que haya estado enfermo el día de Waterloó, sus sufrimientos, por dolorosos que fueran, no entraron sino en mínima parte en la pérdida de la batalla, debida principalmente á la imposibilidad de empezarla al rayar el día, como Napoleón había querido.

CRÍTICA

¿Verisímil ó verosímil? — De tiempos inmemoriales se ha usado en castellano, por casi todos nuestros buenos escritores, la palabra *verosímil* con sus compuestos y derivados *verosimilitud, inverosímil, inverosimilitud.* Pero de poco tiempo acá, es frecuente tropezar con la forma *verisímil.* En un *A B C* que tenemos á la vista, un redactor escribe *verosímil*, y otro *verisímil.* ¿Cuál de los dos tiene razón?

El Diccionario de la Academia admite las dos formas, aunque parece dar la preferencia á *verisímil.* Claro es que esto es dejar en pie la cuestión. El adjetivo *verosímil* ó *verisímil* es un compuesto de dos adjetivos: el primero de ellos, *verus*, *vera*, *verum*, sustantivado; *similis* quiere decir *semejante*, y *veri* es el genitivo del adjetivo *verus*, y *vero* el dativo del mismo. Como se ve, para plantear bien la cuestión, lo que importa averiguar

es si el adjetivo *similis* rige genitivo ó dativo, ó, lo que es igual, si debe decirse *similis veri*, semejante *de* la verdad, ó *similis vero*, semejante *á* la verdad.

En castellano, la cosa no ofrece duda. Nosotros decimos «semejante *á* la verdad», y no «semejante *de* la verdad». Hay casos en que *semejante* podría emplearse con *de*, como al decir: «Luis es el semejante de su padre»; pero esta construcción, además de ser insólita, requiere la sustantivación previa del adjetivo; pero, conservando éste su carácter propio, nunca podría emplearse con *de*, y á nadie se le ocurriría decir: «Luis es semejante *de* su padre», sino «semejante á su padre».

¿Sucede lo mismo en latín? Las gramáticas latinas, como la de Raimundo Miguel, por ejemplo, dicen que el adjetivo *similis* se construye con el genitivo ó con el dativo, como se ve en *similis mortis* ó *morti*. Algunos, fundándose en la distinción establecida por Diómedes, sostienen, con Madvig, que se emplea el genitivo cuando se trata de seres animados, especialmente de los dioses ó de los hombres, y el dativo cuando se trata de seres inanimados; pero esto se halla contradicho por numerosos ejemplos de los clásicos, como se ve en Cicerón (*patri similis, dissimilis homini*), en Virgilio (*deo similis*), etc.; sólo con los pronombres personales, como anota Charisio, suele preferirse el genitivo. Los Diccionarios latinos, sin embargo, tratándose del compuesto á que nos referimos, aceptan *verisimilis*, lo que explica la preferencia otorgada por un Diccionario tan afecto á la restauración etimológica como el de la Academia, en su última edición, á la forma *verisímil*, en contra de la verdadera tradición castellana, que ha preferido siempre *verosímil*, como más conforme al genio de nuestra lengua, del mismo modo que ha preferido las *b* y *p* en voces del tipo *obscuro, subscripción*, yendo contra toda la corriente del habla viva castellana.

***

Otra vez Rubén Darío.—Podrá parecer al que nos lea que sentimos contra Rubén Darío alguna especial animadversión; lejos de eso, el escritor americano nos inspira viva simpatía, y como figura de mayor relieve (en apariencia, al menos, por arte de sus aduladores) en la poesía contemporánea, no puede menos de atraer nuestras miradas y fijar nuestra atención; y por lo mismo que reconocemos en él cualidades estimables, quisiéramos verle exento de defectos, y juzgamos deber nuestro censurar lo que es digno de censura en sus producciones. Un escritor á quien se proclama, con bombo y platillos, «gran poeta» *urbi et orbe,* debe procurar ser impecable en todo: en los asuntos que elige, en el desarrollo que les dé al tratarlos y en la forma con que los vista para lanzarlos al público. Veamos el fragmento del *Poema del Otoño,* que encontramos en la notable revista bonaerense *Nosotros*, y que empieza así:

Tú que estás la barba en la mano
Meditabundo
Has dejado pasar, hermano
La flor del mundo?

Convengamos en que para poema, la rima no es rica ni el metro es de los más escogidos; pero eso es lo de menos, pues rima pobre es la de nuestros romances, y nada hay más hermoso que un romance bien hecho; y metros cojiandantes hay muchos en Fray Luis de León, sin que por eso valgan menos los pensamientos en ellos encerrados. Pero ¿qué es eso de «Tú que estás la barba en la mano»? ¿Qué recurso de gran poeta es el que obliga á esa elipsis tan poco castiza, aunque puedan citarse, rebuscando bien, algunos ejemplos que parecen autorizados? ¿Qué recurso de gran poeta es el empleo de hermano, que más que nada trasciende á ripio? ¿Qué flor del mundo es esa á que Rubén se refiere? ¿Es la primavera ó es el verano? Pues sea el verano ó la primavera, esas no son flores del mundo, sino flores del tiempo. ¿Es la adolescencia ó es la juventud? Pues esas tampoco son flores del mundo, sino flores de la vida,

y luego, ¿dónde empieza la interrogación, amigo D. Rubén? Porque en castellano tenemos, afortunadamente, un signo de interrogación inicial y otro final, y aquí sabemos dónde concluye la pregunta, pero no sabemos dónde empieza; y aunque es verdad que se puede ser gran poeta con mala ortografía, no está bien en una persona culta prescindir de los principios ortográficos.

Otra estrofa dice así:

El alma ahita cruel inmola
Lo que la alegra,
Como Zingüa reina de Angola
Lúbrica negra.

Aquí nos encontramos con un aforismo y una comparación por ejemplo; el aforismo es falso, pues el alma ahita no siempre inmola lo que la alegra; hay almas ahitas que inmolan y otras que no inmolan; y las que inmolan, unas veces inmolan lo que las alegra, y otras, las más, lo que las entristece ó las estorba. En cuanto al ejemplo de esa señora Zingüa (conservamos la diéresis del original, aunque maldita la falta que hace), es un descubrimiento que podrá servir á D. Rubén para escribir una monografía histórica, pero que en una poesía está completamente fuera de lugar, pues cuando se hacen citas de esa clase deben escogerse nombres de personajes mitológicos, históricos, legendarios ó novelescos, con notoriedad suficiente para que todo el mundo—el mundo culto—comprenda y aprecie el símil ó la alusión. Pero, ¡es claro! Rubén Darío había empleado como final del segundo verso la palabra *alegra*, y le hacía falta un consonante en *egra* para el cuarto verso, y para encontrarlo se tuvo que ir en busca de doña Zingüa, una reina de Angola, lúbrica y negra, y así salió del apuro con un descubrimiento histórico-geográfico, una diéresis innecesaria y un ripio de los más caracterizados.

Casi toda la poesía es así, pues apenas hay estrofa que no tenga defectos, siendo todas ellas de lo más prosaico y vulgar

que puede verse, á pesar de lo rebuscado de los términos y de lo alambicado y enrevesado de los conceptos. Véanse, por ejemplo, estas otras dos:

Para qué las envidias viles
Y las injurias
Cuando retuercen sus reptiles
Pálidas furias?
Para qué los odios funestos
de los ingratos?
Para qué los lívidos gestos
de los Pilatos?

Es lo que dice todo el mundo:

¿Para qué los arduos problemas
ni los belenes?
¿Para qué los huecos poemas
de los Rubenes?

¿Para qué? ¿Para qué? ¡Vaya usted á saber! Ni D. Rubén nos lo dice, ni nosotros queremos perder el tiempo en averiguarlo. Todo eso suena á hueco con la máxima oquedad. ¿Por qué las *furias* han de ser *pálidas*? ¿Por qué los *gestos* de los Pilatos ni de nadie han de ser *lívidos*? ¿Se concibe siquiera lo que puede ser un gesto lívido?

Basta por hoy. América, nuestra hermana América, la América española, tiene glorias literarias de primer orden en la lírica, en la dramática y en la erudición; nombres como Sor Juana Inés de la Cruz, en lo antiguo, y como el de Cuervo, en lo moderno, brillarán siempre como astros de primera magnitud en el cielo de la literatura hispano-americana. Y cuando esto es así, es doloroso que quienes pueden tan sólo aspirar á ser astros de segundo orden, encuentren quienes por adulación mal entendida, mimándolos y lisonjeándolos con exceso, se empeñen en ensalzarlos, y contribuyan á que descuiden su educa-

cación literaria y dejen de limar y pulir sus producciones, haciéndoles todavía perder de categoría, con grave mengua del prestigio que en otro caso podrían adquirir.

CIENCIAS NATURALES

Los matrimonios entre los animales.—En las sociedades animales, como en las humanas, dice G. Rona, en *La Revue*, la observación atenta descubre los mismos modos de unión sexual, la monogamia y la poligamia. Lo que casi siempre determina la asociación es, además de la reproducción de la especie, la solicitud por la progenie. El animal tiene el sentido de la protección de sus hijos de un modo especialísimo: una mujer se arrojará en las llamas para salvar á su hijo ó perecer con él en el incendio; pero esta abnegación no es más heroica que la de la cigüeña, que no abandona su nido ardiendo y que extiende cuanto puede las alas para defender su cría. Y no es menos admirable la conducta de la elefanta de que habla Schweinfurth: unos cazadores, para cogerla, habían incendiado los matorrales en que se había refugiado con sus hijos; ella trataba de salvarlos aspirando el agua con su trompa y rociándolos, mientras hacía lo posible para librarlos, corriendo en todos sentidos y dando berridos de desesperación.

Los peces mismos, á pesar de su reconocida estupidez, no carecen de virtudes maritales y paternales, según Lacepede, Cuvier, Valenciennes y Seeley. Refiere Pictet la manera con que el macho del hipocampo y de la anguila de mar se encargan de la inteligente defensa del nido en unión de la hembra. Hufchinson afirma que los grandes salmones del Oregón realizan esta tarea de un modo conmovedor, como si comprendieran las obligaciones de su unión: ahuecan la arena para emboscarse en el lecho del río, á fin de caer inopinadamente sobre la feroz trucha que amenaza sus huevos, y á menudo, el

salmón macho se adelanta á la hembra para preparar el sitio en que ha de detenerse; el afecto del macho es tan grande, que arrostra por la hembra todos los peligros. Estos grandes salmones americanos viajan en bandadas; son rivales entre sí y van en busca de la hembra; cuando la encuentran, se entregan por su posesión á combates encarnizados, y como lo exige la ley de la selección, el vencedor es el más apto para la reproducción; los vencidos, si no han sido muertos, abandonan el campo para ir á buscar en otro sitio mejor ocasión de matrimonio.

Un pez del lago Tiberiades, el *cromis,* ha merecido el nombre de *pater familias,* por abrigar, y alimentar en su boca los huevos fecundados. El pez luna de la cuenca de los Adirondacks, de Nueva York, se mete en la grava amarillenta, donde yace la hembra y espía los alrededores; ora se arriesga al exterior para nadar en un rayo de sol que irisa sus escamas, pasando con precaución por encima de su tesoro; ora se lanza al encuentro de algún merodeador con verdadera cólera, expresada por sus violentos coletazos, acometiéndole con furia. Entre los peces inferiores, los hay que promiscuan, abandonando la hembra antes de que ponga; pero son especies de organismos tan sencillos, que los hijos pueden vivir por sí mismos desde la primera hora sin necesidad de protección.

Donde se encuentran lazos de matrimonio semejantes á los de la familia humana, es entre los pájaros; salvo raras excepciones, parecen tener conciencia de sus deberes matrimoniales aun más que el hombre mismo, sin hablar de los *inseparables.* Vermet cita el caso de dos patos mandarines, unidos por profundo afecto; un día se llevaron la hembra para hacerla criar en otra parte; esta separación fué tan penosa para el pato, que languideció y daba pena verlo; pero cuando le devolvieron la hembra, fué una escena de ternura completamente apasionada. Buller habla, en sus *Pájaros de Nueva Zelanda,* de una pareja de loritos que eran modelos de buen matrimonio; el macho fué muerto en la caza; la hembra, entristecida profundamente por aquella pérdida, se negó á tomar todo alimento y acabó por

sucumbir á su dolor. Sabido es el violento pesar que la viudez provoca en las tórtolas. El amor, tan fuerte como la muerte, no es aquí una imagen literaria, es la expresión de la realidad.

Según Darwin, salvo ciertos mamíferos y algunos pájaros que son incorregiblemente polígamos, los animales que ha estudiado, eran todos monógamos; jamás ha encontrado roedores ni insectívoros polígamos, y hasta la rata común que tiene esa mala reputación no suele tener harem; entre los carnívoros, sólo el león es el polígamo, como lo son también algunas aves de rapiña que frecuentan las orillas del mar.

Finck, autor de un curioso trabajo sobre los amores de los pájaros, afirma que lo que hace polígamas á algunas especies de animales es la domesticación; Brehm, Darwin y Claus sostienen que el animal es tanto más inclinado á la monogamia, cuanto más instintivamente se preocupa por el porvenir de su raza. Un macho que tuviera que ocuparse de las crías de varias hembras no podría atender á todas. Bartlett, que ha estudiado de cerca los lofóforos, ha observado que en una misma pajarera, aunque los machos sean polígamos, no se puede poner más que una sola hembra, porque si hubiera dos se destrozarian mutuamente; da como razón que la poligamia es generalmente cosa sólo del macho, no desaprovechando la hembra ninguna ocasión para castigarle por su inconstancia.

El hombre, al domesticar ciertas especies, las ha obligado á la poligamia para obtener productos más numerosos, más variados y mejores; pero hay animales que se resisten á la poligamia: el tigre, el leopardo, el lobo, la zorra, el chacal, el jabalí, el antílope, el castor, el mono antropoide, se obstinan con asombrosa sagacidad en no tener más que una hembra; los mismos pichones no son tan volubles como se dice; si los hay que visitan á todas las hembras del palomar, hay parejas que basta aislar algún tiempo para que abandonen la promiscuidad, y esas precisamente son las que dan productos de plumaje más brillante y de más evidente vigor. El calao no se liga más que con una sola hembra, y se aparta de todas las de-

más aun cuando tratan de conquistarle con demostraciones de coquetería. El papagayo de Madagascar, llamado «pájaro de amor», es todavía más fiel y adicto; muere cuando su hembra le abandona ó ha cesado de vivir, dando así el ejemplo á más de una familia humana, en la que frecuentemente la desesperación conyugal no dura ni siquiera el año de luto.

COSTUMBRES

Amores de teatro.—Hasta fines del siglo XVIII, dice en *La Grande Revue* León Blum, se juzgó muy natural que una mujer de cuarenta años, que podía ser ya madre y hasta abuela, pareciese todavía deseable y fuese amada por un hombre de menos edad que ella; entre las heroínas raciinianas, Roxana tiene seguramente más que Bayaceto y Fedra está más madura que Hipólito; en *El matrimonio de Fígaro* estamos más seguros del amor de la condesa por Querubín que del de Querubín por la condesa. El romanticismo cambió todo esto; y para ser amada, la mujer tiene que llenar las condiciones prescritas en el *Fortunio* de Gautier: «La belleza más perfecta y veinte años cuando más.» En el diálogo de Octavio y Mariana, de Musset, se ve también el concepto que en estas materias tenían los románticos:

—«¿Qué edad tenéis, Mariana?

—¡Bonita pregunta! Y si no tuviera más que diez y nueve años, ¿qué querríais que pensara de ello?

—Pues que tenéis todavía cinco ó seis años para ser amada, ocho ó diez para amar vos misma y el resto para rogar á Dios.»

El naturalismo á su vez ha revisado de nuevo esta causa. Desde Flaubert y Dumas hijo, la novela y el teatro nos han presentado con frecuencia mujeres cuya pasión ha sobrevivido á la primera juventud; así, la más noble heroína del teatro contemporáneo, la Dominica del *Pasado*, de Porto-Riche, es una

mujer de cuarenta años que ama á Francisco Prieur, un hombre de su edad. ¿Soportaríamos que se hubiera enamorado de un barbilampiño? Seguramente, no; sean restos del prejuicio romántico, sea cierta repugnancia á esos amores tardíos, encontramos en ellos cierta bajeza, tacha ó vicio; es el caso de la señora Guichard y Alfonso, de Germinia Lacerteux y Jupillon.

¿Por qué hacen sufrir tales amores y, á la compasión que inspiran se mezcla cierto ridículo? Las mujeres que en las postrimerías de su última juventud consagran su amor á un joven, obedecen á una ley natural. La mujer es, ante todo, amante; luego, esposa, y luego, madre; y el paso de su juventud á su madurez está precisamente marcado por esas tendencias complejas que conservan algo del estado anterior y del en que van á entrar. Son relaciones de amor en que hay mucho de amistad protectora y maternal, señalando la transición natural de la exigencia egoísta de la juventud al afecto reflexivo y desinteresado, cuando no abnegado, de la madurez.

Si se quiere llevar á la escena esta crisis sentimental, habrá que elegir entre dos hipótesis: la de la mujer que ha conocido el amor antes de esta crisis, ó la que no lo ha conocido. Tipo del primer caso es *Mamá Colibrí*, de Enrique Bataille. La baronesa Irene de Rysberge no ha querido nunca á su marido, que es un hombre de negocios flemático y glacial, ni ha tenido jamás, ni pensado en tener, amante alguno. A los cuarenta años, cuando su hijo mayor está en víspera de casarse, se la ocurre enamorarse del joven Jorge de Chambry, un compañero de su hijo. ¿Se cree que su prolongado hábito de honestidad la protegerá contra tan peligrosa pasión? No; Irene de Rysberge (Mamá Colibrí) será fatalmente la querida de Jorge; se fugará con Jorge y sacrificará por Jorge su fortuna, su fama y hasta el respeto de sus hijos. ¿Por qué? Porque el largo período entre su casamiento y su pasión tardía ha estado ocupado, á falta del amor de esposa, por el amor de madre; porque la suma de pasión que no ha dedicado á ningún hombre, la ha

consagrado á sus hijos; y no distinguiendo entre la pasión maternal y la pasión amorosa, Irene ha querido á Jorge durante largos meses como si fuera uno de sus hijos, y al abrigo de esta ilusión, su pasión ha crecido hasta hacerse irresistible y llevarla al olvido de todos sus deberes. El sentimiento maternal ha servido así de disfraz y de guía al amor; pero si Irene no hubiese tenido hijos, hubiera sucedido lo mismo, pues habría reconocido en Jorge al hijo que la faltaba y hubiera creído amarle como tal, viniendo á parar al mismo resultado.

Supongamos ahora que la mujer, al llegar á esa edad, haya querido ya á otro hombre. Esa hipótesis es la elegida por Mauricio Donnay en *La Patrona*. Nelly Sandral, que vive en un mundo extremadamente libre y fácil, ha querido quizá á su marido en los comienzos de su matrimonio; después ha tenido amantes, y ya en la edad madura se encuentra con que Roberto Bayanne, quince ó veinte años más joven que ella, viene desde el fondo de su provincia á instalarse en casa de los Sandral; aquí sí que es natural y casi fatal—porque la fatalidad del otro caso es muy discutible, tratándose de una mujer de principios—que Nelly se enamore de aquel joven sencillo y jovial. En este sentimiento entra la amistad maternal, pero no le sirve de pantalla, pues su experiencia la protege, la ilustra y puede darla fuerzas para detenerse á tiempo. Nelly puede imaginarse al principio que al proteger á Roberto contra las tentaciones que le asedian, instruyéndole y consolándole, se limita á cumplir un deber maternal; pero su experiencia no tarda en advertirlo, y Nelly Sandral prefiere recogerse sin dejarse arrastrar de su pasión. ¿Por qué? Porque la envilecedora aventura en que Roberto está á punto de caer, cediendo á la influencia corruptora del medio en que vive, inspira á Nelly un súbito espanto que la atrae al camino del deber; porque Roberto Bayanne no amaba bastante á Nelly, y para conquistar á esta mujer, consciente de sus sentimientos, hubiera sido preciso que Roberto, dejándose guiar como un niño, supiera amar como un hombre. Lo que disminuye un poco el alcance de las

dos obras citadas, es que el tipo del joven es vulgar y vago; Jorge no es más que un pilluelo inquietante, con astucias, complacencias y cobardías sospechosas, que ha tomado á Irene sin amarla, por pura vanidad, conservándola por debilidad ó por interés; Roberto, sin ser bueno, ni mucho menos, no es vicioso ni malo; es débil y no tiene más pasión que la del confort y el placer, aceptando las buenas ocasiones que la vida le ofrece. La crisis de la madurez daría materia para un análisis más fino, si el adolescente á su vez se hallara en plena crisis de pubertad, como es el caso de Querubin. En *El Ladrón*, Enrique Berustein nos ha mostrado un joven á quien la primera exaltación del amor, y de un amor sin esperanza, elevaba hasta el más difícil sacrificio; en *El despertar de la primavera*, Francisco Wedekind nos muestra otro joven á quien el despertar de la pubertad lleva hasta conducirle al suicidio. Toda esta materia dramática, á pesar de toda su riqueza, permanece casi intacta, porque la psicología del adolescente es un asunto apenas tocado por la novela, y que nadie todavía ha llevado al teatro. Nuestro concepto dramático del joven sigue siendo convencional y arbitrario, y el de la joven poco menos.

En la pasión, sin embargo, el joven es tan diferente del hombre maduro como éste del viejo; hay aquí amplia materia de análisis y hermosos conflictos variables hasta lo infinito, por las situaciones y los caracteres, que constituyen una rica mina que explotar.

FEMINISMO

La fuerza moral de la mujer.—Es cosa olvidada, de puro sabida, que el hombre es el «sexo fuerte» y la mujer el «sexo débil». El hombre posee músculos de acero, maneja la espada, va á la guerra, perfora montañas, desafía las tormentas y mira de frente á la muerte sin inmutarse. La mujer, que se desvanece al borde de todo canapé (dicen, sin embargo, que ha pasado

ya la moda de estos desvanecimientos), y que se asusta á la vista de un ratón, ¿de dónde ha de sacar su fuerza moral? Y sin embargo, esa fuerza moral, como dice Paula Lombroso en *La Revue* de París, y hemos dicho nosotros mismos aquí años hace, es la cualidad más fundamental, más característica, siendo la energía física la condición necesaria de esa fuerza moral.

Las mujeres salvajes y primitivas ejecutan los trabajos más fatigosos: cultivar la tierra, moler el grano y hacer los transportes, aun en estado de embarazo ó de lactancia. En algunos pueblos primitivos se da hasta el caso de que la recién parida se dedica á todos los cuidados de la casa con su hijo á cuestas, mientras su marido se queda en la cama. Hoy mismo, en los campos de Europa, las mujeres hacen los trabajos más penosos y que requieren mayor esfuerzo, como puede verse en Herzegovina, donde tiran del arado en lugar de bueyes, y en los Alpes, donde transportan cargas de heno como si fueran mulas.

No hay ejercicio de audacia, intrepidez y sangre fría, que no ejecute la mujer con tanto valor como éxito: monta á caballo, nada, hace esgrima, maneja la bicicleta y lleva á cabo proezas alpinistas con tanta presencia de espíritu y tanto desdén de la muerte como el hombre mismo; hasta hay mujeres exploradoras capaces de arrostrar lo desconocido y de correr todos los riesgos de un viaje de exploración: la señora Coudreau recorrió con su marido las pestilenciales regiones de la Guyana, remontando los ríos del Brasil poblados de indios, sin dejar de proseguir sus viajes, aun después de quedar sola en 1899. Livingstone recorrió el interior de Africa acompañado de su mujer, que le arrancó de la muerte en Chupanga, y que murió estoicamente en el Zambese; y no menos animosas fueron las señoras de Baker, Potaniné, Ujfaloy, Peary, y las hermanas de Ramumsen, dignas compañeras de sus esposos y hermano en sus exploraciones de Africa, Asia Central, Groenlandia y el Polo. ¿Y qué decir de las heroínas como Juana de Arco, Catalina Sforza, Juana Hachette, Catalina Rochelat,

Carlota Corday, María Pita, Agustina Zaragoza, Mariana Pineda y tantas y tantas otras? Se podría objetar que estos son casos excepcionales; pero ¿qué decir de las mujeres salmantinas, sacando en hombros á sus maridos y á sus hermanos cuando la toma de Salamanca por Aníbal, y de las mujeres de Orihuela, cubriendo las bajas de los hombres durante el sitio de la ciudad por la morisma invasora? Esos no son casos aislados, es toda una población femenil portándose heroicamente, como se portaron las de Sagunto y Numancia, las de Zaragoza y Gerona.

Es verdad que el observador superficial, al aspecto del mundo femenino que le rodea, se inclina más bien á deducciones pesimistas, porque, ¿qué es lo que ve? Muchachas muy guapas, coquetas, artistas en materia de trajes y peinados, ávidas de diversiones y de galanteos, astutas y ligeras; jóvenes tiránicas y celosas si son adoradas, presumidas si son inteligentes, muy ocupadas de *shopping*, de visitas y de *five ó clock;* buenas burguesas, excelentes amas de casa, pero muy limitadas, trabajando como esclavas en el arreglo de su cuarto y desesperándose si la cocinera les desperdicia un poco de manteca. Esta es la mujer tal como ordinariamente la vemos: una muñeca elegante, graciosa, convencional, «sexo débil», en todos sentidos.

Pues bien: de esta mujer precisamente es de la que Paula Lombroso afirma que posee la más pura y la más indomable fuerza moral: la formada por la firmeza y el valor, la dignidad y la rectitud, la abnegación, el sentimiento del deber y el espíritu de sacrificio que la hacen capaz del máximum de combatividad y de resistencia.

El contraste entre la vulgaridad de la vida ordinaria de la mujer y su capacidad de fuerza moral en un momento dado, es verdaderamente sorprendente y singular, y en él estriba la diferencia entre la fuerza moral del hombre y de la mujer. La mujer deja dormitar su fuerza moral cuando el curso de su vida es plácido y normal; pero cuando la necesidad surge,

cuando la miseria, la desgracia ó la enfermedad hiere á su familia, el cambio que se produce parece cosa de encantamiento; no hay una mujer que á toda hora, sin aprendizaje y sin vacilación, no esté dispuesta en esos casos á sacrificarse, y que no sepa hacerlo sin fatiga, humilde y ardiente, sostenida por una llama interior, que se enciende de pronto en ella y que no se apaga ya. La mujer más sencilla, la más aparentemente frívola, oculta siempre en su interior, sin que ni ella ni nadie lo sospeche, una chispa de heroísmo, que jamás aparece si su vida transcurre normalmente, pero que brota espontáneamente en cuanto esa vida choca con obstáculos ó contrariedades que exijan actos de sacrificio ó de abnegación.

Realmente, no hacen falta ejemplos en demostración de esta tesis, pues todos, poco ó mucho, podemos ser testigos de su exactitud en nuestras propias familias ó en las de nuestros conocidos. Paula Lombroso, sin embargo, cita algunos de los más concluyentes. La señora X***, casada á los diez y ocho años con un banquero muy rico, cínico y calavera, que la abandona, la desprecia y la maltrata, hasta el punto de obligarla á pensar en separarse de él, se encuentra un día con un escándalo financiero que produce la quiebra, la detención y la condena de su marido; entonces, aquella mujer, traicionada, arruinada y perdida, olvida todo motivo de odio, y ya que no pueda amar á aquel sér despreciable, le permanece fiel, y durante dos años va todos los días á la cárcel á llevarle el almuerzo, que ella misma ha preparado, y una vez el marido en presidio, se impone toda clase de privaciones para poderle facilitar recursos con que endulzar sus amarguras.

Otra mujer, íntimamente conocida de la Lombroso, y hoy ya muerta, era durante su prosperidad tiránica y celosa con su marido, económica hasta la avaricia, regañona con sus criados, presuntuosa con sus iguales y orgullosa con sus inferiores; á los cuarenta años perdieron su fortuna, quedándose sin recursos; ella se dedicó entonces á sus antiguos estudios; se presentó á un concurso, fué nombrada maestra de escuela, y

con sus 1.500 francos de paga sostuvo perfectamente su casa con su marido y sus dos hijos. Nadie hubiera podido suponer en ella tal capacidad, no sólo para sacrificarse, sino para cambiar completamente de carácter; estaba orgullosa de la blancura y finura de sus manos, que antes se cuidaba mucho, y cuando la desgracia sobrevino, no quiso dejar á nadie el lavado de la vajilla sin temor á estropearlas.

Otro caso, también personalmente conocido por la Lombroso, es el de una joven muy despierta y vivaracha que durante algunos años había llevado la vida más brillante de sociedad, como casada con un diplomático. Un día, su marido fué atacado por un reumatismo anquilosante que no le dejaba mover más que los ojos; le llevaron al campo, y su mujer, que apenas tenía veinticinco años, se convirtió en su enfermera única é infatigable por espacio de diez y ocho años; en los tres últimos, ni siquiera salió de casa; no veía más que media hora al día á su hija, que vivía en la misma casa, para no apartarse de sus deberes de enfermera, y para que su hija no respirara mucho tiempo la atmósfera de hospital de la habitación del enfermo; durante diez años se estuvo acostando vestida en un sofá, para estar pronta á socorrer á su marido, que la llamaba constantemente.

Y no se imagine que tales mujeres crean realizar sacrificios heroicos con esa conducta; les parece la cosa más natural del mundo. Cuando Paula Lombroso manifestaba su admiración á la última de las señoras citadas, ésta la decía:

—¡Oh!, se equivoca usted; me era tan fácil y tan dulce mi tarea, que nunca he tenido que hacer esfuerzo alguno para cumplirla; antes yo era á veces enfermiza, pero desde que empecé á curarle, jamás he estado enferma ni he pensado siquiera en poder estarlo; diez y ocho años es largo, sí, pero yo no puedo apreciar lo que eso representa para los demás; á mí no me ha parecido largo; se han pasado día por día, y cada minuto estaba consagrado á alguna cosa: yo era su brazo, su mano, sus ojos; no tenía más que aliviarle y sostenerle, y no

pensaba en otra cosa. Yo era feliz; mi vida no tenía más que un objeto, prolongar la suya, y cuando murió estaba contenta porque sus atroces sufrimientos hubieran concluído, pero en el fondo era como si se hubiera llevado consigo toda mi razón de vivir.

El hombre es incapaz de consagrar toda su vida á una sola persona, no porque sea incapaz de celo y de atención, sino porque es eminentemente social, y más bien se consagra á una obra (política, literaria, científica, artística, etc.) que á una persona. Su fuerza moral, aplicada á esa labor, es verdaderamente grandiosa y de resultados trascendentales; pero lo que el hombre hace por la especie, la mujer suele hacerlo por el individuo.

IMPRESIONES Y NOTAS

La curación de la arterio-esclerosis.—La arterio-esclerosis es, como dice el Dr. Caze, el factor más poderoso é implacable de la ruina fisiológica. No es una enfermedad de viejos, aunque todos los viejos la sufran, pues hay hombres de treinta años que la padeceen; los artríticos, los reumáticos, los gotosos, están fatalmente condenados á la arterio-esclerosis; las auto-infecciones de origen gástrico é intestinal, los desperdicios tóxicos que vierten en el torrente circulatorio, los músculos fatigados y el sistema nervioso excedido, degradan las túnicas vasculares y dan á la arterio-esclerosis formidable contingente de víctimas.

Ha dicho Cazalis que se tiene la edad de sus arterias, y eso es una gran verdad. Las arteriolas rígidas, privadas de su elasticidad, perturban la circulación, y con ella los fenómenos íntimos de la nutrición; esa es la arterio-esclerosis: la derrota de los tejidos y de los órganos; la senilidad precoz, traducida en perturbaciones cerebrales y nerviosas (deslumbramientos,

vértigos), aminoramiento de las facultades intelectuales, cardíacas y vasculares (disnea, opresión, angina de pecho, degeneración grasosa del corazón, hemiplejia, hemorragia), renales y periféricas.

Se comprende por esto la importancia capital que tienen los esfuerzos realizados por la ciencia para curar la arterioesclerosis; el médico que llegara á descubrir el remedio para esta degeneración, prestaría á la humanidad un servicio mucho mayor que quien descubriera el remedio del cáncer ó de la tisis, porque hay muchos más arterio-escleróticos que cancerosos ó tísicos. Se trata de suprimir el aumento de la presión arterial, que es la causa más importante de la arterio-esclerosis, porque impone al corazón un exceso de trabajo, que acaba por fatigarlo, distenderlo y producir la degeneración de sus paredes.

Después de haber tratado de dominar esta enfermedad con multitud de medicamentos, principalmente con el ioduro de sodio y con la abstención de alimentos azoados, vinos y licores, se ha recurrido á los experimentos hechos por Arsonval sobre varias especies de animales, hace unos diez años, aplicándolos al hombre, y esto es lo que se llama la arsonvalización.

Para ello, se coloca al enfermo en un selenoide, ó caja de hilos metálicos, y se hace pasar á través de estos hilos corrientes de alta tensión y gran frecuencia, creando así en torno del enfermo un medio ambiente eléctrico, que le hace sufrir en algunos minutos miles de descargas, sometiéndole á un verdadero baño de electricidad, sin que por eso sufra ninguna impresión nerviosa; la tensión arterial recobra su normalidad al cabo de una ó varias sesiones. El profesor Doumer de l'Ile, que es el que ha inaugurado este método, y otros varios que le han seguido, citan casos de curación sin necesidad de régimen especial, que valen la pena de llamar la atención del mundo médico y del mundo doliente.

*
* *

Los camelots du Roi.—Marcelo Roland nos describe, en *La crítica independiente*, este nuevo bicho, que tanto da que hacer á la policía parisién, y que no figura todavía en ningún gabinete de Historia natural.

Los caracteres del *camelot* consisten en cierta gracilidad del cuerpo, en esa finura de líneas que de ordinario es signo de la juventud, en la carencia de bigote y pelo en el hocico, en cierta mancha blanquecina en el pelaje, que figura bastante bien una escarapela, y en un repliegue de la piel que se parece mucho á una boina puesta de través en la cabeza; las patas de delante ofrecen la singularidad de prolongarse en una especie de apéndice, que simula un cubo de pintura amarilla en la derecha, y un mechón de pelos á modo de brocha, en la izquierda. Su grito es una especie de berrido, y cuando gran cantidad de estos animales avanzan al mismo tiempo, se cree oir un «¡Viva el Rey!» ó cosa semejante; el grito es más intenso en la vecindad de los monumentos públicos, especialmente cuando representan hombres de Estado ó heroínas.

El *royalensis* tiene horror á la soledad; le gusta reunirse en grupos; si estos no son más que de tres ó cuatro animales, su humor es pacífico; al llegar á diez, se hace agitado, y á veinticinco, hay peligro; entonces se les ve, movidos por curioso instinto, dirigirse á las salas de conferencias, Institutos y Facultades y á los monumentos públicos y estatuas; su berrido entonces se hace furioso y todos se ponen á embadurnar las paredes con sus patas anteriores, trazando dibujos extraños sobre cuyo sentido no están aún de acuerdo los sabios, pues según unos, se lee en ellos: «¡Abajo la bribona!», y según otros «¡Abajo el artículo 445!».

En cuanto á los medios de defensa del *camelorroyalensis*, son iguales á los del *socialensis*. Anatolio France, el sabio profesor de anatomía pingüina del Museo, asegura que el *socialensis* no es más que el royalensis, sólo que más viejo y endurecido. Los dos son igualmente peligrosos: uno ataca los edificios ó signos laicos, y el otro los edificios y signos religio-

sos. Difieren, además, en el repliegue de la piel de la frente que tiene forma de boina en el *royalensis*, y de gorra en el *socialensis*. Aparte de eso, son semejantes; pero estas mínimas divergencias físicas bastan para hacerles dar á cada uno un nombre especial, pues los animales no se diferencian sino por sus caracteres corporales, no ofreciendo en ellos base seria de distinción el lado moral.

***

Un museo de feísmo.—El gran crítico Boileau aconsejaba á un amigo que fuese á oir los sermones de Bourdalone y del cura Cotin; los primeros, para saber lo que se debe imitar, y los segundos, para aprender de lo que se debe huir. El director del Museo de Arte industrial de Stuttgart, Sr. Pazanreck, debe opinar del mismo modo que Boileau porque al lado de los objetos dignos de ser admirados por su belleza ó por su técnica que figuran en el Museo, ha tenido la idea de reunir en una sección especial todas las manifestaciones artístico-industriales del mal gusto y de lo feo, para que así pueda también estudiarse lo que se debe evitar.

El catálogo-programa de esta curiosa colección (*Geselsmacksverirrungen im Kunstgewerbe*) la reparte en tres series: 1.ª Objetos que pecan desde el punto de vista de la materia (por la mala ejecución, por lo abigarrado de los objetos empleados, por las combinaciones extrañas de los elementos, por el disfraz de los materiales). 2.ª Objetos mal construídos, desproporcionados é ilógicos, é imitaciones groseras. 3.ª Objetos condenables por su decoración modelada ó pintada.

Allí se ven, por ejemplo, bustos de personajes célebres en chocolate ó en jabón, objetos de yeso imitando madera, papeles pintados figurando cuero, revólvers que sirven de tinteros, muebles «art nouveau» que parecen epilépticos, jarrones con adornos tontos ó absurdos, muñecas mofletudas pintadas de bermellón, etc.

Los fabricantes de todos estos mamarrachos están furiosos; pero la idea es buena, y merece ser imitada para que el público sepa distinguir y para que los fabricantes no envenenen el gusto del público.

***

Impresiones de un jurado. — El ilustre biólogo Félix Ledantec, á quien la suerte ha hecho figurar entre los miembros de un jurado, publica sus impresiones en *La Grande Revue*, y de ellas recogemos las conclusiones, que lo mismo pueden aplicarse al jurado francés que á otro cualquiera:

1.ª Los miembros del Jurado no deben elegirse por suerte. Es un error, en efecto, creer que el sorteo nos da un promedio; si con una baraja francesa se juega al rojo ó al negro, se verá que en un millar de veces, 500 aproximadamente, sale el rojo y otras 500 el negro; pero si en lugar de 1.000 se echan las cartas 12 veces, es casi seguro que la proporción cambiará, y unas veces saldrán 8 negros contra rojos, y otras 9 rojos contra 3 negros. Pues esto es lo que pasa con el sorteo del Jurado: 36 jurados, sacados á la suerte sobre una lista de muchas docenas de millares, no representan nunca el promedio del público, que es lo que se busca. Compárese la lista de los jurados en dos trimestres sucesivos, y se verá cuán diferente es su composición. Y así como estos 36 jurados no representan al público, los 12 que de entre ellos se sacan para cada sección tampoco representan el promedio del Jurado. Al dejar á la suerte los 12 jurados llamados á pronunciar el veredicto en cada sesión, se echa á la suerte en muchos casos la absolución ó la condena del acusado, y eso es completamente injusto; es como si de 36 cartas se sacaran 12, 7 rojas y 5 negras; si las rojas significan la absolución, el acusado es absuelto; pero se rehace el sorteo y salen 7 negras y 5 rojas, y el acusado es condenado. El buen Rabelais, hablando del caso del juez Bridoye, que sentenciaba los pleitos echando los dados, había descubierto ya este procedimiento.

2.ª Influencias extrañas á la causa que pueden obrar sobre el Jurado. Le Dantec, prescindiendo de otras, se fija principalmente en la que ejerce el presidente del Tribunal, por lo que lisonjea á los jurados la idea de ser compañeros de aquel señor que les reparte apretones de manos y les llama colegas en su discurso de presentación.

3.ª Responsabilidades del Jurado. Generalmente, hay entre los jurados uno que se impone á sus compañeros por su posición social, por el lustre de su nombre ó por su elocuencia. En las deliberaciones, ese jurado arrastra á todos, y á veces sucede que entre los 36 jurados hay dos individuos de temperamento opuesto capaces de dominar á sus compañeros y á quienes el azar del sorteo les hace alternar en las sesiones. ¡Qué incoherencia y qué desigualdad en los fallos! Hay que convenir en que cuando el asunto es claro y la culpabilidad evidente, nadie toma la palabra y se vota lúgubremente; en ese caso, ¿para qué hace falta el Jurado? El Jurado es peligroso cuando hay duda, lo que ocurre ocho veces de cada diez, y entonces se corre el riesgo de cometer un error con mucha más facilidad que lo cometería por si sólo el Tribunal de derecho.

***

Cirano-Bergerac.—Pedro Brun ha publicado una reducción de su obra *Cirano-Bergerac, su vida y sus obras*, en la que trata de reconstituir la verdadera biografía del famoso Cirano, olvidada en los últimos tiempos, hasta que Rostand le hizo protagonista del drama que lleva su nombre, traducido á todas las lenguas y representado en todos los grandes teatros.

Sabiniano de Cirano-Bergerac fué el quinto de los siete hijos que tuvieron Abel y Esperanza, intendentes del duque de Chevreuse. Nacido en París, el 6 de Marzo de 1619, fué confiado hacia los seis ó siete años á un cura de aldea para que le enseñara las primeras letras. Cirano sacó poco provecho de sus

instrucciones, porque sobre ser el cura poco docto y algo pedante, empleaba procedimientos bastante brutales que hacían poca gracia á su alumno. Por el año 1631, lo encontramos en el colegio de Beauvais (1), al cuidado del profesor Grangier, más erudito, pero no menos brutal que el otro, y terminados en 1637 sus estudios, á los diez y ocho años empieza la serie de sus locuras juveniles, explicadas por su fogoso temperamento. Alistado entre los guardias nobles, cuerpo compuesto casi por completo de gascones, al mando de Cardón de Castel Jaloux, fué herido por una bala de mosquete en una salida de la ciudad de Manzon, y apenas curado, se alista de nuevo entre las tropas del príncipe de Conti y toma parte en el sitio de Arras, donde recibe una estocada en la garganta que le hace renunciar á la carrera militar, para dedicarse por completo á las letras.

Vuelto á París á los veintiún años, asiste al curso privado de Gassendi y allí trata á Hesnaut, Bernia, Chapelle y Molière. Su nariz, bastante mayor que la ordinaria, le produjo no pocos disgustos, pues Cirano no consentía que se burlasen de ella, y defendiéndola con la pluma y con la espada, tuvo por su causa numerosos desafíos, y escribió así su apología: «Por la longitud de la nariz se miden las valentías, el ingenio, la pasión y la finura; la nariz es el asiento del alma.»

Por entonces empezó á frecuentar las tabernas, donde conoció á aquel Linière que le sirvió de ocasión para llevar á cabo una hazaña digna de Artagnan: el poeta Linière había molestado con un epigrama á un gran señor que, para vengarse, apostó cien asesinos en la calle por donde tenía que pasar el

(1) Es el que figura en el famoso sorites sofismático de Cirano de Bergerac: «Europa es la parte más hermosa del mundo; Francia es la nación más hermosa de Europa; París es la ciudad más hermosa de Francia; el colegio de Beauvais es el colegio más hermoso de París; la habitación que yo ocupo es la más hermosa del colegio de Beauvais; yo soy el hombre más hermoso que hay en mi habitación; luego yo soy el hombre más hermoso del mundo.»

poeta. Cirano le mandó coger una linterna y se encargó de ayudarle á volver á su casa aquella noche, seguido á distancia por testigos curiosos de verle maniobrar. Cirano se mete entre los *bravos*, mata á dos, hiere á siete y pone en fuga á todos los demás. Su ímpetu era tal, que á veces parecía locura: una vez, habiendo encontrado en la calle Delfina la mona de Datelin Brioché vestida á lo Cirano, saca la espada, hiende las filas de los espectadores, llega hasta la mona y la atraviesa; otra, creyendo tener motivos de queja del actor Montfleuri, le prohibe recitar por un mes, lanzando un desafío colectivo á la compañía.

Entre calaverada y calaverada, Cirano frecuentaba los círculos literarios, escribiendo sus *Cartas, El pedante burlado, El fragmento de Física, Agripina* y *El otro mundo.*

Llegada la edad de las resoluciones serias, Cirano sintió calmados sus ímpetus, y su furia se convirtió en tranquilo y melancólico escepticismo. Entonces aceptó la protección del duque de Arpajón, habitando con él, ya su castillo de Chartres, ya su palacio de París, y dedicándole la edición de sus *Obras diversas* (1654). La malhadada idea de dedicarle también su *Agripina*, demasiado libre é irreligiosa, le indispuso con el duque, que le abandonó, obligándole á aceptar la protección de Tanneguy Reguault des Bois Clairs, gran preboste de Borgoña. Allí intentaron convertirle á la fe, pero en vano; sintiendo proxima su muerte, se hizo trasladar al campo, á casa de su primo Pedro, donde murió en Septiembre de 1655, á los treinta y seis años de edad, en el pleno vigor de sus fuerzas físicas y morales.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

Págs.

El poder naval en España: Sentido de nuestra política histórica en el desenvolvimiento de la marina mercante, por Francisco Espinosa y González-Pérez..... 5

Goya, por Valeriano de Loga..... 15

Un libro apócrifo de Cervantes, por Alberto Blanco..... 40

El arte francés en la Exposición de Zaragoza, por Emilio Bertaux. 55

Recuerdos, por José Echegaray..... 73

Parnaso internacional: La visión de Eva, de León Dierx..... 84

Apuntes para la historia del teatro: Los asombros, por Carlos Cambronero..... 90

Un veredicto injusto (Troens-Magt).—Novela por Johan Bojer.... 117

La Ciencia y los fenómenos espiríticos contemporáneos, por Antonio Gota Casas..... 143

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 160

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 172

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
175	**Aguanno.** — La génesis y la evolución del Derecho civil..	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa.....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
178	**Anónimo.**—¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
183	**Araujo.**—Goya.....	3
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.....	7
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
368	**Bargehot.**—La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas.....	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología	8
111	**Balzac.**—César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet....	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.**—El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.	3
131	— La Hechizada.	3
120	— Las Diabólicas.	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
130	**Baudelaire.**—Los paraísos artificiales.	3
163	**Becerro de Bengoa.**—Trueba.	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Mouton (Marino)	1
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política	10
311	**Bolssier.**—Cicerón y sus amigos.	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
169	**Bourget.**—Hipólito Taine	0,50
395	**Bréal.**—Ensayo de Semántica.....	5
447	**Bredif.** — La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	**Bret Harte.** — Bloqueados por la nieve.....	2
300	**Buisson.**—La Educación pópular de los adultos en Inglaterra.....	6
367	**Bunge.**—La Educación..	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*	14
187	**Buylla.**—Economía.....	12
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*..	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Re-	

N.º del Catál.º		Pesetas
	volución francesa (*tres tomos*).	24
393	— Pasado y presente.	7
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica. — Crítica penal.	5
189	— La cuestión de la pena de muerte.	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.	3
65	**Caro.**—El suicidio y la civilización.	3
127	— Littré y el Positivismo.	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer (*dos tomos*)	15
64	**Coppée.**—Un idilio	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles.	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdenis	3
18	— Mis Rovel	3
91	— Paula Mere	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo.	6
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva	2
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (*dos tomos*).	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino	3
125	— Cuentos y fantasías.	3
93	— El sitio de París	3
13-14	— Jack (*dos tomos*)	6
22	— La Evangelista	3
46	— Novelas del lunes	3
100	— Tartarín en los Alpes	3
425	**Dollinger.**— El Pontificado	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal	1
289	— El Reformatorio de Elmira	3
192	— Problemas jurídicos contemporáneos	3
31	**Dostoyusky.** — La casa de los muertos	3
33	— La novela del presidio.	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa.	9
402	**Dumas.**—Actea	2
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos.	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés	4
459	— Los veinte ensayos	7
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos	4
193	**Engels.** — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado	6
162	**Fernán Flor.**—Tamayo.	1
158	— Zorrilla	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
73	**Ferry.**—Nuevos estudios de Antropología	3
329	**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.	5
352	**Finot.**— Filosofía de la longevidad	5
357	**Fitzmaurice-Kelly.** — Historia de la Literatura española	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania.	7
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea	8
194	— Novísimo concepto del derecho	7
451-452	—Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia	3

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21. NUM. 248.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

AGOSTO 1909

MADRID
IMP. Y ENCUAD. DE V. TORDESILLAS
Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

GOYA

POR

VALERIANO DE LOGA

(CONTINUACIÓN)

Después de la muerte de Cornelio Van der Goten, acaecida en 1786, inicióse en la Fábrica de Tapices una corriente nacional para que la dirección se confiase sólo á españoles, pero que terminó con el nombramiento de Livinio Stuik, sobrino de Van der Goten, para director técnico (1). Francisco Bayeu, como primer pintor de cámara, expuso en un largo escrito, de fecha de 17 de Abril de 1786, al ministro Lerena, después que á éste había llegado ya una relación aclaratoria de Tomás del Castillo (2), que la Fábrica carecía de pintores hábiles. «Suponiendo con toda perfección el tejido de los tapices, es indispensable darles buenas pinturas, las que tanto cuanto sean más perfectas, tanto más buenos serán los tapices» (3). Pocos días después, el 21 de Abril, apareció con una proposición formal. Refiriéndose á Mengs, al cual sólo la muerte le impidió llevar á cabo tal reforma, recomendaba contratara dos ó tres hábiles pintores, por un sueldo anual, para la Fábrica, y proponía

(1) Cruzada Villaamil: o. c., pág. 92.
(2) Idem: o. c., pág. 32.
(3) Idem: o. c., pág. 37.

para dicho puesto, primero, á su hermano; después, á Goya y á José del Castillo. Pero mientras se deshacía en elogios de Ramón, no añadía ninguna palabra de recomendación para Goya. La consulta de Maella del mismo día es mucho más seria. Trataba en ella cuestiones técnicas, que sinceramente le preocupaban, y manifestaba la duda de si el director muerto habría instruído en su técnica suficientemente á algunos españoles. También recomendaba á Goya y á Ramón para la ejecución de los proyectos, para los cuales le parecían asuntos más adecuados acontecimientos de la historia bíblica y nacional. A la exposición firmada por los dos pintores de cámara, de 18 de Junio de 1786, siguióse pronto el nombramiento real, con la paga anual de 15.000 reales (1).

Goya participó á su amigo, el 7 de Julio, la fausta nueva con gran regocijo; se consideraba pintor del Rey, si bien no aspiraba realmente á tal título, y jactábase de no haber hecho nada para conseguir tal designación. Así, pues, podía fijar su renta anual en 28.000 reales, y añadía: «No quiero más, gracias á Dios, lo que te ofrezco con las veras que sabes; no tienes que decir que no estoy hablador» (2). Agradecido siempre, visitó á Bayeu, pues éste se atribuía el mérito de haber inclinado á Maella para su candidatura.

Brillante monumento de esta aproximación de los dos cuñados, cuya desavenencia, aun después de lo ocurrido en Zaragoza, seguía alimentada por toda clase de pequeñeces, es un magnífico retrato de Francisco en Valencia, pintado por Goya en el mismo año con tanto amor como arte. Bayeu está de pie, vestido de oscuro, delante de un gran bastidor, en cuyo reverso se lee la fecha. Pequeños ojos hundidos, sin pestañas; labios exangües, delgados y contraídos, y un color nada sano, indican un carácter bilioso. El tono verde gris, en que se basa el conjunto, cuadra admirablemente. El mismo retrato de El

(1) Cruzada Villaamil: o. c., núm. 36.
(2) Zapater: o. c., pág. 37.

Pardo, pintado poco después, la célebre sinfonía en gris no puede borrar el recuerdo de aquella magnífica pintura.

Goya, después de restablecida su salud, comenzó á trabajar con su acostumbrado celo y asombrosa aplicación para la Fábrica de Tapices. Porque es de advertir que el 25 de Julio, á consecuencia de la caída de un coche que se compró á raíz de su nombramiento, se lastimó la pierna derecha (1).

La nueva serie que ejecutó durante el verano estaba destinada para la alcoba de El Escorial de D. Gabriel Antón (2), el cuarto y quizá el más despejado de los hijos del Rey, casado con D.ª María Ana Victoria de Braganza. La temprana muerte de esta pareja, pródiga en esperanzas, que en el curso de veintiséis días, en Noviembre de 1788, bajaron al sepulcro, uno tras otro, arroja una sombra sobre este trabajo, con tan felices auspicios comenzado.

La «Florera», clara y alegre como un día de primavera, parece en su disposición algo calculada y académica; pero las figuras, con sus vivos movimientos y cierta graciosa dureza, dispensan esta falta. La muchacha arrodillada que ofrece las flores á la señorita, parece como ingeniosa inversión de una de las Meninas, mientras que el gazapillo empinado y el gesto imponente del jardinero, medio sumido en la sombra, invitan á una interpretación más picante.

El «Agosto» (la cosecha), el más extenso cuadro de esta serie, está algo abierto como composición. Por tal motivo, en El Escorial se han cortado los tapices. El harto realista segador de la izquierda, el lindo grupo de niños del carro, á cuya sombra descansan los hombres, y el claro sol que brilla en los dorados haces, nos indemnizan de la monstruosidad del caballo. En la «Vendimia» vemos al dueño de la viña con su familia en el primer término, en un círculo que aparece colocado en el principio de un triángulo equilátero. La elegante distri-

(1) Zapater: o. c., pág. 37.

(2) El amante del arte, Infante D. Sebastián, descendía de ellos.

bución de la luz y del color, el retroceso de la montaña y la perspectiva ambiente, y, sobre todo, la profundidad de la extensión, forman las mejores excelencias de esta obra de arte. Vendedores envueltos en su capa en un día gris de invierno, tiritando, y que conducen el ganado por la nevada montaña, forman el cuarto número de esta serie de las estaciones.

En la misma carta en que Goya habla de este encargo (1), laméntase de «los asumptos tan difíciles», especialmente de «La Pradera de San Isidro», que debía pintar el día de la fiesta de este nombre, en pleno bullicio. Parece que para la ejecución de esta fiesta popular, bastante rica en figuras, se tomó espacio. Pero del conjunto aparece claro que aquí se trató de un proyecto para tapiz, y no de la obra maestra del Museo. En 1790 fué comprado el cuadro por el duque de Osuna, y destinado á su finca Alameda. Aunque se admitiese que Goya entregase el cuadro, pintado antes, como otros varios cuadros de altar, entonces no tendría ninguna relación con la carta.

Los dos modelos, el herido que los camaradas traen del taller, y la viuda con sus hijos, tiritando en la fuente, producen no vulgar efecto por su conmovedor realismo.

La boda en la aldea, una especie de tragedia que recuerda á Hogarth y sus tipos, pertenece, con la esbelta y linda aguadora, al año siguiente.

Las dos sobrepuertas, unas muchachas, una de las cuales lleva á la otra á cuestas, haciendo de gigantes (Las gigantillas y El balancio), son esfuerzo un tanto pobre del año 1768. En cambio, en Los zancos, ha levantado Goya un monumento á esta diversión, muy popular en su país.

De nuevo sufren sus trabajos para la Fábrica una larga interrupción.

Ya hemos hecho mención, con motivo de la leyenda de los Borgias en Valencia, de la duquesa de Osuna, á la que tenían sus contemporáneos como la más altiva dama española y la

(1) Zapater: pág. 46.

mujer más elegante de toda Europa. D.ª María Josefa Pimentel, Tellez de Girón y Borja, condesa-duquesa de Benavente, casó con su primo el noveno duque de Osuna, al cual sobrevivió una generación, pues que murió á los ochenta y dos años, en 1834. Esta dama, tan notable por su riqueza como por su buen gusto, solía encargar á Goya determinados trabajos. Su relación con el artista, que dió lugar á inverosímiles leyendas, se remontaba al año 1785, cuando el artista la retrató á ella y á su marido. Los dos retratos hasta la rodilla, que separados por la subasta de 1896, volvieron á verse juntos en la Exposición de Londres, habría que colocarlos, si no conservasen el número, en un período muy posterior (1). La figura del duque, de frac violeta, se destaca sobre un fondo azul oscuro; su cabello, aún empolvado, cae liso por la nuca. La duquesa, vestida con un traje María Antonieta, azul claro, que se ajusta á sus esbeltas formas, está ante una pared verde claro. Cintas verdes y rosa, plumas blancas, muchos encajes y flores, completan su gracioso y elegante atavío. El rostro, pálidamente rosado, encuadrado como en una aureola en los empolvados cabellos, muestra un óvalo de desusada longitud, de boca pequeña y labios delgados y pálidos y ojos grises y fríos.

El gran cuadro de familia, hoy en el Prado, fué pagado algunos años más tarde con 12.000 reales. Ante un fondo amarillo verdoso está colocado el grupo en forma de pirámide. El duque, con el oscuro uniforme de Guardia de Corps, está detrás del sillón de su esposa, vestida de encajes. También de blanco, como su nerviosa y etérea madre, están vestidas las hijas, de las cuales, la mayor era D.ª Josefa Manuela, nacida en 1783, y casada con el marqués de Camarasa; y la menor, en un año, D.ª Joaquina María del Pilar, marquesa de Santa

(1) A la bondad de D. Aureliano Beruete debo la siguiente minuta del archivo de la Casa de Osuna.

Mad. 16 de Julio de 1785. D. Manuel de Cubas. Para que se despache un libramiento de orden de S. E. á favor de D. Francisco Goya, pintor, de 4.800 R.s de V.n por los dos retratos que ha hecho de sus E.as

Cruz. Las dos, rubias, visten traje verde, con bandas bordadas de color de rosa. Sobre el suelo amarillo hay varios juguetes, y no falta un par de falderillos. En estas rígidas figuras, de movimientos vivos y poco desembarazadas, hay cierta fatiga, como de haber estado largo tiempo sirviendo de modelos; pero las cabezas, sobre todo la de la duquesa, tiene singular vida. Los ya mencionados retratitos de los niños del duque se han perdido, así como otros dos retratos de la pareja real, pagados con 4.000 reales.

Algunos otros retratos de damas aristocráticas que pintó Goya entonces, ya de moda á fines del año 80, pudieran encontrar aquí oportuna mención. D.ª Teresa Apodaca de Sesma está sentada con los brazos cruzados en una silla rectangular, con cierta altanería. Con la misma principesca tiesura mira la condesa de Altamira, la esposa del primer director del Banco, teniendo á su pequeña Baby en una nube de encajes sobre su regazo. Como la inscripción del día de su nacimiento da á lo sumo la edad de dos años, deberemos colocar el cuadro en el de 1789. El retrato de la familia del marqués de Villafranca (sin fecha) se puede colocar también en este grupo. La cuñada de Floridablanca, marquesa de Pontejos, en coquetón vestido de pastora, troncha con sus pequeños y finos pies las flores de la pradera.

«En la más pura mañana de Mayo,
ufana joven y alegre
la pastora va cantando,
y su canción resuena por el valle.»

El el círculo de la mejor sociedad madrileña fué el diestro ó ingenioso Goya, por sus dotes musicales, desde fines del año 80, un solicitado huésped. Se le encontraba frecuentemente en casa de la duquesa de San Carlos, que encantaba á todo el mundo con su voz angelical, ó en casa de la marquesa de Santa Cruz, á quien pintó de Musa, con una guirnalda y una

lira. También la ilustrada condesa de Montijo (1), antepasada de la emperatriz Eugenia, que tuvo que expiar con el destierro sus simpatías por los jesuítas, le recibía en su casa.

De ello da testimonio el gran cuadro del palacio del duque de Liria, en el cual vemos á la condesa trabajando, entre sus cuatro bellas hijas, en labores domésticas. Y sabemos, por el retrato de su hija D.ª María Gabriela, la cual, por su matrimonio con el marqués de Lazán, ingresó en la familia de Palafox, que Goya trabajaba ya para la influyente y distinguida casa Portocarrero. A las dos damas más elegantes, y que metían más ruido en la corte, la de Alba y la de Osuna, parece que Goya debía agradecer íntimas atenciones.

Con sus compañeros sostenía el maestro, en cuanto era posible, amistoso trato. Del yerno de Mengs, el grabador D. Manuel Salvador Carmona, hizo un retrato, que yo, por la semejanza, confundí con el grabado de sus padres. El historiador de arte Cean Bermúdez fué retratado por él de cuerpo entero.

Si la obra maestra, en cuanto á carácter, «La Dama bordando», de la Real Galería de Budapest, representa, en efecto, á su esposa, no es de suponer que lo pasase bien el sabio en su matrimonio. Carderera cuenta *(Gazette des Beaux Arts XV,* pág. 225) que Goya, en el año 1798, dibujó, para el Diccionario de Cean Bermúdez, la cabeza del conocidísimo artista. Pero en la edición de 1800 no la encontramos.

Al lado de los cartones para tapices, con la descripción de escenas de la vida del pueblo, hay un considerable número de cuadritos, que á menudo no pasan de bocetos, á veces para los amigos, mejor ejecutados y luego pintados en planchas de cobre ó de madera de menos tamaño con pincel libre y resuelto. Tales cuadros, casi todos sin fecha, existen en todos los estilos del artista, pero se pueden agrupar, á causa de su parentesco con determinados cuadros y grabados ó, por razón de sucesos políticos, en períodos.

(1) *Revista de la Asociación histórico-arqueológica Barcelonesa.* Barcelona, 1900, pág. 591.

En la finca La Alameda, situada entre Madrid y Aranjuez, encontránbase, hasta hace pocos años, unos veinte cuadritos de esta clase, que en la subasta de 1896 fueron esparcidos á todos los vientos; sin embargo, se conocen en cierto modo por las fotografías de Laurent y de Iriarte (1).

Siete cuadros de igual tamaño, colocados en la pared, formaban el decorado de una sala Luis XVI. En vano buscaríamos en ellos alguna relación en los asuntos, ó al menos, un plan en su elección. Dos de ellos, casi iguales de tamaño, parecen haber servido de pareja: la construcción de un palacio, por cuya rampa suben unos bueyes un gran bloque de piedra, y una procesión, en estío, ante una iglesita en el valle. En el primero, el grupo de trabajadores que conduce á un herido recuerda un cartón de tapiz. En una figura de la procesión encontramos el mismo tipo que en la boda de aldea. Como fondo aparecen aquí también aquellos edificios de techumbre chata y torres arábigas derruídas de los tapices. También «El Columpio» encuentra entre los Arazzi su modelo; sin embargo, el cuadrito de La Alameda parece una reproducción mejorada y muy perfecta.

La «Cucaña» se distingue por un delicado estudio de luz, mientras otros dos cuadros que con los dos citados salvó el duque de Montellano para España, describen los peligros de los viajes. En la «Caída del arriero» aparece una cuenca rodeada de escarpadas montañas con extraños pinos, y en «Los Bandidos», un bosque de hayas. El cuadro de mayores dimensiones de esta serie es el de «Los Toros en la dehesa». Por el prado, un paisaje netamente español, marcha el ganado, que excita en alto grado el interés de la multitud, que contempla el acto, sin peligro, desde una tapia. Se creyó encontrar en el bonito cuadro del Museo del Prado (núm. 733) un estudio de uno de los tres picadores: el del centro. No se puede desconocer gran

(1) Catálogo de los cuadros, esculturas y grabados de la antigua casa ducal de Osuna. Madrid, 1896, núm. 63-31. Iriarte: o. c., pág. 83.

semejanza en la actitud de los jinetes; pero su caballo se parece más bien al que está en corbeta á la izquierda. La escrupulosa ejecución y las facciones muy individualizadas de los jinetes, hacen creer que se trata de retratos.

Estos siete cuadros se acabaron, según rezan documentos auténticos, en Abril de 1787 (1). Once años después fué Goya de nuevo contratado por la duquesa.

---

(1) La siguiente nota del archivo de Osuna da luz sobre este punto:

Recibo de los mozos de cordel de 100 R.s por haber conducido á la Alameda pinturas de la casa de D. Juan Goya á la casa de S. E. á d.a villa, al respecto de 25 R.s

Madrid, 22 de Abril de 1787.

JOAQUÍN GÓMEZ

Un libramiento para que paguen á Goya diez mil reales por cuenta de veintidos mil reales que han importado varios cuadros que ha pintado de mi orden.

LA CONDESA DUQ.SA

Firmado en Aranjuez á 7 de Julio de 1787.

Al dorso:

Recibí los diez mil reales que expresa el libramiento.

Madrid, 27 de Agosto de 1787.

FRAN.CO DE GOYA

Recibo de 26 Febrero 1788 de 12.000 reales como resto de 22.000 que han importado los quadros que ha pintado de mi orden, el uno de ellos de mis hijos (perdido) y los seis (en realidad, siete) restantes para mi casa de campo de la Alameda, como consta pormenor de su cuenta.

Al dorso, recibo de Goya, sin fecha.

Se han pintado por D. Francisco Goya, para las casas de S. E. en esta Corte y la Alameda los cuadros siguientes:

Para Madrid:

	Rs. de vn.
Primeramente, dos retratos de los Reyes, NN. SS., en.....	4.000
Otro grande, que representa á SS. EE. y los quatro señoritos, de cuerpo entero.....	12.000
Otro quadro pequeño de los retratos de los tres señoritos, en...	3.000
	19.000

La muerte de Carlos III, tan fatal para el país, significó también para Goya un gran golpe.

En la mañana del 12 de Diciembre de 1788 falleció el Rey. El fin inesperado de su hijo predilecto contribuyó á precipitar su muerte. «Gabriel ha muerto; yo le seguiré pronto», exclamaba. «¿Qué dejo yo detrás de mí para sentir la muerte, sino cuidados, trabajos y miserias?» (1)

Carlos IV subió al trono á la edad de más de cuarenta años. De complexión hercúlea, irritable y violento (se peleaba con los hombres del pueblo, abofeteaba á los ministros y los amenazaba con la espada), pero bondadoso, como son frecuentemente estas naturalezas brutales, y fácil de sugestionar á causa de su corta comprensión: llegaba hasta la debilidad. La

---

		Rs. de vn.
	Para la Alameda:	
	Siete cuadros, cuya composición es asuntos de campo.	
1	Representa un apartado de toros con varias figuras á caballo, en..... (N.° del catálogo de la subasta, 67. Fot. Laurent, 994.)	4.000
2	Que representa á unos ladrones, en..... (N.° cat., 71. Fot. Laurent, 997.)	3.000
3	Que representa una gitana columpiándose..... N.° cat., 73. Fot. Laurent, 991.)	2.500
4	Que representa una procesión de aldea..... (N.° cat., 68. Fot. Laurent, 995.)	2.500
5	Que representa una romería en tierra montuosa..... (Quizá el 72 del cat. Fot. Laurent, 993.)	2.500
6	Que representa un Mayo, en..... (N.° 72. Fot., 992.)	2.000
7	Que representa la conducción de una piedra con dos pares de bueyes, en..... (N.° cat., 69. Fot. Laurent, 996.)	2.500
		38.000

El total del precio de estos siete cuadros con el retrato del niño, corresponde á los 22.000 reales pagados en 1787; por lo que no hay duda que ya entonces habían sido pintados.

(1) Ferrer del Río: *Historia del reinado de Carlos III.* Madrid, 1856, IV, pág. 286.

pasión por la caza (1) y cierta pedantería (2) eran cualidades que compartía con su padre, aunque no heredó su entendimiento ni su rectitud. Cuando Podagra le prohibía estar todo el día al aire libre, se refugiaba en las caballerizas con los mozos de cuadra. Dedicaba una corta hora de la tarde á los negocios. El germen de una enfermedad asmática, complicada con una creciente obesidad, debilitaron sus fuerzas y le sometieron á la dominación de su esposa, á cuya superioridad intelectual y consciente descaro rara vez se oponía.

María Luisa de Parma se mostró ya desde niña extraordinariamente voluntariosa y extravagante. Casada muy joven con su primo, vino, según la costumbre de aquel tiempo, á España para recibir la educación del país, cuya corona debía ostentar. A los quince años supo sustraerse á la severa vigilancia á que estaba sometida, para recorrer de incógnito las calles de Madrid. Carlos III esforzóse en vano por refrenar aquel impetuoso temperamento y poner dique á sus dilapidaciones y extravíos. A su muerte, se apoderó con insana mano de su esposo, y después de quitarle voz y voto en el consejo de Estado, del gobierno del país. Era no sólo inteligente, diestra, ingeniosa, sino valiente y decidida. Hubiera tenido inteligencia y carácter para grandes empresas; su ambición hubiera tenido un objeto noble, si no hubiera torcido todas sus fuerzas una

---

(1) «Tous les jours—así se expresaba Carlos IV en Bayona, comiendo con Napoleón,—quelque qu'il fit, hiver et été, je parlais après mon déjeûner et après avoir entendu la messe, je chassais jusqu'à une heure et j'y revenais immediatement après mon dîner jusqu'à la chute du jour. Le soir Manuel avait le soin de me dire que les affaires allaient bien ou mal, et j'allais me coucher pour recomancer le lendemain.» L. F. J. de Bausset, *Memoires de Napoleón*, París, 1829, I., págs. 223, 224.

(2) La estancia de la corte fué reglada por Carlos III, y su hijo se atuvo á estas costumbres. Desde el 3 de Enero hasta la Pascua, la residencia era El Pardo; hasta Pentecostés, Madrid; hasta 21 de Julio, Aranjuez; hasta 8 de Octubre, La Granja; hasta 10 de Diciembre, El Escorial, y hasta 5 de Enero, Madrid. Desderises du Dezert, *L'Espagne de l'ancien regime*. La Société, París, 1897, pág. 147.

salvaje sensualidad. Dominada de desenfrenada ansia de gozar, sin ningún sentimiento de deber ni de moral, sacrificó irreflexivamente todo lo que á la esposa, madre y reina debía serle sagrado (1).

Goya entró en relaciones con el nuevo soberano, con motivo de los cartones que pintaba para el decorado de su habitación, obra por la cual encontró completo reconocimiento y grandes elogios. Con la variación de rey mejoró singularmente su situación. Uno de los primeros actos del gobierno del rey fué conceder á su favorito el largo tiempo esperado título de pintor de cámara, cuyas rentas pagó desde dos años (2). El 6 de Mayo, Goya tuvo que tasar con los demás pintores y escultores de corte la herencia artística de Carlos III (3).

Carlos y María Luisa (4) eran afectos á los artistas; dibujaban y pintaban algo. Se refería de Carlos una frase verdaderamente regia. Cuando el año 1794 visitóle en compañía de su mujer y de su hija, llevó como regalo algunos dibujos suyos y de la reina.

«Estas muestras de nuestra musa, dijo, son en verdad de ningún valor, pero significan un tributo que pagamos al honor y culto de las bellas artes; pueden servir de acicate á aquellos que me estiman para mejores y más perfectas obras» (5).

De la pareja real se han conservado numerosos retratos de Goya, en su mayoría para cubrir rápidamente el creciente pedido de Ministerios é Institutos, pintados de pacotilla. Algunos son tan flojos, que es imposible que fueran pintados por Goya después de 1788, y nos inclinamos á tenerlos por copias.

---

(1) Baumgarten: o. c.

(2) Real orden de 25 de Abril de 1789 en Aranjuez. Cruzada Villaamil, o. c., pág. 22, núm. 14. Zapater: pág. 47.

(3) La reina regaló á Goya la sopera de Velázquez. *Gazette des Beaux Arts*, XIX, pág. 426.

(4) *Memorias del Príncipe de la Paz*, II, pág. 168.

(5) Príncipe de la Paz: *Memorias*, II, pág. 168.

La vigorosa figura de Carlos IV aparece en todos estos retratos casi con la misma tiesa actitud, y sólo se distinguen unos de otros en el color del traje. El cuerpo, demasiado largo, á manera de tonel, descansa sobre robustas piernas, y la pesada cabeza se apoya en los hombros. Ostenta la misma gran nariz de su padre, el estrecho labio superior, la gruesa boca y los redondos ojos; son ejemplares típicos de los borbones españoles. Los rasgos de María Luisa eran de chocante fealdad (1),

(1) Bausset, o. c. I, p. 264, hace de ella la siguiente descripción: «La reine Marie Louise etait petite, à l'epoque ou j'eus l'honneur de la voir (en Bayona), il etait difficile de juger si elle avait été jolie. Ses yeux etaient vifs et ardents; l'ensamble de ses traits, plutôt serieux qu'agreabl , disait qu'elle avai du caractère et de l'esprit, et sa physonomie prononça t une preocupation d'habitude qui semblait la rendre indifferente aux devoirs de son rang, quand ils se trouvaient en opposition avec son idé dominante. Cette espece de monomanie fut, dit-on, l'affaire de toute sa vie; on disait que la causerie intime en tête à tête etait plus de son goût que cette vie toute en dehors que l'on appelle cercle de cour.»

Aquí puede añadirse una graciosa anécdota, muy propia de aquella corte. «La duchesse D*** jeune, belle, spirituelle, et veuve immensément riche, eut le malheur, à la suite de quelques intrigues de cour, de perdre les bonnes grâces de la reine. Le ressentiment qu'eprouva cette duchesse se borna longtemps à des plaisanteries qui ne furent pas sans danger pour elle. Connaissant l'habitude de la reine, de faire venir de Paris, presque toutes ses parures, elle employa un agent fidele et adroit, pour se procurer à quelque prix que ce fût, les mêmes modes, les mêmes étoffes, les mêmes bijoux que les fournisseurs de la reine avaient ordre d'expedier à Madrid. Il faisait partir ses caisses plusieurs jours avant que les employés de la reine furent en etat de fair leur expeditions. La duchesse n'avait rien de plus pressé que de parer ses femmes de Chambre, et de leur ordonner de remontrer dan tous les lieux publics, au Prado, au spectacte, etc. La guerre fut d'autant plus animée que la duchesse jeune, jolie et parfaitemant aimable, obtenait sur ce terrain tous les avantages et tous les succés qu'elle voulait. Deux fois une main inconnue incendia son palais. La duchesse fit reparer les desastres causés par l'incendie; et pour la troisième fois, lorsque son palais fut entierement reconstruit et embelli, elle donna une grande fête, qu'elle termina plus tôt qu'a son ordinaire. «Retirez vous», leur dit-elle, «je ne veux point laisser à d'autres le plaisir de brûler mon palais, je me charge moi même de ce soin.» En effet, elle y fit mettre le feu. Quelque temps après, le jeune duchesse fut atteinte d'un mal dont les secours de la faculté ne purent diriger ni arrêter les progres; elle soccomba prematurément à l'âge de vingt-neuf à trente ans.»

que en los últimos años aumentó hasta la caricatura. La mirada de expresión maligna de sus redondos ojos de mochuelo; la nariz de garabato sobre el labio superior corto, y su ancha boca, la dan cierta expresión de ave de rapiña. La mandíbula inferior, grandemente desarrollada, anuncia fuerte sensualidad, y la barbilla saliente, energía. Esta repulsiva cabeza, más propia de una gitana que de una reina, descansa en un cuerpo admirablemente formado; solía exhibir con gusto las exuberantes formas de su seno y su cabellera. Sus manos y brazos eran de admirable perfección y sus pies verdaderamente reales. La predilección por vestidos extravagantes y adornos excesivos que trajo de París, robustecía más la extraña impresión de su aspecto.

El primer retrato de Goya la muestra en estrecho corpiño, cubierto con encajes el ancho escote.

Monstruoso sombrero con cintas y plumas descansa en sus tupidos bucles, que, por cierto, no eran legítimos. Una pequeña variante de éste era el cuadro del Ministerio de Cultos, en el que su mano derecha extiende el abanico con imperioso gesto. Como quiera que en-él ostenta la insignia de la Orden fundada por ella en 21 de Abril de 1792, hay que colocar el cuadro después de esta fecha, en caso de que dicha insignia no fuera añadida posteriormente, lo que solía hacerse. Poco honor proporciona, en verdad, este retrato á su autor. Un tercer tipo nos da á conocer el cuadro encontrado en Pamplona no hace mucho. Por el vestido, guarnecido de encajes, se puede colocar en fecha bastante anterior. Tiene en la derecha el abanico cerrado, mientras con la izquierda hace un movimiento hacia el pecho.

En otro retrato tiene María Luisa una especie de turbante adornado de joyas (en posesión del marqués de Casa Torres), hasta que comprendió que la nacional mantilla negra era lo que mejor la sentaba.

Cuando en 20 de Febrero de 1790 acabó Goya dos retratos de tamaño natural de Sus Majestades, destinados para la cor-

te de Nápoles, fué recompensado por el encantado rey con un abrazo. Carlos mantuvo en esta ocasión íntimo diálogo con el pintor sobre las condiciones de Aragón y Zaragoza (1).

El visitador de Capodimonte, que lentamente, por una larga serie de columnas, repentinamente es arrojado de este espectáculo, compartió el gusto del rey, por lo menos en lo que se refiere á los retratos de mujeres. Carlos IV eligió un predilecto traje de caza: está apoyado en la columna, pesado y torpe; también el perro ha engordado. La reina, con los brazos cruzados, con un vestido claro y costoso, está resplandeciente de joyas; su expresión es más amable que la de los demás retratos, y el sentimiento de haber por fin logrado influjo y poder, esparce por sus nada simpáticas facciones cierta expresión de agrado.

Los retratos gustaron en tal manera, que hubo que repetirlos para el palacio real. Algunos años después pintó el maestro á María Luisa, en la misma posición y con mantilla negra, para formar pareja con el de su esposo, vestido de uniforme. La maravillosa reproducción del Museo del Prado pudo muy bien haber sido hecha en la segunda mitad del año noventa, si no después. El de Carlos IV, de perfil, sin fecha, de uniforme de guardia de Corps, no es digno de aquél como pintura.

***

En 1791 volvió Goya á trabajar para la Fábrica de Tapices, después de un período de tregua. En un escrito de 13 de Abril (2) representaba Livinio Stuik las deficientes condiciones del instituto que dirigía: los obreros pasaban necesidad, y eran despedidos cuando no había trabajo. Pues los pintores que debían suministrar bocetos por un sueldo anual, hacían frecuentes escapatorias. Ramón Bayeu se disculpaba con los

(1) Zapater: o. c., pág. 50.
(2) Cruzada Villaamil: núm. 38.

retratos de las infantas y con otros encargos. Goya, «estando enteramente desocupado», se encontraba en una posición tan extraña como irregular.

Con el aumento de sus ingresos habían crecido también sus aspiraciones y deberes (1). Halló gusto por el confort, y después de su caída del coche de un solo caballo, quiso viajar en una berlina con dos mulas. «En fin, si trabajo para el público, bien puedo mantener la berlina para conservarme» (2). Y en otra ocasión escribía: «Para cuatro días que hemos de bibir en el mundo, es menester bibir á gusto.» En Febrero de 1790 se negaba enérgicamente á ciertas pretensiones de su familia (3): «Mi situación es muy diferente de lo que pensarán muchos, porque gasto mucho, porque ya me meten en ello y porque quiero. Tambien ay la circunstancia de ser yo hombre tan conocido, que de los Reyes abajo todo el mundo me conoce, y no puedo reducir tan facil mi genio como tal vez otros lo arían; aora tenia el animo de pretender mas sueldo, y por ser tan mala situación y aguardar mejor situación, no lo hago.»

Esta mejor ocasión parece que se presentó ahora con los nuevos pedidos que le hizo la Fábrica de Santa Bárbara. Su socarronería de hombre del pueblo no le perjudicó en esta ocasión. Fundó su negativa á trabajar para la Fábrica, en que su nombramiento de pintor de Cámara le había desligado de todo compromiso con aquélla. Los 15.000 reales, que desde la jura no se habían aumentado, era la paga anual de este cargo, que también recibían Mengs, Francisco Bayeu y Maella, sin trabajar para la Fábrica. Pero tales sutilezas, que estaban, por lo demás, en contradicción con anteriores manifestaciones suyas, le valieron de poco en el Ministerio. El asunto se enredó de tal manera, que Bayeu tuvo que salir por su cuñado. «Para que te satisfaga el buen celo que me manifiestas, escribíale á

(1) Zapater: págs. 37 y 40.
(2) Idem: pág. 43.
(3) Idem: pág. 43.

Goya el 3 de Junio de 1791 (1), te remito la respuesta... pido á Dios con el mayor fervor me quite el espíritu que me sobra en estas ocasiones para no incurrir en nada que parezca soberbia, y me reprima siempre en lo que me resta de vida para tu tranquilidad, cumpliendo lo mejor que pueda, sean menos malas mis obras.» La resolución del ministro Lerma, desfavorable, condenó á Goya á continuados trabajos para lo futuro.

En 1791 terminó cuatro cartones destinados para el decorado del rey en El Escorial. De los dos frisos, uno es «Los chicos del árbol», reproducción de otro anterior, y casi estropeado, por la prisa con que se hizo. Del muchacho (quizá el hijo de Goya) que cabalga en un carnero, ha conservado el cartón la familia Stuik. Encantador, así en el asunto como en la composición, es «El Pelele». «La Gallina ciega» es el último trabajo de Goya para la Fábrica. Mientras el huracán de la revolución soplaba desde los Pirineos para barrer el viejo mundo, encanecido en los goces del momento, el artista nos mostraba la ingeniosa y ligera sociedad del siglo XVIII, por su lado brillante y su graciosa serenidad.

*
* *

Su salud dejaba algo que desear en estos últimos tiempos. Se quejaba del mucho trabajo y escribía á su amigo (2): «Me he vuelto viejo con muchas arrugas que no me conocerías, sino por lo romo y por undidos.» Le preocupaban enfermedades de familia. «Amigo, ando en el aire, porque tengo á mi mujer mala y al niño peor, y asta la criada de la cocina con calentura, con que á Dios.» Como la recetasen á D.ª Josefa aires de mar, la acompañó á fines de Agosto á Valencia, donde se entretuvo cazando en la Albufera. Según el itinerario prescrito, no pudo llegarse á Zaragoza, pero á fin de año voló

(1) Cruzada Villaamil: núm. 18.
(2) Zapater: pág. 43.

á su país. En Zaragoza, y 30 de Diciembre, está fechada la carta de gracias por su nombramiento de individuo honorífico de la Academia de San Carlos de Valencia. Había visitado este Instituto durante su permanencia de vacaciones en dicha ciudad, y dejado allí dos dibujos.

El retrato, perdido, de Zapater, cuya esmerada ejecución (con el mayor trabajo te ha hecho el retrato Goya, 1790), encarece la inscripción; le pintó probablemente en Diciembre, así como la gran figura en pie, de Ramón Pignatelli, muerto en 1793, que muestra en sus numerosas copias una extraordinaria frescura de concepción. La tabla para el constante protector de Goya, D. Juan Martín de Goicoechea, en la sala de juntas de su fundación de la Sociedad de Amigos del País, no se puede, después de un detenido examen, considerar como propia de Goya. Por el contrario, el señor, jovial y orondo, en levita violada, del Museo de Valencia, que apoya el brazo en un libro (allí llamado Mariano Ferrer), muestra una innegable semejanza con las facciones de D. Juan Martín, en Zaragoza muy conocidas.

El 4 de Octubre de 1791 recibió de nuevo Goya un permiso de dos meses (1) para ir á Zaragoza, que disfrutó hasta Enero del siguiente año, lo que atestigua la fecha del retrato de su paisano D. Sebastián Martínez. A su vuelta cayó gravemente enfermo, de consecuencias, de lo que se quedó enteramente sordo, padecimiento de que ya tenía el germen á los trece años.

Del año de su enfermedad (1792) faltan en absoluto trabajos fechados. También la correspondencia con su amigo nos falta en ese tiempo y en el siguiente. En Enero de 1793 se le concedió un permiso para restablecer su salud en Andalucía (para que pueda pasar á Andalucía á recobrar su salud) (2). De un escrito de Libinio Stuik aparece que Goya, aun el 18 de

(1) Cruzada Villaamil: núm. 39.

(2) Viñaza: pág. 502, y Cruzada Villaamil: núm. 20.

Abril de 1794, estaba absolutamente impedido de pintar, de resultas de un grave accidente que le sobrevino (1).

Pero en 25 de Abril de 1794 pudo decir Francisco Bayeu (2), que el convaleciente pintaba de nuevo, aunque no con el celo y perseverancia que antes. (Es verdad que D. Francisco Goya ha padecido una grave enfermedad; lo es también que ha convalecido alguna cosa, y pinta aunque no con el tesón y constancia que antes.) No hubo necesidad de reemplazarle en la Fábrica. Ramón Bayeu murió en 1793, y se propuso á Antonio González Velázquez, como sucesor suyo.

Algo sobre el carácter de la enfermedad de Goya, que tal vez estaba relacionado con un padecimiento nervioso, encontramos en una carta á Zapater (3) de 23 de Abril de 1794: «Yo estoy lo mismo, en cuanto á mi salud, unos ratos rabiando con un humor, que yo mismo no me puedo aguantar; otros más templado como éste que he tomado la pluma para escribirte y ya me canso, solo te digo que el lunes, si Dios quiere, hiré á ber los toros y quisiera que me acompañaras, para el otro lunes fuera bobada que te abías vuelto loco: tu Paco.»

Por el forzado apartamiento del mundo y soledad en que le sumió su fatal enfermedad, su vida espiritual se ahondó. Acostumbrado de joven á observar las cosas aguda y perpicazmente, pareció crecer ahora con su sordera esta fuerza observadora. Veía el mundo y los hombres y lo que éstos suelen disimular: su vanidad, sus prejuicios y las vergüenzas de la vida pública, á una viva luz. Una inagotable fantasía le hacía ver en sus en sueños imágenes nada risueñas, y cuando vinieron los días malos, cada vez más frecuentes, estas representaciones ganaron terreno sobre su ánimo caviloso. Para libertarse de esta depresión moral, trasladaba al papel en composiciones sueltas todo lo que se le ocurría, sin servirse de modelo. Pro-

(1) Cruzada Villaamil: núm. 51.
(2) Idem: núm. 40.
(3) Zapater: núm. 53.

bablemente, cediendo á la presión de sus amigos, que querían dar publicidad á esta especie de confesiones ingeniosas, se dedicó al grabado. Así nacieron, entre sufrimientos y dolores, sus Caprichos, á los cuales debe en primer término su fama mundial.

Aquellos dibujos, que Carderera poseyó, y que ahora en su mayor parte están en el Prado, están pintados en parte en manera esfumada. Pero tan pronto como en él preponderó el sentimiento de la pintura y trocó la pluma por el pincel, recobraron estos estudios dulzura y tonicidad. Por esto le fué tan útil el nuevo invento de Leprince, las aguatintas, hasta entonces desconocidas en España, y con el cual supo obtener tan brillantes efectos. A veces el grabado se atenía tan exactamente al dibujo, que cada pincelada estaba copiada servilmente; á menudo solía simplificar la composición y también dibujar el mismo asunto con variaciones. Como los pensamientos acudían á él de todas partes en confuso tropel, tenía siempre exceso de asuntos, por lo que se encuentra entre sus estudios unas veinte hojas con bocetos que no llegaron á ser grabados. Sucedía también que una figura tomada del natural encontraba puesto en otro asunto. Así aparece, por ejemplo, la vieja arrodillada con el rosario como alcahueta en un grabado. La primera edición de los Caprichos dicen que se publicó en el año de 1797. Como, á lo que yo sé, no existe ningún ejemplar de esta edición, hay motivo para dudar de ella. Tal opinión tal vez se deba á que entonces se proyectó editarlos.

Carderera, de gran merecimiento en la historia de Goya, poseía, entre las preciosas reliquias que adquirió de la sucesión del Maestro, además de un comentario á los Caprichos, el croquis de un prospecto y una introducción, que debía preceder á la obra (1). El interesante escrito que desgraciadamente publicó, no en el texto original, sino en la traducción francesa, no se encontró en su sucesión.

(1) *Gazette des Beaux Arts*, 1863, XV, pág. 240.

Además de algunas observaciones sobre la tendencia del libro y otros datos de índole estética, parece que la obra, que contenía 72 hojas, fué vendida en 288 reales. Las planchas estaban dispuestas, pero debían ser aún impresas. Como Goya corregía él mismo las pruebas, y á este fin instaló un taller en un rincón de la calle de San Bernardino, no hizo aprecio del tiempo. Los trabajos sin duda se demoraron mayormente desde que en 1798 volvió á activar gloriosamente sus trabajos de pintura.

Confirma esta conjetura el boceto de una hoja-título, que lleva la fecha de 1797. Cuando más tarde se colocó en la obra el retrato de Goya, fué numerado aquél con el núm. 43. Al artista, dormido mientras trabajaba, se le aparecen duendes, gatos, mochuelos, murciélagos y otros animales nocturnos durante el sueño. En el mantel se lee: «Idioma universal Dibujado y Gravado p.r F.co de Goya año 1797.» En las planchas se encuentra la inscripción «El sueño de la razón produce monstruos.»

Es posible que ya en el año nueve tuviese Goya algún ejemplar de la obra; se sabe á ciencia cierta que el duque de Osuna adquirió cuatro por 1.500 reales en 1799 (1); pero éstos contenían muy probablemente las 80 hojas, aunque, por otra parte, como ya antes de la venta habían ido á palacio algunos ejemplares, debiera existir alguno con 72.

No carece de interés para el coleccionista que se hayan falsificado ediciones con 72 hojas. El ingenioso biógrafo inglés de Goya, Mr. Rothenstein, en Londres, posee una serie de grabados que antes pertenecieron al poeta Samuel Rogers, Turners Protector. Una portada impresa, en papel del año sesenta, fué colocada en la colección con el siguiente rótulo:

«Caprichos | Inventados y Grabados | al agua forte | por | Francisco Goya y Lucientes | 72 agua fortes | publícala la

(1) Estos no se encontraron ya en el catálogo de la subasta de 1896.

Real Academia de Nobles Artes | de San Fernando. Madrid 1799.»

En su desconocimiento de la lengua española, revélase el falsificador como extranjero, y ganamos con la indicación de la Academia, como editora, un dato para fecharla posteriormente. Pues la nota, completamente desatinada, como de lo dicho se desprende, está copiada literalmente de la portada de los *Proverbios* que aparecieron en 1864.

Mientras cada hoja tiene su numeración, como en ediciones posteriores, en ésta no se ha tomado el trabajo de omitir las ocho últimas, sino que faltan bastantes números y las cifras están bastante torpemente cambiadas. Sin embargo, con instinto que no era de esperar, el núm. 43 está colocado al final del libro.

En las Bibliotecas Nacionales de París y Madrid se conservan algunas impresiones, que en parte discrepan en la inscripción ó en el número, y que, sin duda, respondían á exigencias personales del artista. El color rojo que en las anteriores impresiones fué encomiado por la literatura profesional, es en realidad una derivación muy pequeña en pardo del negro. Fácilmente se explica la variación en la numeración respecto del proyecto editorial. En las seis primeras planchas hay delante del número una P., que significa página.

Las enojosas circunstancias á que dió lugar la venta de libros y el miedo á las consecuencias de su atrevido lenguaje, determinaron á Goya en 1803 á ceder su edición al Estado. Su carta al Secretario del Tesoro es como sigue:

«Exmo. Señor: He recibido la Real orden de S. M. que V. E. se sirve comunicarme con fecha del 6 del que rige, de haber admitido la oferta de la obra *Mis caprichos,* en ochenta cobres, grabada á la agua fuerte por mi mano, la que entregaré á la Real Calcografía, con la partida de estampas que tenía tiradas á prevencion que son 240 exemplares, de á 80 estampas cada exemplar, por no hacer el menor fraude á S. M. y satisfaccion mía en mi modo de proceder.—Estoy muy agra-

decido de la pension de doce mil reales que se ha dignado S. M. conceder á mi hijo en recompensa de lo que doy infinitas gracias á S. M. y á V. E.—No me ha contestado V. E. ha una carta mía en que le participaba que estaban ya acabados los retratos y la copia de el de V. E., hecha por Esteve, que solo faltaba la inscribcion y me la ha pedido barias veces; tanvien proponía que si V. E. gustaba mandaría yo hacer los marcos para los originales, y que yo mismo iría á colocarlos en donde V. E. me mandase, para que tubiera el gusto de encontrárselos ya colocados.—No desea más que las órdenes de V. E. y que se conserve bueno. Dios guarde la ymportante vida de V. E. muchos años. Madrid 3 de Octubre de 1803.—Exmo. Señor. B. L. M. de V. E. su más atento y reconocido servidor.—Francisco de Goya.—Exmo. Señor D. Miguel Cayetano Soler.»

«En recompensa de este dón» le fué concedida una renta de 12.000 reales para su hijo, para que se distinguiese como su abuelo materno (también se citaba á su tío Francisco Bayeu, muerto en 1795) y como su padre. Mas tarde, se depositó esta suma, con la excusa de que el joven Goya no necesitaba ya dinero para su educación. Pero en un escrito del padre, de 10 de Junio de 1816, por tanto ya bajo Fernando, se reconoce la justicia de la ayuda «por haberla concedido en recompensa, aunque en expresión del objeto que entonces tenía su padre en hacerlo viajar (1) y se acepta la suma.

Carderera habla de una segunda edición, hecha por la calcografía, bajo la dirección de Esteve, en 1806-07 (2). ¿Es que se vendieron realmente los 240 en tres años?

Por su asunto, ejercieron siempre los caprichos la mayor atracción, y los librepensadores y revolucionarios dieron á Goya el nombre severo censor de costumbres y despiadado satírico. Los epigramáticos epígrafes, escritos con estilo lapi-

(1) Viñaza: o. c., pág. 53.

(2) *Gacette des Beaux Arts*, 1863. XV, pág. 241.

dario, no siempre explicaban con claridad el asunto, pues á menudo resultaba oscuro ú oculto. Goya mismo escribió un comentario á las hojas, cuyo manuscrito conserva el Museo, adquirido de la testamentaría de Carderera. Explícase el que no se haya impreso, y sólo corra manuscrito, por sus dilaciones y los cambios de plan en la edición. Un segundo escrito del maestro, algo abreviado, y con pequeñas variaciones, se conoce por la publicación que de él hizo Iriarte en facsímil. Este importante documento es, en su fondo, no más sino una explicación detallada de los epígrafes. La base fundamental de este escrito es una generalización tendenciosa, y como Goya se declaraba en el prólogo lejos de toda alusión político-satírica, no encontramos ningún nombre ni palabra que se relacione con algún suceso de la vida pública ó cortesana. Con frecuencia cae el autor en un tono de maestro, cuya ingenuidad desentona.

El público no se contentó con tan sencillas explicaciones, y cada uno interpretó á su gusto la obra, viendo en ella, tan pronto una intención política como obscena, y buscando siempre personalidades.

El Conde de la Viñaza publicó un comentario, en el cual creyó reconocer el modelo de una chapucería, muchas veces citada por Lefort (1), y donde los más conocidos nombres de la corte, como la Duquesa de Alba, el Príncipe de la Paz, la Reina misma, estaban relacionados con historias escandalosas. Mucho más escándalo produjo una explicación en lengua francesa, mucho más atrevida en sus presunciones y comentarios, y de cuyas obscenidades decía Lefort en confianza (1): «Quien conozca á los hombres, sabrá que las mayores atrocidades son creíbles aun en nuestros días.»

Pero si estas hojas significaban realmente lo que el odio y la malicia querían leer en ellas, ¿cómo había el autor, aun en

(1) O. c., pág. 134.
(2) Lefort: O. c., pág. 38.

aquellos tiempos algo librepensadores, de considerarse seguro ni por un momento? El carácter llano y recto de Goya; su algo manso respeto por los grandes de la corte y el Estado, cosa que llevaba en la sangre, su lealtad y agradecimiento por los que le habían favorecido, hacen inverosímiles todas estas interpretaciones. ¿Ni cómo Godoy, al que se dice que estaban consagradas media docena de tales hojas, había de haber recomendado su compra por el Estado (1), y ordenado que fueran editadas por la Real Calcografía, él que era poco menos que un Federico el Grande? Además, las interpretaciones políticas que se quiere hacer, son demasiado sutiles para ser preferidas á una explicación natural del asunto.

Nada de libelo político, nada de sátira personal debe buscarse en dichas hojas, sino sólo las nobles inspiraciones de un espíritu independiente, la santa indignación de un hombre que de día en día penetra más hondamente la humanidad, pero que no revela las debilidades individuales. Como pocos en España, vislumbró Goya el aletazo de los nuevos tiempos, y fué su misión, combatiendo toda impureza, escombrar el terreno sobre el cual había de levantarse un futuro mejor que él veía en sus ensueños.

Revelando despiadadamente los defectos de la sociedad, veía en la mujer la causa de la mayor parte de sus males. Su responsabilidad y culpa en la mala educación de los hijos á los que se asusta con el «coco» (3), ó se castiga con ira por cualquier torpeza ó terquedad (4). Un largo capítulo retrata su vanidad: el gusto de adornarse (17, 31), que no conoce límites de edad (55), las ridiculeces de la moda (26) y el pernicioso influjo de las dueñas (15). Pasa después al matrimonio con frecuencia, vil comercio de la belleza (14); mas pronto llega el arrepentimiento á estos encadenados que no se pueden desatar (75) y acércanse las amantes y llegan los temores (9); las alcahue-

(1) Memorias, III, pág. 278.

tas las llevan á los bailes de máscaras (2, 6), las citas que acarrean la desgracia de los maridos (5, 7, 27). Síguese el duelo, y después el arrepentimiento ante el cadáver del esposo (10). Mala noche, lluvia y viento (36). Sigue hasta el día de la justicia (23) hasta la prisión (22, 32, 34, 36) y la picota (24). Vemos mujeres que seducen á los hombres (19) para desplumarlos y echarlos después á escobazos (20), ó descañonarlos (35). La religión sólo es exterioridad y se arrodillan ante un tronco encapuchado (52). Arrancan los dientes á los ahorcados con fines de hechicería (12) y conjuran al diablo (74). La superstición da rienda suelta á la inconsistencia moral de brujas y demonios.

Allí despliega Goya sus dotes de figura en las más atrevidas formas que honrarían á un Bosch. Algunas figuras recuerdan las grotescas caricaturas de Leonardo. Cabezas de ave, machos cabríos, burros ó puercos, á veces, sobre cuerpos esqueléticos; otros tienen pezuñas, garras y zarpas en los pies, grandes alas de murciélago en los hombros, y no siempre sus miembros están donde debieran estar. Aves de rapiña, murciélagos, gatos, son adecuado cortejo de esta monstruosa gente. Se entretienen en volar (60, 72, 61, 62); cabalgan en escobas, empelotados en el aire (69) y forman con las brujas extraños grupos fantásticos (47, 60). La vieja prole se reúne en consejo (46) y toman rapé como caballeros (45); las almas en forma de diminutos niños están hacinadas en cestos (45) ó ensartadas en hilos.

Otras veces se ríe de la estupidez de la nobleza (50), de la incapacidad del ejército (76); los monjes, en especial, son tratados con dureza. Su gárrula elocuencia (53), y sobre todo su pereza, codicia y glotonería (13, 49, 78, 79, 80), dan ocasión á donosas burlas.

Los grupos de asnos referíanlos á Godoy aquellos intérpretes que no comprendían estas moralejas sin alusiones personales (37-42). Se decía que había ganado el favor de la reina por su habilidad en tocar la guitarra, lo que él desmentía en

sus Memorias (1). Tampoco considero necesario protestar contra las ridículas profecías de sus aduladores que le anunciaban un trono para el porvenir (2). En la hoja 37 quísose reconocer á Aranda. Más difícil apareció la explicación del burro tomando el pulso y del pintor y de los burros á caballo, uno sobre otro, pues no se sabía cuál de ellos representaba al favorito.

En el Charlatán sacamuelas, con el título *El conde palatino* (de paladar), se creyó ver á Urquijo, y en efecto, hay en él, así como en el núm. 56, cierta semejanza con el retrato del Ministro que existe en la Academia de la Historia; pero es dudoso por el estilo, que es del año ochenta. También se olvida que aquel intrigante sólo entró en la vida pública después de 1798, cuando los caprichos ya estaban hechos. Los números 25 y 44 fueron endosados á la reina. Sin embargo, bastan estos ejemplos para demostrar la tontería de tales interpretaciones.

Una palabra sobre el autorretrato que encabeza los *Caprichos*, el cual sólo apareció en la edición de 1803. Goya aparece en él prematuramente aviejado; sus ojos tienen la mirada del flagelador; en su rostro hay una singular mezcla de melancolía y desconfianza, tal como se suele ver en los sordos. Nos imaginamos de otro modo al favorito de las damas de la corte. Un estudio al óleo, sin sombrero, de este grabado, que apareció en París, no hace mucho, parece un trabajo de Lucas (3). También el tosco dibujo á pluma, del marqués de Seoane, del libro de Araujo Sánchez, es dudoso.

VALERIANO DE LOGA

Continuará.)

---

(1) *Memorias*, I, pág. 10. «Jamás he tocado ni he cantado, ni conozco la música, lo cual tengo por desgracia.»

(2) *Memorias*, I, pág. 19.

(3) Catalogue des dessins et tableaux de M. L. D. París, 7 Junio 1901, Hôtel Drouot, núm. 3 (3.100 F.) *Chronique des Arts.*, 1901, núm. 29, 7 Septiembre.

RECUERDOS

Eran los últimos días de Diciembre del año 1870.

Días desagradables de invierno: lluvia, viento, frío y nieve.

Nevadas generales: de un manto blanco y helado estaba cubierta la Mancha, que yo pocos días después atravesaba para recibir al nuevo rey D. Amadeo, elegido por las Cortes Constituyentes.

Sobre todos nosotros pesaba algo así como un triste presentimiento.

¡Un presentimiento!

Yo creo que no he sido sincero al dictar esta palabra.

Si estuviera escribiendo artículos literarios en que dominase la nota romántica, no me arrepentiría de haberla escrito, ó, mejor dicho, de haberla dictado.

Pero como estos artículos ni son de Literatura ni son de Historia; como no son otra cosa, y su título lo dice, que «recuerdos» de sensaciones recibidas hace cuarenta años; como no reflejan, ni quiero que reflejen, otra cosa que la verdad del recuerdo que hoy despierta, yo debo declarar que no sé si pesaron sobre mí los tristes presentimientos que antes expresaba.

Tristeza, sí; pero presagios, no.

Esto de los presagios, me parece que ha sido pura retórica.

Hay muchos presagios *á posteriori,* y estos hubieran sido unos de ellos.

La tristeza estaba justificada, porque el mes de Diciembre, por lo regular, no es muy alegre.

Lo era para mí cuando niño, porque llegaba el mes de las grandes vacaciones, que casi empezaban el 15 y que duraban hasta después de Reyes.

Y ¿qué mayor alegría para un chico que veinte ó veinticinco días de vacaciones?

Y era el mes de los nacimientos; yo fabriqué muchos en aquella época, en casa de uno de mis compañeros que se llamaba Cuenca.

¿Por qué recuerdo con claridad perfecta nombres de aquella época, y me cuesta trabajo recordar los nombres de personas á quienes hoy trato con bastante intimidad?

Vaya usted á preguntárselo á las celdillas cerebrales en general, y á la neuronas de Cajal más particularmente.

Sí; en compañía de Vicente Cuenca y de su hermano, yo construía nacimientos que llenaban toda una sala; he construído montañas con más altos y bajos, más barrancadas y picos que las que ha construído nuestro planeta en las épocas geológicas.

Y con menos recursos; que ahí está el mérito.

Con banquetas de las que se empleaban para sostener los cofres, con taburetes, con tablones, con sillas de paja de las que sirven para los niños y con otras primeras materias de esta clase; así fabricábamos el armazón, el esqueleto de la montaña, mejor dicho, de la cordillera, que de un extremo á otro del amplio salón se extendía.

Todo cubierto con *papel de estraza,* que estaba entonces muy en boga, y además era muy barato, y que tenía un tinte montañoso que á veces no logran ni las montañas verdaderas.

Además, lo jaspeábamos con tinta de escribir y con almazarrón, resultando con todo ello un terreno montañoso, que los Alpes y el Himalaya nos hubieran envidiado.

¡Y con qué sencillez de medios!

¡Vaya un mérito, que la Naturaleza fabrique los Alpes y los Pirineos y los Andes; que me dé sus terrenos y sus rocas, y allá veremos quién alcanza mayor grandeza, si ella en siglos y siglos, ó un par de chicos como nosotros en los breves días que preceden á la poética noche del Nacimiento!

Y después de la montaña, venían los ríos y los lagos de cristal, y las fuentes de hilillos de plata, y los árboles y el ramaje, que á contribución poníamos todo el de la sierra de la Fuensanta, y al fin, la estrella que había de guiar á los Reyes Magos y había de posarse sobre el portal de Belén.

No hay en todo el cielo estrellado estrella de picos más gallardos que la que recortábamos nosotros en un pedazo de hoja de lata.

¡Sí; el mes de Diciembre era entonces para mí un gran mes, de alegría artística, religiosa y hasta geológica; y alegría inacabable, si no hubieran venido á darle fin y rematarla con su intempestiva llegada los Reyes Magos.

*
* *

Pero todo aquello estaba ya muy lejano; el mes de las vacaciones y de la Navidad, que fué mi encanto cuando chico, perdió toda su poesía para mí desde mucho antes de ser ministro de Fomento, y mucho más después de serlo, que el único personaje de toda la famllia bíblica que yo comprendía y envidiaba, sobre todo cuando se me revolvían los estudiantes de la Universidad Central, era Herodes con su degollación de Inocentes.

—¡Señor!—pensaba yo;—no hay que juzgar de ligero los actos de los gobernantes y de los hombres políticos.

Una degollina de inocentes no se justifica, pero acaso pueda explicarse.

De todas maneras, y dejando á un lado aquello de los presagios, presentimientos y demás adornos de la retórica román-

tica, el mes de Diciembre del año 70 fué un mes muy triste, aun antes de la tragedia.

Triste físicamente, por el cielo nebuloso, por el suelo nevado, por el viento de hielo.

Y triste moralmente, porque lo es el fin de toda gran empresa, aunque en la empresa se triunfe. Es triste todo lo que acaba, como es alegre todo lo que empieza, si empieza en compañía de la esperanza.

Los dos años de la revolución, mejor dicho, los dos años y meses de la revolución de Septiembre y de Cortes Constituyentes, fueron revueltos, agitadísimos, sangrientos más de una vez.

Luchas, sublevaciones, guerras, amenazas de desquiciamiento social, ideas que se agitan, grandes pasiones, grandes problemas; la democracia individualista, triunfante en toda la línea; la federal, bregando por despedazarnos y por sembrar los pedazos á granel, con la esperanza de que brotaran Estados poderosos; el carlismo, rechinando los dientes y preparando una guerra más.

Todo esto era la fiebre, pero no era la tristeza, la tristeza helada y deprimente; no era el abatimiento; el abatimiento y el frío se sentían en el mes de Diciembre, en el mes de la tragedia y de la muerte del general Prim.

La revolución había triunfado, había realizado una buena parte de la democracia, había sembrado muchas ideas, había dado á España la célebre Constitución del 69, traía como rey al hijo del rey de Italia; por eso digo que la revolucion de Septiembre había triunfado.

Pero tras un gran esfuerzo viene un gran cansancio; y ese cansancio sentíamos todos los políticos, y yo creo que hasta el mismo general Prim, desde que salió de la Península la Comisión parlamentaria que iba á Italia á ofrecer la corona al príncipe D. Amadeo.

Hasta las sesiones que por aquellos días se celebraron, eran descoloridas, frías, sin grandeza, siniestras acaso.

No se discutían grandes ideales: la libertad religiosa, la libertad de la prensa, el sufragio universal; se discutía la lista civil, el cómo había de terminar sus funciones la Cámara, ó se atacaba cruel é injustamente al general Prim.

Y todo esto bajo un cielo plomizo, que apenas tenía luz para penetrar en el Congreso; y al salir del Congreso, mucha nieve, poca gente y noches de Diciembre.

***

Si hubiera un sér que por arte de magia le dijese á uno: dentro de dos ó tres días va á ocurrir un suceso muy trascendental, muy grave, muy trágico, que va á influir poderosamente en los destinos de tu patria; conque prepárate, y pon á prueba todas tus facultades de observador.

Ni te digo cuál es ese suceso, ni aunque te lo dijera podrías evitarlo, porque la fatalidad se impone, y contra la fatalidad tú no podrías luchar; pero ya puedes estar sobre aviso, y abrir bien los ojos y los oídos, y anotar todo lo que pueda ser precedente de esa catástrofe, porque de una catástrofe se trata.

Si á uno le dijeran con autoridad profética lo que precede, podría uno hacer lo que hacen los novelistas y aun los historiadores: describir minuciosamente los antecedentes, los presagios y el escenario en que el drama ha de llegar á desarrollarse.

Pero como yo en estas crónicas no funciono ni como novelista, ni como poeta, ni como historiador, tengo que declarar lealmente que el trágico suceso me cogió de sorpresa.

Y no porque no se hablase en Madrid de que algo se preparaba, que podría influir en la marcha de la política.

Y aun es más: muchos anunciaban ó temían que se atentase contra la vida de D. Juan Prim.

Pero estas cosas se dicen, y casi siempre resultan falsas. El vulgo está constantemente fabricando dramas, que casi nunca llegan al escenario de la realidad.

Por eso yo, dicho sea lealmente, ni daba importancia á tales rumores, ni jamás llegué á crer en ellos.

Y sin embargo, otros eran más perspicaces que yo, ó estaban mejor enterados, ó acaso tenían hilos secretos y misteriosos que les transmitían amenazas ó vibraciones de muerte.

Y valga un ejemplo.

***

El día antes, ó dos ó tres días antes, esto no puedo precisarlo, del trágico suceso, estaba yo en el banco azul con don Juan Prim, y Manuel Merelo vino á sentarse en el banco de detrás, en el que suelen sentarse las Comisiones cuando se discute algún proyecto de ley.

Se inclinó hacia nosotros y nos saludó, y D. Juan Prim volvió un poco el cuerpo y le tendió la mano.

Me parece que en este instante veo el movimiento del general, porque en mis recuerdos no hay término medio. O bien olvido en absoluto los sucesos y las cosas, ó las recuerdo con tanta claridad y firmeza como si de presente estuvieran ante mí.

—Buenas tardes, mi general—le dijo Merelo. Ya poco falta, esto se acaba.

—A Dios gracias—le replicó D. Juan.

Aquí una pequeña pausa.

Y Merelo, inclinándose hacia Prim, bajando la voz, y un tanto indeciso y vacilante, cosa extraña en él, que en sus actos y en sus palabras era enérgico, le dijo:

—Mi general, quisiera decirle á usted una cosa.

—¿De qué se trata?—le dijo D. Juan, volviendo un poco la cabeza y con su afabilidad acostumbrada.

Nueva pausa.

Don Juan repitió la pregunta.

—Si no me atrevo á decirle á usted lo que quisiera decirle.

—¿Tan desagradable es el asunto?

Es que tengo miedo de que se enfade usted.

—¿Miedo?—replicó el general sonriendo.—¿Es que han conseguido ya que hasta mis amigos me tengan miedo?

Y continuó Merelo diciendo, pero ya con aire resuelto:

—Es que positivamente va á usted á incomodarse; pero yo se lo digo aunque se incomode usted.

—Vamos á ver si realmente me incomodo.

—Mi general, lo que usted hace no es prudente; ¿usted no ha oído lo que por ahí dicen?

Don Juan adivinó hacia dónde se dirigía el diálogo, y empezó á fruncir el entrecejo.

—Dicen tantas cosas, tantos desatinos, que no sé á cuál de ellos puede usted referirse.

—Pues dicen—continuó Merelo en voz aún más baja, pero más enérgica,—que quieren matarle á usted.

El general sonrió, y acentuó su sonrisa diciendo:

—Sí, ya me han comunicado esa noticia varias veces en cartas, en anónimos, en la prensa y de palabra. Pero hasta ahora no han acabado conmigo.

—Y eso que usted les deja el campo libre á los asesinos, y les brinda con ocasiones, que Dios quiera que no aprovechen.

—Pero, ¿qué quieren ustedes que yo haga?—replicó Prim empezando á incomodarse,—¿que me meta en mi casa? ¿que me rodee ridículamente de policía? ¿Quieren ustedes que don Juan Prim proclame á gritos que tiene miedo á unos cuantos vocingleros ó á unos cuantos borrachos? ¿No ven ustedes que me están poniendo en ridículo?

—Mire usted, D. Juan—insistió Merelo,—entre esos vocingleros y esos borrachos hay gente muy atravesada.

—¿A que no se acercan á mí?—murmuró D. Juan Prim en voz reconcentrada y apretando los dientes.—¡A que no se acercan—repitió apretando el bastón que llevaba en la mano—mientras tenga esto!—refiriéndose, sin duda, al pequeño puñal, más bien que estoque, que en el bastón llevaba.

—No necesitan acercarse á usted, pero pueden mandarle una bala.

—Bah, amigo Merelo, las balas pocas veces aciertan.

Yo apenas tomaba parte en este diálogo, que si no en las palabras, en el sentido general y en muchas de sus réplicas, respondo de que es rigurosamente exacto. Y cuando tomaba parte, era para apoyar á Merelo, aunque me parecía que exageraba y que insistía demasiado.

Pero él insistía; que si D. Juan era terco, Merelo, con formas corteses y respetuosas, no lo era menos.

—Mire usted, D. Juan—continuó explanando su pensamiento,—yo no quiero que se ponga usted en ridículo rodeándose de todas esas precauciones que usted rechaza, y que yo, en su caso de usted, rechazaría también; pero hay una cosa que usted hace, y perdóneme usted que se lo diga, que es una grandísima imprudencia.

—¿Cuál es? Porque imprudencias he cometido muchas en este mundo; ahora es precisamente cuando me voy volviendo más juicioso.

—Usted, cuando sale del Congreso, va siempre al Ministerio de la Guerra por el mismo camino, por la calle del Turco y la calle de Alcalá. Siempre el mismo camino.

—Naturalmente, el camino más corto y más directo. ¿Por dónde quiere usted que vaya?

—Quiero, y queremos todos, que cambie usted de camino con frecuencia. Unas veces puede usted ir por la calle del Turco, otras veces por el Prado, por la calle ancha, ó por la calle de Trajineros. De cuando en cuando, por la Carrera de San Jerónimo, la calle de Cedaceros y la calle de Alcalá; pero de ningún modo siempre por el mismo itinerario, porque eso es aleccionar á los asesinos.

—¿Pero usted cree que existen asesinos? En la intención ya sé que existen; pero para matar á D. Juan Prim se necesita mucho corazón.

—Pero ¿qué le cuesta á usted, mi general, esta sencillísima precaución que le indico?

—Me cuesta tardar veinte minutos en llegar á casa, cuando puedo llegar en diez minutos; y me cuesta tener que decirle todas las noches al cochero: vamos á ir por tal parte, porque si voy por tal otra, tengo miedo de que me maten; y me cuesta, sobre todo, oirles á ustedes con paciencia; yo voy por donde voy, y por donde debo ir, y sea lo que Dios quiera, y me he jugado tantas veces la vida, que no he de regatearla como un pobre diablo al cabo de mis años.

Y volviéndose un poco, y ya de mal talante, dió por terminada la conferencia.

—Ya sabía yo que iba usted á enfadarse—dijo Merelo.

—Eso no—replicó el general, y volviéndose de nuevo le tendió la mano,—y le agradezco su interés; pero el interés y el cariño les hacen á ustedes ver visiones.

Este diálogo, vuelvo á repetirlo, en su forma general, es auténtico, como si el fonógrafo hubiera existido entonces y lo hubiera recogido.

Mi memoria para estos casos es un buen aparato receptor.

***

Las advertencias de Merelo, declaro que no me hicieron gran impresión: á tal punto llegaba mi ceguedad ó mi estupidez.

Jamás me ocurrió en aquellos días ni que mataran al general Prim, ni que intentaran matarlo.

Y como yo no sospechaba que el día del asesinato iba á ser un día memorable en la historia política de España, el día del suceso fué para mí como otro día cualquiera.

Ni me fijé en nada, ni almacené en mi memoria recuerdos especiales, sino que me dejé llevar por la monotonía de la costumbre.

Fuí al Congreso, pero ni siquiera sé de qué se trató; seguramente vi al general Prim, pero no recuerdo haberle visto. Estaríamos juntos probablemente en el banco azul algún rato, pero yo no lo recuerdo.

Todo lo que precede al crimen se ha borrado en absoluto de mi memoria.

Cuando obligo al pensamiento á volver la vista á lo pasado y á reconcentrarse en las horas que precedieron al asesinato del general, veo un cuadro negro nada más, y si acaso, manchas blancas de nieve, manchas rojas de sangre.

Acabó la sesión, tomé el coche, y me fuí á mi casa por el camino de siempre; era el mismo que seguía el general Prim, porque yo vivía en la calle del Barquillo, y por lo tanto, iba siempre por la calle del Turco; pero yo no observé nada; verdad es que tampoco me fijé.

Probablemente, pasaría por el sitio del crimen momentos antes que el general, pero pasé completamente distraído.

Si me preguntan: ¿no vió usted un carro dispuesto á entorpecer la salida de la calle del Turco? ¿No reparó usted si había hombres en la puerta de la taberna situada al extremo de la calle?

Yo diría: No me acuerdo; ni vi nada ni observé nada.

Y llegué á mi casa, y un rato después me sentaba á la mesa y empezaba á comer con mi familia.

Antes de concluir llamaron á la puerta, y un portero, ordenanza, ó no sé quién, en fin, alguien del Ministerio de la Guerra, preguntaba por mí, revelando tales ansias y apresuramiento, que tuve que salir yo mismo, interrumpiendo mi comida, á preguntarle qué ocurría.

—Que vaya ahora mismo—me dijo—al Ministerio de la Guerra, que se reúnen los ministros, que han querido matar al general Prim y que está malamente herido.

Y sin darme más explicaciones y casi sin pedírselas yo, tan aturdido me dejó la noticia y tan de pronto cayó sobre mí, se fué el ordenanza á toda prisa.

Dejándolo todo, cogí el sombrero, me fuí á la calle, y á pie, porque el coche ya lo había despedido, estuve en cinco minutos en los salones del Ministerio de la Guerra, que ya estaban llenos de gente.

Militares, diputados, algunos ministros, no todos, porque como yo era el que vivía más cerca, fuí de los que primero llegaron, y los familiares é íntimos de la casa se agitaban y hablaban en voz baja y con gran emoción.

Un cuadro confuso, del cual no recuerdo más que el aspecto general, porque también mi confusión y mi ansiedad eran grandes.

Yo no entré ya en la alcoba del general.

Me dijeron que estaban la condesa, los médicos, el duque de la Torre y Topete.

Al general ya no le vi nunca.

¡Qué tristeza! Había estado durante dos años casi en intimidad diaria; ya, para siempre, nos separaba toda una eternidad.

En el mundo, las cosas más enormes suceden de pronto de la manera más sencilla.

Cada vez acudía más gente á los salones.

Oyendo á unos y á otros, conocí los pormenores del crimen.

Fué en la calle del Turco, según contaban, al desembocar en la calle de Alcalá.

Un carro, atravesado seguramente de intento, detuvo el coche.

Los asesinos hicieron fuego.

Y preguntaban: ¿Y cuando llegó el general, tuvieron que subirle?

Y contestaba otro de los que parecían bien informados: No; ha subido él por su pie, firme como siempre, impasible como siempre; y á la condesa, que salió á su encuentro, la dijo antes de entrar en la alcoba:—Mira, mira, cómo han puesto á tu marido.

Y todos preguntábamos con ansia: ¿Pero dónde le han heri-

do? ¿La herida es grave? Y todo el mundo daba contestaciones, según sus noticias.

—No, no es grave; algunas heridas en el brazo; pero á la caja del cuerpo no ha llegado ninguna bala.

Y replicaba otro:—Por desgracia, eso no es cierto; las heridas son gravísimas; el brazo está destrozado, y la amputación será imposible, porque tiene destrozado también el hombro.

—No será tanto—suponía algún optimista, que, según parece, vió llegar al general,—porque traía el bastón en la mano; por cierto, que venía hecho astillas.

Yo me acordé de aquel bastón que el general apretaba días antes en el banco azul, medio sacando la hoja del puñal, y diciéndole á Merelo:—¿Quién se acerca á mí mientras yo tenga esto?

Así pasamos no sé cuánto tiempo, ni si fueron minutos, ni si fueron horas, oyendo noticias del enfermo y comentarios del crimen.

Han sido los republicanos.

Y alguno decía: no han sido los de *El Combate*; y álguien, con tono sombrío, agregaba: los de *El Combate* habrán sido el instrumento, pero los verdaderos criminales hay que buscarlos más arriba.

Contra cuya insinuación protestaban muchos.

—No digan ustedes disparates ni forjen ustedes novelas; los de *El Combate* se bastan y se sobran para cometer cualquier crímen; pero si era cosa sabida, si es público.

Y así se hablaba y se discutía, sin orden ni concierto, interrumpiendo los relatos, trayendo nuevas noticias del enfermo, acentuándose cada vez más la nota pesimista y salpicándolo todo con protestas de pena, ira é indignación.

En esto vinieron á avisarme:

—Que pase usted allá dentro, que están reunidos los ministros.

José Echegaray

HISTORIA ECONÓMICA

Allá por el año 1342, cuando tuvo lugar el episodio histórico del sitio de Algeciras, fué concedida la *alcabala,* tributo que es opinión corriente está considerado el más antiguo de que pudieron disponer los reyes de España. Lo cierto es que en las guerras, para sostenerlas, además de hombres, se necesita dinero, esté adquirido de mejor ó peor manera.

El abuelo y el padre de Alfonso XI, y éste imitándolos, hicieron gastos crecidos, sobre todo superiores á las fuerzas tributarias del país, y, por consiguiente, la riqueza privada tenía que resentirse de los gastos excesivos que habían de ser atendidos por la riqueza pública, ó sea el Estado. En aquellos reinados de tantas turbulencias como afligieron á la nación en el siglo XIV, no faltaron ciudadanos en Cortes (¿cómo faltar?) que atendieron mejor á su utilidad personal que á la general de sus conciudadanos.

El comercio pugnaba por tener facilidades en el tráfico interior, cuando los entorpecimientos por tributos y sus cobradores eran múltiples, sin defensa que poder alegar, ni arma legal con que defenderse, el arriero en el camino y el negociante en poblado. El 5 por 100 sobre cuanto se vendiese, estaba vigente. Todo cambio entre tratantes quedaba sujeto al Fisco, para tener su parte de ganancia segura, porque en las pérdidas no tenía el Fisco obligación alguna. Con lanza y espada, el caballero (fuéselo ó no) imponía su voluntad, satisfa-

cía su capricho, gozaba sus desórdenes, predominaba su ambición, vivían los ricos-homes, arrebatábanse villas y lugares, y el desorden tomaba carta de naturaleza entre aquellas pobres gentes inalfabetas. No importaba que el tributo fuese, en el orden moral, servil, y en el orden económico, agotador de los veneros de riqueza. Don Pedro, llamado el *Cruel,* heredó con creces las malas mañas y las intenciones aviesas de su tiempo.

Para D. Pedro no había respeto humano; y el que es más humano, el del bolsillo, aquel rey consideraba suyo el ajeno, como no le importaba el honor del prójimo, según frase poética de Zorrilla.

Por cierto que Urbano V (tal vez para evitar males mayores), concedió licencia á D. Pedro para cobrar las tercias reales, ó sea dos novenas partes de los diezmos eclesiásticos, siempre que se aplicasen á los gastos de las guerras contra los moros; tal sucedía el año 1363. El sangriento drama de Montiel, en verdad que no mejoró visiblemente las cosas, en cuanto á sufrimientos del ciudadano laborioso. Perjudicaban, más que otra cosa, las condiciones de exención y propiedades de alcabalas y tercios, por la corrupción social que sobrevenía, infiltrada por el favoritismo que se obtenía rastreramente, como es uso en todos los siglos, porque en ninguno falta la pasión miserable, que se vale hábilmente del engaño.

Enrique II, el *Dadivoso*, por sus inmorales prodigalidades para atraerse á su partido personajes influyentes, caciques de su época. Enrique, con compromisos anteriores á su reinado con los monarcas de Aragón y de Navarra; sin ley que cohibiese su gobierno personal el patrimonio del Estado, en cuanto lo había reducido; con él Enrique gratificaba espléndidamente á magnates de corona real ó de castillo feudal. ¡La representación nacional! Es hoy, y tantas veces está postergada por conveniencias, que son impuestas sin reparos ni respetos de justicia, vulnerándose así los fueros de la conciencia.

En el siglo XIV hubo repartos arbitrarios de alcabalas, tercias, jurisdicciones, y pueblos enteros que quedaban, más que

siervos, esclavos, aunque estuviesen bautizados según la ley de Cristo. Había que hacer á manos llenas mercedes, sin reparar en los sacrificios de los vasallos, y en ocasiones de la corona, para satisfacer la codiciosa ambición de los grandes.

Esto nos recuerda las frases que dirigió al pueblo Mirabeau en aquellos días funestos que tomó tanta parte el gran orador de la Revolución.

La revolución aristocrático-anárquica quiso acabar con ella Juan I. Empresa difícil. Difícil, por estar posesionados los señores de todos los resortes de gobierno, ó al menos, de una gran parte. La moda, que todo lo invade, había introducido en España, y principalmente en altas esferas, costumbres opuestas á las consuetudinarias españolas. La guerra, que era á mediados del siglo XIV manera habitual de vida. Contra don Juan, más ó menos ostensiblemente, estuvieron portugueses, ingleses, aragoneses y navarros. Las huestes moriscas, no se diga. Poco ó casi nada podía hacer para asegurar su corona el rey de Castilla. Por otra parte, el tiempo, que nada lo detiene, avanzando siempre, con él llegó demasiado pronto la muerte, que todo lo acaba, y acabó con D. Juan I, por consiguiente, con sus proyectos por realizar.

Algo más duradera fué la permanencia en el trono de Castilla de D. Enrique III, pero no menos desgraciada, sin ser los sucesos idénticos. Por de pronto, había la menor edad de don Enrique. Las parcialidades poderosas se disputaron el campo del dominio público. Las Cortes, convocada su reunión en Madrid, tenía por objeto principal la convocación decidir quién y quiénes habían de gobernar durante la menor edad del rey. Y nada menos que se tomó el acuerdo de que gobernase un Consejo, compuesto de cuarenta ciudadanos de todas las jerarquías. ¡Esto en aquellos días! Que no estaba aún proclamada la famosa *igualdad* ciudadana. Daba la fatalidad de ser la reina viuda D.ª Beatriz, madrastra del rey, y lo que era natural sucedió. El patriotismo no apareció por ninguna parte. A río revuelto, ganancia de pescadores. Estos lo fueron entonces los

grandes maestres de Santiago y Alcántara, los arzobispos de Toledo, Sevilla y Santiago, el duque de Peñafiel y otros ricos-homes. Todos sacaron partido en provecho propio.

¡Qué enseñanza la de la historia si estuviese bien aprendida!

Cuando D. Enrique, á los catorce años, tomó las riendas del gobierno, la situación era ingobernable, puesto que la Hacienda estaba en bancarrota, la aristocracia insubordinada; á ella vivían sometidos los vasallos; las labores de los campos descuidadas, la seguridad personal dentro y fuera de recinto amurallado arriesgada, y el rey reducido en el orden político á la nulidad, en el orden económico á la miseria, en el orden social á verse menospreciado y en el orden religioso quebrantada la fe. Entonces es segura la perdición nacional, no habiendo magnates ilustres que sepan dar buen ejemplo de cultura, moralidad, prudencia y miras levantadas.

Los nobles del reinado de Enrique III reinaban ellos más que su señor. Y siendo aquel reinado de gobierno personal, éste, repartido entre magnates que todo lo querían menos la pureza de conciencia, bastándoles á ellos llamarse nobles por los blasones que podían usar. Por esfuerzo supremo, D. Enrique hizo sentir bastante (aunque no lo necesario) el peso de su autoridad real, debilitando la fuerza de los *intermediarios* políticos, para llegar el rey directamente hasta el pueblo y ponerse con él en comunicación inmediata. Mas no había entonces prensa periódica, ni tribuna parlamentaria, ni ninguna de las manifestaciones públicas que exteriorizan la opinión con fuerza legal. Las fundaciones de conventos y capellanías, opuestas á la nobleza; la defensa nacional sin ejército; el erario público sin dinero con que atender á obligaciones urgentes, necesarias y justificadas. Todo preludiaba cantos de tristeza para días de luto en los destinos de la patria. Siempre la riqueza particular perseguida por la pública, ó sea lo que llamamos ahora Hacienda nacional.

Decía Francisco Salazar, el año 1812, sobre la restauración económica: «Ha contribuído al atraso de nuestra *agricultura,*

industria y *comercio,* no haber establecido el Gobierno un sistema nacional fijo. ¿Pues esto no puede repetirse ahora, aunque sea con diferentes palabras y por distintas causas? ¿Cabe nada más absurdo que estacionarse en la obra gubernamental económica ó romper radicalmente con su tradición?» Salazar, mencionando la Historia, dice: «Ha venido un ministro ó un soberano inclinado á la guerra ó á la marina, y no se ha pensado más que en *soldados* y en *navíos,* descuidando al mismo tiempo los ramos económicos.» Y es que las nociones de derecho (que implican deberes) se descuidaron siempre, lo mismo en el siglo XIV que en el siglo XIX.

Con la marcha de los tiempos, no se ha tenido la atención necesaria. Sujetos de derecho como actores, como dotados de la exigibilidad, somos todos. Que todos tenemos fines que cumplir, y para cumplirlos, necesidad de medios adecuados á toda finalidad, claro está, dentro de la convivencia social. Esto, es lógico, lo demanda la ética, y la psicología tiene vasto campo de estudio donde desarrollarse la actividad intelectual, aunque en ella se corren grandes riesgos de errores en la escala gradual humana.

El derecho, que es en principio igual para todos, no lo es en el hecho por el uso distinto que puede hacerse.

El Evangelio dice: «Comerás el pan con el sudor de tu frente», y todos los apologistas del cristianismo están conformes con esa doctrina cristiana. El derecho natural, desde su fundación, acepta como bueno el pensamiento que desarrolla la opinión del sabio, reconociendo el fuero interno que existe individualmente, y se extiende ó alcanza su posesión á la colectividad como reverberación y multiplicación del derecho individual, que es fundamento, después de todo, éste, dándole á aquél garantías de vida en el medio social donde sean ellas apropiadas para conseguir eficacia al respeto mutuo y para que la desigualdad real, que ejerce influencia sobre la sociedad, no llegue á extremos tales, que den por resultado una intransigencia mortal; es decir, que el derecho positivo no atente

por decisiones del legislador á lo que debe considerarse invulnerable en cuanto corresponde ser respetado por su procedencia de origen divino, lo que es patrimonio del alma en cuanto pertenece á los fueros de la conciencia por ineludibles responsabilidades. El derecho, en lo que tiene de humano, que es potestativo y arranca de la libertad en ejercicio del hombre, no puede, mejor dicho, no debe intentarse ponerlo en pugna con el derecho natural; y para los fines terrenales, lo que es peculiar del planeta que habitamos, no ha de haber extralimitación que desvirtúe lo que es natural, su legítima existencia.

En puridad de doctrina, los más eminentes jurisconsultos, no es que hayan querido, en derecho, transformar á los siervos de la gleba en siervos del taller. Y el aforismo jurídico es cierto: «Todo el que necesita tiene derechos; todo el que puede tiene obligaciones.» Mas se hace la *confusión* desde el momento que el legislador pretende inmiscuirse en cualquiera ciencia, y pretender (intento vano) darla leyes contrarias á su natural manera de ser. Es lo que pasa con la ciencia económica, que está comprendida en los preceptos eternos sobre que se fundamenta la historia natural, por ejemplo, y se dan leyes fatales.

Dicho se está, con la diferencia esencial, que separa y distingue de lo que queda bajo la acción fatal de lo que es jurisdicción del libre albedrío. Y ahora que se legisla á favor de la clase obrera, la cual integra una representación poderosa, resulta una ficción (algo más que tiene su sanción) querer, y lo que es peor, conseguirlo, el favoritismo de la plutocracia sobre quienes no han de asistir á sus banquetes, en perjuicio, con el tiempo, de la clase plutócrata, aunque no sea más que porque quien siembra vientos, recoge tempestades. Además, que los odios inveterados son contrarios al verdadero progreso.

La democracia se ha proclamado, pero se ha hecho sin especificación; por lo tanto, sin ética, y tampoco con prudencia. Porque desde el momento que el legislador se apasiona, no razona serenamente. Por lo menos, en la práctica, si se trata de

proteger á la niñez desvalida, á la mujer desamparada, al hombre ignorante, la misión tutelar no queda cumplida. No puede quedarlo, cuando se proclama la libertad *humana*, y á lo que es más humano se falta. Si se encarecen los alimentos con trabas internacionales. Y lo mismo puede decirse de los vestidos, de las viviendas, de la instrucción, de la higiene, de todo lo que tiene íntima relación con los intereses materiales, que son necesarios, por ser sostén firmísimo del cuerpo, donde se alberga el espíritu, para sus maravillosas manifestaciones.

El fundamento racional de la propiedad afirma la naturaleza humana. Y tan es así, que aquellos tiempos de guerras permanentes, de riesgos inevitables en los viajes, de secuestros por opiniones, de castigos por venganzas, han desaparecido en gran parte. No hace falta espada al cinto, como sucedía en siglos anteriores. Los mercados, que eran presa de bandidos; las expediciones marítimas, que estaban á merced de la piratería; tanta aventura ha sido sustituída por un orden de respeto á la propiedad. Esta, ahora, es lo que se ventila: hasta dónde es lícito que alcance su esfera de acción. Por eso se dice que nada es tan *insolente* como llamarse propietario de lo que es inmoral poseer. Y se define el derecho de propiedad, como el conjunto de medios, que se realizan por actos de voluntad libre, ellos necesarios bajo forma jurídica. Si se interrumpe la relación social por aglomeraciones incoherentes, sucede como acontece con la corriente de aguas, que, contenidas indebidamente, anegan los campos más que los fertilizan.

Si pasamos revista á la Constitución de 1812, al Estatuto de 1834, á la Constitución de 1837, á la Constitución de 1845, al Proyecto de Reforma de 1852, á la Reforma de 1857, en toda esa legislación los defectos saltan á la vista, y si cabe, lo que es peor: el *incumplimiento*. La última de nuestras Constituciones, ¿qué conserva del espíritu y letra de la Constitución de 1812, con ser ésta tan progresiva? Por más que no puede desconocerse que del año 1812 al 1909, el problema obrero, la mayor libertad de imprenta, el perfeccionamiento de la *carre-*

ra de ciencias, ese todo es grandioso; los medios de locomoción han avanzado asombrosamente; el feminismo es nuevo aspecto social que requiere estudio detenido. En fin, novedades privadas y públicas son muchas; mas con ellas, ¡cuántas caídas ha dado la humanidad! En España, el aumento de población peninsular es considerable; pero la disminución de población colonial no lo es menos...

***

Bravo Murillo, en el año 1857, recordaba una alusión parlamentaria que le había hecho el año 1852 Ríos Rosas, acerca de los proyectos de reforma de este año. Bravo Murillo, considerando ó recordando todos los sucesos; él, que además de político, era hacendista, era administrador, era protector del trabajo nacional, era de costumbres sencillas, era español convencido. Bravo Murillo cometió errores; pero erraba en lo cierto, cuando dijo al Parlamento: «A qué situación vino el Estado á parar el año 1854, que duró los años 1855 y 1856; creyendo indispensable que, lejos de olvidar aquellos acontecimientos, estuviesen presentes siempre, constante, perpetuamente, en la memoria de los Gobiernos, de las Cortes, del Senado, del Congreso y del Gabinete; en fin, de todos los hombres públicos influyentes en los destinos de la nación.»

Bravo Murillo fué, á su manera, otro Claudio Moyano, en cuanto á ser ambos influyentes como personalidades civiles. Debía y convenía cumplirse la ley de la división del trabajo, y que los militares tuviesen su esfera propia de acción, como los prelados la suya, y lo mismo los letrados y los economistas.

Por entonces (del año 1852 á 1860) fué cuando la opinión pública en Inglaterra y en Francia se preocupó de los armamentos en sus respectivos arsenales: esto es, cuando tuvieron lugar los llamados *trois paniques*, que ocuparon sabiamente á Ricardo Cobden, ante los recíprocos temores de aquellas dos naciones poderosas. Y España, por no tomar el consejo de

Bravo Murillo, hasta cierto punto, por convivir más con las genialidades de Larra (Fígaro) y de Espronceda, se prepararon materiales con los que encender la hoguera de la libertad, en vez de depurar la *verdad* con buen sentido político, y de ordenar la Administración pública con *labor justificada*. Gracias que el progreso se impone, y las reformas se abren camino por la fuerza de las circunstancias.

Mas serán siempre lamentables las malas consecuencias, brotes de causas desdichadas. Así, por ejemplo, fijémonos en los presupuestos del Estado.

Año 1857: ingresos.....	496.768.301
— gastos.....	480.825.148

Su liquidación fué:

Ingresos.....	491.779.748
Gastos.....	484.862.985

De éstos, 92.207.778 por Deuda pública que había contraído España.

Partida que ascendió, el año 1890, á 286.119.225 pesetas, en un presupuesto de

Ingresos.....	844.832.310
Gastos.....	821.867.497

Esto es, que se formó la *bola de nieve*, por cuanto la partida de Deuda pública no era origen de gastos reproductivos. Estos eran una pequeña parte, en proporción de los gastos improductivos, ó sea antipatrióticos; no lo eran precisamente á sabiendas, que lo fueron por ignorancia del arte de gobernar, y, en ocasiones, por apasionamientos, á los que no se ponía saludable freno.

Bravo Murillo no fué oído en lo mucho que valían sus consejos. Entre otros, tuvo éstos: De gobernar, han dicho unos que es prevenir; otros, anticiparse; otros, resistir; otros, ceder. To-

das estas cosas, y cada una de ellas, son dotes y cualidades indispensables para gobernar; unas al mismo tiempo, otras alternativamente, deben tener aplicación. Efectivamente; el arte de gobierno ha de ser concienzudo. ¡Ah! Todas las naciones tienen su terrible historia de desengaños. La nuestra, en España, pugnan dos fuerzas, que son: la insubordinación del partidario sobresaliente, y la subordinación social que hace pasiva la opinión. Demóstenes y Catilina hacían alarde de su influencia popular. Nuestro Castelar alardeaba de su oratoria. Siempre, aunque no tan necesario como ahora, y por el mismo régimen parlamentario predominante, es preciso que en el gabinete de estudio se mediten los problemas sociológicos. Es preciso que las teorías se lleven á la práctica muy estudiadadas, antes de hacerlas oir el orador. ¡La improvisación!... Hablar de lo que no se sabe bien, es tan fácil como imprudente. Los *puestos oficiales*, lo mismo civiles que militares, lo mismo los eclesiásticos, todos requieren estar siempre en activo servicio. Para aquéllos no hay día ni noche, invierno ni verano, porque la vida social no tiene paréntesis; sobre todo, es preciso en los puestos oficiales prepararse, para evitar que sorprendan la imprudencia ó la imprevisión.

Opuestas las tendencias de Figuerola á las de Bravo Murillo; sin embargo, en lo esencial de la Hacienda pública, ambos hacendistas tenían horror al déficit de los presupuestos del Estado, convencidos de que era aquel un mal social. A fines del siglo pasado, y más en el siglo presente, el arte de gobernar tiene que ser social más que político, por cuanto las clases sociales tienen una organización que las lleva á pedir una participación en todas las manifestaciones de la vida pública.

Para justificar la Revolución de 1868, decía Figuerola, en su notable *Memoria* de 29 de Octubre: «La época de las revoluciones empíricas, de los presupuestos combinados artificiosamente, de los empréstitos disimulados, de las tenebrosas y mezquinas operaciones de crédito para salir del día y cubrir obligaciones apremiantes, no siempre justificadas, á costa de

mayores sacrificios en el porvenir, debe quedar cerrada con el triunfo de la *Revolución,* dándose principio á una nueva era en el sistema de Hacienda.»

Cuando eso se decía, se presentaba una cuenta del Tesoro deudor de 622.666.000 millones de pesetas. Su haber se consideraba de difícil y costosa realización. Haber que con partidas determinadas, sin embargo, la opinión dominante y burocrática era que convenía hacer una emisión de Deuda pública de 500 millones de pesetas en bonos del Tesoro público, al tipo de emisión de 80 por 100, con interés de 6 por 100.

Cuando se cotizaban 3 por 100 consolidado interior, á.....	33
— — — — exterior, á.....	35,50
— — acciones del Banco de España, á.....	125

Comparadas estas cotizaciones con las actuales, es preciso reconocer el progreso realizado, no obstante tanto despilfarro, tantos errores, tantos males como han afligido á la nación. Progreso de los intereses materiales á través de motines, favoritismos, monopolios, inmoralidades y guerras. Estas, sin reparar en la pasión liviana que las sugería, ni en la formidable fuerza con que contaba el enemigo, ni fijarse en los egoísmos de los gobiernos europeos, indiferentes ante el sufrimiento de España. Es verdad que las imprudencias temerarias se pagan muy dolorosamente.

Al fin, es de necesidad reconocer que las naciones son organismos sociales con responsabilidades y recompensas.

Para España no se había cerrado el porvenir el año 1868. Puede decirse esto el año 1909. El presupuesto del Estado de aquel año se calculaba que podía ser de 475 millones de pesetas.

Y para garantía del crédito público, se figuraban

185	millones	de bienes amortizados.
115	»	pagarés en Tesorería.
820	»	bienes desamortizados sin venderse.
640	»	del patrimonio de la Corona.
350	»	montes y minas del Estado.
2.110	millones	de reales.

Aun cuando en este cálculo hubiese una parte optimista, tampoco se puede dar la preferencia al pesimismo; puesto que cuantos obstáculos se han presentado (y no han sido pocos), las fuerzas vivas les superaron en energías.

Fuerzas vivas que están representadas por la ambición, el ahorro, la inteligencia, la honradez, el patriotismo, la administración. Todo, más ó menos, converge á un mismo objetivo. El progreso por el trabajo, por la asimilación de mejoras.

Y es una desgracia, por ejemplo, que los ayuntamientos vivan subordinados al Estado, y no estén en relación directa é independiente con los vecinos que cada ayuntamiento está llamado á administrar, lo que es del dominio público-colectivo. Dominio que requiere proporcionalidad equitativa en el impuesto. Circunstancia que no puede haberla en la tributación de los consumos. ¿Qué decir de la legislación contradictoria, oscura, arbitraria? ¿Qué, de cuantos gobernantes ó meros administradores creen saberlo todo y no saben nada? Al menos, en la medida y experiencia que ha de abarcarse todo el contenido teórico-práctico, no sólo en el orden económico, también en el social, que ha llegado á tener tanta importancia.

La importación en España, con obstáculos de tradición y de modernismo, señala progresión constante, antes de que tuviesen el desarrollo actual, industrias como el carbón de piedra nacional. Es curioso enterarse de que el año 1827 la importación de carbón de piedra estaba prohibida, cuando el año 1812 estaba proclamada solemnemente la libertad política. Demostrándose así, que en el siglo XIX (lo mismo ó más sucede en el XX), se ha cometido el error de que la libertad política se considere la libertad sustantiva, cuando este dictado corresponde darlo á la libertad económica, aunque no sea más que de las libertades es la más primitiva, lo mismo antes que después del *pecado original*.

Promedios del carbón de piedra. Su importación en España:

De 1846 á 1862,	toneladas	217.440,	su valor	5.890.400 pesetas.
1863 á 1868,	»	333.600,	»	8.868.960 »
1869 á 1876,	»	489.860,	»	18.265.000 »

La importación del algodón en rama da los datos siguientes:

De 1827 á 1861,	toneladas 19.900,	su valor	26.995.000	pesetas
1862 á 1868,	» 17.085,	»	23.559.000	»
1869 á 1876,	» 32.526,	»	77.069.096	»

Promedio.

No debe olvidarse que hay años en los que el contrabando se hace en mayor escala que en otros, influyendo no poco los derechos arancelarios vigentes, que dan más ó menos margen al comercio ilegal. Lo que importa es saber si las industrias en general, su tráfico tiene ó no desarrollo, por qué causas y en qué proporciones. Importa no sólo en el orden económico, sino que importa también esa fuente de conocimiento en el orden psicológico. Que no hay fuerza mayor contra el vicio de la miseria que la laboriosidad. Por ésta ocupadas todas las horas, no queda ninguna para la ociosidad, *madre de todos los vicios*. Y si ahora el problema social tiene tanta importancia, ¿por qué no reconocerle como causa principal la que se da al trabajo, fuente de toda riqueza, en opinión de los economistas clásicos?

La exportación ha de corresponder con la importación, con inclusión del comercio indirecto y de tránsito.

La exportación de frutas verdes y secas es como sigue:

De 1849 á 1862,	toneladas 4.874,	valor	1.717.300	pesetas....
De 1866 á 1868,	» 8.370,	»	3.845.720	» ....
De 1869 á 1876,	» 13.666,	»	4.042.000	» ....

Promedio.

En los años 1827 y posteriores hasta 1848, esta exportación no era conocida, principalmente la exportación de naranja en la gran escala que ha tenido; tanta, que las plantaciones de naranjos fueron rápidas y extraordinarias. Sólo que no supieron combinarse, en relación con la presentación de los envases, medios de transporte y planteamientos de mercados para la venta, combinada bien entre la oferta y la demanda.

Trabajo laborioso, pero que, ejecutado con acierto, se hace viable.

Otro tanto puede decirse de los vinos comunes: que es preciso combinar la producción con el gusto del consumo. Su producción en los años siguientes:

De 1850 á 1862, hectolitros	769.700,	su valor	26.048.700....
De 1863 á 1868, »	947.900,	»	40.596.800....
De 1869 á 1876, »	1.565.400,	»	58.437.000....

Promedio.

Importa fijarse en los números precedentes, no como cuestión de escuela económica: solamente por la diferente legislación que ha regido sobre los derechos de aduanas en un período de veinticinco años. Viéndose una vez más los perjuicios que se irrogan á productores, y consumidores con alteraciones de precios, impuestos por legislaciones que son, en general, más ó menos tan absurdas como injustas. Ciertamente que las corrientes van ahora por esos derroteros por la ley de las *contradicciones*. ¡Qué contradictorio es proclamar la democracia y dictar leyes que encarecen el consumo! Al mismo tiempo que se hacen gastos tan inútiles, como son los que ocasionan los armamentos, ¿puede darse nada más opuesto á la civilización que la paz armada? Es inferir una doble ofensa: á la paz y á la civilización.

Es conspirar contra el porvenir de Europa.

Ahora que adquiere de día en día mayor vigor el problema social; que, como dice Molinari, la historia del desarrollo del cambio de productos (que es tanto como decir de riqueza realizada) concentra siglo por siglo la historia humana, como se ve comparando el comercio de los salvajes con el de los almogávares, el de los normandos con el de los venecianos, el de los holandeses con el de los yanquis, el de los ingleses con el de los japoneses, el de los españoles con el de los alemanes, el comercio quiere y trabaja para verse libre de trabas; mas los trusts y los monopolios, con ellos los políticos, ponen enfrente, por *confusión* lamentable, los intereses particulares y los intereses generales.

Lo mismo puede decirse del impuesto que empezó siendo

único y ha llegado á multiplicarse, hasta el punto de que, en el orden económico, resulta una atmósfera asfixiante. Los gobiernos viven en acecho de la riqueza, con buen ó mal acierto. ¿Los derechos individuales? ¿Las libertades políticas? Sí, todo en su origen fué profanado; la libertad religiosa, por Enrique VIII y sus semejantes en tiranía; Dantón proclamó la igualdad, y sólo quiso aplicarla en la guillotina; Mac Kinley vocifera en todos los tonos á favor de los principios humanitarios, y los niega nacionales é internacionales; Napoleón III quiere el prestigio del trono, y lo inutiliza en Francia; la Revolución regeneradora de España ocasiona el cantonalismo y el carlismo.

¿Será que las pasiones detestables no es posible verse libre de ellas?

Merecen fijar la atención hechos recientes. De ellos pueden hacerse citas como las siguientes:

En el Parlamento español se ha dicho: «Si la protección consignada en el proyecto de «Comunicaciones marítimas» se generalizase, no habría más remedio que emigrar de España.» Esa protección se considera tan absorbente en favor de determinados capitales, que se cree perjudicial, no sólo á los obreros, sino á otros capitalistas. «En el Reichstag, dijo el Canciller Bulow que la reserva de la diplomacia alemana, en la cuestión del desarme, no es contraria á las buenas relaciones con Inglaterra, con la que desea Alemania vivir en estrecha amistad.» Y añadió: «Cuando construímos barcos, no es por rivalidad con Inglaterra, sino para proteger nuestras costas y nuestro comercio.»

Mas, ¿y la rivalidad, ó mejor dicho, la ambición mal velada con que se presenta una nación joven relativamente, ensoberbecida en Sedán y robustecida con un ejército formidable? ¡Ah! Necesitar barcos de 20.000 toneladas para proteger las costas y el comercio nacionales...

Recientemente ha dicho en la Cámara de los Comunes, el Ministro de Negocios extranjeros, Mr. Grey: «Los gastos navales de Europa han llegado á un extremo tan exagerado,

que hacen dudar de su civilización. Temo que, más ó menos pronto, la lleven inevitablemente á la *bancarrota*.» Esto, ello mismo se comenta y revela un gran sentido práctico. Añádase lo que es el impuesto en sí y sus derivaciones; que, como dice Molinari, la tendencia dominante en Europa es la preferencia creciente de los capitalistas, á emplear su dinero en empréstitos al Estado, destinado en gran parte á obras *destructoras*. «El resultado final, dice, de estos gravámenes por el impuesto en aumento, es el encarecimiento progresivo de las necesidades de la vida, por lo que el impuesto no facilita al trabajo compensación.»

Si el Estado avasalla la vida, es natural que la tiranice; el Estado, aumentando los servicios públicos, tiende más redes con que aprisionar las iniciativas; el Estado, con mayor poder parlamentario, se encuentra con más medios para dirigir la nave de la gobernación de los pueblos, prudente ó imprudentemente; el Estado, que busca ahora apoyarse en la clase obrera, no puede hacer simultáneos los derechos con los deberes; en fin, el Estado, por cada tributo que pone al capital, con desacertada aplicación, recarga subsidiariamente al obrero su presupuesto. Grey y Molinari han coincidido sus opiniones: se corre el riesgo de preparar la bancarrota en Europa, la *inopia*, cuando se alardea por la democracia de estar en posesión de una fuerza vigorosa de civilización; cuando del concepto jurídico se dice tenerlo con una perfección como no se tuvo jamás desde que dió á conocer su trabajo el *Espíritu de las leyes*, Montesquieu.

ANSELMO FUENTES

LITERATURA FRAUDULENTA

CERVANTES Y ADOLFO DE CASTRO

Las enconadas controversias y los rudos debates que suscitó el *Buscapié* á raíz de su publicación, pusieron de manifiesto que el autor del ingenioso opúsculo, que tan sagazmente fué atribuído á Cervantes, era el ilustre gaditano, sabio bibliófilo y travieso literato, D. Adolfo de Castro y Rossi, para el que ha tenido la crítica las más acerbas censuras y los más entusiastas encomios, y en cuyos juicios se han mezclado los dicterios más crueles con los ditirambos más hiperbólicos, algunos de los cuales traspasaron los límites de la imparcialidad y de la justicia.

Quizá sea uno de los literatos modernos que ha sostenido más polémicas y controversias, y con adversarios de la talla del ilustre historiógrafo de nuestra litératura (Tícknor), del orientalista sevillano y eminente literato D. Bartolomé J. Gallardo, de Cayetano A. de la Barrera, de Gayangos y Vedia. Por estas causas, por su actividad incansable y proverbial, por su asombrosa erudición, de la que supo hacer oportunos y fastuosos alardes, por su ingénita habilidad de polemista temible y valeroso, bien puede asegurarse que Adolfo de Castro, durante el medio siglo que duró su vida literaria, mantuvo con

bríos y con pertinacia en el campo de las letras una verdadera revolución, que sólo cesó con su muerte.

Se anunció al mundo literario con la publicación de los sainetes de D. Juan Ignacio González del Castillo el año 1845. El mismo año publicó también, revelando ya sus dotes de bibliófilo, «Las poesías de Calderón de la Barca, y un discurso »por apéndice sobre los plagios que de antiguas comedias y »novelas españolas cometió Lesage al escribir su *Gil Blas de »Santillana*». Pero la primera batalla librada por el brioso literato, fué en el año 1848 al publicar el famoso *Buscapié,* que prohijó á Cervantes, de la misma manera que setenta años atrás se lo atribuyera más felizmente Ruidíaz. Castro no fué, como éste, pusilánime é incapaz de sustentar con la pluma las invenciones de su ingenio; no necesitó tampoco un Vicente de los Ríos que patrocinara su obra; al contrario, solo, con un denuedo sin límites, y sin desmayar ante la magnitud de la empresa ni ante lo arriesgado y temerario de su designio, esperó impávido la lucha que él no pudo menos de presentir.

La batalla no se hizo esperar. Estalló en Francia el mismo año, iniciándola Landri en la *Presse* del mes de Junio. Los ecos de esta polémica repercutieron en América el año siguiente (1849), y sostuvo un debate ruidosísimo, en que ambos contendientes (Ticknor y él) derrocharon erudición y talento. Más perezosos los españoles, despertaron al fin de su letargo y reanudaron las discusiones, recientes todavía, del escritor anglo-americano y del ilustre hijo de Cádiz. Pero en España las controversias tomaron marcados tintes de cuestión personal, al tropezar Castro con la acerada pluma de Gallardo, cuyas agrias censuras y eruditísimas sátiras contra todo lo existente, buscaban y leían con fruccion todos sus contemporáneos, censuras y sátiras que el tiempo y la crítica se encargaron de exterminar.

Opusieron también sus reparos Cayetano Alberto de la Barrera y el *encubierto de Valencia.* A pesar de estas trabas, el opúsculo de Castro alcanzó tanta celebridad como si efecti-

vamente hubiera sido auténtico. A los pocos años se editaba profusamente en muchos países, haciéndose traducciones de él en Francia, Inglaterra, Portugal, Italia y Alemania. En España se agotaban asimismo numerosos ejemplares, y en pocos años se hicieron varias ediciones.

El año de 1852 reanudó Castro su trabajo literario con las numerosas ilustraciones con que adicionó el *Gil Blas,* de Lesage. Tres años más tarde, volvió á ser objeto de las censuras de los críticos, con motivo de haber publicado la «Colección de poetas líricos de los siglos XVI y XVII, con destino á la »Biblioteca de Autores Españoles». En el *Padre Cobos* fué rudamente combatido su trabajo, del que publicó el segundo tomo el año 1857. En la misma «Biblioteca de Autores Españoles» incluyó otros dos trabajos, uno en 1855, titulado «Curiosidades bibliográficas», y otro en 1875 bajo el nombre de «Obras escogidas de filósofos».

La imprenta de la *Revista Médica,* á cargo de Juan Bautista de Gaona, que fué donde se hizo la primitiva edición del *Buscapié,* publicó á D. Adolfo de Castro muchas de sus obras. Así, en 1858, imprimió su «Historia de Cádiz y su provincia desde remotos tiempos hasta 1814». Un año después, en 1859, daba á la prensa, en la misma casa, su «Manual del viajero en Cádiz», y para terminar, diré que también le publicó en 1879 una de sus obras más curiosas y originales, brillantísima y ostentosa demostración de sus profundos conocimientos de nuestro idioma, libro que bastaría á conquistarle el título de «*muy docto filólogo español,*» como en el prólogo del *Buscapié* llama él á D. Bartolomé José Gallardo. Ese libro se titula «Estudios prácticos del buen decir y de arcanidades del habla española, con un escrito sin verbos; otro sin nombres, otro con sólo nombres y verbos». Consta (entresacando lo más culminante) de un trabajo cuyo epígrafe es: «A orillas del Guadalquivir», compuesto de tres partes: la primera (Peregrín Peregrino) sin verbos; la segunda (Ni tú sin mí, ni yo sin ti) sin nombres, adjetivos ni participios; la tercera se divide en tres

partes á su vez: 1.ª El eco del dolor (en francés y español); 2.ª Dentro de las sombras de la floresta (en portugués y español); y 3.ª La más dulce oración (en italiano y español).

Estimo conveniente, para demostrar las aficiones del escritor gaditano, recordar ahora algunos de los debates que provocó su ciega pasión de defender los mayores absurdos. El autor del «Centón epistolario» no es para Castro el que todos habían admitido hasta aquella época, en que sostuvo que el verdadero autor era Gil González Dávila, del siglo XVII. Tícknor combatió semejante especie, y probó con muy sólidas y atendibles razones que el *Centón* no era auténtico, como tampoco lo era el *Buscapié*. En otro trabajo muy posterior (1875) intentó vanamente probar que Francisco de Rioja no era el autor de la «Epístola á Fabio», sino Andrés Fernández de Andrade. Y á tal extremo llevó sus travesuras de este género, en las que siempre se encontraba solo, por la enorme desconfianza que con unos y otros hechos engendró en el ánimo de todos, que defendió en épocas distintas hechos completamente antagónicos. Sirva de ejemplo el hecho siguiente: Consagró mucho tiempo á demostrar que el autor del *Quijote* firmado por Avellaneda, era nada menos que el eximio mejicano y notable poeta dramático D. Juan Ruiz de Alarcón; pero algunos años antes, en el prólogo del *Buscapié,* daba por seguro que el autor era Fray Luis de Aliaga. Aquí van copiadas sus palabras: «Aliaga, »por vengarse, y poseído de una extraordinaria envidia, escri»bió y publicó la segunda parte del *Quijote,* encubierto con el »nombre del *Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda.*» Las razones de Castro no pueden ser más categóricas y terminantes, y la conclusión que de ellas se desprende es que su autor tenía acerca del asunto una opinión irrevocable; y para que se vea la poca estima en que Castro tenía sus aseveraciones, él mismo se desmiente, pocos años más tarde, de la manera más franca y lastimosa.

Si fuera á mencionar todos los hechos de esta índole de que está sembrada la vida del autor del *Buscapié,* necesitaría mu-

cho tiempo. Se ha dicho de Castro que era un embaucador literario, y el Padre Blanco García, en su obra «La Literatura española en el siglo XIX», dice de él: «D. Adolfo de Castro no »ha desmentido nunca sus tendencias, digámoslo así, arqueoló»gicas; su pasión por lo raro é insólito, ni su afán de desautori»zar creencias universales, sin temor á la polémica y al escán»dalo, ya valiéndose de un descubrimiento innegable, ya de una »superchería, ya de una observación ingeniosa en que suple el »número de pruebas por la fuerza demostrativa. Parece que, á »imitación del jesuíta Hardanin, se desdeña de emplear su »pluma en estampar un dato ya conocido, y que por serlo »pierde para Castro todo valor.» También dice de él estas palabras: «Tiene méritos positivos para que se le reconozca como »uno de los más afortunados exploradores de nuestras anti»güedades literarias, bien que su criterio estético y su adoce»nada manera de escribir no guarden proporción con su labo»riosidad.»

No hago estos ligeros apuntes con carácter de biografía, sino para demostrar que Castro denunció con su proceder que él era el verdadero, el legítimo autor del *Buscapié;* y aunque estos solos hechos no probaran la ilegitimidad del opúsculo, contribuyeron al menos poderosísimamente á patentizar que éste era una de sus múltiples supercherías literarias.

Las que al principio eran meras sospechas acerca de la autenticidad del *Buscapié,* se convirtieron más tarde en atinadas refutaciones por los campeones literarios más temibles de aquella época. Estas protestas fueron el germen de una ruidosa campaña, en la que se decidió para siempre que el *Buscapié* era apócrifo, y que su autor era D. Adolfo de Castro.

En el mismo año en que se publicó el *Buscapié* (1848), un periodista y literato francés, M. Landrin, inició el alzamiento contra el pretenso opúsculo de Cervantes. El día 8 de Junio publicó en *La Presse,* de París, un trabajo, en el que lo combatía denodadamente. Castro contestó á esta primera impugnación con tal osadía y con tal fuerza de razones, que conven-

cieron á su contrincante, el cual, por toda respuesta, tradujo al francés el librejo, que él estimó ya por de Cervantes, y lo publicó en los días 4 y 10 de Enero de 1850, al amparo del ilustre nombre de tan insigne escritor. En esta traducción hace Landrin omisión, hecho de que se lamentaba mucho don Adolfo, de la contienda que con éste sostuvo, de los argumentos que disiparon sus dudas y le hicieron acatar las afirmaciones de su contrario, y, lo que es más extraño, sin mencionarlo siquiera como prologuista, editor y anotador de la primera edición castellana. Inútil es decir que en esta primera batalla el vencedor fué el sagaz y travieso literato gaditano.

Pero los anglosajones le opusieron un adalid de mayor pujanza. Era éste Mr. George Tícknor, el cual, al publicar en New-York (1849) su excelente libro ya citado, rebatió, con su profunda perspicacia y buen sentido, lo que un año antes fuera combatido en Francia por Landrin. Tícknor, en el texto de su obra, pone en duda, no ya la legitimidad del *Buscapié*, de Castro, no publicado todavía, sino la existencia del opúsculo y su original y curiosa historia. Pero entre las notas que agregó á su libro después de escrito, hay una *(D)*, dedicada exclusivamente á probar que el *Buscapié* era apócrifo y que su autor era Castro, alegando numerosas razones, á cual más ciertas y contundentes, encaminadas á demostrar ante la faz del mundo la ingeniosa superchería.

Procuraré extractar brevemente las sólidas argumentaciones de Tícknor. Comienza la nota dando cuenta de la publicación del opúsculo en Cádiz, y entre los datos que da acerca de él, hay embozada una sospecha, y es que bien pudiera ser el libro escrito para las notas y no las notas para el libro, pues como hace notar muy atinadamente, el libro sólo ocupa 46 páginas (y esto conseguido con notable astucia, pues la letra es clara, grande y muy espaciada), y, en cambio, las notas, en caracteres pequeños y apretados, ocupan el cuádruple, ¡180 páginas! Nada más lógico de admitir que las notas engendraran el texto, y no éste á las notas. Las del *Buscapié* las ordenó

Castro por medio de letras, y son tantas aquéllas, que para ordenarlas consumió un alfabeto, y llevaba trazas de agotar un segundo y aun otros varios.

Tícknor prosigue luego narrando el prólogo y contenido del *Buscapié,* y después dice: «Al terminar la lectura de este festi»vo y agradable juguete literario, llama desde luego nuestra »atención una circunstancia muy singular, y es que el *Busca»pié* que acabamos de leer, y que se declara ser obra de Cervan»tes, *nunca impresa* hasta el año 1848, nada tiene que ver con »el otro *anónimo é impreso,* cuyo ejemplar se supone visto ha»cia 1759; hecho importante, que envuelve una contradicción »formal y completa de cuanto se pensó y dijo sobre este asun»to antes de que el libro saliese á luz.»

Luego hace notar el caso singularísimo de que una obra de Cervantes haya estado tanto tiempo oculta, y no en un archivo, sino pasando de España á Portugal, y luego de Portugal otra vez á su patria, y precisamente en momentos tan críticos como el estar en aquella época latente aún la marejada que levantó el *Buscapié* de Ruidíaz y de buscarse con tanto interés el celebérrimo librillo. Continúa Tícknor demostrando que Argote de Molina no tuvo ningún hijo llamado Agustín, ó al menos que no le sobrevivió, pues paran en su poder unos papeles, por los que se viene en conocimiento que Argote de Molina, al morir, dejó á una hija y á sus hermanos, que eran tres, el patronato de una capellanía, que él fundó para su enterramiento en la parroquia de Santiago en Sevilla. El codicilo que posee Tícknor está fechado en 7 de Julio de 1597, poco antes de morir Gonzalo Argote, y es muy extraño que en él, al recomendar encarecidamente á su familia la conservación del enterramiento después de su muerte, no mencione á su hijo Agustín, prueba fehaciente de que no tuvo tal hijo. Y por si pudieran refutarse tan concluyentes razones, cita en su apoyo un documento, cuyo autor es Ortiz de Zúñiga; éste, hablando de Argote de Molina, dice que tuvo hijos, pero que ninguno le sobrevivió, y afirma que todos murieron en vida de él, y que

por estas y otras causas se turbó algo su juicio. Ticknor deja, pues, suficientemente probado que Agustín Argote de Molina, hijo del muy noble señor Gonzalo Zatieco de Molina, no existió, ó si vivió, fué antes de la época en que Castro lo quiso hacer vivir, y que resucitara no es probable, porque hijos de Jairo y Naim y Lázaros ha habido pocos en el mundo.

El escritor anglo-americano prosigue impugnando el *Buscapié,* y dice que no es verosímil que tal obra permaneciese oculta en la biblioteca del duque de Lafões (D. Juan de Braganza), precisamente en ocasión de estar la Academia Española inquiriendo el paradero de esa obra, pues desde 1780 hizo las más minuciosas indagaciones para encontrarla. ¿No es realmente un contrasentido suponer que el de Braganza no sabía lo que tenía en su biblioteca? ¿Y no es un hecho insólito el que no tropezase con el *Buscapié* ninguno de los eminentes literatos que á ella concurrían?

Prueba luego que D. Pascual de la Gándara debió poseer el libro (procedente de la biblioteca del de Lafões) en los momentos en que hablaban de él Navarrete y Clemencín. Aquí no cabe admitir que el opúsculo pudo estar escondido entre algunos papeles, en medio de una inmensidad de libros, porque la librería del abogado de San Fernando no debía ser muy rica, y en ella sería muy fácil haber encontrado el M. S. que *la casualidad deparó á Castro,* sin pretender ni remotamente hallarlo.

Continúa Ticknor sus ataques diciendo que el *Buscapié* es una rastrera y torpe imitación de los pensamientos, del estilo y hasta de algunas frases y palabras de Cervantes. Afirma, y es verdad, que tiene mucho parecido con el prólogo del *Pérsiles;* que se citan en la obra dos ó tres autores coetáneos, como hizo el autor del *Quijote* en el expurgo de la biblioteca, y que termina el *Buscapié* con una copia de la aventura de Rocinante con los desalmados yangüeses. Después de estas afirmaciones añade, que tiene mucha semejanza con la *Adjunta al Parnaso,* pues el mismo Castro aseguró que el *Buscapié* era una *Adjun-*

ta al Quijote, y que era todo igual á la primera. Entre las locuciones que copia de Cervantes, cita ésta: «Se atreve á com»petir con los más famosos de Italia»; frase tomada de esta otra: «Pueden competir con los más famosos de Italia», que pone Cervantes en boca del cura, refiriéndose á *La Araucana,* de Ercilla, á *La Austriada,* de Juan Rufo, y á *El Montserrate,* de Cristóbal de Virués.

Otra frase plagiada es ésta: «Su autor está más cargado de »desdichas que de años», que está copiada de otra de Cervantes análoga: «Sé que es más versado en desdichas que en ver»sos.» La última locución que está en su nota, como demostración de que Castro plagió al autor del *Quijote,* es: «Los gritos »del Bachiller eran tan perdidos como si los echase en el pozo »Airón, ó bien en la sima de Cabra», que está sacada de otra que Cervantes empleó en *La Adjunta al Parnaso,* aconsejando á las madres de niños traviesos que los arrojasen al pozo Airón ó la sima de Cabra.

Creo poder añadir á las locuciones citadas por Tícknor otras dos: la primera es esta frase, puesta en los labios del Bachiller: «Mucha fuerza me hacen vuestras razones, *seor soldado.*» Estas dos últimas palabras recuerdan en un todo aquel famoso soneto con estrambote, dedicado por Cervantes al túmulo de Felipe II, en el cual se pone en boca de un valentón: «Es cierto cuanto dice voacé, *seor soldado.*» Y tiene más visos de verdad el plagio si recordamos que el Bachiller no pudo colegir que su interlocutor fuera soldado, porque lo creyó desde el principio médico. La otra expresión que he encontrado no me ofrece la menor duda, porque en el prólogo del *Pérsiles* hace decir Cervantes á uno de sus compañeros «que el rocín del señor Miguel »de Cervantes... es *algo que pasi-largo*», y Castro obliga á decir al mismo Cervantes que su mula *era algo que pasi-corta.* El plagio es indudable.

Tícknor, hablando de estas frases, se expresa así: «No son »resultado natural del olvido y distracción de un autor que se »repite; más bien suenan como palabras escogidas y rebusca-

»das de intento, de manera que dan á los pasajes en que están »cierto aire forzado y de violencia, y demuestran que el escri»tor se mueve en un círculo reducido y estrecho; cualidad la »más impropia y opuesta á la cultura, desenfado y lozanía, »que son los rasgos eminentes y característicos de Cervantes.»

Además, dice Tícknor en su impugnación que el *Buscapié* encierra muchas alusiones á libros y sucesos de aquella época, y es muy raro que á todos alcance con sus anotaciones y comentarios la erudición y omnisciencia del Sr. Castro; sólo *uno* escapó á sus sabias reflexiones, y para eso hace de ello una ostentación que lo denuncia. Estas son sus palabras: «Las estancias y los ovillejos que compuso Tamariz en loor de los corcovados, me son enteramente desconocidos.» La precedente manifestación de *que hubo algo en el «Buscapié» que no pudo anotar,* implica una oculta estratagema, cuyo fin no era otro sino alejar del lector la idea de que el comentador se comentaba á sí mismo.

Saca Tícknor después luminosas conclusiones de la sagacidad delicada y exquisita con que Castro escribe Enzinas sin *n*, y de la manera con que expresa el refrán «Al buen callar llaman sagé». En la nota que Castro consagra á este proverbio, dice que de la misma forma que Cervantes lo usó en el *Buscapié* se encuentra en *El Conde Lucanor,* y añade que después se corrompió, y se dijo: «Al buen callar llaman Sancho». A esto replica acertadamente el impugnador que no ha encontrado en *El Conde Lucanor* el refrán en la forma que dice Castro, y que el mismo Cervantes empleó la *forma corrupta* de aquél en el capítulo 43 del *Quijote* (parte 2.ª); luego Cervantes se desmintió y contradijo; y para reforzar su aserto, añade Tícknor que se halla escrito del mismo modo en la *Colección de refranes del Comendador griego* y en las cartas de Garay, publicadas respectivamente en 1555 y en 1553; luego esa adulteración del proverbio fué muy anterior á 1605, y Cervantes no pudo, por tanto, emplearlo en su primitiva forma.

Las últimas objeciones que opone al *Buscapié* son las si-

guientes: *que no declara las cosas recónditas y no declaradas,* como anuncia el título del opúsculo y el prólogo del mismo, que no cita á ningún impugnador del *Quijote,* como asimismo promete el título con que se publicó el *Buscapié,* «en defensa de la primera parte del *Quijote*», y por fin, termina su concienzudo trabajo de este modo: «Habla con poco aprecio de Alcalá, su patria, á la que siempre honró (páginas 13, 14 y 41); se pinta (al Bachiller) burlándose de sí mismo (páginas 24, 25, 28, 39 y 45), así como de la cobardía y pusilanimidad de su padre (páginas 25, 27 y 28), de una manera que desdice asaz del delicado tacto y profundo conocimiento de la naturaleza humana que caracterizan al inmortal autor del *Quijote*». Concluye Tícknor exponiendo su creencia de que Castro al fin se declararía autor del *Buscapié,* pero que si en realidad no lo era, había sido víctima de una ilusión en presencia del célebre M. S. Esta última concesión que le hace Tícknor, parece más bien hija de la cortesía, haciéndola como atenuante de su impugnación y no como fruto de su convencimiento.

A estas razones, incontestables muchas de ellas, respondió D. Adolfo de Castro en los números del 10 y 18 de Octubre de 1850 de *El Heraldo,* periódico que se publicaba en Madrid por aquellos tiempos. A ésta agregó nuevas contestaciones en las sucesivas ediciones del *Buscapié,* entre las cuales se cuenta la que tituló «Respuesta á las observaciones hechas acerca de este opúsculo por Mr. George Tícknor en su *History of Spanish literature*», fechada en Cádiz el día 3 de Diciembre de 1850. Replicó también en las notas al *Buscapié* (páginas 77 y 88 de la edición de 1857). Convirtióse de este modo el asunto en una verdadera controversia literaria, pues estas réplicas de Castro fueron á su vez combatidas por Tícknor en un apéndice á su obra, que se insertó en ella por sus traductores Gayanyos y Enrique Vedia.

Pero en esta polémica literaria, el vencedor no fué ciertamente Castro, pues la futilidad de sus razones, en lastimoso contraste con las atinadas de Tícknor, volvió á probar la false-

dad del *Buscapié*. No transcribo las observaciones del erudito gaditano, por si con ello pecara de prolijo; á más que no lo merecen, por añadir muy poco ó nada en pro de la autenticidad de la obra. El mismo Castro se compromete seriamente al hacer las anotaciones de las otras profusas y rápidas ediciones que de su libro publicara. De estas notas suprime unas, corrige otras y añade algunas nuevas. ¿No es esto denunciador de que, al ser descubierta la falsedad, trató por los medios que halló á su alcance de destruir cuanto le comprometiera?

Tícknor demostró, por tanto, que el *Buscapié* era fruto de la inventiva de D. Adolfo de Castro, el cual no logró con aquél lo que consiguió tan fácilmente con M. Landrin. El mismo Tícknor lo dijo: «Podría hacer lo mismo que M. Landrin..., y »sin embargo, tengo el *Buscapié* por apócrifo.» No era capaz el sabio historiador de nuestra literatura de hacer una formal retractación estando la razón de su lado; antes bien, combatió más duramente todavía las observaciones que á las primeras suyas opuso el travieso y picaresco autor del *Buscapié*.

La más ruidosa de las polémicas que sostuvo Castro fué la suscitada por Bartolomé José Gallardo, ardoroso bibliófilo sevillano, muy dado á la discusión y al escándalo. Fué bibliotecario de las Cortes de Cádiz y provocó muchos debates literarios, en los que figuraba su nombre al frente del de las personalidades más eminentes de su época (Lista, Reinoso, Burgos, Durán, Quintana, Miñano, Bretón y Martínez de la Rosa), todos ellos citados por el P. Blanco en su literatura. Cita asimismo, entre sus más conocidas sátiras, las siguientes: «Carta blanca sobre el negro folleto titulado *Condiciones y semblanzas de los Diputados á Cortes,*» Madrid, 1821 (contra Miñano); «Cuatro palmetazos bien plantados por el dómine Lucas á los gaceteros de Bayona,» Cádiz, 1830; «Las letras de cambio ó los mercachifles literarios...,» Madrid, 1834 (sobre el *Diccionario geográfico* de Miñano); el «Arte de hablar», de Hermosilla; la comedia «Los tres iguales,» de Burgos, y la traducción de la «Historia Universal», de Segur, publicada por Lista.»

Pero las dos más célebres controversias que hicieron famoso el nombre de Gallardo en el palenque de las letras, fueron las sostenidas contra D. Serafín Estévanez Calderón y D. Adolfo de Castro.

La primera de estas dos discusiones la dió por terminada *El Solitario,* enviando á su adversario aquel célebre soneto, que es un alarde de ingenio, al par que viva demostración de la riqueza de nuestra lengua. Séame permitido insertarlo, al lado de otros versos de Fray Diego González, tomados del «Murciélago alevoso», con los que compite en gracia y originalidad:

SONETO DEL SOLITARIO

Caco, cuco, faquín, bibliopirata,
Tenaza de los libros, chuzo, púa,
De papeles, aparte la ganzúa,
Hurón, carcoma, polilleja, rata,
Uñilargo, garduño, garrapata;
Para sacar los libros, cabria, grúa,
Argel de bibliotecas, gran falúa
Armada en corso, haciendo cala y [cata.
Empapas un archivo en la bra- [gueta,
Un Simancas te cabe en el bolsillo,
Te pones por corbata una maleta,
Juegas del dos, del cinco y por [tresillo,
Y al fin te beberás como una sopa
Llenas de libros, África y Europa.

FRAGMENTO DEL «MURCIÉLAGO ALEVOSO» por Fray Diego González.

....
Te punzen y te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen.
Te desmiembren, te partan, te de- [güellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magu- [llen,
Te deshagan, confundan y aturru- [llen.
.....

Perdóneseme la intemperancia de insertar esos trozos poéticos, en gracia de las bellezas que encierran y por la relación que tiene el primero con Gallardo.

Este esforzado polemista fué el que publicó contra el *Buscapié* un trabajo titulado *Zapatazo á zapatilla, y á su falso «Buscapié» un puntillazo,* impreso en Madrid en 1851. En el mismo año, pero en Valencia, un al parecer discípulo de Gallardo, con el pseudónimo de *Un encubierto de Valencia*, publicó un libelo contra Castro, bajo el insultante título de *El*

Buscapié de Buscarruido. Como ambos le hacen las mismas ó parecidas objeciones, Castro les contestó simultáneamente, en una carta dirigida á su amigo D. Emilio Bravo, que publicó la *Biblioteca Universal* el año mismo de 1851. La citada carta la llama su autor «Carta dirigida contra dos autores folicularios», que son: D. B. J. Gallardo y el llamado *Bachiller Bobaína*.

Entre otras interpelaciones, le hacen la siguiente: Si el *Buscapié* M. S. es de letra de fines del siglo XVI ó principios del XVII, ¿cómo en el primer caso iba á referirse al *Quijote*, no publicado hasta 1605? Castro los refuta, diciendo que él no aseguró que fuera escrito en el siglo XVI, sino que estaba con letra de ese siglo ó de principio del siguiente, y al pasar de uno á otro, nadie cambia de letra. Realmente, aquí hubo mucha sutileza por parte de Gallardo y del *Biombo de Gallardo* ó *Bachiller Bobaína*.

En otra objeción dicen uno y otro que el título del *Buscapié* es una insulsa imitación del de otros libros que corrieron medio siglo antes que viviera Cervantes, y el *Encubierto de Valencia* agrega que es una copia del de *La Celestina*, ó tragicomedia de *Calixto y Melibea*. A esto replica Castro que entre ambos títulos no hay más semejanza que la que se desprende de la palabra *demás*, usada en ambas; pero con mucho ingenio prescinde Castro de probar que la construcción es muy semejante. El título del *Buscapié* nos es conocido; he aquí el de *La Celestina*... «en la cual se contienen, *demás* de su agradable »y dulce estilo, muchas sentencias filosofales y avisos muy ne»cesarios para mancebos, mostrándoles los engaños que están »encerrados en sirvientes y alcahuetas». Y si de suspicacias hablásemos, no es *una*, como dice Castro, la palabra igual que hay en los dos títulos, sino *varias*.

Otra de las réplicas que hacen los dos autores folicularios, es que en la aprobación de Gutierre de Cetina no podía decir, porque no era este su cargo, *he visto*, sino *he hecho ver;* pero Castro contesta que hay un documento que deshace semejante

afirmación, y es éste: «Por mandado del Consejo *he visto*, etc., y firma Doctor Cetina.» Esta licencia se refiere á un libro de los Argensolas, llamado *Historia de la conquista de las Islas Molucas*.

Se ve en todas las observaciones de estos dos autores mayor pobreza que en las de Tícknor, que son casi todas fuertes, irrebatibles y hasta *demoledoras*. No es extraño, pues, que los folicularios tuvieran la debilidad de hacer una tan pueril objeción como la que destruye Castro con documento tan terminante. En la citada carta rebate también otras varias de las infelices observaciones del *Biombo de Gallardo*, referentes á algunos de los extremos del *Buscapié;* pero las contestaciones del escritor gaditano son tan débiles y los datos que aporta tan rebuscados, que son denunciadores de su culpabilidad. ¿Por qué hace omisión del requerimiento que le hizo Gallardo para que presentara el M. S. á una Academia ó á un Jurado competente que dictaminase acerca de su autenticidad? Si realmente lo hubiese poseído, ¿no era esta la prueba más patente de su existencia? ¿Por qué lo ocultó con tanta obstinación? Esto demuestra hasta la evidencia que el M. S. del *Buscapié* no existió más que en la imaginación de D. Adolfo de Castro. ¡Lástima es que semejante talento y tan preclara inteligencia se malgastase inútilmente, poniéndose al servicio de *mezquinos designios y torpes anhelos!*

Doloroso, pero no menos cierto, es ver colocado el nombre de Castro á la altura del de esos corsarios de la literatura, que, incapaces de concebir nada propio, roban los pensamientos ajenos y usurpan innoblemente las creaciones de los grandes ingenios, para profanar despiadadamente sus nombres.

Castro se vió impulsado á contestar á los ataques durísimos y á los insistentes retos de Gallardo con un libro que publicó en Cádiz (año de 1851), y que llamó *Aventuras literarias del iracundo extremeño D. Bartolo Gallardete*, libro sobre el que tiendo el velo del silencio, por estimarlo indigno de la personalidad literaria de D. Adolfo de Castro, que si descendió

á tan bajas esferas, sólo fué impelido por la impremeditación de sus decisiones y por la fogosa impetuosidad de su inteligencia, que constituyen los dos principales timbres de su carácter.

Terminaré mi modesto trabajo, afirmando por última vez que la existencia del *Buscapié de Cervantes* es un mito imposible hoy de admitir. Esta fábula es, sin embargo, una de las mayores curiosidades literarias de la pasada centuria, y de ella se han ocupado los más insignes escritores de todos los países. La existencia de la ilusoria novela del Buscapié ha sido bien efímera; pues en 1847 destruyó para siempre Tícknor las ideas que en mal hora germinaron en la mente de Ruidíaz.

Esperemos ahora nuevos plagios y nuevas usurpaciones. Acaso no llegue á sus postrimerías el presente siglo sin que se nos ofrezca la «Segunda parte de la Galatea», «El Bernardo», «El engaño á los ojos», «Las semanas del jardín», ó quizá el libro de memorias con que tropezó Sancho en Sierra Morena, que encerraba las amorosas quejas de Cardenio, y en el que Don Quijote escribió la famosa carta á Dulcinea, que empieza «el ferido de punta de ausencia y llagado, etc.,» libro de que ni el Caballero de la Triste Figura ni su escudero vuelven hablar. Por desdicha, aún no se ha extinguido la proterva extirpe de merodeadores literarios que profanaron con sus torpes fraudes y sus abyectas creaciones el tabernáculo de la verdad y el Sanctu Sanctorum del genio. Muchos son los que con espíritu poco escrupuloso, como los Pellicer de Osaw, Ruidíaz y Castro, sacrificaron su prestigio en pro del ideal quimérico de su inmortalidad; muchos los que cometieron tales desacatos para encubrir la pobreza de su numen con la máscara de la vesania y conquistar así el título de genios «Nullus enim locus sine genio est», dijo Servio, y muchos los que, siguiendo la ya trazada senda, están prestos á caer en el vicio sacrílego de la usurpación literaria, *y han de caer del todo, sin duda alguna.*

ALBERTO BLANCO

PARNASO INTERNACIONAL

LOS DIOSES DE GRECIA

(De Schiller)

Cuando el mundo feliz, á vuestro mando
Sumiso, gobernabais todavía
Con el vínculo blando
De la dulce alegría,
Y el poder vuestro, soberanos seres
De una edad fabulosa, dirigía
A los pueblos, brindándoles placeres;
Cuando brillaba, para nadie oculto,
El risueño esplendor de vuestro culto,
¡Cuán diferente y cuán de otra manera
La condición de los mortales era!
Frescas guirnaldas de olorosas flores
Ornaban, en señal de fe sincera,
Tus templos, ¡oh Deidad de los amores!
El velo de la dulce poesía
La severa verdad aún envolvía;
La creación gozaba jubilosa
La plenitud de su vivir fecundo;
La humanidad sentía lo que ansiosa
No sentirá ya más en este mundo.

Reposar en el seno
Del amor, era instinto noble y bueno,
Y fué á un Dios semejante
El complacido y venturoso amante.

Ese globo de fuego que hoy proclama
El sabio astro sin vida,
Fué la carroza de encendida llama
Por Helios triunfalmente conducida;
Los montes las Oréadas poblaban;
Las Dríadas los bosques más sombríos,
Y de sus limpias urnas derramaban
Las Náyades las ondas de los ríos.
Fué de una Ninfa salvador albergue
El laurel que frondoso el tronco yergue;
Y dentro de una roca dura y fría
La hija infeliz de Tántalo vivía.
De Siringa escuchábase el lamento
Cuando las cañas agitaba el viento;
El trino que en los huertos nos recrea,
Era de Filomena el suave acento;
En el raudal sonoro
Que por los verdes campos serpentea,
Ceres vertía el abundante lloro
Buscando á Proserpina; Citerea,
En aquel altozano,
A su hermoso doncel llamaba en vano.

Los dioses celestiales
Entonces del Olimpo descendían,
Y en franca sociedad con los mortales,
Hijos del viejo Deucación, vivían.
Por lograr de una bella los favores,
Formó Apolo en la grey de los pastores.
A hombres, héroes y dioses enlazaba

Nudo feliz de amores,
Y todos, con delicia voluptuosa,
Rendían su alma esclava
A la ciprina Diosa.
La gravedad ceremoniosa y fría,
La abstinencia severa,
Vuestra ley ¡oh Deidades! proscribía;
Ventura placentera
En todo corazón reinar debía.
Era el hombre feliz vuestro aliado,
Y era santo, no más, lo que era bello.
Todo júbilo fué de vuestro agrado;
Ninguna diversión os fué molesta,
Si imprimían el sello
Las Gracias y las Musas á la fiesta.
Eran como palacios sonrïentes
Vuestros templos. Los bravos combatientes,
Luchando sin rendirse á la fatiga
En la olímpica arena; el diestro auriga,
En la carrera rápida triunfante,
El jinete alentando al noble bruto,
Todos, con entusiasmo delirante,
Daban en vuestro honor digno tributo.
Donosas y expresivas
Se enlazaban delante
De vuestro sacro altar, danzas festivas;
Y embelleciendo más vuestros hechizos,
Cual símbolo de gloria,
Vuestra cerviz de perfumados rizos
Orlaba con sus lauros la Victoria.

El tirso alegre de Evoé; las fieras
Mal domadas panteras
Que á su carroza triunfador uncía,
Anunciaban al dios de la alegría.

Iba delante el licencioso bando
De Faunos y de Sátiros gritando;
Bailaba en torno el coro peregrino
De las inquietas Ménades, cantando
La excelencia del vino;
Y el inflamado rostro de Sileno
Echando viva lumbre,
Excitaba á la alegre muchedumbre
Para llevar al labio el vaso lleno.

Nunca en aquellos tiempos, tremebundo
Asustaba un espectro al moribundo;
La vida, en un suspiro evaporada,
Exhalaba tranquilo el labio inerte
Cuando al suelo su antorcha era volcada
Por el genio piadoso de la muerte.
En la mansión del Tártaro sombría
Un hijo de los hombres sostenía
La balanza del juicio;
Y á la amarga querella
Del triste vate que perdió á su bella,
El pecho de las Furias fué propicio.
En los Campos Elíseos recobraba
El amigo al amigo, al fiel esposo
La amante esposa, y á su Admeto Alcestes;
Preparado el hipódromo, esperaba
Al conductor de carros victorioso;
Los cánticos celestes
Repetían gozosos los poetas;
Al compañero fiel hallaba Orestes;
Filoctetes, el arco y las saetas.

Alientos daba galardón divino
A quien seguía con segura planta
De la virtud el áspero camino;

Las heroicas acciones
Abrían á los ínclitos varones
La mansión de los justos sacrosanta;
Cuando alguien reclamaba dolorido
Algún muerto querido,
Los Númenes benignos le atendían;
Los gloriosos Gemelos,
Dando ruta al bajel, resplandecían
Allá en los altos cielos.

Mundo hermoso y risueño, ¿qué te hiciste?
De la Natura celestial aurora,
Vuelve á este tiempo tenebroso y triste.
De tus grandes prodigios
Sólo la poesía encantadora
Conservó los vestigios.
Mudos están y sordos selva y prado;
Deidad ninguna del feliz pasado
Logro en la tierra contemplar. De aquellas
Imágenes tan bellas,
Una sombra, no más, nos ha quedado.
Del Norte proceloso un soplo vino
Que marchitó las flores;
Aquel mundo divino
Se desplomó, del tiempo á los rigores.
Interrogo á los astros brilladores,
Y no te encuentro ya, dulce Silene;
Lanzo al bosque y las olas mi lamento,
Y tan sólo del eco el vago acento
A contestarme viene.

De su divinidad desposeída,
Ignorando el placer que nos procura,
El acento halagüeño de su vida
No siente la Natura.

El poder que la rige desconoce;
Es ajena á mi goce.
A su acción propia muéstrase insensible,
Y extraña permanece,
Cual péndulo servil que á la inflexible
Ley de la gravedad sólo obedece.
En el reino ilusorio de los vates
Se albergaron los Númenes sagrados,
Vencidos ya del tiempo á los embates.
Tristes y acongojados,
Del mundo huyeron, que su imperio ha sido,
Y que hoy, rompiendo viejos andadores,
Es por su propia fuerza sostenido.
Huyeron los que dueños y señores
Fueron del hombre en días de ventura,
Al ver su adversidad exacta y cierta;
La grandeza, la gracia, la hermosura,
Se llevaron, los tonos, los colores,
Y sólo nos quedó la letra muerta.
Huyeron entre sombras del ocaso
El rudo temporal de las edades;
A las cumbres del Pindo y del Parnaso
Acogiéronse, inútiles Deidades.
El mundo, libre ya de su gobierno,
En ellas los olvida;
Lo que para el poeta será eterno,
Pasa y muere en la vida.

TEODORO LLORENTE

LA CIENCIA Y LOS FENÓMENOS ESPIRÍTICOS CONTEMPORÁNEOS

(CONCLUSIÓN)

En Francia, durante los años 1856 á 60, nadie veía en las *mesas parlantes* más que una agradable diversión. Sin embargo, algunos pensadores, como Eugenio Nus y otros hombres de mundo, como el conde de Ourche, el barón de Guldenstubbe y otros, se impresionaron ante el carácter, inteligente á veces—según ellos decían,—de determinados hechos. Allan Kardec sostiene por ese tiempo en sus obras la realidad de una inteligente y libre potencia en tales hechos, que unos años después es atribuída por otros investigadores á la inteligencia del mismo *medium*; pero las opiniones de Chevreul y Babinet, dadas en plena Academia de Ciencias de París, de que no eran sino producto de inconscientes movimientos de los asistentes ó superchería, echaron por tierra su hipótesis. El conde Agenor de Gasparín, después de observar los especiales desplazamientos—como él aseguraba—con la intervención de un *medium*, instituyó su teoría de la *acción magnética*, ejercida de un modo no bien determinado. Interpretación que fué adoptada por los profesores Chevillard, de París, y Thury, de Génova. A ese singular agente le denominaban *psicoide. Particular fluido* que atravesaba los nervios—según unos cuantos observadores,—pudiendo proyectarse al exterior. El profesor Reichembach, de Viena, le llamaba Odylo ó fuerza Od.

***

Eudes de Mirville afirmaba en sus obras la realidad de los referidos fenómenos, que atribuía al demonio—palabras textuales,—en lo que él intitulaba la *Magia Moderna*, que con el padre Venture, se esforzaba en demostrar que la acción de los ángeles malos estaba señalada en el Evangelio y en la historia de los Santos Padres. El abate Pousin y el jesuíta P. Marousseau se expresaban en el mismo sentido, entonces en boga en la nación vecina. Afirmaciones que daban á entender que se creía en esa época en la existencia de alguno que otro fenómeno de los que se estudian ahora por los investigadores modernos.

Auguste Vacquerie contaba en su libro *Les Miettes de l'histoire*—Las Migajas de la historia,—con su poético estilo, las experiencias que realizó con Mad. de Girardin—*medium*—en Jersey, en casa de Víctor Hugo. Escribió sobre los hechos de la naturaleza referida, y llegó á convencer á este último, quien consignó en una de sus obras estas palabaas: *Creo en los fenómenos espiríticos, por atestiguarlos más de quince mil firmas.*

Decía de los mismos el insigne historiador Bonnemere: *Como todo el mundo, me he reído de los hechos medianímicos; pero lo que yo tomaba con la risa satírica de Voltaire, no era sino la risa estúpida del imbécil, mucho más frecuente que la primera.*

El Dr. Gibier, laureado de la Academia de Medicina de París, reunió sus particulares observaciones en su obra en dos tomos, *Fakirisme et Analyse des chosses.*

El profesor Kerner, una de las celebridades de la Alemania contemporánea, vióse obligado á comprobar los fenómenos referidos con la sonámbula Mad. Hauffe, conocida en Wurtemberg con el nombre vulgar de la *Vidente de Prevorst.*

El célebre astrónomo Zoellner, de la Universidad de Leipzig, reseña en su obra completa, *Wissenschafliche Abdalungen*, las experiencias realizadas con el *medium* Heinreich Slade. Declara en el prólogo, que, *desconfiando siempre de todas estas novedades, no tenía la menor creencia de su posibili-*

dad; pero las observaciones experimentales á que se dedicó durante nueve años, le convencieron totalmente.

El fisiólogo Fechner, con Weber y el antropólogo Ulrici, estudió más de quince años tales fenómenos, y son los tres ahora ardientes colaboradores de las revistas *Die Sphing* y *Die Psychische Studien.*

En Inglaterra hubo una porción de hombres ilustres que simpatizaron con estas prácticas. Un testimonio eminente es William Crookes. Su libro *Nuevos experimentos sobre la fuerza psíquica* llamó la atención del mundo culto. Abrió Crookes nueva vía en las investigaciones de la índole indicada; su grandioso descubrimiento de la *materia radiante*, que relacionaba con el *fenómeno espiritico*, abrió un horizonte inmenso á la especulación contemporánea.

Alfred Rousell Wallace fué un convencido de la realidad de los fenómenos. Auguste Morgan, presidente de la Sociedad Dialéctica de Londres, y el ingeniero Varley, de la Compañía Internacional Submarina, publicaron sus convicciones. Oxon, profesor de la Universidad de Oxford, se consagró una porción de años al estudio experimental de estos hechos. Serjeant Cox, filósofo y escritor, expuso de una manera magistral sus conceptos en *Fron Master of Spiritualism.* Y el sabio Barkas reseñaba sus observaciones en un libro intitulado *Outliness of Investigatión into Modern Spiritualism.*

La *Society for Psychical Researchs* ha publicado varios años el relato de sus trabajos en una serie de volúmenes, en los que se describen más de 200 fenómenos.

James Goll, Georges Sexton y Chambers, catedráticos de la Universidad de Cambridge, hicieron pública declaración de sus convicciones en *The Light.*

Los celebrados miembros de la *Sociedad Real de Londres*, señores Gurney, Barret, Carne Rache, Elam y Thompson, desde 1889, dieron con sus celebradas prácticas cierto sabor de actualidad al *fenómeno espiritico.*

Por último, uno de los primeros filósofos ingleses, el difun-

to Friedrich Myers, en su obra póstuma *Human Personality*, se declaró ardiente convencido del hecho documentado.

En los Estados Unidos, ya el juez Edmons, presidente del Tribunal Supremo de New-York, al hacer su afirmación respecto de la realidad del fenómeno susodicho, y que él creyó haber comprobado, atrajo grandes inventivas de las publicaciones evangélicas de su país y de los periódicos profanos.

Roberto Dale Owen, que dirigió la publicación *Banner of Light de Boston*, se ocupaba preferentemente en ésta de los aludidos hechos. Mapes, como Hare, vencidos por la evidencia—como afirmaban ellos,—hicieron valiente profesión de fe en su libro *Miracles and modern Spiritualism*.

Y en Rusia citamos al profesor Boutlerov, que sostenía que había reproducido con el *medium* Daniell Douglass Home, la mayor parte de las experiencias realizadas por el profesor William Crookes; por cierto, que al ser preguntado éste último por el profesor antes citado en una carta sobre la realidad ó irrealidad del *fenómeno espiritico*, contestó: *Yo no digo que este fenómeno pueda ser, sino que es.* Carta que fué publicada en varias revistas. El príncipe ruso Alejandro Aksacof, profesor ilustre, publicó su obra en dos voluminosos tomos, *Animisme et Spiritisme*, cuyo principal objeto era comprobar los hechos que nos ocupan.

***

Llegados á este punto, nos preguntamos: ¿qué debemos pensar de las referidas prácticas, de tales experiencias?

Nos hallamos bien lejos de creer en la positiva existencia, en la entera certeza, en la realidad de todos absolutamente los *fenómenos espiríticos*. Tampoco pretendemos *negar* que en tan extrañas prácticas, tan poco comunes, y á pesar de que una porción de profesores serios y observadores ilustres y sagaces hayan proclamado á todas luces su existencia en numerosas é importantes revistas y periódicos científicos extran-

jeros, *éntre por mucho* la sugestión, la alucinación, y todavía admitimos la emoción por el temor, la venalidad ó el fraude. Todo aquello en que el hombre interviene es susceptible de ser falseado, desfigurado ó simulado; lo que no podemos explicar es, que personas del más elevado carácter, que sabios de la más alta competencia, que eximios catedráticos, que verdaderas autoridades, que personas serias y honradas, que pacientes observadores, que gentes imparciales y de un gran sentido práctico, todos ellos, sin distinción ninguna, han sido tan incautos que se hayan dejado engañar.

Debemos ocuparnos en serio de las referidas prácticas, sin guardar el despreciable silencio, tanto de la gente vulgar como de no pocos representantes de la ciencia oficial, sometiéndolos á un estudio meditado, atento, metódico, á pesar de esa propensión que tenemos todos, al menos en nuestras meridionales comarcas, á reirnos de aquello que se sale de sus antiguos moldes, efecto sin duda, del carácter de la raza, de nuestra frivolidad y miopía intelectual. La befa, la risa, son buenas, pero nada significan, nada nos demuestran respecto de los fenómenos consabidos.

Si reflexionamos un poco, llegaremos á convencernos de que casi todo lo que constituye hoy á la ciencia, ha sido objeto de grandes burlas, y todos aquellos que han querido librar á la humanidad de su ignorancia y revelarle el secreto de la naturaleza, todos han visto ante ellos levantarse un calvario. Galileo fué encarcelado, Wat y Fultón escarnecidos, Papín encerrado como loco y Servet quemado vivo. Hoy día no se encarcela ni se quema; á nadie se proscribe por crimen de opinión; pero el sarcasmo y la befa son también las formas de la esclavitud, de la tiranía.

Tratamos aquí de un trascendente problema que se relaciona con nuestro organismo, y vale la pena que nos detengamos en él. Pero antes tengamos en cuenta que la negación *á priori* de todo hecho ó fenómeno, es imprudente, incorrecta, contraria al sentido común, al espíritu crítico y al científico,

por más que procedan de este modo los más encumbrados profesores.

Lo que debemos averiguar es si los aludidos hechos contradicen ó no á algún fenómeno de la naturaleza. Varios científicos afirman que los contradicen.

Se ha creído, y todavía se cree, que los cuerpos que no dan lugar á ningún cambio químico no producen calor. Esto era antes una *ley cierta*, inmutable, absoluta, universalmente admitida y establecida como una de las bases más inconmovibles de la Física general. Pero he aquí que el descubrimiento del radio ha echado por tierra la generalidad absoluta del hecho, puesto que el radio, sin modificación química alguna, desprende constantemente notables cantidades de calor. Los fenómenos que hemos relatado, como el citado hecho físico, parecen hallarse en contra de las leyes de la naturaleza, y no es así. Lo que sucede es, que desconocemos una infinidad de fuerzas naturales, y es lo probable que el hombre las vaya paulatinamente descubriendo.

Entre la infinidad de *fenómenos espiríticos*, veamos el que parece de los más extraordinarios, de los más sorprendentes, y sea ó no cierto, nada nos cuesta suponer que lo sea. El *alzamiento* de un velador, por ejemplo, colocadas las manos del *medium* á 40 centímetros por encima de su superficie. Aquí tenemos un hecho extraño que parece inverosímil, portentoso, imposible, hecho que parece estar en contra de las leyes de la naturaleza, es decir, en contra de la gravedad, y debemos equivocarnos, en atención á la probabilidad de la existencia de otra modalidad de la energía, de otra fuerza natural, pero desconocida, emanada del *medium*, mucho más potente que la referida fuerza. Energía desconocida para nosotros en el estado actual de la ciencia, pero que parecen demostrarla esas enormes pérdidas de actividad experimentada por el *medium* y la indicación de los dinamómetros.

No es posible tal ó cual cosa, porque—exclaman varios científicos—el buen sentido dice que *no puede ser*. Pero ¿por

qué es imposible? ¿Dónde está el primer hombre que haya trazado los límites de la imposibilidad? Todas las conquistas de la ciencia y de la industria, ¿no han sido antes consideradas como imposibles?

Rechazar un fenómeno por el hecho de no ser común, ó porque una larga práctica no nos ha familiarizado con él, es despreciar voluntariamente todo origen, toda fuente de grandes é importantes descubrimientos.

Será útil establecer aquí: que el examen detenido de los fenómenos reseñados, lejos de renovar el espíritu supersticioso —como creen algunos—y debilitar, por tanto, la energía de la razón, disipa, por el contrario, los errores é ilusiones de la ignorancia, sirviendo mejor al progreso, que la negación ilegítima de los que no han querido tomarse la molestia *de observar, de ver, nada más.*

El estudio de tales hechos es muy difícil, muy complejo; falta clasificarlos, están todavía mal presentados por los observadores; son vagos muchos de ellos, de oscuro análisis y á veces embrollado, como todo descubrimiento ó invento poco conocido y estudiado; por eso deben entrar en un período verdaderamente científico. Fenómenos que han de llegar á ser objeto de la crítica experimental, sin la cual ninguna demostración es posible.

Debe estar el sér humano dotado de facultades no exploradas todavía, *fuerzas psicofísicas* desconocidas, que *merecen incluirse* en los límites del análisis científico.

* * *

De la sucinta exposición de todos esos fenómenos, podemos deducir que las aludidas fuerzas hoy latentes, que indudablemente el hombre posee, parecen capaces de obrar á distancia sobre la materia y comunicarle movimiento. El agotamiento de las energías del *medium* después de las experiencias, como se ha dicho, y la indicación de los dinamómetros nos las demues-

tran. No obstante, esta teoría requiere más precisas observaciones, más numerosos datos, para ser mejor fundamentada.

Para la mayoría inmensa de investigadores existe en una porción de aquellos admirables hechos, la *prolongación fluídica* del organismo del *medium,* invisible, comparable á la irradiación del imán ó al efluvio del cuerpo electrizado (1). Los profesores referidos pretenden, pues, á su manera explicarlos por los principios y leyes de la *fisio-psicología,* de la *psico-patología,* y, en fin, de la *psicología-supernormal,* ciencia que podía—como esos afirman—admitirse al lado de las demás ramas de la Biología, siempre, se entiende, que fuera concebida y estudiada científica y experimentalmente.

»Cuando el *medium* hace el gesto de golpear—dice el profesor Gley—en el aire y á un metro ó más de distancia de una mesa, suena un golpe en dicho mueble más ó menos sonoro. Es, pues, manifiestamente la dinámica prolongación del *miembro fluídico,* el mecanismo del fenómeno en determinadas experiencias»—como aquél asegura.

«Esta *proyección fluídica* debe variar según las circunstancias. Parece susceptible de condenarse, de dejar huellas en la greda, en la parafina — á juicio de dichos investigadores, — de impresionar las placas fotográficas y aun de hacerse visible por breves momentos y en circunstancias no bien determinadas. El hecho es incomprensible, pero habrá que aceptarlo, porque la lógica dice que los hechos no se discuten, únicamente se observan. Del *medium* brotaría, pues, un *doble fluídico* condensable»—afirman esos.

¿Qué fuerza inteligente lo dirige? ¿Es la voluntad la que le hace obrar de tal manera? ¿Es su energía psíquica, es su espíritu? ¿Es el inconsciente, como sostiene Hartman? Nótase en las manifestaciones intensas que el *medium* sufre, que entra en estado de *transse,* en una fase de su vida muy discutida por

(1) Scienza è Mistero. Campana dei Mattino, núm. 74. Colacuccio. Napoli, 1908.

los neuro-patólogos, durante la cual pierde por completo su conciencia, disgregándose su Yo, con aparición de una *personalidad segunda* que se hace dueña absoluta de su vida mental, gasta todas sus fuerzas y llega á un verdadero *surmenage* físico y psíquico. En muchas ocasiones hay que acostar al *medium* y prestarle los auxilios médicos convenientes.

En las experiencias que se han llevado á cabo el año último en Palermo con la Eusapia, en la sesión de 6 de Enero, dicen los doctores Carmelo Samona, de la Facultad de Ciencias; Mirto Gerolamo, catedrático de Clínica; médica de esa capital; Gioachino Melarzo, de Fisiología; Virgilio Scola, de Historia Natural; Alessandro Maraglia, director de la Escuela de Comercio, y los profesores médicos Natoli, Heplli, Roderi y Cibiali, «que hallaron en un plato con negro de humo la huella ó impresión de la palma de una mano derecha de mujer —teniendo dos asistentes sujetas las manos de la *medium* y no habiendo ninguna otra señora en la reunión,—cuyos surcos exactamente correspondían á los de la mano derecha de Eusapia, como sucedió en las sesiones de Roma de 1907». Pudieron apreciar, además, dichos observadores, que atraía la sujeto en plena luz y con su propia mano, pequeños objetos, tales como cucharillas de café ó copas de licor, que seguían el movimiento de ésta á la distancia de unos diez centímetros del objeto. Hechos que, á juicio de los citados investigadores, se producían á beneficio de la *energía psíquica* de la sujeto (1).

Son tan inexplicables estos fenómenos, que la mayoría de las gentes encuentra muy sencillo negarlos, desecharlos, atribuirlos cuando más á una alucinación colectiva. Hipótesis muy cómoda, pero muy difícil de comprender, si tenemos en cuenta que sabios y experimentadores de todas las partes del mundo, de todas creencias y de las más diversas escuelas, se hayan extraviado en afirmar hechos que no existen, dejándose burlar por algunos impostores, sofisticar las prácticas, dada la perfi-

(1) Science au XX^e. Siecle. 29 Janvier 1908. Mandoul. París.

dia de media docena de malévolos, por no haber tomado las precauciones debidas. Tal estolidez, tan indisculpable torpeza no cabe, no puede concebirse en esa índole de personas, sin una profunda alteración de sus facultades intelectuales.

¿Debemos considerar todo el trabajo enorme acabado de referir y llevado á cabo por aquellos profesores ilustres, como utópico, irrealizable, ó como producto de imaginaciones calenturientas, de cerebros vacíos de sentido, de inteligencias enfermizas, apartándolo con desprecio y sin previo examen? Pero, ¿cómo hombres de valía—repetimos,—de alta consideración, de general cultura, de autoridad universal, han empleado parte de su vida, y aun casi toda ella, en irrealidades absolutas? No lo comprendemos.

***

Emprender una bibliografía, aunque fuera limitada, de todo cuanto se ha escrito acerca de los *fenómenos espiríticos*, sería una considerable labor. Veamos, si no, los catálogos de todas las librerías de obras de fondo de las principales capitales de Europa y América.

Las revistas, publicaciones y periódicos consagrados á esos hechos, son muy numerosos: los hay semanales, como *Light* y *Banner of Light;* quincenales ó mensuales, como *La Revue Spirite*, *La Revue des Études Psychiques*; *Les Annales des Sciences Psychiques*, *Revue du Spiritisme*, *Le Lotus Noir*, *Le Petit Bleu de Bruxelles*, *L'Echo de Mervilleux*, *Le Lotus Rouge*, *Les Mysteres d'Au de La' Luce è Ombra*, de Roma, *Psychique Studien de Berlin*, *Preglad Polski de San Petersburgo*, *Vragen der Tijds*, de Haarlem (Holanda), *Nords Gilds* de Stokolmo, etcétera, etc. Anuales, como los *Proceedings of the Society for psychical Research*, etc., pues no cito más que las más autorizadas, y podría mencionar cuarenta por lo menos muy notables. Todas estas publicaciones abundan en fenómenos que parecen muy precisos. Infinidad de corresponsales de todas partes del globo se los comunican. Bastante desigual podrá ser su

valor; pero, conservando nada más como digna de análisis una quinta, una décima y aun una centésima parte, quedará siempre una suma enorme de documentos enviados por personas de toda condición, de unos países á otros. Anualmente se publican más de 250 libros serios en las naciones contemporáneas, acerca del *fenómeno espiritico*. Pero, suponiendo que cada año ha habido 100 obras solamente, suma esto, en unos cuarenta años que hace que ciertos experimentadores se entregan á tan singulares prácticas, un total de 4.000 volúmenes, que no podremos, al menos de una injusticia irritante, tratar el asunto con el silencio ó el desprecio. Pues qué, ¿no ha habido muchos escritores y distinguidos profesores, como Zoelner, Lombroso, Tamburini, Morselli, Crookes, Encause, Rochas, Maxwell, Victorien Sardou, Boutlerow, Wallace, Myers, Richet, Mangin, que, después de haber estudiado, meditado y experimentado, han creído un *deber* confiar al público el resultado de su larga labor, y no se hayan ocupado de otra cosa que de *supercherías*? ¿Cómo se explica que tanto sabio reconocido universalmente, empleara su atención en utopias y frusleríias? Profesores de todos los países civilizados, ¿hanse extraviado ó alucinado en afirmaciones de hechos erróneos, dejándose engañar por una porción de ignorantes fanáticos?

Muchos de los que se han consagrado á tales experiencias son personas honorables, de talento, y no merecen se les desprecie ó considere como incautos mentecatos.

Que todos aquellos corresponsales, que todos absolutamente los escritores se hayan extraviado, que se hayan equivocado ó hayan sido engañados, no es un imposible; pero *mejor sería hacer la prueba de este error*, imponiéndose el *examen*, todo científico que se crea, con derecho á juzgar los hechos.

Admitamos que todos estos fenómenos, todas esas prácticas, son una serie de errores, de utopias, de fraudes, de tonterías, que constituyan una universal locura, un general desequilibrio psíquico, una epidemia de inestabilidad mental; es todo esto un hecho psicológico actual de tal trascendencia, un

neo-misticismo morboso—como le llaman varios profesores médicos,—que deben tener muy en cuenta y estudiar en serio los hombres de ciencia. ¿Cómo explicar por el fraude ó por la excesiva credulidad esas alucinaciones colectivas de profesores ilustrados, serios y honrados, y aun de gentes sensatas, pasando horas enteras y días, en fascinarse, en ilusionarse sobre supercherías? ¿Y esto en las ciudades más cultas del mundo, en todas las clases sociales, entre una porción de sabios y para individuos de todas edades y categorías? No pretendo demostrar que no sea todo ello un vano empeño, un conjunto de desatinos, un plan imaginario ó una serie de disparates; lo que únicamente afirmo, es que *ya es un error demasiado prolongado para que no se haya intentado penetrar en su naturaleza.*

Aquellas prácticas suelen ser imperfectas. No hay en ellas métodos científicos; pero al decir de los observadores que las han presenciado, *existen estos hechos,* y creen que serán capaces tales fenómenos de hacer, no en muy lejano tiempo, una verdadera irrupción en la vida de las naciones, y en particular de aquellas que marchan á la cabeza del progreso.

La mayor parte de los hombres de ciencia, y es triste decirlo, denegan la existencia de los fenómenos; y consiste esto, en que se consideran tales, por regla general, hondos pozos de ciencia infusa, y creen que nadie ha de enseñarles. Otros los ignoran, y no pocos exclaman, como aquel zoólogo inglés: *Nunca admitiré esos fenómenos, aunque me pareciesen verdaderos; pues siendo así, sería la prueba de mi decadencia intelectual.*

*
* *

La historia de las ciencias nos autoriza á concebir una *ciencia futura* completamente distinta de nuestra pobre ciencia actual.

Realmente, vivimos en la ilusión del tiempo, contra la que tanto protestaba el ilustre Baçon. Somos así. En manera alguna, los hombres de 1909 podemos convencernos de que en el

año 2009, por ejemplo, y con mayor razón en 3009, los datos científicos serán absolutamente distintos de nuestros actuales datos. Ni aun tenemos el valor de decirnos que no quedará una sola partícula siquiera de esas teorías famosas, hoy consideradas como verdaderas. Y, sin embargo, el desmoronamiento de todo nuestro andamiaje científico, con tanta laboriosidad construído, no es una probabilidad, sino una certeza.

Veamos el pasado para convencernos de ello; pero un pasado no muy remoto, puesto que haremos que abarque solamente cuatro siglos.

¿Qué ha quedado de las hipótesis científicas del año 1509?

Nada absolutamente. En matemáticas se desconocía la Geometría analítica, el Algebra, el Cálculo infinitesinal, etc., etc. En Fisiología se sabía muy poco, algunas nociones de Galiano, y ni aún se sospechaba nada de circulación, ni de respiración, ni de embriología, ni de funciones del sistema nervioso. Contagiado Glauber con la Alquimia, no había aparecido la Química. En Física, se sabía la electricidad de Thales de Mileto; el barómetro, termómetro, microscopio, etc., no habían aparecido. Y en Medicina reinaban las ideas y opiniones más extravagantes.

Cuatro siglos han bastado para constituir el edificio inmenso de toda la ciencia contemporánea, ¿y se pretende ahora que los cuatro siglos venideros no traerán análogas revoluciones, idénticos cambios?

No pretendamos tener el privilegio de formular leyes intangibles, decisiones categóricas, ejercicio de dominación despótica, manteniendo el lema *Magister dixit* ó indiscutibles aseveraciones; pero la ciencia, desde que es ciencia, no ha sido otra cosa que una serie de errores, de disparates, de aproximaciones é inexactitudes; evolucionando siempre, transformándose siempre, y esto de un modo tanto más rápido, cuanto más ha ido progresando. ¿No se creía hasta Galileo y Kepler que la tierra era el centro del universo? Todo esto es triste decirlo, pero si es cierto, ¿qué adelantamos con negarlo?

La mayoría de los hombres de ciencia nos han dado, respecto de los fenómenos que mentamos, el mismo razonamiento: *No debemos admitir lo que no podemos explicar.* Un *medium* coloca sus manos sobre una mesa—dicen varios profesores, serios al parecer,—y afirman que se la ve animar al cabo de un rato. Esto es inexplicable—insisten los científicos;—luego la experiencia es falsa, el hecho no existe, es ilusorio.

Si adoptamos ciertas teorías, si nos encantan determinadas hipótesis, con más razón debemos creer en algunos hechos. Aquéllas se discuten; los hechos, no; se afirman. Aquéllas son más ó menos probables; éstos son evidentes porque entran en el cerebro por nuestros sentidos.

Si rechazáramos todo lo que no comprendemos, tendríamos que negar casi todo en el universo. La materia es un misterio para nosotros. La doble naturaleza del hombre sigue siendo un enigma, y, sin embargo, la creemos, la admitimos. Pensamos; pero ¿qué es el pensamiento? No se sabe. Al levantar el brazo, mueve mi voluntad la materia; ¿cómo? Se ignora. ¿Cuál es el intermediario de esa orden mental? Se desconoce. ¿Cómo el nervio óptico transmite á la inteligencia la visión de los objetos externos? Esa es la incógnita del problema. Si no es razonable negar todo cuanto no comprendemos, tampoco debemos negar, sin otra razón de que *así nos parece*, todos absolutamente los *fenómenos espiríticos*. Y no porque se ignore la causa de los mismos, como sucede con casi todo cuanto nos rodea, habrá que rechazarlos ó negarlos.

Debiéramos repetir aquí el famoso caso de Newton, que observa que los astros se movían como si *una fuerza atractiva los rigiera;* esta atracción no es comprendida en su época, y el sabio no se atreve á dar su nueva teoría. Según esto, la gravitación universal no se hubiese admitido. Descubre Fraunhofer, que el espectro solar estaba atravesado por líneas negras; estas líneas son inexplicables en aquel tiempo, pues tampoco las debiera haber admitido la ciencia. Del oxígeno con el hidrógeno se fabrica el agua. ¿Cómo? Se ignora. No es, pues,

posible admitir el hecho. Negaba la Academia de Ciencias de París, en el siglo XVIII, que pudiera haber lluvia de peces, porque no se había observado que aspiraran las trombas marinas en ciertas condiciones á estos diminutos animales. No obstante, existía este fenómeno natural desde el principio del mundo, aunque muy pocos hombres habían dado con él.

***

La mayoría de los científicos se imagina que, para ser *real* un fenómeno físico, debe ser reproducido á voluntad como en un laboratorio, y se equivocan. Según esta manera de ver, un eclipse de sol, por ejemplo, no sería cierto por no verificarse ó producirse cuando lo deseamos, ni un rayo que incendia una casa, ni un aerolito que cae del cielo, ni una erupción volcánica, ni un terremoto. Lo mismo acontece con el *fenómeno espiritico*. Fenómeno éste de observación y no de experiencia, y no hay que confundir la una con la otra.

En el orden de hechos que estudiamos, cuando se hacen experiencias, no se reproducen éstas á capricho ó á voluntad, sino que se presentan, sin saber por qué; existen condiciones que las contrarían, que las modifican, y hay que esperar pacientemente hasta que puedan aparecer. Análoga diferencia distingue á la Química de la Astronomía; en Química se experimenta; en Astronomía se observa, que no es lo mismo; lo que no impide á la Astronomía ser la más exacta de las ciencias. Esto acontece con la *Fenomenología espiritica*.

Toda ciencia inatacable en sus hechos, es verdaderamente fragil en sus hipótesis. Así, por ejemplo, la Química y la Física son desgraciadamente defectuosas *cuando se atreven* á conceptos generales.

Para la Física, si existe el éter, ¿es posible comprender una materia sin pesantez y *substractum químico*? Se cree en el éter y en que la luz, el calórico, la electricidad, la atracción, etc., hagan vibrar á ese éter en el espacio. Pero nadie puede com-

prender á tan extraña materia que no es una sustancia química. El átomo se define para la Química como una cantidad de sustancia tan pequeña, que no puede ser dividida, siendo imponderable entonces. Ahora bien: si pesa, por ejemplo, la millonésima de un milésimo de miligramo y mucho menos todavía, y puede subdividirse ese peso al infinito con el pensamiento, el átomo indivisible tiene que ser imponderable. Es que la reunión de átomos imponderables está dotada de pesantez, y he aquí un verdadero absurdo. De manera que la Física y la Química no podrían reprochar—si somos lógicos—los absurdos de las hipótesis que suelen formularse acerca de los *fenómenos espiríticos*, por cuanto esas descansan sobre dos teorías manifiestamente erróneas.

Dicho esto, veamos las principales teorías ideadas para explicar los *fenómenos metapsíquicos*.

Desde la *acción muscular inconsciente* sostenida por Faraday, hasta la *proyección de la actividad protoplasmática* ó emanación temporal del *medium*, sostenida por el eximio presidente de la *Sociedad Dialéctica de Londres*, Sir Ollivier Lodge; desde la *doctrina psiquiátrica* de Lombroso, hasta la *hipótesis psicológica* de Ochorowitz; desde la *exteriorización de la motilidad* del profesor Rochas hasta el *esopsiquismo* del ilustre Morselli; desde el *automatismo de Janet* hasta el *desdoblamiento de la conciencia de Binet;* desde la teoría del *inconsciente* de Hartman, hasta la del *subliminal* de Myers; desde la hipótesis del *pluralismo psíquico* hasta la de la *producción psicocolectiva;* desde el *psico-cosmismo* de Venturi hasta la teoría de Papús; desde la hipótesis del *cuerpo astral* hasta la del *subconsciente* de Geley; desde la *Fuerza néurica radiante* de Barety hasta la energía del *Od humano* de Reichembach; desde las ideas sustentadas en el *Ocultismo* del insigne Grasset, catedrático de Medicina de Montpellier, hasta el *Etherium* del profesor Grimes; desde la hipótesis *espiritista* hasta la del *Satanismo* de los P. P. Franco y Geniat du Dot, y desde la de los *elementales* hasta las *Fuerzas ocultas*... ninguna de ellas, absoluta-

mente, explica de una manera satisfactoria el mecanismo de todos los fenómenos. La teoría del *psico-dinamismo* parece que se halla hoy en el camino del verdadero saber científico; cuenta entre sus creadores, promulgadores é investigadores, hombres de muy alto valor y de gran talento.

La mayoría inmensa de los individuos, aun los medianamente instruídos, no se contenta con conocer *de qué modo* un hecho ó un fenómeno se produce: quiere conocer inmediatamente el *por qué;* y fuera de la ciencia pura, se considera que las fórmulas, las leyes y las teorías, quizás hasta las *hipótesis adelantadas* por algún experimentador de espíritu sintético, y provisionalmente aceptadas como líneas directrices de la investigación ó como utilizables instrumentos de trabajo hasta su extinción, son realidades descubiertas y establecidas para siempre. No se mira, no se repara en la sólida fábrica del edificio, constituída únicamente con *hechos* bien comprobados; se atiende más á su parte ornamental y más visible, que es precisamente la dada por las *explicaciones hipotéticas,* por las *interpretaciones teóricas* y por las *doctrinas sistemáticas.* Desgraciadamente, esta es la parte más perecedera, la más transitoria del saber humano, que nunca es cabal porque siempre está en vías de completarse.

Es también una curiosidad la que se observa en exigirse una explicación para esas clases ó categorías de fenómenos que se salen de lo común. Los físicos, químicos, naturalistas, médicos, psicólogos, etc., considerando con cierto *aire de superioridad* las investigaciones que mentamos, las prácticas aludidas, parece como *se mecen* en la ilusión de que sólo ellos *hacen ciencia,* mientras los observadores de los susodichos fenómenos, á su decir, no hacen otra cosa que *literatura, novela.*

No porque desconozcamos las leyes, las teorías ó el mecanismo de los hechos referidos, ó porque creamos á esas teorías absurdas, utópicas ó imposibles, hemos de negarlos. Cuando se compara lo poco que sabemos, la exigüidad de nuestra esfe-

ra de percepción, para todo cuanto existe en el universo, no podemos menos de concluir que *no sabemos nada* y que nos queda casi todo por saber. ¡Con qué derecho pronunciamos la palabra *imposible*—como decía el ilustre Metzger—ante hechos que hombres de toda condición social han creído comprobar, siendo tan escasos nuestros actuales conocimientos!

La historia del pasado nos hace confiar mucho en las maravillas del porvenir. Una esperanza inmensa se halla entre nosotros.

***

Estoy persuadido que nadie entre los sabios se atrevería á decidir que nuestros antepasados—que no eran más necios ó ignorantes que nosotros—habían desconocido la verdad y defendido teorías falsas, y que nosotros estamos libres de tales errores; lo que decimos es intangible, no se destruirá nada de lo que hemos establecido, y no se crearán nuevas ciencias. Y en el fondo es raciocinar así cuando dicen ciertos hombres de ciencia: Son los *fenómenos espiríticos* todos ellos fraudulentos; no es posible creer lo que afirman ciertos observadores, porque son locos de remate; no comprendemos cómo sostienen la realidad de los hechos que admiten; la mayoría de los espiritistas son unos perdularios, unos embaucadores ó sofistas, y la *telepatía*, la *clarividencia* y la *telestesia* no existen más que en la cabeza de unos cuantos desequilibrados.

Por mi parte—sin pretender que estas cosas sean verdaderas ó falsas, lo que implicaría una inoportuna discusión,—solamente digo: que muchas de estas cosas pueden ser reales, posibles, positivas, demostrables, y que no serían mucho menos asombrosas que lo hubiera sido para un contemporáneo de Miguel Servet, el hecho siguiente, hoy muy vulgar, que cito entre los milagros modernos: ver reproducida por el cinematógrafo en mi ciudad—como realmente he visto—la entrada

de los reyes de España en el Elíseo de París, á los dos días de efectuarse este suceso.

Tengamos en cuenta que una rigurosa experiencia vale más que mil observaciones y que diez mil negaciones, aun cuando éstas emanen de las autoridades más visibles, de los más competentes hombres de ciencia, si no se han tomado la molestia de observarlas, de comprobarlas, de repetir muchas veces los estudios experimentales ó de probar su falsedad. La verdadera ciencia la constituyen los hechos, los fenómenos bien comprobados, y no la opinión ó creencias de los sabios, que muchas veces se equivocan.

Los *fenómenos espiríticos* constituyen una nueva ciencia, no todos. Ciencia que se halla en embrión, en los pañales de la infancia, que pertenece á la Biología humana, y será algún día del dominio de las ciencias médicas.

Nos encontramos, en lo que á estos hechos concierne, frente á recientes modalidades de la energía—como sostienen los más conspicuos observadores—en presencia de nuevas fuerzas de la naturaleza, todavía ignoradas, que lleven quizás á los hombres de ciencia, no en muy lejana época, á una radical transformación de sus conocimientos.

Los estudios experimentales de esos fenómenos, las observaciones imparciales, serán el origen indudablemente de las mayores evoluciones que habrá conocido el mundo. Y sean cuales sean los escarnios, las burlas y desprecios que se dirijan á los pacientes investigadores, preciso será reconocer la existencia, la realidad de muchos de dichos fenómenos.

Siempre ha existido en el hombre un estado de ánimo contrario al verdadero espíritu científico, y es esa especial *neofobia* que nos hace temer á las nuevas ideas, á los recientes descubrimientos ó á las modernas teorías.

Hay que ser audaces, y nunca lo somos bastante, si bien al mayor atrevimiento en las concepciones teóricas y en los ensayos experimentales debe acompañar la mayor severidad en las conclusiones finales, la exactitud en la técnica y la corrección

en el método. Los espiritistas realmente fueron muy audaces, pero también muy poco rigurosos; por esto es una lamentable historia la de sus *enormes aberraciones*, la de sus *delirios supinos*. No obstante, podemos asegurar que tenían perfecto derecho á ser audaces, ya que no lo fueron los hombres de ciencia.

Lo que importa, respecto de los *fenómenos metapsíquicos*, es demostrar su existencia ó su irrealidad; huelgan, pues, cuantos argumentos y objeciones se pongan en contra. Ya sabemos que si interrogamos á los representantes de los centros docentes, Academias y Ateneos en su mayoría, acerca de esos fenómenos, si no nos dirigen una *sonrisa* entre conmiseración y desaire, el silencio despreciable, ó el insulto acaso, sea su única contestación. Pero frente á estos profesores están las afirmaciones y relatos de una porción de investigadores decididos, de esos valientes que se agitan con entera libertad de espíritu, héroes que jamás se dejan dominar por la inercia mental y el *misoneísmo*, que traen sin andadores ni guías su terminante testimonio en tan debatida cuestión como la que nos ocupa; observadores experimentados que, sin temor al ridículo y despreciando sus comodidades, rinden culto á la verdad.

Llevamos en nosotros mismos, sin darnos la menor cuenta, una imperiosa sugestión que nos impele á que nos enseñen, á que nos demuestren las cosas, careciendo de la aptitud necesaria para aprender solos, para juzgar por cuenta propia, sin orientarnos siquiera en las más simples disquisiciones científicas. Al profesor le sucede lo contrario; desde que ha conseguido el cargo, empleo, cátedra, etc., que desempeña, no se acuerda de estudiar más, y, como en toda su vida, no osa investigar nada nuevo; llega al fin á convencerse de que nadie ha de enseñarle, porque no tiene ya más que aprender. En esto tiene siempre su origen ese *amor propio* del profesor, del cual le es muy difícil sustraerse, y ese *servilismo intelectual* que en mayor ó menor grado todos poseemos. Si estamos habituados á que se discurra por nosotros, si abrigamos esa ciega fe en el

profesor, no haremos el menor caso de lo que podamos nosotros estudiar ú observar; admitiremos como infalible dogma cuanto de ése dependa, sin escudriñar los hechos y sin saber si defendemos la verdad ó el error. He aquí el motivo de la general indiferencia respecto del *fenómeno espiritico*, como para todo descubrimiento, invento ó hecho nuevo.

Si este fenómeno es fraudulento, si es realmente una utopia, una quimera, únicamente podemos sostener que lo es demasiado prolongada para no llamar la atención de la ciencia clásica. Los representantes de ésta desprecian las investigaciones espiríticas, á estilo del avestruz que oculta la cabeza en la arena del desierto, para no ver al enemigo que le persigue ó ha de darle caza. Los científicos no deben imitar este memorable ejemplo, pretendiendo ver una secta, una doctrina filosófica nada más, y no un conjunto de prácticas en las que los que á ellas se consagran reconocen á la experiencia como soberana, como dueña, y pretenden también hacer ciencia. Despreciar sus métodos y los resultados científicos, sin más razón *de que les parece así*, es, en mi opinión, una enorme torpeza. Quizás existan en tales experiencias profundas verdades por descubrir, lo que no se puede saber sino después de haber hecho una serie de observaciones.

El estudio sincero, imparcial y serio de los *fenómenos espiríticos*, merece algo más que un análisis experimental, un examen apurado; hay que consagrar á estos hechos delicados, complejos y oscuros por ahora, varios días de perseverantes estudios, y asistir, como aseveran distinguidos investigadores, á sesiones continuadas por cierto tiempo. Podemos admitir que juzgar con exactitud los fenómenos aludidos, es cosa más difícil que aprender la lengua árabe. ¿Acaso se podría aprender el árabe en una sola sesión! ¿Por qué entonces pretender juzgar no en una sola sesión, sino sin haberlos presenciado, hechos que, con razón ó sin ella, se apoyan en cien mil y más sesiones?

Para dudar de la realidad de estos fenómenos, deberían

existir razones tan poderosas, que habría que admitir con mayor razón, cuando han precisado largos años varios observadores ilustres para formarse una convicción. ¿Y no debemos sostener que si se tiene derecho á dudar *después de un detenido examen*, no se tiene en absoluto el derecho á dudar *sin el examen de los fenómenos?*

ANTONIO GOTA CASAS

Médico.

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

"LA VIDA ES SUEÑO,,
DE CALDERÓN

Después de una representación de la comedia LA VIDA ES SUEÑO, *de Pedro Calderón de la Barca.*

Pedro Calderón de la Barca, de quien el Sr. Ernesto Rossi representaba dos noches há la comedia intitulada *La vida es sueño,* fué soldado y presbítero español del siglo XVII. Soldado, tomó parte, entre otras, en las guerras de Flandes; presbítero, fué canónigo de Madrid, capellán de la Casa Real española y cofrade de la Congregación de San Pedro Apóstol. Disfrutó, además, de sinecuras y emolumentos de corte de treinta escudos al mes, y beneficios en Toledo y en Sicilia. Adquirió todo esto por la munificencia de Felipe IV, devoto de los teatros y de los dramaturgos, que escribía también para los teatros, escondiéndose con aparatosa y petulante modestia bajo el calificativo de «un ingenio de esta corte» (1). Felipe consagró á Calderón su poeta, como la iglesia lo había consagrado su ministro, y lo trató un poco mejor de lo que otros

(1) Citado en castellano.—(N. del T.)

reyes *dilettanti* ó cucharones acostumbran á tratar á los émulos ingeniosos que tienen en su compañía, ya como bestias raras, ya para desahogo de su vanidad personal, ya también para dar un cómodo desahogo á las tentaciones de la envidia. La vida de Pedro Calderón, pintoresca y afortunada, llenó casi todo el siglo XVII. El poeta de la Monarquía y de la Iglesia españolas extendió la sombra de su gloria sobre la edad decadente de aquellas dos instituciones, y coincidió con el crepúsculo perezoso del poderío castellano en cuyos vastos dominios no se ponía el sol. Nacido con el siglo—y de él puede decirse en sus tiempos esta frase con más exactitud que se dice de Víctor Hugo en los nuestros,—tenía diez y seis años cuando murió Miguel de Cervantes, y treinta y dos cuando murió Lope de Vega; creador aquél y acrecentador éste del teatro español, pasmo el primero de España y de la literatura europea. A los trece años escribió su primera comedia, *El carro del cielo;* á los ochenta y uno la última, *Hado y divisa.* Murió el 25 de Mayo de 1682, y dejaba—escriben sus biógrafos—ciento veinte comedias, doscientas loas, cien sainetes y más de cien autos sacramentales, si bien es cierto que sus obras publicadas é impresas no alcanzan una cifra tan considerable.

II

Parece ser que, de cuando en cuando, improvisaba el mismo Calderón sus autos sacramentales según los recitaba, lo mismo que nuestros antiguos cómicos recitaban, improvisándolas, las comedias de arte. Pero Calderón estaba en buena compañía: recitaba con Felipe IV. En *La creación del mundo*, el rey hacía de Dios; de Adán, el capellán del monarca. Y Adán comenzó á describir el Paraíso terrenal. Naturalmente, Dios debió sentirse enojado, sintiéndose juzgar en sus propias barbas por

aquél á quien él había sacado del seno de la nada; figuráoslo teniendo que resistir á un Adán Calderón, de cuya imperturbabilidad, en eso de arrojar ristras de metáforas y semejanzas por la boca, pueden los lectores que vieron la representación del viernes tener una pequeñísima idea, idea que se arraiga más y más á medida que se conocen otros volúmenes del escritor español. No había, en una palabra, pajita ni semilla que se escapara á la experta mirada del canónigo de Toledo. Y Dios se retorcía y resoplaba desde su dorado sitial. Pero era tanto como predicar la discreción á los curas: Adán capellán quería salir adelante con su empresa. Dios, por último, comenzó á bostezar tan fieramente, que Adán, herido en su vanidad de autor, cortó por lo sano una metáfora para pedir á su Dios y Señor—un autor ofendido es capar de las mayores heroicidades—la razón en virtud de la que su Divinidad se atrevía á hacer demostraciones tan poco reales de una pasión no precisamente divina.

—¡Voto á Dios!—estuvo á punto de exclamar el rey de España; pero recordando su realeza, se detuvo, y con la suficiencia de un filósofo hegeliano exclamó:

—Declaro que me arrepiento por haber creado un Adán tan hablador.

Estoy, por mi parte, casi decidido á dar la razón á Felipe IV, y apuesto una cosa buena á que participan de mi opinión los lectores, que en la representación del viernes último aguantaron el parlamento de Basilio, rey de Polonia, á pesar de haberlo reducido á la mitad la tijera habilidosa del Sr. Rossi.

Estos *autos sacramentales*, que, más que otros trabajos del dramaturgo español, excitaron la admiración de sus contemporáneos, y de los cuales se prometía él la mayor gloria; estos *autos sacramentales*, que á Guillermo Augusto de Schlégel se le antojaban singulares y extraordinarias producciones, y de cuyo entusiasmo religioso hablaba el consejero aúlico con entusiasmo crítico; estos *autos sacramentales*, finalmente, exigen algunas consideraciones por nuestra parte, que nos han de dar,

á buen seguro, alguna idea del tiempo, de la nación, del hombre. Hablemos del primero, *Dios,* por razón de estado.

Antes hay un prólogo, donde la Teología, apadrinada por la Fe, se ofrece á sostener en la *Universidad* del mundo contra cualquier combatiente *un torneo* sobre estas proposiciones: la presencia de Dios en la eucaristía, la vida nueva que el hombre recibe en la comunión, la necesidad de comulgar con frecuencia. Contra la primera proposición se presenta la Filosofía aparejada con la Naturaleza. Las dos partes combaten con toda clase de armas: con silogismos, como los escolares de Salamanca; con la espada, como los caballeros en las justas de Toledo y de Burgos.

No necesito decir, naturalmente, que la Filosofía con la Naturaleza son víctimas de la más cruel derrota y que confiesan la primera proposición. Lo mismo acontece con la Medicina, en el discurso que pronuncia contra la segunda proposición, y á la Jurisprudencia con la Justicia, que niega la tercera. Ahora, para festejar el señalado triunfo, la Teología anuncia un acto, en el cual será probado, con leyes universales, que la religión católica debe ser seguida por todos, ya que en ella convergen la razón y la conveniencia.

Entre los personajes del acto figuran: el Espíritu (primer galán), el Pensamiento (bufón); después, el Paganismo, la Sinagoga, la Confirmación, la Extremaunción, el Orden Sacerdotal, el Matrimonio, el Africa, el Ateísmo, San Pablo, el Bautismo, la Ley Natural, la Ley Escrita, la Ley de Gracia. Se levanta el telón, resonando por los aires un coro de invocación y de deseo al dios desconocido; el Espíritu y el Pensamiento están en la cima de una montaña, sobre la que se levanta un templo consagrado al dios ignoto de que habla San Pablo. Los dos peregrinos encuentran en el templo, entre una turba de pedingones y suplicantes, al Paganismo, que ruega á Dios que vaya á habitar los templos que ha fabricado para él. Aquí, una larga disertación, en que el Espíritu pregunta por qué regla de tres un dios ignoto puede ser un Dios, y el Paganismo,

hecho teólogo, que se lo prueba cumplidamente, como cuatro y cuatro son ocho, con aquellas claridad y precisión de razones que son privativas de los teólogos.

El Espíritu, á decir verdad, no se muestra muy satisfecho, y quiere reanudar, á lo que parece, su discusión con el Pensamiento:

—Es mejor bailar—dice el bufón.

Y se baila un gran baile de locura divina; el Paganismo lo guía; las figuras se forman en cruz; cantan, con palabras de misterio, al Dios trino. Aquí, un terremoto y un eclipse; fuga general; en escena quedan el Espíritu, el Paganismo y el Pensamiento, razonando sobre estos fenómenos.

—¿Es que muere el mundo? ¿Es que sufre Dios?—Estas son hipótesis del Espíritu.

—Imposible—objeta el Paganismo.

El Pensamiento, actuando de bufón, hace de correveidile, y da la razón al último que habla.

El Paganismo sale de escena, y quedan en ella el Pensamiento y el Espíritu, que se proponen correr el mundo de cabo á rabo en busca del dios ignoto. En América, el Ateísmo responde, á las preguntas de uno y otro, que allí no se preocupan de semejantes extravagancias; el Pensamiento, buen compadre de Pizarro y de Hernán Cortés, le suelta una monumental paliza. África espera su profeta; por el momento, se desahoga haciendo saber al Espíritu que el hombre puede salvarse en cualquiera religión, y que las religiones reveladas no son más que un medio para alcanzar la perfección. El Espíritu disparata y grita como un bachiller de Salamanca, y se insultan, lo mismo que árabes y castellanos, el África y el Espíritu. En Asia se encuentran con la Sinagoga, la cual comienza á quebrantarse por ciertas señales de terremotos y de eclipses que acompañan á la muerte de cierto jovenzuelo, condenado por la Sinagoga á la muerte en cruz, porque alborotaba el orden público y se burlaba de la religión del Estado. Nuevas discusiones, al llegar á este punto, entre la Sinagoga y el Espíritu. Pero

he aquí que, de pronto, surge un relámpago, y á continuación una voz de lo alto, que dice:

—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

Entra en escena San Pablo, convertido de golpe y porrazo, y disputa con la Sinagoga sobre la revelación. Introduce la Ley Natural, la Ley de Gracia, la Ley Escrita, las cuales se abrazan todas dentro del cristianismo, y además, los siete Sacramentos que son el fundamento de aquéllas. Y el *auto* concluye con las conversiones, como una comedia de capa y espada con los matrimonios. La Sinagoga y el África se obstinan en seguir siendo réprobas como al principio; pero el Espíritu les grita:

—El Espíritu debe exhortaros á amar y creer en el dios ignoto, por razón de Estado, aun cuando os falte la fe. Y el coro repite, cantando, esta clarísima afirmación.

En aquel coro veo yo á los jesuítas, entre los cuales se había educado Calderón; los *menesteres* del ejército español que había combatido contra la libertad en Flandes; á los dominicos, inquisidores y confesores del rey y de la reina, á los cuales besaba la mano todas las mañanas el poeta en las antecámaras de Palacio. Es un humo pestilente de hoguera, y un sonido obtuso y sordo, que no es sonido, de hierros acerados que se atenazan en masas de carne, si se exceptúa, acaso, las narices y las orejas. ¡Pobres judíos de Castilla, nobles moros de Granada, generosos é imprevisores Incas: las alegrías del hidalgo católico D. Pedro Calderón de la Barca no son grotescas figuras retóricas solamente; vosotros lo sabéis muy bien!

Dios, por razones particulares del canónigo, siente el maquiavelismo untuoso de los jesuítas. Pensando en ellos, recuerdo la desfachatez de bronce, mejor aún, de granito, monumental de todos: de Lope de Vega, el Fénix de España, al cual, en homenaje de su ingenio y de su gloria, enviaba Urbano VIII el diploma de doctor en teología, y el gran inquisidor el breve de familiar del Santo Oficio, en cuyas honras fúnebres cantaron la misa tres arzobispos. En el *Arauco domado*, de

Lope, Capoulican, defensor de la libertad de Chile, cae prisionero en manos de los españoles, que lo llevan en presencia de García de Mendoza, su capitán.

—¿De qué se trata, Capoulican?—pregunta el vencedor.

—La guerra, señor, y la mala ventura—responde el vencido.—Pero Mendoza replica:

—La mala ventura es cortejo obligado de aquellos que combaten contra el cielo. ¿No eres tú vasallo del rey de España?

—He nacido libre—añade Capoulican;—he defendido la libertad de mi patria y de mis leyes; no he atentado jamás contra vuestra vida.

Pero la victoria del rey católico debe ser completa, y el vencido debe someterse, por ende, á la religión del vencedor. Lo que no quiere decir que se ahorre una vida ó que se sacrifique; no. El sacerdote da pasaporte al alma para el otro mundo; pero en éste, de tejas abajo, el cuerpo está en manos del rey, Dios, por razón de Estado. He aquí, pues, á Capoulican en la pira, atado al palo, y á los soldados españoles que aplican el fuego. Entonces Mendoza, inclinándose ante un retrato de Felipe II, que domina la escena, grita:

Señor: mirad que os servimos
Tiñendo estos verdes campos
De sangre de cien mil indios
Por daros un reino extraño (1).

¡Viva, pues, el rey y la religión! ¡Viva la gótica monarquía caballeresca, la católica escuela romántica y sus dos santos apóstoles, Augusto y Federico Schlégel *par nobile fratrum,* que circularon en el mercado de Europa esta flor de extranjis! Eran tiempos á propósito, porque los pigmeos habían triunfado de los titanes. Los consejeros áulicos habían puesto el pie sobre el cuello de los viejos jacobinos; los nobles oficialetes prusianos se atrevían á mirar cara á cara á los cadáveres de

(1) Cit. en castellano.—(N. del T.)

los grandes mariscales del imperio plebeyo; Blücher buscaba á Napoleón para fusilarlo, y en la esperanza de destruir París, minaba un arco del puente de Jena; el rey de Prusia suspendía á los profesores que habían metido la juventud germánica en la batalla triduana de las naciones, y abría la fortaleza de Spandau á los ingenuos nietecillos de Arminico, que recordaban haber realizado en demasía los principios alemanes; los pietistas protestantes y los jesuítas católicos luchaban juntos contra el libre pensamiento; el emperador cismático y el católico, el rey luterano y el anglicano, fundaban la Santa Alianza contra la Revolución. Los dos hermanos Schlégel dictaron el códice de la escuela romántica, á mayor honra y gloria del Imperio, de la Iglesia y de la Edad Media.

En las *Lecciones de literatura* de Federigo, que era el genio más potente para la crítica en aquel extraño maridaje, se lee esto que escribía graciosísimamente á su acostumbrado y constante amigo Heine: «Federico Schlégel examina todas las literaturas desde un alto punto de vista; pero aquella vasta altura es siempre la misma: la pingorota del campanario de una iglesia gótica. Y en todo lo que escribe Schlégel hay un continuo sonar de campanas; hasta se oye alguna vez el molesto graznido de los cuervos y lechuzas que andan en torno á los ejes de la vieja cúpula. Apenas abro aquel libro, me da en la nariz un tufillo de incienso de la misa; y otras veces veo ante mí largas filas de pensamientos tonsurados.»

Höer Weisheit Sonnenlicht Und der kirche stille Oficht, «la superior luz solar de la ciencia y la tranquila obediencia á la iglesia», era la preocupación de Schlégel, y esto explica, mejor que todo lo demás, su admiración ferviente por Calderón de la Barca. Stollberg, Tieck, Novalis, Werner renegaron de la confesión de Lutero para buscar el Hipócrenes de la nueva poesía en las piedras de las iglesias católicas. Schlégel no se contentó con esto, sino que fué mucho más allá, y penetró en las sagradas tinieblas de los monasterios españoles, alumbrados de vez cuando por las siniestras llamaradas de los *Autos*

de fe. Y reputaba á Calderón como el primero y el más grande entre los poetas cristianos, «en el esclarecer y acrecentar más y más en el dominio de la belleza espiritual, según las ideas cristianas, las poéticas singularidad y resonancia de la vida, de la historia tradicional, de las leyendas, y hasta de la mitología pagana». Federico Schlégel había robado al marido la bella judía, hija de Moisés Méndelssohn, para convertirse luego, con ella, al catolicismo y vivir de las limosnas del marido ultrajado: lo cuenta Enrique Heine. Además, Calderón parecía á Schlégel, el primero y más grande de los poetas cristianos, «en el hacer brotar de los padecimientos supremos una transfiguración espiritual», que es lo que más maravilla, según él, del poeta cristiano: Schlégel murió de un atracón.

Pero Guillermo Augusto Schlégel, ó todavía mejor, Su Excelencia el consejero de Schlégel, el cual subía á su cátedra muy arregladito, según el último figurín de París, á tomar el pelo á Racine, el segundo Schlégel, ó más justamente el primero, aventaja todavía en admiración calderoniana á su docto hermano. Así como España es la tierra prometida de la poesía romántica, así también Calderón es el «poeta sumo que mereció este nombre mejor que los demás en el mundo», Calderón, «milagro de la Naturaleza», es el genio de la poesía romántica. «La poesía romántica—añade el crítico—le había dotado de todos aquellos dones, y parece que antes de escapar á nuestra vista, haya querido en las obras de Calderón, lo mismo que en un fuego de artificio, reservar sus colores más vivos, sus luces más esplendentes y sus cohetes más rápidos para el último estallido.» Muy bonita la comparación del fuego y de los cohetes. El mismo Schlégel tradujo en versos alemanes *La vida es sueño* para el teatro de Weimar, donde pocos años antes se habían representado la *Ifigenia,* de Eurípides; *Fedra,* de Racine; *Macbeth,* de Shakespeare, y la *Turandot*, de Carlos Gozzi, todo ello traducido por Schiller. El cual (dicho sea entre paréntesis) no quería oir hablar de los Schlégel, y los llamaba «los dos retrocesos»; Gœthe, después de la gritería que le dieron,

en compañía de muchos cuervos, durante algunos años, un día sacude—escribe Heine—la perfumada melena, y los dispersa.

Esta preferencia de Schlégel y la opinión de otros críticos, nos aseguran, pues, que *La vida es sueño* es una de las obras más estimables del poeta español.

III

La vida es sueño es una comedia heroica, la cual, como casi todos los dramas españoles—lo han notado, entre otros, Bouterweck y Sismondi—no es sino una narración: narración dramática con superposición de intrigas.

Segismundo, hijo único de Basilio, rey de Polonia, vive, desde su cuna, prisionero en una torre, en medio de los bosques. Así lo quiere su padre, el cual, haciendo caso de los signos de las estrellas, cree que el hijo es de tan feroces y soberbias inclinaciones, que ha de traer la ruina y el exterminio al reino y á su mismo padre. Pero en el declinar de la vida, no quedándole al viejo más que dos sobrinos de hermanas, Astolfo de Moscovia y Estrella, antes de resolverse á transmitir el reino á los dos que para heredarlo son ya prometidos, quiere ver si Segismundo, corregido por tantos años de prisión, puede curarse de su mala naturaleza. Clotardo, carcelero y maestro del príncipe, le da una bebida soporífera, y Segismundo, lleno de cadenas, se despierta en palacio. Libre y poderoso, la naturaleza, de suyo indómita, y requemada además por los sentimientos de rencor y venganza de la prisión aborrecida, se desata y castiga como lava ardiente por dondequiera; por dos veces quiere matar á su carcelero y maestro, tira por la ventana á un subordinado, maltrata á Astolfo (su primo), amenaza al rey. Nada le es sagrado al príncipe: ni los años, ni la autoridad, ni la hermosura. El rey medita entonces, que, dormido, debe vol-

ver á su prisión. En ella, Clotardo le sermonea, diciéndole que todo lo pasado ha sido un sueño, pero que debe obrarse, también en sueños, con perfecta rectitud. En tanto, el pueblo y los soldados, que no quieren sostener á un príncipe moscovita, como Astolfo, que está á punto de ser coronado, se sublevan; corren á la prisión de Segismundo, lo libertan, lo aclaman rey y lo ponen al frente de las tropas. Segismundo, creyendo que se trata de un sueño más, vacila al principio; después se sumerge en la revolución para conquistar el reino. Pero el recuerdo de aquel sueño de grandeza de un día, tan rápidamente desenvuelto y los consejos de Clotaldo, han hecho de Segismundo un hombre nuevo; sabe con poderosos esfuerzos enseñorearse de sí mismo; se propone hacer el bien. Deja en libertad á Clotaldo que por lealtad debe unirse al ejército del rey; contiene su pasión por una mujer y la une al hombre que ama; vence al rey, su padre, y pone en su mano la espada victoriosa.

Tal es lo esencial de la comedia de Pedro Calderón, representada últimamente por el Sr. Rossi. Martínez de la Rosa, crítico y poeta español de escuela francesa, pregunta qué diablos se puede esperar de una composición dramática, cuyo protagonista es un príncipe, encerrado como una fiera en una prisión en medio de los bosques. La cuestión, así puesta, se me antoja mal puesta, y la censura que de ello se deriva, injusta; porque, verdaderamente, el personaje y la acción pasan por tres fases distintas: la rabia impotente del prisionero, el de hombre apasionado por natural inclinación, la transformación del héroe.

En la primera fase, cuando Segismundo esta prisionero, Martínez de la Rosa tiene razón. Allí no puede haber drama; á lo sumo, tal asunto puede pertenecer á la lírica, á le epopeya; especialmente á aquella epopeya analítica que adivinó Lord Byron en su *Prisionero de Chillon*. Pero de tales prisioneros y soberbios solitarios que hubo en el mundo, y que á él volverán en épocas futuras, nos presenta Grecia dos figuras: entre los dioses, Prometeo; entre los hombres, Filocteto. Las

quejas de Segismundo en el drama español recuerdan, si bien muy vagamente, y con las distancias convenientes, los lamentos trágicos de Esquilo y de Sófocles (1):

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
Ya que me tratáis así,
Qué delito cometí
Contra vosotros, naciendo;
Aunque si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido;
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.
Sólo quisiera saber,
Para apurar mis desvelos, etc., etc.

La entonación es solemne y el motivo hermoso. Por lo demás, como dice perfectamente Schlégel: ¡qué estruendo de cohetes! Es el vicio incorregible de Calderón: una imagen no le basta; la primera no hace más que abrirle el apetito; como las cerezas, se ensartan unas metáforas á otras, y circulan, abigarradas y pintorescas, por las páginas de sus libros, como procesiones de cofradías por las calles de Madrid. Y carga el asunto de colores tan chillones y diversos, que el lector olvida la forma del objeto y olvida la impresión del momento. Cuando se llega al final de la tirada de los versos que he citado antes, ¿quién se acuerda ya de los pájaros y de los arroyuelos de la madre naturaleza? Tales sartas de madrigales deben recomendarse al lado de la estupenda unidad de impresiones en las tragedias inglesas y griegas.

---

(1) Carducci transcribe una traducción muy exacta de Pedro Monti. Como no es cosa de verter de nuevo al castellano lo que del castellano se tradujo, prefiero recordar el texto original.—(N. del T.)

En el desenvolvimiento de la tercera fase de su personaje, Calderón tiene un encontronazo peligroso. Segismundo, que duda de la verdad de cuanto le rodea; Segismundo, para quien la vida es sueño; Segismundo, que llega á la generosidad por escepticismo, es Hamlet; un Hamlet empequeñecido, deformado, como podía imaginarlo el poeta de la inquisición; pero en germen, hay un Hamlet en Segismundo. Verdad es que actúa por móviles harto diversos de los del gran príncipe de Dinamarca; que tiene que luchar por todas partes con un enjambre de hombres vivos, que le dificultan el paso, se agarran á él y le cierran las puertas; Segismundo se mueve, soltando sentencias morales y realizando aventuras caballerescas entre tantas figuras de cartón, puestas allí para que él las aterre y exalte.

Pero en la segunda jornada del drama, en la segunda fase del ánimo de Segismundo, Calderón hace galas de verdadera fuerza, y nos dejó una prueba de su talento dramático, que hubiera permanecido en otro país y en otros tiempos. Segismundo es el hombre más original y gigantesco que haya parido Calderón; tienen razón sus partidarios; no puede ser comparado, ni lejanamente, con otros personajes de otras comedias suyas, los cuales, si bien son innumerables y salidos de todos los rincones del planeta, tienen un aire de familia que debe tranquilizar el corazón de los españoles sobre la fidelidad de la musa nacional de su poeta, ya que todos sus caballeros castellanos son del mismo modo cultivadores fidelísimos al propio tiempo del honor y de las sutilezas *(acutezze);* Segismundo, por esta vez, no agita penachos, ni rasga la guitarra, ni desgrana rosarios; á lo sumo, dice un piropo á una señora con el estilo de Góngora. Por lo demás, arrojándose sobre la sociedad con el ímpetu de la naturaleza y con la pasión del mal surgida de la naturaleza misma, es un león del Africa. Se levanta, mira en torno á sí, sacude la melena, se recoge antes para saltar con seguridades sobre la presa, y luego salta, estira las patas, hay fuego en sus ojos; retrocede, vomita, brama y ruge; todos huyen. Todavía más: releyendo el segundo acto—que lo merece,

ciertamente,—se sienten deseos de algo: desearíamos ver que ante el príncipe se levantasen barreras infranqueables, que le salieran al paso alguno de aquellos obstáculos insidiosos y disimulados de la civilización más refinada, algunas de aquellas redes sutilísimas que en ocasión semejante tejió Voltaire alrededor de su Ingenuo, y que el Hurón salta y rompe con tanta fiereza, los sobresaltos de la religión, por ejemplo. Pero es pedir peras al olmo, tratándose de Calderón: de buena gana hubiera hecho besar á Segismundo la mano del primer sacristán que se le hubiera puesto delante de las narices. Alábase, en cambio, como invención singular que revela á un artista profundo, la admiración que el solitario incivil siente de golpe y porrazo por la mujer. Pero esta es ya una invención antigua; consúltese el Decamerón. Calderón la ha renovado, si renovación es llenarla de su acostumbrado pedrisco de metáforas y de palabras. La ha echado á perder con su estilo.

CLARÍN *(á Segismundo)* (1).

¿Qué es lo que te ha agradado
Más de cuanto aquí has visto y admirado?

SEGISMUNDO

Nada me ha suspendido;
Que todo lo tenía prevenido;
Mas si admirarme hubiera
Algo en el mundo, la hermosura fuera
De la mujer. Leía
Una vez yo en los libros que tenía
Que á lo que Dios mayor estudio debe,
Era el hombre, por ser un mundo breve;
Mas ya que lo es recelo
La mujer, pues ha sido un breve cielo;
Y más beldad encierra

(1) Véase la nota de la pág. 115.

Que el hombre, cuanto va de cielo á tierra;
Y más si es la que miro.

ROSAURA (*aparte*).

El Príncipe está aquí; yo me retiro.

SEGISMUNDO.

Oye, mujer, detente;
No juntes el ocaso y el oriente
Huyendo al primer paso;
Que juntos el oriente y el ocaso,
La luz y sombra fría
Serás sin duda síncopa del día.

Y, sin embargo, Guillermo Schlégel no quiere que se haga á «Calderón el disfavor de llamar amaneramiento á su estilo puro y elevado, verdadero colorido del drama romántico».

Creo haber señalado que Segismundo se mueve en el vacío como aquellos que no tienen alrededor de sí personajes de carne y hueso. Puede, en efecto, asegurarse que si se exceptúa á Clotaldo, que, como buen carcelero y pedagogo, es completamente molesto, y al viejo rey astrólogo, todos los demás personajes del drama de Segismundo se cuidan únicamente de despachar sus hazañas ó de devanar su madeja, que es la intriga sobrepuesta á la fábula principal. Véase. Astolfo, para asegurar con la mano de su prima Estrella el reino de Polonia, ha abandonado un antiguo amor en Moscovia, Rosaura, que, vestida de hombre, cruza por el reino, y que por primera vez se detiene ante la prisión de Segismundo, á la cual no se permitía que se acercase nadie. Hecha prisionero, entrega la espada á Clotaldo, que reconoce en dicha espada un regalo que él hizo á una mujer que había abandonado de mozo en Moscovia. Rosaura se hace pasar por su hija, y con él va á la corte, donde, vistiendo nuevamente las faldas, como deudo de Clotaldo, llega á ser dama de compañía de la princesa Estrella.

Esta le envía un día á recibir de manos de Astolfo un retrato de mujer que deseaba la princesa. Es el retrato de Rosaura. Figuraos una de esas escenas de subido color, que abundan también en nuestro teatro nacional del siglo XVII, la cual es tan atroz como otra en que desate sus furias Segismundo. Rosaura pasa al bando de los sublevados, y bajo la protección del príncipe, llega á ser en días de paz la mujer de Astolfo, cuando Segismundo se casa con Estrella. No es ésta, á buen seguro, la simplicidad griega, ni aquel enjambre de hombres y de acontecimientos que Shakespeare conseguía sacar vivos y verdaderos de su mollera para enderezarlos y moverlos como se le antoja, como un muchacho con una manada de animales domésticos. Es un lío que se sobrepone á una fábula, sencilla de por sí y austera, como hiedra que oprime y ahoga con su verde chillón, el verde obscuro y severo de la vieja encina.

IV

Entre los puros y bellos fragmentos de poesía que hay en esta comedia heroica, debe figurar el soliloquio de Segismundo hacia el final de la segunda jornada:

¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Y el bien mayor es pequeño;
Que toda la vida es sueño
Y los sueños sueños son, etc.

Este sentimiento de la vanidad de todo, esta conciencia de la sombra, este raciocinio sobre el sueño, es la vida de España en el miserable reinado de Felipe IV y en el más miserable aún de Carlos II.

Todo estaba desierto entonces en España. Felipe II, que se fabricó la descarada prisión de El Escorial en la soledad arenosa, es la imagen del pueblo que hace su teatro en el siglo XVII. El catolicismo insidioso y frío de los jesuítas, más carnívoro todavía que el violento y sanguinario de los dominicos, había hecho el vacío en torno á España. Ella se preparaba á la muerte, que sentía cercana, contemplando su ataúd como Carlos V. Y como los frailes de Yuste (1) cantaban ante el féretro del emperador vivo, así el poeta quería consolar á la patria moribunda, cantándola, en todos los tonos, que la vida es sueño.

Esta poesía de decadencia y muerte, era la que proponían como modelo los hermanos Schlégel al arte nuevo de Europa.

G. CARDUCCI

(*Traducción de José Sánchez-Rojas.*)

(1) Carducci dice, erróneamente, *San Giusto* (San Justo).—(N. del T.)

LA CATEDRAL DE SEVILLA

La mayor de las iglesias góticas, y después de San Pedro en Roma, la mayor del orbe cristiano, la catedral de Sevilla, ha estado en los últimos años cerrada. En 1888, á consecuencia de una serie de terremotos, se derrumbó la cúpula con poderoso fracaso, destruyendo sin remedio todo cuanto se hallaba al paso, desde el límite oriental del coro hasta la verja de la capilla mayor ó presbiterio, quedando el pavimento cubierto de cascotes.

En mi primera visita á Sevilla me fué imposible lograr una idea del interior de esta iglesia, porque no se podía entrar por algunos sitios, estaba cerrado el camino en todas direcciones, y no había dónde dirigir la vista. Ahora ha sido abierta definitivamente la catedral; ya no falta á las ceremonias de la Semana Santa su acostumbrado esplendor; y los restos de Colón han encontrado, al fin, lugar de descanso en la ciudad que con mejor derecho podía reclamar esta honra. Por fortuna, se puede felicitar á Sevilla por su maestría en la restauración de su templo. No ha habido parte restaurada que de ella no estuviera necesitada, y se ha llevado á cabo la obra de la manera más juiciosa posible. El gusto excelente de los sevillanos, y el espíritu conservador natural en todos los españoles, se encuentran siempre aquí felizmente asociados; nada se ha emprendido que no fuera absolutamente necesario para conservar la

armonía del edificio, y se ha desechado el ensayo insensato de extender la obra más allá del campo de los destrozos, ni se ha tratado de mejorar la obra de los primitivos constructores. La catedral de Sevilla sigue siendo foco del espíritu religioso de España, y á modo de un gran bajel rico de misterio y romanticismo.

Hace más de quinientos años que se trazó la catedral de Sevilla. En 1401, el cabildo resolvió edificar una basílica tan «magnífica, que los siglos venideros les llamasen locos por haber intentado tal empresa». La catedral fué diseñada por arquitectos extranjeros, quizá alemanes, que invirtieron un siglo en terminarla, si bien por fuera no se han completado algunas portadas. En cierto sentido, puede comparársela con otra catedral gótica, que es la de Colonia. Ambas significan su intento de parecer estupendas, y las dos representan esencialmente una idea extranjera, porque en las riberas del Rhin como en Andalucía, en España como en Alemania, es siempre la arquitectura gótica arte exótico. Este carácter exótico permitió á ambas iglesias conservar la unidad del diseño, y por lo que toca á la de Colonia, pasa esto con los detalles mismos que no han experimentado en tan largo período, como el que invirtió en edificarse, alteración ninguna causada por la evolución, que siempre modifica todas las formas subsistentes de la arquitectura aun en el propio país en que se desarrolla. La catedral de Colonia, que en los dibujos y en el papel parece una de las obras humanas más perfectas é imperantes, es en realidad artificiosa en grado sumo, fría, sin espíritu, muerta. Se puede asegurar, desde luego, que en forma y en espíritu es completamente ajeno á la gente del Rhin, y que ésta no ha tratado nunca de vivificarla.

El catolicismo en Alemania posee un carácter netamente protestante, y la catedral de Colonia, con su nobleza y lógica armoniosa francesas, se aparta aún más del Rhin que el templo del Renacimiento de San Pablo se distancia de la nebulosa y protestante ciudad de Londres. Pero la catedral de Sevi-

lla está dotada de vida, y de vida exuberante, que subsiste después de quinientos años; vida que, en mi opinión, no es posible encontrar en otra gran iglesia. Dar vida al inmenso templo de San Pedro por medio del culto, superaría las facultades humanas. Y si nos dirigimos á una gran catedral francesa gótica, Nuestra Señora, notamos en ella la misma falta de vida que en Colonia y en San Pedro no ha existido jamás, y en Nuestra Señora ha desaparecido. Puede algún tiempo haber estado llena de espléndido ritual; ahora se ha removido y enfriado. Nuestra Señora fué despojada completamente por la Revolución, y después no se ha vuelto á reponer de los efectos de aquella tormenta; el mismo orden, elegancia y comodidades del culto que ahora se han introducido, son una incongruencia, é indican mengua del verdadero espíritu de adoración. Pero la catedral de Sevilla sigue con vida; si con menos que en otros tiempos, esta diferencia no es para el nuestro comprenderla.

La disposición de una iglesia grande, genuinamente española, que notamos en Sevilla en su forma más perfecta, es distinta de la usual en las iglesias de Francia é Inglaterra. Las iglesias góticas del Norte tienen forma de cruz, de la que el brazo oriental está más destinada al culto, más iluminada y adornada con más primor. Todas las funciones activas de la iglesia concéntranse en esta parte oriental: allí está el verdadero escenario y orquesta de ese drama divino, que los oficios religiosos, y en especial la misa, representan en realidad. El misterio y solemnidad del servicio divino se aseguran por este medio, merced á la distancia que se mantiene entre el ceremonial sagrado que se celebra en este lugar, brillantemente iluminado, y el cuerpo de la iglesia reservado para los fieles. Están diseminados y aislados, envueltos en penumbra, distribución que obedece, acaso, al gusto por la soledad en la gente del Norte. Bien diferente es esta disposición de la que se efectúa en catedrales como la de Sevilla. Aquí, el objeto principal de la misma construcción estriba en llenar la

iglesia de activos devotos, objeto que se logra á perfección. La iglesia ha de ser precisamente de forma oblonga, amplia, sin cruceros que la menoscaben espacio, sin más que un ábside rudimentario. El coro se halla casi en el centro de la iglesia, algo hacia el Oeste, y la capilla mayor, que contiene al altar principal, mira un poco hacia el Este. En los primeros tiempos de la Iglesia cristiana, el coro estaba cercado en la nave, aunque la cerca no era muy alta, por lo general, y la costumbre española (si bien no es ésta la opinión de Street) puede ser, acaso, un resto de la práctica antigua; disposición semejante puede observarse, aunque aquí es de introducción moderna, en la Abadía de Wéstminster. Entre el coro y la capilla mayor hay un espacio cuadrado bajo la cúpula, que puede cercarse como las circunstancias lo requieran, y en el que se verifican las ceremonias más características, como la bendición de los santos óleos y el lavatorio de pies. El coro y la capilla mayor están ambos encerrados en sólido recinto, y constituyen una iglesia dentro de otra. De esta suerte, la parte coral del servicio está completamente separada de la litúrgica, de la que se distingue naturalmente, y á pesar de esto, todo el movimiento activamente dramático del servicio se efectúa en el centro del edificio. El sentido del misterio se logra aquí, no por la distancia, sino por la separación que mantienen el recinto aislador y elevado, y se aseguran á la par los fines de llenar el vasto edificio, con el mayor efecto de adoración. Semejante disposición se confirma admirablemente en esta catedral con los usos del rito español; la sencillez noble del edificio en sus elementos constructivos y la elocuencia raudal é impetuosa de su ornamentación los transportan, por modo maravilloso, á esa cualidad misteriosamente grandiosa y romántica, que es la nota característica de estas funciones, y se expresa en todos los pormenores y numerosas excitaciones á los sentidos.

Como las grandes solemnidades del año convergen todas en este vasto edificio, no resulta demasiado para la parte que ha de asumir en ellas; parece vivir en cambio constante, determi-

nado por los que tienen lugar en la rica y variada atmósfera que llena este grandioso y dominante monumento, edificado en la llanura y asentado en medio de la ciudad, con toda comodidad y desahogo, como saben sentarse las bellas hijas de Sevilla, firmes y despiertas, con apariencia de languidez.

Los elementos que contribuyen á prestar encanto á este edificio son altamente complejos, y aun sin tener en cuenta el culto y los fieles que lo integran tan maravillosamente. He pasado muchas horas, mañana, tarde y noche, durante varias semanas, dentro de sus muros, y siempre me ha parecido lugar tan lleno de deleitosos ensueños y de nuevas sorpresas como al principio; la luz, en su intensidad media, viene á ser un término proporcional entre la claridad de una catedral del Norte, que sustrae gran parte al sentido del misterio, y la extrema y profunda oscuridad de las catedrales típicas del Sur, como Barcelona y Perpiñán, donde la oscuridad, aunque impresiona, torna invisibles los detalles. La luz media, predominante en este edificio, está constituída por numerosas clases de luz, que proceden de distintos orígenes, de una escala extensa de intensidad, y la atmósfera misma resulta aquí un factor visible de la armonía del lugar. Estas variedades de efectos atmosféricos y estas vistas prolongadas de luz, se deben á varios planos de aire que parten de las puertas en todas direcciones, de las ventanas pintadas, y sin pintar, que se abren en ángulos distintos y á distintas alturas, sin que deslumbren con intensidad tal que eclipsen la luz de las lámparas y velas.

A pesar de ser los principales rasgos constructivos del edificio armónicamente trazados y proporcionados y no exentos de brío, hay que confesar que la catedral de Sevilla no es, como no puede serlo ningún caso exótico, modelo de exquisita labor gótica en sus detalles decorativos, exteriores ó interiores. Todo el que por primera vez llega á Sevilla, después de haber visto esos magníficos edificios góticos que se alzan en poblaciones de genio arquitectónico como Amiéns y Chartres, Barcelona y Tarragona, tiene causa muy justa para descon-

tentarse en Sevilla. Pero si sus constructores pecaron en el sentido delicado de la arquitectura, han sobresalido en los primores artísticos y en las briosas y nobles proporciones; y, en suma, si algo hay grosero, limitado é inexpresivo como detalle aislado, nunca llega á salir de la moderación y no perjudica al efecto del conjunto.

Dejando la arquitectura propiamente tal, nunca erraron en lo puramente decorativo. Allí, por ejemplo, se ven á cada paso esas magníficas verjas de hierro de que tanto uso han hecho siempre los sevillanos, trabajadas con gusto decorativo dichoso, exquisito y variado. Las vidrieras pintadas están también muy en carácter con la iglesia. Todas ellas, que alcanzan el número de ciento, están pintadas, por lo general, muy lindamente, según el gusto opulento y florido de Flandes del siglo XVII, que está aquí como en su centro. Están cubiertas, de ordinario, por cortinas semitransparentes y se abren á grande altura, y no resultan demasiado grandes. Las manchas de color que proyectan sobre los muros, pilares y pavimento, arrancan destellos cristalinos del mármol que conforman felizmente con el tono general del templo. Todos los accesorios que constituyen el mobiliario litúrgico participan de la misma grandeza del edificio. Los enormes candelabros, las campanas que tañen en el coro al alzarse la hostia, los inmensos libros de coro, la enorme pila para la bendición de los óleos, los descomunales cepillos, guarnecidos con tirantes de hierro, en que se depositan las ofrendas de los fieles; todos estos y otros parecidos accesorios son de desmedido tamaño (1).

Junto con este esplendor romántico y misterioso y esta armoniosa pompa, fácil y felizmente briosas, que son notas dominantes de la catedral de Sevilla, se da en ella al mismo tiempo cierta negligencia y familiaridad, cierta sencillez, que no es

(1) Allí hay más de doscientos libros de coro, de tres pies de alto y dos de ancho, que datan del siglo XV, enriquecidos con hermosas miniaturas, orlas é iniciales.

el menor de sus hechizos. Aunque no fuera más que como museo de pinturas y antigüedades, podría figurar muy preferentemente entre las principales galerías de Europa. Mas no se la crea un lugar de mero espectáculo, como la catedral de San Pedro, con su fría y hueca magnificencia, ó nuestras catedrales inglesas, tan penosamente guardadas. No existe en ella ese cuidado extremoso por la limpieza inmaculada, por la reparación perfecta de cada detalle, por la rígida nitidez y aseo. Antes se encuentra á cada paso un mármol destrozado ó una piedra que se disgrega; y no es la primera vez que han caído fragmentos de las vidrieras, tan suntuosamente pintadas. Mas el que aparezca un poco de estrago, parece ser señal cierta de la vitalidad del templo; que no se concilia la excesiva nitidez y algo de la iglesia con el mucho servicio que está llamada á prestar. La de Sevilla es lugar de constante y verdadero ejercicio; gente de todas clases concurre á ella; el vértigo de las ceremonias y el rumoreo de los fieles parece no cesar jamás dentro de sus muros. Tiene diez y ocho altares, además del mayor, y aún puede pensarse que no sean los bastantes.

La catedral es el escenario principal de todas las grandes ceremonias eclesiásticas, así como el centro hacia el cual, naturalmente, se dirigen las procesiones religiosas populares, con sus pasos. Estos pasos salen el Viernes Santo, y aun dos días antes. Toda la ciudad concurre á verlos; el tráfico de coches se interrumpe, y á esta festividad están presentes todas las autoridades y dignidades civiles, ó en sitios peculiarmente reservados para ellos en las plazas públicas, ó en las ventanas ó en las calles. Es imposible poder dar un paso por las principales arterias, donde se aglomera la gente; el forastero tiene que ir á ver también los pasos, porque otra cosa es imposible ver. Cada uno de ellos consiste en una figura de santo ó un grupo, que representa alguna escena de la Pasión, de tamaño mayor que el natural (1), llevados á hombros de veinte y más hombres,

(1) Es de notar que ciertas razones inducen á creer sea España el primer país en que se advierte tal culto cristiano de las imágenes; esto indi-

que no se les ve, y van lentamente, acompañados de la cofradía á que pertenecen, vestidos de trajes peculiares, que varían de color en las distintas hermandades, pero esencialmente se componen de una larga túnica y una capucha pequeña y puntiaguda que cubre la cabeza, con agujeros para los ojos, llevando cada uno de los cofrades una gran hacha encendida. Muchas de las esculturas están labradas con primor y tienen expresión dramática; algunas son obra de Montañés, escultor sevillano del siglo XVII, que expresó con más acierto y carácter el espíritu sevillano aplicado á la talla polícroma. Más sugestivas y de más veneración para el pueblo son las imágenes de la Virgen, en las que la calidad de la talla no es visible. Así, la Virgen de Regla, graciosa y levemente inclinada hacia adelante, con un precioso pañuelo en su mano, y envuelta en un amplio y suntuoso manto de terciopelo negro, con copiosas figuras bordadas en oro, que la embellecen grandemente. Velas y ramos de flores la adornan, y flores de dorados matices se esparcen por su manto. De vez en cuando, de entre en medio de la multitud, un niño ó una muchacha le cantan con voz tímida, pero apasionada, una breve saeta, con los ojos fijos en la cara de la Virgen. Así que la sacrosanta deidad es conducida de esta suerte hasta la catedral por entre la multitud reverente que la rodea, descubiertas todas las cabezas; se empieza á considerar que este es el pueblo que tributaba en otras épocas culto también á Salammbó, la diosa cartaginesa, que era llevada procesionalmente en hombros de las señoras nobles. Justina y Rufina, jóvenes cristianas del mercado, se negaron á adorarla, y fueron martirizadas por la multitud fanática de un pueblo, en que llegaron, con el tiempo, á ser las santas tutelares. No dejarían de reconocer los sevillanos de otras épo-

---

ca el famoso canon contra este culto, promulgado en el Concilio de Elvira (la antigua Granada) en 306; también el Papa San Dámaso, que para favorecer el arte cristiano influyó en esta dirección, era español, que corresponde á la misma época. (Véase A. W. Dale, *The Synod of Elvira*, página 292, y Glover, *Vida y literatura en el siglo IV*, pág. 250.)

cas que había vuelto Salammbó á recibir adoración de la tierra, según es de irreflexiva la manera con que gran parte de las muchedumbres entienden y practican el culto todavía. Al considerar estas cosas, no se puede menos de comprender cuán poderosa es la vida de que el arte y la fe pueden dotar á un mero símbolo, y la fascinación con que éste se apodera de las imaginaciones de los hombres.

Si la catedral de Sevilla es siempre rica é interesante á la luz del día, cobra nueva y profunda impresión de noche. Nada puede superar la poderosa sugestión producida por la catedral de noche, durante los días que preceden al domingo de Pascua. Sus amplias puertas todas se abrían de par en par; á una esquina bañaba el brillante resplandor de las calles alumbradas por la luz eléctrica; pero la catedral por dentro estaba muy oscura, iluminada únicamente por algunas velas colocadas en lo alto de los pilares de la nave; alrededor del coro, la multitud era impenetrable; en el resto de la iglesia se veían grupos típicos de españoles sentados en los basamentos de las columnas, charlando familiarmente como si estuvieran en sus propias casas, y los perros circulaban por allí sin que nadie se metiera con ellos. Terminaba el *Miserere*, de Eslava, y por la inmensa iglesia se difundían majestuosamente los acordes de la música. Escena más extraña, como me hacía notar el artista que me acompañaba, que los dibujos de Martín, tan curiosa como las invenciones de Poe ó de Baudelaire. En aquella luz amortiguada, las altas columnas se agigantaban más que nunca, mientras las débiles luces del altar se reflejaban suavemente en la reja de hierro de la capilla mayor, como en el cuadro de Rembrand, del templo de Jerusalem. En esta mágica escena, parecíame que Santa María de Sevilla hacía entrega del último secreto del mundo misterioso y romancesco.

HAVELOCK ELLIS

UN VEREDICTO INJUSTO

(TROENS MAGT)

NOVELA

PRIMERA PARTE

VIII

Todos los días, Mads Herlufsen se pasaba horas enteras mirando hacia la finca de Norby. A sus ojos, la casa de su rival era una especie de zorrera que se ocultaba allí abajo al pie de las frondosas alturas; necesitaba vigilar constantemente los manejos del zorro que allí habitaba. Cuando se preparaba una crisis sobre los bosques ó alguna elección, Mads Herlufsen maniobraba siempre contra Norby.

Si ganaba la partida, él golpeaba los muslos y estaba de buen humor durante más de una semana. ¿Ganaba Norby? Herlufsen quedaba completamente avergonzado, como si hubiese cometido alguna falta. Pero, aunque los dos individuos no pensaron más que en hacerse recíprocamente el mayor daño posible, hacían al mismo tiempo un par de buenos amigos cuando se encontraban. Si luchaban uno contra otro, era sobre todo porque no tenían adversario digno de ellos en muchas leguas á la redonda.

Y ahora Mads Herlufsen mirada hacia la casa de Norby,

con los labios contraídos, meditando, preguntándose cuáles podían ser las intenciones de su rival en aquel asunto. Esto era siempre lo que se le ocurría, cada vez que Norby emprendía algo.

—No se trata de Wangen—pensaba;—tampoco de la cuestión del dinero... Aquí debe de haber algún enredo oculto.

Por fin llegó á este resultado: Norby quería hacer encarcelar á Wangen para impedirle negociar un arreglo con los acreedores; de esta suerte tendría que venderse en justicia la tejería. Esta vez, á lo que el zorro quería hincar el diente era á la tejería.

Pero Herlufsen permaneció un instante sentado, frotándose la nariz desesperado por no llegar á encontrar un quite. Que Wangen fuese inocente ó no, le importaba un bledo. En aquel asunto, lo único que le interesaba era Norby.

—¿Quiero yo la tejería?—se preguntó.—¡No, jamás! ¿Pero por qué diablo había de ser de Norby?

Por fin se hizo alguna luz en su espíritu. Uno de sus jornaleros, Soren Kvikne, sirvió en un tiempo en casa de Jorgen Haarstad, el único testigo, muerto después. Wangen, una vez desaparecido Haarstad, no tenía á nadie para corroborar su afirmación. Tal vez supiese algo aquel Soren Kvikne. El viejo se acordó de que Soren había sido siempre un buen muchacho. Sacó de un armario una botella de aguardiente, y le envió á buscar al comedor de los criados, á la hora en que iban á comer los forasteros.

Estos no estaban acostumbrados á ser admitidos en la sala sacrosanta de los amos. Así fué que cuando entró en ella Soren Kvikne, empezó por mirar en torno suyo con precaución, buscando un lugar en donde escupir, y no atreviéndose casi á sentarse en una de aquellas sillas bonitas. Pero Herlufsen fué hacia él, le puso en la mano una pipa de porcelana de largo tubo, se instaló á su lado en el sofá, y le sirvió unas copitas. Después le dijo:

—¿No serviste tú en casa de Haarstad?

Soren Kvikne se pasó una mano por la barba, dirigió al espacio una mirada melancólica, y contestó:

—Sí, efectivamente.

—¿Recuerdas si Haarstad habló alguna vez delante de ti de un documento hecho entre Wangen y Norby, y que él firmó á título de testigo?

Soren meneó la cabeza.

No; no se acordaba de nada absolutamente.

—Bien—dijo Herlufsen;—piénsalo un poco.

Soren pensó... Pero no, no se acordaba de nada.

—Te lo digo, porque bien podría ser que todo este asunto dependiese de su testimonio—añadió Herlupsen.

El jornalero miró de reojo á su interlocutor; pero Herlufsen no tenía trazas de bromear. Y al despedirle, Herlufsen le repitió que tuviese bien en cuenta que la clave de aquella historia estaba en su mano.

Cuando Soren volvió al lado de sus compañeros, se plantó en medio de la habitación, y en alta é inteligible voz les preguntó si alguno de ellos había entrado alguna vez en la sala para echar un trago y fumar una pipa con el amo. Le contestaron con una gran carcajada; pero entonces se enfadó, é hizo saber á los que se reían que en manos de él estaba ya todo el asunto pendiente entre Norby y Wangen.

—¿En tus manos?—dijeron varias voces.

Algunos criados que se habían tumbado en los bancos, se incorporaron y le miraron curiosamente.

—Sí, en mis manos—confirmó Soren Kvikne, meneando la cabeza.

Y esto fué todo lo que dijo para aclarar la cuestión. No era de los que hablaban demasiado. Pero, á partir de aquel momento, no tuvo reposo ni de día ni de noche. Cada vez que encontraba al amo, no dejaba ésto de estimularle.

—¿No lo has pensado todavía?

Ciertamente, él había servido en casa de Haarstad durante

cinco años; ciertamente que á menudo le había ocurrido hablar con Haarstad á solas; pero, pero...

Y se rascaba detrás de la oreja muchas veces al día.

Habló de la cosa á su mujer; su mujer le aconsejó también que lo pensase. Y Soren lo pensaba día y noche, puesto que todo el asunto dependía de él.

—¿Habría sido aquella mañana en que Haarstad y él...?

No, decididamente, no fué aquella vez. Si la cosa pasó realmente algún día, debió de ser aquel en que estaban pintando juntos el cochecillo. Harastad pintaba la lanza; él las ruedas y la caja. Fué en pleno sol, detrás de la granja. Y poco á poco, la escena del cochecillo se fué grabando profundamente en el espíritu de Soren Kvikne. Así, llegó poco á poco á convencerse de que si Haarstad le habló de tal historia, fué aquel día cuando se celebró la confidencia; más aún: pensándolo mejor, estaba seguro de que las cosas habían pasado de aquella manera.

Cuando fué á comunicar á Herlufsen el resultado de sus meditaciones, no comprendió bien por qué el amo le hacía tan buena acogida. Sea como fuere, el amo le dijo que le dejaba en libertad lo restante del día; y le aconsejó que lo aprovechase para ir á ver á Wangen y hacerse inscribir en el número de los testigos.

IX

Acercábase la época fijada para el interrogatorio, y cuanto más cerca estaba, tanto más crecía la inquietud de Norby. Aun no había encontrado escapatoria, y empezaba á temer que no la encontraría.

Porque, cualquiera que fuese el expediente que se le ocurriese, siempre tropezaba contra sus propios dichos. Estos dichos, estas afirmaciones, que ahora vivían en todas las memo-

rias, que el correo y el ferrocarril había llevado á lo lejos, se habían convertido en un sér más poderoso que Norby mismo, en un hijo que ha crecido más que su padre; y Norby se veía obligado á seguir adelante, obligado á llevar hasta el fin su papel y su actitud en la lucha entablada.

¡Pero ir ante los jueces! ¡Prestar juramento! Eso no, no lo quería. No había llegado á resignarse al perjurio.

—Me vuelve el reuma—decía á su mujer cuando, por la noche, daba vueltas en su cama.

Parecíale que, á pesar del acto que había cometido, todo el lugar guardaba un silencio inquietante; el silencio, hubiérase dicho, de alguien que acecha. A él no se le ocurría otra cosa que hablar de aquel feo asunto, porque no hacía sino pensar en él, tranquilo solamente cuando los otros le escuchaban discurrir; en esos momentos, por lo menos, no pensaban por sí mismos.

Pero, una nueva mentira exigía siempre otra en pago, y ésta otra más. Era menester que Norby cuidase de no revelar nada de la verdad; temía hablar alto durante el sueño, tanto, que concluyó por casi no atreverse á dormir.

Mientras tanto, el interrogatorio se acercaba de día en día. Y, á pesar suyo, Norby empezó á buscar á tientas los medios que le podrían sacar del apuro, si, no obstante todo, se veía obligado á presentarse en la Audiencia. Pero lo que tenía que preparar para decir en la barra, también tenía que ser mentira. Y aquí Norby se detenía, como un caballo que no quiere franquear un puente mal seguro. Reculaba, tenía miedo. No estaba hecho á esas cosas.

Nadie está más inclinado á las consideraciones filosóficas que el que tiene una pena secreta. Como no puede hablar de lo que más le interesa, elige cualquier asunto análogo. Un día, Norby supo la muerte repentina de uno de sus convecinos, y sintió un calofrío á lo largo de la espalda, porque oía una voz interior que le murmuraba: «La próxima vez, Norby, será la tuya.»

Aquella misma noche, ya acostado y con la luz apagada, bostezó largamente, tristemente, y se puso á decir con voz cansada:

—Es curioso, de todos modos. Nosotros los hombres, que, en definitiva, podemos morirnos á cada momento, nos pasamos la vida atormentándonos unos á otros.

Marit suspiró, y mientras arreglaba la sábana bajo las mantas, contestó:

—No, no es raro. Es así.

—Cuando baja uno al fondo de sí mismo, se siente que los mismos que se extravían hasta cometer delitos, no son tal vez peores, después de todo, que uno cualquiera de nosotros.

Un instante después, replicó Marit:

—No; si se arrepienten, también pueden salvarse, á lo que pienso.

Hubo entre estas dos frases un silencio. La noche de invierno era fría y negra, y, á intervalos, el viento soplaba rápido, tropezando en la esquina de la casa, alejándose luego plañidero como un grito que muere. Y he aquí que, bajo estas impresiones de muerte y de noche, Norby veía el lugar, su pueblo. Pero esta vez todos los hombres tenían el mismo aspecto, eran todos como seres próximos á morir, pobres criaturas pálidas, palpitantes y sufrientes, con quienes necesitaba ser bueno.

—¿Sabes lo que pienso, Marit?

—No.

La voz estaba un poco adormecida.

—Pues que... cuando hacemos algo verdaderamente malo, ¿estamos bien seguros de que las consecuencias de nuestro acto perezcan con nuestra muerte? Puede ser que sigan viviendo y perjudicando á los otros mucho tiempo después de nosotros.

—Si, si...

—Y, en este caso, ¿me dirás tú cómo un hombre, un hombre que ha cometido un delito puede hallar el reposo en su tumba?

Marit fué de parecer que nuestra razón no bastaba para dilucidar estos problemas, y se volvió del otro lado; pero el viejo siguió despierto, reflexionando, pensando en que, por su culpa, todos los descendientes de Wangen sufrirían interminablemente. ¿Podría él, sin embargo, ir al paraíso, ser un bienaventurado?

Continuó mirando, mirando en las tinieblas, y llegó á sudar de angustia. ¿No dormiría aquella noche tampoco?

Empezaba á creer que debía de tener alguna enfermedad; una enfermedad al corazón, tal vez. Y entonces, en la barra, mientras estuviese allí con la mano levantada, llegaría el instante en que rodaría por el suelo.

—¡Dios mío, tened piedad de mi alma!

Por fin se incorporó en la cama, encendió suavemente una cerilla.

—¡Señor! Ya más de las dos y media, y todavía no he dormido un instante.

Pero mientras que de nuevo empieza á adormecerse, empieza á sentir lo difícil que es, en toda lealtad, en toda honradez, reparar una injusticia.

A la larga, con los ojos cerrados, se daba cuenta de todos los obstáculos.

—Si te fuera preciso arreglarlo todo, rescatarlo todo, Norby, no bastaría para ello aunque Dios te perdonase, ni aunque sufrieses una pena en la cárcel. La falsa acusación que has lanzado sobreviviría aún en alguna parte. Y aunque te fuera dable encontrar todos los caminos que ha recorrido, seguir todos los hilos hasta el fin, ¿sería esto suficiente? ¡No! Necesitarías todavía enmendar todas las malas consecuencias. Algunos han olvidado la mentira, otros no han hecho más que reirse de ella; pero hay algunos que la recuerdan y que cualquier día atacarán á Wangen. Y aun cuando pudieras reparar esto, ¿habría concluído la cosa? ¡No! Aún quedaría por pagar todo lo que ha sufrido mientras que el mundo le creía culpable. ¿Y esto se paga? ¡No, Norby, no!—Y meneaba involuntariamen-

te la cabeza, tumbado allí con los ojos cerrados. ¿Cómo había de poder dormir?

Al día siguiente, sin embargo, se repuso y marchó al fudbrandsdal; poseía allí vastos bosques, en donde sus gentes estaban á la sazón cortando árboles para exportar la madera. Tenía que ir, tenía que olvidar.

Vedle allí; ya no es el opulento propietario de las selvas. Vestido de lana espesa, se desliza con sus patines á través del bosque: el esfuerzo que hace, la frescura del viento, todo le consuela, le calma singularmente. Percibe inmensos montones de madera que son suyos. Se detiene, pasea su mirada hasta el infinito por enormes extensiones de abetos espolvoreados de nieve que brillan bajo los rayos del sol, y se dice que todo el bosque le pertenece.

—¡Si todavía ese Wangen fuese un adversario digno de ti! Piensa, apoyado en su bastón herrado, mientras que contempla sus riquezas. Si fuera Herlufsen, por ejemplo... ¡Pero un hombre ya por los suelos! ¡Un desdichado que no posee ya ni la cuchara con que toma sopa! ¿Y á ese pobre sér le combates, Norby? Y ni siquiera le atacas lealmente. No; le acometes por la espalda. Un vencido, al que rematas traidoramente.

Sentía deseos de darse de puñetazos.

Cuando volvió á su casa, había cogido un constipado, y por la noche tuvo un poco de fiebre. Estaba persuadido de que era una fiebre tifoidea y que iba á morirse; y su mala acción, que le sobreviviría, pesaba sobre él y le martirizaba.

Por fin, llegó una mañana en que se dijo:

—No, no puedo soportar esta pesadilla.

Y se determinó á sacudir el yugo que él mismo se había impuesto. Primeramente, iba á decir la verdad á su mujer; y después, se pondría en regla con el alcalde. Ya estaba decidido; alabado sea Dios.

Pero apenas hubo sacado los pies fuera de las mantas, cuando Marit entreabrió la puerta, y le dijo:

—Hace mucho tiempo que te están esperando abajo.

«Sin duda es el alcalde», pensó, con un gran vuelco en el corazón.

Bajó; pero no era sino un anciano jornalero: Lars Kringer, que deseaba hablarle.

—Pase á mi despacho—dijo Norby.

Sentíase molesto por haber tenido miedo y haberse apresurado por aquel pobre hombre.

—¿Qué quieres?—le preguntó, sentándose ante su mesa.

Con gran asombro suyo, el viejo se acercó y fué á sentarse junto á él, de manera que pudiese mirar bien á los ojos de Norby.

—Emprendo hoy una penosa tarea—empezó á decir.

—Bueno, bueno—dijo Norby impacientado.

—Vengo á preguntarte, Norby...

El viejo tosió un poco.

—Quisiera saber si has hablado con Nuestro Señor respecto al asunto que tenéis pendiente Waugen y tú.

Norby escuchaba con la boca abierta por la sorpresa. Se arrellanó más en su butaca, miró á su interlocutor, y abrió aún más la boca.

Aunque se sintiese bien miserable, no le fué posible dejar de reirse. Parecióle, como le ocurría tan á menudo, que se había cambiado en su propio padre, que era su padre mismo quien, sentado allí, escuchaba la charla de Lars Kringen.

¡Cómo! ¡Uno de sus jornaleros, un viejo, cuya vida le sostenía aún por pura bondad, en la casita de allá arriba, en la colina, se permitía venir á mezclarse en los coloquios de Norby con Nuestro Señor!... No, aquello era demasiado. Y Norby reía, reía. Hubiérase dicho la catástrofe de un glacial; gritaba de risa, y no acababa. El piso retemblaba bajo su peso. Y, por último, se preguntaba si daría una moneda á aquel desdichado ó le pondría en la puerta.

—Y bien, ¿qué hay?—preguntó al fin, esforzándose en recobrar su seriedad.

Pero el viejo juntó las manos sobre el palo que tenía entre las rodillas, y continuó sin turbarse:

—Quisiera dormir bien en paz en mi tumba; pero me costaría mucho ir al tribunal á declarar en contra tuya, Norby.

—¿Cómo qué?

A su pesar, Norby se acercó un poco.

—¿Te impulsa alguien á ello?

—Sí—contestó el viejo.

—¿Te habrá dado para tabaco Wangen, por casualidad?

—Nuestro Señor es el que me ha dado la orden de hablar.

Hubo un momento de silencio. Después Norby dijo con voz sorda:

—¿Y qué tienes que decir?

—Que te acompañé á la ciudad aquel día, Norby.

—¿Qué día?

—El día en que firmaste el documento—dijo el anciano.

Norby apretó los brazos de su butaca, y cerró los labios fuertemente. Se miraron.

Depués Norby, con la misma voz sorda, habló:

—Empiezas á volver á la infancia, por lo que veo. Vete á meterte en la cama; es lo mejor que puedes hacer.

Se levantó, fué hacia la ventana, pareció entonces acordarse de algo y miró de nuevo al jornalero:

—¡Ah!... Si se te ocurre ir á la Audiencia, te haré recusar como irresponsable. Anda, vete.

—Adiós—contestó dulcemente el viejo, encaminándose hacia la puerta.—Lo único que yo pido es dormir en paz en mi tumba.

Y salió con precaución. Norby permaneció en pie, con las manos en los bolsillos, mirando por la ventana. Habíale aliviado el haber podido reir una vez. Pero había algo mejor todavía: el poder volver su cólera contra alguien que no fuese él.

¡No faltaba más que esto! ¡Cómo! ¿Iban á venir los extraños á meterse en lo que pasaba entre él y Nuestro Señor? Pero quedábale aún bastante energía, á Dios gracias, para echarles

afuera. ¿Cómo? ¿Irían las gentes á suponer que no tenía bien limpia la conciencia? ¡Bonito estaría! Bien; ya sabría él demostrarles lo contrario.

En todo caso, no sería aquel pobre sér quien le venciera, quien le hiciera ceder. ¡Nada de confesiones hoy! Todavía debía de haber algún medio de salir del asunto.

Aquella misma noche, en la mesa, Marit dijo con una ligera sonrisa:

—¿Sabes la noticia? Parece que la viuda de Lidarende se ha puesto en movimiento para acudir en ayuda de Wangen.

—No—dijo él,—no me han hablado de eso.

Pero quedó impresionado, vió ante él aquella mujer enérgica, con su franco rostro que se sonreía como de costumbre; después, de repente, el rostro se ensombrecía, se apartaba de él hacia Wangen.

¡Esto era lo que faltaba! ¿Empezaban á dudar ahora de la culpabilidad de Wangen? Si todo el mundo continuase creyendo en ella, y Norby pudiera hablar en paz con Nuestro Señor, todavía era posible que reconociese sus yerros. Pero quería tener paz. Era preciso que no creyesen que podían hacer fuerza. Era como si algo robusto y velloso empezara á gruñir en él y á erguirse pronto á la defensa, puesto que se aventuraban á hostigarle. No lograba olvidar á aquella mujer que se ponía en movimiento para socorrer á Wangen.

El director de la escuela primaria superior, el mismo que había triunfado de Norby en la última reunión del consejo, era el íntimo amigo de Thora. ¡Imbécil! Se le representó pronto siguiéndola, poniéndose también del lado de Wangen. Por la noche, en la cama, vió á otros que también se pasaban de su partido al partido contrario.

—Ya verás cómo tus enemigos se van á aprovechar de la ocasión para ligarse contra ti—pensaba.

Y la cólera que sentía acabó por ponerle en guardia; era un consuelo el poder apartar los ojos de sí mismo, ocupar los pensamientos en adivinar lo que podía formarse en el pue-

blo. Sus enemigos querían aprovecharse de la ocasión; ¡no faltaba más que esto!

Después, un día supo que Basting, el abogado, su antiguo adversario, era el defensor de Wangen, y que se proponía, no solamente pedir la absolución de su defendido, sino exigir en su nombre una indemnización considerable. Además, decíase que Wangen había encontrado testigos que demostrarían que Norby se esforzaba desde hacía mucho tiempo en perjudicarle en la buena marcha de sus negocios.

Norby, al principio, se echó á reir. Después empezó á dar paseos por la habitación. Al fin se paró y lanzó como un suspiro de consuelo.

—Pues bien, Marit, ese es el lobo que aulla en los bosques... Y Basting, ese abogadillo sin pleitos, ha encontrado por fin una causa. ¡Ah! ¿Pero es que se puede mentir hasta tal punto? Yo hubiera... No, decididamente; esto es demasiado, Marit.

—¿No te lo había dicho de antemano?

Desde este momento, todo el pueblo comenzó á entrar de lleno en la vida de Knut Norby, aquel pueblo que él nunca veía mejor que cerrando los ojos. Nadie se ocupaba de otra cosa ahora que de correr los comicios, reunirse en todas las casas para ponerse de acuerdo y tomar parte en el asunto. Norby adivinaba que cada vez se agrupaban más en contra de él: tal vez acabaría por quedarse solo; tratarían de aprovechar la ocasión para ahogarle de una vez.

Pero de día en día despertábanse en Kunt Norby la presencia de espíritu, la energía, todo lo robusto que había en él. Aquello era demasiado... ¡Cómo! ¿Irían unos escribanos á deponer contra él falsos testimonios? Nunca tuvo él intención de perjudicar en nada á la fábrica de Wangen, ¡jamás!

Una mañana, estaba aún en la cama, cuando Marit entró á enterarle de los propósitos de Seren Kriken, que sirvió en un tiempo en casa de Haarotad. Él se tiró en seguida de la cama y buscó sus zapatillas; se echó á reir, y dijo:

—Mira, Marit, juraría que Mads Herlufsen ha puesto su mano en la cosa.

Aquella noticia le alivió del último peso que le oprimía aún. Wangen no era ya el pobre diablo sin recursos al que no podía atacar sin escrúpulos; ahora tenía amigos poderosos; además, ¿podía inspirar piedad un hombre que no se defendía, sino con torpes invenciones? Ahora, la cuestión se había convertido en una especie de asunto entre Norby y Herlufsen. Knut tenía al fin un adversario digno de él.

Lleváronle nuevos rumores. Wangen afirmaba que Norby le había engañado en una venta de madera; que después había robado á la viuda de la que era curador. En su generosa cólera, Wangen no pensaba mucho las palabras, y todas alcanzaban á Norby como flechas envenenadas que estimulaban en su furor. Anhelaba hacer patentes todas aquellas mentiras; cada vez más le hacían olvidar el fondo mismo de las cosas; le daban la sensación de ser atacado, perseguido y obligado á una legítima defensa.

Pero la irritación que Norby experimentaba ahora, dábale nuevas fuerzas todos los días; empezaba á armarse seriamente para el interrogatorio, á preparar los ataques y las paradas. Ya no se trataba de saber cuál de los dos adversarios tenía razón, sino quién sería el vencedor y quién el vencido. Ya no se trataba en un asunto entre Knut y Nuestro Señor, sino de un duelo entre él y sus enemigos. A fuerza de oir citar incesantemente nuevos testigos que declararían en favor de Wangen, el viejo Norby concluyó por temer una derrota; pero esto no hacía más que estimularle en la busca de un medio que derrotase á aquellas gentes.

—Veremos si esas cosas les salen bien—se decía con los dientes apretados.

Recordaba el mal que le habían hecho en otro tiempo aquellos testigos de mañana: era como si se hubiesen abierto antiguas heridas, mezclando sus dolores sordos con sus nuevos tormentos. Y Norby, cada vez más enloquecido, no reflexio-

naba; limitándose á mirar en torno suyo para descubrir armas.

Pero, y esto era lo raro, he aquí que en el fondo de sí mismo, Norby empezaba á calmarse. La profunda llaga de su vida íntima estaba olvidada; no sentía más que los arañazos á flor de piel. Y volvió á dormir, á comer, á estar de buen humor. Tenía la conciencia limpia, como el que, inocente en veinte puntos, olvida que es culpable en el veintiuno. Cuando pensaba en las veinte falsas acusaciones lanzadas contra él, parecía decir á Nuestro Señor:

—Bien; estamos en paz.

Ahora ya no había en torno suyo aquel inquietante silencio. Había ruido, barullo. Incesantemente se preparaba á la lucha, yendo á ver á su abogado á Cristianía, recordando nuevas insinuaciones mentirosas, esparcidas á su costa, anotándolas, metiéndoselas, por decirlo así, en la carne, como para sentir hasta qué punto era inocente. Y si había momentos en que se hacía como una tregua á su alrededor, hubiérase dicho que esperaba con inquietud que le trajesen nuevas acusaciones. No podía estar sin ellas. Si no llegaban, se las imaginaba él mismo, sin darse cuenta de que eran forjadas por él completamente.

—Dicen, naturalmente, que yo niego mi firma por avaricia... ¡Yo! O bien por temor á mi mujer. ¡Knut Norby tener miedo de su mujer!...

La idea de que pudieran haber dicho á su costa semejantes absurdos aumentaba su cólera; inventaba sin cesar otras historias, y otras más, sin darse cuenta. Era como otros tantos vasos de alcohol que le quitaban la representación exacta de la realidad, le hacían tenerse en pie, siempre firme en su puesto, olvidando las cosas que quería olvidar, fuerte con el sentimiento de su inocencia y de su derecho.

El interrogatorio era inminente. Norby hacía excursiones de noche por el lugar, reunía testigos de descargo. Ya esperaba sin miedo el día de la audiencia.

SEGUNDA PARTE

I

En una habitación de una «pensión de familia», de Cristianía, estaba sentado un joven, con los codos en la mesa y la cabeza entre las manos. Ante él estaba abierto un libro grande, en el que había frases marcadas con lapiz rojo; pero no leía. Era Einar Norby, el único actualmente en vida de Knut Norby, que era estudiante de filología, y se preparaba para su último examen.

La ventana abierta dejaba penetrar el tibio sol de Marzo; pero Einar se levantó para cerrarla; el ruido que subía de la calle le molestaba. Después se puso á pasear por el cuarto, pasándose de vez en cuando la mano por la frente con un gesto doloroso.

—¿Qué va á ser preciso hacer?—pensaba.—Las cosas han cambiado por completo de cara ahora.

Era un joven alto, esbelto y rubio, de unos veinticinco años. Si todavía no se había licenciado, no era, ciertamente, por pereza. Había empezado por estudiar teología durante casi dos años. Pero un día, volvió á la casa, entró en el despacho de su padre, y le dijo:

—Padre, no puedo ocultárselo por más tiempo; mi conciencia me prohibe hacerme pastor.

El padre mordió el extremo de su pipa. Y una vez oídas las explicaciones de su hijo, le replicó:

—Está bien: tienes razón, hijo mío, desde el momento en

que estás seguro de lo que sientes. Tu madre es la que más lo sentirá; pero yo me encargo de hablarla.

Y Einar se fué á hacer un viaje de un año al extranjero, para ver un poco claro en sí mismo. Cuando volvió, se puso á estudiar filología.

Hacía una semana que había recibido una carta de su madre, que le informaba de la falsificación cometida por Wangen, cosa que le sorprendió sobre manera; porque se acordaba, como si el acontecimiento fuese de ayer, que su padre, tres ó cuatro años antes, había ido un día á decirle:

—Me parece que Wangen acaba de pescarme.

Y Knut le refirió la historia de la garantía firmada, rogándole que no dijese nada á nadie, ni siquiera á su madre, cosa que entonces le sorprendió algo; tal vez, merced á estas circunstancias, recordaba tan claramente la cuestión.

—¿Qué hacer?—se había preguntado y repreguntado.

Podía haber en esto una mala inteligencia; pero habíase decidido, por fin, á escribir á su padre hablándole del asunto.

La respuesta había llegado hoy. El viejo escribía que Einar le contaba tonterías; nunca había tenido relación alguna con Wangen.

—¡Tonterías... tonterías!...—Pensaba Einar paseándose por el cuarto.

Su padre le escribía que aquello era una tontería. Sin embargo, estaba completamente seguro de no engañarse. Cuanto más lo pensaba, tanto más le parecía cierta la fidelidad de su memoria.

—¿Pero qué pensar ahora?

No le parecía posible entregarse así, sin insistir más.

—Si Wangen fuese inocente, y tú fueras el único que pudieras salvarle... Mamá me dice que él no tiene testigos. ¿Qué vas á hacer?

El interrogatorio iba á celebrarse dentro de dos ó tres días. No había medio de aplazar todo aquello para más adelante.

—Y mi padre que me asegura que nunca ha tenido que ver con Wangen... Pero no es posible que se trate de otro incidente que el de ese vago recuerdo he conservado... ¿Habrá podido verdaderamente olvidarlo mi padre? ¿O bien...?

A menudo, á Einar le habían chocado algunos de los modos de obrar de su padre en los asuntos que trataba. Pero admitir por un instante que... No, no era posible.

—Y supón que á Wangen le condenan siendo inocente. ¿Podrías tener después de esto un solo día de felicidad?

Se tumbó en el diván, y se puso una mano ante los ojos.

¡Si fuera á su casa á hacer observaciones á su padre!... ¡Ah! Esto sería un escándalo. Y si verdaderamente su padre se había cargado con una fea historia, ya era demasiado tarde para retroceder; por lo menos, así lo juzgaría su padre, seguramente.

—Pero ¿qué vas á hacer, Einar?... ¿Harás algo?

Cuando pensaba en lo peor que podía ocurrirle—ir á declarar contra su padre,—experimentaba como un vértigo.

Sin embargo, si empezaba á mezclarse en aquel asunto, preciso era que previese todas las consecuencias de su intervención, incluso las más remotas. Y entonces quedaba, de un lado, su padre; del otro, la necesidad de obrar con arreglo á justicia.

Oía en sí mismo el cuchicheo de una voz irónica:

—Ya ves ahora, Einar, lo que cuesta elevarse por encima de las consideraciones de familia. ¿Vacilarías si se tratase de otro?

Einar Norby había sido á menudo duro en sus juicios, sobre todo cuando se trataba de hombres públicos. Pertenecía á esa generación de adolescentes, á quienes amargas decepciones habían llevado á considerar con mirada dura y recelosa las ideas y los hombres que despertaron al principio su juvenil entusiasmo.

Y mientras que estaba allí, tumbado en el diván, con la mano ante los ojos, la voz irónica le decía:

—A ti te incumbe demostrar cómo es preciso conducirse en

la vida, Einar. No te dejes detener, por consideraciones de familia; no te dejes corromper por nada, como los hombres públicos. Haz lo que debas. Acuérdate de lo que te aplaudieron cuando, en la Asociación de estudiantes, declaraste, al hablar de esos hombres públicos que se dejaban influir ante todo por vagas y fugitivas impresiones, que toda su conciencia estaba determinada por sus parientes y allegados. ¿No llegaste una vez hasta decir que sus buenas intenciones no les excusaban, porque oscurecían su facultad de pensar, se embriagaban con sentimientos mal definidos, y se creían, sin embargo, honrados, como el borracho, que se cree el único razonable? Ten cuidado. Nada de cobardías. Sobre todo, haz lo que debes. No puede ser tan espantoso como lo piensas, el ir á declarar contra su propio padre, cuando se tiene la razón.

Sentía un nudo en la garganta. Parecíale que no había más elección entre estos dos partidos: ó ser un cobarde, ó ir á su casa y desencadenar la desgracia sobre todos los que amaba.

Siempre, en los momentos en que se trata de tomar una grave y difícil resolución, óyense murmurar voces de malicia y amodorramiento.

—Tú eres un imbécil—decía una voz así á Einar.—¿Por qué diablos te vas á meter en esa historia? ¿Cómo? Tu padre no tiene más que un hijo, ¿y ese hijo es el que va ahora á hacer encarcelar á su propio padre? Pero, ¿qué sabes tú de ese asunto? Te imaginas que recuerdas tal y tal cosa. ¿Y tu padre? ¿Es que no se acuerda de lo que ha hecho? En toda circunstancia, limítate á ocuparte en lo que es de tu incumbencia. Deja á los tribunales lo que es de los tribunales, y trata de salir bien de tu último examen.

Tuvo una calma de un instante. Pero cuando Einar se puso en pie para volver á pasear por su cuarto, vió de nuevo la faz irónica que, con sardónica risa, comenazaba á su vez á hablar con él:

—No, Einar, no vayas á mezclarte en eso... Esta vez podría costarte algo; esta vez se trata de ti mismo, de los tuyos.

Pero cuando se trata de gentes que te sean extrañas, alza entonces la voz. Sé elocuente y haz derramar lágrimas. Hoy, cállate, eclípsate, escóndete. Mañana podrás echar rayos y centellas, cuando te llame la atención algún pobre diablo que no te afecte en nada. ¡Vamos! Sé uno de esos tantos escarnecidos por ti.

Cada vez se sentía peor. Se sentó, otra vez volvió á levantarse; ardíale la cabeza. Apenas había dormido la noche última, atormentado por los mismos pensamientos.

—Va á ser preciso tomar un partido, amigo mío; acuérdate; es, dentro de dos días. Pero observa bien que el sustraerte ahora al deber que te llama, no sería el acto de un héroe. Si tal es tu conducta, valdrá que en lo futuro bajes la cabeza y te calles cuando se hable entre hombres de justicia y de verdad.

Miró su reloj; el tren salía á las dos. Pero, en el momento de ir á tomar la maleta, de nuevo detuvo una vacilación su movimiento. ¿Y si su padre no quería dejarse convencer?... ¿Qué hacer entonces?...

—Más vale decidir de antemano todo lo que podrás tener que hacer, desde el momento en que intervienes en esta historia—se dijo.

Su padre, la hermosa finca bajo el sol del verano, los prados ondulosos, las ondas suaves del Mjös, todo esto pasó en aquel instante por sus ojos. ¿Declarar? ¿Romper con toda la familia? ¿Abrir á la desgracia la puerta de su propia casa? ¿Renunciar á su buen *home* de Norby?

Cayó en una silla y suspiró hondamente:

—No, no puedo.

II

El presbiterio no estaba lejos de la finca de Norby. Dos días antes del interrogatorio, el pastor Borring se dijo:

—Es desagradable y tonto esa diferencia entre dos hom-

bres honrados y rectos. ¿No habrá todavía algún medio para proponer un arreglo?

Nadie sabía que el pastor Borring llevaba oculta una herida que le hacía sufrir constantemente. No creía ni en la redención de Jesucristo, ni en la utilidad de los sacramentos, y sin embargo, en calidad de pastor, tenía que hablar y obrar como si estuviese convencido de la verdad de esos dogmas.

¿Dimitir? ¿Emprender alguna nueva carrera? Sentíase demasiado viejo para ello... Y su sueldo actual, bastante crecido, le permitía ayudar á sus numerosos hijos para que hiciesen su carrera en el mundo.

Pero esta infidelidad á sus opiniones personales había hecho del pastor Borring un hombre completo. Conocíase lo bastante para no juzgar severamente á los demás. No le interesaban los chismes, pensando que todo lo que se podía decir de los otros quedaba muy por bajo de lo que se podía decir de sí mismo. Muchas personas iban á contarle sus penas, y las consolaba fácilmente, porque las desgracias aquellas le parecían pequeñas en comparación de las suyas. Todos estaban de acuerdo en considerarle como un pastor excelente y un hombre de gran corazón. Tal vez tenían razón; tal vez era una y otra cosa, precisamente á causa de la secreta desesperación que le consumía.

—Voy á hacer unas visitas hoy—dijo á su mujer.

—¿Hay algún enfermo?—le preguntó ella.

—Sí.

—¿Dónde?

—En la tejería—dijo el pastor.

Envuelto en su capa gris, con un cinturón rojo alrededor de la cintura, sentóse en el trineo, y el caballejo partió á un trote ordinario.

Esperábale un triste espectáculo: aquella fábrica de edificios rojos, cuyas chimenas habían dejado de echar humo, aquella tienda con las puertas y las ventanas cerradas.

—El pobre hombre—se dijo el pastor,—si es culpable, bas-

tante tiene sobre él; si es inocente, ¿qué peor testigo en contra suya que todo esto? Este hombre necesita ánimos.

Wangen habitaba todavía en su linda casa; en el claro vestíbulo, el pastor se quitó la capa y entró en la sala. Una criada, que estaba limpiando el polvo, fué en seguida á avisar á Wangen.

Un reloj dejaba oir su marcha isócrona en su caja de madera. Oíase en la habitación inmediata á un niño que lloraba y la voz de Wangen que trataba de callarle.

Se abrió la puerta; Wangen entró, muy demacrado, con los ojos cambiados por el sufrimiento, casi desconocido.

—Nuestro pequeñín ha muerto esta noche—dijo cuando estuvieron sentados; seguramente ha sido por la leche de su madre...; tiene demasiadas penas en estos últimos tiempos.

«Insinúa que también esto debe caer sobre Norby, pensó el pastor. Es preciso hablar cuanto antes.»

Y dijo:

—Mi querido Wangen, ¿quiere usted prestar un verdadero servicio á su viejo pastor? Suba á mi trineo y venga á casa de Norby.

Wangen se levantó por un movimiento involuntario y se llevó la mano á la cabeza.

—¿A casa de Norby?—exclamó con asombro.

—Sí; vamos á tratar de concluir con este asunto, mi querido Wangen.

Wangen sonrió, sus ojos se inflamaron.

—¡Ah! por fin ha cobrado miedo. Y he aquí que envía al pastor.

El pastor meneó la cabeza.

—Vengo por mi propia cuenta, amigo mío. Ha de saber usted que siempre es el inocente quien más fácilmente perdona. Pruébelo; venga conmigo á casa de Norby; yo le diré: «Kunt, tengo necesidad de hablarte un poco en presencia de Wangen.» Nos encerraremos en un cuarto los tres, y allí les hablaré así: «Ustedes, todos, que respectivamente tratan de encar-

celarse; ustedes los aún culpables, dénse la mano. Y fírmenme un documento, en el que expresarán el deseo de que no se hable más de todo esto.» Cuando volvamos, iré á casa de los unos y de los otros para anunciarles que ya no hay proceso, que Wangen y Norby no quieren que ni la justicia ni nadie se mezclen en sus asuntos y que han arreglado la cosa entre ellos. De aquí á dos días, las gentes habrán encontrado otro motivo de conversación y en un mes todo se habrá olvidado. Vamos, Wangen, domínese y venga conmigo.

Pero Wangen, por el contrario, se sentó y se puso á sonreir, con sonrisa un poco indecisa.

—¿Y quién pagará las dos mil coronas, de las que Norby salió garante?—preguntó.

El pastor se quedó un poco perplejo. No había pensado en esto; acariciábase maquinalmente la nariz.

—Sí, sí... Pero, Dios mío, la paz vale más que dos mil coronas, sobre todo cuando se trata de la cárcel. Le diré á Norby... Vaya, sal hoy, si ya no lo has hecho, fiador de Wangen. Paga esas dos mil coronas; tu fortuna no disminuirá por tan poco... Estoy seguro de que Norby sabrá hacer lo que es debido.

Wangen se levantó de un salto.

—¡No! ¡Jamás! ¿Que vaya á humillarme para pedir ayuda á un hombre que, después de habérmela concedido, falta á su palabra? ¡Jamás! Piénselo usted, pastor Barring: Norby me ha arruinado, deshonrado; ha llevado á mi mujer á los confines de la locura, y, además, he de ser yo el que vaya á buscarle para rogarle que arregle mis asuntos... ¡No! Todas las cosas tienen un límite.

—Yo no sé quién es el culpable—dijo el pastor con voz grave.—Pero que el culpable se las entienda con Nuestro Señor. Eso es una cuestión entre ellos.

Wangen rió irónicamente.

—Muy bien hablado, señor pastor; pero entonces, ¿para qué son la justicia y las leyes? Debería usted ponerse en mi

lugar: yo he comprometido mi propia fortuna y la de mi mujer para crear una industria aquí; todo fué bien hasta que mi fábrica no molestó á Norby. Pero, en cuanto creyó amenazados sus intereses, hizo correr tantos rumores á mi cuenta, que concluyeron por negarme todo crédito; ha impedido todo arreglo entre mis acreedores y yo; no contento con dejarme en la calle, quiere todavía arrebatarme el honor y quisiera verme en la cárcel. Pues bien: ¿cree usted que yo puedo borrar todo esto? Si por lo menos fuese Norby quien viniera á presentarme sus excusas... ¡Y aun así! Es ya demasiado tarde.

El pastor se calló un instante, apretando los labios. Luego dijo:

—Dígame, Wangen, ¿no ha hecho usted nunca sufrir á alguien?

Esta pregunta desconcertó á Wangen, y se esforzó en reir de nuevo. Al cabo de un instante, contestó:

—Lo que yo sé es que soy inocente en este asunto. Norby me ha perseguido ahora de tal modo, me ha atormentado de tal manera, que quiero hacer que conozca esa cárcel, á la que tenía intención de echarme. Y puesto que es rico, será preciso también que meta mano en su bolsillo. Quiero una indemnización, y no me contentaré con una miseria.

«¿Cuál es el verdadero sufrimiento que se pueda creer pagado con dinero?», pensó el pastor. Este hombre es culpable.

Pero en alta voz dijo:

—Dios nos ayude. ¡Nos cuesta tanto trabajo á los hombres perdonar las ofensas que nos hacen, y queremos que Nuestro Señor esté siempre dispuesto á perdonarnos!

—¿Le parece á usted, pues, inútil que haya tribunales que nos hagan justicia, señor pastor?

—Estos son instrumentos mal hechos, mi querido Wangen, para sacar á luz las acciones de los hombres; á veces se entrevé el fruto, pero las raíces quedan siempre ocultas. Fíjese en los testigos cuando declaran; mienten sin darse cuenta, levantan algún polvo, y en ese polvo debe el tribunal distinguir como

pueda la verdad. Estos son procedimientos humanos. Pero Dios nos guarde de los juicios y de sus consecuencias.

Wangen, que seguía creyendo que el pastor venía de parte de Norby para cautivarle con bellas palabras, perdió la paciencia y quiso precipitar las cosas. Levantóse con violencia y avanzó rápidamente dos ó tres pasos.

—Lo único que temo—dijo recalcando las palabras, porque suponía que lo que iba á decir se lo contarían á Norby,—lo único que temo, es que no le cueste mucho el asunto. Cuando pienso en lo que ha pasado, creo que merecería pasar en la cárcel el resto de su vida.

El pastor, á quien estas palabras hicieron el efecto de un golpe en pleno rostro, se levantó en el acto.

«Si le asiste el derecho, se decía, que Dios se apiade del derecho que ha caído en tales manos. ¿Pero es posible que un hombre á quien le asiste el derecho se convierta en una criatura brutal y perversa? No. Este hombre es culpable.»

Suspiró y se despidió con tristeza. Wange le acompañó, y le dijo en el vestíbulo:

—Hay algo más que una cuestión personal entre Norby y yo. Este asunto afecta á todos los obreros á quienes ha privado del pan. Es una cuestión social.

—¡Ya! Sí, sí...—dijo el pastor, sentándose en el trineo y empuñando las riendas.

Y pensó: «Naturalmente... basta ahora con que le duelan á uno las muelas, para hacer en seguida de ello una cuestión social. Se es demasiado cobarde para soportar por sí solo ninguna carga.

—Sí—añadió Wangen;—no estoy, afortunadamente, tan solo como Norby pueda creerlo.

«Entonces no se le ha de compadecer tanto», se dijo el pastor.

Y en alta voz:

—A propósito: he sabido que ha fundado usted una nueva sociedad obrera, y que ha dado usted en ella unas conferencias.

—Claro que sí—contestó Wangen.—Se necesitaría estar

ciego para no comprender que Norby tiene tras sí á muchos grandes propietarios, y que el fin principal de la campaña llevada contra mí es matar definitivamente la jornada de ocho horas en la localidad y sus alrededores.

El pastor sonrió; dijo: «Hasta la vista», y tocó con el látigo á su caballo.

«He aquí una visita bien fallida—se dijo suspirando.—Decididamente, no se puede obtener nada de los hombres, salvo cuando se encuentran en el artículo de la muerte... Y entonces es porque se trata de su interés.»

Wangen permaneció en pie junto á la ventana, y siguió con los ojos el trineo. No lograba dominarse en seguida, porque, á pesar de todo, el viejo pastor le había dejado una impresión favorable. Pero no quería confesárselo, porque le perturbaba el balance de la maldad humana que se complacía en establecer y enriquecer diariamente con alguna nueva prueba. De esta suerte es como entretenía y aumentaba su justo resentimiento.

«Es curioso, sin embargo, pensaba, no sin algún esfuerzo, que los pastores hagan siempre los encargos de los ricos.»

Era esta una idea á la que experimentaba la necesidad de aferrarse para disipar su buena impresión.

«Y con ayuda de sus palabras evangélicas, tratan de hacer que el pobre renuncie á su buen derecho. Así es como pasan las cosas.»

Y á medida que se hacía toda una serie de consideraciones de este género, sentía nacer en él, poco á poco, una cólera que le hacía creer en lo que decía. Permanecía allí, siguiendo con los ojos el trineo que se alejaba. Y poco á poco, el viejo pastor se convirtió para Wangen en un servidor teológico del capital, como otros tantos ministros de Dios en la tierra.

Enrique Wangen no tenía nada que llenase el vacío de sus días; así es que no hacía más que pensar en su asunto contra Norby, que tomaba en su imaginación proporciones cada vez mayores.

Pero al mismo tiempo, tenía que asistir diariamente á las tristes consecuencias de su quiebra. Si veía venir al sastre que le había confiado sus medias de lana, tomaba instintivamente otro camino, porque le parecía que el sastre le miraba con ojos de loco. Y así con los demás.

A Wangen le habían vivamente interesado desde su juventud todas las grandes cuestiones económicas, todas las nuevas ideas que surgían por el mundo. Pero de estas ideas, era sobre todo afecto á aquellas que imponían deberes á los demás ó que no exigían de él sino deberes de asistencia respecto á los demás. Así, cuando un día vino á caer sobre él una responsabilidad colosal, desesperado al verse solo, le pareció que el peso de su propia falta y el de su expiación personal eran cargas sobrehumanas; trató instintivamente de transformar su caso particular en cuestión social.

Deseó al principio, de una manera semi-inconsciente, que aquella acusación no fuese más que el indicio de una maquinación fraguada contra su fábrica. Ahora estaba seguro de ello, y cada vez que podía sospechar en un nuevo individuo connivencia con los grandes propietarios, aumentaba su grata certidumbre.

Pensándolo bien, hacía mucho tiempo que ciertos indicios le habían permitido adivinar que se trataba también de algo entre sus relaciones de fuera de la localidad. Los grandes propietarios se entienden todos entre sí, sean labradores, comerciantes ó industriales. Todos le tenían miedo, á causa de la jornada de ocho horas que él defendía. Y la intención de aquéllos no era solamente la de reducirle á la quiebra, para poder decir en seguida:

«¡Ah! He aquí los resultados de una jornada tan corta.»

No. Querían también vengarse, vengarse deshonrándole lo bastante para que no tuviesen ya nada que temer de él en lo futuro. Como tantos otros, había sido la víctima de la actividad diabólica que engendra el capital en el alma de los que lo poseen.

Así empezó á sentir una singular ternura por los obreros. Ya no los temía por haberlos engañado: eran sus hermanos, sus compañeros de sufrimiento. Y en el fondo, ¿no le perseguían á causa de ellos?

De esta suerte llegó á no acordarse, sino cada vez menos, de sus meditaciones del ferrocarril, de su arrepentimiento y de sus buenas resoluciones primeras. Eran los poderes sociales los únicos culpables, á los que maldecía ahora. Y se aliviaba así de la penosa sensación de tener que expiar algo, de tener que enmendarse. Esta tarea no le incumbía; la rechazaba igualmente sobre la sociedad...

Dejó la ventana y dió algunos paseos por la habitación. «¡Ah! está bien—pensaba;—también el pastor ha consentido en servirles de instrumento.»

Cuanto más pensaba en esta intervención inesperada, tanto más se indignaba. «Ese holgazán, que tal vez se quedará en la cama todos los días hasta las diez, tampoco desea el menor alivio para el obrero, la menor mejora en las condiciones de la vida.» Se mordió los labios. Era preciso que los obreros no ignorasen este nuevo incidente; hasta convendría que se supiese en todo el país. Los pastores eran en todas partes pastores, ¿no es así? De una manera ó de otra, era necesario poner á los periódicos al corriente de lo que había pasado.

¿Y Norby? Podía seguir enviándole todos los pastores que quisiera; no por eso dejaría de ir á la cárcel. Ya lo vería pasado mañana.

III

Todas las tardes, Ingeborg Norby iba á dar una lectura de la Biblia á los retirados en su casita.

Eran cuatro: la anciana vaquera, los dos mozos de labranza—todos entre setenta y ochenta años, y que habían servido á Norby durante más de medio siglo,—y el viejo jornalero cie-

go, á quien el amo daba hospitalidad para que no cayese en manos de la asistencia comunal. La vaquera no se levantaba de la cama, en una alcoba. Y en la pieza inmediata estaban los dos mozos de labranza, que no hacían más que charlar. Fumaban, yendo de silla, en silla y hablando sobre todo de sus enfermedades respectivas. De ordinario, el ciego permanecía en la cama.

En la finca, nadie notaba la presencia ó ausencia de los cuatro viejos. El mismo Norby iba pocas veces á verlos, pero cuidaba de proporcionarles ropas y tabaco. Hasta tenían todos algún dinero en el Banco.

Aquella noche los leños crepitaban en la estufa, la lámpara iluminaba la larga mesa, é Ingeborg leía sentada cerca de la puerta de comunicación para que se pudiese seguir la lectura desde las dos habitaciones. Cuando terminó la lectura, rezó la oración y entonó un cántico, que los dos viejos, sentados en el banco, trataron de cantar con ella. Luego, cuando se disponía á salir, uno de los viejos dijo:

—¿Y cómo va el asunto?

—Pasado mañana será el interrogatorio.

—Ya—dijo el ciego desde su cama.

—¿No se ha decidido Wangen á confesar?—murmuró uno de los servidores, moviendo la cabeza con conmiseración.

—No—contestó Ingeborg suspirando.—Que Dios quiera tocarle en el corazón.

—Si hubiera tenido la habilidad de confesarlo pronto, la pena hubiera sin duda sido menos severa—dijo el ciego.

—Puede ser que haya confesado su falta á Nuestro Señor—dijo Ingeborg.—Pero, sin embargo, está escrito: «El que quiera hacer la voluntad de Dios, que vaya á reconciliarse con su hermano...» Y, á la verdad, si Wangen hubiera venido á pedir perdón á mi padre, estoy bien segura de que mi padre le hubiese perdonado.

—Sí; que Dios le ayude—dijo la vaquera desde su cuarto.

Ingeborg dió las buenas noches, y salió.

Los dos viejos empezaron á desnudarse con muchas lamentaciones, á causa de sus reumas y dolencias... Uno de ellos se sentó, en calzoncillos, en el borde de la cama, y encendió su pipa antes de descalzarse. El otro, cuando estuvo á su vez en calzoncillos, pasó con precaución á la alcoba inmediata y se sentó en el borde de la cama de la vaquera.

—¿Tienes bastante ropa por la noche?—preguntó, frotando una cerilla en su calzoncillo y encendiendo su pipa con mano temblorosa.

—Sí—dijo la vaquera con voz cansada.

Habían sido novios, después rompieron las relaciones y volvieron á reanudarlas, y así sucesivamente, siempre, durante casi toda la duración de una vida humana. Permanecían enfadados dos años, tomaban relaciones cada cual por su lado, él con otra, ella con otro; después hacían las paces y volvían á ser novios hasta el enfado siguiente. Pero desde que se habían retirado eran buenos amigos.

—Lo digo porque podría ponerte una de mis mantas—dijo él, mirando su pipa y esforzándose en arreglarla para que tirase.

—¿Sí, eh? Y que te helaras tú en tu cama—contestó ella.—No; si siento frío, se lo diré á la señorita.

—Está bien—dijo el viejo, levantándose para arreglar las ropas á la anciana.

Nunca dejaba, antes de acostarse, de ir á ver si necesitaba algo. Era como una especie de buenas noches. En los últimos tiempos la había hecho que fumase, para poder prestarle algunos pequeños servicios, limpiarle la pipa, picarle el tabaco. Sin añadir una palabra, se fué á acostar.

—No te olvides de apagar la luz—dijo el ciego, que sentía sobre él la luz que no podía ver.

El ciego no hacía más que escupir, y como no veía la escupidera, manchaba todo el piso á su alrededor.

Una vez apagada la lámpara, los dos viejos permanecieron algunos instantes bostezando ruidosamente. Desde la alcoba

inmediata vinieron otros bostezos tan fuertes, que se oían claramente en la sala; los retirados se daban las buenas noches á su manera.

—Me parece que se prepara para esta noche una tempestad de nieve—dijo el viejo, tapándose cuidadosamente con sus mantas.

—Y mañana habrá que sacar el arado de nieve—dijo uno de los otros tras un breve silencio.

Bostezaron todavía un poco; después, todo enmudeció en la casita.

JOHAN BOJER

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

El *Libro de las claras é virtuosas mujeres,* por el Condestable de Castilla Don Alvaro de Luna.—Edición crítica, por D. Manuel Castillo, catedrático y director del Instituto Técnico de Cáceres.

Vamos á apartarnos en esta Crónica de la literatura palpitante, reflejo de las pasiones contemporáneas, de nuestras ideas y nuestros sentimientos. Hablaremos de un libro antiguo, que fué ya en su tiempo artificioso y erudito, sacado de otros libros, obra retórica, eminentemente literaria, lejana de la realidad, en fin, y que ahora, por la acción de los siglos, lo está mucho más. Lo que tienen de viviente los libros se evapora con el tiempo y queda lo meramente artístico, que muchas veces se reduce á una arqueología de palabras, de estilos, de ideas. Por eso los libros antiguos se tornan inofensivos. Podemos leer las obras más licenciosas de la antigüedad sin escandalizarnos, dominados por el sentimiento de que tenemos delante una cosa muerta, un resto curioso del pasado, como los que vemos en los museos secretos; y asimismo, las obras más disolventes, las que en su tiempo levantaron torbellinos de pasiones y de encontradas ideas, al llegar á nosotros al través de muchas generaciones, se revisten de esa calma desinteresada de lo que fué y ya no es, de esa serenidad de las obras de un arte lejano en que se han desvanecido los movimientos del ánimo de su autor y las querellas de los contemporáneos, y no queda más que una imagen impersonal y objetiva. Tales obras excitan

una curiosidad intelectual serena y fría, no exenta de atractivos.

La obra á que me refiero es el *Libro de las claras é virtuosas mujeres, escrito por el Condestable de Castilla Don Álvaro de Luna, maestre del Orden de Santiago del Espada;* edición crítica, por D. Manuel Castillo, catedrático y director del Instituto técnico de Cáceres. No es la primera vez que se imprime este libro. La Sociedad de Bibliófilos españoles lo publicó en 1891 con un breve y sustancioso proemio del Sr. Menéndez y Pelayo.

La presente edición tiene su historia, y el Sr. Castillo nos la cuenta con una honrada ingenuidad de que no hay muchos ejemplos entre los eruditos. Siendo bibliotecario de la Universidad de Salamanca, se fijó con predilección en el precioso códice del siglo xv, lleno de adornos, de orlas, de viñetas, de bellas capitales ornamentadas que en aquella biblioteca se conserva y que es el mejor manuscrito de la obra del favorito de Don Juan II. Creyólo inédito y se dispuso á publicarlo, luego de haber hallado en el obispo salmantino P. Cámara el Mecenas que requería la empresa. Mas un catálogo, llegado con oportunidad á manos del Sr. Castillo, le enteró de que había sido publicado ya, en aquel mismo año de 1891, el *Libro de las claras é virtuosas mujeres* por la Sociedad de Bibliófilos. Por lo reciente de la publicación, era harto explicable que la ignorase el Sr. Castillo. El movimiento bibliográfico es demasiado extenso para que pueda seguirse al día, ni aun por los que se consagran á una especialidad. Pero muchos, en el caso del Sr. Castillo, hubiesen callado esta pequeña decepción, que le hizo desistir por entonces de la publicación proyectada.

Más adelante, pensándolo mejor, se decidió á llevarla á cabo. La edición de la Sociedad de Bibliófilos anda en manos de pocos, en contados y raros ejemplares. No se hizo sobre los manuscritos coetáneos del autor, como el salmanticense y el de la Biblioteca Real, que son los más autorizados y cabales, sino sobre el más moderno de Villaumbrosa. Su ortografía no

es la de aquellos viejos códices, sino mucho más moderna. Todo esto hizo creer, con razón, al Sr. Castillo que no sería inútil la nueva edición crítica por él preparada; y ayudado por la munificencia de otro catedrático y publicista notable, bien conocido de los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, el Sr. Araujo, que ha costeado los gastos de impresión, acabó por darla á la estampa.

No intentaré el cotejo ni la comparación minuciosa de las dos ediciones. La de la Sociedad de Bibliófilos es superior en belleza tipográfica y en la comodidad de la lectura. Salió á luz, además, asistida de la autoridad del prólogo de Menéndez y Pelayo. La del Sr. Castillo tiene más traza de edición crítica; conserva al margen la foliación de los manuscritos salmantino y de la Biblioteca Real; reproduce la arcaica y caprichosa ortografía de los antiguos códices, y lleva al final un vocabulario de voces anticuadas.

Prescindiendo de la traza material de las modernas ediciones, asunto que sólo puede apasionar á los bibliómanos, el libro es interesante, con aquel género de interés histórico que vierten las grandes figuras sobre sus obras, hasta sobre aquellas que más apartadas parecen del campo de su acción y sus destinos. Sobre ese *Libro de las claras é virtuosas mujeres,* reflejo de una disputa literaria de un siglo letrado y galante, derrama la figura del Condestable el prestigio de su fama, perpetuada por el final de tragedia de la Plaza de Valladolid. Estas vidas, de varia fortuna, de grandes elevaciones y grandes caídas, son las que más hondamente se graban en la memoria de las gentes y mejor se comunican de siglo en siglo, quedando como ejemplos vivientes de la vanidad de las glorias humanas y de la incertidumbre ó inseguridad de nuestro destino. Don Alvaro de Luna debe, á haber muerto descabezado en un cadalso, después de haber sido privado del rey de Castilla y árbitro del reino, un renombre que no se puede decir que fué comprado á poca costa, y de que era merecedor este personaje.

Fué Don Alvaro una acabada representación del Renacimiento, en la alianza de las armas y las letras; en el carácter de su cultura escrituraria y clásica; en el contraste entre sus hechos y costumbres y las moralidades retóricas de un estoicismo traducido que están sembradas por sus obras; en las intuiciones de lo porvenir, que su conducta política revela; en rasgos varios y complejos, propios de una época llena de figuras sanguíneas y vivientes, de enérgico relieve, aptas para el vigor de la acción y sensibles á los delicados matices del pensamiento y del arte.

No hace mucho que un poeta de gran mérito, Eduardo Marquina, en ese poema desordenado y genial que ha bautizado con el título algo enigmático de *Vendimión*, y de que hablé no ha mucho á los lectores de La España Moderna, nos presentaba á Don Alvaro, en la compañía algo inesperada y extraña del Cid y de los Comuneros, como una de las representaciones típicas de la rebeldía en España, del elemento de renovación, frente á la inmutabilidad y quietismo históricos. Habrá quien piense que los poetas no son llamados á interpretar la historia, y que no debemos hacer gran caso de sus sentencias. Pero los poetas, aun en estos tiempos de decadencia y vejez de la poesía, no han perdido su condición de vates, de adivinos ú órganos de una intuición, á las veces más certera que las investigaciones guiadas por métodos lógicos y minuciosos. Como la poesía, siendo fácil á los entusiasmos, suele hinchar algún tanto sus sujetos, acaso Don Álvaro, el Don Alvaro de Luna histórico, está algo distante de la representación poética que de él nos da Marquina; pero esta representación se acerca más, con todo, á los resultados de la crítica histórica moderna, que la estrecha y mezquina de los antiguos manuales de historia, que nos presentaban al Condestable simplemente como un favorito vicioso, ávido y opresor, escarmiento de validos, en quien se ejercitó justamente la justicia real, movida por los clamores del pueblo. Un sentimiento mezquino de envidia vengada suele crear en torno de los podero-

sos humillados esa aura de opinión hostil. Los pueblos gozan con el espectáculo de un poderoso descabezado, más por haber sido poderoso que por culpado. En esas expiaciones de un alto poder se cobran y satisfacen de su humildad muchas insignificancias rencorosas, que se complacen viendo caídas altivas y robustas torres. Mas hoy, al considerar el papel de Don Álvaro de Luna frente á la turbulenta nobleza de su tiempo, más que como un público tirano, se nos presenta como hombre que tenía una intuición más clara de lo porvenir que sus contemporáneos, ó al menos se conducía como instrumento de ese porvenir. Al defender el poder real frente á la nobleza, ¿qué defendía el Condestable sino el poder del Estado, el poder de todos, fórmula de las soberanías populares, frente á los poderes particulares? Bien que esto no pudo evitar que muchos le aborreciesen, como les sucede comúnmente á los validos de los príncipes y á los principales ministros y regidores de repúblicas.

Los innovadores, los revolucionarios, los que promueven cambios sociales ó transformaciones en las ideas, suelen tener vicios y pasiones como todos los hombres, pero que en ellos tienen especial relieve por la posición eminente que les da su misión. En esos vicios y desórdenes hacen presa sus adversarios, que quieren matar los pensamientos de reforma, tomando por aparente blanco los vicios del reformador. Por eso, el innovador, en cualquier orden político ó social, necesita ser puro, no sólo por sí, sino por la idea que representa. Pero en la moral de los hombres del Renacimiento pesaban poco estas consideraciones, y la vida y hechos del Condestable ofrecieron blanco apropiado á sus enemigos.

***

El libro de las claras é virtuosas mujeres es un reflejo de la influencia italiana, llamada á mantenerse mucho tiempo en España. Bocaccio, que tan honda huella ha dejado en nuestra

literatura y que ha tenido tan gran tropel de imitadores, es el antecedente de este libro, no sólo por su forma, sino por su asunto. El libro de Don Alvaro de Luna es uno de los varios que se escribieron en su tiempo, ya en elogio, como éste, ya en vituperio de las mujeres. Esta disputa ó controversia literaria acerca de la condición de las mujeres, puede decirse que fué la forma que tomó la cuestión feminista en la Corte de Don Juan II. Juan Bocaccio, al modo de los sofistas antiguos, había tratado el pro y el contra del asunto, siendo sucesivamente detractor y abogado de las mujeres en dos libros diferentes. En su famoso *Corbaccio* ó *Laberinto d'amore,* había ejercitado la invectiva con tonos de libelo; la apología en el libro *De claris mulieribus,* que ofrece la particularidad, notada por Menéndez y Pelayo, de ser la primera colección de biografías exclusivamente femeninas. A ejemplo é imitación del escritor italiano, ó bien para refutarle, se escribieron en España bastantes libros en defensa de las mujeres, y otros denostándolas. Fray Francisco Ximenez escribió en catalán el *Libro de las donas,* vertido luego al castellano; Alonso de Cartagena, el *Libro de las mujeres ilustres;* Martín Alonso de Córdoba, las *Alabanzas de la virginidad* y el *Verjel de nobles doncellas;* Juan Rodríguez de la Cámara, *El triunpho de las donas* y *La cadira del honor,* atribuído el primero al célebre D. Enrique de Villena, que al final de *Los doce trabajos de Hércules* elogia insistentemente las virtudes de las mujeres, como si obedeciera á la preocupación de este asunto, entonces de autualidad. El número de estos libros y la participación que tuvieron, impulsando á escribirlos, damas de claros linajes y hasta la misma reina Doña María, indica el interés que despertó esta disputa, que hoy nos resulta en tales textos algo afectada y retórica, aunque concedamos lo que debe concederse al estilo y composición de la época. A este grupo de libros escritos en alabanza de las mujeres pertenece el de Don Alvaro de Luna. Como suele ocurrir en tales controversias, los detractores fueron más felices y agudos que los apologistas, entre cuyas obras no hay

ninguna que iguale al *Corbacho* ó *Reprobación del amor mundano,* del arcipreste de Talavera Alfonso Martínez.

Del libro del Condestable han tratado, breve pero acertadamente, Amador de los Ríos en el tomo VI de su *Historia crítica de la literatura española,* y Menéndez y Pelayo en el prólogo citado. Fué terminado este libro, como dice al final su autor, en el Real sobre Atienza, entrada la dicha villa, en cuyo cerco había sido herido Don Alvaro en la cabeza, es decir, entre el fragor de las guerras civiles, lo cual no impidió que fuese obra atildada y erudita, si bien menos amanerada y menos pendiente de la imitación de los escritores latinos que muchas otras de los escritores cultos de la época. El marco exterior de las circunstancias en que fué escrita esta obra, hace resaltar la figura guerrera y letrada de Don Alvaro, verdadero tipo del Renacimiento.

El *Libro de las claras é virtuosas mujeres* lleva un proemio de Juan de Mena, homenaje obligado á autor de tantas campanillas como el Condestable. En rigor, este proemio no dice nada, limitándose á dar las gracias, en buen estilo, á Don Alvaro en nombre de las mujeres vindicadas. Más se ve en ese breve trozo de prosa el afán cortesano de halagar al autor, que una gran agudeza ó un gran interés por el asunto.

Más sustancia tienen los cinco preámbulos de Don Alvaro de Luna, que son, los cuatro primeros al menos, á modo de tesis en defensa de las mujeres, escritos por vía de introducción á los ejemplos biográficos que componen el cuerpo de la obra. Estos preámbulos tienen marcado sabor de época y muestran de una manera muy expresiva el modo de argumentar de aquel tiempo, cómo se concebía entonces esta disputa de la mujeres y con qué razonamientos se argüía en ella.

En el primero se sostiene que los vicios y menguas de las mujeres no vienen de la Naturaleza, sino de la costumbre; en el segundo, después de discurrir acerca de cómo entendieron la bienaventuranza los antiguos, se quiere probar que á ella pueden tener acceso, igualmente que los hombres, las mujeres,

y que éstas pueden ser virtuosas; en el tercero, que en el pecado original no son más culpadas las mujeres que los hombres; en el cuarto, que los sabios que dijeron mal de las mujeres lo entendieron de las desordenadas, y no de todas; en el último se razona y explica por qué comienzan por la de la Virgen las biografías de las mujeres de la Escritura.

Los razonamientos de estos preámbulos adolecen de una sutileza pueril, muy propia de la dialéctica usual entonces en tales controversias. Si los vicios de las mujeres vinieran de la Naturaleza, no las habría virtuosas. La Naturaleza ha hecho acabado y perfecto cuanto ha criado, por lo cual no cabe duda de que ha dado á las mujeres aquella excelencia y anhelo de perfección y acabamiento que conduce á buscar la bienaventuranza. Dios había prohibido á Adam principalmente comer de la fruta del Arbol de la Ciencia del bien y del mal, y en Adam, como cabeza de familia, castigó más el pecado... Por este estilo son los argumentos del preámbulo. En el cuarto tiene que hacer Don Alvaro de Luna no pequeños equilibrios de interpretación para sostener que los sabios, detractores de las mujeres, no hicieron otra cosa que reprender á las malas, á pesar de la generalidad de sus textos.

La obra está dividida en tres libros. El primero trata de las mujeres que desde el comienzo del mundo vivieron bajo la ley divinal de la Escritura, es decir, de las mujeres de la Biblia; el segundo, de las romanas y otras mujeres del pueblo de los gentiles que fueron y vivieron so la ley de natura, ó sea de las mujeres del mundo clásico; el tercero, de las virtuosas é santas dueñas y doncellas de nuestro pueblo católico romano, que fueron so la ley de la gracia, esto es, de las mujeres del cristianismo. Los artículos en que se divide cada uno de estos libros tienen una ordenación y un plan casi uniforme. Primero, relatan la biografía ó el rasgo famoso de la mujer á quien se refieren, y á continuación presentan una glosa oratoria, apologética, de las excelencias de la biografiada. Los hay de muy varia extensión, debiéndose acaso las variaciones, no sóloá la

relativa importancia de cada sujeto, sino también á la mayor ó menor copia de noticias que acerca de él tenía el autor. El libro más extenso es el consagrado á las mujeres de la antigüedad clásica, no sólo por la seducción que aquella bella y lejana antigüedad ejercía en los días en que resucitaba en los espíritus y en los textos, sino también por la abundancia y calidad de las fuentes. Mucho más curioso é instructivo hubiera sido, sin duda, el libro de Don Alvaro si hubiese tratado de las españolas, y principalmente de las de su tiempo; pero los trabajos de investigación no estaban de moda entonces; parecían más dignas de atención las cosas que andaban ya en libros famosos y gustaba operar sobre textos.

El aparato erudito de la obra es el común en aquella época: la Escritura, los Padres, los historiadores y filósofos antiguos, en menor proporción los poetas, y también algunos escritores italianos, como Petrarca y Bocaccio, á cuyo libro *De claris mulieribus* se asemeja mucho en el plan el del Condestable. Tenía Don Álvaro de Luna una cultura literaria, histórica, escrituraria y teológica, que aun en una corte tan letrada y culta como la de Don Juan II, debía de exceder de lo corriente. La lista de las fuentes y autoridades de esta obra sería bastante extensa, y no todas son de segunda mano.

A los aficionados á la arqueología literaria les ofrece este libro cierto sabor de anacronismo primitivo que brinda un ingenuo atractivo. La adaptación á los personajes antiguos de la nomenclatura de los oficios y las costumbres de la época de Don Álvaro extiende como una patina pintoresca sobre estas relaciones biográficas. Cuando leemos en ellas: «La hija del noble Caballero Jephté, el Condestable Joab..., los romanos acordaron enviar á Coriolano sus obispos, é perlados, é sacerdotes», pensamos en los lienzos de los primitivos italianos, en que hay ángeles vestidos de pajes del Renacimiento, tocando la viola, como en el cuadro de Ghirlandajo, ó centuriones armados como caballeros del siglo xv. Esta adaptación de la historia á lo contemporáneo tiene cierta apariencia pueril;

pero si bien se mira, responde á un método lógico de interpretación: lo presente explica lo pasado, como lo pasado lo presente. Si la Historia es maestra de la vida, la vida, la realidad presente, es maestra é intérprete de la Historia.

El libro de Don Alvaro ofrece un interés histórico mediato, como muestra de las ideas, del estilo narrativo y de la cultura de su época. No es una fuente histórica apreciable para el conocimiento de las vidas de las mujeres bíblicas, de las heroínas griegas y romanas y de las santas que figuran en este florilegio de mujeres ilustres, vidas que podemos hoy estudiar en textos más directos, más cómodos, más sabios ó de mayor confianza. Literariamente, presenta un interés arqueológico: el de ser una muestra de la joven prosa española del siglo XV, algo adulterada por el estudio y por el uso corriente de la lengua latina entre los cultos.

Ambos géneros de interés son suficientes para que el señor Castillo merezca plácemes por haber dado á las prensas la nueva y esmerada edición del *Libro de las claras é virtuosas mujeres*.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Ocultismo: La comunicación con el otro mundo.=Enciclopedia: Colección de autógrafos.=Higiene: Los nuevos mandamientos del Dr. Hericourt.=Crítica: La confesión.—Galicismos y gazapos.=Impresiones y notas: El atorrantismo.—El rey de los *dandys*.—Una página curiosa de Gui Patin.—Pensamientos inéditos de Barbey d'Aurevilly.—El secreto de Primi Visconti.

OCULTISMO

La comunicación con el otro mundo.—El siglo XIX fué el siglo de los grandes acontecimientos, dejando muy atrás al famoso siglo XV con su brújula, su imprenta y su América; el siglo XX no comienza mal tampoco, pues, por de pronto, en él acaba de resolverse el problema de la navegación aérea, que ha de transformar profundamente todo nuestro sistema de comunicaciones, cambiando también radicalmente el arte de la guerra. Nada de esto, sin embargo, es comparable con la tentativa trascendental de comunicación real y efectiva con el otro mundo, no con el mundo de allende el Atlántico, que esa ya está hace siglos establecida, y hoy, de tal modo facilitada, gracias al vapor y á la electricidad, que nada hay más sencillo; no tampoco con el mundo del polo, que puede darse ya por conocido é inhabitable, merced á los últimos viajes de exploración que han llegado á penetrar mucho más adelante de los círculos polares; ni siquiera con el mundo de Marte, con el que no tardará en encontrarse, por unoú otro camino, un medio de comunicación, sino con el verdadero *otro mundo*, el mundo del más allá, el mundo de ultratumba, el mundo de los espíritus y de los muertos.

Hasta el presente, nuestras comunicaciones con ese mundo se han reducido, y no es poco, á las visiones de los santos, á los sueños de los iluminados y á las manifestaciones de todo género obtenidas por los *mediums;* todo ello, con ser mucho, no era realmente nada para la generalidad; y de ahí que, al lado de las afirmaciones de los santos, de los derviches, de los espiritistas y de los teósofos, hayan podido figurar las negaciones de los incrédulos de todas clases, materialistas ó simplemente escépticos.

Ahora se trata nada menos que de establecer una oficina central en Londres, en correspondencia con otra oficina semejante, montada en el otro mundo; al frente de la primera figura el famoso William Stead, el director de la *Review of Reviews* inglesa, y al frente de la otra estará una amiga del mismo, muerta hace varios años, la Sra. Julia A. Ames, con la que Stead está en constante comunicación.

El espíritu de Julia es el verdadero autor de este proyecto trascendental, pues hace catorce años, cuando ya llevaba dos fuera de este mundo, escribía á Stead por el medio consabido de la escritura por mano ajena movida al impulso del espíritu: «Quisiera preguntar á usted si puede usted prestarme auxilio para realizar un proyecto en el que tengo gran empeño. Hace mucho tiempo que tengo el propósito de establecer un sitio donde los que han muerto puedan comunicarse con los seres queridos que han dejado tras de sí. Ahora los dos mundos están llenos de espíritus, impacientes de hablar con aquéllos de quienes están separados. Es un espectáculo extraño: por vuestra parte, almas angustiadas que sufren por esta privación; y de este lado, almas agobiadas de tristeza, porque no pueden conversar con los que aman. ¿Qué hacer para aproximar á estos muertos y á estos vivos, sombríos y tristes? Lo que se necesita es una oficina de comunicación entre las dos orillas. ¿No podría usted crearla, con la asistencia de uno ó de varios *mediums* sinceros, y en quienes se pueda confiar? Aunque sólo fuera para permitir á los vivos saber de una vez para siempre

si los que creen muertos no están en la otra vida más cerca de ellos que antes, se secarían muchas lágrimas y se consolarían muchas penas. Estoy persuadida de que tendríamos el concurso solícito de todos los que están de este lado. Todos nosotros, los que estamos reunidos en esta residencia, nos estremecemos de alegría con la esperanza de ver realizarse esta idea. Piense usted cuánto nos afligimos al pensamiento de que tantas personas, objeto de nuestro afecto, se desolan sin esperanza, mientras quienes las echan de menos hacen en vano toda clase de esfuerzos para advertirlas de su presencia. ¡Cuántas hay que se atormentan cruelmente pensando que sus amigos están en el infierno, cuando en realidad descansan en el seno mismo de Dios misericordioso! Vea usted, se lo ruego, lo que puede hacerse en esto; no hay nada más importante. Se oirá la trompeta del Arcángel cuando los que estaban acostados en su tumba se despierten y recobren su marcha entre los vivos.»

Stead no se encontró por entonces con ánimo para llevará cabo tan interesante proyecto; pero ahora está resuelto á plantearlo, y desde Abril del año próximo, según indica en *La Revue,* la oficina de comunicaciones entre muertos y vivos quedará abierta y á disposición de todos los que quieran utilizarla. Será una especie de gabinete telefónico, en el que varios *mediums* actuarán de telefonistas, recibiendo despachos del otro mundo y transmitiéndolos de éste.

Las convicciones de William Stead, fundadas en teorías y principalmente en hechos, son inquebrantables. Supongamos, dice, que todos los niños hubieran nacido con los ojos cerrados y que toda la humanidad viviera y muriera sin abrir los párpados; nuestros sentidos quedarían reducidos á cuatro, y la civilización habría alcanzado el desarrollo á que con esos cuatro sentidos hubiera podido llegar. Supongamos ahora que, andando el tiempo, al cabo de cientos ó de miles de años, algunos de los habitantes de este planeta abrieran los ojos y se encontraran con el uso de la vista; el mundo entonces se les aparecería bajo un nuevo aspecto, y cuando trataran de explicar á

sus contemporáneos de ojos cerrados aquellas maravillas, no podrían hacerlo por no tener términos para expresarlas, ni menos para ser comprendidos. ¿Cómo entender lo que son los colores, la luz, el sol, la luna y las estrellas, á seres que oyen, tocan, gustan y huelen, pero que no ven? Se reirían de ellos, si no los perseguían; proclamarían el descubrimiento de un mundo nuevo radiante y glorioso, y si les preguntaban dónde estaba ese mundo, no podrían decir sino que era el universo que les rodeaba. Y es que no era otro mundo el que veían, sino el mismo de antes, bajo un nuevo aspecto.

Los que vivimos en este mundo de cinco sentidos, nos encontramos en la misma situación, respecto de los que han visto caer de sus ojos el velo bajo el cual se oculta el mundo de los seis sentidos, al que pasamos á nuestra muerte. Entre los que viven en medio de nosotros hay muchas personas en ese caso; la mayor parte se callan, por miedo al ridículo ó á la persecución; pero existen, viviendo á la vez en este mundo y en el que se extiende más allá de las fronteras de los cinco sentidos; cuando se revelan se les dan diferentes nombres «psíquicos, sensitivos, *medium* ó clarividentes». Si queremos explorar el otro mundo, necesitamos tomar por guías á esas personas, pues sólo mediante ellas podemos comunicar con él. La explicación de este hecho dentro de las hipótesis de Stead, es perfectamente clara, pues los seres de cinco sentidos los han perdido, ganando, en cambio, otro ú otros de que nosotros carecemos, y sólo los seres privilegiados que tienen ese otro sexto sentido (admitamos la suposición y démosle ese nombre para entendernos) conservando, además, los otros cinco, pueden comunicar con unos y con otros, á la manera que un intérprete puede poner en comunicación á dos personas que directamente no se entienden por no conocer una la lengua de la otra.

Pero ¿qué es el otro mundo? La Edad Media colocaba el cielo por encima de nosotros en el firmamento, y el infierno por bajo de nosotros en las profundidades de la tierra; hoy sabemos que no vamos arriba ni abajo, y que no es por medio

de un viaje al Norte, ni al Sur, el Este ni al Oeste como hemos de llegar á ese país desconocido; hay que creer á los que han ido á él y han contado lo que en él han descubierto; no se trata de otro mundo, sino de un aspecto distinto del mismo en que vivimos. «El hijo de uno de mis amigos—dice Stead,—interrogado por su desolada madre, la contestaba: ¿No comprende usted que ninguno de nosotros se ha marchado? Lo que usted llama *allá abajo,* es aquí. Al decir de mi amiga Julia, lo primero que la chocó después de su muerte, cuando la sacaron de su habitación, fué que todo era semejante á lo que había visto hasta entonces, sólo que las calles estaban llenas de espíritus.»

Los que han nacido á esta vida nueva, cuyas puertas nos abre la tumba, poseen no sólo la facultad de ver espíritus, sino la de viajar con la rapidez del pensamiento. Una de las más populares novelistas escocesas, que tiene esta propiedad, contaba á Stead, no hace mucho, que no tenía más que sentarse en una silla durante algunos minutos para verse en el sitio en que que quisiera encontrarse; su cuerpo se queda sobre la silla, pero su espíritu se transporta á la región que quiere. Antes de escribir su última novela, cuya escena pasa en la América del Sur, se había transportado mentalmente á la plaza del mercado de Valparaíso; los americanos la felicitaron por la extraordinaria fidelidad con que había descrito sus ciudades, personas y costumbres, sin que nada pudiera covencerles de que ella no les hubiera visitado nunca.

Otra facultad que poseen los habitantes del Más Allá, es la de leer en el pasado como en un cinematógrafo, y á veces en el porvenir. El profesor Denton cuenta que su vaquero, á quien habían dado un pedazo de haba quemada procedente de las ruinas de Herculano, vió desarrollarse ante él toda la espantosa tragedia de la destrucción de las dos ciudades. Con sólo tocar un objeto con el que una persona haya estado en contacto, puede conocerse el carácter de aquella persona. Hablando Stead de esto con una señora que se reía de su afirma-

ción, la pidió un pedacito del chal de seda que llevaba al cuello para enviárselo á una pobre muchacha que vivía á cien millas; ella consintió, y la clarividente devolvió el trozo con un análisis detallado del carácter de la señora; ésta convino en que la mitad de la descripción era exacta, pero la otra mitad no, siendo lo particular que esa segunda mitad se aplicaba perfectamente al carácter de otra señora, que era la que había prestado el chal á la amiga de Stead. Durante la insurrección de los boxers chinos, el conde Cassini envió á Stead un trozo de seda de una condecoración que le había dado la emperatriz de China; Stead se lo llevó á la señora Mongreuil, rogándola le dijese de dónde venía aquel trozo de seda y qué había visto; ella pintó la escena del sitio, le hizo un retrato detallado de una persona por la que tenía mucho interés, y le aseguró que sus amigos se habían librado. Estos hechos, prescindiendo de otros muchos, bastan para poder afirmar que el mundo de los muertos es este mismo mundo, y que los que le habitan deben tener, por lo menos, facultades iguales á las de los clarividentes que gozan del sexto sentido. Ahora bien; planteado el problema de la comunicación entre vivos y muertos, y resuelta por Stead la creación de la oficina de transmisión, ¿en qué condiciones puede funcionar esta oficina? Quienquiera que haya perdido á un amigo, á un pariente amado, podrá recurrir á ella y sabrá en qué condiciones podrá intentarse la comunicación; una vez aceptadas éstas, se obtendrá el consentimiento de la dirección (Julia), que será negado á todos los que no traten de entenderse con seres amados y perdidos. En este punto, Julia es muy terminante, y escribe así por la mano de Stead: «El objeto de la oficina es ayudar á los que quieren volverse á encontrar después del cambio que se llama muerte; es una especie de oficina postal de cartas á la lista, de donde se saca, con nuevo examen, la correspondencia para hacer su redistribución; donde no hay mensajes de una y de otra parte de amistad ni de deseo de corresponder, no hay para qué dirigirse á la oficina; el empleado encargado del trabajo puede comparar-

se á un buen guardia municipal, que hace lo que puede por encontrar á un niño perdido y devolverlo á su llorosa madre; una vez que los ha reunido, su misión ha terminado. Se tendrá siempre la tentación de ir más lejos, haciendo de la oficina un centro de exploración del Más Allá; pero es prematuro ceder á esta tentación, no porque yo haga ninguna objeción á estas exploraciones, consecuencia muy natural, necesaria y de las más importantes de nuestro trabajo; pero mi oficina no debe encargarse de ello; debe limitarse á su primer deber, que es echar el puente, reanudar los lazos rotos, restablecer la comunicación entre los que están privados de ella.» Aprobada por la dirección y aceptadas las condiciones de la oficina, el experimento puede comenzar. Acompañada por un estenógrafo que haya jurado el secreto, la persona que pida comunicación se pone en relación sucesivamente con tres sensitivos de integridad probaba y con facultades diferentes: un clarividente natural, un *medium* y un escriba automático; las sesiones se verificarán separadamente, sin que haya comunicación entre los *mediums*, y el estenógrafo escribirá cada palabra dicha por una y otra parte. Si en los diez por ciento de los casos el que ha pedido la comunicación queda convencido de haberla obtenido y de que viene auténticamente del otro mundo, el ensayo vale la pena de intentarse.

Por las pruebas preliminares, Stead deduce que la proporción obtenida será mucho mayor que la de diez por ciento.

He ahí todo lo que Stead intenta, esperando poder abrir la oficina de Julia en Mowbray House, Morfolk-Street, en Londres, para el próximo Abril.

ENCICLOPEDIA

Colección de autógrafos.—Carlos Scitivaus, muy bien relacionado en el mundo político, artístico y literario de su época, tuvo la idea á fines de su vida, de pedir á sus amigos que escri-

biesen un pensamiento al pie de sus retratos. La colección de autógrafos resultante constituye el reflejo de la época (segundo imperio), y de ella ha sacado Fernando Laudet lo que le ha parecido más interesante, publicándolo en *La Revue Hebdomadaire*. He aquí algunos de estos pensamientos:

Rosa Bonheur escribe: En materia de arte se puede pensar mucho, pero la cuestión es saberlo escribir.»

Flandrin dice que «Si una obra carece de esa vida que parte del corazón ó de la inteligencia, nunca será obra de arte.»

«Aquel á quien una idea sutil, por extravagante, por imprevista que se la suponga, cayendo como una piedra de la luna, coge de improviso y sin material para darla forma, no es escritor.» (*Teófilo Gautier.*)

«Es pueril remontar el curso de las edades y hacer revivir en un arte las tradiciones de otra época para darse aires de originalidad. La posteridad no admira sino las obras que han sido de su tiempo.» (*Delacroix.*)

«Se puede decir de Rafael lo que Policiano decía de Homero: Sus alabanzas sólo están bosquejadas. En cuanto á mí, su humilde discípulo, no encuentro palabras para expresar la admiración que me inspiran sus obras sublimes.» *(Ingres.)*

«Las mejores obras de la fotografía tienen un defecto terrible que las excluye del dominio del arte: no han sido pensadas. La literatura tiene tambien sus fotógrafos, que se llaman realistas: son los escritores que se limitan al papel de objetivos que interpretan.» *(Octavio Feuillet.)*

Gozlan se inspira en su retrato para discurrir así: «El tabaco—esto á propósito del cigarro que tengo en la mano derecha—nos ha sido revelado por los salvajes, á quienes hemos hecho conocer el aguardiente; cambio de cortesía entre la somnolencia dulce y la locura furiosa, entre el sueño y la muerte. Los más generosos hemos sido nosotros: nosotros hemos regalado la muerte y la locura.»

«El sueño sería demasiado semejante á la muerte si no se durmiera uno en un lecho lleno de sueños.» (*Luis Blanc.*)

«Así pasa esta triste vida; corra ó se arrastre, precipítese en oleadas estrepitosas ó duerma en un lecho de arena, cambie á cada paso de aspectos y horizontes ó refleje invariablemente el mismo rincón del cielo y las mismas sombras, la vida pasa y nada la detiene; es lo mejor que puede decirse de ella.» (*Julio Sandeau.*)

«Cuanto más envejezco, más me asombro y más me indigno, pero más espero en Dios.» *(El marqués de La Rochejacquelain.)*

«Los pequeños arroyos forman los grandes ríos. Todos tenemos nuestros arroyitos, que nos arrastran hacia el mal ó hacia el bien; hay que tratar de evitar los primeros y seguir aquellos cuya pendiente es suave y los bordes floridos: esos son los buenos.» (*Paul de Kock.*)

Sainte-Beuve aconseja: «Escribir cosas agradables y leerlas grandes.»

«El enemigo más peligroso es el que se dice vencido.» (*Emilio Augier.*)

«Garibaldi es el orador más elocuente que conozco, con tal de que hable en la esquina de un guardacantón.» (*Alejandro Dumas, padre.*)

«No hay cabo suelto en escena que el autor dramático pueda escribir con sangre fría. Es un trabajo de exaltación constante. Llega un momento de locura en que olvidáis el papel, la pluma y la tinta, para no ver en torno vuestro sino personajes vivos y accionantes. Ya no escribís vuestra pieza, la vivís. Así he amado yo á todas mis heroínas hasta un punto que no sabría decir, y acaso un poco más que... pero eso no se puede confesar.» (*Victoriano Sardou*).

«Empieza por admirar lo que Dios te muestra, y no tendrás tiempo de buscar lo que te oculta.» (*Alejandro Dumas, hijo.*)

«Mezclad vuestros dos rayos, fraternidad de los hombres, paternidad de Dios.» (*Víctor Hugo.*)

«Una herida y un bálsamo: he ahí, en dos palabras, la vida

literaria. La herida es un tonto que os censura, un malo que se burla; el bálsamo es una señal de simpatía dada por un hombre de talento y de corazón.» (*Pontmartin.*)

«Lo más difícil que yo conozco en las artes del dibujo y de la pintura es poner un autógrafo de la propia fotografía.» (*Gustavo Doré.*)

La Guéronnière contempla su retrato, y escribe: «No soy yo.»

Monseñor Dupanloup, fiel á su carácter sacerdotal, se limita á decir: «Rogad por mí.»

«No faltan gentes en los tiempos que corren que se creen iluminados con nueva luz, porque niegan las luces del pasado.» *(Vielcastel.)*

«Los que combaten el principio de nacionalidad, en nombre de la unidad y de la fraternidad humanas, no entienden bien ni lo que combaten ni lo que afirman. Las nacionalidades deben subsistir como las notas diversas en una sinfonía. La ley de la humanidad, como de toda la creación, es la variedad en la unidad.» (*Enrique Martín.*)

«Dos cosas grandes y difíciles son necesarias para el hombre, y pueden hacer su gloria: soportar la desgracia y resignarse á ella con firmeza; creer en el bien y confiar en él con perseverancia.» (*Guizot.*)

«La forma del derecho necesita modelarse sobre el estado de la sociedad, y la marcha del uno debe seguir constantemente los progresos de la otra.» (*Mignet.*)

«¡Verdad! Toda apariencia es una mentira. *Solem quis dicere falsum.*» (*Michelet.*)

«Una nación libre es un sér que reflexiona antes de obrar.» (*Thiers*).

«El porvenir de la sociedad moderna depende de dos problemas: corregir la democracia por la libertad; conciliar el catolicismo con la democracia.» (*Montalembert.*)

«El progreso político no es más que una serie de compromisos.» (*Lord Brougham.*)

«Todo por la civilización, nada por la revolución; todo por la fuerza inmaterial, nada por la material; todo por la persuasión, nada por la compresión.» (*Emilio de Girardin.*)

Lo que cada hombre quiere en el fondo de su corazón no es tanto la libertad como el dominio.» (*Cormenin.*)

«Guardémonos de la manía que tenemos de no prosternarnos sino ante los que nos aplastan.» (*Saint-Marc Girardin.*)

«Hay en este mundo más arrepentimientos que confesiones.» (*Falloux.*)

«El corazón de las mujeres es como un grano de incienso: sólo cuando arde exhala sus perfumes.» (*Granier de Cassagnac.*)

«Lo más prudente que hay en el peligro es ser valeroso.» (*General Changarnier.*)

«Platón es un alumno de Sócrates; está completamente penetrado de su espíritu y de su método; se ha como consagrado á su memoria; se ha hecho su historiador, su intérprete y con piedad conmovedora se borra él mismo; refiere todos sus trabajos, todas sus investigaciones á su maestro querido y venerado; parece que no es sino su secretario.» (*Victor Cousin.*)

«Hay seres á quienes escapa su propia vida, que están ausentes de sus acciones como de sus discursos y que no asisten al espectáculo que dan.» (*Nisard*)

«Quien de nada se asombra
Y busca y halla á punto su modesta comida,
Y de envidia sin sombra
No necesita á nadie,
Es el sér más dichoso de la terrestre vida.»

(*Viennet.*)

«Por su lado mejor tratad de ver las cosas,
No os quejéis de encontrar espinas en rosales;
Me alegro y os doy gracias, ¡oh dioses inmortales!
De que las espinas tengan rosas.»

(*Alfonso Karr*).

«Dios creó en nuestras miserias los besos de los hijos para las lágrimas de las madres.» (*Legouvé.*)

Lesseps, en vísperas de la apertura del canal de Suez, escribe, sintiéndose políglota: *¡¡Aperire terram gentibus,—Vorwaerts!!*

«¡Trabajo y fe! La vida no vale sino por el uso que de ella se hace en vista de la eternidad.» (*Monseñor Darboy.*)

«Más vale ser que parecer.» (*Abate Deguerry.*)

HIGIENE

Los nuevos mandamientos del Dr. Hericourt.—El doctor Hericourt pretende reemplazar la antigua moral religiosa, hoy desterrada de la enseñanza, por la moral científica no impuesta por la autoridad, sino inspirada por la experiencia. Esta moral no es otra cosa que la Higiene misma, pues la salud física es condición de la salud moral, y asegurada la salud del cuerpo, puede considerarse, en general, asegurada la del alma.

El Dr. Hericourt formula en *La Revue* los nuevos preceptos de la moral higiénica, contenidos en treinta y tres mandamientos que constituyen el novísimo Catecismo. Dejando aparte los que conciernen á la higiene sexual y á los deberes de la maternidad, he aquí los que publica *La Revue,* dignos de figurar, según el autor, entre los elementos de la *Ciencia de la dicha:*

1.° *Cuídate de tu salud.*—Este consejo parece egoísta, pero no lo es, pues la salud del individuo no sólo es cosa suya, sino de la sociedad á que pertenece, cuya prosperidad y cuya fuerza están formadas por la salud de todos.

2.° *Sabe que en un cuerpo sano el espíritu es vigoroso.*—Los órganos de todo organismo son solidarios: el cerebro, órgano del pensamiento y de la voluntad, sufre de rechazo el golpe de todas las enfermedades de los demás órganos, y de

ahí la necesidad de someter el organismo al desarrollo armonioso de todas sus partes. Claro es que, al reproducir el doctor Hericourt, bajo nueva forma, el aforismo del *mens sana in corpore sano* de los antiguos, lo hace en tesis general que no excluye las excepciones, pues los casos de los Pascal y de los Leopardi, que encerraban en cuerpos enfermizos espíritus vigorosos, no dejan de ser frecuentes. La clsificación del trabajo intelectual y de los ejercicios físicos en el período del desarrollo de la vida lo fija Hericourt de este modo:

EDADES	TIEMPO DEDICADO	
	á los ejercicios físicos.	al trabajo intelectual.
De 5 á 10 años.....	1	1
De 10 á 15.....	3	2
De 15 á 20.....	2	3

También recomienda que en el último período se aprenda un oficio, pues todos los psicólogos han observado que la habilidad de la mano ejerce bienhechora influencia sobre la precisión de las ideas y sobre la energía de la voluntad.

3.° *Mantén tu cuerpo en estado de constante limpieza.*—La piel respira como el pulmón, y al transpirar elimina también por el sudor materias tóxicas como los riñones lo hacen con la orina. Las buenas funciones de la piel se sostienen con la fricción y la loción, la ducha y el baño; ya que no todos pueden, por sus condiciones de salud ó de fortuna, darse duchas ó bañarse una vez por semana, importa que, por lo menos, todos practiquen á diario la fricción y la loción para que la piel funcione bien.

4.° *En las comidas quédate siempre con apetito.*—El peligro de la alimentación excesiva nos amenaza mucho más frecuentemente que el de la alimentación escasa. Los alimentos absorbidos con exceso se utilizan incompletamente por el organismo, y éste, como una estufa que tira mal, se engrasa con todos los desperdicios de esta combustión incompleta: el ácido

úrico, que es el principal de estos desperdicios, envenena la sangre é irrita los tejidos en que se deposita, y queda uno expuesto á todos los accidentes del artritismo y de la uricemia, que á la larga producen la litiasis, la gota, la diabetes y el mal de Bright.

5.° *Sea el agua tu bebida habitual.*—Verdad es que el agua contiene frecuentemente microbios peligrosos; pero estos microbios no se destruyen con echar al agua vino. Si el agua es sospechosa, debe usarse hervida hasta la de lavarse, pues no hay filtro casero que merezca absoluta confianza. El agua hervida no es de difícil digestión, y para hacerla rápidamente potable, enfriarla y airearla, basta hacerla filtrar en la bodega sobre una fuente cualquiera de barro filtrante. Los líquidos tomados en ayunas no paran en el estómago; pasan en seguida al intestino, donde son absorbidos, por lo cual es mejor beber al principio que al final de las comidas, pues al fin diluyen el jugo gástrico y detienen y comprometen el trabajo de la digestión estomacal.

6.° *Abstente completamente de alcohol.*—El alcohol no es alimento, es un veneno temible de la célula nerviosa, y su paso por el hígado y los riñones altera grave é irremediablemente estos órganos. Organismo que se hace andar con alcohol es como una turbina que, á falta de agua, se hace andar con ácido sulfúrico. Las demás bebidas excitantes, como el café y el té, no tienen esos inconvenientes; pero si se abusa de ellas, no tardan en turbar las funciones digestivas; la opinión corriente que atribuye al café la propiedad de activar la digestión, es una leyenda: es verdad que activa la fase mecánica, pero detiene las acciones físicas; eso sin contar con que la mayor parte de los consumidores de esos excitantes más bien necesitan atemperantes, sobre todo en el ambiente febril de las grandes ciudades.

7.° *Si trabajas con tus músculos, sé sobre todo vegetaliano y toma mucho azúcar; si trabajas con tu cerebro, sé más bien carnívoro.*—Los músculos son máquinas que producen movimien-

to y fuerza, y que se caldean con carbón; el régimen vegetal suministra principalmente alimentos carbonados, y el azúcar especialmente es el carbón del músculo. El trabajo cerebral, por el contrario, gasta elementos azoados que no pueden sustituirse bien sino con las materias albuminoideas de la carne; la carne cruda repara las pérdidas azoadas del organismo con más economía y más seguridad que la carne cocida.

8.° *Para resguardarte del frío, no olvides que una hoja de papel equivale á un gabán ó á una manta.*—El vestido inmoviliza en torno del cuerpo una capa de aire caliente, y esta envoltura protectora es la que se trata de mantener ó multiplicar, porque el aire, como todos los gases, es muy mal conductor del calor; así es que es mucho menos importante de lo que se cree el tener vestidos espesos: lo importante es tener varios superpuestos. Colocado bajo el chaleco ó bajo una colcha un periódico, vale tanto como un gabán ó una manta.

9.° *Protégete contra el enfriamiento más bien que contra el frío.*—El vestido, sin duda tiene por función esencial proteger contra el frío; pero las enfermedades causadas por el frío, son muy raras, mientras que las producidas por el enfriamiento son tan raras como numerosas. El vestido debe, sobre todo, evitar á la piel la transición rápida del calor al frío, es decir, el enfriamiento, y la prenda que mejor cumple esta misión es el chaleco de franela; la franela, absorbiendo la secreción sudoral á medida que se produce, se opone eficazmente al enfriamiento de la piel y á sus tristes consecuencias, y eso lo mismo en invierno que en verano, y mejor todavía en verano que en invierno. Conviene saber que para conservar su eficacia, es decir, su facultad de absorción, hay que quitarse, al acostarse, el chaleco que se ha llevado durante el día, reemplazándolo por otro más ligero; este descanso es indispensable para la regeneración de las cualidades del tejido, que se seca durante este tiempo, deja que se oxiden los desperdicios orgánicos de que se ha impregnado su trama, y recupera su facultad de absorción y sus cualidades protectoras.

10.° *Trabaja con entusiasmo, porque el trabajo es la condición de la salud.*—El organismo animal no es en realidad más que una máquina protectora de energía en forma de movimiento ó de pensamiento; una máquina que no produce el trabajo para que está hecha, no puede estar bien entretenida; la herramienta que no se maneja se enmohece, y el moho la destruye más rápidamente que el uso.

11.° *Si trabajas con tu cerebro, descansa trabajando con tus manos; y si trabajas con tus manos, descansa trabajando con tu cerebro.*—El equilibrio de la salud depende de la actividad bien equilibrada de las diversas partes del organismo. El intelectual debe dedicar una ó dos horas diarias á la marcha, y el manual debe consagrar igual tiempo á la lectura.

12.° *Dedica el descanso semanal á la vida al aire libre.*—El descanso semanal, ley de salud, permite asegurar la vuelta periódica al estado de naturaleza, pero á condición de que su tiempo no se pase ni en salas de espectáculo, ni en tabernas ó cafés; hay que emplearlo en airear los pulmones y en flexibilizar las articulaciones.

13.° *Duerme ocho horas.*—Antiguamente se concedían al hombre seis ó siete horas de sueño; pero hoy la intensidad del del trabajo, manual ó intelectual, hace insuficiente ese descanso.

14.° *No fumes, no mastiques tabaco.*—La familia de las solanáceas, á la que pertenece el tabaco, elabora productos que embotan la sensibilidad moral, produciendo por eso la ilusión de favorecer y excitar el trabajo intelectual, cuando lo que hace en realidad, es obnubilar y extinguir el sentimiento de las dificultades que hay que vencer, lanzando un velo sobre la realidad. No es dudoso que el tabaco, que embota las sensaciones físicas, embote igualmente los sentimientos morales. El tabaco, además, es un veneno de los músculos, y el corazón sobre todo sufre mucho con su uso.

15.° *Pesa frecuentemente á tus hijos.*—La salud del niño está caracterizada por su crecimiento; si va bien, debe, regular y

constantemente, aumentar de peso; la balanza es el barómetro de su salud. He aquí el promedio del aumento diario de peso de de un niño de pecho bien alimentado y con buena salud:

25	gramos	durante el	1.er mes.
23	—	—	2.°
22	—	—	3.°
20	—	—	4.°
18	—	—	5.°
17	—	—	6.°
15	—	—	7.°
13	—	—	8.°
12	—	—	9.°
10	—	—	10.°
8	—	—	11.°
7	—	—	12.°

No sólo hay que pesar á los niños de pecho, sino que cada tres meses, por lo menos, deben pesarse todos los niños y adolescentes, pues hay una enfermedad, la tuberculosis, que en las grandes ciudades les amenaza á todos, y la primera perturbación por la que se manifiesta es la detención del aumento del peso ó el enflaquecimiento.

16.° *Haz de modo que los niños enfermos no comuniquen su enfermedad á otros.*—Casi todas las enfermedades de los niños, el sarampión, la escarlatina, la viruela, los orejones, la difteria, son contagiosas, y casi todas empiezan por trastornos y se atribuyen, al principio, á un simple catarro; en esta fase casi indiferente de la enfermedad, cuando todavía no está bien caracterizada, es cuando es más contagiosa. De ahí el deber de aislar á los niños desde el primer momento, en la casa, y de impedirles ir á la escuela ó á cualquier otra reunión de niños, no dejándoles tampoco ir en coches públicos, ómnibus, trenes ó tranvías.

17.° *No toleres que los niños se besen entre sí.*—El beso es peligroso entre niños, porque establece contactos que acarrean

enfermedades contagiosas; es una costumbre homicida que se impone á los niños por cortesía, siendo innumerables los que han muerto de ella.

18.° *Tu casa es sana si el sol puede entrar en ella y el aire puede salir.*—El aire fresco y puro, no respirado ya, no mezclado con los gases de la estufa ó de la lámpara, el aire no usado, es indispensable á la función pulmonar: á la respiración. En esos espacios, más ó menos reducidos, que se llaman habitaciones, el aire se vicia pronto por la respiración, la calefacción y el alumbrado; es preciso asegurar la circulación del aire, es decir, su incesante renovación. En verano, basta para ello abrir las puertas y las ventanas; pero en invierno el miedo al frío hace que muchos individuos sufran una verdadera asfixia, lenta, sin duda, pero grave, que abre la puerta á muchas enfermedades y, sobre todo, á la tuberculosis. El aire debe ser respirado fresco ó frío; por eso el calorífero que caldea el aire es un medio detestable de calefacción, mientras que la chimenea que caldea por irradiación, provocando un llamamiento de aire exterior muy activo, es un medio completamente conforme con las exigencias de la higiene. Por desgracia, no es conforme con las del bolsillo, porque deja perder gran cantidad de calor; pero más vale llevar dinero al carbonero que al médico y al boticario. La visita del sol no es menos indispensable á la salud que la circulación del aire puro: donde penetra el sol no entra la enfermedad.

19.° *Combate èl polvo con agua y no con plumeros.*—El ama de casa que, para desembarazarse del polvo, emplea escobas ó plumeros, no hace más que ponerlo en circulación, ofreciéndolo á la absorción de los habitantes de la casa ó de los transeuntes de la calle; para eso es preferible dejarlo descansar sobre los muebles ó en el suelo. El polvo no debe nunca ser echado, sino recogido, para lo cual deben emplearse trapos húmedos ó cepillos y escobas húmedas.

20.° *Desembarázate de tus cortinas, alfombras, tapices y colgaduras.*—Todos estos objetos son condensadores de polvo:

hay que acabar con todos ellos. La habitación soñada por el higienista es la pieza de paredes lisas, charoladas, lavables, de tonos claros, con suelo seco, entarimado, enladrillado ó cubierto de linoleum, con todos los ángulos redondeados, sin más muebles que los indispensables de madera y cuero, sin terciopelos, pelusas ni tapicerías de ninguna clase, nidos de polvo de limpieza imposible.

21.° *No toleres en tu casa ningún insecto.*—Los insectos son agentes incesantes de transmisión é inoculación de las enfermedades contagiosas. La mosca se posa en toda clase de deyecciones, y transporta con sus patas las partículas de las mismas á los alimentos, vestidos y tegumentos de quienes visita. Los mosquitos son verdaderos operadores que infectan la sangre, por sus picaduras, transmitiendo los microbios de las fiebres palúdicas á las personas picadas. El chinche y la pulga, con sus mordeduras, obran como los mosquitos con sus picaduras; á los chinches son debidas frecuentes transmisiones del tifus, sospechándose también que este parásito transmite el cáncer y la lepra. La pulga, á su vez, inocula la peste, transmitiéndola de la rata al hombre, y se desconfía que sea también la que transmite la fiebre tifoidea y la tuberculosis. Para desembarazarse de estos insectos, todos los medios son buenos.

22.° *Ten en la cuadra los animales domésticos.*—El sitio de los animales domésticos, perros, gatos y pájaros, no está en la casa. El perro es frecuentemente tuberculoso y el gato canceroso; los papagayos y cotorras están expuestos á pneumonías infecciosas. El perro y el gato, además, son agentes de transmisión de la viruela, la escarlatina, el sarampión, la difteria, la erisipela y otras enfermedades contagiosas.

23.° *Ten cuidado de la limpieza de la calle como de la de tu propia casa.*—Pasamos parte de nuestra existencia en la calle, y debemos procurar que no sea receptáculo de todas las infecciones. Si todos los polvos de las habitaciones fuesen recogidos por vía húmeda y destruídos por el fuego ó el agua hirviendo, en lugar de echarlos al arroyo con el sacudido de al-

fombras y colchones; si los enfermos no escupieran en la calle, y si los barrenderos no trabajaran sino después de regar, como les está mandado, la calle dejaría de ser lo que es ahora: un medio infeccioso, mucho más peligroso que una sala de hospital bien cuidada.

24.° *Si escupes en tierra, escupes en la boca de tu vecino.*— El tuberculoso que escupe en tierra, transmite su enfermedad, con tanta seguridad como si echara sus bacilos en la boca del prójimo, porque su esputo, poco después, quedará seco, y la primera ventisca ó el primer escobazo llevará sus partículas virulentas á la cara del primer transeunte. El enfermo en general, y el tuberculoso en particular, no deben escupir nunca en tierra en ningún sitio. Tampoco deben escupir en su pañuelo, pues también allí las expectoraciones se secan y se hacen pulverulentas. Quien tenga que escupir, debe llevar siempre una escupidera de bolsillo; es un deber social, y no cumplirlo es cometer un crimen.

25.° *Si estás enfermo, toma ó haz tomar precauciones para no difundir el contagio en torno tuyo.*—Son innumerables los ejemplos en que un padre de familia, arrastrando una tuberculosis crónica que no le ha impedido nunca trabajar, ha matado (es la palabra propia) á todos los que viven á su lado, á su mujer y á sus hijos, sólo por no haber tomado la menor precaución contra sus expectoraciones. La historia de las familias en que todos los hijos, sucesivamente, mueren de meningitis sin causa aparente, no tienen otra explicación. En todos los casos de enfermedad, el enfermo ó su familia deben preguntar al médico las precauciones que tienen que tomar para evitar el contagio, conformándose rigurosamente con sus prescripciones.

CRÍTICA

La confesión.—Hace unos meses que en el *Journal* de París se publicó una *nouvelle,* en la que figuraba una elegante penitente, que acudía llena de unción á la iglesia para obtener

el perdón de sus pecados. Era un alma atenaceada por la duda, sin más pecados serios que los nacidos del estado de su espíritu. El sacerdote aguardaba tranquilo la audición de la joven señora, y ella no se decidía á comenzar, hasta que él tuvo que preguntarla:

—¿Viene usted á confesarse, señora?

—Sí, padre—contestó ella con voz temblorosa.

—Pues bien, comience usted y rece la confesión.

La buena señora seguía callada.

—Vaya—dijo el cura entre sí,—á esta señora se le han olvidado las oraciones que aprendiera en su niñez, ó acaso no las ha sabido nunca. Habrá que guiarla. ¡Señora!—añadió en voz alta:—«Yo, pecador, me confieso»...

La señora continuaba callada.

—Vamos, señora, diga usted conmigo—repitió el sacerdote:—«Yo, pecador, me confieso»...

—No se moleste usted, padre; sé la confesión; pero es que se me resiste decirla, porque no creo ya como antes creía.

A mí también me sucede lo mismo: voy á confesarme, y se me resiste decir la confesión, no porque haya dejado de creer, sino porque encuentro tan disparatada la oración llamada *Confesión general,* que se me traba la lengua, se revuelven las palabras en mi boca, y no acierto á decirla, ó si la digo, es protestando al mismo tiempo contra ella.

¿Por qué nos ha de poner en este duro trance la liturgia? ¿Por qué nos han de obligar al empleo de fórmulas sin sentido ó de redacción inaguantable, cuando tan fácil sería poner en armonía la letra con el espíritu, el hecho con la intención, las palabras con el pensamiento? ¿Qué tiene que ver la religión en sí con las fórmulas adoptadas por la Iglesia para poner en comunicación el alma de los fieles con Dios? Si la misión de la Iglesia es eminentemente docente; si todos y cada uno de los sacerdotes llamados á ejercitar el derecho y á cumplir el deber que Jesucristo les señaló con las divinas palabras del *ite, docete omnes gentes,* se preocuparan en enseñar la verdadera doc-

trina evangélica con todas sus consecuencias y desarrollos, prescindiendo de fórmulas cerradas en lo que no afecta al dogma, para que el vulgo y las personas ilustradas que forman en las filas de la Iglesia discente pudieran comprender el sentido de lo que dicen y adherirse al mismo con plena conciencia de sus actos, ¿no sería eso muchísimo mejor? ¿No iríamos ganando todos con ese procedimiento? Si podemos decir las cosas bien, ¿por qué decirlas mal? Si podemos evitar el decir disparates, ¿por qué disparatar? ¿Qué razón hay para mantener intacta una cosa mal dicha, sólo porque se viene diciendo mal desde hace siglos?

Yo voy á confesarme, y el cura me dice que empiece rezando la *Confesión general*. Y yo, que no soy un papagayo, ni una cotorra, ni un cilindro de fonógrafo, ni un disco de gramófono, sino que soy un sér racional, dotado por Dios de inteligencia suficiente para darme cuenta de lo que digo, quiero cumplir la orden del sacerdote, y empiezo diciendo: «Yo, pecador, me confieso á Dios Todopoderoso»..., y aquí me atasco. ¿Por qué me han de obligar á faltar á las reglas del bien decir? No; yo no *me* confieso *á* Dios; *me* confieso *con* Dios, ó confieso *á* Dios mis pecados. Esto, después de todo, es cosa pasadera, y en todo caso, con hacer la rectificación correspondiente, ó aun sin hacerla, puedo saltar por ello.

«Yo, pecador, confieso á Dios Todopoderoso, á la bienaventurada siempre Virgen María»... ¡Otro atasque! ¿Por qué he de confesar yo nada á la Virgen? ¿Qué objeto tiene enterar á la Virgen de mis pecados, de mis torpezas, de mis crímenes? A Dios, que todo lo ve y todo lo sabe, confieso todos mis malos pensamientos, palabras y obras; pero á la Virgen inmaculada, me da vergüenza referirla tantas miserias; me parece que la ofendo con el relato de mis pecados, obligándola á escuchar lo que sus castísimos oídos no deben oir nunca. Acudiré, sí, á la Virgen para que interceda por mí y logre de Dios el perdón de mis pecados; pero ninguna falta hace que sepa cuáles son esos mismos pecados.

Tampoco tengo por qué acudir para contar mis pecados al bienaventurado San Miguel Arcángel, ni al bienaventurado San Juan Bautista, ni á los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, porque como luego acudo á todos los santos, no sé qué objeto tenga esa redundancia, ó, si se quiere, esa especial designación de ciertos santos, ángeles, arçángeles ó bienaventurados. ¿No sería mejor, de citar especialmente alguno, citar al Angel de la Guarda? Porque si creemos que cada uno de nosotros se halla al cuidado de un ángel que presencia todos nuestros actos, se explica que al confesar á Dios nuestros pecados, invoquemos el testimonio de ese ángel, para que dé fe de la veracidad de nuestros asertos y de la sinceridad de nuestro arrepentimiento. Los demás santos no tienen para qué meterse en averiguaciones; y si, como la Virgen, pueden servirnos de intercesores, no necesitan oir el detalle de nuestra confesión. En todo caso, es innegable que si confieso mis pecados «á todos los santos», los confieso á San Miguel, á San Juan y á los Apóstoles, y no hay razón para hacer mención especial de ninguno cuando se les invoca á todos.

Pero sigamos adelante. Después de haberme confesado *á* Dios Todopoderoso, *á* la Virgen, *á* varios santos en particular y *á* todos en general, me confieso «á Vos, Padre». ¿Qué Padre es ése? ¿Qué Vos es ése? Por el modo de decirlo y de escribirlo, parece que se trata del Dios Padre; pero entonces, ¿quién es el Dios Todopoderoso que figura al principio? Si el Dios Todopoderoso es el Dios trino y uno, está de más el Vos, Padre; ó de citar á Vos, Padre, no se explica que no se cite al Vos, Hijo y al Vos, Espíritu Santo; y si el «Vos, Padre» no es Dios, sino que es el cura, bueno sería ponerlo con letra minúscula para evitar confusiones.

Y basta ya, pues con lo dicho sobra para que quede suficientemente justificado el por qué de nuestra resistencia á rezar la confesión, y del apuro en que nos pone la liturgia cuando nos queremos confesar.

***

Galicismos y gazapos.—En un artículo, firmado por Kitel en *La Correspondencia de España,* se critica otro artículo de Ramiro de Maeztu, dedicado á Rochefeller, el hombre más rico del mundo. Sin entrar en el fondo de la tesis sostenida por Kitel, pues no es eso, en este sitio, de nuestra incumbencia, no hemos de pasar por alto ciertas afirmaciones, giros y palabrejas que Kitel ha dejado deslizar en su, por otros conceptos, apreciable trabajo.

Dice Maeztu que «Rochefeller ha consagrado sus horas de negocios á planear, organizar, intrigar, pedir dinero, prestarlo y emprender operaciones industriales. Jamás ha llegado á dominar el tecnicismo científico de ninguno de sus negocios. Ha sabido hacer que los demas trabajen para él.»

Criticando esta afirmación, dice Kitel que «Un grupo de tontos disciplinados, dirigidos por un buen organizador, puede llegar á ser un cuerpo de gran utilidad social.» Esto sí que no puede sostenerse en serio: un grupo de tontos no puede dar de sí más que tonterías, y á menos de que sirvan para ayudarnos á hacer la digestión haciéndonos reir, no sabemos qué otra gran utilidad social pueda obtenerse con ellos; y no cabe decir que se trata de tontos disciplinados, pues la disciplina está reñida con la tontería.

«Quien compra á ocho y vende á diez, sigue diciendo Kitel, vende generalmente con menos beneficio que el que compra.» ¿Ustedes lo entienden? Pues yo, por más vueltas que le doy, no lo entiendo, y creo saber algo de economía casera, que es bastante para echar cuentas tan sencillas. A Kitel, sin embargo, le parece clarísimo, pues añade que «es una verdad muy *vanal,* desgraciadamente», y que «hay necesidad de repetirlo demasiado». Y aquí sí que me hago un lío; porque si es una verdad tan *vanal*, ¿por qué hay necesidad de repetirla? y ¿por qué ha de repetirse demasiado? y ¿por qué es «desgraciadamente» muy *vanal?* Repito que no lo entiendo; pero lo que sí entiendo, y de lo que estoy bien seguro, es que la palabreja *vanal* no tiene valor ninguno: los franceses tienen el adjetivo *banal,* que quie-

re decir, en castellano, trivial, vulgar, muy corriente; pero en nuestra lengua no hay *banal* ni menos *vanal;* sólo los malos traductores pretenden hacernos tragar un *banal,* que afortunadamente no pasa por nuestro gaznate. Pero, aparte de este desdichado voquible, veamos si podemos descifrar este enigma económico que se nos presenta como una verdad trivial, pues Kitel lo ilustra con un ejemplo, que no es cosa de dejar en el tintero, y que dice así: «Ejemplo: yo compro un pan por diez céntimos, pensando en que si hago el cambio de mi moneda por el pan, es porque vale para mí en aquel momento el pan más que mi moneda.» ¿Lo han entendido ustedes? Pues yo me quedo peor que antes estaba, porque la tesis que se trata de demostrar es la de que «quien compra á ocho y vende á diez, vende, generalmente, con menos beneficios que el que compra». Para demostrar esto, el ejemplo debería decir: yo compro un pan por ocho céntimos y se lo vendo al vecino por diez, y no el ejemplo que Kitel pone. Pero aun admitido el ejemplo de Kitel, tampoco resulta probado nada: si yo compro un pan por diez céntimos, es porque lo necesito para satisfacer mi hambre, que es lo que me obliga á comprarlo; y si el panadero me vende un pan por diez céntimos, es porque le tiene cuenta, para comprar con esos diez céntimos otra cosa que le hace falta; yo satisfago una necesidad y él satisface otra, y eso y nada más es lo que resulta del ejemplo, quedando sin demostración la famosa *verdad vanal.*

El Sr. Kitel es aficionado á los galicismos más ó menos corrompidos, y no contento con el de *vanal,* pretende colar el de la *concurrencia,* hablándonos de que «la concurrencia hecha á sus rivales por Rockefeller es una verdadera filantropía»; de que «cada acto de concurrencia es un acto de bien general», y de que «el resultado de esta concurrencia es que Rockefeller gana 300 millones por año». ¡Buen provecho le hagan! Pero crea Kitel que eso que llama *concurrencia* se llama *competencia* en castellano, y crea también, aunque eso ya se encargará de demostrárselo Maeztu, que no puede afirmarse tan en abso-

luto que cada acto de competencia sea un acto de bien general; lo es en ocasiones, pero no siempre, y menos en el caso de Rockefeller y de los demás creadores de *trusts*. Cuando existe un monopolio y se abusa de él, la aparición de una rivalidad, que al crear la competencia obtiene la mejora del producto monopolizado ó la rebaja de su precio, produce, efectivamente, un bien general; pero cuando se procede de mala fe, vendiendo el producto á precios ruinosos para matar á los competidores, creando un monopolio que permita elevar los precios é imponerlos al público, que es la maniobra de Rockefeller y de los *trusts*, eso, lejos de ser plausible como acto de bien general, es reprobable como acto de daño positivo á la colectividad.

Siguiendo adelante, tropezamos en el artículo de Kitel con otro gazapo lingüístico-filosófico que corre parejas con los anteriores:

«¿Qué es una religión, dice, sino el esfuerzo hecho por individuos de una cierta conformación mental para hacer predominar la manera de pensar que les es más propia, ó imponerla á mentalidades de otra conformación?» La parte lingüística del gazapo está en aquello de «*una* cierta conformación mental», flagrante galicismo de los que, por la frecuencia con que se cometen, pueden comprenderse en la categoría de pecados veniales contra el idioma patrio. La parte filosófica constituye un pecado mortal, porque ¿qué definición es esa de la religión? ¿A que no la han entendido ustedes? ¿A que no la entiende el mismo Kitel?

La religión (ó cada religión, ó una religión) es el esfuerzo hecho, etc... ¡Cosa más rara! El género próximo de religión es un esfuerzo... ¡Quién hubiera imaginado semejante cosa! ¿Y la última diferencia? La última diferencia es «para hacer predominar é imponer una manera de pensar». Ni eso es religión, ni siquiera sociedad religiosa, ni nada que se lo parezca.

Como si todos estos dislates fueran pocos todavía, se le ocurre decir al Sr. Kitel que «cuando en ciertos casos necesarios para el bien general se emplean medios crueles, es un mal,

pero un mal que debemos admitir como un mal preciso». Lo cual, en rigor, podría admitirse; lo que es inadmisible es lo que sigue: «En lugar, pues, de atacar á estos fenómenos, dice, que no hacen otra cosa que aumentar el bienestar social, debemos educarlos y secundarlos.» ¿Cuáles son los fenómenos? ¿Qué es eso de atacar *á* estos fenómenos? ¿Cómo pueden educarse unos fenómenos? Todo esto, como se ve, ó está mal dicho por la forma, ó carece de sentido, ó incurre en ambos defectos á la vez.

IMPRESIONES Y NOTAS

El atorrantismo.—El Dr. Eusebio Gómez, en su libro *La mala vida en Buenos-Aires*, en el capítulo «Mendicidad y vagabundaje», se ocupa del atorrantismo, presentándolo, con arréglo á la teoría de Emilio Zuccarini, como resultado de la evolución del gaucho al atorrante. Zuccarini, para poner las cosas en su lugar, trata en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, del atorrante, fijando el verdadero valor que debe darse á la palabra.

El atorrante, según Zuccarini, es un fenómeno producido por la melancolía especializada del ambiente argentino; es la manifestación clara é inequívoca del delirio de pequeñez pululante en medio del delirio de grandeza que se transparenta en cualquier acto individual ó colectivo del pueblo argentino. ¿Por qué de tres comerciantes arrastrados á la quiebra por una misma causa, el uno vuelve á luchar, el otro se suicida y el tercero se hace atorrante? Porque esos tres comerciantes son tres tipos orgánicamente distintos.

El Dr. Gómez dice que el atorrante es la más perfecta expresión del vagabundo; pero Zuccarini entiende que eso es un grave error, pues el carácter de vagabundo es secundario en el atorrante que tiene sus carácteres particulares; el atorrante, salvo caso de fuerza mayor, ama la vida sedentaria; es un hom-

bre solitario, un misántropo, por haber comunicado demasiado con los hombres, como dice Leopardi; evita la compañía de sus semejantes, sustituyéndola con la de las bestias en la mayoría de los casos.

El atorrante ha desaparecido ya de la República Argentina ó está á punto de desaparecer, recogido en los asilos, en los manicomios ó en las penitenciarías; pero es un tipo curioso, producido por el fracaso de las empresas intentadas ante el espectáculo de los éxitos alcanzados por otros.

***

El rey de los dandys.—Eduardo VII no se contenta con ser rey de Inglaterra y soberano de muchos otros países, sino que extiende su soberanía á todo el mundo elegante ó que pretende pasar por tal, imponiendo su gusto á todos los tipos modernistas del antiguo y del nuevo continente, pendientes de la forma de sus pantalones, del color de sus guantes y de su corbata, de la figura de su sombrero, de la horma de su zapato, de los canalones de su levita y de los botones de su chaleco; por eso es el rey de los dandys, soberanía que en su origen no fué ostentada por ningún monarca, pues el primero que la conquistó fué el nieto de un confitero, Jorge Brummel. Era todavía un simple estudiante de Oxford, y ya llamaba la atención por su modo de vestir; presentado al príncipe de Gales á principios del siglo pasado, le sedujo de tal modo por su elegancia, que el príncipe le nombró corneta en un regimiento de húsares. Brummel se cuidaba tan poco de sus deberes militares, que para reconocer su compañía tenía que galopar á través de las filas del regimiento hasta tropezar con la nariz enorme, bulbosa y carmesí de uno de sus soldados que le servía de señal; el día que dispusieron que aquel hombre pasara á otra compañía, Brummel, desorientado, no acertó á encontrar su sitio, y tuvo que sufrir la reprimenda de su coronel. Esto le disgustó del servicio militar, haciéndole presentar la dimisión

y establecerse en Londres. No era rico, pero tenía el arte de vestirse con tanta elegancia, y había, sobre todo, en su persona, en sus gestos, en sus maneras, en su modo de obrar, de hablar y de conducirse, tal mezcla de finura, impertinencia y gracia, que le hacían á la vez insoportable y encantador.

Todos los *dandys* de Londres se lo disputaban, y el mismo príncipe de Gales, que tenía grandes pretensiones de dandysmo, asistía á veces á su tocador para tomar lecciones del rey de la moda. El exclusivismo de la aristocracia inglesa no rezaba con el nieto del confitero; en todas partes era recibido; y cuando llegaba al baile ó al teatro, todos tenían á mucha honra que se viera que le conocían y le trataban. Mejor hubiera puesto su sastre en su muestra «Proveedor de Brummel» que «Proveedor del rey».

Cultivaba la insolencia, que, por ser suya, se le dispensaba siempre. A un joven lord que le reclamaba cierta cantidad prestada, le contestó:

—La otra tarde, cuando pasaba usted por la puerta del Club, le he saludado á usted con la mano, delante de todo el mundo, y le he dicho á usted: «¡Buenas tardes, Jumny!» ¿No estamos pagados con eso?

Otra vez encontró en el Parque á un joven con los cabellos ridículamente rizados, que llevaba á su lado en el coche un perro de aguas:

—Coche de familia, ¿eh?—exclamó impertinentemente Brummel.

Otro día le preguntaron en el Club:

—Pero ¿dónde ha comido usted ayer?

—En casa de un tal R...—respondió.—Presumo que desea que me fije en él, y por eso me ha dado de comer; yo me había encargado de las invitaciones y había invitado á Alvanley y algunos otros; la comida era muy buena; pero, querido, ¿concibe usted mi asombro cuando he visto que el Sr. R... tenía la desvergüenza de sentarse á la mesa con nosotros?

A veces, El Hermoso, que era como se le llamaba, no te-

mía burlarse hasta del mismo príncipe de Gales, llevando las cosas tan demasiado lejos, que el príncipe, á la larga, acabó por hartarse de él; riñeron, y llegó un día en que Brummel, arruinado, tuvo que dejar Inglaterra. Establecido al principio en Calais y nombrado después cónsul en Cannes, el antiguo rey de los *dandys* no acertaba á ganarse la vida y tuvo que terminar su existencia en un asilo.

Un francés, el conde de Orsay, recogió el cetro de Brummel; él fué quien, sorprendido por la lluvia en medio de un paseo, á caballo, vió á un marinero cubierto hasta las rodillas con una chaqueta de paño basto.

—¿Quieres venderme tu traje?—le pregunto d'Orsay.

—Pero, señor....

—Ahí tienes dos guineas.

Media hora más tarde, d'Orsay hacía su entrada en el Parque, vestido con la chaqueta del marino puesta sobre su traje. La lluvia había cesado; toda la *fashion* londonense estaba allí. Al día siguiente, diez jinetes se mostraban con largas y anchas chaquetas de paño grueso, semejantes á la que d'Orsay llevaba la víspera, y así nació el paletot moderno.

Hoy el rey de la moda es un rey de verdad, y Eduardo VII lleva su cetro sin las impertinencias de Brummel.

***

Una página curiosa de Gui Patin.—El inglés Guillermo Osler, hojeando las cartas del «más grande *epistolero* de Francia», como Sainte-Beuve llamaba á Gui Patin, el famoso decano de la Facultad de Medicina de París en los comienzos del reinado de Luis XIV, ha descubierto en la Biblioteca Nacional de París el juicio crítico de Patin sobre el autor de la *Religio Medici*, documento curioso que vale la pena de ser recogido en estas páginas, y que dice así:

«Juicio del Sr. G. P. D. M. A. P. sobre el autor del libro titulado *Religio Medici*.» «El autor de este librejo se dice in-

glés, y puede ser que lo sea; pero de cualquier país que sea, es cristiano, hugonote, beatón y supersticioso. Aborrece las ceremonias de la iglesia romana. Desea la reunión de todos los cristianos y se queja de estar excomulgado por el Papa como hugonote, aunque no le quiera mal.

»Pretende que su religión es muy juiciosa, fundada en la filosofía y el raciocinio. No está muy firme en su creencia; su beatonería le impide ir al ateísmo, donde acaso llegue con su filosofía, que está poco segura; pero no es todavía bastante malo para eso. Su espíritu escrupuloso y supersticioso le retiene; es un melancólico contemplativo, un solitario meditativo. Tal vez no es tan hombre de bien como dice. Hace el filósofo y el espíritu sutil, y luego en seguida se hace beatón.

»No es tan hugonote que no se hiciera papista antes que morir. Cree en los ángeles de la guarda y en los milagros del Japón, pero desconfía de los jesuítas. No quisiera negar del todo la intercesión de los santos. Cree en los hechiceros y en la vuelta de los espíritus, muy frecuentemente, tan tonto es (página 122). Es melancólico, hasta ponerse loco, y glorioso santurrón. Desconfía del fin del mundo, y no sabe qué creer de ello. Cree mucho en Dios, en la inmortalidad del alma y en la vida eterna é *in Christum crucifixum, in quo solo salutem reponit.* No sabe qué creer de la entrada del cielo, y no es en este artículo firme hugonote. Espera ver en el gran juicio muchos grandes efectos de la misericordia de Dios.

»Confiesa que es médico; pero me parece tonto y fatuo, cuando quiere tanto que se haga caso de sus oraciones á Dios. *Non requirit aeger medicum precantem sed sanantem.* No está todavía casado, ni tiene mucha gana de estarlo, ni tampoco necesidad. Es médico y no razona mal. Tiene la muerte por el mayor remedio que haya en la naturaleza, en tanto que remedia todos nuestros males y nos abre la puerta de la inmortalidad. Cree del diablo tanto como el más tonto y el más beato de todos los frailes, pues cree que esa fea bestia metafísica se encuentra en todas partes; pero, por desgracia para él,

no es tan listo como nuestros frailes, que hacen provisión de agua bendita para echarlo á todas horas. Tiene de bueno, que es muy feliz y está muy contento. Confiesa que es naturalmente melancólico y saturniano. Quisiera no servir á Dios más que en sueños. Para reformado, es muy beato. Hace mucho caso del sueño, y no se atrevería á dormir sin haber rogado á Dios.

»Es muy buen hombre, muy caritativo y tiene mucho ingenio. Reduce la felicidad humana á tres cosas, á saber: paz en la conciencia, imperio sobre sus pasiones y piedad para con Dios y con nuestro prójimo, que es la caridad cristiana y la verdadera marca de un hombre de bien contra un hipócrita; y es la mejor frase que haya en todo su libro.»

***

Pensamientos inéditos de Barbey d'Aurevilly.—Santiago Crepet publica en *La Revue* de París algunos pensamientos, entre los cuales figuran los siguientes: «Respuesta de N. á los saduceos sobre la cuestión de los maridos de la mujer resucitada: ¿Cuáles serán las relaciones de esta mujer con sus siete maridos después de su resurrección? No sabéis ni las Escrituras ni el poder de Dios, porque en el día de la resurrección, los hombres no tendrán mujeres ni las mujeres maridos: estarán como los ángeles en el cielo.»

En la noche negra, en una mesa negra, una hormiga negra. Dios la ve y la oyé. (*Proverbio turco.*)

La palabra que no he articulado es mi esclava; la que he pronunciado es mi señora. (*Proverbio árabe.*)

¿Qué es, en general, un viajero? Es un hombre que se va á buscar un cabo de conversación al cabo del mundo.

En una sociedad que cada vez se hace más materialista, el confesor es el médico.

Comprendo la rabia contra Dios; no comprendo su negación.

Este tiempo no tiene ni aun la energía de ser ateo. Los que

dicen serlo, mienten. No es ateo quien quiere. En el siglo XIX todo se limita, en todas las cuestiones, á la opinión de Bridoisón: «No sé qué pensar...»

El genio toma imparcialmente flechas de parcialidad en todos los carcajes.

No somos viejos sino para los que vienen detrás de nosotros; para los que han envejecido con nosotros, siempre somos jóvenes.

Todo el carácter francés en una frase:—¿Toca usted el clavicordio?—preguntaban á un gentilhombre francés.—No sé—respondió,—no he probado nunca; voy á ver.

Hay dos especies de coraceros en el campo de batalla de la vida: los unos tienen coraza para no ser heridos; los otros se la ponen cuando están heridos y sangran.

Hay días en que, verdaderamente, es preciso respetar su cabeza para no romperla.

A cierta profundidad de lo real se encuentra siempre lo ideal; pero los que en las artes se llaman realistas no cavan nunca hasta allí.

El corazón de una mujer es siempre una carta que hay que jugar.

***

El secreto de Primi Visconti.—Procedente de la antigua casa de los Visconti, de Milán, Primi Visconti fué un sujeto que metió bastante ruido en la corte de Luis XIV. De él dice la señora de Sevigné, que se le hubiera tomado por la duquesa de Mazarino, una de las mujeres más bellas de su tiempo, si no hubiera sido la diferencia de sexo y de traje; pero no fué por su belleza ni por su nobleza por lo que hizo papel en la corte, sino por la fama que adquirió adivinando el carácter y condición de las personas y su porvenir por medio del examen de la escritura, que le hacía pasar por hechicero.

Luis XIV, después de haberse negado á los juegos grafoló-

gicos de Visconti, se decidió, á instancias de Madame, á entregar al adivino un billete que parecía escrito por su mano; Primi, sin vacilar, descubrió en él el alma de un viejo avaro y de un usurero; el billete, en efecto, era del presidente Rose, que imitaba la letra del rey admirablemente, y á quien convenía muy bien el juicio de Primi.

Luis XIV quiso saber á qué atenerse; llamó á Visconti y le dijo: «Primi, vuestro secreto, por el que os daré dos mil libras, ó la horca.» Visconti no tuvo más remedio que confesar. A su llegada á la corte, su bella figura, su talento, su facilidad para el trato con las mujeres, su finura, su audacia y hasta su misma jerga, mezcla de italiano y de francés, le hicieron notar por todos, y muy especialmente por el duque de Vendôme y por su hermano el gran Prior de Francia, que pensaron utilizarlo de un modo singular, lo encerraron durante seis semanas sin ver á nadie más que á ellos, y emplearon este tiempo en instruirle de la genealogía de las personas, de sus enlaces, de sus amistades, de sus amores, de sus odios y de todas sus historias, y cuando le juzgaron bastante informado, corrieron la voz de que conocían á un italiano para quien nada había oculto con sólo que viese algún escrito de la persona de quien se tratara.

La habilidad que Primi desplegó superó las esperanzas de sus educadores, y su éxito fué colosal.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

L'igiene del neurastenico, per G. S. Vinoj.—Milano, Società editrice libraria, 1909. Un vol. de 288 págs., 3,50 liras.

El autor de este libro—con el cual inaugura la importante casa editorial milanesa *Società editrice libraria* una «Biblioteca de medicina práctica de vulgarización científica»—es un especialista en enfermedades nerviosas y director técnico de un establecimiento hidroterápico destinado á la cura de ellas. Hay que suponerle conocedor de lo que trae entre manos y enterado perfectamente de cuanto hoy se sabe y se practica en cuanto se refiere á la índole de la neurastenia y al buen tratamiento curativo de la misma: lo que de hecho parece suceder. El libro á que la presente nota se refiere deberá ser, por lo tanto, un *Manual,* todo lo completo y expresivo que cabe dentro de sus límites de espacio, para con su lectura poder adquirir, cuando menos, un conocimiento suficientemente seguro y orientador de los problemas que á la dicha enfermedad se refieren. El autor se ocupa, por lo que á ella toca, en efecto, de todos los momentos en que la patología estudia las enfermedades: etiología, sintomatología, formas clínicas, diagnóstico, evolución, pronóstico, patogenia, higiene y terapéutica.

Sin embargo, la impresión de conjunto que se saca de dicha reciente obra es bastante vaga, quedando el ánimo del lector bien poco satisfecho verdaderamente y entregado á las mismas incertidumbres en que se hallara antes de emprender su trabajo.

Pero como esto pasa igualmente con otras análogas obras de diferentes autores, publicadas antes que la de Vinoj, lo más prudente parece concluir echando la culpa de la mentada indecisión, más bien que á éste y á los demás tratadistas, á lo intrincado y nebuloso de la materia. El comienzo de cuyo estudio es aún bastante moderno, para que puedan pedírsele las afirmaciones concretas y las indicaciones y soluciones, ó incontestables ó poco menos, que se hallan en otros capítulos de la patología que cuentan largos lustros y aun siglos de existencia.

Psicologia e spiritismo. Impresioni e note critiche sui fenomeni medianici di Eusapia Paladino, per Enrico Morselli.—Torino. Fratelli Bocca, editori, 1908. Dos tomos de XLVIII-459 y XVIII-586 págs., respectivamente, 15 liras.

He aquí un libro agradable por más de un concepto. Lo es ya por su exterioridad misma, sumamente bien cuidada, por su limpísima impresión, por el esmero con que se ha atendido á todas aquellas condiciones que causan placer á la vista de un lector y, mediante ella, al espíritu entero. Lo es también por la distribución, á más no poder ordenada, de la materia: pues cada cosa va en su sitio, con las mil divisiones, subdivisiones y numeraciones que ella impone, y que coadyuvan á hacer el estudio más fácil y provechoso que no lo sería de otra manera. Al mismo fin contribuyen igualmente las referencias exactas que en cada parte del libro se hacen á otras de él y un completo índice bibliográfico que va á la terminación de éste.

Pero es, sobre todo, un libro agradable por el asunto y por la maestría con que su autor lo desenvuelve. El asunto lo indica el título mismo de la obra; y para tratarlo ha tomado Morselli como ocasión y base una treintena de sesiones espiritistas dadas por la medium Eusapia Paladino, en Génova, y á las que asistió en calidad de espectador científico, y para fines de estudio directo, el notable neurólogo y psicólogo. Día por

día va éste escribiendo, con toda claridad, sencillez y orden, sus impresiones críticas sobre lo que en la anterior sesión observara; mas no como otro cualquiera lo podría haber hecho, limitándose á contar los fenómenos ocurridos en aquéllas, sino poniendo con tal motivo mil cuestiones de distintas clases, haciendo mil alusiones doctrinales y derramando por todo el relato cultura y erudición perfectamente oportunas, que encajan en él sin el menor esfuerzo y que lo elevan á la altura de un tratado científico. Es lo que pasa siempre con las obras, sean las que sean, de los hombres superiores, cuyo talento y cuyo saber imprime á aquéllas en todo caso un sello tan personal como indeleble, aun cuando sus autores no se lo propongan. El espíritu de cada cual se proyecta indefectiblemente (espontáneamente, que suele decirse) en todos sus actos. Y quien conozca á Morselli, filósofo, psicólogo, sociólogo y hombre de extraordinaria cultura y de extraordinaria pasión por la misma, comprenderá bien lo que puede ser una obra sobre psicología y espiritismo escrita por él. Además, ha consagrado mucho tiempo al estudio de la literatura tocante á este particular, tan interesante sobre todo en nuestros días, y de la misma ofrece abundantes (y también muy ordenadas) notas bibliográficas al comienzo de los dos volúmenes de que consta la obra, aparte de las muchísimas indicaciones de la misma naturaleza de que el texto de ésta se halla empedrado.

En cuanto al valor de los fenómenos denominados frecuentemente *espiritistas* y de las teorías que pretenden explicarlos —á lo cual consagra el autor la tercera parte de su obra y buena parte también de la primera y de la segunda,—he aquí cómo resume él mismo su pensamiento en pocas palabras: «La psicología científica me envió «antiespiritista» á estudiar el espiritismo: y el espiritismo, estudiado al través de la medianidad de Eusapia Paladino (y de una media docena de otros mediums privados, menos famosos, pero no menos queridos en los círculos espiritistas), me restituye «antiespiritista» de nuevo á la psicología. Todo lo más, traigo conmigo un pequeño

bagaje de convicciones metapsíquicas, adquiridas con la experiencia.»

La posición en que el autor se coloca, después de su viaje por el campo del espiritismo, me parece muy digna de un hombre de ciencia como él. Ya no es un escéptico, como lo era antes, respecto á la realidad de los correspondientes fenómenos. Admite la existencia indudable de gran número de ellos (no tanto, la de otros). Cree que hay aquí una serie de problemas nuevos de distinto orden (físicos, psíquicos, etc.). No encuentra hasta ahora ninguna explicación satisfactoria de los hechos metapsíquicos, no obstante ser muchísimas las hipótesis que tienden á darla. Piensa que se trata de fuerzas desconocidas, pero no extranaturales, sino perfectamente naturales, que no tardarán mucho en ser descubiertas, como ya lo han sido otras (ondas hertzianas, rayos X, etc.), poco ha desconocidas. Juzga, por consiguiente, que «dentro de algunos años, el espiritismo quedará eliminado por la metadinámica y por la metapsíquica.» Y mientras tanto, aconseja tomar muy en serio tan importante materia de estudio, en vez de contentarse con hacerla objeto de burlas (como á él y á otros les ha pasado), sin tomarse la menor pena de acercarse á un medium, ni asistir á una sesión espiritista.

El libro, en suma, no sólo orienta al lector sobre el estado presénte de la cuestión espiritista, sino que enseña la manera de tratar un asunto científicamente: con mucho saber, con mucha discreción, con mucha serenidad (que el autor, sin embargo, parece perder alguna vez) y hasta con mucho arte literario.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

Goya, por Valeriano de Loga 5

Recuerdos, por José Echegaray 32

Historia económica, por Anselmo Fuentes 44

Literatura fraudulenta: Cervantes y Adolfo de Castro, por Alberto Blanco 60

Parnaso internacional: Los dioses de Grecia, de Schiller 76

La Ciencia y los fenómenos espiríticos contemporáneos, por Antonio Gota Casas 82

España fuera de España: «La vida es sueño», de Calderón, por G. Carducci 104

La catedral de Sevilla, por Havelock Ellis 121

Un veredicto injusto (Troens-Magt).—Novela por Johan Bojer 130

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 160

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 170

Notas bibliográficas, por P. Dorado 204

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21. NUM. 249.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

SEPTIEMBRE 1909

MADRID

IMP. Y ENCUAD. DE V. TORDESILLAS

Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL CONDE DE ARANDA

Es este, sin duda alguna, el hombre más interesante de aquel núcleo de filántropos y reformistas que llenaron de gloria el reinado de Carlos III. De una capacidad verdaderamente extraordinaria y de aptitudes tan diversas, que se distingue como militar, hace época en nuestra historia como político, y como diplomático y economista tuvo grandes iniciativas y felices aciertos. No hay detalle en la vida de este gran prócer que pueda ser indiferente, y menos, despreciable. Y, sin embargo, apenas si de Aranda conocemos más que al hombre político, y aun en este terreno, de un modo tan deficiente como son los estudios que pueden ofrecer las parcialidades de escuelas ó de partidos.

En el castillo de Siétano, cerca de Huesca, solar principal de su linaje paterno, vió la luz D. Pedro Pablo Abarca de Bolea, el día 1.° de Agosto de 1719. Con los timbres y honores de su ilustre casa, elevada desde el siglo XVI á la grandeza, le esperaban al nacer hasta veintitrés títulos de Aragón y de Castilla, todos ellos con estados ricos que producían una cuantiosa renta (1).

(1) Los condados de Aranda y Castelflorido. Los marquesados de Torres, Villamant y Rupit. Los vizcondados de Biota, Rueda y Folch. Las baronías de Garru, Sietamo, Clamora, Eripol, Trasmor, La Mata, Castelviejo, Antillón, Almolda, Cortes, San Ginés, Rabobillet, Orean y Santa Coloma de Farnés. Los señoríos de Alcadaten, Rodillar, Maelta y otros.

Apenas cumplidos los diez años, cuando su padre, el noveno Conde de Aranda, lo envió al Seminario de Bolonia, el Instituto de más fama entonces en Europa, no sólo por la sabiduría de sus profesores, sino por la variedad de sus enseñanzas. Allí permaneció D. Pedro Pablo ocho años, cursando latín, matemáticas, historia y geografía; aprendió el francés y el italiano, y habiéndose despertado su vocación por la carrera de las armas en los últimos años de su permanencia en el Seminario, se dedicó con entusiasmo á los estudios de fortificación, táctica y ordenanzas militares.

Vuelto á España, obtuvo en 17 de Junio de 1740 plaza de capitán de granaderos del regimiento Inmemorial de Castilla, hoy del Rey, del cual era su padre coronel en propiedad. Pero á los dos años falleció el Conde, y con todos los títulos y estados entró D. Pedro Pablo en posesión de la plaza de coronel efectivo de dicho regimiento.

Pronto se le ofreció al nuevo Conde de Aranda la ocasión de acreditar su vocación por la noble carrera de las armas. Era por esta época cuando emprendíamos la guerra con Austria, y el regimiento de Castilla pasó á Italia.

La primera acción seria en que se encontró el Conde fué en la batalla que tuvo lugar en Campo Santo, el 8 de Febrero de 1743, de donde, después de una sangrienta refriega de seis horas, salió herido en una pierna. Su conducta en esta jornada le valió el grado de brigadier, con lo cual llegaba á oficial general á los veintitrés años de edad. Con el ejército de Gages concurrió después á la sorpresa de Velletti y al combate de Ottagio; se distinguió en los sitios y tomas de Senavalle y de Plasencia, y en la sorpresa de Pavía. Combatió en primera línea en la sangrienta batalla de Plasencia, que costó al ejército español 4.000 vidas, y el Conde quedó gravemente herido en Génova, por cuya acción fué promovido en 12 de Abril de 1746 al empleo de mariscal de campo (1).

(1) «Capitanes generales del Ejército español.» D. Laerbo de la Pe-

El espíritu del Conde no se acomodaba bien á la quietud del reposo, y menos le atraían á España los trabajos y vanidad de la Corte. Así es que, próxima á terminar la campaña de Italia, pidió y obtuvo un año de licencia para viajar por Europa. Visitó las capitales de más renombre, abriéndole su posición las puertas en todas las Cortes y facilitándole las mejores amistades. En París fué donde más tiempo estuvo, en íntimo contacto con los enciclopedistas, llegando á tratar familiarmente á Voltaire, Diderot, Alembert, Fontenelle y á otras ilustres personalidades en la literatura y en la ciencia.

Transcurrido el año de licencia, vino á la Corte, desempeñando las funciones de gentilhombre de cámara. Por esta época (1749) se celebró con gran solemnidad su matrimonio con su prima D.ª Pilar de Silva, hija de los duques de Híjar, de cuyo matrimonio no hubo más sucesión que un hijo que falleció poco después de su nacimiento.

Su afición á los estudios militares le hicieron salir de nuevo á Europa; fué á Alemania y se hizo presentar al gran Federico II de Prusia, asistiendo á las maniobras que éste dirigió en Postdam en 1751. Estuvo meses enteros en Berlín, en Viena y en Dresde, y luego regresó á París á refrescar sus amistades de la primera época.

Poco después fué promovido al empleo de teniente general (1755) y nombrado, á instancia de su grande amigo Wall, sucesor de Ensenada, embajador de España en Portugal, cargo que desempeñó muy poco tiempo por sus discordias con el célebre marqués de Pombal, y para resarcirlo de la escasa duración de la embajada, se le confirió, al regresar á España, el collar del Toisón de oro.

Adornaron á Aranda todas las virtudes del buen militar: «valor grande, capacidad mucha y conducta buena» son las notas que se consignan en su hoja de servicios, que se conser-

---

zuela. De la Academia de la Historia, cap. XLVII.—J. Clonard, *Historia de la Infantería y Caballería española.*

va en Simancas (1). Sus grandes conocimientos de las ciencias militares le llevaron á la dirección de las armas facultativas de artillería é ingenieros; pero sus diferencias con el marqués de la Mina, la resistencia que á sus proyectos de reforma hacía el ministro de la Guerra, el marqués de Eslaba, y sobre todo, la advertencia de «que en lo sucesivo midiera más sus explicaciones con Mina», que recibió de orden del Rey, hirió de tal modo su extremada susceptibilidad, que en 1757 renunció á todos sus empleos y honores militares.

Retiróse el Conde á sus estados de Aragón, después á su casa de Zaragoza, donde le sorprendió la muerte de Fernando VI, ocurrida en 9 de Agosto de 1759. Hombre de espíritu inquieto y de una actividad incansable, el Conde entretenía sus ocios en una gran obra: en fomentar, con el célebre canónigo de Zaragoza, D. Ramón Pignatelli, las obras del canal de Aragón, paralizado desde la muerte de Campillo. En esto se ocupaba, cuando Carlos III, viniendo de Nápoles por Barcelona, se presentó en Zaragoza para salir al día siguiente con dirección á Madrid; pero la enfermedad del príncipe de Asturias primero, y de la reina después, retuvo allí á la familia real algún tiempo.

Bien pronto se granjeó Aranda la voluntad de Carlos III, lo bastante para que el 11 de Marzo le restituyese su empleo de teniente general y le nombrara embajador extraordinario cerca de su suegro el rey Augusto de Polonia. Las aspiraciones del Conde no eran, por cierto, la Corte de Varsovia; pero siendo embajada de familia, no la pudo desdeñar.

En Varsovia estaba cuando, á fines de 1761, llegaron á sus noticias los preliminares del desastroso pacto de familia que luego celebró Carlos III con Luis XV. Previó Aranda el rompimiento con la Gran Bretaña, y despertándose en él todo el ardor de su espíritu militar, solicitó un importante cargo de campaña. Declarada la guerra, el Conde fué primeramente

(1) Examinada y citada por el señor de la Pezuela.

destinado á mandar una división del ejército que operaba en Portugal; después, por la dimisión del marqués de Sarria, quedó Aranda encargado del mando supremo del ejército, dirigiendo sus operaciones con gran pericia y gran acierto hasta firmarse la paz, en 1.° de Febrero de 1763, de que tan necesitadas estaban las potencias beligerantes.

Habiendo fallecido el virrey de Valencia, Bailio, y capitán general, D. Manuel de Sada, confirió el Rey en propiedad el mando de aquel reino y del de Murcia al Conde de Aranda en Marzo de 1764, y poco después se le promovía al último grado de la jerarquía militar: á capitán general de los ejércitos. En Valencia encontró ancho campo en que desarrollar sus grandes iniciativas; limpió de malhechores aquellos territorios, reformó los mercados, cuidó mucho de la policía de abastos, mejoró el aspecto público de las poblaciones y hasta llegó á establecer, con un orden antes desconocido, la distribución de aguas en las huertas de Valencia y Murcia.

El famoso motín de Madrid, vulgarmente «de Squilache» (10 Marzo 1766), tomaba caracteres tan alarmantes, que la guarnición no bastaba para reprimir el tropel de sediciosos, que obligaron al mismo Rey á trasladarse á Aranjuez después de capitular con una comisión de amotinados.

En circunstancias tan críticas se nombra á Aranda gobernador del Consejo de Castilla, á la vez que capitán general del distrito de la capital. Pero en esta ocasión, el nombramiento del Conde para la presidencia del Consejo no significaba «una mera sustitución de personas, sino un cambio profundo en la política» (1).

El carácter personal del Conde, su popularidad y la serie de medidas que adoptó desde el Consejo de Castilla, de este modo lo expresa y resume D. Modesto Lafuente (2):

«Hombre de carácter afable y llano, y por esto solo ya

(1) Danvila, *Reinado de Carlos III.* Madrid, 1893; tomo II, pág. 362.
(2) Décimocuarto, pág. 186; 1889, Madrid.

agradaba al pueblo, hízosele mucho más asistiendo á los teatros y á los toros, y dejándose ver en las calles y en los paseos en coche sin cortinas; manera de andar desusada por los presidentes, sus antecesores, ya en uso de un privilegio del cargo, de que él mismo quiso desprenderse, ya por haber estado aquella dignidad mucho tiempo desempeñada por obispos y cardenales. Los madrileños agradecían aquella especie de llaneza que no estaban acostumbrados á ver, y la autoridad que logra captarse la benevolencia y afecto del pueblo, tiene una gran ventaja para dirigirlo, y más si reúne, como el de Aranda reunía, el nervio y el vigor que se requiere para reprimir con mano fuerte los desmanes en los casos necesarios.

»Una de las primeras medidas que adoptó el nuevo presidente, fué limpiar la capital de vagos, gariteros, mendigos, cuya robustez les permitía trabajar, y mujeres de mal vivir, polilla siempre de la sociedad y gente en todas ocasiones la primera á engrosar los alborotos y á explotar los disturbios, como quien en ellos no teme nunca perder y espera siempre salir ganando. Ni aun á los eclesiásticos que carecían de empleo ó de comisión que legitimara su estancia en la Corte, les permitió permanecer en ella, sin que les sirviera de pretexto el recurso de que algunos intentaron valerse de meterse á postuladores de limosnas para santos, ermitas, santuarios, comunidades ú hospitales. Para el mejor orden y gobierno de la población, la dividió en ocho cuarteles, cada uno de ellos subdividido en otros tantos barrios, regidos por alcaldes nombrados por los mismos vecinos y encargados de la policía y de la seguridad y el orden de su respectiva demarcación ó distrito. Con esto consiguió Aranda ir restañando las heridas causadas á la sociedad por los recientes desmanes, con general satisfacción, porque se decía de él, y lo confesaban los mismos comprometidos en la sedición, que hacía justicia sin excepción de personas.»

La Corte seguía en Aranjuez, donde la habían llevado los motines de Marzo y de Abril, provocados por Squilache, al

intentar de un modo tan violento y despótico la reforma del traje nacional.

Los recelos del pueblo con el Monarca, y del Monarca con el pueblo, eran cada vez mayores, é iban creciendo á medida que se prolongaba la estancia del Rey en Aranjuez, por lo cual la vuelta de la Corte á Madrid era una necesaria medida de buen gobierno, que sólo podía llevar á cabo en aquellas circunstancias el talento y habilidad política del Conde de Aranda. Para ello tuvo la acertada idea de recabar de las corporaciones principales y la nobleza, del pueblo, Ayuntamientos y gremios, que dirigieran al Rey exposiciones reprobando los pasados sucesos y suplicándole que regresara á su capital para consuelo de su pueblo. Por la persuasión logró también que toda la gente notable adoptase la capa corta y el sombrero de tres picos, ejemplo que bien pronto imitaron la clase media y los mismos plebeyos, tan contrarios antes á aquella novedad cuando se intentó imponerla por la fuerza. Obtenida por medios tan políticos la reforma del traje nacional, renació la tranquilidad en todos los espíritus, logrando el Conde la admiración hasta de sus adversarios políticos, entrando la corte en Madrid el día 1.° de Diciembre entre los aplausos y aclamaciones de todos.

La filosofía de los enciclopedistas—dice Menéndez y Pelayo—se había sentado en todos los tronos (1). A Pombal, en Portugal, responde Choiseul en Francia; Lanucci, en Italia, y Aranda, en España, con la expulsión de los jesuitas y el abatimiento del poder de la Inquisición.

A principios de 1767, sólo se advertía en Madrid calma y alegría. El sobresalto de todas las clases de la población fué grande cuando, al despertarse en 1.° de Abril de ese año, vieron cercados de tropas todos los conventos y casas que ocupaban los PP. regulares de la Compañía de Jesús, su Colegio imperial de San Isidro, su Seminario de Nobles, sus sucursa-

(1) *Historia de los heterodoxos*, pág. 198, tomo III.

les de San Jorge y los Escoceses, su Noviciado y su Casa profesa. Se les notificó un Real decreto disponiendo que todos los individuos de la Compañía de Jesús fueran para siempre extrañados de España y sus dominios, sin poder llevar más que los efectos de su propiedad personal, y quedando embargados todos los de la orden, muebles é inmuebles. Pronto se dió cumplimiento al mandato, siendo dirigidos con buena escolta á Cartagena, para embarcarse para Italia, todos los jesuítas que residían en Madrid, cumpliéndose en el mismo día y á la misma hora igual providencia con los jesuítas de todos los demás colegios y casas conventuales de Sevilla y los otros puntos de España donde residían.

Pero, más que la destrucción de la Compañía, le interesaba á Aranda el abatimiento del poder de la Inquisición; empresa que acometió con bríos desde el Consejo, manteniendo la plenitud de las regalías del trono y reduciendo cada vez más la jurisdicción inquisitorial. Surgió por esta época una cuestión de competencia entre la Auditoría de Guerra de Madrid y el Tribunal del Santo Oficio, en una causa militar, por el delito de bigamia. El Tribunal de la Inquisición reclamaba para sí el conocimiento del asunto, por considerarlo de su competencia, y entonces apareció el célebre decreto de Enero de 1770, por el que se prohibió á la Inquisición que en adelante interviniera en procedimientos por delitos comunes; medida que se interpretó, no sólo como un triunfo del poder temporal, sino como una prueba de la resolución de la corona á combatir los abusos del Santo Oficio (1).

Estos hechos han sido los que realmente han dado popularidad al nombre de Aranda, apenas conocido y menos apreciado por sus reformas en el orden administrativo, en el eco-

(1) Del cual le escribía Voltaire: «Conservo como reliquia preciosa el decreto solemne de 7 de Febrero de 1770.» Citado por Menéndez Pelayo. Idem íd., pág. 201.

nómico, en el social, etc., que á él se deben las más importantes de las que se realizaron en aquella época.

Transformó Aranda el régimen municipal de toda España. El famoso auto de 5 de Mayo de 1766, aunque sólo se refería á los abastos de los pueblos, permitió que el elemento popular entrase en las corporaciones municipales. Para evitar á los pueblos las vejaciones que por mala administración ó régimen de los concejales padeciesen en los abastos, y que todo el vecindario supiese cómo se manejaban, se ordenó en los pueblos que llegaran á 2.000 vecinos, intervinieran, con la justicia y regidores, cuatro diputados, que nombraría anualmente el común, por parroquias ó barrios, con facultades para promover juntas en que se tratara de los abastos, y con prohibición de que las municipalidades deliberaran acerca de este asunto sin asistencia de ellos. Los pueblos de menos de 2.000 vecinos elegirían dos *diputados del común,* y donde el oficio de procurador síndico fuera enajenado, ó estuviese perpetuado en alguna familia, ó recayese por costumbre ó privilegio en algún regidor individuo del Ayuntamiento, debía el común nombrar y elegir anualmente, guardando hueco de dos años á lo menos, y los parentescos hasta cuarto grado inclusive, un *procurador síndico personero del público,* el cual tuviera asiento á inmediación del procurador síndico perpetuo, y voz para pedir y proponer cuanto conviniese al público en general. Todos los seculares y contribuyentes tenían el derecho de elegir veinticuatro comisarios en los pueblos donde no hubiera más que una parroquia, y doce en los otros, por cada una de ellas, cuyos comisarios elegirían después los diputados y el personero; y como el ser preferido para estos empleos dependía del concepto público de los individuos, se determinaba en la instrucción que dichos cargos podían recaer provisionalmente en los nobles y plebeyos, por ser enteramente dependientes del concepto público; pero servirían, á cada uno en su clase, de distinción y mérito, y se podrían alegar como actos positivos. A esta disposición, cuya trascendencia política no es posible des-

conocer, siguió la resolución de 6 de Octubre y cédula de 13 de Noviembre de 1766, separando los corregimientos de las intendencias, para que los primeros ejerciesen las facultades de justicia y policía que las leyes concedían, y los segundos se limitasen á los ramos de Hacienda y Guerra (1).

Otra gran reforma de Aranda fué la monetaria. Con ella cerró las heridas abiertas á la monarquía española con las mudanzas y arbitrios de la casa de Austria. Extinguió toda la moneda de oro, plata y cobre, la refundió y labró otra nueva con mayor perfección, y de ley y de peso muy cumplidos, dando así toda la verdad y fijeza al medianero en los cambios, y respetando como un sagrado depósito la fe de los contratos (2).

La expulsión de los jesuítas privó á España de una parte de su población, pero la misma mano que decretaba el extrañamiento de 4.000 jesuítas, compensaba esta pérdida de población con la admisión de 6.000 colonos para poblar los desiertos de Sierra-Morena.

Gran parte del resultado de esta colonización dependía de las condiciones del superintendente que se nombrara, y el Conde de Aranda propuso para dicho cargo al honrado y genial D. Pablo de Olivares, que en poco tiempo, y con un gasto de poco más de diez millones de pesetas, conquistó al desierto más de cien leguas cuadradas de territorio en el de las provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla, formando cuarenta y cuatro pueblos con más de 30.000 habitantes. Es notabilísimo el fuero ó constitución que redactó para las nuevas poblaciones Campomanes, y que forma parte de la Novísima Recopilación (VII, XXII, 3): «Es la imagen viva—dice Costa—de una sociedad ideal, tal como la concebían, dentro de las condiciones de lo posible, los repúblicos y economistas de la comunión de Aranda: sociedad sin mayorazgos, vinculaciones ni manos

(1) Danvila, *Historia de Carlos III*, tomo VI, pág. 96.
(2) Idem íd., pág. 259.

muertas (cap. 10); sin frailes ni monjas (77); sin doctores (75), y con escuelas primarias de asistencia obligatoria (74); sin oficios de república perpetuos y enajenados, sino temporales y de elección, y de elección popular (14); sin ganaderos que no fuesen labradores, ni labradores que no fuesen ganaderos (67-76), y con viviendas diseminadas por los campos, formando cada labranza coto acasarado (71), no estando permitido juntar, ni aun por causa ó con ocasión de matrimonio, dos ó más de estas haciendas ó labranzas (62)», coronando á esta hermosa creación de Olavides, Campomanes, y sobre todo del gran Aranda, el éxito más completo (1).

El gran número de diversas contribuciones que componían el sistema tributario (las rentas provinciales, alcabala, ciento y millones, fiel medidor, velas de sebo, jabón, etc., y así hasta treinta y seis diferentes), no sólo producía confusión y embarazo para la cobranza, sino que se prestaba también á reprobados manejos. La desigualdad en los repartos era notoria; las exenciones, muchas. La alcabala arruinaba á la agricultura, y los millones encarecían los artículos de primera necesidad, las materias laborables y los jornales, etc. (2).

Aranda recogió toda esa derrama de impuestos y los refundió en una *contribución única,* que no era sino un impuesto general sobre la renta de 3 rls. y 4 mrs. por cada 100 rls. de las utilidades líquidas de las tierras, de las industrias y del comercio (3). Esta forma de imposición se decretaba en España en 4 de Julio de 1770, adelantándose con ello Aranda al pensamiento de Pitt, que en 1789 decretaba una forma de imposición parecida en Inglaterra, el Income-tax, que con tanto éxito llega á nuestros días.

A Aranda, por último, se le debe el primer censo de la población, después del que formaron los Reyes Católicos, ofre-

(1) Cota, *Colectivismo agrario.* Madrid, 1898; pág. 118.
(2) *Historia Administración.* Cos Gayón. Madrid, 1851; pág. 227 y 257.
(3) *Diccionario Hacienda.* Canga Argüelles.

ciendo un resultado en la España peninsular de 9.159.992 habitantes en 1768, y el establecimiento de las contadurías de hipotecas, precedente inmediato del régimen hipotecario vigente.

Sus diferencias con el marqués de Grimaldi, en la gran cuestión de las Malvinas, determinaron su salida del poder, nombrándosele, según su deseo, embajador de España en Francia en el mes de Junio de 1773.

La política de Carlos III en el exterior fué en un principio la misma de su hermano: de una absoluta neutralidad entre Inglaterra y Francia. Cambió luego, y un Rey tan prudente en la administración interior de sus pueblos no supo calcular los males que necesariamente había de acarrearnos el sostener con Francia la rebelión de las colonias del Norte de América frente á Inglaterra, y el funesto pacto de familia lanza á España por segunda vez, en 12 de Abril de 1729, á la contienda que con Inglaterra emprendió Francia para favorecer la independencia de las colonias del Norte de América.

Feliz momentáneamente aquella lucha para la casa de Borbón, por el éxito de algunas operaciones, aunque tan desastroso para España, por sus consecuencias, fué el Conde el único plenipotenciario en nombre de España para las negociaciones de la paz. Trasladóse á Londres, y después de muchas conferencias con el de Inglaterra, no consiguió su empeño por la restitución de Gibraltar, que era el principal punto de sus instrucciones. El Conde de Aranda predijo entonces la pérdida inevitable de nuestra América, como consecuencia de la imprudente guerra que se había hecho, y para atenuar sus malos efectos propuso la erección de tres reinos, Méjico, Perú y Costa Firme, para tres Borbones españoles.

En Londres perdió Aranda á su primera esposa, D.ª Ana María Pilar de Silva, el 24 de Diciembre de 1783. Los anhelos de tener sucesión apresuraron su segundo matrimonio con su sobrina, D.ª María Pilar Fernández de Híjar de Silva y Aranda, que se celebró en 14 de Abril de 1784. Y habiendo

manifestado al Rey su deseo de regresar á España, fué sustituído en la embajada de París por el Conde de Fernán Núñez.

La caída de Floridablanca llevó de nuevo al Conde, ya de setenta años, al Consejo de Estado. La primera providencia que tomó fué la de suprimir la Junta de Estado, creada por Floridablanca, que, en sentir del Conde, debilitaba la autoridad y prestigio del Consejo de Castilla, ya que se había formado segregando algunas funciones á éste.

Pero el paso de Aranda por el poder en esta época fué muy breve y además lleno de infortunios. La sinceridad y franqueza de su carácter, que como buen aragonés poseía en alto grado, le costaron en esta ocasión, primero, su caída; después, el destierro.

Es autorizada tradición que cuando Godoy fué elevado á la grandeza, hizo al Conde la visita de estilo como presidente del Consejo de Castilla. Y según uso entre los grandes, le dirigió la palabra tuteándole; habiéndole Aranda contestado con el usted, se sorprendió Godoy, y le preguntó de qué manera había de tratarle. El Conde le replicó *que con tal que fuera de igual á igual, como quisiera*.

Sea ó no cierto este encuentro con Godoy, lo cierto es que cuando más se aferraba el Conde en moderar las exigencias del embajador de la revolución, Bourgoing, fué llamado Aranda á palacio, y con expresiones lisonjeras le significaron SS. MM.—dice Lafuente—su voluntad «de que, en atención á su avanzada edad, se retirara á descansar de los negocios públicos. Poco después fué enviado el ministro de Marina, D. Antonio Valdés, á su casa á comunicarle de oficio que había cesado en el desempeño del ministerio de Estado (15 Noviembre 1792), bien que conservándole todos sus honores y el sueldo de decano del Consejo. Y fué Godoy, joven de veinticinco años, quien reemplazó al anciano de Aranda.

Conservaba la importante plaza de decano del Consejo de Estado, y asistía regularmente á sus sesiones. En una que presidió el Rey, el 14 de Marzo de 1794, se leyó una exposición

de Aranda, insistiendo más que nunca en su constante parecer contrario á la guerra con Francia. Impugnóla Godoy, ya capitán general de los Ejércitos, con expresiones tan duras, que hirieron la natural irritabilidad del Conde, originándose de aquí un altercado en que tuvieron que interponerse los consejeros para serenar á los dos contendientes. Acordóse que el desagradable incidente entre Aranda y Godoy quedaría reservado en el Consejo; mas todos consideraron, como consecuencia del acalorado debate de aquel día, el destierro que inmediatamente se siguió del Conde de Aranda (1).

No había transcurrido una hora después de terminada la sesión del Consejo, cuando se le presentó un escrito con una Real orden mandándole salir para Jaén en término brevísimo. Púsose en camino para Jaén, donde llegó á los cuatro días. De Jaén mandósele trasladar á Granada. De aquí fué á Alhama para tomar las aguas minerales, y después á Sanlúcar de Barrameda, cuyo clima le aconsejaron. Pero viendo que no se reponía, solicitó y obtuvo del rey permiso para trasladarse á su palacio de Epilu, donde, ya viejo, achacoso y postrado por el asma, falleció en la madrugada del 9 de Enero de 1798.

El Conde de Aranda no dejó sucesión de ninguno de sus matrimonios, y su viuda casó en segundas nupcias, en 1808, con D. Francisco Fernández de Córdoba, barón de Erpés, y luego capitán general de los Ejércitos.

De este gran patricio, promovedor de todas las reformas de progreso moral y materal que llenaron de esplendor el reinado de Carlos III, sólo cabe repetir el epitafio que años después de su muerte se colocó sobre su sepulcro: que «la patria lo llora y lo bendice agradecida».

FRANCISCO ESPINOSA Y GONZÁLEZ-PÉREZ

(1) Sobre este incidente hay versiones muy diversas. La consignada es la del Sr. Lafuente. Don Andrés Muriel sostiene una versión contraria, atribuyendo á los palabras del Conde el motivo de tan desagradable incidente.

LOS PRIMITIVOS PINTORES ESPAÑOLES

LOS ITALIANISTAS DEL TRESCIENTOS

La Exposición retrospectiva de Zaragoza puso de manifiesto un gran cuadro, de fondo de oro, que es un monumento histórico.

Un rey y una reina, acompañados de un príncipe y de una princesa, donantes minúsculos, están arrodillados á los pies de una Virgen que amamanta al Niño, sentada en un cojín, y á la que unos ángeles adoran, inclinados en su vuelo inmóvil. La tabla está perfectamente conservada. Con sus figuras dulces y finas, sus colores claros y preciosos (1), sus oros impresos y labrados, tiene el aspecto de un retablo italiano del *Trecento*. Sin embargo, no pudo ser pintado en Italia. El rey, cuyo nombre—Enrico Rege—ha sido torpemente borrado al pie del cuadro, no es otro que Enrique de Trastamara, el bastardo que combatió á su hermano el rey de Castilla, Pedro, llamado el

(1) El manto de la Virgen es del más bello azul de Ultramar; está adornado con pájaros, ligeramente pintados de amarillo; el forro del manto es de esa lana llamada de Florencia en los siglos XIV y XV. Las dalmáticas de los ángeles, los justillos del rey y del infante, el traje de la reina y el de la infanta son de un tono anaranjado, sobre el que juega un puntillado de oro. El traje del Niño es de oro.

Cruel, con ayuda de Duguesclín; al principio, vencido y obligado á refugiarse en Francia, venció luego, y reinó, después de haber mancillado sus victorias con un cobarde é inútil fratricidio, en el que tuvo por cómplice al personaje bretón, su aliado.

La identidad del rey representado á los pies de la Virgen es cierta. Haciendo juego con las armas reales de Castilla y de León, pintadas en uno de los ángulos superiores del cuadro, se ve el escudo de la reina Juana, mujer de D. Enrique II é hija de un noble castellano, D. Fernando Manuel, señor de Villena. El infante, arrodillado á la izquierda de su padre, es el príncipe que llevó la corona de Castilla con el nombre de Juan I; la infanta es doña Leonor, que se casó con el heredero de la corona de Navarra, el que había de merecer, en el transcurso de un largo reinado, el sobrenombre de Carlos el Noble.

El cuadro en el que están reunidos estos retratos de la familia real de Castilla, fué encontrado, no en tierra castellana, sino en una capilla de una miserable aldea de Aragón, Tobed, no lejos de Calatayud. Lo adquirió hace poco un anticuario, y lo cedió casi en seguida á un notable coleccionador de Zaragoza, D. Román Vicente.

¿Cómo estos retratos reales pudieron ser colocados en un altar fuera del reino en donde reinaba el donante del cuadro? La historia misma del rey Enrique puede dar materia á estas conjeturas (1). Cuando el conde de Trastamara se puso en campaña contra su hermano D. Pedro, partió de Aragón. Volvió á Aragón como fugitivo, después de la batalla de Nájera, en la que se encontraron presentes en los campos de los dos hermanos, Duguesclín y el Príncipe Negro. Enrique fué acompañado en su huída por un caballero de una noble y poderosa familia de Aragón, Juan de Luna, el que fué más adelante anti-

(1) Una parte de estas conjeturas me fué sugerida en las conversaciones diarias, en las que tuve el placer de tomar parte en Zaragoza, durante tres semanas, en el gabinete del sabio canónigo D. Francisco Moreno, organizador de la exposición retrospectiva, y en donde varios eruditos de la ciudad me comunicaban graciosamente sus observaciones.

papa en Avignon. Cuando el pretendiente hubo llegado á Francia, la reina Juana, que no se sentía ya segura en Burgos, tomó apresuradamente el camino de Zaragoza; acompañóla el arzobispo de esa ciudad, Lope Fernández de Luna, que se encontraba cerca de ella como enviado de la corte de Don Enrique.

El pueblecillo de Tobed, en donde fueron encontrados los retratos del rey y la reina de Castilla, está próximo á la frontera. Enrique, quien después de su derrota bajó de Nájera hacia Soria para entrar en el reino de Aragón por el camino de Calatayud, ¿se detuvo en ese pueblecillo? ¿Rezó en la capilla en donde fué colocado el cuadro? ¿Es este retablo un exvoto, recuerdo de los tiempos de angustia? Hay que cuidar de no hacer del cuadro real un tema de novela histórica. Para atenerse á los hechos, es cierto que Tobed formó parte de los inmensos dominios de la familia de Luna; es muy probable que la presencia del cuadro del rey Enrique en un pueblo de Aragón deba explicarse por las estrechas relaciones de ese soberano con los Luna.

La historia exacta de ese cuadro no se conocerá nunca, indudablemente. En cuanto á su fecha, se encuentra comprendida entre las de la batalla de Nájera (1367) y de la muerte de D. Enrique (1379).

***

Ahora bien; en 1378, si se cree á Vasari (1), fué á España, atraído por mercaderes que habían ido á Florencia para negocios, un joven pintor florentino, Gerardo Starnina. Entró al servicio del rey de aquéllos, é hizo una pequeña fortuna en su país, «en el que había penuria de buenos pintores». Un documento auténtito prueba que volvió á Florencia en 1387. Es ci-

(1) *Ed. Milanesi*, t. II, págs. 5-15.

tado por última vez en 1408 (1). Los frescos que pintó en el claustro del Cármine—una historia de San Jerónimo—mostraban detalles pintorescos y familiares que parecían anunciar el tiempo de los Filippo Lippi y de los Ghirlandaio, al lado de costumbres á la española que recordaban los viajes del pintor. El nombre de Starnina estuvo en boga en Florencia hasta el apogeo del Renacimento, como el de su maestro, que hizo obra de innovador y formó discípulos tales como Masclino de Panicale.

Los frescos atribuídos á Starnina por Vasari, han desaparecido por completo. No queda de este pintor, cuya historia interesa á la vez á Italia y á España, sino la página de los *Vite*. Aun ésta no se la debe citar sin reservas: Vasari, al escribirla, no hizo otra cosa que desarrollar un escrito anónimo de la primera mitad del siglo XVI, que era como un ligero esbozo de un libro inmortal. Este escrito es conocido por varias redacciones manuscritas que están hoy publicadas (2). Confrontando el texto de Vasari con sus fuentes, se ve que no se ha privado de alterarlas al capricho de su verbo, y particularmente en lo que concierne á Starnina. Omite, al hablar de los viajes del florentino, una indicación preciosa del primer compilador: el pintor, según éste, fué á España y *á Francia,* y pintó en sus frescos de Toscana trajes de estos dos países. No sería inútil conocer el itinerario seguido por el florentino, y determinar si pasó de España á Francia ó de Francia á España; pero ni siquiera sabemos en qué región de España trabajó ni pára qué corte.

Cierto es que Ceau Bermúdez escribió en 1800, en su famoso *Diccionario,* que varios españoles, que se encontraban en Florencia, propusieron á Starnina que fuera al servicio del rey

(1) *Rivista d'Arte*, Enero 1905. V. Venturi, *Storia dell'Arte italiana*, t. V, pág. 835.

(2) Véase *Il libro d'Antonio Billi*, ed. Frey., pág. 14; y el apéndice del libro clásico de C. Von Fabriczy, *Filippo Brunelleschi*, págs. 486-487.

«de Castilla», y añade: «El pintor fué á España, en donde el rey Juan I (el hijo de Enrique II) le acogió bien y le dió un salario digno.»

La afirmación era precisa: ha sido reproducida hasta aquí por los críticos. Sin embargo, Cean Bermúdez tuvo cuidado de citar á sus autores, que son Vasari y Baldinucai, el cual copia á Vasari; añade que no pudo encontrar ni huella ni recuerdo de Starnina «en Castilla». Es preciso, pues, olvidar lo que el moderno Vasari de España añadió gratuitamente al texto mismo de Vasari. Starnina fué á España, y tal vez al servicio de un rey; pero dos siglos antes de Felipe II, había más de un soberano en España; ¿quién nos dirá si el que tuvo por pintor á Starnina fué el rey de Castilla, ó el rey de Aragón, ó incluso el rey de Navarra?

Para aclarar la historia del florentino viajero, necesitaríase el descubrimiento de una de sus obras españolas. No ha mucho todavía, cuando los pintores italianos del *Trecento* eran insuficientemente distinguidos los unos de los otros, y los «primitivos» españoles eran perfectamente desconocidos, el investigador que se hubiera encontrado en presencia del cuadro de Tobed, lo hubiera atribuído sin vacilar al florentino. Hoy es posible poner enfrente de este cuadro toda una serie de obras italianizantes que fueron pintadas en España y por españoles, y varias de las cuales son indiscutiblemente anteriores en una generación á la fecha del viaje de Starnina, tal como la da Vasari.

***

D. Salvador Sanpere y Miquel, el infatigable explorador de archivos y de conventos, ha realizado un descubrimiento notable hace dos años; antes de dar cuenta de él en el nuevo libro que está terminando sobre los orígenes de la pintura catalana, se ha servido comunicármelo. Solamente las fotografías que publicará podrán manifestar toda la importancia del

monumento que va á salir de la sombra; dos palabras darán de él una idea.

Existe á las puertas de Barcelona, en el convento real de las Clarisas de Pedralbas, cuya clausura ha sido impenetrable desde hace varios siglos, una gran sala, toda cubierta de frescos, escenas de la vida de la Virgen y de la Pasión, que son pinturas intactas del más dulce y más puro estilo sienés. En medio de un Evangelio, según Simón Martini, en el que algunos rayos de realismo familiar se mezclan con el tierno y piadoso relato, aparece una Virgen gloriosa, rodeada por el coro de ángeles, con su nariz afilada, su boca de cereza y sus grandes ojos, como una «Maestá» que hubiera podido firmar Lippo, el hermano de Simón. Ahora bien; se ha encontrado el contrato auténtico: las pinturas de Pedralbas, terminadas en 1390, son obra de un catalán, Ferrer Bassá, que era pintor del rey de Aragón, y que pintó en 1344 el retablo de la capilla real, en el palacio de Barcelona.

Fuera de Italia, las únicas pinturas de estilo sienés que forman un conjunto comparable al que acaba de encontrarse en un barrio de Barcelona, no por el estado de conservación, sino por la amplitud de las superficies descubiertas, son las del palacio de los Papas de Avignon. En tiempos en que la tierra catalana se extendia muy lejos al Norte de los Pirineos y confinaba con la Provenza, un pintor de Barcelona pudo ser atraído por la magnífica ciudad á la que afluían artistas de todos los países; pudo allí formarse en las lecciones del arte sienés bajo la misma dirección de Simón Martini. Desde que el San Jorge, pintado por Simón en la fachada de Nuestra Señora de los Dones, ha acabado por desaparecer, y la Virgen del tímpano no es más que una sombra negruzca, no hay ya en Avignon una obra de Simón ó de sus discípulos que refleje las visiones del maestro tan exactamente como los frescos de Pedralbas. Siéntense grandes tentaciones de fijar en Barcelona uno de los puntos hacia los que irradió, en la dirección del Sur, aquel foco de arte sienés que, desde el fondo del palacio

francés de los Papas, proyectó su luz dulce y acariciadora hacia los países del Norte, hasta París y Brujas, Colonia y Praga.

La hipótesis del viaje de Ferrer Bassá á Avignon es verosímil, no es necesaria. Puedo probar que las formas sienesas eran conocidas, por lo menos, de los iluminadores de manuscritos, en las provincias marítimas del reino de Aragón, antes de que Simón marchase á la ciudad papal. El frontispicio del libro de los *Privilegios de Mallorca,* conservado en los archivos municipales de Palma, es una página completamente sienesa. El escriba iluminador se ha representado á sí mismo al pie de la miniatura; firmó y fechó su obra en una página próxima: era un sacerdote de Manresa, Romeu Despoal; terminó su trabajo el 23 de Septiembre 1334 (1). En 1335, Simón Martini estaba todavía en Siena.

El arte de las pinturas sienesas pudo penetrar en el reino de Aragón, á la vez directa é indirectamente, por las vías marítimas y por el intermedio de Avignon. Fuera como fuese, está averiguado que ese arte se aclimató en las islas y en los puertos, y que hizo escuela en ellos. El único pintor del siglo XIV del que se ha encontrado una obra firmada en la isla de Mallorca, es un mallorquín y no un italiano. *Joan Daurer una pintada lay* MCCCLXXIII; tal es la inscripción que se lee al pie de una gran imagen de la Virgen con el Niño, en la pequeña iglesia de Inca. El pintor dió á la Virgen sienesa, fina y larga en su túnica de oro, una rigidez de icono.

La mayor parte de los pintores catalanes, numerosos y fecundos en la segunda mitad del siglo XIV, fueron continuadores, más ó menos afortunados, de Ferrer Bassá. Puede juzgarse por el retablo monumental que se conserva en una capilla de la catedral de Manresa. Las quince tablas principales compo-

(1) Estudio de D. J. M. Cuadrado, en el *Museo Balear*, año 1886, número 10; salió en el volumen *Islas Baleares*, de la colección *España, sus monumentos de Artes*, 1888, pág. 915.

nen un ciclo solemne, que empieza con la imagen del Verbo creador, que ostenta el compás del arquitecto y pone en movimiento el globo del mundo, y termina con la coronación de la Virgen. La tabla central, la mayor de todas, está reservada á la Pentecostés, porque la capilla estaba consagrada al Espíritu Santo. El pintor de esta obra, que es cándida y sonriente, á pesar de la enormidad enciclopédica del tema, es un barcelonés, Pere Serra, al que pagó su trabajo la Hermandad del Espíritu Santo en 1394 (1).

En Valencia hubo de formarse una escuela de pintores paralela á la escuela catalana, y, como ésta, con arreglo á modelos sieneses. En los últimos años del siglo XIV manifiesta su vitalidad con una obra que iguala casi al retablo de Manresa por la amplitud de la composición, y la aventaja en mucho por la nerviosa finura de la ejecución. Es uno de los trípticos de la Cartuja de Porta-Celi, que han sido recogidos en el museo de Valencia. La escena de la Crucifixión está colocada entre el Bautismo de Cristo y la Conversión de San Pablo; encima de las tablas, de derecha á izquierda, las dos figuras de la Anunciación, y encima de la cruz el Juicio final en escorzo. Unos medallones, que representan los Sacramentos en siete miniaturas, están como suspendidos en torno del Arbol de vida. El donante, que hizo pintar en los dos extremos de la predela su propio retrato y el de su familia, lleva el hábito blanco de los cartujos; es, según una tradición antigua, el propio hermano de San Vicente Ferrer, Bonifacio, el cual, habiendo enviudado y perdido á casi todos sus hijos, entró en el monasterio en 1396.

La nobleza del dibujo y la delicadeza del modelo son dig-

(1) El contrato y el recibo han sido publicados por Sir Joaquín y Arbós en el *Bulletin del Centre Excursioniste de la comarca de Bages* (Manresa, 15 Febrero 1907). Sanpere y Miquel habían atribuído este políptico á Luis Borrassá, el pintor del gran retablo de las Clarisas de Vich (1416), del que he tenido ocasión de hablar aquí. (Véase la *Revue*, 1908, t. XXIII, págs. 275-277.)

nas de un maestro italiano. Sin embargo, el cuadro contiene unas figuras viriles, cuya delgadez ascética y sombrío aspecto no tienen equivalentes exactos en el arte toscano del *Tresento,* y que pueden pasar por un carácter de raza. El mismo pintor, cuya aspereza realista nos parece hoy «española», supo aureolar de luminosa pureza el grupo de la mujer y de las hijas del donante, elegidas coronadas de rosas en el celeste verjel.

¿Quién es ese Fra Angélico de Valencia? Su nombre se oculta, sin duda, en las listas de pintores publicadas por Puiggari y D. L. Tramoyeres. Hay que limitarse á notar que á fines del siglo XIV el pintor más notable de Valencia, «muy sutil y apto en su oficio», era un cierto Lorenzo Zaragoza.

El tríptico de Bonifacio Ferrer, cualquiera que sea el autor, demuestra el esplendor que conservó, á través de las traducciones extranjeras, ese arte sienés que, exportado de Avignon ó directamente de Toscana, dió modelos á los pintores desde Nápoles y Sicilia hasta Flandes y Valencia, y que fué, en la segunda mitad del trescientos, un arte «Europeo».

***

En la época en que pequeñas escuelas de pintores italo-españoles prosperaban en el reino de Aragón, la pintura está representada en Castilla por una obra única, que es una obra italiana.

La capilla de San Blas, elevada en uno de los ángulos del claustro de la catedral de Toledo por el arzobispo Pedro Tenorio (1379-1399), está revestida de frescos de puro estilo «giotesco», que componen una serie de doce escenas, desde la Anunciación hasta la Ascensión. El pintor de estos frescos no formó discípulos en Castilla. En tiempos de Alfonso el Sabio, á fines del siglo XIII, Sevilla fué la capital artística del reino de Castilla y de León; allí, y tal vez en el alcázar real, fueron iluminados los manuscritos de las obras del rey, ó, como el enorme volumen de las *Cántigas* en honor de la Virgen, en la biblio-

teca de El Escorial, que contiene en la alfajía de su encuadernación un mundo abigarrado de figuritas, señores y campesinos, frailes y monjas, moros y judíos: toda la Sevilla del siglo XIII. Entonces, los miniaturistas reales se inspiraban manifiestamente en modelos franceses, cuya nerviosa elegancia imitaban con acierto, sin dejar de mezclar á veces miniaturas musulmanas y sabiendo mirar en rededor de ellos, en las calles y en las casas.

Los pintores de la época «alfonsina» y de las generaciones siguientes, que hicieron aparecer grandes imágenes de la Virgen en las paredes de las mezquitas de Sevilla, transformadas en iglesias, no hicieron á su vez otra cosa que copiar modelos análogos á los que habían imitado los miniaturistas. La Nuestra Señora de Rocamadour, de la iglesia de San Lorenzo, conserva su silueta francesa, como su nombre francés, bajo una traducción española.

La pintura italiana no llegó á Andalucía hasta los últimos años del siglo XIV; no fué conocida bajo las formas sienesas que habían adoptado los pintores catalanes ó valencianos, sino bajo las formas «giotescas», que ya habían aparecido en Toledo.

Este hecho ha sido puesto de manifiesto por el descubrimiento que D. M. Gómez Moreno acaba de hacer de una tabla, que sería puesta en Italia á cuenta de algún discípulo provinciano y arcaizante de Tadeo Gaddi, y que lleva la firma de Garci-Fernández, de Sevilla (1). Este cuadro, oculto en el claustro de un convento de Salamanca, adonde fué probablemente llevado á principios del siglo XV, por un arzobispo oriundo de Sevilla, representa de manera torpe é infantil la dramática escena de la Degollación de los Inocentes. Otras dos tablas, que forman parte con la tabla firmada de un gran retablo, en parte destruído, se han encontrado en el mismo convento: la una representa la Presentación de Jesús en el templo; la

(1) *Cultura Española*: Agosto, 1908, págs. 705-770.

otra es un Angel arrodillado, que debía de hacer juego en el coronamiento del retablo con una Virgen de la Anunciación. Este ángel es una figura bastante agradable, de puro tipo «giotesco». Garci-Fernández es mencionado en 1403, en Sevilla, como pintor del Arsenal real (1), en donde, sin duda, decoraba paredes y pintaba naves.

Con el descubrimiento de la tabla pintada, en 1400, por Garci-Fernández, se puede, sin vacilar, atribuir á la escuela sevillana las pinturas famosas y hasta aquí mal estudiadas que decoran los tres techos elípticos de tres alcobas de la Alhambra, en el fondo del patio de los Leones. Estas pinturas no son frescos: están ejecutadas sobre cuero y pegadas en el techo. El campo dorado está lleno de dibujos en relieve, estrellas ó follajes. Los tres techos tienen figuras y construcciones que contrastan con la maravillosa irrealidad de la decoración musulmana. Los personajes están agrupados en torno del cielo de oro, siguiendo la curva de la elipse, como la decoración figurada de alguna copa esmaltada.

Los asuntos santos que formaban en Francia ó en Italia, en el siglo xv, la decoración ordinaria de los objetos y de los monumentos profanos, muestrario de espejos ó salas de palacios, solamente algunos de ellos fueron modificados para halagar la vanidad de los sultanes de Granada. Caballeros y damas de Sevilla se unían con guerreros moros, cuyas mujeres quedan fuera del cuadro en la sombra del harem. El pintor ha tratado bastante bien á los cristianos. Uno de ellos acomete á un oso; otro llega al galope y atraviesa á un hombre salvaje, un gigante cubierto de vello, en el momento en que ese descendiente de los antiguos sátiros va á robar á una dama elegante. Pero el mismo caballero que acaba de triunfar del temible monstruo, va á perecer ante los ojos mismos de la dama, en un combate singular, atravesado por la lanza de un jinete musulmán. Más

(1) Festoso y Pérez. *Diccionario de artífices sevillanos*, t. 11. pág. 40.

tipos: unas damas sonríen ante su castillo á unos musulmanes vencedores.

Estas historias de caza, de batallas y de amor tienen por junto una decoración riquísima, cuyos edificios rosados y verdes son de gusto italiano. La taza de una fuente á cuya orilla hablan personajes de decamerón, está sostenida por cuatro estatuillas de mujeres desnudas. Todos los rostros tienen el tipo giotesco. Sin embargo, el pintor no es italiano; descuida completamente el modelo para proceder por manchas vivas, finamente cercadas de un contorno negro.

Los trajes de los caballeros cristianos son de los que se llevaron en la segunda mitad del siglo XIV. Las pinturas del techo central permiten precisar la fecha del conjunto. Ningún cristiano ha sido admitido al conjunto: la asamblea se compone de diez príncipes moros, sentados á la redonda, con ricos turbantes, y apoyados en una larga espada recta, cuya empuñadura está ornada de entrelazados.

Según una tradición antigua, y que tiene grandes visos de verosimilitud, los príncipes musulmanes, reunidos en el techo de la Alhambra, no son otros que los diez primeros soberanos de la dinastía de los Beni-Nazar. Si se excluye de esta dinastía á los usurpadores que fracasaron, el reinado del décimo sultán, sir Mohamed, llega á cerca de 1400; el pintor giotesco de la Alhambra resulta exactamente contemporáneo de García Fernández (1).

Siguió la misma enseñanza italiana, pero se acordó de las tradiciones que se remontaban al reinado de Alfonso el Sabio, y que un siglo entero no había hecho olvidar en Sevilla. Los reyes moros, gravemente sentados, parecen copiados de uno de los más curiosos manuscritos de Alfonso el Sabio, el *Libro del*

(1) Este punto importante ha sido fijado por D. M. Gómez Moreno en otro estudio: *Arte cristiano entre los moros de Granada* (en los *Estudios de erudición oriental*, publicados en honor del profesor D. Francisco Codera. Zaragoza, 1904).

Ajedrez (misma biblioteca), en donde se ve jugando á ese juego á cristianos y musulmanes.

El pintor desconocido de la Alhambra estudió, ciertamente, esos modelos antiguos; pero, como los miniaturistas sevillanos del siglo XIII, supo mirar el espectáculo pintoresco de Sevilla; gozó de las maravillas de Granada. Y llegado el día de pintar, con un decorado fantástico, un poco de lo que había visto, dió á esas imágenes de fantasía una frescura y un brillo dignos del palacio encantado (1).

***

¿Cómo el arte italiano, que imitaron más ó menos afortunadamente García Fernández y el pintor anónimo de la Alhambra, fué conocido en Toledo y en Sevilla? Ese arte era giotesco y florentino; parece, pues, natural y casi necesario invocar ahora el nombre de Starnina. Ceau Bermúdez tuvo razón, sin saberlo, al hacer viajar por Castilla al florentino, más bien que por Aragón; yo le haría de buen grado viajar hasta Sevilla.

Puede atribuirse al mismo Starnina la serie de los frescos giotescos de la capilla toledana de San Blas. Estos frescos están, desgraciadamente, colocados muy en alto y en tan mala luz, que será muy difícil reproducirlos. ¿Es posible, mientras tanto, recurrir, para conocer el arte de Starnina, al

(1) Puede atribuirse al pintor sevillano de la Alhambra un fragmento de tabla, pintado al temple, que fué descubierto, se dice, en 1863, en el palacio mismo de los reyes moros de Granada, y que se conserva en el pequeño museo de la Alhambra. Esta pintura fué descrita por D. M. Gómez Moreno, en el estudio antes indicado. Representa á dos caballeros cristianos rompiendo lanzas en un torneo, ante una fortaleza completamente rosada. No se ve más que las cabezas y los bustos de los caballeros. El fondo es de oro. Encima de la imagen corre un friso dorado, sobre el que la divisa de los sultanes de Granada, *Dios solo vencedor*, aparece escrita en castellano y en gótico cuadrado. Este cuadro se encuentra, por desgracia, muy estropeado.

cuadro de la colección de Zaragoza, en el que figura el retrato auténtico de Enrique II, el rey de Toledo y de Sevilla?

Nos es fácil comparar ahora este cuadro, que podemos relacionar con obras florentinas de Starnina, desde hace largo tiempo desaparecidas, con obras de estilo italiano que fueron pintadas en el siglo XIV en los reinos de Aragón y de Castilla. Ahora bien; apenas se entabla esta comparación, parece imposible admitir que el cuadro del rey Enrique fuese pintado por las mismas manos que los frescos de Toledo, y que tuviera por descendencia directa las tablas de Garci Fernández y las pinturas de la Alhambra. La Virgen, á cuyos pies está arrodillado el rey, y los ángeles del cortejo no son figuras «giotescas»: con los grandes ojos medio cerrados y su boca minúscula, esa Virgen y esos ángeles hacen pensar en las Madonas de Siena; el mismo trabajo de los dorados tiene la finura preciosa de las obras sienesas.

Hay más: el cuadro del rey Enrique, á pesar de su colorido completamente italiano, no es de mano italiana. En ninguna parte de Toscana, así en las provincias italianas del Sur ó del Norte, no encuentro exactamente ese tipo de Virgen, esa nariz delgada y puntiaguda, esa boca contraída y casi sin labios; en parte alguna veo un Niño Jesús pintado por un italiano, que tenga en las rodillas de su madre esa actitud rígida y esas piernas de madera; en fin, apostaría á que jamás Madona florentina ó sienesa del trescientos descubrió para amamantar á su hijo un seno colocado precisamente en medio del pecho, y que parece único.

Las tablas actualmente conocidas que más se parecen al cuadro de Tobed, son obras catalanas, como el gran retablo de Pere Serra, de Manresa. La identidad es chocante, sobre todo en los tipos femeninos. No hay que olvidar que el cuadro en que figura el rey de Castilla fué encontrado en un pueblo del reino de Aragón. ¿Fué encargado por el rey mismo, ó quizá por uno de los prelados de la casa de Luna, que mantuvieron constantes relaciones con Enrique?

Si este retablo fué pintado para un Luna, lo fué probablemente en Zaragoza. Lo que pudo ser la pintura en esa gran ciudad durante el siglo XIV, no lo sabemos hasta aquí sino por el tríptico del Monasterio de Piedra, ejecutado en 1390, y conservado en Madrid en la colección de la Academia de la Historia. Ni los ángeles mismos, ni las escenas de la Pasión se parecen, ni remotamente, á las figuras del cuadro de Tobed. El pintor aragonés del tríptico en 1390 no fué iniciado en el arte sienés sino por una vía muy indirecta. Colaborador de los ebanistas moros ó judíos que trabajaron en el maravilloso marco del tríptico, vió pinturas musulmanas; de otra parte, conoció seguramente, por tablas ó miniaturas, el arte franco flamenco, el cual, á su vez, imitó ó transformó modelos italianos, y que, á fines del siglo XIV, penetró en el Norte de España (1).

Conviene atenerse á lo que las mismas obras dictan. El retablo de Tobed no está más relacionado con la pintura aragonesa, tal como la conocemos por una obra única, que con la pintura andaluza. Tiene su puesto perfectamente marcado en la escuela catalana. Una conclusión más explícita sería prematura. ¡Ojalá que la publicación de este cuadro histórico, aquí estudiado por primera vez, pueda suscitar nuevas comparaciones y observaciones decisivas!

EMILIO BERTAUX

(1) V. la *Revue*, t. XXII, 1907, págs. 120-123.

NATURALEZA DE LA «CIENCIA DEL LENGUAJE»

¿Es la lingüística ciencia natural ó es ciencia histórica? No hay que echar esta pregunta á curiosidad baladí; si ya no piensa el que la echara, que unos mismos son los métodos y caminos por donde corre la ciencia y la historia. Que á no haber ciencia del lenguaje, sino llana y apacible historia que recontar, de más estuviera la fonética ó investigación de las leyes, á las cuales miran y dicen todas las mudanzas fónicas de las voces, sin desviarse más de ellas un punto de lo que se desvían de las leyes de Képler los astros en su, al parecer, caprichoso voltear. Sobraran esas disquisiciones sutiles en que asienta la lingüística moderna, como en hondas y firmes zanjas, á la manera que logran asiento y seguridad las ciencias físicas en el cálculo y matemáticas. Sin el cálculo, la física, la química, la astronomía serían hoy lo que fueron cien años atrás: cosmología abstracta, alquimia y crisopeya, astrología judiciaria; sin la fonética, sería la linguística lo que también fué en manos de cándidos etimólogos: la sabionda ciencia del mocosuena, mocosuene. ¿Ha de zanjarse, pues, la lingüística en principios científicos, ó ha de vagamundear peloteando, cual colección de cuentos y consejas, de mano en mano para solaz de gentes aburridas? ¿Es acaso entretenido juguete el habla, que inventaron á placer ciertos académicos del tiempo del rey que rabió, ó es una facultad tan natural como los ojos y los pies? ¿Corre el ha-

blar á merced de los gobiernos, como el sistema métrico, ó de los sastres, como el figurín y la moda? ¿Está en mano de cualquier hijo de vecino, ó á lo menos de los gramáticos, académicos ó escritores, el torcer su curso, como lo está el apuntalar la escritura de acentos y comas? ¿O es de tal jaez y natío el idioma, que se desembaraza y se escurre del que lo quisiere meter en cintura, dejando burlados y con un palmo de narices al académico más estirado y al más pintiparado escritor? Porque todo ello pende y cuelga de la preguntilla aquella baladí, de si la lingüística es ciencia natural ó es ciencia histórica; de si es el lenguaje un fenómeno tan natural como el calor, la luz, la vegetación, el alentar de los animales, el pensar del hombre, ó un acto humano, arbitrario y buscado, como la conquista de Asia por Alejandro ó la batalla de Pavía, de arte que sólo nos sea dado contar lo que pasa ó pasó, esto es, describir el funcionamiento de los idiomas, desmontando y tornando á encajar como ingeniero belga la máquina que nos trajo de su tierra, y todo lo más mostrar cómo del hablar de los hombres de antaño se derivó el hablar de los de ogaño.

Cuestión de palabras, si no se deslinda lo que ha de entenderse por ciencia natural y por historia. El estudio de plantas y animales, ciencia natural parece, y con todo, hay una historia natural de animales y plantas que todos hemos cursado. La batalla de Pavía, hecho humano es que tiene que contar, pero no creo tenga menos que filosofar. Si calásemos los pensares y quereres de los dos campeones que movieron las piezas y entablaron aquel acontecimiento histórico, el emperador y el rey de Francia; si no se escabullesen de nuestra penetración los mil hilos de la trama que tejieron aquella tela, las circunstancias que rodearon el acontecimiento, acaso de lizo en lizo fuéramos á dar en la necesidad que llevó las cosas por tales veredas que forzosamente tenía que darse en Pavía la tal batalla y que en ella tenía que caer prisionero en manos de un vizcaíno el rey Francisco. No cabe menos honda investigación de causas en un hecho social ó particular de los hombres que en otro fenó-

meno físico cualquiera. Para los deterministas, por de contado, el mundo moral no es de otra calaña que el mundo físico, y las decisiones de la voluntad no son menos mecánicas; si bien los eslabones de la cadena, harto más sutiles, quebradizos y numerosos que las manifestaciones de las fuerzas y agentes del universo material. En ambos toma la mano el historiador para contar lo sucedido; tras él viene el sabio que puede llegar á desentrañar lo que se encubre en el fondo del hecho, á ventear y seguir el rastro de las causas que lo ocasionaron. Los que consideran el acto humano como algo libre, que está en mano del hombre ejecutarlo ó dejarlo de ejecutar, podrán llamar ciencia á la investigación de las causas y leyes que originan y reglan los fenómenos naturales, é historia á la narración de los acontecimientos humanos debidos á la voluntad libre del hombre. Para los deterministas, el lenguaje es una ciencia, como lo debe ser todo cuanto acaece en el mundo; para los otros será ciencia, si el lenguaje es un hecho necesario, que no cuelga del querer ó no querer de los hombres; historia, si pende de la voluntad, como los actos morales. Redondamente hay que negar que la voluntad, árbitra de querer ó no querer, éntre á la parte en el hecho de hablar, ni en la estructura, ni en la evolución de los idiomas, ni, por consiguiente, en su origen y primitiva formación. En este sentido, el estudio del lenguaje, aunque admita su tanto de historia, como lo admite la zoología, la botánica y la geología, por darse en todos estos casos fenómenos que acaecen dentro del espacio y del tiempo, es tan ciencia física y natural como estas otras ciencias. Y semejante cuestión, que pareciera baladí, no es, repito, sino de gran momento, ya que el método y manera de estudio é investigación es otro en la ciencia que en la historia.

En los hechos sociales, el individuo y su voluntad es una menuda gota que arrastra entre las demás la corriente arrebatada de un río. No es recio nadador, que á pesar de todas sus fuerzas y mañas le lleva el agua; es una gotuela, un átomo, envuelto en el oleaje de millones de átomos, el querer de un

simple mortal, aunque se llame como se llamare. Ahora bien; el lenguaje es un hecho y un producto social; en la sociedad nació, por la sociedad y para la sociedad creció, se desenvolvió y vive y vivirá. El hombre, como individuo, ni puede ni necesita hablar, si ya no se pretende que el habla sea otra cosa fuera del expresar á otro su pensamiento. Y no hay hombre, por sabio y poderoso que lo fantaseemos, no hay rey ni Roque que alcance á mudar una tilde en el lenguaje, ni un sólo sonido, ni una acepción de un vocablo, por pura voluntad y capricho. Como reprendiese Marco Pomponio Marcelo al emperador Tiberio por cierta quisquilla gramatical, y saliese por su Señor el cortesano Ateyo Capitón, afirmando que aquello era latino, y que si no lo era, bastaba que lo quisiese el Emperador, para que lo fuera en adelante. «Se engaña Capitón, replicó: Tú, oh César, puedes dar la ciudadanía á los hombres, pero no les puedes dar ni una sola palabra.» «Mentitur, inquit, Capito. Tu enim, Cæsar, civitatem dare potes hominibus, verbo non potes» (*Suetonio, De illustr. gram.* 22).

Pasará la autoridad que quiso imponerse de una manera física ó moral, y presto se olvidará la moda. Ni en la escritura logró el emperador Claudio introducir las tres letras que realmente hacían falta al latín: usáronse cuanto vivió su autor, y desaparecieron con él; cuanto más mudar el lenguaje, que no es de cuatro eruditos ó cortesanos, sino de la sociedad como tal. Yo quiero suponer que el rey ó un gramático afamado ó una docta Academia ó, si á mano viene, un patán cualquiera de por ahí, tenga la ocurrencia de decir una novedad, una palabreja ó una frase, y que á todo el mundo le dé por repetirla y aceptarla de buen grado y éntre de hecho en el caudal del idioma, sin que se pase de moda, lo cual puede y suele acontecer. Esa palabreja ó frase ni viene del Rey ni del César, ni del gramático, ni de la Academia, ni de la buena suerte del patán; viene de toda la sociedad, que le da el visto bueno y la abraza. Y no hay en ello querer ó no querer de nadie en particular, ni siquiera de todos en común; que aun esto no habría

de atribuirse á la voluntad, porque el común no tiene voluntad; sólo es un conjunto de voluntades, las cuales se convienen en algo, por responder ese algo á la naturaleza social y colectiva, hasta el punto de no poder negarse á recibirlo, por ir todos movidos instintivamente como por una necesidad social y, en último término, psíquico-fisiológica. No hay tal aceptación, siquiera sea social. Que la novedad vaya contra la naturaleza del idioma ó que no sea necesaria: el genio del idioma y la ley de la economía, que en todo impera, acabarán, tarde ó temprano, por arrojarla, como sucio y desaprovechado argazo, á la ribera.

Palabra, frase ó dicho que llegue á vivir en un idioma, mudanza fónica ó significativa que dure y pase, no son, en todo caso, más que producto y brote natural, no de la voluntad, sino del instinto, que arrastra á los idiomas por el natural cauce de la evolución. Al fin y al cabo, aquello mismo que dió el sér á la cosa, es lo que la acrecienta: *augere* en latín, ó acrecentar, dícese de la misma raíz *aug*, que *auctor*, el autor, y creador y acrecentador. El habla, ni fué hija de ningún hombre particular, sino de la sociedad, ni se mantiene y acrece por los particulares, sino por la sociedad. Pero la sociedad no inventa de golpe y porrazo nuevos senderos por donde caminar, ni viste con pasajera moda cada temporada sus palabras y decires, mudándoles el són y el matiz; se deja ir por el carril trazado y trillado. Verdad es que fónica y semánticamente va siempre mudando su lenguaje; pero es de una manera tan lenta y tan sin sentir, que ni ella sabe lo que se hace, ni las mudanzas échanse de ver sino muy á la larga. Es el estilo que en todo guarda la naturaleza, de la cual puede decirse lo que de su Autor dicen las Escrituras: que alcanza y logra sus intentos con toda seguridad, y apareja los medios y recorre el camino con suavidad y sencillez. Rachas arrebatadas azotan á las veces su tersa superficie, pero pasan prestamente, y su llanura parece no menearse. Pónense de moda voces antiguas unos días, y aun duran años si responden á cierta necesidad

generalmente sentida. Tráense extrañas maneras de expresarse de lenguas forasteras; al poco tiempo, perdido el brillo de la novedad que halagaba, tórnanse adonde vinieron. Que si son provechosas, irán tomando poco á poco el color y metal del idioma al pasar por los labios de las gentes, y acabarán por acomodarse en su hechura al fonetismo patrio.

Dos caras tiene el habla y cada una de sus voces: el sonido y la idea. Entrambas van sufriendo lenta é insensiblemente el cambio que sufren todas las cosas. Hay quien cree que ese continuo mudarse del habla, prueba pertenecer el estudio del lenguaje á las ciencias históricas. Pero en tal caso, no habría en el mundo más que historia, porque las manifestaciones todas del universo físico son otras por momentos. Plantas y animales, terrenos, continentes y mares nos parecen siempre los mismos. Y es que nuestro vivir es tan corto, que no alcanza á distinguir el incesante cambio que trastorna todas las cosas. Doctrina hoy corriente es la de la evolución de todo el universo. Los trastornos geológicos ya no se cree fueran turbulentos y arrebatados, como no lo fueron las transformaciones de la flora y fauna de aquellas edades; el universo caminó siempre al paso que hoy en día, y sólo á la larga, y por las huellas que dejaron, por los resultados de los movimientos lentísimos durante millaradas de siglos que padecieron las tierras y las aguas, echamos de ver la evolución. No hay que creer que las montañas se empinaron en un día, y en otro se hundieron los mares. Los montes y mares subieron y bajaron siempre, hablando en general, tan despacio como hoy, porque hoy mismo están alzándose y hundiéndose las costas, los montes, el fondo del mar. Las plantas y animales están ahora mismo transformándose de la misma manera que se transformaron en las edades geológicas. Por eso hay una historia natural de la evolución de la tierra, que es la geología, y otra historia natural de la evolución de las plantas y animales, puesto que sin ella no habría paleontología, y sólo por ella escribió Darwin su obra de la transformación de las especies. Y el lenguaje

tiene su historia, pero historia natural: la de su evolución desde el protoariano al latín, griego y sánskrito, y del latín al castellano, italiano y francés.

Pero más allá de esa historia de la evolución de la tierra, de las plantas, de los animales y del lenguaje, queda la ciencia, que busca las causas y leyes de esa misma evolución: porque siendo natural, no es obra de la voluntad particular, fuera de la del Criador, que puso en los seres ese modo cabalmente de ser como son, de ser mudables y haberse de mudar á la continua si habían de durar. Por leyes fijas y naturales se van volcando los terrenos y la materia toda del globo de la manera lentísima que hemos visto; por leyes fijas y naturales van mudándose vegetales y animales; por leyes fijas y naturales van mudándose los idiomas fónica y semánticamente. Escudriñar esas leyes en los hechos y ver cómo las mudanzas responden á ellas, es lo que se llama ciencia: y así, al lado de la historia natural, que nos recuenta los pasos por donde pasaron la tierra, las plantas, los animales, el habla, y los pasos por donde aún hoy día están pasando todos ellos, hay una ciencia natural de la geología, de la botánica, de la zoología y de la lingüística. No hay convenciones que valgan en este no parado voltear lento de los idiomas, como no lo hubo en su primitivo brotar y crecer, ni el querer de los particulares ni de la sociedad entera pueden hacer otra cosa más que dejarse llevar, sin sentirlo ni aun caer en la cuenta de lo que les pasa, por el suave y lento deslizadero de la evolución, en que está precisamente el modo de ser y naturaleza del habla, como de los seres todos.

No es menester para echarlo de ver ser darwinista, como quiere cierto autor. Ni eso es darwinismo, tratándose de la evolución del lenguaje, ni son darwinistas todos los que ven y confiesan un hecho tan claro como la luz del medio día. Con razón, pues, compara Schleicher el habla humana al canto de las aves. No porque confunda la palabra con el simple sonido, ni desconociendo que la una progresa ó evoluciona mientras el otro sigue estantío é igual, sino en cuanto que «el objeto de

la ciencia del lenguaje no es una actividad libre, sino la lengua dada por la naturaleza, sujeta á leyes no mudables de formación, cuyo ordenamiento está fuera del alcance de la voluntad individual; no de otra suerte que al ruiseñor le es imposible modificar su canto; en una palabra, la lingüística es un organismo natural».

Esta doctrina no está fundada en teoría alguna insostenible sobre el origen del hombre, pues cabe dentro de la teoría mosáica lo mismo que en la darwinista más extremada. Tampoco está fundada en la negación del verdadero concepto de la libertad y de la parte psicológica humana. Paréceme que el autor que rebate con esas tres ideas el hecho manifiesto, tangible, de que el idioma evoluciona y evoluciona independientemente de la voluntad humana, mezcla berzas con capachos; yo, al menos, no veo que tengan que ver con él tales ideas. La conciencia individual nos manifestará que somos libres en el ejercicio del lenguaje, como lo somos en ver ó no ver. Con cerrar los ojos, ya no veremos, ni hablaremos con cosernos la boca; pero si queremos ver, tendremos que atenernos á las condiciones naturales de la visión, y si queremos comunicarnos oralmente con nuestros semejantes, tendremos que hablarles, no en la lengua que nos ocurra inventar, sino en la de ellos, en la que poseemos naturalmente, sin que yo ni mi vecino, ni nuestros abuelos, seamos quién para modificarla; modificándola, sin embargo, inconscientemente, una y otra generación, ya que el habla de hoy difiere en algo de la del tiempo de Cervantes y de la del tiempo de San Isidoro.

El lenguaje cabe considerarlo como un obrar presente y como una obra acabada, como ἐνεργεία y como ἔργον, que dice Humboldt. Energía ó actividad presente es de hecho el hablar, ya que no tomamos de fuera la frase hecha, mejor dicho, las palabras, tal como están en el encasillado mecánico del Diccionario, á la manera que tomamos el fonógrafo ó el teléfono; sino que, al hablar, ponemos en ejercicio la facultad del habla, la inteligencia, la fantasía, la laringe y la boca, y trabamos y

engarzamos las voces que nos ocurren como más apropiadas para vestir nuestras representaciones en un todo concentrado y artizado, conforme al saber y poder artístico y á la maña que nos damos. Hablar es, formular oralmente el pensamiento, y cada cual fabrica su fórmula según su saber y entender con los materiales comunes del idioma. Pero tomando objetivamente el conjunto de voces de un idioma, es decir, su Diccionario, y el modo en general de trabarlas para expresar las diversas relaciones de las ideas, es decir, la Gramática, el lenguaje es un sistema fónico, como el álgebra es un sistema gráfico, signos ambos de ideas y de sus combinaciones, que nos es dado abstraer como algo objetivo, como una *obra* humana, y ordenarlo y describirlo en Diccionarios y Gramáticas. Claro está que, como *obra*, es una pura abstracción; el habla es funcionamiento de una facultad. Pero todas las ciencias son abstracciones. Las leyes físicas no se dan en el mundo como están en nuestra cabeza, ni como las consignamos en los libros; realmente, no son mas que fuerzas, tendencias que están obrando y manifestándose en fenómenos. Pero ¿puede decirse que la naturaleza de la ciencia del lenguaje es histórica, porque es una manifestación del espíritu humano, como lo es cualquier acontecimiento histórico? Entonces, historia sería igualmente toda manifestación ó fenómeno de la naturaleza física, y todo fenómeno psicológico en el hombre.

Decir con Whitney que «ninguna palabra ha sido pronunciada sin intervención de la voluntad humana», no es por el mismo caso probar que el habla sea una ciencia histórica. Nadie ha abierto los ojos y ha reparado y mirado alguna cosa sin intervenir la voluntad; y con todo, el ver no pertenece á la historia, sino á la ciencia fisiológica. Nadie se ha puesto á reflexionar acerca de un asunto sin intervenir la voluntad; y con todo, el reflexionar no pertenece á la historia, sino á la ciencia psicológica.

Las condiciones del ver, del reflexionar, del hablar y los órganos y facultades de estas tres operaciones, ¿débense á la

voluntad humana? No; y por eso el ver, el reflexionar y el hablar no son cosas de historia, sino de ciencia. Que Fulano vió tal día tal cosa, que reflexionó sobre ella, que de ella habló con sus amigos, son tres hechos que á la historia pertenecen, porque la voluntad anduvo de por medio; pero por qué leyes y principios pudo valerse de esas facultades, cómo obraron la vista, la reflexión y el habla en aquel caso, y siempre que haya que ver, reflexionar y hablar, cosas son que tocan á la ciencia fisiológico-psicológica.

¿Débese á la voluntad el que para preguntar á un aldeano de Castilla si ha cogido el año pasado mucho trigo, tengamos que decírselo en una frase castellana cuyas palabras y trabazón están en el Diccionario y en la Gramática? ¿Débese á la voluntad humana el que *has cogido mucho trigo este año*, provenga de *habes collectum multum triticum hoc anno*? ¿Qué voluntad ha intervenido en esta evolución fónica y en esta evolución ideológica, puesto que los latinos empleaban *habere, colligere, multum, triticum, hoc, anno*, pero no en el orden y construcción de la frase castellana? Las condiciones exteriores son las que hacen que dos nogales tengan distinta forma exterior, aunque ambos provengan de semillas idénticas; y las mismas condiciones son las que hicieron que el latín se convirtiese en España en castellano y en Francia en francés. No hay aquí voluntad individual ni social que valga. No es, pues, cierto lo que el mismo Whitney añade: «Esta misma voluntad ha obrado los crecimientos y desarrollos lingüísticos.» Las leyes fonéticas están sujetas, como las demás leyes físicas del universo, á la necesidad ocasionada por múltiples causas, más ó menos conocidas; pero independientes de la voluntad.

Hay quienes tienen por ciencia histórica á la lingüística por razón del elemento psicológico del lenguaje. ¿Qué elemento psicológico? No basta que se trate del alma ó de sus facultades para que ya estemos dentro de una ciencia histórica. La misma ciencia psicológica es una ciencia de algo físico, natural, que tiene su origen, modo de ser y obrar independiente de

la voluntad, es una ciencia natural. El lenguaje, aun como función, como *energía*, es un fenómeno tan natural como el de la visión. En el acto de la visión entra un elemento físico, el órgano, otro elemento psíquico, el alma ó llámesele como se quiera: en el acto de hablar entran los mismos dos elementos. Y ambos son naturales, independientes de la voluntad en su modo de obrar, supuesto que se quiera ver y hablar. Nadie puede ver sin su órgano fisiológico-psíquico natural, y sin ponerlo en función conforme á la naturaleza objetiva y propia suya; y nadie puede hablar sin su órgano fisiológico-psíquico natural, y sin ponerlo en función conforme á la naturaleza objetiva y propia suya. ¿Que podrá hablar en castellano ó en francés, á capricho? Quiere decir que el funcionamiento del órgano de la visión es único, y el del habla es múltiple. Pero ni el hablar en francés ó en castellano ó en ruso es algo en que haya intervenido la voluntad, fuera del escoger una ú otra lengua. El francés, el ruso, el castellano no los construyó ningún artífice, ni intervino voluntad en su construcción; se formaron por evolución inconsciente de las lenguas de donde derivan, siendo agentes instrumentales los pueblos francés, ruso y castellano, y causas verdaderas mil tendencias psíquico-fisiológicas y aun físicas del medio ambiente, pero en ninguna manera la voluntad humana.

Claro está que esa evolución tiene su historia, como la tiene cualquier otro fenómeno natural; pero no por eso deja de ser fenómeno natural. El describir esa evolución, será historia; el investigar el porqué de esa evolución, será ciencia. Hay historia del lenguaje, como hay historia natural. Pero la lingüística no se limita á esa descripción, sino que busca el porqué del fenómeno del habla. La cuestión queda reducida á saber si este fenómeno, si el lenguaje, ya como *energía*, ya como *ergón*, es un fenómeno natural é independiente de la voluntad humana, como lo es el que el agua se hiele á 0°; ó si es un acaecimiento histórico, debido á la voluntad de los hombres. Ahora bien; en el estado actual de

los idiomas, como *ergón*, son un producto de la evolución inconsciente, cuanto más involuntario; como *energía*, es un funcionamiento conforme á leyes objetivas de una facultad psíquico-fisiológica, también objetiva en su naturaleza propia, independiente de la voluntad. En su origen, el lenguaje es tan natural como el ver y el gesticular. ¿Qué elemento histórico puede señalarse en todo esto? Por tener carácter psicológico el lenguaje, no por eso ya es su conocimiento una ciencia histórica. En la psicología hay ciencia y hay historia, como hay historia y ciencia en el conocimiento de cualquier fenómeno de la naturaleza.

Vengamos á los hechos. Tal cual hoy se entiende la lingüística y como se practica, es algo histórico ó es científico? La Gramática histórico-comparada toma su nombre del método, que consiste en comparar formas de varias lenguas y formas de diversas épocas de una misma lengua. Trátense de investigar por este método las leyes que rigen el desenvolvimiento de los idiomas, aclarando á la par las formas y su etimología. En todo esto yo no veo más que un naturalista que examina fenómenos y objetos, naturales é independientes de la voluntad humana. El lingüista, como el naturalista, busca leyes, principios y el porqué de los fenómenos y de las cosas. Toda la ciencia del historiador está en cerciorarse de la verdad de los datos. El naturalista y el lingüista tienen los datos ciertos y averiguados delante de sí; pero supone que esos datos, esos fenómenos tienen su causalidad en leyes que ha de investigar, leyes objetivas y que obran por necesidad física. El historiador no busca esas leyes; buscará, en todo caso, los móviles que llevaron á los personajes de la historia á obrar como obraron, y los resultados sociales de esas obras y de esos hechos, eslabonando así las consecuencias con sus causas; pero bien convencido de que las causas últimas fueron las voluntades humanas, más ó menos forzadas física ó moralmente. Para el naturalista, esas causas últimas son físicas ó fisiológicas ó psicológicas, y para el lingüista, de las tres clases á la vez. Pero esos tres

órdenes de causas son naturales; obran sin intervención influyente de la voluntad individual ó social.

Hay algunos que tratan de conciliar ambas opiniones. El elemento fónico obedece á leyes físicas; el ideológico, á la voluntad ó á la psiquis. Pero la psiquis, en cuanto facultad refleja, no interviene en el lenguaje ni pone el veto ni toma las riendas y rige á las leyes físicas del elemento fónico; obra tan inconscientemente como ellas, como un principio tan natural y necesario como el de las leyes fonéticas. La acción refleja no impone sus superiores consejos para hacer prevalecer, contra el influjo y dirección de las leyes físicas, alguna voz ó palabra. El habla es del compuesto humano, pero en cuanto principio inconsciente y no reflejo. Estamos siempre en el mismo punto de la cuestión. Prueben que en la evolución del sonido y de la idea interviene la voluntad, y tendremos una ciencia histórica; mientras no lo prueben y los hechos nos digan lo contrario, tenemos que sostener que el habla es un organismo natural en su evolución fónico-semántica, que obedece á leyes físicas y, por consiguiente, necesarias. Cuanto á su origen, puede presuponerse y barruntarse que sucederá otro tanto, puesto que la naturaleza del habla ha de ser la misma en su primer punto de partida que en los diversos pasos de su evolución; pero de hecho veremos como realmente fué así.

El lenguaje es un fenómeno físico, no un hecho histórico. Hay que describirlo, y esa será su historia; hay que explicarlo por la física, por la fisiología, por la psicología; y esa será la lingüística ó ciencia del lenguaje.

Pero en ambas cosas el lenguaje no es, como los hechos históricos, como las artes, las instituciones, producto de la reflexión humana, que sólo tienen historia; es como la plantas, los animales, las fuerzas físicas, cuya descripción puede llamarse historia natural, pero la investigación de cuya naturaleza es ciencia verdadera. El habla es tan natural, nació y se desenvuelve en los pueblos conforme á leyes tan naturales y físicas, como la tierra con todos sus seres en su primera forma-

ción, desde la nebulosa de la Place hasta su estado actual, última fase de la evolución de las fuerzas físicas de la materia. La tierra tiene su historia, sin dejar por eso de ser ciencia natural su conocimiento; y sin dejar de ser ciencia natural, tiene el lenguaje su historia, porque presenta diferentes fases en su evolución y manifestaciones, ya en el pasado, ya en el presente. Es un anacronismo imperdonable, venirnos ahora con que el lenguaje fué un invento convencional de los hombres, como la pólvora ó el fonógrafo. Estos artefactos tienen su historia que arranca del momento en que se inventaron, y nos cuenta sus transformaciones y perfeccionamientos sucesivos. El habla no se inventó; nació de los principios naturales de la naturaleza del hombre, y ha ido modificándose conforme á los mismos y á las leyes psico-fisiológico-psicológicas del propio hombre y del ambiente en que ha vivido. Tendrá su historia, la de las distintas fases que ha recorrido; pero es historia natural, de fenómenos debidos á leyes físicas; y más que historia, tiene ciencia, porque esos fenómenos se llevan la atención del pensador, que se pone á investigar sus causas y las leyes que los originaron y rigieron. Las alteraciones que en el transcurso del tiempo sufren los idiomas no son alteraciones históricas, como las del arte, la filosofía, la religión; son alteraciones naturales, no debidas al hombre en cuanto producto de su reflexión, de su voluntad, de sus manos, sino á leyes puramente físicas. Un emperador como César puede cambiar las instituciones sociales; un génio filosófico como Sócrates puede abrir nuevos horizontes éticos á la filosofía; un hombre entusiasta como Mahoma puede cambiar la religión; un artista como Rafael puede modificar la idea de la belleza y originar una nueva pintura; pero ni Tiberio pudo hacer que fuese latino un vocablo, ni Sigismundo pudo hacer que *schisma* dejara de ser neutro en el concilio de Constanza. El mismo arte literario, que tanto poder tiene sobre el lenguaje, es una tela de araña que se opone para contrarrestar el incesante movimiento del habla. Antes bien, cuando un idioma llega á ser literario,

y los escritores se empeñan en que persevere sin cambiar, queda condenado á muerte. A los pocos siglos se nota que las variantes dialectales, insignificantes casi, que corrían cual hilos imperceptibles de agua por debajo de aquel idioma cuando era idioma vivo, después que los literatos siguieron escribiendo en en él sin atender á la evolución natural que iba sufriendo en labios de los que le hablaban, aparecen cual fuertes caudales que toman su lugar, y uno de ellos, el que las circunstancias históricas acarician y fomentan con predilección, se eleva á la categoría de lengua nacional y literaria, para más tarde tener el mismo fin y perecer á manos de los mismos literatos que quisieron perpetuarlo en sus libros. Tal es la regeneración dialectal, la historia de las lenguas, del latín, por ejemplo, que muere y viene á verse sustituído por los dialectos románicos, que de muy antiguo corrían ocultos debajo de él. Tan impotentes son las voluntades humanas sobre los idiomas, que ni aun mancomunadas logran otra cosa más que cantar artísticamente su epitafio. Y es que las lenguas tienen vida natural, y en este sentido puede decirse que mueren, engendrándose otros dialectos que luego vienen á ser lenguas. No porque del latín clásico, en el ejemplo propuesto, nacieran los romances, sino porque nacieron del latín vulgar más antiguo, del cual uno de tantos dialectos fué el literario, que se vió favorecido con los honores de la literatura. Pero toda esa regeneración dialectal, y esa degeneración sucesiva, son obra de la naturaleza, no de la voluntad del individuo ni de la nación entera. Llamamos castellano al de las *Partidas*, al del *Quijote* y al de *Pepita Jiménez;* pero, ¡cuánto dista el uno del otro! La literatura ha sido impotente para impedir su evolución. Desde Nebrija á Cervantes cambió en gran manera la pronunciación castellana. En los libros no se nota, porque pronunciamos los escritos del tiempo de Nebrija como los de hoy; pero esas letras sonaban muy de diferente manera en aquel tiempo; son cadáveres á los cuales damos vida artificial, como se la damos á los escritos griegos y latinos pronunciándolos de una manera con-

vencional, que dista bastante de la que tuvieron en vida del griego y del latín. La literatura conserva y perpetúa las letras, los escritos; no el habla, que es independiente de toda máquina humana. La lengua, al entrar en la literatura, es como si entrara en un estanque artificial sin salida, donde queda estancada y muerta para siempre; mientras que los dialectos, sus hermanos, corren cual ríos, engrosando cada vez sus caudales y variando en la calidad de sus aguas.

Hechos como estamos á vivir en medio de convencionalismos de todo género, se nos hace muy cuesta arriba la vida realmente natural y espontánea. La política, los cargos públicos, las carreras, los estudios, la religión, la filosofía, las obras de arte, todo lo hacemos á fuerza de reflexión, de dar y tomar sobre ello, discutir, tantear, pesar el pro y el contra. Los primeros días de la humanidad, las cosas pasaban muy de otra manera: todo era resultado natural, espontáneo é inconsciente de las facultades humanas, de la necesidad. La actividad espontánea de entonces difiere tanto de la reflexión consciente de hoy, como un paisaje natural de otro pintado. La poesía no tenía nada de académica, de artificial, ni siquiera se escribía. No les ocurrió á los vates que los versos pudieran medirse por sílabas, pies ó metros. La política resultaba, sin principios doctrinales de ninguna especie, de la misma constitución natural de la familia, que al ensancharse se convertía en clan, tribu, pueblo. A nadie le ocurrió asentar en un libro los principios de la moral y de la justicia. De la misma manera, el lenguaje no se inventó, ni hubo juntas para ello, ni siquiera ensayos más ó menos acertados para expresarse; la articulación y la relación entre la articulación y la idea eran tan naturales como el gesto, como el mirar para ver, como el llegar á la boca los alimentos, como el distinguir por el olfato y el gusto lo nocivo y lo provechoso. Y aquella misma espontaneidad inconsciente, que formó desde el primer día el lenguaje, fué la que lo ha ido modificando continuamente en cada raza y en cada pueblo. El castellano de hoy en día, sobre todo el que se escribe, es en sus

tres cuartas partes un lenguaje artificial; por eso lo pronuncia mal y lo echa á perder el pueblo. En cambio, el pueblo que hizo la cuarta parte restante de ese castellano, es el que mejor lo maneja. En el pueblo es donde se halla lo inconsciente, lo espontáneo, lo natural. Y la mayor necedad del hombre consiste en querer corregir á la naturaleza con los artefactos de su reflexión y de sus manos. El idioma artificial más perfecto, el que Leibnitz fantaseó tal vez, sería más cacofónico, más complicado, más ilógico, que el último de los dialectos hablado por la tribu más salvaje. Cuando la naturaleza obra, en ella se encierra la divinidad, y así puede decirse con toda verdad, que el lenguaje, precisamente por ser producto espontáneo de la naturaleza del hombre, es divino al mismo tiempo. Y ese producto humano y divino, ese brote inconsciente del pensamiento, que toma forma sonora, es tan digno de estudiarse, como una flor del campo, una roca del monte, un animal de las selvas, una estrella del cielo, porque es un fenómeno tan natural como todos ellos, y más cercano al hombre que todos ellos, es «el producto vivo de todo el hombre interior,» como dijo Fr. Schlegel. «La razón popular, es decir, la razón espontánea, es la creadora del lenguaje», diremos con Renan; añadiendo que esa misma razón popular y espontánea que lo creó, es la que lo modifica y hace evolucionar. Un fenómeno tan natural no puede ser objeto exclusivo de la historia; tiene su razón y sus causas cuanto á su primer origen y cuanto á su evolución sucesiva, que debe investigar la ciencia. Y esa ciencia no es histórica; es ciencia tan natural como la geología; que investiga el origen y la evolución sucesiva de la corteza terrestre.

JULIO CEJADOR

RECUERDOS

Terminé el artículo anterior en el momento de recibir este aviso:

Que pasase á una habitación próxima donde iba á reunirse el Consejo de ministros.

Y á ella me dirigía, cuando oí algunas frases en un grupo próximo, que me detuvieron breves instantes.

Decía uno, que no sé si era diputado ó militar ó alguno de los íntimos de la familia de Prim; creo recordar esto último. Decía, pues:

—¡Sí; el general ha conocido á los asesinos!

—¿Cómo es eso?—pregunté con gran interés.

Y me respondieron:

—El general ha contado que al detenerse el coche vió unos cuantos hombres, y que uno de ellos se echó un trabuco á la cara resueltamente y *hasta con gallardía*.

¡Pobre general Prim! Ni aun en aquel momento supremo desmintió su carácter. Un hombre le apuntaba con un trabuco, y él notaba que el asesino se había echado el trabuco á la cara, *hasta con gallardía*.

Después, según decía Prim, hubo un instante brevísimo en que, al parecer, vacilaron los asesinos, y entonces oí una *voz, que conozco*, que, soltando un terno, decía: ¡Fuego... fuego!

Y sonó la descarga.

Cuando esto refirió Prim, cuentan los que le oyeron, que todos preguntaron con ansia:

—¿Y de quién era la voz que usted conoció?

El general no contestó á esta pregunta.

—¿Y nada más, no saben ustedes más?—dije yo.

—Nada más.

El general quedó en silencio, y ya no volvió á hablar del terrible suceso.

Yo me separé del grupo, y me fuí á la habitación en que me estaban esperando los demás ministros, y con ellos el general Topete.

Según parece, en aquellos momentos de angustia, Topete se ofreció noblemente al general Prim, diciéndole:

—Yo no era partidario de la candidatura de D. Amadeo; mi candidato era el duque de Montpensier; pero las Cortes Contituyentes han votado á D. Amadeo por rey de España, y yo acato su fallo. Usted, mi general, no puede ir á buscar al nuevo rey á Cartagena... pues yo iré en lugar de usted.

Y agregaban que la gratitud del general Prim y los elogios del Regente ante la resolución gallarda de D. Juan Topete, fueron grandes y expresivos.

Como yo no estaba delante de dichos personajes en aquel momento solemne, sólo supe lo que me contaron.

***

Y de aquel brevísimo Consejo recuerdo muy poco.

Sólo hago memoria de que en él se decidió que fuéramos á Cartagena á recibir á D. Amadeo: Topete, en representación del general Prim; el general Beranger, ministro de Marina, y yo como ministro de Fomento. El resto del Ministerio quedaba en Madrid, donde se esperaban graves acontecimientos al morir el general Prim, cuya muerte parecía segura, según la opinión de los médicos.

Y aquí mis ideas se oscurecen, mis recuerdos se borran, y

no vuelven á despertar hasta el momento en que me veo en el tren, camino de Cartagena, con Topete y Beranger y con algunos generales. Estoy seguro que el general D. Manuel de la Concha nos acompañó en aquella expedición, triste y angustiosa, porque todos íbamos bajo el peso de una catástrofe.

Todos llevábamos el profundo convencimiento de que el general Prim moriría en breves horas, quizás antes de que llegásemos á Cartagena.

De tal modo se confunden en mi cerebro aquellas lúgubres memorias, que no podría decir si salimos por la noche ó por la mañana, aunque debió de ser por la mañana muy temprano, porque á Cartagena llegamos al anochecer.

***

Las llanuras de la Mancha estaban cubiertas de nieve.

El tren se detuvo en muchas estaciones.

En todas ellas nos esperaba numeroso público.

Todos los comités del partido radical, que era entonces extenso y poderoso, acudían en masa á las estaciones, dando vivas al general Prim y á la libertad, y execrando á los infames asesinos.

El general Topete se encerró en el más absoluto silencio.

—Cumplo un deber—nos dijo,—un deber de conciencia, un deber de patriotismo, un altísimo deber como hombre de la Revolución, y un deber de cariño fraternal con el general Prim.

Sí, voy á recibir á D. Amadeo; si hubiera peligro, le cubriría con mi cuerpo; procuraré llevarle sano y salvo á presencia de D. Juan Prim, si todavía vive, y ante su cadáver, si ha muerto.

Pero nada más. Aquí empieza y allí acaba mi compromiso. Yo no soy del partido radical, y estoy resuelto á no realizar ningún acto como ministro radical. Todo eso les corresponde á ustedes—nos decía á Beranger y á mí.

Yo les acompaño; si hubiera peligros, que no lo creo, con ustedes y con el nuevo rey los comparto, y con el nuevo rey vuelvo á Madrid.

Esta era la actitud de D. Juan Topete, y estas eran próximamente sus palabras.

El general Beranger, que jamás había alardeado de orador, echó sobre mí la faena oratoria, y yo tuve que pronunciar un discurso en cada una de las estaciones en que nos deteníamos; discursos destinados á los comités radicales, á los alcaldes y Ayuntamientos, á toda clase de autoridades y al público en masa, que, entre gritos, vivas á la libertad y mueras á los asesinos, asaltaban materialmente el tren.

Fué una serie no interrumpida de discursos, naturalmente muy breves, de unos cuantos minutos, todos cortados por el mismo patrón, y que á medida que íbamos pasando estaciones se iban perfeccionando, si se me permite la palabra.

Los temas de los discursos eran siempre los mismos.

Tántas veces los repetí entre Madrid y Cartagena, que yo creo que hoy mismo podría reproducirlos.

Que las heridas del general Prim no tenían importancia; que en breve estaría repuesto el heroico campeón de la libertad, el valeroso soldado de los Castillejos. Que íbamos á recibir á Cartagena al rey demócrata, al que habían eligido las Cortes Constituyentes; al hijo de Víctor Manuel, el rey caballero. Que yo les invitaba á que salieran á recibir á nuestro regreso al nuevo rey de España, al que representaba el triunfo de la Revolución y el triunfo de la libertad. Y así sucesivamente.

Y al llegar á otra estación, si era de más importancia y eran más los minutos de parada, estos mismos temas se amplificaban, y aunque con palabras distintas, siempre venía á repetir lo mismo: la seguridad de que se salvaría el general Prim; la invitación á todos para que acudiesen á nuestro regreso; los elogios á Víctor Manuel, el rey caballero, el de la unidad de Italia: y hasta otra estación y otro discurso.

Y Topete, silencioso, en un rincón del coche.

Y Beranger, silencioso, diciendo:—A mí no me corresponde la oratoria.

Y los generales que nos acompañaban, silenciosos también, pensando sin duda: cuántas palabras y cuántos discursos y en cuántas estaciones nos detenemos, entorpeciendo el viaje.

***

¡Y cómo se transforman las cosas y los sucesos con los años!

Nuestras lágrimas y nuestras aflicciones, cuando niños, nos hacen reir cuando llegamos á ser personas mayores.

Las tragedias infantiles, al cabo de cuarenta años, son sainetes. Lo que es grave y trascendental á los seis años, es puro juego de niños á los sesenta.

Y aquella serie de discursos políticos que yo pronunció en mi viaje á Cartagena, al empezar el año 70 del siglo pasado, hoy, que cuento más de setenta y siete años, casi me hacen sonreir.

Y, sin embargo, aquel viaje era trágico y siniestro, y todos los discursos que pronuncié, ante una y otra multitud, eran sinceros.

Lo que iba diciendo lo sentía. No era el político que representa una comedia; era un hombre leal, que transmite sus sentimientos á la muchedumbre popular que le rodea.

Mi entusiasmo por el general Prim, por aquel hombre tan valeroso, tan enérgico, y en que durante dos años se desarrollaron grandes dotes de hombre de Estado, no era ciertamente un entusiasmo fingido; yo no he fingido nunca, y eso que he sido cerca de cuarenta años autor dramático. Habré acertado ó no con la verdad, pero jamás he puesto careta á la mentira.

Y al asegurar á la multitud que la herida del general Prim no era grave, no mentía tampoco; procuraba consuelos, en que yo no creía.

Consolar no es mentir.

Y al hablar de las Cortes Constituyentes y del rey demó-

crata que habían elegido, y de la libertad y de los triunfos democráticos, tampoco representaba un papel, sino que expresaba sentimientos hondos y verdaderos. Y verdaderas eran mis frases de simpatía por Víctor Manuel y la nación italiana.

A Castelar le había dado, años antes, y á petición suya, más de un artículo sobre los mismos temas para sus periódicos.

Y todavía recuerdo que en tiempos de la Exposición Universal de Londres, cuando invitado por un gran industrial, dueño de fábricas importantísimas de acero, á un banquete, al terminar éste y retirarse las señoras, nos quedamos bebiendo y fumando en un gran salón que daba á un parque regio; todavía recuerdo que después de largo silencio, casi religioso, brindaron los ingleses, y brindé yo, por la unidad de Italia y por Víctor Manuel.

En suma: que todos aquellos discursos ó pedazos de discursos, que iba yo sembrando por los andenes de las estaciones desde Madrid á Cartagena, expresaban afectos, creencias y entusiasmos que arrancaban de lo más profundo de mi alma.

Y hoy, sin embargo, vuelvo la vista á aquellos tiempos; me veo de de pie en la plataforma del coche-salón ó en el andén mismo, de levita y con la cabeza descubierta, perorando á más y mejor, y sonrío, y me ocurre esta idea: ¿Cómo pude resistir tanto discurso y tanto frío sin constiparme?

¿Cómo era yo tan imprudente, que no usaba en momentos tales un gabán de pieles como el de tiempos posteriores?

Y vuelvo á sonreir, y vuelvo á pensar: La democracia individualista de entonces, hoy también necesitaría gabán de pieles.

En aquellos tiempos le bastaba el fuego de su entusiasmo, que no podían templar todos los mantos de nieve que se extendían á perder de vista por las llanuras de la Mancha.

Pero sigamos nuestro viaje, que del mismo modo siguió hasta llegar á Cartagena.

* * *

Sí; á no llevar los presentimientos de una desgracia, porque todos creíamos que era segura la muerte del general Prim; á no envolvernos las sombras de la tragedia que en Madrid dejábamos, aquel viaje hubiera sido un viaje triunfal: así á la ida como á la vuelta, porque nuestro partido hizo alarde de su fuerza y de su organización, y triunfalmente llegamos á Cartagena.

Pero hasta Cartagena no más; y al llegar á Cartagena, la decoración cambió por completo.

En todas partes teníamos masas populares, clase media sobre todo, y comités organizados.

En Cartagena no teníamos ni elemento popular, ni organización, ni fuerza política que nos apoyase.

Cartagena no pertenecía al partido radical.

En Cartagena no había más que federales; cantonales, dijera mejor.

Aún quedaban algunos restos del viejo y tradicional partido progresista, pero en dispersión y aislamiento.

Individualidades respetables, leales á la vieja bandera, pero sin cohesión, sin elementos organizados, sin fuerza y sin aliento; acobardados muchos de ellos y perdidos entre las olas, cada vez más encrespadas, del cantonalismo.

Así es que si nuestro viaje fué hasta entonces, no diré alegre, porque la imagen del general Prim moribundo nos venía persiguiendo desde Madrid, al menos animado, entusiasta, salpicado por el vocerío de las muchedumbres; en cambio, al llegar á Cartagena todo fué oscuridad, soledad y silencio, y algo amenazador que flotaba en el ambiente.

Nadie salió á recibirnos, más que las autoridades militares y algún empleado administrativo que otro; era un recibimiento helado y fúnebre.

Esta es la impresión que yo recuerdo.

Ni el Ayuntamiento salió á recibirnos, porque en aquel momento, Cartagena no tenía Ayuntamiento.

Por actos de desatención y desacato á la Comisión parla-

mentaria, que fué á embarcarse á Cartagena para ofrecer la corona á D. Amadeo, el Ayuntamiento había sido suspendido y encausado.

Cartagena estaba, pues, privada de autoridades municipales.

Así es que llegamos á la estación, en donde yo no tuve que pronunciar ningún discurso, como no se lo hubiera pronunciado á la soledad y al silencio, y á nuestro alojamiento nos fuimos cada cual.

A descansar nos fuimos, pero no descansamos mucho.

Como Topete había resuelto no tomar parte en ningún acto político, me encargaron á mí, por representar el elemento civil y por traer ya este cargo y esta autorización, que aquella misma noche formase un Ayuntamiento, que al día siguiente, al llegar D. Amadeo se presentara á saludarle en nombre de Cartagena.

Tan luego como llegué á mi alojamiento, que, si no recuerdo mal, fué en casa del Sr. Spotorno, empecé mis gestiones, que duraron muchas horas y que no dieron resultado grandemente satisfactorio.

Yo llamé y celebré larguísimas conferencias con todos los personajes más notables de la población que pudieran representar á nuestro partido, por ser, como antes dije, restos, tradiciones del glorioso partido progresista.

Pero cuantos esfuerzos hice se estrellaron en el desaliento de unos, y en la tristeza y en los presentimientos de otros.

—Es inútil—me decían en diferentes tonos;—no puede aquí formarse un Ayuntamiento que represente al partido radical, ni á demócratas, ni á progresistas, ni á unionistas siquiera.

Ese Ayuntamiento viviría mientras estuvieran ustedes aquí. En cuanto ustedes se marchasen, no solamente quedaríamos sin autoridad y sin fuerzas, sino que peligraríamos, y peligrarían nuestras familias y nuestras haciendas.

Porque, no hay que hacerse ilusiones: el Gobierno mandará en España, pero en Cartagena sólo manda en los castillos, gracias á la guarnición y mientras la guarnición sea fiel.

Al llegar ustedes esta noche á Cartagena, si no fuera por los batallones de que disponen para la revista de mañana, si hubieran ustedes venido confiados en las autoridades y corporaciones civiles, acaso á estas horas estarían en el fondo del mar.

Y de este modo siguieron aquellos señores haciéndome una pintura pavorosa de la situación política y social de Cartagena.

Yo creí que exageraban, para evitar el compromiso de formar Ayuntamiento. Los tristes acontecimientos de dos años después, demostraron que veían con claridad el estado de la población, y que aquellas que á mí me parecieron exageraciones, inspiradas acaso por el cansancio, el egoísmo ó el miedo, eran verdaderas profecías, que la Cantonal y el sitio de Cartagena confirmaron el año 73.

Yo insistí, sin embargo: rogué, me puse cariñoso, me puse serio, empleé toda clase de recursos; pero no conseguí que se resignaran á formar un Ayuntamiento.

Conseguí, sin embargo, que constituyeran todos ellos una junta, á que di el nombre de junta de notables, la cual debería, tan luego como llegase D. Amadeo, presentarse á saludar, en nombre de la población, al nuevo rey.

No iría el Ayuntamiento, pero irían en corporación muchos señores muy respetables, de lo más respetable de Cartagena, á dar la bienvenida, en nombre de la población, al monarca.

Fué todo lo que pude conseguir, y fué algo, aunque no todo.

A decir verdad, no era fácil que D. Amadeo distinguiese en aquellos momentos una junta de notables de un Ayuntamiento, y habíamos salvado la dignidad, el decoro, el buen parecer.

Aun así, me aseguraron que se comprometían grandemente, y que acaso quisieran los federales ejercitar contra ellos alguna venganza.

Sólo realizaban aquel acto, según dijeron, por patriotismo, por deberes de partido, por consideración al Gobierno y por no crear nuevos conflictos.

Les di las gracias con toda sinceridad, y me disponía á descansar; pero aquella noche no era noche de descanso: recibimos un telegrama que confirmaba nuestros tristes presentimientos.

El telegrama decía: «El general Prim ha muerto.»

Y poco después, ó acaso al mismo tiempo, esto no lo recuerdo bien, otro telegrama de Gobernación, diciendo: «Se sabe, por referencias dignas de crédito, que Antoñete Gálvez, con unos cuantos tiradores de la federación de Murcia, llegarán ó habrán llegado á Cartagena; se supone y se teme que preparen algún atentado contra el rey; tomen ustedes toda clase de precauciones.

Y nos reunimos Topete, Beranger y yo, el general Concha y algún otro, para meditar sobre aquellos dos telegramas.

La noche era admirable para el descanso.

¡El general Prim ha muerto!

¡Antoñete Gálvez va á Cartagena á matar al rey!

Cartagena no tiene Ayuntamiento.

La población se envuelve en el silencio y la hostilidad.

El rey debía llegar al despuntar la mañana.

El cuadro era bien negro.

La muerte de Prim no había más que sentirla, llorarla por el amigo, por el hombre de corazón, por el gran luchador de la política, y deplorarla por la libertad y por la patria; pero no había nada que hacer más que esperar á que llegara D. Amadeo, para que nuestra primera frase de recibimiento fuera comunicarle el asesinato del general Prim.

Recibimiento consolador y alegre para la llegada de un rey.

En fin, estos hechos son inevitables; consumada la muerte, inevitable la noticia, y una posición bien triste para nosotros, los mensajeros de la desgracia.

Pero el telegrama que nos ponía en situación bien angustiosa, era el segundo: la llegada á Cartagena, según el telegrama decía, de Antoñete Gálvez y los tiradores federales.

A decir lo cierto, algunos años después, ni el telegrama nos hubiera preocupado como entonces nos preocupó, ni siquiera lo hubiéramos considerado como probable.

Acontecimientos políticos de años posteriores demostraron que Antoñete Gálvez era un hombre de pasión, de energía, de arrojo, pero que no era un anarquista ni un asesino.

Más aún: que, aparte de sus pasiones políticas, no era un hombre sanguinario; de él he oído referir rasgos que le honran, y me los ha referido persona digna de crédito.

Pero como entonces no se había dibujado del todo esta figura, que tanto relieve tomó en la Cantonal de Cartagena; como no sabíamos lo que era Antoñete Gálvez, y su nombre nos sonaba tan sólo como algo amenazador, dimos crédito al telegrama, y discutimos las medidas que convendría tomar á la llegada del rey D. Amadeo.

Ya lo he dicho: la situación de Cartagena era gravísima; sólo podíamos contar en plena confianza con el apoyo de las fuerzas militares, y nada más; ni policía, ni vigilancia, ni nada en que pudiéramos tenerconfianza absoluta.

Al menos, este era el estado de nuestro ánimo.

Y después de pensarlo mucho, resolvimos lo siguiente:

Que al otro día, después de llegar el rey, de presentarnos á él, y de comunicarle, como Dios nos diera á entender, la noticia del asesinato de Prim, el rey bajaría al arsenal; que en el arsenal estarían preparadas las tropas para la revista; y que en el arsenal no se dejaría entrar á nadie, no siendo de absoluta confianza.

Que, terminada la revista, sin entrar en la población, medida que justificaríamos como pudiéramos, volvería á la fragata D. Amadeo y en la fragata celebraríamos el banquete, que en la población hubiera sido una imprudencia celebrar.

En la fragata dormiría el rey, y á la otra mañana, desde la fragata á la estación, entre dos filas muy espesas de tropa; y de la estación á Madrid á todo vapor; y ahí te quedas, Cartagena, con tus federales de hoy, tus cantonales de mañana, con la

enemiga de la clase popular, el miedo de las clases acomodadas, y con tu silencio y tu siniestra hostilidad.

Este era nuestro programa, que lo aceptó con desconfianza el general Topete, pareciéndole pocas todas las precauciones, y recordándonos á cada momento que se había comprometido á llevar vivo á Madrid á D. Amadeo.

—¿Podemos hacer más?—le preguntábamos.—¿No lo sacrificamos todo, hasta el decoro, hasta la dignidad del Gobierno á la seguridad del monarca?

Si usted quiere más precauciones, dígalas.

—Está bien, está bien—repetía, agitándose nervioso y rogando á Dios que le sacara con bien de aquellos apuros.

No en verdad apuros personales; que D. Juan Topete sabía jugarse la vida como el hombre más valeroso; pero la idea de que pudiera ocurrir una desgracia á D. Amadeo, le ponía fuera de sí, y hasta había momentos en que se arrepentía de haberse comprometido en aquella empresa.

—Ese Antoñete, ese Antoñete—murmuraba paseándose con agitación.

Y ya muy avanzada la noche nos separamos, buscando cada cual unas cuantas horas de descanso.

José Echegaray

PARNASO INTERNACIONAL

EN EL CEMENTERIO DE ARROW

(De Lord Byron.)

¡Oh campos dulces á mi infancia! ¡Oh troncos
En cuyas secas ramas, indecisa,
Suspiros gime roncos
Con són doliente plañidera brisa,
Que en cielo puro lánguida se pierde!
Mi pie, de nuevo, conmovido pisa
La misma alfombra verde
Que un tiempo hollaron plácidos conmigo
Los que mi pecho amó, y hoy lloran lejos,
Cual yo quizás, su dicha, que halló abrigo
Bajo de vuestras ramas, troncos viejos!
Cuando, con paso incierto, errante giro
Del áspera colina
Por las torcidas sendas, aún te admiro,
Grato á mi corazón, olmo frondoso,
Que á la hora en que declina
Pálido el sol en el ocaso triste,
A tu sombra yacer, y de mis sueños
Gozarme en los encantos halagüeños,
Tantas veces me viste.

A tus pies fatigado
Aún me tiendo, y me esconde
Trémulo tu follaje; pero ¿dónde
Está mi pensamiento apasionado,
Que ya á mi afán, cual antes, no responde?
¡Ay! á evocar la sombra del pasado
Parece que me llamas
Cuando en murmurio tierno
La brisa orea las temblantes ramas,
Y la voz que en las hojas vaga gime
Suena en mi oído murmurando:—«Dime,
Dime el adiós eterno.»
Cuando de mi existencia el hilo quiebre
La muerte, adormeciendo en letal calma
El corazón, donde la viva fiebre
Alimenta mi alma,
El postrimer consuelo
De la hora triste en que infeliz sucumba,
Si consuelo falaz la muerte alcanza,
Fuera saber que en el sagrado suelo
Que tan grato me fué, se abre mi tumba.
Quizás esta esperanza
Endulzara mi fúnebre agonía,
Y durmiera dichoso donde un día
Mis ensueños, de galas primorosas
Vistió la fantasía,
Y extendió mi ilusión alas hermosas;
Donde rodó mi cuna al dulce abrigo
Del viejo árbol amigo;
Donde imprimí jugando infantil huella
En la tierra que me abra pobre lecho,
Para que al polvo en ella
El polvo torne de que fuí yo hecho;
En mi última morada bendecido,
Por las voces que oía complacido

Sonar junto á mi cuna, y no he olvidado,
Llorado siempre con dolor profundo
Por la amistad sincera, y olvidado
Por el resto del mundo.

A ***

Hubo un tiempo feliz, que tú no olvidas,
Aun cuando yo no evoque su recuerdo,
Un tiempo en que ligó nuestras dos vidas
Amor que tú has perdido y yo no pierdo.

—

Y desde el día plácido en que abriste
Tu tierno corazón á mis amores,
Aunque hayan desgarrado mi alma triste,
Sin comprenderlo tú, crueles dolores.

—

Ninguno en mi memoria quedó impreso
Cual esta idea, que robó mi calma;
Huyó el amor, cual su mentido beso,
Rápido huyó, mas sólo de su alma!

—

Pero halló alivio la desgracia mía
Cuando en tus dulces labios he escuchado,
Con la voz que sincera juzgué un día,
Que te acuerdes aún de aquel pasado.

—

Hoy, con desdén tu orgullo mi amor paga;
Mas, si en la hoguera en que me abraso, no ardes,
Es para mí una dicha, que me embriaga,
Que todavía mi recuerdo guardes.

—

Esta idea feliz mi dolor corta:
Huye hoy de mí con aspereza impía,
Huye de mí mañana; ¿qué me importa?
Tu fuistes, un tiempo, mía, sólo mía.

A LA MUERTE DE UNA JOVEN

¡Brille con grata luz á tu alma el cielo!
Jamás otra tan pura,
Para ascender á Dios en raudo vuelo,
Rompió del lodo la prisión obscura.

—

Con un rayo divino, ya en el mundo
Resplandecía tu alma;
Gozas de Dios, y nuestro afán profundo
Este feliz presentimiento calma.

—

¡Séate leve el césped de tu fosa!
¡Fresco brille y florido!
De la aflicción la imagen angustiosa
No ha de enlutar tu nombre bendecido.

—

En tu sepulcro, á tu memoria, flores
Son el digno tributo;
No cipreses, emblema de dolores.
¿Para qué por los ángeles el luto?

TEODORO LLORENTE

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

ESPAÑA Y NAPOLEÓN

1804-1809 [1]

«La guerra de España ha sido la causa primera de las desgracias de Francia... es lo que me ha perdido», murmuraba Napoleón desde el fondo de su destierro. No hay ningún historiador del emperador que no haya ratificado esta penosa confesión. En principio, un cambio de dinastía podía parecer una operación fácil, á la que Europa había tenido ocasión de acostumbrarse desde hacía unos quince años. Ningún pueblo había sinceramente llorado á su monarca desposeído; Francia abandonó á los Borbones; Holanda aceptó la República; después al rey Luis, sin acusar grande impaciencia; los alemanes perdieron á muchos de sus príncipes soberanos, sin apelar ante los vencedores de este abuso de fuerza; los italianos, piamonteses, venecianos, toscanos, contemplaron con la misma mirada indiferente, lánguida, á los ministros ó los príncipes que se sucedieron en Turín, Venecia, Florencia; en Nápoles, José Bonaparte se posesionó sin dificultad de la herencia de Fernando IV. El silencio de los pueblos pareció ser su asentimiento.

(1) Este interesante artículo ha visto la luz en la *Revue Hebdomadaire*.

Nada parecía amenazar al trono de los Borbones de España. El Gabinete de Madrid se había aliado con el de París. Ya en Trafalgar, Carlos IV pagó esta alianza con la pérdida de los diez mejores navíos de su flota; el porvenir le reservaba otras decepciones. El rey era un hombre excelente; pero era, sobre todo, «un pobre hombre», que desempeñaba de la mejor manera del mundo y del modo más inocente el papel de marido engañado. La reina María Luisa de Parma, que ostentaba sus desenfrenos á los ojos de todos sus súbditos, y á la que llamaban, en voz baja y hasta en voz alta, Mesalina, gobernaba al amparo de su amante, al que había hecho primer ministro y príncipe de la Paz. Godoy era un hombre de mediana inteligencia, embriagado por su poder, sin escrúpulos, sin honor, engañando á su amo con un tal cinismo, que dejaba estupefactos á los más insignificantes testigos. ¡Qué magnífico terreno para hábiles maniobras! ¡Qué hermosa presa para un conquistador siempre sediento de conquistas, aquella corte desprestigiada y aquel país entregado á la anarquía!

Aquella corte de España agonizante; las intrigas de Napoleón para dividirla, engañarla y, finalmente, aniquilarla; el despertar de un pueblo dormido durante un siglo; toda esta sombría historia, iluminada por resplandores siniestros, ha encontrado hoy su historiador en M. Geoffroy de Grandmaison. No es éste el lugar de decir todos los méritos de la obra del eminente escritor; pero se puede intentar un resumen de la negociación española, utilizando los diversos trabajos de M. de Grandmaison, no solamente su último libro *L'Espagne et Napoleon*, sino también la correspondencia que publica en estos mismos momentos del conde de la Forest, embajador de Francia en Madrid durante todo el reinado de José Bonaparte, correspondencia preciosa, tanto para los fervientes de la historia como para los aficionados al estilo elevado y al penetrante análisis diplomático.

Frente á Carlos IV, lo mismo que con Pío VII, Napoleón quiso proceder con la astucia; como esto no le dió resultado en

ninguno de los dos casos, hubo de emplear la fuerza, su argumento supremo. Hubiera podido declarar la guerra al rey de España; no le hubiesen faltado pretextos (Carlos IV no era un aliado sincero, puesto que las intrigas de Godoy iban lo mismo á Londres que á Berlín). Su obra más franca habría sido tal vez menos frágil; por querer economizar una conquista, se vió obligado á la más larga y á la más difícil; por primera vez, Napoleón, en lugar de encontrar ante él á un ejército, tropezó con un pueblo entero que defendía su independencia.

***

Sigamos los pasos del conquistador.

Napoleón volvía de Tilsitt, entusiasmado por su alianza con Alejandro I, más todavía que por su campaña victoriosa. Dueño reconocido ya de una parte de Europa, no le faltaba más que el título de emperador de Occidente para poner de acuerdo las formas con la realidad. España era, pues, su vasalla, lo mismo que el Wurtemberg ó el reino de Etruria; hacía pasar sus ejércitos á través de Navarra, de Castilla la Vieja y de León, para ir á Portugal; la autorización que solicitaba de Carlos IV, su aliado, no era á sus ojos sino una simple, simplicísima formalidad. Carlos y su ministro aprobaban; aprobaban también otra cosa: por la mediación oficiosa y nada digna de un tal Izquierdo, firmaban en Fontainebleau, el 27 de Octubre de 1807, un tratado que fraccionaba á Portugal, concedía la parte meridional á Godoy, Príncipe de la Paz, promovido á soberano, y la parte septentrional á la reina de Etruria, que, á cambio, abandonaba su reino á Napoleón. El emperador se reservaba la parte central de Portugal, comprendida entre el Tajo y el Duero, para disponer la paz general, pero Carlos IV ¡podría tomar el título de emperador de las Dos Américas! Para semejante empresa, natural era que Francia introdujese 28.000 hombres en la Península y movilizase otros 40.000 en las fronteras pirenaicas.

¿Tenía Napoleón en aquel momento la intención de ejecutar estrictamente el tratado y de respetar la corona de los Borbones de España? Puede creerse, mientras que creyó sólido el trono de aquéllos; pero pronto le pareció verle vacilar. M. de Grandmaison ha insistido, con razón, sobre el proceso de El Escorial, página curiosa y oscura de aquella lamentable tragedia que produjo sobre Napoleón una impresión decisiva; desde el día en que una familia real se divide públicamente, inicia al pueblo en sus querellas y se convierte en un objeto de desprecio y casi de escándalo, su suerte está resuelta. ¿Cómo basarse en un rey que lleva su ceguedad hasta condenar á su hijo para satisfacer las bajas venganzas de su mujer y su ministro, sin aclarar con la menor investigación esa intriga complicada? ¿Cómo condenar á un infante, cuyo partido es, sin embargo, poderoso y numeroso en la nobleza y en el pueblo, y que se humilla cobardemente?

Fernando era un joven de veintitrés años, bastante inquieto, ambicioso, pero tontamente, hablando demasiado y no obrando nunca. Al corriente, como todo el mundo, de las intrigas de la corte, estimaba poco á su madre y detestaba á Godoy. Admiraba mucho á Napoleón, ó, por lo menos, deseaba hacerle la corte, previendo próximo el día de su advenimiento: viudo de la princesa María Antonia de las Dos Sicilias, no creyó poder hacer cosa mejor que pedir una esposa al emperador. Advertido M. de Beauharnais, embajador de Francia, se apresuró á indicar á Mlle. Tascher de la Pagerie, prima de la emperatriz. El emperador no había pensado en esta combinación, y esta idea, por venir de otro, fué condenada. Las princesas de la familia Bonaparte—y Mlle. de la Pagerie no lo era—en edad de casarse no eran numerosas; la mayor, Carlota, hija de Luciano, tenía doce años. Además, Napoleón no había llegado aún á ese amor de los proyectos matrimoniales que le hizo más adelante casarse con una Hapsburgo para dar á su casa un lustre de antigüedad. En 1808, y sobre todo respecto á un Borbón español, no le placía prestarse á seme-

jante negociación. Dejó al príncipe de Asturias en actitud de suplicante, hasta que la tragedia de El Escorial vino á aclarar su pensamiento y fijar su resolución.

Fernando, aconsejado por su profesor el canónigo Esquiza, ayudado por el Infantado, el conde de Montarco, el duque de San Carlos y numerosos miembros de la nobleza castellana, preparaba su reinado futuro y combinaba la caída de Godoy.

Para hacer caer al ministro, bastaba abrir los ojos del rey. La cosa era menos fácil de lo que se imaginaba el presuntuoso infante. La carta que escribió á este efecto fué interceptada por Godoy, que, como buen ministro, vigilaba los manejos del príncipe heredero; á la reina y á él no les costó trabajo convencer al rey de que su hijo preparaba una revolución. El historiador ha escrito, con su estilo vivo, esta escena penosa y burlesca: Fernando, ante la mirada de enojo de su madre, arrastrándose á los pies del rey, implorando su perdón, desaprobando á sus consejeros, echando sobre ellos toda la responsabilidad; Carlos, irgiéndose, para acoger más dignamente las excusas, y volviéndose hacia la reina para saber si puede aceptarlas. Estos príncipes hacen pensar en el rey del Ponto, Prusias, y en su mujer, Arsinoe; es cierto que Nicomedes tenía más noble actitud que Fernando, pero Carlos IV repelía con el mismo temblor de voz que Prusias y la misma mímica de espanto:

—«¡Ah! No me enojes con la República.»

Fernando fué considerado como irresponsable, y se instruyó un proceso contra sus consejeros. El 25 de Enero de 1908, una Junta, convocada especialmente, se negaba á formular una sentencia condenatoria, abofeteando así públicamente al príncipe de la Paz y á la reina. No pasaron dos meses, cuando, el 17 de Marzo, habiéndose trasladado la corte á Aranjuez, estalló un motín, que terminó con el encarcelamiento de Godoy, la abdicación de Carlos IV y la proclamación de Fernando VII.

*
* *

Si los acontecimientos de 25 de Enero han satisfecho al emperador, puesto que arrojan un nuevo descrédito sobre el Gobierno español, los del 17 de Marzo perturban singularmente sus planes. Desde los primeros días de 1808 están tomadas sus decisiones; ha aplazado la ejecución del tratado de Fontainebleau, sin dejar por eso de apoderarse del reino de Etruria; pide á Carlos IV socorros pecuniarios para que le ayude en su campaña contra Portugal; ha apresurado la entrada de sus tropas en la Península; en fin, el 20 de Febrero ha nombrado á Murat «lugarteniente del emperador» en España. Todos estos actos han asustado al pueblo, han asombrado á la corte y han causado el motín de Aranjuez. Carlos IV y Godoy, comprendiendo el peligro, han querido huir; el pueblo se lo ha impedido; Fernando se ha pronunciado por la resistencia contra el invasor; ha sido aclamado. Ha hecho en Madrid una entrada triunfal en medio de un pueblo delirante, al que la presencia del ejército francés no ha impedido demostrar sus sentimientos. Murat ha entrado veinticuatro horas antes en la capital; los dos rivales se vigilan, pero se ignoran.

Carlos IV y Godoy hacían, al huir, el juego de Napoleón, conscientemente ó no. Encontrándose vacante el trono, el emperador le hubiera dado en el acto un titular. El advenimiento al trono de un joven príncipe popular iba, por el contrario, á obligarle á la lucha ó al disimulo. Empezó por eludir todo acto de reconocimiento y por erigirse en protector de los soberanos desposeídos.

M. de Grandmaison ha revelado detalladamente en su libro todos los medios, persuasión, intimidación, amenazas que las gentes del emperador emplearon para hacer que fueran á ponerse á sus pies en Bayona Carlos y Fernando. Ha descrito, con la ciencia y el arte que se sabe, estas penosas escenas; ha mostrado á este conquistador colmando de atenciones y de miramientos á aquellos últimos Borbones desposeídos, para ahogarlos mejor, y esforzándose en aterrorizar á Fernando para arrancarle una abdicación, que comprendía que era difícil ob-

tener por la persuasión; pero ¡qué excusa para Napoleón el rebajamiento, la cobardía imbécil de los «viejos reyes», la inconsciente doblez del pretendiente y de sus consejeros!

Cuando Fernando hubo puesto la corona en manos de su padre, y Carlos IV hubo abdicado en favor de Napoleón, el emperador se creyó al fin dueño de España. Con este golpe de fuerza iba, por el contrario, á quebrantar el edificio que había elevado piedra á piedra desde hacía ocho años, y que solamente la paz con Inglaterra podía permitirle coronar. Este acto oficial, violento, sobre un nuevo reino, del que, sin embargo, no hubiera podido temer ninguna empresa, del que no podía esperar ahora ningún socorro útil, debía atraerle sobre él nuevas maldiciones, dar nacimiento á nuevas luchas. El ejemplo de Luis XIV hubiera debido ilustrarle; ¿de qué sirvió al gran rey poner á su nieto en el trono de Carlos V y proclamar: ya no hay Pirineos? La Naturaleza es sorda á estas grandes frases, y la voluntad de un hombre, de Luis XIV ó Napoleón, no puede hacer que sean comunes intereses divergentes.

***

Para seguir á José en su papel de rey de España, el mejor guía es el conde de La Forest, que le precede en Madrid algunas semanas. Es un embajador del antiguo régimen; cónsul en América, se relacionó durante la revolución con Talleyrand, que le llamó á su lado durante su ministerio con el Directorio, el cual le envió sucesivamente á Luneville, á Munich, á la dieta de Ratisbona; le confió la legación de Berlín, en donde, con su gran habilidad, su profunda perspicacia, supo impedir que el Gobierno prusiano se aliase con Austria durante la campaña de 1805, é informó con celo al emperador sobre el estado de los espíritus y la preparación secreta de la ruptura. Un diplomático tan hábil era necesario en Madrid. Llega en los primeros días de Abril; queda sorprendido al encontrar á la opinión pública relativamente favorable á Francia, puesto que

los españoles esperan todavía que el emperador va á reconocer á Fernando VII. La marcha de éste á Bayona les ilustra; el motín del Dos de Mayo abre la era de la resistencia popular. Murat, para afirmar su prestigio debilitado, para seguir las instrucciones del emperador, se muestra implacable en la represión; después hace un llamamiento á la concordia; cree trabajar para sí mismo; espera el correo de Bayona, que le reconocerá el título de rey. El Consejo de Castilla empieza á prever el advenimiento de aquél, y se prepara á ella; su aire marcial, su aspecto simpático, su sangre meridional, le dan algunas ventajas para conquistar los corazones.

Así, cuando corre la noticia de que el trono es para el rey de Nápoles, José, La Forest comprueba desde luego la «frialdad en el público para pronunciarse por José Napoleón más bien que por Joaquín». El 10 de Mayo anuncia que el Consejo de Castilla hace saber «que no puede pedir por rey á tal ó cual príncipe de la familia imperial antes de ser más ampliamente informado. Uno solo de los miembros ha hecho consignar en los registros su voto formal por José Napoleón». Al día siguiente, el embajador da cuenta de las conversaciones que ha tenido con los miembros del Consejo de Castilla, del cual desea Napoleón obtener un voto formal á favor de su hermano. «Hubiera habido pocas divagaciones, me decían, entre los consejeros, si se hubiese tratado de expresar un voto por su S. A. I. el gran duque de Berg. La esperanza de ser notado por el príncipe que había de reinar, hubiese hecho que la circunspección cediese á la ambición, á la solicitud, á todos los sentimientos que se desarrollan en tales casos. Pero la desconfianza y la timidez dominan cuando hay que votar fríamente por un ausente.»

Si es, pues, probable que la candidatura de Murat hubiera sido mejor acogida que la de José por las clases elevadas; si es cierto que Joaquín hubiese dado pruebas de una mayor habilidad y hasta de más justa ciencia del gobierno que José, como lo demostró luego su conducta con el reino de Nápoles;

si es evidente, sobre todo, que su presencia al frente de un ejército le hubiera dado una unidad de dirección que los lugartenientes del nuevo rey no pudieron asegurarle nunca, no menos verosímil es que el pueblo español se hubiese sublevado contra él como se sublevó contra José. A los ojos del pueblo, el lugarteniente del emperador, puesto de pronto en el trono de los españoles, no podía ser, como lo dice sin eufemismos su historiador, sino «el rey intruso».

M. Fréderic Masson, que mejor que hombre alguno de Francia conoce las relaciones íntimas de Napoleón y de su familia, ha contado al detalle las numerosas conversaciones á las que dió lugar en el círculo imperial la vacante del trono de España. El emperador, en el mes de Febrero, había ofrecido ya la corona de Felipe V á su hermano mayor; pero entonces pretendía quedarse con Navarra y Cataluña y la orilla izquierda del Elba; José la rehusó. El 27 de Marzo, al saber la primera noticia del motín de Aranjuez, Napoleón se dirigió al rey de Holanda, y no habló ya de fraccionamientos: Luis lo rehusó, en una carta seca y casi grosera: dió á entender que no estaba hecho para ser gobernador de provincia. El emperador se dirigió entonces á Jerónimo; éste era un instrumento dócil; pero su mujer, Catalina de Wurtemberg, era protestante, y se negaba á convertirse. Quedaba Luciano, que, retirado en Roma, se encontraba en relaciones más que frías con el emperador. Ni por un instante, á lo que parece, pensó Napoleón en ofrecer á Murat la corona de Carlos IV. M. Fréderic Masson encuentra la mejor y más sencilla explicación de esto: Murat era un mariscal del Imperio, al mismo tiempo que una alteza real; darle un trono, y el más alto en la jerarquía tradicional de Europa, era atraerse las reclamaciones ó el despecho de todos los otros mariscales. Cierto es que Murat llegó á ser rey de Nápoles; pero aparte de que este pequeño reino no estaba sino en el segundo término de sus preocupaciones, Napoleón no se lo dió á su cuñado sino porque todos sus hermanos estaban colocados, y porque su hermana Catalina aportó á

su esposo honores que el emperador hubiese querido reservar para ella solo.

De nuevo le fué ofrecida la corona á José, el cual, más contrariado que satisfecho, aceptó el trono de Madrid á cambio del de Nápoles. Pero no se apresuró á ir á su puesto. Franqueó la frontera española, escoltado por una corte apenas constituída, el 9 de Julio.

*
* *

Transcurrió un mes: el país se sublevaba contra las tropas francesas, que tenían que forzar la entrada de cada ciudad, de cada pueblo; la resistencia se organizaba contra «el intruso»; por primera vez, desde los comienzos de la Revolución, ¡capitulaba un cuerpo de ejército en Bailén! El rey evacuó la capital, y el 9 de Agosto, desde Burgos, en donde se había refugiado, escribió al emperador que se esforzaría en volver pronto á Madrid, y que se apresuraría entonces á dar una proclama, «diciendo que renuncia á reinar en un pueblo que ha tenido que someter por la fuerza de las armas, y que teniendo todavía la elección entre un tal pueblo y el de Nápoles, que sabe apreciar su gobierno y hacer justicia á su carácter, da la preferencia á los pueblos que le conocen, se vuelve á Nápoles, haciendo votos por la felicidad de las Españas, y yendo á trabajar por la de las Dos Sicilias».

¡Extraño destino el de estos monarcas errantes!

Napoleón no contesta sino con el envio de nuevas fuerzas; corre á Erport á asegurarse de los sentimientos del zar Alejandro, y sin pérdida de tiempo se dirige hacia los Pirineos, para poner mano en aquel nuevo asunto, que decididamente se complica. Con la actividad y el espíritu de decisión y de organización, que es la propiedad de su genio, el emperador, en unos días, indica á todos la dirección que conviene; con un golpe de energía, en todas partes, al mismo tiempo en el te-

rritorio invadido, hace que se restablezca el orden mostrando la fuerza. La campaña de España no es una de las menores operaciones militares de Napoleón, pero es la primera en la que no puede alcanzar el fin propuesto. En páginas vibrantes, animadas por un soplo guerrero, M. de Grandmaison describe la marcha forzada del gran ejército de España, conducido, al redoble de los tambores, por su jefe, que persigue al enemigo con una energía tanto mayor, cuanto que ese enemigo es el inglés, el más antiguo, el más tenaz, el único con quien hasta ese día no ha podido habérselas; pero el enemigo retrocede; la tempestad ruge; el ejército francés escala la sierra, á pesar de la lluvia y la nieve; Napoleón, unas veces á pie, otras á caballo, se esfuerza en reanimar el ardor de sus reclutas fatigados, quienes por primera vez murmuran, prontos á aclamarle; al día siguiente dan vista á la llanura de León; corren á meterse en el lodo en persecución del enemigo, que, prudentemente, se repliega. El 2 de Enero de 1809 el emperador entra en Astorga, inquiere una vez más el camino seguido por el ejército de John More; está á punto de rodearle, de aniquilarle, cuando el correo de Francia le anuncia que Europa se agita de nuevo, que Austria, aprovechando el alejamiento del gran ejército y de su jefe, se arma. En una noche Napoleón ha tomado su partido; modifica sus planes, opera una vuelta completa; la suerte está echada; ¡no se medita con los ingleses hasta Waterloó!

Mientras que el mariscal Soult continúa la persecución, y no puede impedir que el ejército británico se refugie en Coruña y embarque, ¿qué es del rey José?

El 4 de Diciembre, ante la intimación de Napoleón, Madrid ha abierto sus puertas, los insurrectos han huído, el ejército francés ha ocupado todos los cuarteles; el rey no ha vuelto á hablar de abdicar; por el contrario, trabaja activamente en organizar su Gobierno; desde que su hermano ha acudido para defenderle el trono, no tiene más que una preocupación: obrar por sí mismo, hacer actos de soberano independiente, para no parecer el delegado del emperador ó su vicerrey. Sin embargo,

Napoleón es quien dicta los decretos, quien de un mismo plumazo reduce en dos terceras partes el número de conventos, suprime el tribunal de la Inquisición, los derechos feudales, el Consejo de Castilla, decide el encarcelamiento de los principales personajes de Madrid, va á elaborarse una Constitución; Francia lleva á los españoles la libertad.

El 22 de Enero de 1809 el rey José ha vuelto á su capital; por esta fecha, Napoleón está de regreso en París. Se invita á los oficiales franceses que han quedado en Madrid á que lleven la escarapela española; el mariscal Joudan es el jefe de Estado Mayor, obediente y adicto del nuevo rey. El conde de La Forest, como embajador celoso, anota todos los detalles, encarece los esfuerzos del nuevo Gobierno y sus buenas disposiciones, comunica á Madrid los consejos más ó menos imperativos de París; sin embargo, ve que el pueblo permanece silencioso y sombrío; el Tesoro está exhausto, el rey y sus ministros no saben qué método seguir; la amenaza ha hecho al pueblo hostil; la benevolencia le deja ahora indiferente.

Harto justo castigo de una empresa poco justificable, cuyas consecuencias van á ser tan penosas para toda la política imperial. Napoleón ha desencadenado contra él la ira de los pueblos; los españoles servirán de ejemplo á los rusos y á los alemanes; para todos aquellos cuyos deseos y afecciones se han violentado, va á abrirse la guerra de la indipendencia; el sentimiento patriótico de legítima defensa que animaba á los voluntarios de 1792 y los hacía victoriosos, va á desarrollarse en las naciones subyugadas, y por toda la Europa va pronto á resonar la fórmula magnética de la Revolución: ¡la patria está en peligro!

De España brotó la primera chispa del inmenso incendio prendido por una ambición generosa, pero desmedida. M. de Grandmaison, que ha fijado en páginas tan claras y tan elocuentes los comienzos de esa siniestra aventura, nos contará pronto, sin duda, las peripecias, y guiados por él, veremos tristemente desmenuzarse los restos del gran ejército en los

llanos de Castilla y de Extremadura ó en las gargantas de las sierras, acosado por los paisanos armados ó por los soldados de Wéllington, rodeando, en fin, á José en su carroza real y llevándole por el camino de Bayona á los cinco años de haber llevado por el mismo camino, en la misma carroza, los mismos granaderos á Carlos IV y Fernando VII.

PEDRO RAIN

GOYA

POR

VALERIANO DE LOGA

(CONTINUACIÓN)

En la, para Goya, tan desdichada época de su enfermedad, coloca Iriarte (1) su famoso episodio con la duquesa de Alba, que, á pesar de la erudita refutación de los autores españoles, tan arraigado está en el público y en las literaturas extranjeras.

D.ª María Teresa Cayetana de Silva y Toledo, XIII condesa duquesa de Benavente y de Alba, era sin duda una dama tan excéntrica como bella. Su nombre le ha hecho inmortal Rafael. En efecto; poseía la tablita ovalada de la Sagrada Familia que el Ermitage de San Petersburgo cuenta hoy como su más preciado tesoro. La valiosa tabla que un Virrey de Nápoles llevó á España, fué regalada, según se cuenta, por la duquesa, en un momento de loca prodigalidad, á su cirujano, regalo de que pronto se arrepintió y que, según se susurraba en la corte, hubo de expiar con la muerte. La entusiasta amante de las artes hízose retratos por Goya varias veces, así como su esposo, el dilettante marqués de Villafranca, y dió al artista brillantes muestras de favor, que también se hicieron exten-

(1) Matheron, á quien debemos la descripción inserta más adelante, de la relación de Goya con la Duquesa, nada sabe de relaciones ilícitas.

sivas á su mujer y familia. Le proporcionó habitación en su palacio, le puso coche, y mandaba á D.ª Josefa comida de su propia mesa en vajilla de plata, con orden de que no la devolviera, etc. Dadas las libres costumbres de aquel tiempo, tanto la elevada dama como el artista podían permitirse mayores libertades que otras damas, á pesar de ló cual, el célebre pasaje de la carta á Zapater, por lo demás, el único de doble sentido en este género, puede interpretarse como una inocente baladronada (1). ¿Por qué no había una dama principal de dejarse estucar la cara por un pintor? Ya ambos eran entonces (1800) entrados en años. También deben meditar los amantes de la referida leyenda amatoria, que se puede codiciar un mudo amador, pero no uno sordo, que además está enfermo, y se acerca á los cincuenta.

El gascón Iriarte, cuya fantasía era mayor que su amor á la verdad, cuenta, refiriéndose á cartas del nieto del maestro, que fuera de él, por cierto, nadie ha leído, una novela muy seductora. Goya acompañó, dice, á la duquesa, desterrada de la corte por intrigas y celos de la reina, á Andalucía. Enfermedad simulada, luego hermosas semanas en Sanlúcar de Barrameda, florido pueblo combatido por las olas. Cuando en Sierra Morena, en el paso de Despeñaperros, se rompió el coche, la ayudó á bajar, dándole la mano, á trueque de un enfriamiento, del cual provino su sordera.

El mismo autor habla después de un álbum que poseía Valentín Carderera, y le llama precioso documento, que describe, día por día y hora por hora, todos los detalles de este viaje á «Citerea». Desgraciadamente, en tan interesantes páginas, que se conservan en el Prado y en la Biblioteca Nacional de Madrid (2), ha visto el afortunado biógrafo lo que los demás

(1) Zapater: o. c., pág. 55. «Mas te valía venir á ayudarme á pintar á la de Alba, que se metió en el estudio á que la pintase la cara, y se salió con ello. Por cierto, que me gusta más que pintar en lienzo.» La carta original, fechada 2 de Agosto de 1800, la posee el marqués de Casa Torres.

(2) Araujo Sánchez: o. c., págs. 83 y 84. A. M. de Barcia: Goya en la

simples mortales no hemos podido ver. Pero aun cuando se quisiese ver en aquellos dibujos de bellas, á la duquesa faltaron ocasiones, que ni en Madrid ni en el viaje se pudieron presentar. Lo picante de tales relaciones, inspiró luego á muchos cultivadores de la fábula. La duquesa, antes de relacionarse con Goya, tuvo que deshacerse de su rival, la de Osuna. Otra falsedad. Por las Memorias de Godoy, está demostrado que estas dos elevadas damas se disputaban los favores del torero Romero; el escándalo de 1787 debió dar por resultado el referido destierro de la de Alba.

El admirable retrato magnífico de color que posee el marqués de la Romana, que representa á Goya paseando en cortés conversación con su protectora, así como un encantador y atrevido Capricho, testimonian la íntima posición de que gozaba el artista en casa de la duquesa. Este último lleva, sin embargo, como el retrato grande, la fecha de 1795. En la elegante y esbelta figura, con su magnífico pelo negro, si bien éste sólo se ve por detrás, se reconoce fácilmente á la aristócrata. Aparece en actitud de acariciar á una dueña que sostiene un crucifijo, y pedirla ayuda ó favor para algo ilícito. En la pareja vemos á la misma vieja de Negra, que cantó Quintana, y que en uno de los dibujos de la Biblioteca se encuentra prendido en el pecho de la señora, y un pequeño y grotesco paje, que también, como reza la inscripción, Luis Berganza pertenecía al recreo de la duquesa. Una encantadora impresión del momento, radiante de humorismo.

Una vez que la leyenda tomó este incremento, se quiso reconocer en todas las figuras femeninas de Goya el retrato de la famosa duquesa: en los cartones de tapices, en casi todos los Caprichos, en los retratos de bellas desconocidas, y sobre todo, en las dos célebres Majas. Hasta corrió la anécdota de una sorpresa por el marido. El mismo perro que aparece en el magní-

---

sección de estampas de la Biblioteca Nacional. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Madrid, 1900. IV, pág. 193.

fico retrato de su Palacio de familia, al lado de la duquesa, fué tomado por una especie de símbolo, y siempre que se encontraba un animal parecido, sobre todo en situación ambigua (Caprichos, núm. 27), se creía rastrear á Goya y á su protectora.

La comparación con el retrato auténtico de la duquesa destruye todas estas historias, en el caso de que no se admita, como algunos fantaseadores, que Goya sólo pintaba el cuerpo para poner otras cabezas.

En el célebre retrato del palacio de Liria, en Madrid, doña María Teresa señala con imperioso ademán el suelo, donde se lee escrito en la arena: «A la duquesa de Alba, F.co de Goya, 1795.» El perro blanco está á su lado. El paisaje es sólo una impresión, y el interés se concentra en la faz de la figura, completamente vestida de blanco, y cuyo talle rodea un ajustador encarnado. La cara, pequeña y nerviosa, enfermiza, se destaca entre un bosque de bucles negros; una larga y fina nariz, una boca extraordinariamente pequeña, cejas negras, pronunciados son los detalles más salientes de aquel rostro, que difícilmente se olvida. En los amenazadores ojos hay una sombra de melancolía. Julios Wernher, en Londres, posee una excelente reproducción del retrato procedente de Nápoles. La media figura que posee el duque de Medina Sidonia parece un boceto anterior. El famosísimo retrato de la duquesa, vestida de négro, de la colección Urrureta Goyena, que después de diferentes vicisitudes se encuentra en la Spanish Society, de New York, entre otras obras de arte españolas, es quizás idéntico al mencionado en la carta de 1800 á Zapater. De la circunstancia de que también allí señala la bella duquesa el nombre de Goya, escrito en el suelo, pudieron alimentar los amigos sus picantes historias. El busto que posee D. Rafael Boris representa á la duquesa algo más joven. No falta el perrillo, su contraseña, ó de la pasión de Goya. El delicado retrato de la colección de Salamanca, que poseyó luego Mr. Bamberger, en París, hoy fallecido, no tiene nada que ver con la duquesa.

Lo que, por otra parte, se contaba de galanteos de Goya con damas de la alta sociedad, carece igualmente de verosimilitud. Lindamente cuenta Matheron cómo zarandeaba á su gusto á los imbéciles maridos y gustaba goces ilegítimos, por decirlo así, ante los ojos del engañado, y cómo una dama enamorada de él, le dejó en su testamento una fortuna, que él arrojó, con groseras palabras, á los pies de los legítimos herederos. Por fortuna, el democrático Bocaccio no cita nombres propios.

*
* *

Cuando Goya, después de larga enfermedad, volvió á tomar parte en la vida pública, con el oído perdido para siempre y con los ojos no muy sanos, pues tenía que gastar lentes (los retratos de Bayona y Castres le representan en sus demacradas facciones de esta época), halló el mundo conmovido en sus cimientos. Al entusiasmo con que España había saludado á los jefes de la revolución francesa, siguió pronto una desilusión. Pronto el país se mantuvo indiferente ante los hechos de allende los Pirineos, porque las cuestiones discutidas en las reuniones francesas estaban muy lejos del pueblo leal y clerical por naturaleza. Cuando se conocieron, una sobre otra, las noticias de la prisión, proceso y ejecución de la familia real, el caballeresco pueblo, como un solo hombre, púsose sobre las armas. Mas este movimiento nacional fué sofocado. Intrigas de corte tuvieron quieto al ejército, pues también andaban mal las cosas en España.

Con Carlos III fueron enterradas muchas felices reformas y disposiciones. Cierto, que Floridablanca subsistió, pero tuvo que luchar diariamente con la camarilla. La reina, á quien en el fondo le eran tan indiferentes los asuntos de Estado como á su marido, sólo quería dominar y tener dinero para sus dilapidaciones. El sin conciencia é intrigante Lerena, su instrumento incondicional, consiguió pronto aislar al hombre de Estado. En 1790 era enviado Cabarrús á una fortaleza, Jo-

vellanos desterrado y Campomanes caído; una vez alejados así los mejores consejeros, el mismo Floridablanca tuvo un golpe desgraciado en su política. A la noticia del movimiento popular de París, el viejo fué desconcertado en sus planes. «Vió que habría echado en su glorioso Gobierno gérmenes de disfavor; hizo causa común con los peores, destruyendo así los mejores trabajos de su vida» (1).

A su caída, enlazada con tan indignas circunstancias, le sucedió Aranda, hombre gastado ya entonces. Pero se susurraba que sólo se le había nombrado para preparar el inaudito caso de favoritismo que había de perder al país.

Ya antes de la entronización de Carlos IV, había empezado el favor de Godoy con María Luisa, cuando por fin el rey se enteró de aquel secreto á voces, después de violentas escenas y catorce días de separación (Carlos IV desquitóse entretanto en San Ildefonso); quedó María Luisa por fin victoriosa, y desde entonces sucedió lo increible. Poco le costó al favorito ganar al rey en toda la línea, extravío moral que se acentuó con los años, hasta el punto de que en la catástrofe de Aranjuez, Carlos se cuidó antes de salvar la vida de su Manuel que su propia corona. El mismo Godoy quiso explicar su inusitada carrera en sus desacreditadas y falaces Memorias, afirmando que el rey, penetrado de su incondicional abnegación, le había colmado de tantos favores, y aún le parecían pocos. Este *menage á trois*, dicho sea en honor de Godoy, continuó en el destierro después del destronamiento de su protector.

Tan grande fué la general indignación, cuando en Noviembre de 1793 las riendas del Gobierno fueron abandonadas en las ineptas manos del favorito, que los clericales se inclinaron al suplantador Aranda, á quien no podían perdonar la expulsión de los jesuítas.

Cuando Godoy, para encarecer los méritos de su adminis-

(1) Baumgarten: Geschichte Spaniens vom Ausbruch der frauzösischen Revolution, I, pág. 36.

tración, enumeraba la larga lista de libros impresos en España durante su Gobierno y todas las medidas benéficas y útiles, hablaba también de las artes. «Mi título de protector no fué una vanidad... los artistas... más que protector de la Real Academia, me encontraron un amigo oficioso; sus discípulos me miraron como padre» (1). También á Goya le fué siempre afecto el poderoso. El artista encomiaba especialmente la urbanidad de Alcudia, y contaba á su amigo que el Príncipe le sacaba á paseo en su coche, comía con él, y hasta para poder hablar con el pintor, aprendió á hablar por señas (2). Ya indicaremos después los encargos que le encomendó.

Poco á poco habíase restablecido Goya de su enfermedad, hasta poder pintar de nuevo. Nada podía abatir su espíritu superior, y su buen natural le enseñó á sobrellevar sus padecimientos.

También hallaba estímulo y distracción en sus conversaciones con los amigos, que en su mayor parte habían aprendido el lenguaje mímico.

Después del destierro de Jovellanos, eran sus íntimos, además de los fieles amigos antiguos, el poeta Quintana, Meléndez Valdés y Moratín hijo, así como Isidoro Máiquez, Talma y las ingeniosas comediantas Tirana y Rita Luna. Parece ser que, á la muerte de su cuñado Ramón, llevó á su casa á su sobrina Feliciana, la cual le distraía, como después Rosario, con su travesura. A esta encantadora niña la inmortalizó Goya por el arte de su paleta.

El 4 de Enero de 1794 escribía á D. Bernardo Iriarte, que quería exponer algunos cuadros en la Academia: «Para ocupar la imaginaci.ⁿ mortificada en la considerac.ⁿ de mis males, y para resarcir en parte los grandes dispendios q.ᵉ me an ocasionado; me dedique á pintar un pliego de quadros de gabinete, en q.ᵉ he logrado hacer observacio.ⁿ á q.ᵉ regularmente no dan

(1) Godoy: Memorias, I, pág. 168.
(2) Zapater: o. c., págs. 55 y 56.

lugar las obras encargadas, y en que el capricho y la invención no tienen ensanches» (1). En una segunda carta se habla de un «Corral de locos», que empezó á pintar según estudios hechos en Zaragoza. Algunos detalles hacen colegir que se trata de aquel cuadro que después pasó á la Academia, por mediación de D. Manuel García de la Prada. También se citan los otros tres cuadros conservados allí. Las tablas de igual tamaño sorprenden, dentro de la frescura de su concepción, por una ejecución esmerada y amorosa. En especial, ha conseguido cumplido efecto en la perspectiva que Goya eludía en los cartones y despreciaba en casi todos los retratos. En un circo, improvisado en el campo, de forma irregular, como se suele ver en las fiestas de los pueblos aún hoy, se verifica una suerte de pica. En «La procesïón del Viernes Santo», con flagelantes, encapuchados y demonios, domina, como en la corrida, una luz apagada de extraña delicadeza. Los otros dos cuadros nos trasladan á un espacio murado, y alumbrado por escasa y diseminada iluminación, que representa con persuasiva fidelidad una sesión del tribunal de la Inquisición y el interior de una casa de locos. Una inspirada reproducción del último, que, quizá por su vida, es preferible al primero, posee hoy D. Aureliano de Beruete. Si el célebre y atrevido cuadro carnavalesco «El entierro de la sardina», en que rivalizan un humorismo bacanalesco, con verdadera orgía de colores, fué pintado entonces ó más tarde, es difícil determinarlo. En todo caso, no se aviene muy bien con la disposición de ánimo de Goya en esta fecha.

Estos cuadros significan un importante momento de la evolución artística de Goya. El que consumió una generación pintando cartones para tapices, y amenazaba paralizarse con los dibujos académicos, siguió, en cuanto pudo emanciparse de todo encargo, la inclinación de su natural temperamento que le arrojaba á resolver poblemas pictóricos.

(1) Museo Británico. Egerton, 585, 74 y siguientes.

En sus retratos ya pudo, mucho antes, Goya campear á su gusto. Aun cuando seguía, al principio, la tradición dominante, en cuanto á los fondos de cortinajes, paños, muebles, eligiendo, de cuando en cuando, alguna perspectiva libre, siempre el interés principal estaba reservado al asunto, así como el mayor esmero de la ejecución. Pero tan pronto como sintió el accesorio como una obligación penosa, prefirió presentar las figuras como Velázquez, inmediatamente delante de una pared, cuya uniforme coloración reflejada, prestase al cuadro unidad de tono. Su visión, independiente de la naturaleza, le inclinaba á pintar las figuras al aire libre, de modo que se destacasen vigorosamente como en una cámara fotográfica, mientras el paisaje retrocede algo por una oleada de ambiente, y todos los contornos y líneas del mismo parecen como debilitados.

También hay algunos retratos, fechados del año 1794, de los cuales, en verdad, no se sospecha que hayan sido pintados por un enfermo. La media figura del célebre escritor militar D. Félix Colón de Larviategui (Colección Traumann, Madrid), puede clasificarse por su estilo con el general Ricardo, de Boadilla del Monte, y con el hermoso retrato de un brigadier desconocido, que posee D. Luis de Navas. «D.ª María de las Mercedes Fernández, por Goya, 1794», se lee en una hoja de papel que tiene la dama vestida de blanco (Colección del Conde de Villagonzalo). Era la abuela del marqués de San Román, el célebre general.

Hemos de agregar también á la obra maestra del siguiente año, el retrato de la duquesa de Alba, de que ya hemos hablado, la espiritual figura de D.ª Tadea Arias de Enríquez, en el Prado.

El retrato de Guillemardet en el Louvre, que en el año 1795 desempeñó corto tiempo el cargo de embajador (1), sin ser recibido en la corte, muestra á Goya en el apogeo de su fuerza

(1) Matheron: o. c., cap. VIII.

creadora. El mismo parece que declaró (1) que ningún retrato le había salido mejor; y un francés pudo decir: «Jamais un peintre français n'a si bien mis d'accord les trois couleurs nationales» (2). El hombre que aquí aparece tan guerrero era médico de Autun, y por cierto padrino de Eugéne de la Croix, el ardiente admirador de Goya.

Goya supo sacudir de sí los ingratos trabajos para la Fábrica. Además, Carlos IV mostraba menos interés que su predecesor por los tapices que, bajo el reinado de su padre, habían consumido casi medio millón. La reina necesitaba el dinero para otras cosas; quizá hubo también en Livinios Huik menos energías; el caso es que la manufactura no siguió floreciendo. En vano pidió nuevos modelos, y por ultimo, para dar trabajo á los obreros, hubo que repetir los bocetos de Goya (3), y se hicieron alfombras semejantes á las de la Savonierie.

En el año de 1797 pintó Goya á su amigo Zapater, por segunda vez, en un retrato ovalado. (Durand-Nuel, París.) Por lo que se puede colegir de aquí un nuevo viaje á Zaragoza, del maestro. También lleva esta misma fecha el retrato el Anacreonte español, que precisamente en aquella época había sido trasladado de Valladolid á Madrid, con el cargo de procurador de lo criminal. Meléndez Valdés, que debía expiar con el destierro su gestión como director general de Instrucción pública (1817, en Montpellier), fué uno de los amigos de Goya. El cuadro de Bowes Museum en Barnard Castle, que merece la preferencia sobre las reproducciones de Madrid, está pintado con tan poco color, que á trechos aparece la tela. Las luces están muy repartidas, y la carnación es suave y sanguinolenta. Con él se puede clasificar, en cuanto á la fecha, el retrato de otro poeta, con el cual el maestro, en los ultimos años de su

(1) *Gazette des Beaux Arts*. XIX, pág. 575.

(2) Idem XIX, págs. 147 y 148. Se conocen de su mano unas rosas, copias de Caprichos hechas en Sepia.

(3) Cruzada Villaamil, núm. 42.

vida, volvió á encontrarse en Bordeaux. Leandro Fernández Moratín, el fundador del moderno teatro español, había vuelto en 1796 de sus viajes al extranjero, durante los cuales también visitó Alemania. Además del retrato de la Academia de San Fernando, poseemos otro de mano del maestro, pintado posteriormente en Bordeaux. «La gloria que busqué toda mi vida, la he logrado, antes que por mis versos, por el pincel de Goya» (1), parece haber dicho ante el retrato.

La misma técnica flotante y amplia, mezclada con el más refinado gusto en la gradación del color, aparece en más alto grado en el exquisito retrato del Dr. Payrel, en la National Gallerie de Londres. También el simpático retrato del joven con el lapicero, en que nuevas investigaciones, han hecho ver al esclarecido político D. Evaristo Pérez de Castro, y que hoy adorna el Louvre, se puede clasificar entre éstas sus más sazonadas creaciones.

En Septiembre de 1797, la boda del príncipe de la Paz con D.ª María Teresa de Borbón, la hija del infante D. Luis, proporcionó á Goya nuevos encargos (2). Para sustraer al disoluto é infiel favorito al influjo de la conocida Josefa Tudó, con la que se decía estaba ligado y tenía hijos, y cuyos parientes presentaban memoriales en su palacio, no tuvo inconveniente la reina en sacrificar á la ambición y vanidad del príncipe á su sobrina, casi una niña entonces. En vano se opuso el clero á bendecir tan vergonzoso matrimonio, y amenazó la Inquisición hasta con una querella de bigamia, y el digno primado del reino, cardenal Lorenzana, antiguo preceptor de los tres niños del príncipe (3), fué voluntariamente al destierro. Cuando el patriarca de las Indias, menos escrupuloso, bendijo en la capilla de palacio la unión, los nobles no asistieron á la ceremonia.

(1) Matheron. Capit. VIII.

(2) Memorias, II, pág. 236. Lafuente, pág. 79. Baumgarten, o. c., I, página 94.

(3) El retrato de este digo príncipe de la Iglesia, de la sala capitular de la catedral de Toledo, no es de Goya.

Pero aquel libertino, sin conciencia, pronto desatendió á su joven y bella esposa, como había hecho con su señora; volvió á los brazos de la Tudó, y hasta consiguió un título de condesa de Castillo Fiel para la odiosa criatura.

Goya pintó varias veces, en aquel tiempo, á la bella hija de su venerado y amado protector.

A manera de aureola, rodean los dorados cabellos el delicado y noble óvalo de su rostro, donde sonríen una rosada boca infantil y dos candorosos ojos como violetas. Un vestido blanco, liso, con lazos y ajustador azul pálido, forman el adecuado engarce de la joya.

Del gran retrato, de figura entera, de la princesa, se conserva también en Boadilla del Monte un estudio del busto. En el brazalete que rodea su graciosa muñeca se advierte la miniatura de su madre. Esta obra maestra, en la cual Goya se indemnizó en su culto á la belleza de su trabajo diario, fué sólo superada por el tercer retrato de la infanta. Vestida de blanco, ante una pared oscura, en sillón dorado, resplandece con suave gracia, y domina por su belleza. Ciertos cambios en su esbelta figura hacen colegir que cuando este retrato se hizo, ya María Teresa estaba casada hacía varios meses. El medallón que ostenta en la pulsera está tan gastado, que no permite saber á quién representa la miniatura.

Poco se conoce de la vida ulterior de esta simpática criatura; sufría en silencio su delicada alma el amargo ultraje, hasta que su muerte hizo sitio á la Tudó.

También el hijo del infante D. Luis María, que Goya pintó de niño, como á su hermana, fué retratado ahora por el maestro, ocupando la silla de San Ildefonso, como sucesor de Lorenzana, y ostentando la púrpura cardenalicia. El artista estuvo, probablemente (1) el 5 de Marzo de 1801, en Toledo, para tasar la decoración pintada por Fernando Branbila y Gregorio Borguini, en honor del nuevo arzobispo. Sencilla y sin preten-

(1) José Martí y Alonso, o. c., pág. 474.

siones, como conviene á un alto prelado, aparece el cardenal. El lienzo, en Boadilla del Monte, difiere poco del ejemplar del marqués de Casa Torres. Una reproducción de este retrato existe hoy en el Museo del Prado.

En la época del casamiento de Goya hay que colocar también las pinturas decorativas de Goya para el palacio del duque, hoy Ministerio de Marina. Desde el gran vestíbulo conduce la escalera recta á un pequeño recinto, cubierto de bóveda plana, que en otro tiempo fué antesala y hoy es biblioteca. Se componen de grupos alegóricos de la Agricultura, Industria y Comercio. El cuadro de encima de la puerta es posterior. Los asuntos, compuestos de dos ó tres figuras, están admirablemente adaptados al círculo; el color es agradable, pintado tan claro, con la intención de producir la ilusión de los frescos. El tono general forma un gris delicado y armónico.

El año 1798, el duque de Osuna, á quien gustaba jugar á los soldados, encargó á Goya el retrato del general Urrutia; que de la venta de 1896, de infausta memoria para el Museo del Prado, pudo salvarse. El célebre general sintióse en Madrid tratado con frialdad, desde que manifestó su desacuerdo con el Gobierno del favorito y con sus planes militares. Está en la montaña, con un anteojo en la mano, en actitud de hacer un reconocimiento junto á una escarpada roca natural y sin *pose*. Una esbelta y elegante figura, en cuyos ojos, á pesar de los setenta años, luce fuego juvenil. En su pecho aparece la cruz rusa de San Jorge.

Un segundo retrato, en el cual aparece un oficial, en actitud indolente, en la plaza de operaciones; un oficial de cuerpo entero, D. Manuel Lapeña, marqués de Bondad Real, es del siguiente año. Asimismo, de los primeros años del siglo es el elegante retrato del conde de Fernán-Núñez, en traje directorio, á la moda francesa. D. Carlos Gutiérrez de Ríos fué el jefe de la oposición contra el príncipe de la Paz. A su funesto consejo se debió el viaje de Fernando á Bayona. El noble, nacido en 1778, aparece aquí más joven que en el grabado de Manuel

Salvador de Carmona, de 1795. La pareja de este magnífico retrato, que representa á la esposa del conde, no está tan bien concebido ni presenta su tipo.

En los mismos días que el retrato del general Urrutia, pintó Goya, para la Alameda del duque de Osuna, seis cuadritos representando brujas, que en el asunto se aproximan á las últimas hojas de los Caprichos.

«Un aquelarre á la luz de la luna»; un laboratorio de brujas visitado por demonios; un adepto que pretende ser admitido en el grupo, y un curioso, hechizado por sus conjuros, y que los demonios arrebatan por el aire. Es probable que estos asuntos fantásticos procedan de fuentes literarias, como otros dos números de la serie, como para el convidado de piedra, también para el sexto, hoy en la National Galerie, suministró el asunto una comedia de Antonio de Zamora.

En los años siguientes compró el duque otros seis cuadritos de Goya, los que, en parte, se reconocen como estudios para tapices, como «Las cuatro estaciones»; sólo que, en vez de «La vendimia», figura aquí «La gallina ciega» para el «Otoño». Los dos cuadros pertenecientes á la misma serie, el «Albañil herido» y la «Madre en la fuente», estaban también en la Alameda, sin que se encuentre en el archivo la fecha de su adquisición. Muestran poco importantes discrepancias de los cartones: la más notable es la del «Albañil herido», donde la expresión del que lleva al albañil, es una mueca, por la que se pudiera creer que, más que de un accidente, se trata de una borrachera.

El cuadro de la «Merienda campestre», verdadera joya, en la National Galerie, y los dos pequeños de la «Romería de San Isidro», deben ser considerados como los «Dos asuntos de campo» catalogados allí.

En la pradera del Manzanares, alrededor de la ermita del Patrón de la villa, y durante la romería que se celebra en los hermosos días del mes de Mayo, apíñase el pueblo. En el camino vense puestos de objetos de devoción, recuerdos, botijos y otras chucherías por el estilo, y en la Pradera campea la gente

á su gusto. Esta romería española conserva mucho de su primitiva alegría. La parte pictórica de una fiesta de este género estimuló á Goya; aunque más que la muchedumbre, le sedujo la perspectiva de la villa, de que podía gozar desde las ventanas de su casa de campo.

En el más pequeño de los dos cuadros, de igual altura, se ve en el fondo la ermita con su cúpula y sus tres torres. Ante ella se apiñan los devotos. En primer término están sentadas algunas parejas amatorias endomingadas, de la clase del pueblo, que disfrutan de la libertad de un día de campo. El segundo, mucho más ancho, representa un sitio unos cien pasos más al Oriente en una eminencia sobre el río. El sol está en su ocaso. Al otro lado del río brillan las blancas masas de edificios de Madrid, sobre el cual una neblina amarillenta se destaca en el cielo azul de primavera. A la izquierda, el pesado bloque rectangular del Palacio Real y la cúpula de San Francisco el Grande; después siguen las casas del Rastro y la parte vieja de la villa. El sol flamea sobre el Manzanares, que limita con una línea el medio fondo; el río parece más ancho y caudaloso que hoy; los puentes de madera no existen ya. Algunos arbolillos en la orilla opuesta, y el fuerte verdor de la Casa de Campo, rompen la monotomía del tono gris duro que domina en el cuadro. En el primer término, á la orilla del río, sobre la superficie arenosa, amarillo-rojiza, interrumpida aquí y allá por algunos toques de verde, están sentadas algunas alegres y endomingadas damas con sus caballeros, charlando, galanteando y bebiendo. La Pradera, hasta el río, está en parte sombreada por unas nubes. Numerosa multitud de figurillas, peatones, jinetes y carros, se mueven por uno y otro lado; algunos bailan al estilo del país. Puestos de bebidas y de monos, con tan minucioso esmero en los detalles, que haría honor á un Menzel ó á un Meissonier. En realidad, nada colorista, pero mucho menos monocromo; sin pretensiones, pero bien pensado; sencillo, pero tratado con excelente técnica, resuelve este incomparable cuadro el problema del aire atmosférico.

En Otoño de 1798 encargó á Goya el rey la decoración de la iglesita de San Antonio de la Florida, situada más allá de la Estación del Norte, frente á la orilla del Manzanares, poblada de muchedumbre de lavanderas, cuyo encanto pictórico supo apropiarse Goya. Mientras trabajaba para los tapices, se divisa entre los árboles un pequeño templo de elegantes proporciones. Desde antiguo se veneraba allí á San Antonio, al cual solía el mundo elegante de Madrid rezar la oración de la tarde al volver de paseo. El lindo edificio, que tiene la forma de una cruz griega, es obra de Juan de Villanueva, en 1792, al cual debe Madrid también el Museo del Prado. La Academia de San Fernando conserva el retrato de este estimado artista, obra de Goya, y que, por la edad del retratado (había nacido en 1740, y parece en él de sesenta años), debió ser pintado en la misma fecha que los frescos (1).

Detalladas cuentas, que se conservan, sobre suministros de colores (2), nos enseñan que Goya alquiló un coche, desde 1 de Agosto, por espacio de cuatro meses, para subir desde su casa la escarpada pendiente. El 1 de Julio de 1799 pudo abrirse por fin la iglesia al culto público.

La desfavorable luz que entra por la claraboya, y las tres pequeñas ventanas, dificulta el estudio de la pintura, y ha dado ocasión á que se digan muchas inexactitudes sobre ella.

En pocas de sus obras se adaptó Goya tanto al gusto del tiempo; no favoreció mucho á estos cuadros la circunstancia de que, queriendo evitar los colores fuertes, pintó con medios tonos. En vez de masas de nubes, sobre las cuales la antigua escuela solía sustentar sus figuras decorativas, para producir efecto, puso asuntos en el fondo, delante de los cuales se mueven ángeles.

---

(1) La peluca y el traje anticuado, dan motivo á creer que pudiera ser el cuadro del año 80. Elías Tormo y Monzó. «Las pinturas de Goya.» Revista de la Asociación Arqueológica Barcelonesa. Barcelona, 1900; en 4.°, pág. 551.

(2) Viñaza, pág. 198.

Estos ángeles, que parecen amorcillos, se esfuerzan por apartar y recoger grandes cortinones adornados con oro y con las armas reales bordadas. Los más grandes están de pie aislados junto á la moldura dentellón, inclinados devotamente ó mirando á lo alto y mostrando siempre exuberantes formas de gargantas, pechos y brazos. Sus largas vestiduras, de suaves y ondulantes tejidos, siguen los movimientos del cuerpo, y no se puede negar que aquellas sensuales figuras, con sus dulces y bellos rostros, recuerdan algo el minueto.

La pintura del ábside, que por la mala luz no se puede casi apreciar, parece terriblemente deteriorada por la humedad. Mejor se aprecia en el inspirado cobre de José Galván.

Un estudio que posee el conde de Villagonzalo, muestra la composición (como en el Pilar de Zaragoza está representada la adoración del ojo de Dios), apenas esbozada; los ángeles, sin alas, que se inclinan ante el Todopoderoso, tienen bastante sabor á modelo.

En la bóveda de la cúpula está «San Antonio resucitando á un muerto».

Más de cincuenta personas, entre hombres, mujeres y niños, en el traje de aquella época, puros meridionales (también San Antonio era español), se apiñan alrededor del grupo principal.

El santo, en hábito franciscano, flaco, consumido, inclinado, con gesto elocuente, se destaca fuertemente del cielo gris, consumando el milagro. El cadáver aparece espantoso en su rigidez, mientras que el asombro de la muchedumbre, sobrecogida, se matiza por grados hasta los grupos más distantes. Casi enfrente, poco advertido del grupo, está con los brazos extendidos el culpable, cuya confesión de su crimen le libra de grave pena.

El legendario acontecimiento se consuma como un acto de la vida ordinaria, y el que contempla el cuadro siente á una, con los espectadores del prodigio que se apoyan sobre la balaustrada; la única diferencia es que está más bajo que los pintados, y ve las figuras como una especie de panorama.

Algunos modernos han querido ver en este cuadro, profundamente eclesiástico, algo irreligioso, y de aquí han deducidc fabulosamente el disfavor del rey y persecuciones de la Inquisición. Carlos IV, al principio encantado, y lleno de agradecimiento por la terminación de la obra, parece que demostró descontento cuando la camarilla le hizo notar que entre las figuras había retratos de conocidas bellezas de la corte, cuya vida no era muy católica. Nada nuevo es esto para el biógrafo. Cierto, que los ángeles de la nave, con sus pronunciadas formas femeninas, no son nada mojigatos ni gazmoños. Pero ¿en qué se diferencian de los que estamos acostumbrados á ver en los techos de las iglesias, desde hace siglos? En manera alguna ostentan sello individual, sino que más bien parecen encarnaciones de bellezas ideales tomadas por el artista, como en otros trabajos.

Y entre los espectadores de la leyenda, al lado de vulgares hombres del campo, encontramos mujeres vestidas con el traje del pueblo, que no tienen nada de aristócratas.

Nada se refiere, por otro lado, que compruebe el pretendido disfavor del rey; antes al contrario, el próximo nombramiento de Goya para primer pintor de cámara debe considerarse como premio á este cielo de frescos.

Esta plaza, dotada con el pingüe estipendio de 50.000 reales, no había sido provista desde la muerte de Bayeu en 1795 (1). Goya había pretendido ya este lucrativo empleo, y si bien encontró un buen abogado en el príncipe de la Paz, el rey declaró, por su propia iniciativa, la intención de amortizar esta plaza. Por fin, ahora, en 31 de Octubre de 1799 (2), consiguió sus pretensiones, en unión de Mariano Maella, que se había distinguido en la imitación de Mengs, más por su fino tacto que por sus numerosas obras.

El primer pintor de corte manifestó su agradecimiento á

(1) Cruzada Villaamil, núm. 25.
(2) Idem, núms. 26 y 27.

esta merced, con el gran «Retrato de la Real Familia», en el Prado (1).

Como las «Meninas» de Velázquez, con quien tiene el retrato mucho de común, el lugar de la escena es una sala de Palacio, con luz de la derecha, pero sin aquella admirable perspectiva; como una «familia de tenderos á quien hubiese tocado el premio grande», aparecen las figuras aburridas y en fila ante la pared cubierta de cuadros. También pudo ponerse en el fondo, pero faltó aquel contacto espiritual entre el artista y el príncipe, que nunca fué pintado más fina y delicadamente que en la Teología de la pintura.

La reina, aciago centro de esta familia, está también en el centro del cuadro. Rodea con el brazo á D.ª María Isabel, su hija menor y predilecta, cuyo carácter se parecía más que el de otra alguna al suyo, y que después ocupó el trono de Nápoles. El niño que tiene de la mano es D. Francisco de Paula, padre del rey D. Francisco de Asís. La corpulenta figura de Carlos IV se inicia en segundo grupo. En primer término, á la derecha, de pie, al lado de su esposa, el entonces ya desposeído príncipe heredero Ludovico de Parma y D.ª María Luisa con su hijo al brazo. La hija mayor del rey, casada en Portugal, D.ª Carlota Joaquina, sólo aparece de perfil al lado de su tío, el bondadoso D. Antonio. En el centro del grupo de la izquierda, al otro lado de sus padres, aparece Fernando, de diez y seis años, casado con su primera esposa, muerta prematuramente, María Antonia de Nápoles, la cual ya en su posición manifiesta el aborrecimiento que le inspiraba su esposo. Su hermano, D. Carlos María Isidro, luego célebre como pretendiente al trono, apóyase en él. La antipática cabeza de una de sus tías, la intrigante María Josefa, hermana mayor del rey, asoma detrás del príncipe.

La rítmica disposición y resolución del conjunto en grupos;

(1) El cuadro no lleva fecha, pero se ha conservado una cuenta de adelantos de 13 de Junio de 1800.

el reparto de luz y color, y ante todo, el brutal realismo en la caracterización de cada personaje, han contribuído á la fama mundial del cuadro. Difícilmente se comprende hoy, acostumbrados como estamos á suavizar con retoques la fiel verdad de la fotografía, que un pintor se atreviese á pintar de aquel modo. En vez de la majestad señorial, nos hiere un exceso de sensualidad, que no se detiene ni ante el derecho ni ante la moral, una juventud viciosa, maldad contenida y socarronería. Enrique Ibsen, el gran poeta septentrional, pone en boca de un artista palabras que me parecen admirablemente adecuadas para este cuadro. «Hay algo oculto, algo sospechoso, en estas cabezas y detrás de ellas; al exterior, se parecen notablemente, pero en su esencia más profunda son dignos honorables mascarones de caballo, obstinados hocicos de burro, deprimidos cráneos de perro de orejas colgantes, puercos cebados, imbéciles y bestiales imágenes de bueyes.»

Goya hizo para esta obra estudios extraordinarios. Las cabezas de tamaño natural, pintadas sobre el lienzo enrojecido, que prefería para fondo de su pintura, pertenecen indudablemente á sus más palpitantes creaciones. Los cuatro retratos ovalados de la real pareja, de Fernando y de la que luego fué reina de Nápoles, en poder de la condesa de París, se podrían considerar, teniendo en cuenta su manera amplia, antes como estudios previos que como reproducciones. También habla en favor de esta opinión, que Fernando, así como en el estudio sobre rojo, lleva la insignia de la orden bajo la levita, y que la reina aparece vuelta también.

Ya hemos hablado bastante de los diferentes retratos de la pareja real; pero los dos grandes retratos ecuestres del Prado merecen más detenida mención. Sólo las cabezas están cuidadas; mientras que para las grandes superficies el artista se servía de aquellas delgadas capas de color, que desde los tapices empleaban con tanta facilidad. Los caballos no le resultaban muy afortunados; ¡qué pocos han sabido pintarlos! Mas, por pesados que nos parezcan en su movimiento, la raza típica del

caballo andaluz está allí. ¿Es acaso, ó símbolo? El caballo del poco perspicaz rey, manotea como á ciegas por espesa niebla. María Luisa, montando á estilo hombruno, moderna amazona, lleva el ajustado uniforme de Guardia de Corps, con consciente seguridad. Para fechar los cuadros, la edad de los retratados nos ofrece un indicio algo elástico; del traje de guerra se puede deducir una conclusión, que no se opone á otros argumentos de más peso.

En Junio de 1801 empezó Goya su famosa guerra para quebrantar el influjo de Portugal. Avida de admirar su gloria, le siguió María Luisa con el rey y toda su corte al campo de batalla. Entonces fué cuando Alcudia, que no se podía comparar con Federico el Grande, hospedó á los reyes en su casa paterna de Badajoz, algunas semanas, con gran boato, mientras las tropas peleaban. También pudieran ser aquellos dos retratos recuerdo de estos gloriosos días.

El mismo Goya habla, en aquel mismo año, de un retrato ecuestre (1) del príncipe de la Paz, que se ha perdido; pero también el gran retrato de la Academia tiene relación con la campaña de Portugal. Se ve entre nubes de humo al favorito, colocado en ridícula postura, leer un despacho. El ayudante, el caballo, el guardia y la tienda sirven para caracterizar la situación. Las banderas portuguesas y las insignias de la Orden de Cristo, que el duque recibe como señal de la paz, indican su triunfo militar y diplomático.

Aquel gigante, algo enfundado, con sus blancas manos de hombre de valor, no era por cierto un hombre hermoso. La frente, estrecha, resbalaba hacia atrás, mientras que sus narices avanzan como pico de ánade. La boca, pequeña, de gruesos labios, ostenta una sonrisa de mozalbete, y la barbilla es de forma poco precisa. Lo que la vieja reina admiraba en él, era la juventud y su corpachón; al pesado Carlos le era útil su fal-

(1) Zapater: o. c., pág. 54. La hoja de Tomás López Enguídamos, grabada para dibujo de Josef Rivelles, en 1807, es un pobre recuerdo de éste.

ta de escrúpulos y la humildad perruna del *parveun*, que él tomaba por fidelidad. El aspecto de Godoy corresponde en lo demás con el cuadro que de él hace la historia, admirablemente. Era, ante todo, inepto é inconsciente, pero no le faltó nunca buena voluntad y fe en sí mismo.

Goya debió de pintar para Alcudia alguna Venus. Tales cuadros eran muy apreciados para el galante duque, cuyas escandalosas aventuras volvieron de nuevo á ocupar la villa.

Algunas de estas flores pisoteadas, debieron de ser muy probablemente las célebres Majas, que, por su coquetería y artificiosa gracia, seducen, tanto como por la perfección de la pintura. Los dos cuadros fueron adquiridos por la Academia en el secuestro de Godoy en 1815. Aunque sin fecha ni marca alguna, el vestido y la forma del peinado y la pastosidad resbaladiza de la pintura, que el artista, como ya hemos visto, prefería en los primeros años del siglo XIX, hacen creer que no es anterior á 1800. Y con ello, como veremos, la afirmación de que sea, á pesar de la absoluta desemejanza de la cabeza, un retrato de la duquesa de Alba, pierde su último fundamento, pues D.ª María Teresa de Silva descansaba, desde 1801, en su panteón del Cementerio de San Isidro.

¿A qué capricho debe su existencia esta encantadora doble figura de seductora sensualidad? Es un secreto. Su traje rico, aunque algo chillón, y la esmerada ejecución de la pintura, indican un cliente distinguido, ó por lo menos, rico. Igualmente se presenta difícil el problema de cuál de las dos fué pintada antes. En los detalles del dibujo y color, y sobre todo en la expresión, no encontramos diferencia esencial. La vestida muestra el enrojecimiento del que espera ó está agitado, mientras las mejillas de la desnuda están cubiertas de la mortal palidez de un no acallado deseo. El sombrío azulado grisáceo de la carne confirma la opinión de que el retrato fué pintado al aire libre del Prado.

Para caracterizar la situación, séanos permitido reproducir el célebre párrafo del *Viaje á Suiza*, de Goethe: «Todos los mo-

vimientos se suceden con naturalidad, y, sin embargo, parecen estudiados. Sin duda trata de entregarse al sueño buscando diversas posiciones. Un minuto detiénese en la actitud más deliciosa; yo sólo puedo asombrarme y admirar. Suspira profundamente, cambia de postura, murmura el nombre de su amado y parece extender sus brazos hacia él.—¡Ven!—murmura finalmente con voz divina;—¡ven, amigo mío, á mis brazos, ó moriré!»

También el encantador «Retrato de la Maja en el balcón», tan vulgarizado por repetidas reproducciones, pertenece al año 1800, como indica su parentesco con las figuras de la cúpula de San Antonio de la Florida.

Esta semejanza se percibe también en las grandes alegorías, que ha poco D. Luis de Navas cedió al Museo del Prado, y en la Santa Magdalena, antes en la colección Láfitte; pues indudablemente se utilizaron los mismos modelos. El otro cuadro, titulado «España, el Tiempo y la Historia», una alegoría muy de aquella época, es poco claro en su contenido, pero las figuras femeninas seducen por su admirable belleza.

Una muestra del arte creador del artista ofrece el estudio conocido por el grabado de Espinosa, en *El grabador al agua fuerte* (II, 1875, pág. 21). Todas las figuras están desnudas, y los atributos de las mujeres son distintos. Cronos, aún barbilampiño, y alrededor del cual zumban murciélagos y aves nocturnas, se asemeja á aquel demonio, con sus amplias oscilaciones, que vemos en un cuadro del Museo de Lille. Allí está, con la escoba levantada, detrás de una extraña pareja, en actitud de barrerlos como basura. Vemos una mujer de edad, pero ricamente ataviada y vestida como una joven, que compara su miniatura con su rostro retratado en un espejo, que le sostiene una criada de tipo morisco, también maltratada por los años y demás excesos. Entre estas dos figuras, poco agradables, y las Parcas de la página 44 de los Caprichos, hay cierta semejanza. La nariz de loro de la señora, su boca maliciosa y los redondos ojos de mochuelo, recuerdan indudablemente las

facciones de la reina. ¿Es casualidad que esta belleza añeja lleve los mismos ricos pendientes y alfiler de diamantes en el pelo que María Luisa ostenta en el cuadro de familia? Pero la intencionada pareja de este cuadro, «Las majas de paseo», una variante de antiguos motivos, explica la tan sangrienta sátira como juego del acaso (Museo de Lille).

La primera década del nuevo siglo significa el paso á su último estilo pictórico. En su manera se notaba al principio cierta tersura, junto á la cual se encontraban fuertes medios tonos: empleaba un violeta acero para el cielo ó el fondo, y en «La maja vestida» encontramos verde azul y amarillo azufre. Como nunca se sujetó á una regla, y pintaba según su estado de ánimo, encontramos también en este tiempo cuadros que tienen poca relación unos con otros.

El célebre cuadro de «La Tirana», pintado pocos años antes de la muerte de ésta, en 1803 (Academia de San Fernando), muestra aquellas cualidades colorísticas. Sus rasgos son más severos y agudos, y la exuberante abundancia está ponderada; pero la superior seguridad de su continente: la perfecta elegancia de esta regia figura y su característica iluminación, clasifican este cuadro entre los mejores del nuevo siglo. También retrató á su colega Isidoro Máiquez, algunos años después. (Museo del Prado y marqués de Casa Torres, Madrid.)

De los cuadros fechados, ó cuya fecha se infiere aproximadamente antes de la caída de la dinastía, se citaban: la elegante figura del marqués de San Adrián, la elegante *toilette* á lo Werther, la primera que llegó á España, y el parecido retrato del conde de Puñonrostro. (Marquesa de Almaguer.) En el cuadro del matrimonio Garcini se lee la fecha de 1804. D. Antonio viste uniforme; su esposa se distingue por sus hermosos cabellos rubios que caen sobre sus hombros.

Hay dibujos á lápiz de los parientes de Goya, en el año siguiente. El encantador perfil de la cabeza de D.ª Gumersinda Goicoechea, que probablemente en este tiempo pasó á ser su nuera, se conoce por los grabados de la *Gazette des Beaux-Arts*.

Entre éstos se puede incluir el dibujo de igual tamaño de su madre, D.ª Juana Galarza de Goicochea y el del hijo de Goya, Francisco Javier, su esposo, y por ultimo, el de D.ª Josefa Bayeu. (Marqués de Casa Torres, Madrid.) Estos dibujos se pueden relacionar con la boda de Francisco Javier, el único hijo logrado de Goya. De éste no poseemos, fuera de este pobre estudio, ningún retrato auténtico. Pero un pronunciado parecido, hace que le sospechemos en el célebre «L'homme gris», de la colección Salamanca. También debemos tener por tal su pareja de la joven desposada (1). Por el contrario, la hermosa cabeza de joven que posee Mr. Pamlly, en París, no debe de ser su Paco. Cuando este petimetre, de peluca empolvada y traje antirrevolucionario, paseaba en el Prado ó en Recoletos, el hijo de Goya no había aún pisado la escuela. Otro retrato, igualmente lindo y aun más célebre, «La dama de la rosa», falsamente llamada Carlota Cordey, puede, por las mismas razones, fecharse en aquellos felices días que precedieron á la enfermedad del maestro. (Baronesa Leonino, París.)

El retrato del célebre historiógrafo de la Marina española, D. José Vargas y Ponce (Academia de la Historia, Madrid), desmerece de otros trabajos de este tiempo notablemente, y sólo la cabeza es en cierto modo digna del maestro. Si hubiéramos de juzgar por su conservación y por las grietas de la tela del cuadro, deberíamos incluir en esta fecha también, á pesar del peinado de forma anticuada, el retrato de D. Tomás Pérez Estala. (Colección Weber, en Amburgo.)

La cabeza de mujer, muy característica y pastosa, de la National Gallery, pertenece al siguiente año, así como su hoy perdida pareja. El retrato de un muchacho, de uniforme de húsares, ostenta la fecha de 1806. Del mismo año es el retrato de cuerpo entero de D. Tadeo de Rivero, que en los últimos años ha traspuesto los Pirineos. Una alegoría de las armas españolas, para la Academia Militar, fundada por Godoy, con arreglo

(1) *Gacette des Beaux-Arts*, 1855. XIV, pág. 67.

al sistema Pestalozzi, sólo ha llegado hasta nosotros por el grabado Manuel Albuerne. De gran magnificencia en el color es la mujer del marqués de Caballero, hoy en la National Gallery, antigua azafata de María Luisa, que se unió á este intrigente oficial por cálculos ambiciosos. También lleva la fecha de 1808. La dama, bastante corpulenta, de boca grande y labios delgados, parece digna de tal esposo.

Un acontecimiento muy sonado del día 10 de Junio de 1806, la detención del célebre bandido Margaroto, cerca de Oropesa, llevada á cabo por el hermano lego Fray Pedro de Zaldivia, proporcionó á Goya asunto para seis encantadoras tablas, en las que hace gala de su brillante talento narrativo. (Herederos de Laffitte, en Madrid.)

Los cuadritos, muy pequeños, casi todos pintados en un estilo amplio y abocetado, representando escenas de la vida pública, no tiene fecha, por lo que es muy difícil clasificarlos en la serie cronológica de las obras de Goya, pues hay que tener en cuenta la desigualdad de su estilo.

La mayor parte de ellos se podrían colocar en la última parte de su vida, cuando ya no le gustaba pintar retratos, y retirado del mundo, sólo de los amigos hacía retratos, para quedarse con ellos. Los aficionados supieron estimar estas ingeniosas impresiones, y los pintores trataban de imitarlas; y así sucede que muchas de estas imitaciones, pintadas por artistas extranjeros, sin intención fraudulenta, figuran hoy en los Museos con el nombre de Goya. Cuadros del hijo fueron atribuídos al padre, así como trabajos de discípulos, especialmente los de Asensio Juliá, que ayudó á Goya en la pintura de los frescos de San Antonio, y cuyo magnífico retrato, trabajando en el andamio, de años posteriores, da, por más de un concepto, testimonio de su maestría. (Condesa de París, Sanlúcar de Barrameda.) Podemos conocer el estilo de Juliá fácilmente en la página 84 del libro de dibujos copiados, de Lafont. También conserva la Biblioteca Nacional de Madrid otras hojas de este tiempo. Gil Ranz, que acompañó al maestro á Zaragoza du-

rante la insurrección, asistiéndole en no pocas ocasiones, es el autor de aquellas copias del Desastre y otras escenas de guerra que admiran por su tonos calientes. El marqués de Casa Torres me enseñó en Madrid dos Caprichos goyescos, firmados «Lameyer». Otro imitador, Leonardo Alenza y Nieto, que, después de luchar con una vida estéril, murió en 1845, á los cuarenta años de edad, no ha encontrado aún la merecida justicia. (Cuadros fechados en 1838, en poder del marqués de Seoane.) Eugenio Lucas, el talentudo falsificador contra su voluntad, al que también encontramos á menudo, nació en el año de 1828, en que murió Goya. En la Colección de Bruselas encontramos cuadros suyos, así como en las de Lille y Bordeaux, y á veces en el comercio y en casas particulares. (Berlín, Herr; París, Mr. Rathenau, Mr. Stchoukine; Bordeaux, Madame de Lacy; London, Mr. Rothenstein; Eibar, D. Ignacio Zuloaga; Zaragoza, D. Sebastián Monserrat, etc., etc.) Su discípulo, González Garza, solía imitar sus imitaciones de Goya. Muchos dibujos suyos aparecen en el mercado de arte, algunos falsificados.

Semejantes trabajos, que en el fondo sólo parecen groseras caricaturas, se distinguen fácilmente por un estilo flotante, exagerado por un color amplio, á menudo esparcido con la espátula y «last not bast» de la deficiente composición.

VALERIANO DE LOGA

LA CRÓNICA PERIODISTICA

GÓMEZ BAQUERO Y SU ÚLTIMO LIBRO

Es Eduardo Gómez Baquero una de las figuras de mayor relieve del periodismo contemporáneo. En sus Revistas literarias de La España Moderna y de *El Imparcial* tiene brillantemente demostrados su sagacidad crítica y su acendrado buen gusto, al examinar la producción literaria de nuestro tiempo; en *La Época* y en el *Nuevo Mundo* analiza y comenta, siempre desde puntos de vista originales y elevados, los hechos que va produciendo el continuo fluir de la vida, y en otras muchas publicaciones de dentro y fuera de España, da continuas pruebas de la flexibilidad de su talento, de su acierto en el juzgar y de su galanura y elegancia en el decir.

Su último libro *Aspectos* (*Diálogos filosóficos y comentarios de costumbres*) puede considerarse como un muestrario de las varias aptitudes intelectuales de su autor. Al mismo tiempo que aspectos de la realidad, nos ofrece Gómez Baquero diversos aspectos de su inteligencia y de su cultura.

Aunque Baquero tiene fuerzas sobradas para más difíciles empresas que las del periodismo, como periodista se nos muestra en *Aspectos*, y como tal he de examinar aquí su interesante labor.

Hay quien mira como «género menor» la literatura del periódico. A ello contribuye en gran manera, por una parte, el caracter de improvisación, y, por consiguiente, de meditación escasa, que tienen los trabajos periodísticos; de otra, la facilidad con que cualquier emborronador de cuartillas coge y se hace periodista, ni más ni menos que D. Eleuterio Crispín de Andorra cogió y se hizo poeta. En cuanto á lo primero, ya veremos cómo el *repentizar* es una de las mayores dificultades que tiene que vencer el periodista. En cuanto á lo segundo, fuerza es reconocer que la muchedumbre de desatinados folicularios es causa de que no se conceda al trabajo periodístico la importancia que realmente tiene.

Peste hay, en efecto, de escritorzuelos chirles, que en los periódicos con monos y sin ellos, maltratan con inconsciente ensañamiento la lógica, la gramática y hasta el sentido común. ¡Qué de volúmenes, no desprovistos de cierta amenidad, podrían escribirse, recogiendo y comentando los gazapos que saltan á cada paso en las columnas de la prensa! Y no me refiero aquí á los gacetilleros, cuyo oficio más es de pies que de pluma, sino á buen golpe de cronistas de esos que, según ellos, «hacen estilo», y que lo mismo se meten por los prados floridos del arte que trepan atrevidamente á los encumbrados cerros de la filosofía. Su atrevimiento, compañero inseparable de la ignorancia, no les deja ver que la crónica periodística es un género lleno de dificultades que pocos escritores consiguen superar.

El verdadero cronista ha menester vastísima cultura. La prensa moderna, con sus poderosos y rápidos medios de información, hace pasar por el cambiante cristal de la actualidad los hechos más diversos. Cada día tiene, entre todas sus variadísimas fases, una que le imprime carácter, que constituye su verdadera fisonomía: ya es una cuestión política, una aventura amorosa, un crimen, una catástrofe, un invento, un acontecimiento artístico... El cronista ha de tener el tino de elegir, entre toda la multitud de sucesos que en el breve espacio de veinticuatro horas pasan por delante de su vista, aquel más

significativo, aquel en que se concentra como en un foco la atención del público: el hecho del día, en una palabra.

Y para tratar repentinamente de uno ú otro asunto, para juzgarle con acierto, para deducir del caso particular consecuencias generales y mostrar las relaciones que tiene con otras importantes cuestiones, ¡qué de conocimientos no son necesarios! El escritor que se propone componer una obra histórica, sociológica, literaria, etc... se toma para ello el tiempo que le hace falta; lee libros, apunta notas, evacua consultas, fortalece su pensamiento con el pensamiento ajeno, rectifica sus juicios, acicala el estilo, pule el lenguaje. El cronista ha de tener en sí mismo toda su biblioteca. Su trabajo, siendo de primera intención, debe estar también nutrido de pensamiento y ser ponderado en la composición, y pulido y acicalado en la forma. La crónica no tiene espera; su oportunidad pasa casi tan pronto como llega. Con razón se la ha comparado con las flores, lozanas á la mañana y marchitas á la tarde.

La crónica periodística ha de ser breve. En cierto modo, pueden aplicárselo las reglas del epigrama: pequeña, dulce y punzante. Ha pasado ya el tiempo de aquellos largos artículos, semejantes á discursos oratorios, que llenaban tres ó más largas columnas de un diario de grandes dimensiones. La nerviosidad del existir moderno, requiere que todo sea rápido, todo al vuelo. Cuando recapacitamos sobre las impresiones que hemos recibido en un solo día, nos asombramos de su número y de su diversidad: parece que hemos vivido, no una, sino muchas vidas. Necesitamos, para hacernos cargo de las cosas, algo así como el alcaloide de ellas. Queremos recorrer muchos kilómetros en pocas horas, recoger muchas ideas en pocas palabras.

Esta última es la condición esencial de la crónica moderna; condición que cumplen siempre las de Baquero, tan breves como nutridas. En ellas, el hecho que las motiva se desliza suavemente entre irónicos comentarios, serias reflexiones y frases amargas ó piadosas, exentas siempre de énfasis decla-

matorio. Baquero rara vez se entusiasma, y si se indigna, su indignación es poco ruidosa. Cuanto más penetramos el sentido de los hechos humanos, tanto más inclinados nos sentimos á perdonar. Por esto se ha dicho, con profunda verdad, que si todo se comprendiera, todo se perdonaría. Este género de piedad no excluye cierto grado de ironía. Irónicas son, según Renan, muchas palabras de Jesús. Y es que, estudiando las causas y los efectos de las acciones humanas, encontramos casi siempre una gran desproporción entre lo ruin de aquéllas, y lo aparatoso é hinchado de éstos. ¡Cuántas veces la tragedia tiene por origen un conflicto de sainete!... No es, pues, maravilla, que los escritores que, como Baquero, saben ahondar en el conocimiento de la realidad, sean más propensos á las suavidades de la ironía que á los arrebatos del entusiasmo ó á las violencias de la indignación.

***

En las crónicas que componen el libro titulado *Aspectos*, ha recogido su autor varios hechos, algunos insignificantes, de la vida diaria, y de éstos la gota de filosofía que cada uno de ellos contiene. «No hay buenos ni malos asuntos, sino buenos ó malos poetas.» Tan atinada observación es aplicable á todas las producciones literarias. Leed, por ejemplo, á Anatolio France, con cuyo ingenio tiene el de Baquero alguna analogía: la insignificante acción de sus novelas no es más que un pretexto de que se vale el autor para hacer gala de su ingenio, para exponer sus teorías ó para jugar con sus paradojas. En los libros del gran escritor francés nos atrae y nos encanta, según una frase tan vulgar como expresiva, más la salsa que los caracoles.

Una gran parte de la crónicas de Baquero, como las tituladas *La virtud en el teatro*, *Menudencias*, *Jurisprudencia de la bofetada*, *Los fantasmas*, *Nocturno*... han brotado de hechos, en la apariencia insignificantes, de una frase algo atrevida

pronunciada en la escena; de unas cuantas cabecitas de muñecas, expuestas tras del cristal de un escaparate; de cierta vulgar superstición; del comentario, un tanto enfático, de una sentencia del tribunal Supremo; de las palabras de unos golfillos. Como el mismo Baquero escribe, «el análisis desmenuza hasta las cosas más simples, y nos descubre en ellas aspectos ignorados». Analizadas esas nonadas, sobre las cuales ha pasado, sin fijarse, nuestra atención, nos dicen, merced á la interpretación del que ha sabido leer en ellas, algo que nos sorprende y nos hace pensar, algo que nos deleita ó nos emociona.

Esto depende de que la verdad y la belleza, lo mismo de lo grande que de lo pequeño, suelen estar escritas en caracteres que pocos aciertan á descifrar. Los filósofos y los artistas son los que nos dan la clave del lenguaje misterioso de las cosas y de los hechos.

Acontece en ocasiones, que uno de éstos, por lo inusitado ó poco frecuente, por sus consecuencias de momento, por lo que lo abulta la fantasía popular ó por otras cualesquiera causas, adquiere proporciones que nos espantan y sobrecogen. El ánimo sereno del cronista, cuyo deber social es encauzar y dirigir la opinión del público, reduce el suceso á sus verdaderos límites; lo despoja de lo que ha puesto en él la exageración y el terror, y presta de este modo un señalado servicio á la sociedad.

Yo quisiera que el pueblo de Barcelona leyese el artículo que Baquero titula *Las bombas*. Quizás entre todo lo que se ha escrito acerca de los crímenes anarquistas, no haya nada más sensato, más tranquilizador que esa crónica breve, pero intensa, y nutrida de sólidas y convincentes razones.

***

La misión del cronista no es precisamente narrar, como parece indicarlo su nombre, sino más bien criticar, esto es, juzgar de lo que la actualidad va desarrollando ante sus ojos.

La crónica periodística es una pequeña filosofía de la historia diaria. Los periódicos del antiguo régimen—todavía subsiste alguno—llevaban siempre al frente un artículo político: cuando no había asunto que comentar, se inventaba. No se concebía un periódico sin artículo de fondo en que se hablase mal ó bien del Gobierno. Esto va desapareciendo, y pronto desaparecerá del todo. La prensa moderna concede cada vez menos importancia á lo político y mayor atención á las cuestiones científicas, literarias, industriales, artísticas, sociológicas, etc., cosas todas que son objeto de la crónica. Esta acabará de desterrar del periódico el ya desacreditado artículo de fondo.

Muchas veces el acontecimiento saliente del día es de carácter literario. El cronista, entonces, ha de ejercer de crítico, en el sentido más usual de esta palabra. Esta crítica ha de tener las condiciones generales propias, como ya queda dicho, de la crónica periodística; ha de ser breve, concentrada, amena; ha de ir derecha al corazón del asunto; ha de resumir en unas cuantas frases concisas y expresivas el sentido de la obra y su trascendencia, y ha de indicar sus bellezas y señalar sus defectos.

De tales crónicas, algunas se contienen en el libro *Aspectos*. Es modelo en su género la que Baquero dedica al libro de don José Cascales y Muñoz, titulado: *Apuntes para la historia de Villafranca de los Barros*, en la cual ciudad, según hace notar el crítico, con fino ingenio que recuerda el del inolvidable autor de *Pepita Jiménez,* pasa y ha pasado siempre algo parecido á lo que, según la fe de Zorrilla, ha acontecido en el castillo de San Fernando ó de Cervantes, de Toledo,

> donde nada se hizo nunca
> ni nada al punto se hace.

Las mismas cualidades de la citada crítica ostenta la de *La novela del Anticristo,* libro curioso que el P. Benson, católico de última hora, acaba de publicar en Inglaterra.

Dejando á un lado esa mal llamada crítica, que consiste en el palo brutal ó en el bombo desaforado, modo de juzgar muy al uso, y que recuerda la envidiosa parlería de las comadres de portal, existen y han existido siempre dos especies de críticos que coinciden en sus cualidades características con el Alcestes y el Filinto de Moliére, reflejados en el D. Pedro y en el don Antonio de *La comedia nueva*. D. Pedro es la crítica severa, regañona, que se indigna y subleva contra los agravios á la estética, como si fuesen delitos de los que castiga el Código penal. D. Antonio es la crítica benévola, que cree, y sin duda no le falta razón, que las obras malas de arte solamente merecen una ligera y fina burla. Baquero pertenece á este último grupo de críticos: se inclina ó se acuesta, como decían nuestros clásicos, más del lado del elogio que de el de la censura, y cuando aplica ésta, la envuelve siempre entre los pliegues de discreta y blanda ironía.

¡Quién sabe! Quizás no convenga desalentar á los necios que escriben. *Oportet stultos*, como conviene que haya herejes. Sin los disparatados libros de Caballerías, acaso no existiría el *Quijote*, ni *El Café*, sin los Valladares y Comellas, ni *Fr. Gerundio de Campazas*, sin los desatinados predicadores del siglo XVIII.

Por otra parte, como indica Manuel Bueno en el prólogo de *Aspectos*, la crítica dogmática no va á ninguna parte. Los principios sobre los cuales descansa el arte literario son, á excepción de muy pocos, tan movibles y cambiantes, que es intento poco menos que imposible el de sujetarlos á leyes fijas. Voltaire y Moratín se burlan de Shakespeare. Si volvieran á la vida—algo de esto dice Guyau—Corneille y Racine, considerarían disparatadas y absurdas las mejores comedias modernas. Si bien se mira la única crítica que puede tener valor objetivo, es la que se refiere á las obras que ya han sido consagradas por el tiempo. La de la literatura contemporánea, tan ocasionada es á errores, que acaso, acaso, la mejor manera de ejercerla es un ese suave y cortés escepticismo que nada pre-

juzga, y que se limite, en lugar de reprender, á sonreir benévolamente.

***

Indicadas quedan las impresiones que me ha dejado la lectura del libro de Baquero. A ella debo horas amenas, de suaves emociones unas, de serena meditación otras. *Aspectos* es un libro que, además de recrearnos, nos hace sentir y nos hace pensar.

Leedlo, y me daréis la razón.

FRANCISCO F. VILLEGAS

UN VEREDICTO INJUSTO

(TROENS MAGT)

NOVELA

SEGUNDA PARTE

IV

La víspera del interrogatorio, Norby fué á su despacho por la mañana para arreglar sus papeles, tomar notas y prepararse para contestar á las preguntas que le harían probablemente al día siguiente. No experimentaba en modo alguno la sensación de ser el acusador de Wangen, sino más bien la de ser el atacado y tener que defenderse.

Un día gris de nieve iluminaba la mesa, los papeles y al viejo, que con sus lentes en la nariz pasaba revista á sus armas. Estaba cansado de correr de un lado á otro en busca de testigos y haciendo firmar declaraciones. Pero ahora tenía lo que necesitaba, y esperaba con impaciencia el momento del combate. De repente se dibujó una sonrisa en los labios de Norby, y permaneció inmóvil, teniendo entre los dedos un papel, que manejaba con precaución como si fuera un objeto precioso.

Era, en efecto, una declaración de la viuda de Jorgen Haarstad, actualmente en cama, declaración que había de

desvirtuar por completo el testimonio de Soren Kvikere. ¡Buen chasco para Herlufsen!

El viejo pensaba con deleitación en el instante en que pudiera leer aquella declaración ante el tribunal. Herlufsen estaría allí seguramente. No era dudoso que el pobre jornalero estaba pura y sencillamente comprado para declarar lo que pretendía haber oído. Pero nada de esto podía sorprender á Norby: eran los procedimientos ordinarios de aquellas gentes.

El viejo comenzó á pasearse. De vez en cuando lanzaba un suspiro. Su rostro estaba pálido. Todos aquellos días no había hecho más que pensar en luchar todo lo mejor contra sus enemigos. El verdadero punto central del asunto estaba ya tan lejos, tan envuelto por la bruma, que ahora tenía otras muchas cosas importantes que considerar. Era bien evidente también que á sus enemigos les tenía sin cuidado el derecho, y que lo único que deseaban era agarrarle bien para derribarle.

Una vez, la escena del hotel se había representado en su memoria con aguda nitidez; pero se acordó muy á propósito de la afirmación de Wangen pretendiendo que la famosa comida había sido en el Gran Café, y de esta suerte logró embotar el aguijón de aquel recuerdo.

«Bueno—pensó Norby;—tal vez comimos juntos una noche en el Gran Café: después de todo, puede tener razón. Pero en este caso, todavía es más cierto que miente en lo demás. Jamás he firmado documento alguno en el Gran Café; si al pie de un documento redactado allí se encuentra mi firma, seguramente está falsificada.»

Estos razonamientos no siempre le parecían bien demostrativos, pero experimentaba, sin embargo, cierto alivio al formularlos. ¡Y luego había otros tantos indicios que demostraban que Wangen no era en modo alguno irreprochable! Había otras mil cosas todavía en las que pensar, con las que indignarse. Y Norby había hablado ya tan á menudo del asunto, que para él recordar sus afirmaciones era recordar la verdad.

Empezó á examinar de nuevo los papeles, cuando se abrió la puerta y entró Marit.

—Me ha parecido que hablabas por el teléfono—dijo el viejo mirando por encima de sus lentes.

—Einar llega hoy—murmuró ella;—pide que se le vaya á buscar á la estación.

Norby se puso las manos á la espalda, abrió más las piernas, y exclamó:

—¿Qué estás diciendo? ¿Que viene Einar?... No tiene prisa por terminar sus estudios ese caballero; diríase que pretende ser estudiante perpetuo.

—No te enfades así—dijo Marit.—De ordinario te alegras de ver venir al muchacho.

Norby no contestó, y empezó á hojear de nuevo en sus papeles. ¿Es que su hijo se iba á empeñar á meterse en el asunto? Le pareció que un enemigo le metía un puñal por la espalda. ¡Su Einar!... Pero, en fin, que viniese. Le esperaba.

«Con tal de que no vaya á hablar de la cosa á su madre en cuanto llegue... No lo creo en él, sin embargo.»

De todos modos, se constituyó de guardia para ser el primero que recibiese á Einar en la finca.

Cuando Einar se apeó en la estación, Ingeborg le esperaba con un trineo.

La voz irónica que hablaba en él había concluído por azotarle el rostro; resolvió ir á su casa con la sensación de quemar las naves tras él. Ahora quería arreglar el enojoso asunto, y, ante todo, tratar de traer á su padre á la razón. Pero tenía la impresión constante de que el temple de su carácter iba á ser sometido á una ruda prueba. Cuando vió el viejo caballo bayo, el gran trineo, que conocía tan bien, las buenas mantas, le vino de su casa como un soplo de sentimientos tibios. Y mientras que, sentado al lado de su hermana, se encaminaba á la finca á toda velocidad, entre el tintineo de los cascabeles, penetrábale la alegre sensación de infancia de volver á su casa, de regresar á los viejos lugares familiares. Pero

Einar desconfiaba de estos impulsos, por haberse visto obligado á vencerlos antes de tomar aquella resolución; eran el peligro con el que había que tener cuidado.

Por Navidad, Ingeborg había ido á buscarle con aquel mismo caballo, y esta sola circunstancia despertaba en él una porción de recuerdos luminosos y tiernos. Acordábase del gran baile que habían dado en su casa; de la hija del doctor, tan bella aquella noche; de sus ojos. El padre y la madre de Einar hicieron cuanto pudieron para que se divirtiera la juventud. ¿Y qué hacía él hoy? Tenía la sensación de ir á su casa como un traidor disfrazado.

—¿Por qué vienes ahora?—le preguntó Ingeborg.

—Para asistir al interrogatorio—dijo él.—Quiero ver lo que va á pasar.

—En cuanto á eso, puedes estar tranquilo de que todo irá bien para papá—contestó ella con la voz vibrante de última convicción.

Y Einar se sorprendió, haciendo el mismo voto. Tuvo literalmente que apresurarse á decirse: «¡Ten cuidado! ¡Desconfía! Que tus buenos sentimientos no te impidan obrar como deseas.»

—¡Pobre papá!—dijo Ingeborg.—Si supieses todas las mentiras que se dicen ahora á su costa. Ese Wangen debe de ser un hombre espantoso.

Sus ojos lucían de confianza en su padre, y Einar sintió que esta confianza le ganaba también.

—¿Cómo están en casa?—preguntó para mudar de conversación?

—El pequeño Knut ha estado malito, pero ya va mejor—contestó Ingeborg.

Y estas palabras le hicieron ver á Einar á su sobrinito, que le miraba y le decía: «¿Tienes verdaderamente la intención de apenar al abuelo?»

Al poco rato, Ingeborg le contó que el día anterior por la mañana habían encontrado muerto á un potro en la cuadra.

Einar sintió la pérdida que su padre había sufrido, la lamentó con él, vió la cuadra llena de relinchos. Y he aquí que los nobles animales se volvían relinchando hacia él, en signo de reconocimiento, como si también ellos hubieran querido decirle: «¿De verdad lo quieres?»

Porque no dejaba por un instante de pensar que ahora era preciso ir hasta el fin.

Cuando estuvieron cerca de la finca, hízose de nuevo la pregunta: «¿De verdad lo quieres?» Empezaba á sentir que era terrible lo que había decidido.

Cuando entraron en el patio, su padre y su madre estaban en el terrado, como de costumbre cuando él llegaba.

—Buenos días, papá; buenos días, mamá.

Parecíale que hoy estas palabras eran otros tantos besos de Judas.

—Entra un poco ahí, tengo que hablarte un momento—dijo su padre en cuanto Einar se hubo desembarazado de lo que traía, en el vestíbulo.

—Pero no dejes de venir á comer pronto—dijo la madre.—La mesa está puesta.

En el despacho, su padre se volvió cuando hubo llegado al medio de la habitación, y le dijo:

—Quería decirte sencillamente que tu madre no sabe nada de tu carta.

Einar bajó la cabeza.

El viejo añadió:

—Y si vienes por ese asunto, habla solamente conmigo.

—Sí.

—¿Has venido por eso?

—Sí—repitió Einar.

El viejo apretó los labios.

—Está bien; vamos primeramente á comer—dijo, yendo en seguida hacia la puerta.

Einar le siguió algo avergonzado, como un muchacho que no ha sido completamente bueno. Tenía bastantes años para

ver los defectos de su padre, pero le profesaba un inmenso respeto.

«Así, pues, mamá no sabe nada—pensó.—Cuando papá tiene miedo de que sepa algo...»

No se atrevió á seguir su pensamiento hasta el fin.

Durante la comida el padre estuvo tranquilo, casi alegre; pero Einar vió lo pálido que estaba. Le pareció también que su madre había enrojecido un poco desde la última vez, é instintivamente, sintió la necesidad de no darla un disgusto, puesto que ella estaba completamente de buena fe.

El ambiente familiar se insinuaba en él cada vez más. Preguntó noticias del pueblo; las dió él de la ciudad; todos le agasajaban. El pequeño Knut se deslizó varias veces por debajo de la mesa para ir á meterse entre sus rodillas. Todas aquellas cosas reunidas le envolvían, por decirlo así, en una atmósfera agradable y tibia, en la que sentía deseos de abandonarse. Pero, constantemente, se hubiera dicho que un buen genio le sacudía, le advertía: «Ten cuidado; desconfía de tus buenos sentimientos.»

—Basta, Knut, basta; deja á tu tío un poco tranquilo ahora—dijo la madre del niño.

Ocurre á veces que nuestra manera de considerar á una persona cambia súbitamente por completo, como si la persona en cuestión hubiera en realidad cambiado de «yo». Hasta entonces Einar había visto en su padre al hombre que acusaba falsamente á Wangen, y contra el que estaba dispuesto á pronunciarse. Pero antes de que se hubiese dado cuenta de lo que le pasaba, he aquí que su padre se había convertido para él en el que el último invierno estuvo gravemente enfermo, con una fiebre tifoidea, de la que tal vez no estaba completamente curado.

Ingeborg había contado á Einar todos los calumniosos rumores que Wangen había hecho correr sobre Norby. Y he aquí que ahora sentía nacer en él la cólera, al mismo tiempo de la necesidad de ponerse al lado de su padre. Y cuanto más

se sentía el hijo, el hijo de la casa, tanto mayor era la vergüenza que experimentaba al decirse que quería traicionar á su propio padre, á su propia familia.

Allí estaban todos reunidos en torno suyo, y nadie sabía por qué había venido. Tenía la sensación de ser como un tirano, que iba á emplear su poder en desencadenar con una sola palabra la desgracia sobre todos ellos.

Después de la comida, sintió más bien deseos de sentarse y hablar apaciblemente con su familia y su sobrinito. Pero su padre se levantó, se dirigió hacia la puerta, y dijo:

—¿Vienes, Einar?

«Dios me ayude, pensó Einar. He aquí el momento.»

Pero su resolución estaba ya tan quebrantada, que deseaba ardientemente estar de vuelta en Cristianía. El pequeño Knut quiso ir con ellos; pero Einar le separó de sus rodillas, y le dijo:

—Vuelvo en seguida, queridín.

Cuando estuvieron en el despacho, el padre se instaló en su puesto ordinario, ante su mesa. Einar hubo de admirar la calma con que el viejo cargaba una pipa, sin apresuramientos.

—¿No te sientas?—preguntó el viejo, encendiendo cuidadosamente su pipa de largo tubo flexible.

Después fué tranquilamente á tumbarse en el sofá de cuero. Einar se sentó á poca distancia.

—¿Tienes dinero todavía?—dijo el viejo, alzando los párpados lo preciso para mirarle.

Einar se sintió un poco irritado ante aquella pregunta hecha en tal momento, y se apresuró á contestar:

—Sí, gracias.

También el padre estaba algo molesto. En su fuero interno respetaba á aquel hijo, tan sabio ya, y que estaba hecho, en cierto modo, de un metal más precioso que él. Quería conducirse con él lo más dulcemente posible.

—¿Qué son todas esas tonterías que me contabas en la últi-

ma carta?—preguntó, al fin, levantando de nuevo los párpados.

Einar se levantó por un movimiento involuntario. «Ten valor», decía en él una voz de bienhechora energía.

Empezó á decir, buscando las palabras:

—Ha sido con buena intención, padre. Creo acordarme perfectamente del día en que viniste á verme para contarme el asunto de la garantía que firmaste á Wangen.

El viejo se echó á reir, y replicó:

—Sin duda lo has soñado, querido Einar.

—Vamos, papá, ya no soy un niño, sé lo que digo. Estoy persuadido de que estás equivocado. Puedes haberlo olvidado. Y yo te pido ahora que retires la denuncia. Todavía es tiempo, ¿verdad? Porque sé que no querrás cometer una injusticia, papá.

—¿Estás completamente loco, hijo mío?

El viejo se rió de nuevo, pero se quitó la pipa de la boca y miró á su hijo con asombro.

Einar se inclinó un poco.

—Lo que hago es con la mejor intención—repitió.

—Sí, por mi bien—dijo el viejo tratando de reir.—¿Pero comprendes de lo que me acusas?

Y la mirada que fijó en Einar indicó un asombro mayor. Einar, con las manos en la espalda, se apoyaba en la pared. Cada vez sentía más valor. Dijo:

—¿No te es posible recordar el día en que viniste á verme?

El padre replicó:

—No, Einar, no puedes exigir que me acuerde de tus sueños.

Por un instante, Einar se sintió turbado. Había previsto una escena violenta, pero aquella amabilidad, aquella seguridad de sí mismo empezaban á desarmarle. Se pasó la mano por la frente, vaciló un poco desorientado. ¿Había soñado? ¿Decía en verdad tonterías?

Y aunque el viejo, por su parte, continuaba riendo tumbado en el sofá, pensaba en el fondo de sí mismo:

«¿Habrá alguien que haya puesto á mi hijo contra mí?... Se pudiera creer.»

Pero Einar alzó la cabeza.

—No, padre, no me engaño... ¿No has firmado nunca algún otro papel para obligar á Wangen?

—¡Ah! No, afortunadamente.

—Pues bien, padre; en ese caso, retira la denuncia, porque Wangen es inocente.

Hubo un silencio.

—Retira la denuncia.

El viejo se irguió en su asiento y se pasó la mano por el cráneo. Por fin exclamó:

—Vaya, Einar; basta de simplezas. Así, te propongo que vuelvas á Cristianía, á tus estudios. Son cosas de las que entiendes más que de estos asuntos.

Se levantó y dió un paso hacia la mesa. Einar advirtió el cambio operado en la voz de su padre, y sintió que había tempestad en el aire.

—¿Y qué?—dijo el viejo volviéndose hacia él.—¿Qué haces ahí plantado como un pastor en el púlpito?

—Todavía una vez, padre: retira la denuncia. Yo te lo ruego.

—¿Estás bien seguro de que tu padre es un pillo?

—Es que no te acuerdas.

—En serio, Einar, ¿para qué has venido?

—He venido para impedirte cometer una acción que te dejaría remordimientos.

—¡Einar! (y había dolor en la voz). ¿No piensas que es bastante con tener enfrente la mitad del lugar? Hay muchas personas que lo único que desean es verme en la cárcel. Y tú vienes en su ayuda. ¿No te da vergüenza?

Einar bajó la cabeza.

—Pero... papá...

Sus rodillas flaqueaban. Pero entonces su padre, sin quererlo, acudió en ayuda de su voluntad, que desfallecía.

—¿Quién te ha metido en eso?

—¿Quién? (Einar alzó los ojos, se mordió el labio y dió un paso adelante. Su voz temblaba de ira.) ¿Qué quieres decir?

Pero el viejo se echó á reir del tono imperioso de Einar.—Vas á acabar por decidirte á ir al tribunal á declarar contra tu padre—dijo riendo todavía.

—Si retiras la denuncia, me evitarás dar ese paso.

Entonces el viejo se puso rojo, se precipitó sobre Einar y le agarró por el cuello.

—¡Vete!—exclamó.—Vete, y hoy mismo saldrás de aquí, ó que Dios te proteja.

Retrocedió dos pasos, como para resistir á la tentación de pegarle.

Y de pronto se puso á mirarle atentamente de la cabeza á los pies. Se dió bruscamente cuenta de que el joven que estaba allí no era ya un niño del que podía burlarse, al que podía maltratar. Era un hombre ya, y que también se presentaba como un adversario.

—¿Quieres salir?

—Retira la denuncia.

Era ya demasiado. El viejo cogió una silla y la levantó en alto, exclamando:

—¡Vete!... ¿Me has oído?... ¡Vete, Einar!

—Sí, voy á irme—dijo Einar alzando la cabeza.—Estaba tan furioso, que sentía impulsos de arrebatar la silla á su padre para demostrarle que ya no estaba en edad de que le pegasen.—Pero será preciso que dejes de tratarme de esa manera; es todo lo que tengo que decirte.

Y se retiró lentamente.

Al anochecer, el padre salió en coche. Después de la comida, Einar sintió deseos de decírselo todo á su madre, pero no se atrevió. ¿Qué haría mañana? ¿Debía abandonar aquel asunto á sí mismo? La cosa le parecía doblemente penosa ahora que se había descubierto y expuesto tanto. Subió á acostarse temprano, porque temía las sugestiones que flotaban en las

habitaciones del piso bajo, que emanaban de todos los que allí estaban; dábanle la involuntaria tentación de renunciar á su empresa. Al entrar en su cuarto, volvieron á asaltarle sus contradictorios pensamientos...

Durante la noche, Ingeborg fué despertada por Einar, que entró en su cuarto con una vela en la mano.

—¿Quién es? ¿Qué hay?—preguntó ella frotándose los ojos.

—¡Calla!—dijo él, porque solamente un delgado tabique separaba la habitación de la que ocupaban sus padres.—Tengo que decirte una cosa en secreto, Ingeborg.

Y se sentó en el borde de la cama sin dejar la vela.

Los dos hermanos nunca habían tenido secretos, porque eran los más unidos por lo casi igual de las edades.

Él cuchicheaba casi, y ella le oía, con los ojos muy abiertos y con la respiración cada vez más anhelosa. Ella hacía objeciones; le cogía de pronto, febrilmente, por la mano, diciéndole:

—¡Calla, Einar, calla! Estás loco.

Pero al mismo tiempo la retenía. Quería oir todos sus razonamientos. Y él se los expuso, porque necesitaba confiárselos á alguien. Por último, cerró los párpados, como si no se atreviera á ver nada, con la respiración cada vez más jadeante: hubiérase dicho que algo se había roto en ella.

Cuando por fin salió Einar, Ingeborg permaneció sin movimiento, con los ojos cerrados. Empezaba á tener miedo. ¡Estaba tan negro, tan espantosamente negro, en torno de ella, y estaba tan lejos todavía la mañana!...

Daba vueltas en su cama, pero un terror indecible la impedía dormir. Había un delincuente en la casa; dormía bajo el mismo techo que ella, y aquel delincuente era... era su...

No; no podía ser verdad, no podía ser verdad.

—¡Oh! Ampara, Dios mío, ampárame.

Y de repente sollozó, sollozó desesperadamente:

—¡Ampárame, Dios mío! Muéstrame con una señal que no es verdad esto.

Pero de pronto observó que Dios estaba como ausente. Era la primera vez desde su conversión. ¿Qué era aquello? ¿Por qué no seguía rezando? Ahora no juntaba las manos; tenía los ojos fijos, con espanto, en las tinieblas... ¿No había Dios? ¿Era todo fraude y mentira? Ella había rogado á Dios que hiciese triunfar á su padre en aquel proceso. Había dado gracias á Dios porque su padre era inocente, y había sentido un consuelo en sus oraciones. Ella había rezado por Wangen también; había conseguido hacerse superior para ello, y había experimentado una alegría. ¿Pero había sido víctima de un engaño?... ¿Se había burlado Dios de ella ó es que no existía? ¿No habría más que mentiras en todo aquello? La adorable certeza de estar en comunión constante con el Señor, la alegría de hacer el bien, todo esto no era más que engaño, engaño, engaño, engaño!

Daba vueltas en su cama, sollozando. Si su padre fuese culpable, sería para ella como si Dios no existiese. Todo entonces no era más que mentira y engaño.

—Señor, Dios mío, dadme un signo de tu existencia. Devuelve la paz á mi alma... ¿Es que mi padre es un criminal, un criminal que va mañana á prestar un falso juramento?... ¡Padre mío!... Señor, Dios mío, dadme un signo. Si existes, ven en mi ayuda... En nombre de Jesucristo, hadme una señal.

Y se puso de rodillas en la cama, y elevó al cielo sus manos juntas.

Por la mañana, se asombró mucho Einar al ver entrar suavemente en su cuarto á su hermana, acercársele y cogerle la cabeza entre las manos.

—Es preciso que te lo diga en seguida: te has engañado; gracias á Dios, afortunadamente, te has engañado.

Su voz temblaba de alegría.

Ella le puso una mano en el pecho. Él encendió la vela y miró á su hermana con atención, esperando. Tenía los ojos radiantes de alegría.

—Sí, Einar, Dios me ha enviado un signo. Te equivocas, bien lo sabía. Ahora vas á ver á papá para pedirle perdón.

Se acarició la frente y desapareció sin que él apenas la sintiera salir.

—¡Pobre Ingeborg!—pensó Einar.

No iba él á herir el corazón de aquella muchacha, agobiada por la pena, cuyos pensamientos eran ya solamente para las cosas ultraterrenas.

¿Y mañana?

«Einar, acuérdate; nada de consideraciones de familia.»

V

Cuando Norby salió de su casa al día siguiente, llevaba á su mujer al lado en el coche. Siempre quería tenerla junto á él, en cuanto había algún acontecimiento importante en perspectiva.

Era una tarde de invierno, fría y gris, y nevaba. Cuando salieron del patio se decía:

«Quisiera saber cómo están las cosas cuando volvamos.»

Así, pues, había llegado el día que tanto temió, pero que, hora tras hora, había llegado implacablemente. Ya no tenía miedo. Ya no deseaba sino verse allí, como el jugador febril que no piensa sino en ganar. Tenía la vaga sospecha de que alguno de sus enemigos no era ajeno á la conducta de Einar, y esto aumentaba su furor íntimo. Nada les había detenido á aquellas gentes. Compraban testigos como aquel Soren Kvikne; trataban de poner al hijo en contra de su padre. Pero la cosa no había terminado.

El tribunal estaba muy cerca del lago, en el centro del pueblo; los magistrados habitaban en las cercanías, en sus fincas. A lo largo de los caminos, cintas estrechas que corta-

ban los campos de nieve, veíanse pequeños puntos negros: hombres que convergían hacia el lugar señalado para la audiencia. Hoy iba á estarse estrecho en la sala.

Al primero que vió Norby al llegar al pueblo fué á Herlufsen, envuelto en su gran abrigo de piel de lobo, y lo primero que hizo al bajar del trineo fué ir á saludarle.

También Herlufsen fué á su encuentro. Se les hubiera tomado por dos amigos íntimos. Al estrecharse la mano, sonrientes, mostraban claramente el vivo placer que tenían de encontrarse.

Pensaban ambos:

«No quisiera estar en este momento en tu camisa.»

Herlufsen ofreció el café, en la fonda, adonde primeramente fueron para dejar los trineos; pero Norby afirmó que á él le correspondía convidar aquella vez.

Apenas cabían por las puertas aquellos gruesos personajes forrados de pieles. Sentados juntos ante las tazas humeantes, pusiéronse pronto cordialmente de acuerdo para hablar mal de personas que ambos detestaban. No tocaron al gran asunto sino con extrema prudencia, temiendo cada uno que el otro adivinase su plan.

Afuera soplaba un viento glacial del Este, que mezclaba con los torbellinos de nieve el humo de las fábricas próximas. Las gentes iban y venían, golpeándose las manos. Algunas personas llevaban una panadería; compraban pan para tener el pretexto de calentarse un instante. Por fin llegaron los magistrados; las puertas del tribunal se abrieron, y la muchedumbre se precipitó, sacudiendo, hasta en las escaleras, la nieve traída.

Cuando Marit Norby entró en la sala, ya empezada la audiencia, vió entre los espectadores á la mujer del pastor y á Thora de Liderande, que la saludaron amablemente, y la hicieron sitio entre ellas.

Wangen, de pie en la barra, hacía protestas de inocencia. La mujer del pastor se volvió hacia Marit Norby, con un sus-

piro y una mirada que decían: «¡Pobre hombre!; se necesita ser tonto.»

Pero Thora de Liderande empezaba ya á sentir la necesidad de llorar. ¡Qué pálido y enflaquecido estaba Wangen! ¡Desgraciado! Si consintiese en confesar...

Jamás se le hubiera ocurrido á Thora la idea de decirse que su concepción de la culpabilidad de Wangen era errónea, mientras que estaba allí, compadeciéndole. Como esa concepción, desde el origen, había sido para ella motivo de una serie de impresiones y de pensamientos bellos y humanos, no se preguntaba nunca cómo se la había formado. Era una opinión que la había impulsado á sacrificios: su resolución, por ejemplo, de adoptar á uno de los hijos de Wangen. Y una convicción á la que se hace algún sacrificio, no se convierte solamente en una certeza, sino en algo también particularmente precioso, como una especie de «valor» moral.

«¡Pobre Wangen!—pensaba.—Dios sabe si, en último término, se debería todo ello á la influencia paterna: á la mala herencia. Pero los tribunales humanos no tienen, de modo alguno, en cuenta estas consideraciones, y son implacables.»

Y, en seguida, su imaginación la representaba una sociedad en que serían otros los tribunales.

El primer testigo llamado fué Kunt Norby.

Había llegado el momento que tanta preocupación le causara. Iba á tener que afirmar que no había firmado nada para Wangen. Pero cuando entró en el pasillo, estaba tan nervioso como el jugador que tiene buenas cartas en la mano y espera con impaciencia el momento de jugarlas. Le preocupaba únicamente el no olvidarse de nada de lo que tenía pensado decir. Cuando puso mano en el picaporte, oyó como una voz lejana que le decía:

«Vuélvete. Todavía es tiempo.»

Pero la voz venía de demasiado lejos.

«¿Habrás robado á la viuda por casualidad?»—decía otra voz...

Y este pensamiento le llenó del deseo de dar un golpe á Wangen en pleno rostro. Cuando entró en la sala, alzó un poco los hombros, como hacía siempre que sentía sobre él las miradas de muchas personas. Vió á Wangen en el banquillo de los acusados, y al cruzarse las miradas, un segundo, el viejo sintió un sordo furor al recordar todo lo que había dicho Wangen.

«Ya verás»—se dijo.

Mientras que avanzaba á la barra, observó que la mujer del pastor y Thorn se saludaban amistosamente con la cabeza, y se sintió completamente reconfortado. Observó que el tribunal no estaba presidido por el juez en persona, sino por su suplente, y aquello le molestó algo. Pase que el suplente sustituya al juez en causas sin interés, pero ¡tratándose de Kunt Norby!...

Cuando el joven, con sus lentes y sus patillas nacionales le exhortó á decir verdad, toda la verdad, nada más que la verdad, el viejo tuvo ganas de reir. ¡Un magistrado aquel hombrecillo! ¿No le habían contado á Norby que aquel caballerete, el anterior sábado, se había puesto como una cuba en casa de Basting, el abogado?

Y allí estaba también Basting, el pobre diablo que se daba aires de suprema importancia.

El interrogatorio empezó. Norby contestó con aplomo, precisamente porque sentía que Basting estaba allí, al acecho.

—Wangen afirma que se acuerda perfectamente del lugar en donde se firmó el documento—dijo el juez suplente.

—¡Ah! Celebraría saber en dónde pudo ser eso—dijo Norby con tono ingenuo.

El juez suplente se volvió á Wangen.

—¿No fué en el Gran Café?

Wangen se levantó. Afirmó que el documento se hizo en el Gran Café, con el mismo acento de convicción que cuando declaró su inocencia.

Había en esto, para Norbi, un elemento cómico, que venía

á serenarle por completo; y así fué que, con entera buena fe, contestó:

—Yo no he firmado ese documento.

Al decir esto oyó una risita irónica que venía de Wangen, lo que le puso furioso.

«Ya verás; ya te daré de qué reir en seguida.»

Pero entonces se produjo algo para lo que Norby no estaba completamente preparado. El juez suplente le tendió un papel.

—He aquí un documento—dijo.—Y en él está su nombre. ¿Quiere usted ver si se parece á su firma? Podría ser que se hubiese usted olvidado del hecho.

Y, por un instante, Norby vió el nombre que él mismo escribiera. Tuvo la impresión de hallarse frente á un aparecido: no quería mirar. Echó una ojeada á Basting, que le observaba de reojo, y de repente, furioso, arrojó el documento sobre la mesa, y exclamó:

—No necesito examinar ese papel. Sé perfectamente lo que yo he hecho.

Pero he aquí que Basting, autorizado á hacer algunas preguntas, se acerca á la barra.

—¿No le pidió nunca Wangen que le proporcionase una garantía?—preguntó á Norby.

Norby estuvo á punto de echarse á reir ó contestar con un sarcasmo; pero una voz le murmuró:

«Cuida de no dejarte embrollar.»

Y contestó con una sonrisa:

—Muchas personas se han dirigido á mí para que les preste ese servicio, pero no me acuerdo de todas.

Y como oyera de nuevo la risa irónica de Wangen, añadió:

—Por lo demás, es probable que me lo pidiera. Porque en estos últimos tiempos se dirigía á cualquiera buscando ayuda; al primero que llegase.

Al terminar su declaración se acordó de lo de la viuda de Haarstad, y pidió ser oído después que declarase Soren Kvikne.

Cuando salió, permaneció un instante en la escalera to-

mando el aire, antes de ponerse su gorra de pieles. Sentía, sí, una voz que le gritaba: «¡Has mentido!» Pero la voz estaba muy lejana, y otras muchas se alzaban en contra de ella. ¿Habría acaso despojado á la viuda?

Conservaba en el oído el eco de la risa de Wangen, y pensó de nuevo: «Ya verás, ya verás lo que te doy para reir.»

Todavía le quedaban los mejores triunfos en la mano.

«También es mucho—se decía, paseándose por el patio—que se vea uno expuesto á los ataques de semejantes canallas. Se necesita tener uñas y garras para defenderse. Pero que me muera si no sale ese hombre del pueblo.»

De repente se detuvo. Un joven con gabán y gorra de piel se dirigía hacia él. No se engañaba; era Einar. Norby, que estaba ya furioso, al ver á su hijo sintió deseos de precipitarse sobre él dándole de golpes.

Permanecieron inmóviles, á pocos pasos uno de otro.

Einar estaba palidísimo.

—¡Ah! ¿Estás de paseo?—dijo el viejo tratando de reir.

Sabía que podían verlos desde las ventanas.

—Padre—dijo Einar golpeando con su bastón un rastrillo para la nieve olvidado allí,—no es agradable estar en mi puesto, ¿sabes?

El viejo sonrió y se encogió de hombros.

—¡Ah!... ¿Es que no te bastan tus ciento cincuenta guineas al mes? ¿Tendrías por casualidad familia en Cristiania?

Einar apretó sus labios; su voz temblaba.

—Quisiera obedecer á mi conciencia y hacer lo que es justo—dijo mirando tranquilamente á su padre.

—Cierto, cierto.

El viejo adelantó un paso, y añadió:

—¿Quién te lo prohibe?

—Me voy á ver obligado á entrar en la sala y salvar al inocente—dijo Einar,—suceda lo que suceda.

Pero, á pesar suyo, retrocedió un paso y miró á su padre, asustado.

El viejo trataba todavía de sonreir, á causa de las gentes que estaban tal vez en las ventanas, pero palideció de repente.

—Es lo que yo pensaba—dijo.—¿Pero quién puede haberte engañado así?

Einar se puso rojo; avanzó un paso, y dijo con voz irritada:

—Quiero ahora saber lo que quieres decir con eso, padre.

Pero el viejo no admitía aquel tono de autoridad; empezó á hacer grandes ademanes, y rugió literalmente:

—Anda, ve á declarar, y que el diablo te lleve. No te quedes aquí atormentando á tu padre con esa crueldad. Anda, vete.

Abrió la boca como si le faltase el aliento, movió los brazos, pero no encontró nada que añadir. Después, bruscamente, le volvió la espalda y se alejó rápidamente. Einar empezó á acercarse maquinalmente al tribunal. De pronto le oyó llamar:

—¡Einar!

—¿Qué, papá?

Se volvió. Su padre estaba allí; pero de pronto, con un ademán, dijo:

—Nada.

Y se fué. El orgullo había triunfado.

Einar permaneció un instante parado en la escalera del tribunal. Bastábale dar algunos pasos para entrar en la sala.

«En el fondo, la misma conducta de tu padre prueba bastante la inocencia de Wangen—pensaba.—¿Pero sabrás tú hacer tu deber? ¿Eres un hombre valeroso ó un cobarde? Se trata solamente de decir la verdad y salvar á un inocente. ¿Es esto tan difícil? Quizá será la única vez en la vida que se te pida hacer un acto de valor. Vamos, sé hombre.»

Y siguió andando lentamente; entró en el vestíbulo y abrió la puerta.

VI

Cuando Norby dejó á Einar, no sabía adónde iba. Encontró á algunas personas conocidas, con las que tuvo que pararse, á las que tuvo que estrechar la mano. Tuvo que charlar un poco, aunque tuviera más deseos de echarse al suelo y ponerse á rugir.

—No faltará la nieve este año—dijo con una sonrisa que parecía más bien una mueca nerviosa, á los que le hablaban.

Y pensaba al mismo tiempo:

«En este momento estará en la barra.»

Pero todos los que estaban allí le hablaban con respeto, le miraban con simpatía, y se sintió alentado.

«Que declare—se dijo.—Ya veremos.»

Por fin se quedó solo. Se encontró en una tienda con la frente pegada en los cristales. El tribunal estaba ante él, á pocos pasos de distancia. Norby vió en la ventana una cabeza de perfil con la barbilla en la mano.

«Estarán riéndose del escándalo—pensó.—Creerán tenerme porque han atrapado á mi hijo... Pero ¡paciencia!»

Sentía que algo se helaba en él, en el fondo de su sér: aquel hijo, que le había costado tantos miles de coronas y que se entregaba de pronto á semejante agresión contra su padre, no era ya su hijo. Norby no sentía ya más que el dolor que sigue á una amputación, pero un dolor tan vivo, que apretaba los dientes.

«Se engañan si creen que no soy capaz de rechazar sus afirmaciones, porque ahora es la lucha al arma blanca.»

Se echó á reir, pero con una risa fría y pálida; porque la idea de deshonrarse él y su hijo en un careo le hacía perder la cabeza.

«¡Ah! Se arrepentirán de haber cogido á mi hijo.»

Cuando Einar entró en la sala de audiencia vió que la barra estaba libre. El juez dictaba algo al secretario. El sitio reservado á los testigos esperaba al que debía decir la verdad. Parecía que le hacía signos para que se acercase. Cuando cerró la puerta tras él, el ruido que hizo le estremeció. Aquella puerta le separaba para siempre de su padre.

«Ya nó podrás volver á casa»—se dijo.

Y en el mismo instante vió á su madre en el público. Ella le sonrió. Estaba muy encarnada, sudando, y le hizo sitio á su lado.

«Si supiera que yo no podré volver á casa»—pensó.

Y el hecho de ver que le hacía un sitio á su lado, sin sospechar el motivo de su venida, provocó en él una agitación extrema.

«Seguramente se desmayará cuando te oiga declarar.»

Pero era preciso que fuese inmediatamente ó nunca. Sentía que si no se decidía en el acto, su valor se embotaría, perdería toda energía. Habíale costado tanto decidirse, que retroceder ahora era como escupirse á sí mismo á la cara. Volvió á mirar á su madre como para decirla:

«Tampoco tú puedes querer otra cosa que oirme decir la verdad. He tratado de salvar al padre cuando todavía era tiempo, pero ha sido imposible.»

Iba á dirigirse al presidente del tribunal; pero Thora y la mujer del pastor le saludaron tan cariñosamente con la cabeza, que tuvo que contestar. Además, su madre le hacía signos para que se acercase, y las dos señoras se apresuraron también á hacerle sitio.

En aquel mismo instante, Einar sintió la imperiosa necesidad de sentarse; había pasado varias horas al frío, y allí hacía calor; la atmósfera estaba casi irrespirable.

Sintió el vértigo; se le subió la sangre á la cabeza. De nuevo su madre le hizo signos, sonriendo. Y antes de saber lo que se hacía, se encontró sentado al lado de su madre. Las dos señoras le dieron un cordial apretón de manos.

Al poco rato fué llamada su madre para declarar. El juez la miró.

—¿No estaba usted en el auditorio?—dijo.

—Sí—contestó ella.

—No está permitido. Tendrá usted la bondad, puesto que es testigo, de permanecer fuera de la sala.

Cuando Einar vió á su madre en la sala, apoderóse de él un sentimiento singular. Parecíale que su madre, allí, ante el tribunal, estaba como expuesta á algún peligro. Cuando el juez le hizo aquella observación, se sintió indignado. Instintivamente, despertábanse ahora todas sus ternuras filiales, é iban á estrecharse en torno de su madre. Ya no acertaba á pensar; no vivía más que para el corazón. Habíase penosamente elevado hasta la alta investigación de la verdad, hasta el neto discernimiento, y he aquí que perdía el equilibrio, que caía en un caos de sentimientos mal definidos, pero ardorosos.

Hubiérase dicho que una estrella le hacía signos; lejos, muy lejos, le hacían signos para que se levantase y fuese á declarar. Pero cada vez estaba más lejano.

Allí estaba su madre, ante él, con aire tan compungido, de repente. El juez la había ofendido. ¿Era preciso que ahora él fuese á desmentirla delante de todos? Era tanto como ir á derribarla á puñetazos.

Cuando su madre hubo terminado la declaración, salió. Experimentó el deseo de ir á ver si se sentía mal. Se olvidó del gabán que se había quitado y dejado en el banco.

Pero cuando alcanzó á su madre, cerca de la panadería, se apoderó de él bruscamente la resolución de marcharse; no podía soportar semejante lucha.

Ni siquiera trató de buscar un pretexto á su fuga. Se despidió y se marchó á escape.

A la nieve había sucedido una formidable granizada, que se acusaba con sus perlas de hielo.

El camino que conduce á la estación serpentea á orillas del

lago. El tren salía dentro de una hora. Einar tenía tiempo. Sin embargo, iba tan de prisa como el que se escapa.

Por fin comenzó á acortar el paso. Una voz le decía:

«El interrogatorio de hoy no es más que la instrucción preparatoria del asunto; todavía es tiempo de ir á declarar ante la audiencia...»

Pero se paró, como si este pensamiento hubiera sido un sér que se presentaba en su camino dispuesto á abofetearle.

«No, es demasiada cobardía. ¿Crees que vas á ir ante el jurado? ¿Lo crees, vil cobarde?»

Durante todo el día se vió así trajinado, decidido unas veces á volverse en seguida á Cristianía, y otras á ir al tribunal para prestar su declaración. Cuando se acercó al tribunal, se sintió orgulloso de haber triunfado en lo más sincero y animoso que había en él.

¿Y ahora? No podía volver á su casa. Su padre, aun cuando le perdonase, despreciaría siempre á aquel triste héroe; hijo de la casa, había hecho traición á la casa y á todos los suyos: poco importaba que su cobardía le hubiese impedido realizar la traición. Se paró y miró hacia el edificio del tribunal. A los ojos de Einar, aquel edificio no era más que el refugio de la injusticia, de las acusaciones falsas, de los falsos testimonios, un lugar en el que se iba á condenar á un inocente. Y él, que hubiera podido salvar á aquel hombre, ¿qué haría? Huía, era el más indigno de todos. Le pareció de repente que le era completamente imposible volver á Cristianía, ser el Einar Norby de antes. No se atrevería á mirar á sus amigos á la cara. Tendría que vivir con aquella vergüenza en el alma, tener siempre la frente baja y callarse cuando se hablase de verdad y de honradez entre los hombres. Si condenaban á Wangen, ¿podía él, Einar, tener un momento de felicidad en su existencia?

No, no podía seguir camino de la estación. Sentóse en una piedra; todavía no se daba cuenta de que había olvidado el abrigo. Al cabo de una hora, continuaba allí con la cabeza

entre las manos. Una campana le sacó del sopor. Un trineo pasó, en el que iban dos hombres riendo y hablando del tribunal: debía de haber ocurrido algo... Pero Einar permaneció sentado.

¿Se volvería? ¿Sería tiempo aún?

Pero bruscamente se echó á reir. ¿Cómo? ¿Atrevíase todavía á levantar la cabeza aquella necesidad de heroísmo? Reíase con desdén, con amargura, y tosía al reirse...

Cuando por fin Soren Kvikne estuvo en la barra, tomó un aire de importancia con las manos metidas en los bolsillos, porque ahora sabía seguramente que todo el asunto estaba en sus manos. Contó que, estando al servicio de Haarstad, éste le refirió un día que había firmado un documento como testigo otorgado por Norby en calidad de garantía á favor de Wangen.

Hubo un gran movimiento en la concurrencia; aquello era la absolución de Wangen.

—¿Está usted seguro de lo que afirma?—preguntó el juez mirando al jornalero.

—Lo recuerdo como si fuera ayer—contestó Soren.—Estábamos pintando un carruaje cuando me contó la cosa.

Pero el juez recordó que Norby había solicitado ser oído después de aquel hombre, y previendo algún incidente curioso, resolvió carear á los dos testigos.

Desde que Marit informó á Norby de la marcha de Einar, ya no era el mismo hombre. Por fin iba á dar el gran golpe. Cuando estuvo en la barra, junto á Soren Kvikne, empezó por mirar en torno suyo al auditorio. Como lo suponía, allí estaba Herlufsen. Después sacó un documento y pidió al juez permiso para dar lectura de él.

—Como usted guste—dijo el magistrado con cierta vacilación y tendiendo maquinalmente la mano hacia el papel.

Norby se puso á leer:

«La que suscribe, viuda de Jorgen Haarotad, declara por su honor y conciencia, que Soren Kvikne dejó nuestro servicio unos seis meses antes de que el documento en cuestión

fuese firmado. Y como después pasó á servir durante mucho tiempo á otro lugar, es imposible que mi marido pudiese hablar con él de ese asunto antes de su muerte.»

El juez cogió el papel y lo examinó. Todos los asistentes se levantaron con un movimiento de curiosidad. El acusado se levantó también y tuvo que apoyarse en la pared.

—¿Qué tiene usted que contestar á esto?—dijo el juez fijando los ojos en Soren.

Norby se había vuelto para mirar á Herlufsen:

«Tómate esa»—pensaba.

Le pareció que á Herlufsen le había acometido de repente un dolor de muelas.

—¿Qué tiene usted que contestar á esto?—repitió el juez, porque Soren permanecía allí contemplándose las botas.—Usted ha dicho que estaban ocupados en pintar un coche el día en que Haarotad le contó la cosa. Parece que se ha equivocado usted. ¿Cómo lo explica?

Pero como Soren no encontraba ninguna explicación, fué autorizado para retirarse...

Al anochecer, cuando Norby y Marit subieran al trineo para volver á su casa, fueron muchísimas las personas que se agruparon en torno de ellos. Era casi una ovación. Todos los testigos de Wangen no habían hecho más que provocar la risa, mientras que Norby supo tomar sus precauciones.

El viejo había empuñado ya las riendas, cuando acertó á pasar Wangen. Parecía desesperado; pero al ver á su adversario se acercó súbitamente con el puño levantado.

—¡Espera, tú!—exclamó con el rostro convulsionado.—¡Canalla! Te imaginas tal vez que has alcanzado la victoria hoy. Pero espera un poco: irás á la cárcel, tú y la que está sentada á tu lado.

É iba á agredirle, cuando dos mocetones le echaron mano al cuello y se lo llevaron, á pesar de una resistencia encarnizada.

—¡Ah! el alcohol...—dijo un viejo que miraba la escena

encorvando la cabeza.—Ya vi que el cónsul le llevaba á la fonda después de la audiencia para darle de beber.—Más valdría que el alcalde le pusiera á buen recaudo—dijo otro, con una mirada de simpatía hacia Norby.

Este sonrió, restañó el látigo y se puso en marcha, mientras que á su paso todo el mundo se descubría.

Estaba cansado. ¡Tantas emociones en un mismo día! Pero no dejaba de pensar en el momento en que llegó la declaración ante el tribunal. Veía la casa de Herlufsen... Tenía para divertirse toda la vida.

Cuando entraron en el patio de la finca, Ingeborg salió á su encuentro, y empezó á decir con la voz alterada por el espanto:

—El pobre Einar...

—¿Einar? Pero si se ha vuelto á Cristianía—dijo la madre, que fué la primera en bajar del trineo.

—Acaban de traerle hace un momento—contestó Ingeborg.—Ya he telefoneado al doctor que venga.

JOHAN BOJER

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

El resplandor de la hoguera (novela), por D. Ramón del Valle-Inclán.

El resplandor de la hoguera es la segunda de las novelas que ha compuesto y publicado D. Ramón del Valle-Inclán, bajo la rúbrica general de *La guerra carlista*. De la primera—*Los cruzados de la causa*—hablé hace algunos números á los lectores de La España Moderna. La segunda no es menos digna de la atención del público y el examen de la crítica.

Observo en estas nuevas novelas de Valle-Inclán una evolución interesante en la manera de novelar y de concebir la novela por parte de este celebrado escritor. En Valle-Inclán novelista se pueden señalar tres fases, tres momentos ó, si se quiere, una clasificación más modesta y más ceñida al asunto: tres grupos de obras. Uno es el de las *Sonatas*, el que llamaríamos el ciclo de Bradomín; otro el de *Aguila del Blasón* y *Romance de Lobos*: el ciclo de Montenegro; y otro, por fin, el que forman las novelas de *La guerra carlista;* que no son, como las otras, el ciclo de un personaje, aunque los anteriores personajes cíclicos subsistan todavía en ellas, sino que sustituyen al dominante relieve de los sujetos particulares la épica difusa de la historia.

Explicaré las diferencias que advierto en esas tres agrupaciones de novelas. Casi la he explicado ya al caracterizar las primeras como ciclo de un personaje, series de sus aventuras,

hazañas y sucesos; y al notar que en la última falta esa polarización personal.

En las *Sonatas* domina un tema lírico, individualista. En estas novelas, en que hay pasajes de prosa insuperables, que vivirán en las futuras antologías castellanas, Valle-Inclán ha sido uno de los cultivadores y continuadores españoles de la leyenda de Don Juan. Su Marqués de Bradomín es una de las más felices representaciones de ese eterno seductor de mujeres y de públicos. Son un himno de amor, conquistador y triunfante, esas páginas llenas de exquisiteces tan distintas, aun siendo atrevidas, con el atrevimiento de los clásicos, del erotismo burgués de casa de citas que ha invadido recientemente nuestra novela, y que cada día se propaga más por ella, disfrazándose con oropeles de psicología y con lentejuelas de estilo, pero mostrando siempre por debajo de su vestidura literaria el gesto vulgar de una apetencia sexual, impaciente, del hambre del sexo. La frase d'aurevillesca con que Valle-Inclán define á su personaje, á su Don Juan: era feo, católico y sentimental, es de una profunda y certera psicología. Ella expresa un personaje que no debe al atractivo animal de la belleza física sus victorias de amor; un alma propensa al idealismo, sensible á las elegancias del pasado y dotada de la fuerza comunicativa de la simpatía; todo lo cual depura y espiritualiza la visión del amor, que responde en estas novelas, no á los bajos instintos de la naturaleza, sino á la sugestión ó al hechizo de una fuerza espiritual altiva y dominadora, de una gallardía masculina y caballeresca. ¡Cuán superior es esta imagen donjuanesca al grosero concepto del *homme à femmes* que expresa un escritor fino y con grandes pretensiones de psicólogo como Paul Bourget, en su *Psicología del amor moderno*, de Claudio Larcher, concepto tan difundido por la novela amatoria moderna, muchos de cuyos libros parecen inspirados en confidencia de cocotas!

En las novelas del ciclo de Montenegro (*Aguila del Blasón, Romance de lobos*), esa nota lírica, individualista, aristocrática,

que convierte á la novela en gesta de un personaje, aparece ya atenuada. D. Juan Manuel de Montenegro es, sin duda, una figura de la estirpe de la de Bradomín por el interés absorbente y dominador de su carácter; pero junto á ella se dibuja un fondo social de vida aldeana, que tiene fuerte relieve, y aparecen figuras populares de tanta realidad y tan superior ejecución artística como las de los mendigos. Un trozo de la vieja España andariega, mística y picaresca, vive en torno de aquel señor feudal que se ha equivocado de siglo. Estas novelas son libros de transición de una manera á otra, que van desde la novela subjetiva y poética á la novela social. Los dos libros de la guerra carlista (*Los cruzados de la causa* y *El resplandor de la hoguera*) representan el término de esta evolución; en ellos, y especialmente en el último, la novela tiene verdadero carácter social; es la gesta de un pueblo, la representación artística de un momento histórico. Su sujeto no es un personaje singular. Es un pueblo, una multitud. En su argumento y en su acción, figuran personajes de las anteriores novelas; pero el cambio de medio reduce su importancia, y los coloca en una más modesta perspectiva. Bradomín es, sin duda, el mismo gran señor, galante y caballeresco, pero no ocupa ya la posición central que en las *Sonatas*, donde reina sobre un fondo siglo XVIII. La gravedad del asunto colectivo se impone á las figuras individuales, las anega en el mar popular y las reduce á la condición de accesorios.

Esta evolución es la misma que se ha operado en el concepto y manera de estudiar y de escribir la historia; sólo que en las obras artísticas no es definitiva. En la historia sí lo parece, pues aunque haya retornos y retrocesos (la teoría de los héroes, etc.), de tal suerte domina el peso del sujeto colectivo, que hasta en las biografías extensas ocupa largo espacio y desempeña papel importante la descripción del medio social.

***

El resplandor de la hoguera es una novela de asunto épico más que novelesco. El asunto novelesco, según el concepto clásico y tradicional del género, está constituído por una intriga. Así, en las *Sonatas*, en las novelas del Marqués de Bradomín, el asunto es plenamente novelesco. En los asuntos épicos, la intriga queda subordinada al espectáculo colectivo, al movimiento social é histórico. Esto es lo que ocurre en *El resplandor de la hoguera*.

En la novela anterior, *Los cruzados de la causa*, la acción se desarrollaba lejos del verdadero teatro de la guerra carlista, en Galicia. Eran escenas de propaganda, reclutamiento de partidarios, y un alijo de armas los hechos, sencillos y expresivos, que formaban su argumento. En *El resplandor de la hoguera*, la acción se traslada al corazón del lugar de la contienda, á la región vasco-navarra. Creo que el que lea la novela de Valle-Inclán, y entienda de títulos de obras literarias, hallará que éste es en extremo feliz y acertado. Lo que vemos en esta obra es, en efecto, el resplandor de la guerra, la fisonomía especial de nuestras luchas civiles, compuestas de muchos menudos episodios, de pequeños hechos de armas, de hazañas y fechorías individuales que integran, en conjunto, la visión colectiva de los movimientos populares.

El carlismo, adalid de una causa tradicionalista, dinástica y aristocrática, fué un movimiento popular. A ello se debió la duración de las guerras civiles, y de ello dependió también su relativa localización regional. Este carácter popular, difuso, diseminado en muchos hechos menudos, es el que veo expresado con certera denominación en el título *El resplandor de la hoguera*. El resplandor es una imágen más extensa, más trascendente, más total del fuego que las llamas que brotan del montón ardiente.

Esta novela, en consonancia con su índole social, no tiene en realidad un argumento, una acción central á la que se subordinen todos los sucesos novelescos. Si repasamos lo que en ella ocurre, buscando entre la trama de la acción ese hilo con-

ductor del argumento, hallaremos que, si acaso, está en las aventuras de un personaje secundario, Roquito, un antiguo sacristán de monjas, que es uno de los variados tipos del partidario. En toda la novela no hay más que un hecho de armas: un combate entre una columna de cazadores y la partida de Miquelo Egozcué, y, sin embargo, da la sensación viviente de la guerra, del paisaje bélico, de las fatigas, crueldades, dolores, arranques de fanatismo y de valor, y movimientos de venganza con que se amasaron las guerras civiles. *El resplandor de la hoguera* es un verdadero episodio nacional. En esta novela todo es episódico; y por serlo, da tan exacta y acabada representación de la guerra carlista, que más que en las grandes batallas, propias de la guerra regular y organizada que en ella se dieron, consistió en esta lucha constante, en estos encuentros continuos, en este batallar errático del partidario. En los *Episodios* de Galdós, muchas veces la acción no tiene el carácter incidental de lo episódico; es un acontecimiento principal lo que el novelista describe. Esta de Valle-Inclán es episodio desde el principio al fin. Por eso está tan en consonancia con su asunto, que fué un gran acontecimiento nacional formado de episodios.

Hay en *El resplandor de la hoguera* escenas de una gran belleza. Aquella en que, durante un descanso de la partida de Miquelo Egozcué, cantan los dos *versolaris*, saltando sobre la hoguera, tiene un sabor primitivo de vieja poesía homérica. La del combate, á que antes he aludido, da una viva sensación de la lucha contra fuerzas irregulares en un terreno abrupto. El duelo á tiros de fusil entre el corneta y el voluntario carlista, que no se conocen, y á quienes el azar de la lucha ha llevado á ser adversarios en un combate singular, tiene dentro de su sencillez un vigoroso relieve representativo. Y no es menor la intensidad trágica de la escena de la conducción de Roquito, preso por los forales, á la cárcel de Olaz. Los prisioneros no ignoran su suerte; saben que en cualquier recodo del camino se les aplicará ese procedimiento tan español, usado en

las guerras y en las campañas contra el bandolerismo, del fusilamiento en una carretera. Pero á Roquito le salva la tenacidad heroica de una mujer que sigue á los forales y al preso. El sargento viejo que manda aquella fuerza, no tiene alma para fusilarle delante de la mujer, y dice:—Hay que hacer las cosas conforme lo manda Dios... Lo entregaremos, conforme á ley, en la cárcel de Olaz.

Todo, sin embargo, respira odio y venganza en el paisaje. El camino está sembrado de sangrientos recuerdos. En tal sitio, el cabecilla D. Pedro Mendía sorprendió á una tropa de veinte hombres y los mandó fusilar. Antes de irse ordenó marcar veinte árboles con sendas cruces. A los pocos días pasó Mina, vió las cruces, mandó cortarlas é hizo fusilar á cuarenta hombres de Lecaroz. En los pinos quedaron marcadas cuarenta cruces.

—Eso era hacer la guerra—dice uno de los forales al escuchar el relato, y en esas palabras palpita el feroz y bravío instinto de las represalias que en tales guerras, y acaso en todas, se sobrepone á los sentimientos de humanidad.

Valle-Inclán ha retratado, con imparcialidad de historiador y serena independencia de artista, las figuras de los dos bandos beligerantes. ¡Qué de psicología y qué de observación social hay en sus tipos militares, trazados sin adulación ni vituperio, con pulso seguro de observador desapasionado. Personajes de diferente extracción, de educación é ideas diversas, se ven agrupados en cada campo, dando una imagen viviente de lo que fué aquella España que, dividida en dos bandos, se destrozaba más por ideas que por intereses, que es lo que al cabo ennoblece estas páginas sombrías de las guerras civiles, en que hubo un gran fondo de idealismo.

A mi juicio, *El resplandor de la hoguera* es un modelo de novela histórica. No hace historia, no relata tales ó cuales sucesos, pero da con penetrante intensidad la sensación poética del momento y del ambiente. Un pormenor es á veces más expresivo que un relato minucioso. Lo poco que se dice en la no-

vela de Valle-Inclán, del cura de Santa Cruz, por ejemplo, ¡qué luz no arroja sobre esta sanguinaria figura de la guerra!

Al principio de este artículo he indicado que había una evolución, un cambio de manera en estas novelas, comparadas con las anteriores de Valle-Inclán. Me refería á la elección de asuntos y al modo de concebirlos, á las variaciones del sujeto novelesco, que en las primeras novelas de Valle-Inclán es individual, y más todavía que individual, un personaje de excepción, y en estas últimas colectivo, un episodio histórico. El arte de composición es el mismo. Se distingue por una gran sencillez, por una sobriedad de expresión, de imágenes, de digresiones que hace que en estas novelas no haya ripio alguno, ni se pueda señalar ningún elemento traído forzadamente para buscar un efecto artístico. De ahí su clásica elegancia, que no está solamente en la dicción, sino también en la composición y estructura de la obra.

La pasión puede arrancar, sin duda, bellos y vibrantes acentos á la lírica. Es la eterna madre del yambo, y puede alcanzar la grandeza de los *Chatiments;* pero en los géneros objetivos y de observación como la novela, una visión serena y desapasionada es la disposición de ánimo que más conviene al artista. Sin duda, es esta la de Valle-Inclán, que en la «Sonata de Invierno» puso en boca del Marqués de Bradomín estas palabras, que creo yo que son una profesión de fe del autor: «Yo hallé siempre más bella la majestad caída que sentada en el trono, y fuí defensor de la tradición por estética. El carlismo tiene para mí el encanto solemne de las grandes catedrales, y aun en los tiempos de la guerra me hubiese contentado con que la declarasen monumento nacional.» Este punto de vista estético, que no es ciertamente el punto de vista del hombre de partido, es un buen observatorio para el arte. Desde él se aman las cosas con moderación y con crítica.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Edgard Poe y Julio Verne.=Historia: El proceso de Galileo.=Lingüística: Desarrollo y evolución del argot.=Ciencias naturales: Las sensaciones de las abejas y de las hormigas.=Costumbres: La mise en scène.—El placer de la conversación.=Crítica: Americanismos.—La información periodística.=Enciclopedia: Conversaciones de Anatolio France.=Impresiones y notas: El peligro de los besos.—La belleza.—La alta atmósfera.—El castigo del parricidio.

LITERATURA

Edgard Poe y Julio Verne.—Enrique Potez, en *La Revue*, estudia la influencia ejercida en la segunda mitad del siglo XIX por Edgard Poe en la literatura europea, especialmente en la francesa, afirmando que, de todos los escritores extranjeros, quizá Poe es el que mayor influjo ha ejercido. Él es quien nos ha transportado fuera del mundo é iniciado en la *belleza extraña*. Tal vez sería excesivo decir que engendró á Baudelaire, engendrador por su parte de casi toda la poesía contemporánea; pero esta aserción no dejaría de contener gran parte de verdad.

Toda una literatura que ha tenido el mayor éxito, aunque casi no quepa en la historia literaria propiamente dicha, la novela policíaca, debe también no poco al autor de *El doble asesinato de la calle Morgue*, *La carta robada*, *El escarabajo de oro* y *El misterio de María Roget;* y si Emilio Gaboriau y Conan Doyle deben á Poe muchas de sus concepciones, no es menos cierto que Julio Verne se inspiró en él en sus primeras

obras, las que más contribuyeron á la popularidad de su nombre, y la gloria de haber suscitado á Julio Verne no es despreciable.

Julio Verne, hombre práctico, había comprendido que las novelas á lo Poe no convenían al genio francés, que no gusta de pesadillas ni de catástrofes. «Arreglémoslo un poco, se dijo Verne, y obtendremos decidido éxito; suprimamos ó atenuemos sus errores; dejémosle una pizca de misterio y de extrañeza, como se echa una hoja de laurel en el puchero para darle gusto; añadámosle los ingredientes ordinarios del padre Dumas, una fuerte dosis de humor aventurero, de audacia y de jovialidad, y luego sirvámoslo caliente.» Y así lo hizo, publicando sus *Viajes extraordinarios*.

En 1863, el primer volumen de la serie *Cinco semanas en globo* fué ofrecido á los graves lectores del *Journal des Débats:* tres aeronautas atraviesan el Africa en cinco semanas; Poe había hecho atravesar el Atlántico al dirigible *Victoria* en sesenta y cinco días.

Cierto *Hans Pfaal* va en un globo especial de la tierra á la luna; pero no se contenta, como los de la bala de Julio Verne, con girar alrededor de la luna, sino que aborda á ella, y envía noticias á los buenos habitantes de Rotterdam.

El desenlace del *Manuscrito encontrado en una botella* y de *Una bajada al Maelstrom* han suministrado á Julio Verne el de *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

La pequeña ciudad holandesa de Vondervotteimittis vive mecánicamente: todos los gestos de sus habitantes están previstos y regidos por el gran reloj de la torre, único en su género, que jamás hay que arreglar, y lo mismo sucede con todos los otros péndulos, orgullo de los vondervotteimitteños; una especie de *gnomo*, venido de no se sabe dónde, trastorna el reloj de la torre, y con él resultan perturbados todos los relojes y toda la vida de la ciudad: tal es el asunto de *El diablo en la torre;* Julio Verne ha sacado de aquí el argumento de *El doctor Ox*, aunque totalmente cambiado.

Los exploradores del *Viaje al centro de la tierra* encuentran en un criptógramo las indicaciones que guían su excursión aventurada, exactamente lo mismo que William Legrand en *El escarabajo de oro.*

Las *Aventuras de Arturo Gordon Pym*, han sido muy consultadas por Julio Verne; de ellas ha sacado el hambre de los náufragos de *El Chancellor*, la aparición del gigante en el *Viaje al centro de la tierra*, y en parte, la descripción hipotética del Polo Norte de las *Aventuras del capitán Hatteras.*

Lo más curioso de todas estas inspiraciones, es lo ocurrido con *La vuelta al mundo en ochenta días*, que produjo á Verne cerca de dos millones: la combinación en que se basa el cálculo sobre que gira la novela es debida á Poe. Fileas Fogg apuesta con sus compañeros de club á que da la vuelta á la tierra en ochenta días, tomando el tren de Douvres de las ocho y cuarenta y cinco.

—Puesto que hoy es miércoles 2 de Octubre—dice,—deberé estar de vuelta en Londres en este mismo salón el sábado 21 de Diciembre, á las ocho y cuarenta y cinco de la noche, sin lo cual las 20.000 libras depositadas actualmente en casa de Baring Hermanos, serán vuestras de hecho y de derecho.

A las doce menos veinte de un día que supone ser el 21 de Diciembre, Fileas Fogg desembarcaba en Liverpool á seis horas de Londres; le sobra tiempo, pero es detenido por el agente de policía Fix y encerrado en el Custom House; se disipó el error, pero aunque Fileas Fogg encargó un tren especial, no llegó á la estación de Londres sino á las nueve menos diez de la noche, pasada ya la hora; al día siguiente su criado Passe-Partout se entera, aunque algo tarde, de que están todavía á 21 de Diciembre; mete á su amo en un cab, promete cien libras al cochero si llega á tiempo, y después de haber aplastado dos perros y enredádose con cinco coches el cab, deposita á Fileas Fogg en su club á la hora precisa, haciéndole ganar la apuesta. Ahora bien: «¿Cómo un hombre tan exacto, tan meticuloso—dice Julio Verne—había podido cometer aquel error

de fecha? ¿Cómo se creía en el sábado 21 de Diciembre, cuando no era más que viernes 20? La razón es muy sencilla: Fileas Fogg, sin saberlo, había ganado un día en su itinerario, porque había dado la vuelta al mundo yendo hacia el Este, como lo habría perdido si hubiera ido hacia el Oeste. En efecto; marchando hacia el Este, Fileas Fogg iba delante del sol, y por consiguiente, los días disminuían para él cuatro minutos mientras iba en aquella dirección; y como la circunferencia terrestre mide 360 grados, estos 360 grados, multiplicados por cuatro minutos, dan precisamente veinticuatro horas, que forman el día, inconscientemente ganado. En otros términos: mientras Fileas Fogg, marchando hacia el Este, veía pasar el sol 80 veces por el meridiano, sus colegas quedados en Londres no le veían pasar más que 79 veces.»

Edgardo Poe tiene una novelita, no comprendida en la traducción de Baudelaire, titulada *La semana de los tres domingos*. Se comprende que Baudelaire no la haya incluído en su traducción: empieza por una ostentación desconcertante de humor clownesco, conjunto chocante de simplezas y chistes que vienen á parar en que Bobby quiere á su prima Kate, pero que su tío Rumgudgeon se opone.

—Os casaréis la semana de los tres domingos—les dice.

Esta promesa es la que le va á confundir. «Ocurrió—cuenta Bobby—que entre las relaciones que mi novia tenía en la flota, había dos señores que acababan precisamente de poner el pie en Inglaterra, después de haber pasado un año de viaje en el extranjero. En su compañía mi prima y yo, conforme á un plan concertado de antemano, visitamos al tío Rumgudgeon el domingo 10 de Octubre por la tarde, tres semanas justas después de la memorable decisión que tan cruelmente había burlado nuestras esperanzas. Durante media hora, próximamente, la conversación rodó sobre lugares comunes; pero al fin le dimos con mucha naturalidad el giro siguiente:

El capitán Pratt.—Pues bien; he estado ausente un año justo. Justamente un año hoy, tan cierto como estoy vivo.

Vamos á ver: sí... estamos á 10 de Octubre. Se acordará usted, Sr. Rumgudgeon, que vine hoy hace un año á decirle adiós. Y, á propósito, parece una coincidencia, ¿verdad?, que nuestro amigo el capitán Smitherton haya estado ausente exactamente un año, también un año, que acaba hoy mismo.

SMITHERTON.—Sí; precisamente un año ó poco menos; usted se acordará, Sr. Rumgudgeon, que vine con el capitán Pratt aquel mismo día, el año pasado, para despedirme de usted.

EL TÍO.—Sí, sí, sí. Me acuerdo muy bien. Muy chusco, en verdad; los dos salidos hace un año justo. Singular coincidencia, verdaderamente. Precisamente lo que el Dr. L. L. D. llamaría un extraordinario concurso de acontecimientos.

KATE (*interrumpiendo*).—Seguramente, papá, que es algo extraño; pero el capitán Pratt y el capitán Smitherton no han tomado completamente el mismo camino, y eso hace alguna diferencia, ya lo sabe usted.

EL TÍO.—No sé nada, bribona. ¿Cómo lo había de saber? Creo que eso hace la cosa más notable. El Dr. L. L. D....

KATE.—Pues bien, papá; el capitán Pratt ha doblado el cabo de Hornos y el capitán Smitherton ha doblado el cabo de Buena Esperanza.

EL TÍO.—Precisamente: el uno ha ido hacia el Este y el otro hacia el Oeste, chiquilla, y los dos han dado la vuelta completa al mundo.

Yo (*vivamente*).—Capitán Pratt, hay que venir á pasar la noche con nosotros mañana. Usted y Smitherton nos contarán su viaje de cabo á rabo; echaremos un whist y...

PRATT.—Un whist, querido, no piense usted en ello. Mañana es domingo; cualquier otra tarde.

KATE.—¡Oh, no! Roberto vale más que eso; es hoy domingo.

EL TÍO.—Seguramente, seguramente.

PRATT.—Dispensen ustedes; yo no puedo equivocarme así; yo sé que mañana es domingo, porque...

SMITHERTON (*muy sorprendido*).—Pero, ¿qué están ustedes diciendo todos? ¿No era ayer domingo? Me gustaría saberlo.

TODOS.—¡Ayer! En verdad que está usted equivocado.

EL TÍO.—Le digo á usted que hoy es domingo; estoy seguro de ello.

PRATT.—No, no. El domingo es mañana.

SMITHERTON.—Están ustedes todos locos. Les certifico que ayer era domingo. Tan cierto como estoy en esta silla.

KATE (*brincando*).—Ya veo, ya veo lo que es. Papá, es una sentencia contra usted. Déjeme usted y se lo explicaré todo en un minuto. Nada más sencillo. El capitán Smitherton dice que ayer era domingo, y era domingo, tiene razón. El primo Bobby, el tío y yo decimos que es hoy, y es verdad, tenemos razón. El capitán sostiene que mañana será domingo, y es exacto; también tiene razón. El hecho es que todos tenemos razón, y que estemos en una semana de tres domingos.

SMITHERTON (*después de un silencio*).—Y bien, Pratt; Kate nos la pega. Estamos los dos hechos unos idiotas. La cosa es ésta, Sr. Rumgudgeon. La tierra, como usted sabe, tiene 24 miles de millas de circunferencia. Ahora bien; este globo gira sobre su eje, ejecuta su revolución, hace virar estos 24 miles de millas, del Este al Oeste, en veinticuatro horas precisamente. Ya comprende usted, Sr. Rumgudgeon.

EL TÍO.—Claro, claro. El Dr. L. L. D...

SMITHERTON (*cortándole la palabra*).—Eso hace, pues, un millar de millas por hora. Ahora suponga usted que desde esta posición me adelanto un millar de millas hacia el Este. Naturalmente, anticipo una hora justa la salida del sol aquí en Londres; veo levantarse el sol una hora antes que usted. Ando en la misma dirección otro millar de millas, y anticipo dos horas la salida del sol; otro millar, y lo anticipo tres horas, hasta que haya dado la vuelta completa de la tierra. De vuelta aquí, he andado 24.000 millas hacia el Este; luego anticipo exactamente veinticuatro horas la salida del sol en Londres, es decir, me adelanto un día á usted. ¿Comprende usted?

El tío.—Pero L. L. D...

Smitherton (*muy alto*).—El capitán Pratt, por lo contrario, partiendo de la misma posición y andando un millar de millas al Oeste, perdió una hora sobre la hora de Londres, y cuando hubo andado sus 24 millares de millas, había perdido veinticuatro horas. Así, para mí el domingo fué ayer, para ustedes es hoy y para Pratt será mañana. Además, Sr. Rumgudgeon, es positivamente claro que todos estamos en lo cierto, pues no hay ninguna razón filosófica para dar la preferencia á la idea de uno sobre la de otro.

El tío.—¡Pues bien, Kate! ¡Pues bien, Bobby! He ahí una sentencia que me condena; como vosotros decís, yo soy hombre de palabra. La tendrás, muchacho, y el millón con ella. ¡Cosa hecha, pardiez! Tres domingos en fila; voy á preguntar á L. L. D. su opinión.

Como se ve, Julio Verne supo aprovechar perfectamente la idea de Edgardo Poe, corrigiendo de paso sus errores matemáticos.

HISTORIA

El proceso de Galileo.—Angel de Gubernatis, en *La Revue* de París, trata del proceso de Galileo, teniendo á la vista documentos inéditos, y afirmando que lo que se ha mirado como una especie de titanomaquia, se reduce á una miserable tragicomedia, cuya sola importancia estriba en la excepcional visualidad de los dos antagonistas que aparecen en ella en primer término.

Ninguno de los escritores franceses que se han ocupado de Galileo en el siglo XIX (Biot, Philarète Chasles, Parchappe, L'Epinois, Henri Martín, Combes, Desjardins, Mézieres y otros) ha ignorado el agravio del Papa Urbano VIII contra Galileo, acusado secretamente de haber ridiculizado á su anti-

guo protector en el personaje del peripatético Simplicio, negándose los más á admitir esta suposición, y suponiendo algunos que había cometido aquella falta por aturdimiento ó por ingratitud. Pero aun admitiendo el agravio del Papa, nadie se ha cuidado de estudiar la marcha, y el resultado del proceso desde este punto de vista, que es, sin embargo, esencial. Gubernatis, con la convicción absoluta de que la causa principal y casi única de la acritud con que Galileo ha sido perseguido durante diez años, desde fines de 1632 hasta su muerte, ha sido la irritación del Papa, expone los hechos tales como se desprenden de los documentos antiguos y nuevos, que vienen en apoyo de su convicción.

Galileo mismo, un año después de su condena, escribía: «No es tal ó cual de mis opiniones la que ha sido causa de la guerra que me han hecho y me hacen, sino haber caído en desgracia con los jesuítas.» A su vez, el padre jesuíta, Cristobal Grienberger, declaraba: «Si Galileo hubiera sabido conservar el afecto de los padres de esta Compañía, su gloria sería universal; habría evitado todas sus desgracias, pudiendo escribir á sus anchas y á su antojo sobre no importa qué asunto, y hasta sobre el movimiento de la tierra.»

En esas dos citas está toda la verdad: Galileo había atacado vivamente en sus *Cartas sobre las manchas solares* y en sus *Didlogos* al jesuíta Scheiner, y en el *Saggiatore* al jesuíta Grassi. Ridiculizados ambos ante el mundo sabio, se vengaron denunciándole y calumniándole, haciendo creer al Papa Urbano VIII que el tonto de Simplicio, tercer personaje casi ridículo de los *Didlogos sobre los sistemas*, no era otro que el Papa en persona. En vano el erudito bibliotecario de los Barberini, el sacerdote Pieralisi, se esforzaba en 1875 en el gran volúmen *Urbano VIII* y *Galileo Galilei*, en descargar al Papa del odio personal y del encarnizamiento con que había perseguido á Galileo; la hábil sugestión de los dos jesuítas, que conocían bien la vanidad y la sugestibilidad del Pontífice que se creía herido, le hizo implacable. Cuando el cardenal Maffeo Barbe-

rini llegó á Papa, con el nombre de Urbano VIII, el 1.° de Marzo de 1624, el capuchino Fr. Fulgencio Micanzio le trataba así: «Es un italiano por la apariencia; por la grandiosidad de sus proyectos, un español; por el disimulo, un francés; pero de hecho es él mismo, todo suyo.» Rencoroso, tenía que disimular su rencor personal, y lo consiguió mostrando celo por la autoridad de la Iglesia, que Galileo había despreciado no cumpliendo una orden formal de la Santa Inquisición. Todas las disculpas de Galileo para justificarse sobre este punto, en el que se creía invulnerable, fueron vanas.

En el fondo, el Papa y los cardenales que condenaron á Galileo eran completamente indiferentes respecto á la cuestión científica del movimiento de la tierra. Podían tener dudas sobre la prueba del flujo y reflujo del mar, esencial para Galileo; pero lo que censuraban en él era el haber mezclado la cuestión teológica con la científica, suprimiendo un milagro de las Santas Escrituras; en unos tiempos en que se acababa de quemar vivo á Jordan Bruno por unas proposiciones heréticas, no es extraño que Galileo fuera obligado á retractarse.

Galileo no había olvidado la interdicción de 1616, que condenaba la doctrina de Copérnico por herética; pero contaba con el ridículo en que había caído aquella condenación; con el derecho de prescripción; con el olvido; con la protección de los Médicis y del príncipe Cesi, presidente de la Academia de los Lincei; con la de gran número de cardenales amigos, y con la del Papa mismo, hasta entonces muy benévolo con él. Pero no contaba con que algún enemigo implacable llegara á insinuar al Papa la idea de que había sido ridiculizado en la figura de Simplicio.

Todo el mundo sabe que Simplicio era un antiguo comentador de Aristóteles y de Epicteto; para combatir á todos los peripatéticos de su tiempo, Galileo había introducido frente á Sagredo y Salviati, dos nobles sabios, antiguos alumnos suyos ya muertos, un Simplicio imaginario que representaba en el *Diálogo* el papel de un semiidiota, flojo, pero terco, defen-

sor de las doctrinas de Aristóteles. No hay duda que Galileo quería ridiculizar en Simplicio á los numerosos partidarios del peripateticismo; pero es inadmisible que Galileo tuviera la audacia de personificar, en el tonto personaje, al Papa, su gran protector.

Galileo y Urbano VIII eran florentinos; procedentes ambos de familias patricias, recibieron muy completa educación, y ambos eran amantes de las ciencias, de las artes y de la poesía. Barberini corrigió los antiguos himnos de la Iglesia, agregando al *Breviario* sus notas en honor de nuevos santos, mereciendo los versos del Papa unánimes elogios de sus contemporáneos.

Se ha dicho que Maffeo Barberini habia sido discípulo de Galileo en Pisa; pero esto no es exacto, porque Maffeo estudió Leyes en los años 1586-88, y Galileo no empezó á enseñar allí hasta 1589. Después de los grandes descubrimientos de Galileo en Padua, de su gloriosa vuelta á Toscana, de su primer viaje á Roma en 1611 para convencer á sus adversarios, el cardenal Barberini fué uno de sus mayores admiradores. En el mes de Octubre de 1611 comían juntos á la mesa del Gran Duque de Toscana, y poco después el cardenal escribía á Galileo: «Ruego á Dios que os guarde, porque los hombres de vuestro valor merecen vivir largo tiempo por el bien público; para desearlo añado mi propio interés, el afecto que tengo por vos, y de que os daré pruebas en toda ocasión.» El 12 de Junio de 1612 le escribía: «He recibido vuestro tratado sobre las cuestiones filosóficas que han surgido cuando me encontraba en Florencia, y lo leeré con placer para afirmarme en la opinión que compartía con vos y para admirar este nuevo producto de vuestro raro talento.» Después de haber leído el discurso, el cardenal añadió: «Me parece que sostenéis á las mil maravillas vuestra opinión con las mejores razones del mundo, sacadas de la filosofía natural, así como de las ciencias naturales.»

Parece que durante el proceso de 1616, aparte de los cardenales Del Monte, Borghese y Orsini, uno de los cardenales

más activos en favor de Galileo había sido Barberini, que le profesaba gran afecto y admiración; la oda compuesta por el cardenal en 1620 en honor de Galileo y de sus descubrimientos, demuestra de modo irrecusable el constante afecto de Maffeo Barberini al gran sabio, y más todavía la cariñosa carta del 26 de Agosto que acompañaba á su oda.

En el mes de Julio de 1623, el cardenal Maffeo Barberini se convierte en el Papa Urbano VIII, y durante siete años sigue dando pruebas de afecto á Galileo. Este hizo presentar al Papa, por medio del príncipe Cesi, su libro *Il Saggiatore* (escrito contra el jesuíta Grassi), con una expresiva dedicatoria. Urbano VIII lo leyó con deleite; y el cardenal Cesarini escribía el 28 de Octubre de 1623 á Galileo, que el libro daba al Papa tanto gusto, que se lo hacía leer durante sus comidas. En Abril de 1624 salió Galileo de Florencia para Roma, y Urbano VIII le recibió con la mayor cordialidad; Galileo supo de sus propios labios que la doctrina de Copérnico no estaba condenada por la Iglesia, y «no se la condenaría por herética, sino sólo como temeraria, y que no había que alarmarse si alguien llegara algún día á demostrarla como verdadera».

Hay que convenir en que Galileo cometió varias faltas en sus *Diálogos,* pues en lugar de limitarse á la cuestión científica, se aventuró en el terreno teológico, donde se extravió; todo habría pasado, sin embargo, si no hubiera sido por Simplicio. Galileo llegaba en el mes de Mayo á Roma con su manuscrito, siendo muy festejado por el Papa; el libro debía ser impreso en Roma después de revisado; y todos parecían contentos, cuando el 1.° de Agosto muere el príncipe Cesi, el principal apoyo de Galileo junto á Urbano VIII. Habiendo, además, estallado la peste, y no pudiendo volver á Roma Galileo, trató de enviar el manuscrito para una segunda revisión al padre Riccardi; el correo, por temor al contagio, no se atrevía á aceptar ningún paquete; tuvo que contentarse con mandar el prefacio con la conclusión, dejando al maestro del Sacro Palacio carta blanca para modificar lo que fuera preciso, so-

metiéndose de antemano á cuantas correcciones quisieran hacer.

Los enemigos de Galileo empezaban á insinuar que el libro en conjunto sostenía una doctrina condenada por la Iglesia. Se hubiera debido impedir su publicación ó asegurarse, por lo menos, de que se respetaría la voluntad del Papa, cambiando el título del libro, *Del flujo y reflujo*, y no dando sus conclusiones sino en hipótesis. A última hora hubiera tenido que suprimir toda la parte referente á las Sagradas Escrituras, cosa que no habían exigido ni los padres Riccardi y Visconti, revisores de Roma, ni el padre Stéfani, revisor de Florencia.

A fines de Enero de 1632 el libro estaba impreso, y en Agosto llegó un ejemplar á manos del Papa. Urbano VIII debió disgustarse de que, á pesar de sus advertencias, Galileo hubiera en sus *Diálogos* abordado la discusión sobre el texto de las Santas Escrituras; pero no bastaba esto para explicar por sí sólo el cambio completo de sentimientos y de conducta que se produjo. Todos los que habían contribuído á la publicación del libro de Galileo cayeron en desgracia: monseñor Ciampoli, el padre Riccardi, Campanella, el inquisidor de Florencia, el padre Castelli y otros muchos. El Papa no se aplacó algo sino cuando el conde de Noailles, embajador de Francia en Roma, hizo en 1636 todos sus esfuerzos para sacar del espíritu de Urbano VIII el gusano roedor que, en forma de Simplicio, le había atormentado durante cuatro años.

¿Cómo había podido imaginarse el Papa que Simplicio era él? Al final del cuarto diálogo, con aturdimiento inconcebible, no presumiendo que sus enemigos lo aprovecharían para perderle, Galileo pone en boca de Simplicio una cita, que es precisamente un recuerdo de una discusión que él mismo había tenido con el cardenal Barberini. Evidentemente, su intención era burlarse de los peripatéticos que frecuentaban la corte papal, realzando á la vez el saber del futuro Papa, que debía poner fin, con sus elevados sentimientos religiosos, á todas las disputas. Pero los jesuítas no se cuidaron de distinguir á Sim-

plicio de la autoridad por él citada; el ridículo Simplicio era el mismo Papa. De ahí el escándalo y la necesidad de castigar al autor ingrato, pérfido, arrogante, insolente y escandaloso. La irritación de Urbano VIII no conoce límites, y estalla á cada momento.

El Papa se reconoció indudablemente en el *eminentísimo* que Simplicio citaba, y pudo quejarse de que la cita no fuese completa, porque en el original aprobado en Roma había otras dos ó tres razones, dadas por el cardenal Barberini, contra la doctrina de Copérnico, que se habían suprimido en el libro impreso; pero esto podía explicarse por el deseo de presentar al *eminentísimo*, no como un opositor, sino como un continuador. Pero cuando hicieron suponer al Papa que Simplicio era él, Urbano VIII, que se sentía herido de que sus propios argumentos fueran aducidos por un personaje ridículo, llegó al colmo de la irritación, no parando hasta obligarle, á pesar de su edad, de los rigores del invierno, de su enfermedad y del contagio que le hizo pasar por la cuarentena, á salir de Florencia el 20 de Enero de 1633, para presentarse el 12 de Abril ante el comisario general de la Santa Inquisición.

Su sistema de defensa era indigno de un sabio; sostuvo que no había defendido la doctrina de Copérnico, y sólo cuando le amenazaron conduciéndole ante el tormento, reconoció su culpa y firmó su abjuración. El hombre estaba demolido, pero su fama valía más que él. La sentencia que le condenaba hizo estremecer al mundo entero, irritando contra el Pontífice á los hombres inteligentes de todos los países cultos. Habían hecho del sabio un mártir; y si el Papa no había merecido ser comparado al ridículo Simplicio, se cubrió de un ridículo más efectivo y mucho mayor cuando, no satisfecho todavía por la humillación infligida á su antiguo protegido, lo persiguió en su retiro de Archetri hasta el fin de sus días y hasta la tumba.

LINGÜÍSTICA

Desarrollo y evolución del argot.—Con el título de *El lenguaje secreto*, publica el profesor de la universidad de Nápoles, A. Nicéforo, un artículo en *La Revue*, estudiando someramente las diferentes formas del argot ó caló.

Para él el argot es una lengua secreta, verdadera criptografía del pensamiento; esto no es del todo exacto, pues el argot, sirviendo originariamente para indicar el lenguaje de los gitanos, y luego el de la golfería de todas clases ha pasado á significar—y tal es el valor científico que hoy tiene la palabra—el lenguaje empleado por las varias clases sociales, acepción precisa que yo le di en mi *Gramática razonada histórico-crítica*, y que hoy es generalmente aceptada.

El argot es, pues, una lengua secreta, en el sentido de que los no iniciados ignoran el valor de sus palabras, pero estas palabras, tan pronto son tomadas del lenguaje usual, como son términos especiales de un vocabulario esotérico ó puras invenciones de quienes los usan. Mi mujer, por ejemplo, se llama Feliciana; pero como es un nombre largo, empleando el procedimiento corriente de abreviación, yo hubiera podido llamarla Feli; esta forma, sin embargo, no era de mi gusto y preferí invertir sus sílabas llamándola Life; esta forma Life constituye un término de argot familiar. Es lo mismo que el caso de la gran dama francesa que cita Nicéforo, que llamaba á sus dos pies, en extrañas cartas de amor lanzadas á la curiosidad del público con motivo de un proceso escandaloso, con los nombres significativos de Nana y Mesalina.

¿Es cierto que todas las profesiones y oficios tienen su argot, como dice Víctor Hugo en *Los Miserables* y como yo vengo sosteniendo? El marinero, al decir *babor, estribor;* el bolsista, hablando de *liqui, opción* y *fecha;* el maestro de armas, dis-

cutiendo sobre la *tercia* y la *cuarta;* el estudiante, hablando de *guita*, *pegas* y *novillos;* el médico, hablando en griego sin saberlo, y el abogado, empleando los términos del embolismo jurídico... son verdaderos *argotistas*. ¿Hay afinidad entre estos lenguajes profesionales y la lengua pintoresca y oscura de la Corte de los Milagros? Para el profesor napolitano, no; porque lo esencial para él en el argot es el carácter secreto de sus términos: «El argot es una lengua intencionalmente secreta.» Para nosotros, como para Víctor Hugo, sí; pues aun admitiendo el secreto del lenguaje argótico en su origen, es evidente la extensión adquirida por dicho lenguaje y el valor especial de sus términos según la clase social á que pertenezcan quienes los emplean.

Dejando aparte esta cuestión de opiniones, y respetando el modo de pensar de cada cual, veámos lo que Nicéforo dice acerca del argot.

Argot de amistad.—Todo grupo de individuos que siente la necesidad de ocultar su pensamiento, de conspirar en cierto sentido contra los extraños, crea un argot como arma defensiva, que á veces se convierte en ofensiva. Desde la simple pareja de amigos hasta las asociaciones más vastas y complejas y hasta las clases sociales enteras, aparece el argot como elemento de unión entre los iniciados. La ley que preside el nacimiento del argot es la *necesidad de defensa* de toda agrupación; «cuanta más necesidad de luchar y ocultarse tiene el grupo, más complejo, extenso y organizado se hace el argot». Con estas dos leyes se explica la vida entera de ese organismo especial que forma el lenguaje secreto en todos los momentos de su existencia y en cada una de las fases de su desarrollo.

El primer tipo de argot que encuentra Nicéforo es el de *amistad*. Aquí el argot se presenta en forma embrionaria; los amigos necesitan en ocasiones comunicarse ideas que sólo ellos pueden entender, y para ello se valen de palabras convencionales; así, dos amigos habían hecho una listita de nombres, tales como *guina* por *mujer* (del *gyne* griego), *gelatinoso*

por *ridículo* (de *gelao*). Las muchachas son las que se sirven más frecuentemente del argot, y suelen para ello, en lugar de crear palabras nuevas, intercalar entre las usuales una sílaba convenida (tepequipieperopo = te quiero), ó bien añadir al final de cada palabra sílabas especiales (telloquierolloyollo), ó invirtiendo las sílabas ó las letras, según determinadas reglas (*et roquie* = te quiero).

Es de notar, que esta forma de argot es usada también por los romanichel, los titiriteros y los criminales; Klaproth y Pot la han encontrado también en las sociedades secretas circasianas; el filólogo Biendelli ha llamado á este argot *de primera forma*, para distinguirlo del de metáforas, que llama argot *de segunda forma*.

Las frases de que se servían los pitagóricos, y que sólo eran conocidas por los afiliados, podrían también ser consideradas como creaciones del argot entre amigos, como, por ejemplo, «no recibas golondrinas en tu casa» (no tengas amistad con gentes frivolas), «no comas tu corazón» (evita tus penas), «no lleves las imágenes de los dioses en tus sortijas» (no hables inútilmente de cosas divinas), etc.

Argot de las sectas.—Las asociaciones políticas secretas tienen un argot mucho más complejo, como es natural. Emilio del Cerro nos da á conocer algunas de las palabras de que se servían las sectas que tomaron parte en el resurgimiento italiano: así, los *Filedoni* de Bolonia empleaban un argot sacado en gran parte del Diccionario musical; los vasos se llamaban *violines;* el agua, *Haendel;* el vino, *Gluck;* los iniciados, *Ametáfisi, Filalintero, Filaletécalo* y *Pulipode,* etc.

El argot del amor.—El argot de los enamorados es siempre más complejo que el de los amigos, pues el amor tiene más misterios que la amistad, y hasta usan del argot mímico por medio del pañuelo, del bastón, del abanico, de las flores. Así engañan las odaliscas la feroz vigilancia de sus guardianes.

El argot del amor criminal.—En las parejas de amantes anormales, el argot es todavía más oscuro, más oculto. Los

detalles más libertinos, las costumbres más infames, son designados con atrevidas metáforas. El Dr. Obici y el profesor Marchesini, han estudiado particularmente la psicología de las amistades de colegio, recogiendo cartas con formas criptográficas, que son verdaderos tipos de argot. Cuando se trata de parejas procedentes del arroyo, que tienen que ocultar, no sólo sus amores, sino sus robos y sus asesinatos, el argot se eleva casi á la categoría de una verdadera lengua.

El argot de clase.—El pueblo bajo tiene su argot, que no consiste en el empleo de términos más ó menos deformados del lenguaje culto ni de frases más ó menos pintorescas que no tienen la intención de ocultar el pensamiento de quien las emplea, sino en la adopción de voces enteramente incomprensibles para los no iniciados. Nicéforo ha recogido un millar de palabras y frases de este tipo en Roma, que no sólo son desconocidas de cualquier italiano, sino de todo romano que no haya vivido en el seno mismo del pueblo bajo. Así, el joven elegante y ridículo, el cursi, será llamado *Mirocletes* ó *Aristodemo,* y la joven de la misma categoría, *Amneris, Genoveva* ó *Eleonora;* á un estúpido le llaman *cusco* ó *lillo,* ó bien le dicen: «Ahí tienes cigarrillos; ya me dirás si el tabaco es bueno»; á un miedoso le dirán: «le tiembla la tirilla de la camisa». Así, en París llaman los pilluelos: *Claudio,* á un imbécil; *enganchagabanes,* á un mentiroso, etc. Las relaciones sexuales de toda clase ofrecen al argot en todas las lenguas gran riqueza de expresiones, y podrían citarse hasta diálogos enteros formados con términos de esta especie.

El argot de las profesiones.—Muchas profesiones manuales tienen un argot particular, aparte de su lenguaje técnico. Avé Lallement ha descrito el argot de los tenderos y buhoneros; Lombroso, el de los albañiles, mozos de café y caldereros; Ferrari, el de los saltimbanquis, etc. Haus Gross ha comprobado la existencia de un argot escrito criptográfico ó jeroglífico entre los mendigos profesionales y vagabundos. Hay un signo para decir que «hay tres mujeres en la casa», otro para «cui-

dado con el perro», otro para «aquí dan de comer» y otro para «esta es la casa del guarda»; un círculo trazado en la fachada de una casa, quiere decir «aquí no hay nada que hacer»; otro círculo, atravesado por dos flechas horizontales, quiere decir «escapad». El Dr. Ortiz trata del argot sagrado de los negros brujos de Cuba; Esquirós, del de los pescadores, vendedores ambulantes y alcantarilleros de Londres; los espírito-prestidigitadores americanos tienen un argot característico. Los cómicos lo tenían también antiguamente; pero hoy, teniendo ya otra consideración social, apenas lo necesitan.

El argot mágico.—Otra forma de argot consiste en la deformación del lenguaje á que recurren los hombres del pueblo bajo, cuando, temiendo indicar una cosa por su verdadero nombre, la llaman por un nombre convencional; porque, según un principio de analogía mágica, muy difundido entre los salvajes y las personas incultas, el nombre de una cosa evoca la cosa misma. Así, los aldeanos suecos no llaman nunca por su nombre al oso ni al lobo; los sicilianos tampoco deben nombrar al lobo; los pescadores escoceses no deben nombrar los instrumentos y accesorios de la pesca, ni los cazadores alemanes los de la caza; la resistencia de los andaluces á nombrar la culebra, tiene el mismo origen. Para estas gentes, «lo semejante atrae y provoca á lo semejante»; por consiguiente, el que pronuncia el nombre de un animal, atrae al mismo animal. Ya ha dicho Carlyle que «oculta bajo la corteza de la civilización, arde eternamente la llama de la barbarie primitiva».

Argot de los criminales.—En las bandas del crimen es donde el argot alcanza la última fase de su evolución con todo su poder y complejidad. Este argot presenta á cada instante trasposiciones, deformaciones y asociaciones fonéticas, onomatopeyas, circunlocuciones pintorescas, etc., que revelan gran semejanza entre el trabajo de este grupo social creando su argot, y el del salvaje creando su lengua.

CIENCIAS NATURALES

Las sensaciones de las abejas y de las hormigas.—Gaston Bonnier, en la *Revue Hebdomadaire,* de París, hace un estudio comparativo de estas dos especies de insectos, poniéndose en guardia contra la tendencia antropocéntrica que, consciente ó inconscientemente, suelen seguir los naturalistas en este género de trabajos, refiriendo lo que pasa entre los animales á lo que sucede entre nosotros mismos, tendencia anticientífica, pues los órganos de los sentidos en unos y otros son muy distintos, y la impresión del mundo exterior no puede ser lo mismo para un insecto que para un hombre. Claro es que, como no podemos hablar el lenguaje de las hormigas ni el de las abejas, sino el nuestro, tenemos que emplear palabras que representan en suma sensaciones nuestras; pero hasta en esto conviene limitarse todo lo posible. Nosotros estamos, con relación á las abejas y á las hormigas, en la misma situación que un inmenso gigante provisto de sentidos distintos de los nuestros, que viniera á estudiar nuestras ciudades. Aun admitiendo que tenga sentidos bastante análogos á los nuestros, ¿qué pensará, por ejemplo, al ver reunidas en un mismo punto de la ciudad de Londres gran número de bestiecillas femeninas gritando y gesticulando, maltratadas y perseguidas después por individuos del sexo masculino, provistos de bastones cortos? Mucha sagacidad necesitaba para comprender que se trataba de un mitin de sufragistas.

Supongamos ahora que este gigante hace algunos experimentos. Si ha observado que un animalito humano, en París, por ejemplo, va todos los días á la misma hora, de un sitio de la ciudad á otro, y quiere darse cuenta de sus costumbres, podrá operar del modo siguiente: mientras el hombre va tranquilamente á su oficina, nuestro gigante le cubre la cabeza con un saco negro; lo coge delicadamente con unas pinzas, lo

deposita en otra calle de la ciudad, y le quita bruscamente el saco que cubría su rostro. ¿Qué ocurrirá? El hombre se preguntará por qué prestigio no está en su camino; pero si es un empleado de conciencia, preguntará dónde se halla, y el gigante le podrá seguir de calle en calle en el hormiguero humano, hasta que le vea entrar en su oficina. ¿Deducirá de esto que el hombre tiene un sentido de la dirección semejante al de las palomas mensajeras? Si otro día lo coge con las pinzas, lo sumerge en el Sena, lo empapa bien y lo deposita en un muelle desierto, ¿qué verá? Observará que el hombre, recobrados los sentidos, no irá al sitio á que suele ir, sino que tomará un camino que le conduzca á su punto de partida; pues lo natural es que se vaya á su casa y se meta en la cama para no coger una pulmonía. El gigante será capaz de deducir que la inmersión en agua perturba la memoria de aquellos animales. Otra vez, el gigante ve á orillas del mar, en un acantilado, ciertas bestiolas hembras, bastante corpulentas, cada una con un pequeño sér envuelto en trapos, á modo de larvas humanas en su capullo artificial; son nodrizas que se pasean con sus rorros; coge con cuidado todas aquellas larvas, á pesar de la resistencia de sus protectoras, y las deposita simplemente, aprovechando la marea baja, al pie del acantilado. Entonces verá correr como locas á las nodrizas, acercarse al borde del acantilado, de donde no pueden bajar, dar gritos, levantar sus patas de delante y huir hacia la aldea próxima en dirección contraria á la ocupada por las larvas. Los experimentos podrán multiplicarse, mostrando todos claramente la dificultad de las observaciones y de los experimentos biológicos, y los errores en que podemos incurrir.

Apliquemos, en efecto, las observaciones hechas á las costumbres de las abejas ó de las hormigas. A veces se ve, sin causa aparente, gran número de hormigas reunidas en un punto del hormiguero; no se ocupan en nada definido; se vuelven unas á otras agitando sus antenas; el conjunto parece turbado; de pronto, se organiza el desfile en masa; la aglomeración

vuelve á formarse; luego otras hormigas que salen del hormiguero parecen dar una orden, empujando á cierto número de individuos de la aglomeración, y todas regresan y el orden se restablece.

Hay naturalistas que en tales reuniones ven la preparación de una expedición concertada de antemano, otros la discusión de proyectos de emigración, etc.; estamos en el caso del gigante ante el mitin de Londres.

En una colmena de observación, examinemos en la primavera, cuando las abejas recogen mucho néctar en las flores, los alvéolos situados en lo alto de un panal, y veremos que las abejas transportan el líquido azucarado, cogido en los alvéolos de más abajo, para meterlo en las celdas definitivas en que se almacenará la miel; el néctar recogido en las flores contiene de 60 á 80 por 100 de agua. Las libadoras lo colocan en las celdas inferiores, lo más cerca posible de la puerta, y vuelan de nuevo hacia las flores; otras obreras, que trabajan el interior del panal, transportan de nuevo aquel néctar de celda en celda, en gotitas, para hacer evaporar el exceso de agua; y otras obreras, cuando el líquido está maduro, ó sea cuando ha adquirido una concentración que reduce la proporción de agua al 25 por 100, lo vuelven á coger y lo depositan en sus celdas definitivas situadas en lo alto del panal. Pues bien; fijemos la atención en una de estas últimas abejas; marquémosla con polvo rojo aglutinante para reconocerla fácilmente, y veremos á nuestra obrera roja, transportar como sus compañeras la miel madura á las celdas altas, cerrando cada una, cuando está completamente llena de miel, con un taponcito hermético de cera. Tomemos delicadamente esta obrera con unas pinzas, y coloquémosla en el extremo opuesto del panal, como si dijéramos, en otra calle de su ciudad; al cabo de algún tiempo veremos que la obrera ha vuelto á su sitio prosiguiendo su trabajo; no la han guiado ni el olor ni la vista, porque el olor es el mismo en toda la colmena, y la oscuridad es completa. Nos encontramos en el caso del gigante y el empleado. Y lo mismo

podríamos decir de los demás casos, que deben ponernos en guardia contra toda conclusión prematura.

Bonnier elige para su estudio paralelo la abeja común ó negra, la *Apis mellífica,* por ser la más conocida entre las pocas especies que existen. En cuanto á las hormigas, de las que se han descrito cerca de 1.600 especies, suponiendo los entomólogos que hay más de otras tantas todavía, ha elegido las especies más conocidas y corrientes.

¿Hay semejanza suficiente entre los sentidos de las hormigas y de las abejas? Las hormigas mejor constituídas tienen dos grandes ojos laterales, y en lo alto de la cabeza, y un poco adelante, tres ojitos abombados en triángulo; estos últimos son ojos simples, mientras que los dos grandes están compuestos y presentan numerosas facetas exagonales; lo mismo ocurre con las abejas, que también tienen cinco ojos en la misma disposición. En general, los ojos de las abejas parecen más perfectos que los de las hormigas; cada ojo compuesto de una abeja está formado próximamente por seis mil trescientos elementos ú ojos elementales; el de una hormiga no pasa de seiscientos; los ojos simples están también mejor formados en las abejas que en las hormigas. Los naturalistas piensan que los ojitos simples son ojos de miope y sirven á los insectos para ver los objetos de cerca, á causa de su convexidad, y los dos ojos compuestos serían de présbita, permitiéndoles ver á gran distancia, á veces á más de dos kilómetros. Que los ojitos simples no permitan ver á las abejas y á las hormigas más que los objetos muy cercanos, es muy posible, aunque ningún experimento concluyente lo demuestre; pero que los dos ojos compuestos permitan ver á gran distancia, siendo los más perfeccionados que se puedan imaginar, Bonnier lo niega, demostrando la verdad de su negación con varios experimentos. Eso no quiere decir que los ojos de las abejas no sirvan para nada. Las abejas ciegas pueden todavía visitar las flores que tenían costumbre de frecuentar, recogiendo su néctar; pero una vez marchitas estas flores, las abejas son incapaces de adaptarse á

la exploración de flores de otras especies. Se ha sostenido que las abejas distinguen perfectamente los diversos colores, y son atraídas á las flores por sus matices vivos y brillantes. Sprengel, Darwin y Hermann Müller han llegado á la conclusión de que los colores diversos de las flores, sus matices, sus estrías y sus manchas, han sido combinados para atraer á los insectos melíferos, rivalizando así las flores para conseguir el transporte del polen de una planta á otra, facilitando los cruzamientos. De este modo se ha imaginado una maravillosa novela: la adaptación recíproca de las flores y de los insectos, las primeras modificándose poco á poco, cambiando de forma y de color, para ser preferidas por tal ó cual especie de abeja ó d eotro insecto melífero, y modificando los segundos el largo de su trompa, el grueso de su cabeza, los pelos que recubren su cuerpo, para prestar mejor servicio á las flores que visitan, atracándose, en cambio, de néctar, líquido azucarado que para nada sirve á la planta misma y que ésta prepara como recompensa del trabajo que el insecto se toma al difundir el polen, contribuyendo á la propagación de la especie vegetal. Esta novela infantil, inventada por Sprengel en *El Misterio de la Naturaleza revelado,* y acogida seriamente por Darwin, se enseña hoy en casi todas las Universidades del mundo.

Bonnier ha probado, en treinta años de observaciones y experimentos, que todo este andamiaje de hipótesis no tiene fundamento ninguno. Si las abejas distinguen los colores, lo que no es imposible, esta distinción es en ellas cosa accesoria, y no interviene para nada en la busca de las sustancias necesarias para su existencia. Lo que parece cierto es que la vista de las abejas les permite percibir los movimientos de la luz y las diferencias de intensidad luminosa, y lo mismo ocurre, en general, con las hormigas. Ilumínese bruscamente una parte de la colmena, abriendo, por ejemplo, una ventanita, sin volver á cerrar su madera, y las abejas siguen trabajando al principio como si nada hubiera cambiado; luego algunas obreras examinan el sitio por donde entra aquella luz insólita; después

las abejas se retiran hacia las partes oscuras de la colmena y se ocupan en seguida en untar el cristal con un barniz espeso, fabricado con las sustancias gomosas que recogen en las yemas de los árboles, y una vez lograda la oscuridad, prosiguen su trabajo normalmente. Enciérrense unas hormigas en una caja de vidrio, y si se cubre una parte de ella con cartones, se ve á las hormigas trasladarse á la parte oscura, llevando allí sus larvas; si se cambia de sitio el cartón, las hormigas se mudan en seguida á la parte oscura. Estos hechos muestran que los ojos de las abejas y de las hormigas perciben la luz y sus movimientos. Las radiaciones oscuras ultravioletas, imperceptibles para nosotros, son perceptibles para las hormigas, que huyen de esa oscuridad como de la luz blanca.

Cuando una persona, no acostumbrada, visita una colmena, se le recomienda que se esté todo lo quieto posible para que no le piquen, pues las centinelas que están á la puerta se precipitan contra todo lo que se mueve bruscamente, y no se fijan en lo que está inmóvil ó se mueve con mucha lentitud. Lo mismo pasa con las hormigas: bajemos bruscamente el brazo á la entrada de un hormiguero, y veremos á las valerosas obreras erguirse amenazadoras sobre sus patas, sin miedo á la enorme masa del gigante que las ataca; esas hormigas lanzan ácido á distancia sobre la mano que ha hecho un movimiento brusco, ó bien tratan de picarla; pero si nos acercamos suavemente, bajando el brazo poco á poco, las hormigas no se ponen en estado de defensa.

La conclusión que de estas observaciones y otras muchas saca Bonnier, es que la visión es imperfecta en las abejas y en las hormigas, y no es lo que las sirve para reconocer su camino cuando se alejan y vuelven á sus casas.

El asiento del olfato en ambos insectos parece hallarse en las antenas. Una abeja está tranquilamente ocupada en lamer una gota de jarabe, y se acerca suavemente á su cabeza una aguja mojada en éter; inmediatamente el insecto dirige sus dos antenas hacia la aguja, y sus movimientos revelan viva

inquietud; si se hace el experimento con una aguja inodora, la abeja sigue chupando su jarabe; y si se acerca la aguja con éter por detrás ó á los lados, también permanece insensible; lo que prueba que los olores sólo son percibidos desde muy cerca. Su trompa ó lengua es insensible al olor, contra lo que se había supuesto, y en todo caso, los olores no los percibe lo mismo que nosotros. Tomemos dos sustancias para nosotros inodoras, una gota de azúcar puro y una disolución de sublimado corrosivo: al acercarle el azúcar extiende sus dos antenas alternativamente en dirección de la gota azucarada, y en seguida la lame con su lengua hasta que la agota; al presentarle el sublimado, no hace ningún movimiento; pero si se le acerca de modo que lo toque con su trompa, se la ve retirarse y frotar su lengua contra sus patas, como para desembarazarse de la sustancia que le quema. Esto muestra que la abeja percibe el olor del azúcar y no el del sublimado, y lo percibe con sus antenas.

Si se ofrece á una abeja una gota de líquido azucarado impregnada de moscatel, se la ve volver vivamente las antenas hacia aquella gota cuyo olor parece desagradarla; porque en lugar de adelantar la lengua hacia aquel líquido, se retira vivamente. Esto muestra que un olor que no las agrada, puede impedir á las abejas recoger una sustancia útil para su alimento. En general, el sentido del olfato está muy desarrollado en las abejas, no porque perciben los olores á grandes distancias, sino porque muchas sustancias, cuyo olor es insensible para nosotros, atraen ó repugnan á las abejas, muy marcadamente.

Lo mismo ocurre con las hormigas: conocido es el experimento que consiste en pasar simplemente el dedo á través de un camino de hormigas; se ve á todas las hormigas detenerse de ambos lados de aquel trazo invisible, yendo sobre los bordes de la región por donde ha pasado el dedo, agitando sus antenas sin decidirse á franquear aquel obstáculo que nos parece imaginario. El asiento del olfato de las hormigas parece

también estar en las antenas: Erichson, en las hormigas, y Cheshire, en las abejas, han descubierto lo que llaman *huecos del olfato*, situados en lo alto de las antenas; consisten en una cavidad, colocada por debajo de una membranita aplastada y muy delgada, en la que se halla una célula nerviosa especial servida por un nervio.

El sentido del olfato parece ser el principal en las abejas y las hormigas para la busca de su botín; pero no hay que confundir las emanaciones desconocidas de nuestros sentidos, procedentes de las materias azucaradas, con lo que nosotros llamamos el perfume de las flores.

En cuanto al tacto, parece residir especialmente en los pelos situados por delante y á los lados de las antenas. Este sentido es el que parece servir, principalmente á las hormigas, para reconocer el camino ya recorrido, sobre todo en el interior del hormiguero. Otro uso de estos pelos táctiles es el que se refiere á lo que se llama el lenguaje de las hormigas y de las abejas.

Es cosa probada, en efecto, que las abejas se comunican entre sí por medio de las antenas, y que lo mismo sucede con las hormigas. Francisco Huber, que era ciego, es el naturalista á quien se deben los mejores experimentos en este respecto. Se aisla á la abeja madre, mal llamada reina, de una colmena, y se la encierra en una jaula cuyas mallas metálicas sean bastante estrechas para impedir el paso de una abeja; se deja esta jaulita en medio de la colmena, en la profunda oscuridad propia del interior de la colonia; de tiempo en tiempo, se entreabre la ventana de la colmena para ver lo que pasa. Las abejas, echando de menos á la madre, sienten gran inquietud; se agitan y no tardan en averiguar (¿por qué sentido?) que la madre está encerrada en una jaula, y se las ve pasar sus antenas á través del enrejado; la madre se agarra á las mallas y cruza sus antenas con las obreras que se le acercan; tras esta conversación, las obreras pasan sus patas por el enrejado, tratando de sacar á su madre de la jaula; como no lo pueden conseguir,

las obreras acuden, relevándose al lado de su madre, alargando su trompa hasta su boca para alimentarla. Es evidente, aun sin este experimento, para todo observador, que las abejas se entienden entre sí por medio de sus antenas.

Pedro Huber, hijo de Francisco, se ha dedicado más especialmente al estudio de las hormigas, y ha hecho ver que las antenas deben considerarse como órgano del lenguaje entre estos insectos; cuando una hormiga va á buscar compañeras que la ayuden á transportar un objeto, siempre hay contacto entre las antenas de aquella hormiga y las de sus compañeras.

Hay que reconocer, sin embargo, que las hormigas disponen de un sentido desconocido que las permite comunicarse entre sí con extraordinaria rapidez como por ondas hertzianas. Si se remueve bruscamente á las hormigas que están en las cercanías de su hormiguero, las centinelas dan una señal de alarma que se propaga por todo el hormiguero en algunos segundos, corriendo por todas las galerías hasta las más alejadas del peligro; la vista no entra para nada en esta agitación, ni las antenas han podido cruzarse de unas hormigas á otras, y, sin embargo, la alarma ha corrido como un reguero de pólvora, sin que se sepa el procedimiento.

El sentido del oído es tan problemático en las abejas como en las hormigas. ¿Cómo?, se dirá; pues ¿qué hace un agricultor cuando se le escapa un enjambre y quiere retenerlo? Acude con una cacerola y la golpea con un útil metálico; su mujer y sus hijos hacen lo mismo con sartenes y cucharas, y toda la familia se dedica á producir el mayor estrépito para detener el enjambre. Es verdad que se hace todo eso; pero las abejas no hacen caso de todo aquel ruido; numerosos experimentos, hechos por el mismo Bonnier, demuestran que las abejas no cambian en nada su actitud, ni sus trabajos, ni su modo de vivir cuando cerca de la colmena ó en la colmena misma se producen los ruidos más inesperados; tan insensibles son las abejas al ruido de un cañón como á una caja de música. En el mismo

caso se hallan las hormigas. Pedro Huber y Forel, después de varios experimentos, afirman que las hormigas son completamente sordas. De existir algo comparable á lo que nosotros llamamos el oído en las hormigas y en las abejas, este sentido funciona de distinto modo que en nosotros.

En cambio, parecen tener el sentido de la dirección, cuya natüraleza y asiento nos son desconocidos. Bonnier ha hecho recientemente el siguiente experimento, que prueba hasta qué punto está desarrollado el sentido de la dirección en las abejas. A doscientos metros de las colmenas, prepara una especie de ramaje y lo unta con jarabe; al día siguiente, las abejas descubren aquella inesperada fuente de miel, y organizan un va-y-vén de libadoras; renueva de tiempo en tiempo el jarabe y marca con polvo verde adherente á las libadoras que van á tomarlo; entonces dispone á seis metros, en dirección perpendicular á la del vuelo del enjambre un segundo ramaje con el mismo jarabe; al otro día se ve que las mismas abejas manchadas de verde van directamente al primer ramaje; las husmeadoras descubren el segundo, y se organiza un nuevo ir y venir entre la colmena y el ramaje, observándose que nunca son las libadoras verdes las que van al segundo, sino otras, á pesar de que todas éllas van directamente, por un vuelo recto, al uno ó al otro ramaje.

¿Dónde reside este sentido particular? ¿Quizá en los ganglios nerviosos cerebroides? En todo caso, parece que no tiene relación con las antenas. En las hormigas no es tan fácil poner en evidencia el sentido de la dirección; pero no hay duda que existe; sólo que, como las abejas vuelan en un radio de más de dos kilómetros, y las hormigas no pueden andar sino en un radio de doscientos metros de su casa, el sentido de la dirección es menos apreciable para el observador.

El célebre entomólogo francés Fabre ha examinado las hormigas amazonas, cuando parten en columna para expediciones guerreras; una vez partidas, Fabre barre enérgicamente en varios puntos el camino que han seguido; á la vuelta, las

hormigas, en cada cortadura del camino, se quedan desconcertadas, se paran, se dispersan á derecha é izquierda, pero al fin franquean la región de donde ha desaparecido la huella de su olor, y vuelven á su domicilio. En otra expedición, cuando las hormigas han marchado, Fabre coge su manga de riego é inunda el trayecto seguido por las amazonas; á la vuelta, sorpresa, vacilación; pero al cabo de algún tiempo, las hormigas se lanzan bravamente sobre los palitos y hojas que flotan en el agua, arrastradas en parte por la corriente; se agarran como pueden, con ayuda de las arenillas ó piedrecitas que sobresalen en el agua, y en definitiva, sin perder su dirección, alcanzan la orilla opuesta y vuelven á su hormiguero.

COSTUMBRES

La mise en scène.—Hoy todo cede á la *mise en scène*, como dice en *La Grande Revue* Ives Scantrel; los teatros sucumben por ella; se sostienen por el espectáculo y mueren del espectáculo; el arte se retira ante el oropel y la poesía ante los trapos. La *mise en scène* no es más que el traje del teatro, y cuando todo el drama se reduce á eso, los verdaderos poetas son las costureras y los sastres.

El talento superior de algunos comediantes se reduce también á eso; lo hacen todo por la pieza que representan; su personaje se sustituye á los personajes trágicos; no hay héroes donde no hay más que papeles; los autores de la decadencia son costureros de cómicos; les cortan trajes. Quizá los cómicos no llegan á ser ilustres sino en los tiempos en que los poetas no valen nada; no es la comedia la que los hace, son ellos los que la hacen. De ahí que cada teatro tenga dos ó tres piezas, siempre las mismas, dos ó tres papeles, dos ó tres aspectos del cómico famoso. La turba, que no es capaz de pensar ni casi de

sentir, va á ver á su favorito en los dos ó tres efectos en que sobresale. El autor, entonces, no es más que una especie de director de escena, de maestro de baile, sirviendo un texto á los gestos y á las muecas de su mimo.

La *mise en scène* es la salsa de las buenas obras y la carne de las malas. Cuando se levanta el telón, se aplaude la decoración; el cómico espera, no sin desprecio; luego se adelanta, y se le aplaude también sin que haya dicho una sola palabra. ¿Qué haría el poeta si se ocultara alguno entre bastidores? No tiene más que irse y su obra con él; pero no hay que temer que se tome hoy partido tan violento; entre bastidores nunca hay poetas; no hay más que autores y cocineros de cómicos.

En el teatro, como en todo, se ve la caída del elemento noble en provecho del elemento servil; quien debe mandar, obedece, y quien debe obedecer, manda; la *mise en scène* es una criada que se acuesta en la cama de la reina. Realmente no vale la pena de quejarse de la *mise en scène* de las piezas modernas destinadas á vivir dos ó tres meses. Nunca se han presentado mejor las comedias; no son nada, y parecen gran cosa; en ellas triunfa el arte del cómico, del sastre, del tapicero, del pintor, del mueblista y del tramoyista; sin ellos, la obra aparecería tan nula como lo es en realidad. ¿Para qué ocuparnos de tales obras?

Hablamos de la *mise en scène* de las obras clásicas, que se pretende honrar tratándolas con el mismo cuidado, como si el diamante de Esquilo ó de Calderón no estuviesen mejor en la montura más sencilla. Hay en la *mise en scène* un *modus in rebus* que no debe olvidarse nunca, y que consiste en que la atención no se fije en ella; esa *mise en scène* hace valer tanto el drama, que se borra por sí mismo.

Cuando ya no se tiene ni gusto ni fuerza para sentir lo grande y en grande, se deja á los ojos y á las orejas el cuidado de proveernos de placer; y he ahí nuestros teatros, en los que nunca hay bastantes desfiles, bastante música, bastante espectáculo. Los cómicos no ven en la escena más que una ocasión

nueva para elevarse por encima de las obras. Aborrecen por eso las verdaderas obras maestras, que están siempre por encima de ellos. No consagran su celo sino á la belleza mediana, la que les debe su injusto triunfo. Se hacen así cómplices del autor, que besa piadosamente las manos de sus intérpretes, que convierten aquel lacayuelo de las musas en un Apolo por dos ó tres años.

Los cómicos suelen juzgarse entre sí, sin tener ni un pensamiento para la comedia; para ellos, el escenario es el universo; el juego escénico, la única vida real. No se cuidan nada del poeta, y en general tienen razon; pero cuando se trata de los clásicos, el gran cómico no sabe que su misión consiste en inmolarse en cuerpo y alma á la obra del gran poeta. Hoy se aplican á todo menos á desentrañar el sentido de una frase cuyo alcance no comprenden. Se preocupan de presentar una imagen exacta hasta en los más nimios detalles, del sitio en que la escena pasa, donde el poeta mismo jamás puso los pies; á propósito de *Tartufo*, que Molière aloja en una sala baja, se disputa sobre la verja de hierro forjado que borda el jardín del señor Orgón. ¿Puede emplearse más ciencia, más celo en tontear?

La gran enfermedad del teatro moderno, no sólo de cómicos y autores, sino del hombre contemporáneo, es no ver el fondo de las cosas, sino sólo su exterioridad. Habría que conmover con las antiguas obras maestras, y sólo sirven para deslumbrar; se renueva su apariencia sin tratar de renovar su espíritu. Racine, Corneille y Molière pueden todavía defenderse por lo abstractos que son, se les escucha casi como se les lee; pero en los griegos y en Shakespeare hay una parte de acción ardiente, de color, de calor y de vida que nuestra *mise en scène* desnaturaliza totalmente; la materia mata al espíritu. Los trajes son admirables, el mueblaje maravilloso; pero la manera del cómico resulta más grosera por eso mismo; Kent se sienta en la propia silla de Eduardo el Confesor, pero tiene el acento de Clichy, los gestos de la Barrera y el andar de un

sucio. El hombre más necesario hoy en un teatro no es como se cree el pintor, ni el sastre, ni el hace-ruidos, ni el cómico ilustre, ni el director de escena, sino el consejero de costumbres, el hombre capaz de dar tono, de poner los intérpretes al díapasón del conjunto, el que penetra en el sentido de una gran obra; todo se encuentra en los teatros menos ese hombre.

La obra maestra lleva en sí misma su decoración; bueno es ponerla el marco que merece, pero eso es lo superfluo; lo que importa es el cuadro, no el marco. Que Hamlet corra por la terraza de Elseneur, traída de Dinamarca piedra por piedra, y nada habremos adelantado si el trágico lanza gritos inútiles, si no tiene el ardor en la duda, la pena, el recelo, la sombría ironía y la ternura que se necesita. Sea, en cambio, digno de su papel, aunque lo represente en la terraza de San Germán, y eso es lo principal.

La revolución del teatro no consiste en representar la tragedia griega en un templo de Atenas reedificado en París, sino en crear trágicos.

***

El placer de la conversación.—¿Para qué se reúne la gente? Según Claudio Anet, en la *Grande Revue*, para charlar, por el solo gusto de charlar; realmente, las reuniones no ofrecen otro placer, como no sea el de la mesa ó el del baile; pero la conversación no necesita baile ni mesa, mientras que la mejor comida ó el baile más animado resultan sosos sin conversación. La primera necesidad de toda sociedad civilizada es, pues, la de hablar, y en la satisfacción de esta necesidad encuentra el más vivo recreo, pues hay que confesar que es difícil contar, entre los placeres de la vida mundana, la música y la comedia de salón. No hay más que ver las caras que ponen los oyentes cuando tienen que comprimirse para escuchar una pieza algo larga, como el *Septimino* de Beethoven ó la *Rapsodia*

húngara de Listz, aunque estén muy bien tocadas por las aficionadas ó aficionados, para comprender el gusto con que se aplaude su final, más que por alabanza á los ejecutantes, por ser el que desata las lenguas y suelta el resorte de la charla. Basta á veces ver á un hombre melenudo ó á una señorita lánguida y ojerosa acercarse al piano, para que cada cual se sienta acometido del frenético deseo de dirigir la palabra al vecino ó vecina, junto á los cuales permanecía mudo. Cuando las amas de casa notan que las conversaciones decaen, el recurso á que suelen apelar para reanimarlas es el de disponer que suene el piano. Todos se sienten entonces con gana de hacerle la competencia para ver quién mete más ruido. En cuanto á la comedia de salón, entretiene á veces á sus intérpretes, pero es muy raro que divierta á los indulgentes espectadores.

Ahora bien; ¿cual es la materia de tantas conversaciones? A los jóvenes que hacen su entrada en sociedad ofrece Anet varios consejos, que no dejan de ser interesantes.

Hay dos maneras de lograr fama de personas inteligentes: la primera, diciendo cosas bien dichas; la segunda, no diciendo tonterías. Parece, desde luego, mucho más fácil la segunda manera, puesto que consiste principalmente en callarse; pero examinando la sociedad, se ve que es tan difícil callarse á tiempo como decir en sazón cosas finas y juiciosas. El hombre bien educado es el que evita con tacto los asuntos delicados. He aquí, según Anet, los temas que es prudente no tocar en todo salón en que haya varias personas:

1.° *La política.*—La política aburre á las gentes ó las apasiona, y en ambos casos es peligrosa. No hay un mínimum de ideas admitidas de que pueda tratarse sin temor. Todo lo más, puede hablarse mal del gobierno, sea el que quiera; pero es difícil ser original en asunto tan gastado. Hay quien habla de política extranjera, sentando las costuras al czar, aconsejando al rey de Inglaterra, haciendo advertencias al emperador de Austria ó enseñando al Kaiser el camino que debe seguir para no dar tropezones; pero nadie los escucha. Algunas damas

muy conocidas se han hecho una especialidad temible de los negocios europeos, repartiendo su atención entre los cuidados que requiere su belleza marchita y el que les da el estudio de las cuestiones diplomáticas: esos retoños de Richelieu con faldas y postizos, se inclinan alternativamente sobre su tarro de colorete y sobre el mapa de Europa, y cuando se han arreglado la cara, creen haber devuelto al Papa sus estados.

2.° *La religión.*—En esto hemos hecho grandes progresos: cada cual piensa á su gusto, con tal de no provocar á los demás. Carlos Maurras ha demostrado que, aun siendo ateo, puede uno ser realista y clerical, y gracias á él, tenemos el derecho de pensar como nos dé la gana en materia religiosa, y el deber de no hablar nunca de ella.

3.° *El dinero.*—Para el verdadero hombre de mundo, la cuestión del dinero no existe. El gran Bourdaloue ha lanzado una frase terrible, y eso que en sus tiempos las cosas pasaban de muy distinto modo que hoy: «En el origen de toda gran fortuna hay cosas que hacen estremecer.» Joven, si conoces esa frase, olvídala: tiene poca gracia ir á una reunión para estremecerse en común. Si eres rico, no hables de tu fortuna: no tienes más derecho que el de gastarla, haciendo que disfruten de ella tus amigos; si eres pobre, ten la seguridad de que sembrarás el terror en torno tuyo si haces entender que tienes necesidad de dinero: tanto vale declararte afectado por el cólera morbo.

4.° *El adulterio.*—Nunca se debe hablar de maridos engañados, porque no se debe mentar la soga en casa del ahorcado, y siempre hay entre los engañados algún marido más de los que se conocen: hay que dejar este tema para las comedias y las novelas, que no se cansan de explotar tan rica mina.

5.° Hay dos palabras que no deben pronunciarse bajo ningún pretexto: las de *mujer honrada.* Bajo su apariencia inofensiva, no las hay más peligrosas en el mundo: tanto valdría depositar una bomba explosiva en un salón, como pronun-

ciar en él esas dos palabras. La palabra *honrada,* aplicada á una mujer, tiene un sentido estrictamente limitado; una mujer puede mentir, calumniar, robar, hasta asesinar, sin dejar de ser honrada; pero si se entrega á un hombre que no es su marido, deja de ser honrada. Y si sólo las mujeres fieles son honradas, ¿qué decir de las demás? Ya se comprende por qué es imposible pronunciar en un círculo esas dos palabras. Hay que añadir, sin embargo, que este consejo de Anet no es aplicable á la sociedad española, como no sea á ciertas reuniones de género francés.

6.° Se observará también, que no hay palabra menos empleada en sociedad que la de *amante,* ó la peor sonante de *querido.* No se la oye nunca. La de *amigo;* en cambio, es usual y puede recomendarse sin temor. Para las mujeres tiene una gran ventaja, pues se puede tener más de un amigo á la vez, y hasta honra el verse rodeada de amigos. Así se encuentra uno entre gentes estimables, virtuosas, desinteresadas... No es ése uno de los menores milagros producidos por la cortesía moderna.

7.° Las historias de caza y de juego están desterradas de toda sociedad civilizada.

8.° Si quieres tener reputación de hombre amable, no murmures de los demás, aunque te inciten á ello de mil modos. Hay en el mundo una categoría de gentes que tienen por oficio llevar de casa en casa chismes y cuentos, y no son de las mejor calificadas.

9.° Tampoco te aconsejo que prodigues elogios á los ausentes. Nadie te los agradece: los ausentes, por su ausencia, y los presentes, porque les hace poca gracia que se alabe á otros.

10. No hables nunca de ti. «El yo es aborrecible.» Lo que te afecta no interesa á tu vecino.

He ahí los temas que hay que evitar en la conversación: política, religión, dinero, maridos engañados, mujeres honradas, amantes, caza y juego; no hablando de los demás ni bien ni mal y no hablando nunca de ti mismo, todos los demás

asuntos te están permitidos. Pero en el modo de tratarlos hay que tomar algunas precauciones.

Para un joven como tú, la primera regla de la conversación es callarse y aprender á escuchar á los mayores. Tu papel, por el momento, se limita á dar muestras de aprobación, á reir cuando venga á pelo y á lanzar oportunamente algunas interjecciones escogidas. Hay el arte de la interjección: es preciso que parezca arrancada por la admiración como un grito del alma que se nos escapa involuntariamente, y debe ir acompañada de un gesto de pesar y de disculpa que signifique: «dispense usted, es culpa de usted; después de todo, no se haga usted admirar y sabré callarme».

Es prudente no contradecir jamás á ninguna mujer. La mujer es una cosa especial: incurre en las mayores contradicciones, sin darse cuenta de ello, y cuanto menos segura está de lo que dice, más empeño tiene en sostenerlo. Hay que dejarlas hablar; después de todo, si tienen una voz bonita, debemos considerarnos recompensados con oirlas, digan lo que quieran. Un verdadero aficionado concluye por no ser sensible más que á la música sin cuidarse de la letra.

Hay también que procurar no contradecir á ningún hombre importante, ó que pueda llegar á serlo, ó que sea el portavoz de un hombre importante.

Hay también que evitar, en general, en sociedad, tener razón. El caballero que se empeña en demostrar por A + B que los demás se equivocan, se hace odioso. No se trata en una reunión de sociedad de estar en lo cierto, sino de agradar. Deja, pues, á la verdad que duerma en su pozo, y si es necesario, tírala de cuando en cuando un ladrillazo para que no suba. ¿Desde cuándo se admiten en sociedad mujeres desnudas?

No se te ocurra mostrar ingenio, eres demasiado joven para eso. Anet revela lo que él llama gran secreto á los principiantes: que el ingenio está sustituído, en París principalmente, por la memoria. Se ven sociedades de las más refina-

das, entretenerse en contar rasgos de ingenio, y que se preocupan más de colocar con oportunidad una anécdota picante que de inventarla; apenas si por cada diez ocurrencias ya conocidas se oye una verdaderamente inédita. Lo esencial, pues, para agradar en sociedad, es tener una buena memoria. Guarnécela de frases oportunas y de anécdotas alegres; no importa que sean conocidas; las más antiguas son las mejores; las que han hecho reir mil veces, harán reir otra vez más.

Evita con cuidado las ideas generales; trata de hablar con ligereza y finura. Las gentes se reúnen en un salón para divertirse y distraerse; dejan los negocios para el despacho; ahora se divierten en contarse historias entretenidas, y no consienten en escuchar la anécdota del vecino sino á condición de que éste se calle á su vez para escuchar la suya; es la regla del juego mundano; pero hay gentes que hacen trampas abominables. Hay viejos (esta edad no tiene entrañas) que no consienten en callarse. Anet cuenta de uno, muy célebre, que conservó la palabra durante toda una comida, y se negó á comer para no perder la vez: las anécdotas seguían á las anécdotas, las historias á las historias, y cuando su garganta sedienta pedía un poco de agua, daba golpes con su mano libre sobre su plato, para impedir que nadie aprovechara la ocasión y le quitara la vez. Al ir al cuarto de fumar, decía muy contento:

—Comida deliciosa, ¿verdad?

—Sí—respondió Anet;—pero debe usted tener hambre.

—Es verdad—contestó con finura;—he tenido tanto gusto en escuchar la conversación, que se me ha olvidado comer.

La calidad de la anécdota da el tono de un salón. No puede uno permitirse la misma anécdota en ambientes diferentes; hay chistes tan finos que no pueden apreciarse sino por lo más selecto de la ciudad. En otra parte, pasan sin ser notados.

Es difícil contar bien una anécdota, y hay que ensayar previamente sus efectos. Es triste decirlo, pero para lograr éxito hay que contarla con frecuencia: puede uno decirla primero á su criado, ayuda de cámara ó á su cocinera, luego á

sus amigos aisladamente y después á varias personas reunidas. Se ensaya uno así, se busca el efecto, se ve lo que resulta, y repetida la cosa diez ó doce veces, puede uno lanzarla en sociedad.

Entonces se necesita autoridad y pulmones: si vacilas, aunque sólo sea un instante, se apartan de ti, y el más lindo cuento no te devuelve á los oyentes cuya atención no has sabido conquistar. Elige tu momento, espía el instante en que en el barullo de las conversaciones se produce un silencio, y aprovéchalo: lánzate con voz sonora y no te detengas; no te turbes por las interrupciones, y continúa con voz llena y con gesto incisivo: ya tienes domado á tu auditorio; pero hay que divertirlo: ellos te prestan su atención, y tú tienes que pagarles en placer para no pasar por cargante.

Si fracasas, consuélete que estás en buena compañía: hay muchos grandes hombres que no saben contar anécdotas, y hay tontos que sobresalen en este arte.

CRÍTICA

Americanismos.—Sin poderlo remediar, sentimos gran predilección, en nuestros estudios críticos, por todo lo que procede de la América española; pues estando allí, más que en nuestra propia patria, el porvenir de la lengua castellana, nos importa mucho seguir con cuidado las manifestaciones del habla nacional en aquellos hermosos países, que si en otro tiempo fueron preciados florones de la corona española, constituyen hoy jóvenes nacionalidades llenas de vigor, y merecedoras, por la fe que tienen en sí mismas y por la exuberancia de su vida, de todo género de prosperidades.

Uno de los caracteres que más se hacen notar en los escritos sur-americanos, en consonancia con las condiciones propias

de los países jóvenes, es el abuso del adjetivo y el empleo de términos altisonantes, de giros insólitos y de frases alambicadas; es difícil marcar con precisión la línea divisoria entre esta especie de americanismos (que jamás deben confundirse con los americanismos propiamente dichos, constituídos por el empleo de palabras y giros que no tienen equivalencia propia en la lengua patria) y lo que podríamos llamar lenguaje *conceptista*, empleado también por no pocos escritores nacionales. Tiene, sin embargo, el americanismo de que tratamos un sello tan especial, que no es fácil confundirlo con ningún otro por poco educado que se tenga el paladar literario, como no se confunde el conceptismo gongorino con los hebraísmos de Fray Luis de León, aunque en uno y otro puedan encontrarse términos y frases que parezcan de la misma familia.

Hay que hacer constar, y nosotros lo consignamos con placer, que cada vez va siendo menor en los escritores de alguna reputación el empleo de tales americanismos, y que á medida que los años pasan, el gusto se va depurando y la lengua se va puliendo, y el castellano de allende el Atlántico va marchando más en armonía con el castellano de aquende; pero hay todavía mucho que mondar en ese terreno, y apenas se hojea una revista americana en la que no se encuentren giros y expresiones del tipo que hemos indicado.

En la *Centro-América intelectual*, de San Salvador, una de las más notables que se publican en la América latina, encontramos, por ejemplo, un artículo bibliográfico de cinco páginas, de Adán Robleto Peña, ilustrado y erudito escritor salvadoreño, en el que tropezamos con lo siguiente:

1.° «Mis frases panegíricas dedicadas á mi colega de redacción D. Patrocinio Guzmán Trigueros, á causa de la tesis que escribió para su doctoramiento en Derecho, podrían fingir timbre de bombo.» He ahí dos americanismos bien marcados: uno de palabra, *doctoramiento*, y otro de frase, *podrían fingir timbre de bombo*. La palabra *doctoramiento* está bien formada, y en rigor puede pasar, pues si bien tenemos para expresar la

misma cosa la voz *doctorado*, *doctoramiento* señala un matiz distinto, y si no en el caso en que la emplea Robleto, podría echarse mano de ella en algún otro. De todos modos, *doctoramiento* constituye un neologismo de marcado carácter americano. En cuanto á *fingir timbre de bombo*, es una frase perfectamente típica del Sur América, formando con términos castizos un galicismo de frase rebuscada y alambicada.

2.° «Las teorías sociológicas necesitan pacientes verificadores.» Ya hemos zarandeado bastante el terminacho *verificadores*, y por desgracia, tendremos que seguirlo zarandeando mientras continúe ocupando un puesto en la *Gaceta de Madrid*, para que aquí nos detengamos en un nuevo vapuleo. Lo único que nos interesa hacer constar es que esa expresión entra también de lleno en el grupo de americanismos que estamos estudiando; pues aunque constituye un galicismo de palabra, es de esos galicismos á que son más aficionados los suramericanos, siquiera aquí en la Península tengamos también aficionados al género, especialmente entre ingenieros, médicos y comerciantes.

3.° «Me refiero á la literatura de fantasía de cigarra, en que se alardea de cantar, cual el ave, sin previo estudio; me refiero á esa literatura en que la asociación automática de imágenes sonoras sin ideas sistemáticamente organizadas, se cierne en una como luminosa humareda de candileja agonizante.» Aquí no hay ni una palabra que no sea correcta y que no esté bien empleada; las frases que encierra el párrafo son todas también intachables, y, sin embargo, el todo resulta un americanismo por lo hinchado y conceptuoso; porque esa asociación automática de imágenes sonoras que se cierne *en* una como luminosa humareda de candileja agonizante, es algo tan confuso y rebuscado, que requiere un verdadero esfuerzo para ser comprendido.

4.° «Finca la petición en que no somos malos.» He ahí otro americanismo; pero éste es de otra clase, perteneciendo al grupo de los *arcaicos*, pues es de notar que el escritor americano,

al lado de los términos que adquiere por la lectura de obras mal traducidas y de los que inventa él mismo, sin darse á veces cuenta de ello, por ignorancia ó por impaciencia, tiene un caudal no despreciable de arcaísmos, que aquí han pasado al estado de tal por nuestra incuria ó nuestros caprichos, y que allí se conservan todavía en el lenguaje corriente. El encuentro de estos arcaísmos resulta más chocante todavía en esos escritos, por lo mismo que tanto disuenan en su lenguaje neológico.

5.° «La réplica del señor Villa parece comunicar rehilo á la convicción del impugnado, quien desliza á decir que tal vez hubiera cambiado de modo de pensar.» Aquí nos encontramos con las expresiones *comunicar rehilo* y *desliza á decir,* que sólo como americanismos pueden clasificarse; uno, el primero, tolerable, pues se trata de una metáfora más ó menos comprensible; y otro, el segundo, de todo punto inadmisible, pues el castellano no tolera esa expresión que habría que sustituir por la de *se desliza diciendo* ó *á quien se le escapa decir*, ú otra semejante.

6.° «De lo contrario, no habría revocado á duda la firmeza de su convicción.» *Revocado á duda* es puro galicismo, sin justificación de ninguna clase, porque nosotros tenemos, para decir lo mismo, *puesto en duda.*

7.° «La sombra del reproche quiero desvanecerla en el alba de un evangelio del naturalista y filósofo germano Ernesto Haeckel.» Americanismo puro ó gongorismo moderno: el alba de un evangelio, la sombra del reproche, el desvanecimiento de la sombra por el alba, son cosas todas muy bonitas, pero forman un conjunto rebuscado que entra de lleno en lo que hemos llamado americanismos de frase.

***

La información periodística.—Con motivo de la guerra de Melilla, están haciendo nuestros rotativos verdaderos prodigios de información. *La Correspondencia de España,* principal-

mente, no omite medio ni sacrificio para tener al corriente á sus lectores de lo que pasa, minuto por minuto, al otro lado del Estrecho, y el público español nunca agradecerá bastante á los bravos é inteligentes periodistas que, bajo un sol de fuego, sufriendo no pocas privaciones y llevándose serios disgustos, se meten en todas partes para obtener un dato ó rectificar una cifra, los pacientes esfuerzos de su actividad.

Hay, sin embargo, en este meritorio afán de información dos cosas que nos parecen censurables: el empeño en reseñar la distribución exacta de nuestras fuerzas y de sus movimientos, y el abuso de los adjetivos. Del primero, salta á la vista la inconveniencia, porque es tanto como establecer un servicio de espionaje para uso y provecho del enemigo. En cuanto al segundo, tomemos al azar una correspondencia cualquiera de Rodríguez de Celis, uno de los más activos é inteligentes corresponsales de la prensa madrileña, y analicémosla para comprobar nuestro aserto.

«Reanudaron los moros el fuego contra la plaza á la una de la tarde—escribe en *La Correspondencia de España,* refiriendo una de tantas ligeras escaramuzas y tiroteos contra el Peñón.—A los disparos de fusil de aquéllos, han seguido respondiendo *eficazmente* nuestras baterías, cuyos *certeros* y *continuados* proyectiles han impedido *todo* avance, causando en los moros *no pequeño* pánico, y obligándoles á variar *frecuentemente* de posiciones para librarse de *nuevos* estragos, pues son ya muchas las bajas que experimentan.»

Quedamos, según este párrafo, en que nuestras baterías responden eficazmente á los disparos de los moros, con lo cual bastaría para la información, porque claro es que si responden eficazmente, es porque hacen disparos certeros, y si son certeros, es porque producen bajas, y produciendo bajas, causan estragos; de modo que todo esto es pura redundancia y gana de llenar papel innecesariamente. Lo que no se comprende también es que los moros, con su pánico no pequeño, se entretengan en bailar, variando frecuentemente de posiciones, porque

la consecuencia natural del pánico es producir un soponcio ó hacer escapar al que lo siente. Pero continúa Rodríguez de Celis:

«Los moros, escarmentados, han decidido parapetarse, y lo han hecho de tal modo, que es casi imposible descubrirlos. Así se libran de la puntería de los nuestros.»

Naturalmente: si los nuestros no los ven, mal pueden apuntarlos; pero el caso es que tampoco se aviene esto con los estragos, el pánico y los escarmientos. Leyendo el primer párrafo, los lectores de *La Correspondencia* nos habíamos imaginado que no quedaba ya un moro en pie, con tanto pánico y tanta certera puntería, y al renglón siguiente nos encontramos con que los moritos están tan vivos y serenos, que saben parapetarse de tal modo, que es casi imposible descubrirlos. Y gracias que á Rodríguez de Celis se le ocurrió atenuar el *imposible* con un *casi,* porque sin eso, no sabemos cómo podría descubrirse que estaban parapetados.

Moderen los corresponsales de Melilla su afán de adjetivar; reserven las grandes palabras de *estragos* y de *pánicos* para cuando el caso lo merezca, que no faltarán ocasiones en que emplearlas, y crean que así su meritoria y laudabilísima información, que todos seguimos con interés y con aplauso, no perderá nada en el fondo, y ganará mucho en la forma y en la seriedad.

ENCICLOPEDIA

Conversaciones de Anatolio France.—Pablo Gsell habla con frecuencia con su amigo Anatolio France, y ha tenido el gusto de publicar en *La Grande Revue* algunas de sus conversaciones, de las cuales entresacamos unos trozos que nos parecen más interesantes.

Hablando con el director de un hospicio de ciegos, le preguntaba France si eran malos sus asilados, contestándole el director que eran encantadores, á lo que France añadía:

—Si embargo, los viejos autores los pintan como suspicaces é inclinados á las camorras. Diego de Mendoza da un medio fácil de suscitar disputas entre ellos. Os acercáis á un grupo de ciegos.—¡Oh, oh! ¡Pobre gente!—exclamáis con compasión; y sacando vuestra bolsa, hacéis sonar el dinero; luego la volveis á meter cuidadosamente en el bolsillo diciendo:—He aquí para vosotros un hermoso escudo nuevecito, que os repartiréis entre todos.

—Gracias, gracias—gritan todos á coro;—que Dios os lo pague y os lo devuelva.

Entonces os alejáis unos pasos para gozar del efecto producido. Uno de ellos pregunta á los demás:

—Vaya, vamos á repartir; ¿quién ha recibido el escudo?

—Yo, no.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

Cada uno de ellos se cree engañado por los demás, y al cabo de un instante empiezan á insultarse y á apalearse.

En esto entra un escultor de medallas, N***, y un crítico de arte, S***.

France (á N***).—¡Qué deliciosa armonía de café con leche en vuestro traje!

N***.—Es que estoy de verano.

France.—Ya lo entiendo, pero en verano de artista. Tiene usted también una corbata admirable, aunque no lo es más que la de nuestro amigo S***.

N***.—Pero, querido maestro, también nosotros podríamos felicitar á usted por el maravilloso turbante rosa y blanco que le ciñe las sienes. Creo que viene directamente de Mazulipatam.

France.—No, querido amigo, sino de Burdeos; las criadas de esa ciudad se los anudan así en la cabeza; yo compré uno y lo recorté por el medio para mi uso. El lavado le hace perder sus pliegues agradables; las criadas de allá lo saben, y por eso no lavan nunca los suyos; cuando se les caen en jirones, los cambian.

N***.—¡Uff!

Así suele empezar la conversación entre el maestro y sus amigos los miércoles por la mañana, en la encantadora vivienda de Villa-Said. Sus huéspedes amontonan gabanes y sombreros en el estrecho corredor de entrada, sobre las sillas y las consolas, los candeleros y la rampa de la escalera, y entran en la biblioteca, donde les espera el anfitrión, vestido con una chaqueta de *peluche,* color *cachou,* de cuello cerrado, con pantalón de lo mismo, de anchos pliegues, con zapatos forrados, negros, con revés de violeta. La cabeza la suele tener cubierta con un gorro; los tiene de varias clases, especialmente uno blanco con dibujos rosa, que parece un turbante indio; pero lleva con preferencia una toca de terciopelo rojo llama, que representa un gran papel en su mímica: inconscientemente, la moldea según sus pensamientos; cuando está de broma, la toca forma una punta provocativa, como una caricatura de tiara ó de *corno ducale* veneciano; cuando escucha á un interlocutor, se la echa completamente sobre el occipucio, y cuando reflexiona, se la pone casi encima de la nariz.

Cada amigo lleva su mote: los críticos de arte y los artistas, el de *Bellas Artes;* los funcionarios, el de *la Administración;* un joven poeta, *las Letras;* un archivero, *la Historia;* un socialista, *la Política,* etc.

Aunque descreído, France es un coleccionador de objetos religiosos.

—¿Qué dicen las Bellas Artes de ese fresco?—pregunta á V***, enseñándole uno que representaba la historia de San Julián el Hospitalario;—¿conoce usted esa leyenda?

—No—contestó V***;—la Hagiografía no es mi fuerte, porque estoy reñido con los santos.

—La vida de San Julián es, sin embargo, muy edificante: Julián era un hombre recto, pero de carácter exaltado. Un día, estando de viaje, su mujer vió llegar á su casa á los padres de su marido; los quería mucho y se alegró de su venida.—Pasarán ustedes la noche en casa—les dijo.—Julián no tardará en

volver; le verán ustedes mañana, porque les adora; les voy á dejar á ustedes nuestra cama de matrimonio, donde estarán ustedes muy bien; yo dormiré en la alcobita de al lado... ¡Pues sí, pues sí, lo quiero!

Y así se hizo. A media noche, Julián vuelve á su casa, abre la puerta, y sobre la punta de los pies, para no despertar á su mujer, se dirige hacia su dormitorio; cuando está cerca de su lecho, quiere dar un beso á la que ama; palpa y encuentra á dos personas; se cree engañado; su sangre da una vuelta; tira de puñal; dos golpes rápidos y furiosos y dos muertes; luego penetra en la habitación contigua; su mujer, que le espera, enciende una lámpara para recibirle.

—¡Cómo...! ¿Tú aquí?—exclama él.

—Sí, mi querido Julián, y vas á ser muy feliz, porque tu padre y tu madre han venido, y les he hecho acostar en nuestra cama grande. ¿He hecho bien?

—¡Oh, qué desgraciado soy!

Ya comprenderá usted que esta lección le curó de su humor salvaje. Consagró su vida al rescate de su falta, y así se hizo el más hospitalario de los hombres y de los santos; por eso, mi querido V***, haría usted mal en seguir reñido con él.

V***.—¡Oh! No lo estoy con ese santo más que con otro cualquiera; sin embargo, debo decirle á usted que, entre ellos, San Antonio me es especialmente antipático.

France.—¡Hombre! ¿Por qué?

V***.—Es que vuelvo de un viaje de Bretaña, donde he perdido mi maleta.

France.—No comprendo la relación.

V***.—Pues, mirad: cuando la reclamé en la estación donde la había depositado, me respondieron piadosamente que debía dirigirme á San Antonio para encontrarla; en la primera iglesia por donde pasé, vi un cepillo del santo y eché en él una perra gorda. Crea usted que no me devolvió mi maleta; y esa falta de delicadeza me indujo á pensar que es un *pignouf*.

France.—Temo, querido, que haya usted formado un jui-

cio temerario: San Antonio fué un hombre muy elocuente y muy liberal entre sus contemporáneos, y se encuentran hermosas y buenas frases en sus sermones. ¿No es él quien censuraba á sus conciudadanos por encarcelar á los deudores? «¿Cómo queréis que paguen—les decía,—si los ponéis bajo cerrojos?» San Antonio era un grueso franciscano, de rica complexión y dotado de voz tonitruante; aunque las iglesias de su época eran grandes, las juzgaba demasiado pequeñas para la multitud que deseaba catequizar; por eso predicaba en pleno campo. Apoyaba una escalera en un árbol, subía á él, se metía entre las ramas, y cuando se había reunido en la pradera un auditorio bastante numeroso, lanzaba á plenos pulmones verdades útiles. En esta postura se parece poco al buen joven con el niño Jesús en brazos, pero el grueso franciscano es el histórico y no el buen joven. Se le atribuyen milagros conmovedores, algunos de los cuales quizá no son sino figuras oratorias, transformadas en hechos reales por la tradición popular. Se cuenta, sobre todo, éste: Un riquísimo usurero de Padua acababa de morir; en torno de su cuerpo brillaban las antorchas, y multitud de plañideras lanzaban lamentaciones de encargo; San Antonio hiende la multitud, se acerca al cadáver, y viendo un barbero practicante, le dice: «Abre el pecho de ese hombre y busca en él su corazón.» El otro rebusca en el pecho del muerto; no hay corazón. «¡No lo encuentro!, exclama trastornado.» «Ya lo sabía», responde San Antonio impasible, y dirigiéndose á una criada añade: «Abre su baul, que el corazón está dentro.» Obedeció, y la predicción quedó comprobada. No era, sin duda, más que la amplificación de la frase de San Pablo: «Donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón»; pero la metáfora no carecía de elocuencia. Otro milagro es el del perdón concedido al niño que había blasfemado contra su madre, y una de cuyas piernas se había en el mismo instante separado del tronco como castigo divino; San Antonio interviene; un poco de saliva, y la pierna queda pegada: «Cuidadito con volver á hacerlo, picarillo.» Su gran indulgencia es la

que hace que se le invoque para encontrar los objetos perdidos. Ya ve usted, querido V***, que ese buen San Antonio no era un *pignouf*.

Otro día, estaban muchos amigos reunidos en la biblioteca de France, cuando el excelente poeta Z*** entró en ella:

—Maestro—dijo,—vengo á hacerle mi visita de candidato á la Academia.

FRANCE.—¿Pero no sabe usted que no pongo nunca los pies en ella?

Z***.—Veamos; ¿no podría usted...?

FRANCE.—¡Oh, mi querido amigo! ¿Qué me va usted á pedir? Ni siquiera me reconocerían los ujieres. Mire usted, he aquí un medio que me parece ingenioso: mi amigo ruso S***, que á usted presento, iría en mi lugar al palacio Mazarino, y diría que es France... No, formalmente, sería de muy mal gusto ir allá sólo por votar.

Z***.— ¡Qué le hemos de hacer! Agradezco, sin embargo, su voto platónico.

FRANCE.—¡Pobre amigo! ¿Los tiene usted, acaso, más efectivos?

Z***.—¡Dios mío! Tengo también en mi favor á Rostand.

FRANCE.—Que tampoco vota.

Z***. —Antes tenía dos excelentes patronos, Bornier y Sully-Prudhomme.

FRANCE.—¡Pero han muerto! Vaya, ya veo su caso, querido, tiene usted en su favor los muertos y los ausentes. ¡Bonito negocio! ¿Quiere usted que le consuele recordándole la visita de Alfredo de Vigny á Royer Collard? Vigny llama, le abren, es recibido en la antesala por un viejecito de nariz y barba rojas; era el filósofo Royer Collard, en bata y con peluca negra.

—¿Es usted candidato, caballero?, dice él visitante. Muy bien; pero yo no estoy visible porque acabo de tomar medicina.

—Dígnese usted decirme cuándo me podré presentar á usted.

—¡Oh, caballero! Ahórrese usted una nueva molestia; doy su visita por hecha.

—Demasiado amable; pero yo quisiera saber su opinión sobre mi candidatura.

—¿Mi opinión? No tiene usted ninguna probabilidad; yo necesitaría, por otra parte, conocer sus obras.

—¿Va usted al teatro, caballero?

—Nunca.

—¿Lee usted los periódicos?

—Jamás.

—¿De modo que las obras representadas dos años seguidos en la Comedia Francesa, y los libros impresos en seis ó siete ediciones, le son á usted desconocidos?

—Sí, señor; no he leído nada de lo que se ha escrito desde hace treinta años; ya se lo he dicho á otro (se refería á Víctor Hugo).

—En ese caso, caballero, ¿cómo puede usted votar en las elecciones académicas?

Entonces Royer Collard pareció ligeramente cortado; pero, recogiéndose en seguida, dijo con tono conmovedor:

—¿Cómo voto? A fe mía, que no lo sé; pero, en fin, voto, voto.

Z***.—Lo que me atormenta es que muy pocos académicos conocen mi equipaje de escritor.

France.—Pero, ¿en que piensa usted? Nunca, nunca los académicos han leído las obras de los candidatos que sostienen. Yo he asistido, minuto por minuto, á la elección de Lecomte de Lisle. Fué elegido gracias al duque de B***. El duque supo, no se adivina bien cómo, que Lecomte de Lisle era un poeta.

—Es un poeta—dijo á sus colegas—(France toma una vocecita agridulce y balbuciente para imitar al duque). Como todos los poetas, de seguro que profesa el espiritualismo, porque no hay poesía fuera de estas doctrinas, y como el espiritualismo es, por decirlo así, el cristianismo en filosofía, Lecomte de Lisle es cristiano; por eso os invito á que votéis por él. Y

Lecomte de Lisle fué elegido ¡como poeta cristiano! Y hay que advertir que el duque de B*** era cristiano hasta el crimen; habiéndole aconsejado un médico los amores extraconyugales para atender á su mujer, que gozaba de poca salud, vaciló un momento y respondió:

—Prefiero perder á mi mujer á perder mi alma. Si se tratara de literatura en la Academia, ¿se hubiera nombrado á Lessps, que decía en su discurso de recepción: «Para hablar ante vosotros, señores, hay que ser un orador elocuente. Ahora bien, yo no soy ni lo uno ni lo otro»?

En realidad, estos escrutinios son mercados, y con frecuencia, mercados cínicos. Recuerdo una elección en que había dos asientos vacantes; la *izquierda* presentaba un candidato de muy difícil aceptación; pero resultó que el candidato de la *derecha* era peor todavía. Era un gran señor, extremadamente distinguido, título bastante, sin duda ninguna, pero á condición de que no abriese la boca; sus protectores le recomendaron mucho esa precaución; siguió el consejo, se cerró el trato, y la *izquierda* pasó á la *derecha* su gran señor, y la *derecha* pasó á la *izquierda* su anarquista.

Otro día, con motivo de los asuntos de Marruecos, hablaba France de cierto Bermúdez de Castro, noble español perseguido en su país por haber traducido á Eugenio Sue, que se hizo amigo de Teófilo Gautier, Baudelaire, Flaubert y Lecomte de Lisle, quienes se divertían mucho con su presunción. En una comida en que tomaban parte todos ellos, Bermúdez encontró bajo su servilleta un billete de exquisito perfume; era Baudelaire quien lo había deslizado. El español, adivinando una buena fortuna, escamoteó el billete, y terminada la comida, se aisló en un rincón para leerlo, mientras los demás le observaban á hurtadillas, saboreando sus impresiones. El billete decía: «Noble español, usted es alto y yo soy flexible; usted es moreno y yo soy rubia, usted es joven y yo soy bella; usted tiene la fuerza y yo el encanto. ¡Le amo á usted! Encuéntrese usted esta noche á las doce junto á la fuente de la

plaza de San Sulpicio.» A media noche, los mistificadores se ocultaron, y pronto vieron llegar á Bermúdez más estirado que nunca, el puño en la cadera y los bigotes en batalla. Dió la vuelta flemático y soberbio en torno de la fuente... Dieron las doce, luego el cuarto, y Bermúdez seguía dando vueltas, cuando, de pronto, de un rincón de la plaza brotó una gran carcajada seguida de un sarcástico «¡Ohé! ¡El Don Juan!»

Entonces Bermúdez, en el colmo de la rabia gritó:

—Ya sé quién me la ha judado. ¡Es ese Baudelaire! ¡Lo mataré, lo mataré, aunque debiera yo mismo exponerme á la muerte! ¡Mi vida me importa poco; pero la de Baudelaire me importa menos todavía!

Este Bermúdez era, por otra parte, ingenioso, aunque agresivo; execraba la sotana, y viajando un día con un cura, éste le habló de San Agustín:

—¡Ah señor! ¡Qué escritor! ¡Qué filósofo! ¡Qué teólogo! ¡Qué oráculo! Y se puso á detallar las bellezas de las *Confesiones* y de *La Ciudad de Dios*.

Bermúdez le interrumpe: «Dispense usted, señor cura;—aunque yo no pretenda conocer tan bien como usted á San Agustín, me parece que olvida usted en sus elogios la obra que más los merece; me refiero á su admirable *Viaje á Smirna;* según mi humilde opinión, esa es su obra maestra. ¿Qué le parece á usted, señor cura?»

—Sin duda, dijo el otro con gravedad, admiro infinitamente su *Viaje á Smirna*; es una soberana maravilla.

—Pues sepa usted, señor cura, que San Agustín no fué nunca á Smirna, y que mal pudo escribir la relación de un viaje que no había hecho;—y le volvió la espalda.

En la cuarta conversación, de las reproducidas por Gsell, dice France, dirigiéndose á un profesor de filología de Sydney: Hablábamos de los errores de la estética contemporánea. Entre nuestros cuidados literarios, hay uno que nos parece poco justificado, el de la composición. Tenemos el fetichismo del plan, de la unidad de acción; y nuestros libros, en lugar de

ofrecer la libertad compleja de la vida, presentan el aspecto de teoremas; y, sin embargo, entre las obras maestras del pasado, las más bellas son quizá las que prescinden de tales preocupaciones: ved *Gargantúa* y *Pantagruel*; ved *Don Quijote*. La filosofía, las ideas profundas, se encuentran en ellos á cada paso, y el lector que no gusta de esto, se complace en las aventuras infinitamente diversas de esas novelas, y el que gusta de reflexionar, encuentra ocasión de hacerlo á cada palabra. La ausencia de plan es tal en *Don Quijote*, que cualquiera otro que Cervantes hubiera seguramente perdido la partida. Teóricamente, el interés de su relato debería disminuir á medida que se desenvuelve, y, sin embargo, la novela no hace más que atraernos cada vez más hasta el fin; es verdaderamente sorprendente. ¡Qué de lindas historias! ¡Qué de profundas máximas! ¡Qué vigor en el modelado de los caracteres! Cualidades que se aprecian más todavía cuando se conoce la rastrera falsificación compuesta por Avellaneda. Y precisamente mientras Cervantes hace brillar su genio entregándose á los mil caprichos de su verbo, Avellaneda adopta un plan, se propone un fin: escribe para probar los méritos del Rosario, y todas sus historias tienden á ello.

IMPRESIONES Y NOTAS

El peligro de los besos.—El Dr. Rafael Vásquez refiere en la *Centro-América Intelectual*, que fué llamado en San Salvador para atender á una niña de diez y siete años que había de contraer muy pronto matrimonio. Una enfermedad que en ella apareció, sin que pudiera explicarse la causa, lo había retrasado; sin motivo alguno, aparente, se había presentado en el borde del labio superior, y un poco á la izquierda de la línea media, un tumorcito que, insignificante al principio, fué creciendo hasta llegar en muy pocos días al tamaño de una almen-

dra. Tratado primero por la familia de diferentes modos, sin resultado alguno positivo, se acudió al doctor cuando el tumor había adquirido su mayor desarrollo, presentando un color rojo oscuro, siendo de forma redondeada, indolente y superficial y sangrando al menor contacto. Tras minucioso interrogatorio, Vásquez se encontró indeciso respecto al diagnóstico, pues si bien se inclinaba á creer en una manifestación sifilítica, tenía en contra el resultado obtenido por la investigación de los antecedentes. Se decidió al fin á seguir el tratamiento específico de la sífilis por la vía hipodérmica, y el éxito fué completo, pues poco tiempo después, el tumorcito había desaparecido.

Preocupado por el caso, y hablando de él con un compañero de profesión, quedaron disipadas sus dudas respecto de la naturaleza de la enfermedad que había tratado. Su compañero le refirió que por aquellos mismos días había tenido él que tratar al individuo con quien había de casarse la referida enferma; padecía de sífilis en plena evolución, con los accidentes secundarios bien manifestados, y relacionando los hechos, fácil era deducir que el infectado había transmitido su enfermedad en un beso á la que iba á ser su esposa.

***

La belleza.—Es muy difícil dar una definición acertada de la belleza. Recuerdo que yo mismo he publicado en la *Ilustración Artística*, de Barcelona, hace bastantes años, un artículo humorístico, en el que he recogido 40 ó 50 definiciones de lo bello, contentándome con llegar á la conclusión de que una mujer hermosa es el mejor tipo de lo bello. Y eso es precisamente lo que en uno de sus *Diálogos* pone Platón en boca de Hipias: «Sabrás, pues, puesto que hay que decirte la verdad, que lo bello es una mujer hermosa.» Sócrates acepta esta definición, añadiendo que una yegua, una lira y una marmita pueden ser bellas, lo cual es cierto; pero añadiendo, con Herá-

clito, que el más bello de los monos es feo si se le compara con la especie humana.

Admitida la definición de Hipias, nos quedamos con el problema sin solución, porque la belleza es una mujer bella; pero ¿qué mujer es bella? La que tiene belleza, y ya estamos en el círculo vicioso. Los antiguos cuentistas que empezaban sus cuentos diciendo: «Pues señor, ésta era una princesa, la más bella del mundo», eran unos excelentes estetas, como dice Peladan, pues cada uno se la figuraba á su gusto, y al artista le bastaba con aquel superlativo para producir la impresión que deseaba. El arte se manifiesta por medio de superlativos, y el superlativo del caballo se llama Pegaso, y la lira necesita el nombre de Apolo, de Orfeo, de Anfión ó de Homero, para no ser un instrumento músico de mediana sonoridad.

Sócrates, preocupado por la metafísica, define la belleza por la conveniencia del objeto con su fin, lo cual es verdad respecto de las cosas usuales, pero no tratándose de los objetos de contemplación: un sillón vale tanto más, cuanto mejor se avenga su estilo á la comodidad; en Karnack y en Nínive se ve á los reyes lanzar su carro contra el enemigo y agobiarle de flechas; la conveniencia del objeto al fin, exige en el monarca una fuerte musculatura, y así lo ha concebido el artista asirio; pero el egipcio, que consideraba al Faraón como un compañero de los dioses, le ha dotado de una esbeltez andrógina, casi femenina, para mostrar que el hombre adoptado por los dioses goza de su poder sin necesidad de poseer fuertes músculos. ¿Quién se atreve á preferir entre el hijo del Nilo y el del Eufrates? En ambos bajorrelieves, el rey es el más poderoso; en uno por el influjo divino, y en otro por el desarrollo del bíceps.

Los artistas, en el enunciado de «la más bella mujer del mundo», ven un fondo de decoración, algo así como el dibujo de Granville que da literalmente un arco para las cejas, perlas para los dientes, melocotones para las mejillas, coral para los labios y un cuello de cisne con sus plumas. El siglo XVIII modi-

ficó este tema; se propuso pintar *la más linda*, y Greuze lo consigió, como Fragonard y como Boucher; Gavarni ha dibujado después *la más graciosa*; pero de la Gioconda á la loreta hay gran distancia.

¿A qué corresponde una figura de mujer? Ahí está la dificultad.

***

La alta atmósfera.—La porción de la atmósfera accesible al hombre es bastante limitada, pues la más alta montaña no llega á 9.000 metros, y la mayor altura alcanzada por los globos tripulados ha sido la de 10.800 metros, y aun éste es un hecho excepcional y sin alcance práctico, pues á esa altura apenas es posible la vida activa. Por eso se les ha ocurrido á algunos sabios, como dice Pervinquiere en *La Revue Hebdomadaire*, la idea de emplear globos sin tripulación que pueden llevar á las mayores alturas aparatos registradores. Al principio se emplearon cometas; pero éstas apenas pasan de 6.000 metros, y en su lugar se ha recurrido á los globos-sondas, mucho más costosos, pero de innegable utilidad y que no se suelen perder tanto como pudiera creerse, pues la proporción de los perdidos se reduce á uno por cada diez. Lanzados primero por Teisserenc de Bort en 1902, y después por otros directores de observatorio, se ha llegado, vista la importancia de los resultados, á una inteligencia internacional para lanzar simultáneamente globos-sondas en los puntos más diversos del globo, recogiendo y comparando las observaciones resultantes. Estos globos llegan fácilmente á 15 kilómetros de altura, siendo el máximum alcanzado el de 29.040 metros, obtenido por un globo belga.

Uno de los resultados más importantes de estas investigaciones, es el relativo á la temperatura. Hasta aquí se creía que la baja de la temperatura, á medida que se ascendía en la atmósfera, era regular y continua; desde la del suelo hasta el cero absoluto, ó sea 243° por bajo de cero, temperatura que se asig-

naba á los espacios interplanetarios. De esto último seguimos sin saber nada preciso; pero hemos averiguado que el decrecimiento de la temperatura no es regular ni continuo. En torno de nuestro globo existe una primera capa de aire de unos 3.000 metros, donde se concentra la mayor cantidad del vapor de agua, y se mueven la mayor parte de las nubes; por encima hay una segunda zona que se extiende hasta los 8 ó 12 kilómetros, en que la baja de la temperatura es cada vez más rápida, y luego se llega á una nueva zona en que el decrecimiento es muy débil y muy lento, y donde se producen hasta ligeras inversiones, elevándose en ella varios grados la temperatura, por lo cual se la ha llamado *zona de inversión* y también *capa isotérmica*.

La existencia de esta capa está asegurada por observaciones hechas en toda Europa, en los Estados Unidos, en las Azores, en las Islas de Cabo Verde y en el E. africano. Comienza á una altura que varía según las condiciones atmosféricas: 8 kilómetros en caso de presiones muy bajas, y de 12 á 13 en las altas presiones. En cuanto al espesor de esta zona, no se ha podido fijar todavía; se había creído que su límite superior estaba en los 18.000 metros, porque se había visto bajar de nuevo la temperatura á partir de esa elevación; pero observaciones posteriores han demostrado que se trataba de un hecho accidental. El globo belga que se elevó á 29.040 metros, ha registrado á esta altura una temperatura de 63,5 que persistía desde los 13.500 metros; el mínimum se había producido al llegar á 1.300, y era de 67,8.

***

El castigo del parricidio.—Con motivo de la ejecución del parricida Duchemin, recientemente guillotinado en París, donde hacía cincuenta años que no se tenía el espectáculo de una ejecución por parricidio, recuerdan los periódicos parisienses las variaciones que en este punto ha sufrido la legislación.

La ley de las Doce Tablas transcribía que el culpable fuera cosido en un saco de cuero y luego echado al agua. En tiempo de Cicerón se agravó más todavía la pena: el parricida, apaleado primeramente hasta que brotara la sangre, era en seguida encerrado en un saco de cuero con un perro, un gallo, una víbora y un mono vivos: el perro para simbolizar la rabia; el gallo para recordar que hiere frecuentemente á su madre; la víbora porque al nacer desgarra el vientre de la suya, y el mono por ser semejante al hombre. Posteriormente, las leyes romanas se modificaron, y entregaron al parricida al suplicio de ser devorado por las fieras ó de ser quemado vivo.

En Francia, antes de la Revolución, la hija parricida era quemada ó ahorcada, y el hijo enrodado vivo, después de haberle cortado la mano derecha, quemando después su cuerpo y aventando las cenizas. Durante la Revolución, no se hizo distinción ninguna entre el parricida y los demás condenados á muerte. Estimando los redactores del Código Napoleón que aquella penalidad era insuficiente, establecieron que se condujera al culpable al lugar de la ejecución, en camisa, con los pies desnudos y la cabeza cubierta con un velo negro; el condenado debía permanecer en el cadalso mientras le leían la sentencia; en seguida le cortaban la mano derecha y lo arrojaban bajo la cuchilla de la guillotina. Al hacerse la revisión del Código penal, se suprimió la amputación de la mano, subsistiendo el resto de la ley; por eso Duchemin ha sido conducido al patíbulo con la cabeza cubierta por un velo negro y con los pies desnudos.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La fotografia nelle funzioni di polizia e processuali, por Umberto Ellero. —Milano, Società Editrice Libraria, 1908. Dos tomos (en un solo volumen) de 306 y 328 páginas, respectivamente, 20 liras.

Sin salir del antiguo sentido de la función penal del Estado—predominante todavía, y Dios sabe por cuánto tiempo, incluso en los espíritus que presumen de más novadores,—y hasta para servirlo, se va haciendo cada vez más necesario afinar y educar las facultades de policías y jueces instructores. Como con otros mil cargos sucede, éstos también adquieren de día en día un carácter más técnico (más científico, es uso frecuente decir). No sirve cualquiera para desempeñarlos; es preciso una educación especial preparatoria. Los acostumbrados concursos en que se llamaba á todo el mundo, sin cuidarse antes de proporcionar á nadie las condiciones de aptitud apetecibles, están dejando su sitio vacante al sistema de la preparación *ad hoc*, que cuida de formar diligentemente los órganos destinados á tales ó cuales fines.

No es otra la razón de las enseñanzas que en casi todos los países se van proporcionando á los funcionarios más directamente encargados de perseguir á los delincuentes y á otros individuos socialmente peligrosos, los cuales saben muy bien aprovechar las grandes facilidades que la vida moderna les

ofrece para ocultar sus fechorías y despistar á sus perseguidores. No obedece tampoco á diferente propósito el establecimiento de las recientes Escuelas denominadas de policía científica, donde se hace lo posible por dotar á los alumnos de las más indispensables armas intelectuales, que habrán menester utilizar el día de mañana, y donde, por lo mismo, se aprovechan cuanto es posible, al efecto, las invenciones y enseñanzas que las ciencias y las artes ponen á disposicion de todo el mundo, y entre ellas, como muy principal, el uso adecuado de la fotografía (de personas, de habitaciones, de lugares, de objetos robados ó en que pueden haber quedado huellas—aun invisibles á primera vista—de un crimen cometido, etc.).

La fotografía judicial constituye hoy una disciplina aparte, bastante desarrollada, de la que pudiéramos quizá llamar ciencia ó enciclopedia *(Criminalistica* la denominó Gross, uno de sus principales fundadores y cultivadores) destinada á cazar á los delincuentes, á poner en claro sus delitos y á deshacer todas las argucias que acerca de ellos y de su propia intervención en los mismos pueden inventar. Y en la Escuela de Policía científica de Roma—quizá la mejor y más completa que al presente existe,—fundada y dirigida por el profesor Ottolenghi, entre otras materias á las cuales se presta atención, encomendadas cada una de ellas á un ayudante, también profesor, que á la misma consagra sus esfuerzos, la de la fotografía judicial ocupa un lugar señalado, y su enseñanza y cultivo se hallan á cargo del Dr. Ellero.

El cual, en el reciente volumen cuyo título va más arriba, reúne cuanto de más interesante y preciso conviene tener presente respecto de la materia. Da nociones no poco extensas (en el primer tomo) de la teoría general de la fotografía, señalando las modificaciones que en ella hay que introducir cuando se la quiera aplicar á las funciones de policía y de instrucción de causas criminales. Resume la historia de la misma. Señala la contribución que al progreso de la fotografía judicial han prestado Bertillón, Reiss y otros, y las innovaciones que el

mismo Ellero ha hecho, perfeccionándola. Enseña con el detalle preciso, acompañando la doctrina de muchos grabados que la ilustran, el modo de utilizar dicha fotografía, y muestra la difusión que necesariamente va adquiriendo y los indudables servicios que presta y está llamada á prestar en lo futuro.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

El Conde de Aranda, por Francisco Espinosa y González-Pérez... 5

Los primitivos pintores españoles, por Emilio Bertaux..... 19

Naturaleza de la «Ciencia del lenguaje», por Julio Cejador..... 34

Recuerdos, por José Echegaray..... 51

Parnaso internacional: En el cementerio de Arrow, de Lord Byron 63

España fuera de España: España y Napoleón (1804-1809), por Pedro Rain..... 67

Goya, por Valeriano de Loga..... 80

La crónica periodística, por Francisco F. Villegas..... 107

Un veredicto injusto (Troens-Magt).—Novela por Johan Bojer.... 115

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 141

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 148

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 205

AP
60
E8
año 21
no.247-49

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY